
3 1761 04206 3966


LIBRARY
OCT - 6 1966
UNIVERSITY OF TORONTO

La novela TEATRAL

Precio: 30 cts.

LAS MOCEDADES DEL CID

TRAGICOMEDIA FAMOSA EN CUATRO ACTOS, EL ÚLTIMO DIVIDIDO EN DOS CUADROS, ORIGINAL DE

GUILLEN DE CASTRO

REFUNDIDA Y ADAPTADA A LA ESCENA MODERNA POR

Juan y Miguel de Castro

PERSONAJES

EL REY DON FERNANDO. - DON SANCHO, príncipe. - EL CONDE LOZANO. - DIEGO LAINEZ. - ARIAS GONZALO. - PERANZULEZ. - RODRIGO. - JIMENA GOMEZ. - DONA URRACA, infanta. - DON MARTIN GONZALEZ. - UN LEPROSO. - REY MORO 1.º - REY MORO 2.º - ALDONZA, criada de doña Urraca. - ELVIRA, criada de Jimena. - HIDALGO 1.º - HIDALGO 2.º - UN PASTOR. - PAJE 1.º - PAJE 2.º

Damas, nobles, capitanes, criados del Conde Lozano, soldados y acompañamiento.

La acción en la corte del Rey Fernando I, de Castilla.

ACTO PRIMERO

Salón del Alcázar. Al fondo una cortina cubre el altar de Santiago en el que habrá una fuente de plata, una espada y unas espuelas doradas. En un muro de la estancia, foro derecha, habrá armas en un tablero y, entre ellas, varias espadas. Puertas laterales. La acción en la Corte del rey Fernando I de Castilla. Siglo XI.

El rey Fernando, y ante él, arrodillado, Diego Laínez.

DIE.—Bien premias mi lealtad.
REY.—A lo que debo me obligo.
DIE.—Hónrale tu Majestad.
REY.—Honro a mi sangre en Rodrigo.
Diego Laínez, alzad. (*Levántase.*)
Mis propias armas le he dado
(*Por Rodrigo.*)
para armarle caballero.
DIE.—Ya, señor, las ha velado
y ahora viene...
REY.—Y yo le espero.
DIE.—Excesivamente honrado;
pues don Sancho, mi señor
el príncipe, y mi señora
la reina, haciéndole honor,
le apadrinan.
REY.—Pagan ahora
lo que deben a mi amor.

Dichos. El príncipe don Sancho, la infanta doña Urraca, Jimena Gómez, el conde Lozano, Arias Gonzalo, Peranzúlez y acompañamiento, por la derecha.

URRA.—¿Qué te parece, Jimena?
de Rodrigo?
JIM.—Que es galán... (*Aparte.*)
(¡Y que sus ojos le dan
al alma sabrosa pena!)
REY.—¡Qué bien las armas te están!
Bien te sientan.
ROD.—Ello es llano,
puesto que las dió realeza

la majestad de tu mano.
ARI.—Del cielo es tu gentileza
y es tu valor castellano.
REY.—(*A Sancho.*)
¿Qué os parece, hijo, mi ahijado?
SAN.—Que es galán, fuerte y lucido.
CON.—Bravamente le han honrado
sus reyes...
PER.—(*Aparte.*) (¡Extremo ha sido!)
ROD.—Besaré donde ha pisado
quien tanta merced me ha hecho.
REY.—Mayores las merecías.
¡Qué gallardo y qué bien hecho!
Bien llevas las armas mías.
ROD.—En pago, es tuyo mi pecho.
REY.—Lleguémonos al altar
del Santo patrón de España.
DIE.—El, tal don te quiso dar.
ROD.—(*Al rey.*)
Quien te sirve y te acompaña
al cielo puedo llegar.
(*Córrese la cortina y aparece el altar. El rey toma la espada de la fuente y todos le rodean.*)
REY.—(*A Rodrigo.*)
Rodrigo, ¿queréis ser caballero?
ROD.—Sí quiero.
REY.—Pues Dios os haga buen ca-
[ballero.
Rodrigo, ¿queréis ser caballero?
ROD.—Sí quiero.
REEY.—Pues Dios os haga buen ca-
[ballero.
Rodrigo, ¿queréis ser caballero?
ROD.—Sí quiero.
REY.—Pues Dios os haga buen ca-
[ballero.
Cinco batallas campales
venció en mi mano esta espada
y pienso que siga honrada
en tu diestra.
(*Se la ciñe a Rodrigo.*)
ROD.—Extremos tales
mucho harán, señor, de nada.
Y porque un nuevo florón
ella traiga a tu blasón
al volver a este recinto,
a la par que aquí en el cinto
la he colgado en mi ambición.
Y ya que tal don me has dado,
Rey a quien el cielo guarde,
cuando me la ciño al lado
es que estoy asegurado
de no hacértela cobarde:
pues a vencer me decido
cinco campales batallas.

(*Asombro en todos.*)
CON.—(*Aparte.*)
(¡Ofrecimiento atrevido!)
REY.—Yo te daré para dallas
la ocasión que me has pedido.
Infanta, vos le poned
la espuela.
ROD.—¡Oh, bien soberano!
URRA.—Lo que me mandas haré.
ROD.—Con un favor de tal mano
¡sobre el mundo pondré el pie!
URRA.—(*Le calza las espuelas.*)
Pienso que te habré obligado.
Rodrigo, acuérdate de esto.
ROD.—Al cielo me has levantado.
JIM.—(*Aparte.*)
(Con la espuela que le ha puesto
el corazón me ha picado!)
ROD.—(*A Urraca.*)
Y tanto servirte espero
como obligado me hallo.
URRA.—Pues eres ya caballero
ve a montar en un caballo
Rodrigo, que darte quiero.
Yo y mis damas te veremos
partir sobre tu corcel.
SAN.—A Rodrigo acompañemos.
REY.—Salid, príncipe, con él.
PER.—(*Aparte.*)
(¡Ya estas honras son extremos!)
ROD.—¿Qué vasallo mereció
ser de su rey tan honrado?
SAN.—(*Al rey.*)
Padre: ¿y cuándo podré yo
ceñirme una espada al lado?
REY.—(*Satisfecho.*)
¡Aun no es tiempo!...
SAN.—¿Por qué no?
REY.—Pareceráte pesada,
que tus años pocos son....
SAN.—Ya desnuda o ya envainada
las alas del corazón
hacen ligera la espada.
Yo, señor, cuando su acero
miro de la punta al pomo,
tal poder y fuerza adquiero,
que a ser un monte de plomo
me pareciera ligero.
Y si Dios me da lugar
de ceñirla, y satisfecho
de mi pujanza, llevar
en hombros, espalda y pecho
gola, peto y espaldar,
veréis que al mundo confundo
ganándole, y si le gano
veréis mi valor profundo

sustentar en cada mano
un polo de los del mundo.
REY.—Sois muy mozo, Sancho, andad;
con la edad haréis desvío
de ese brío.
SAN.—Imaginad
que pienso tener más brío
cuando tenga más edad.
ROD.—En mí tendrá vuestra Alteza
para todo un fiel vasallo.
CON.—(*Aparte.*)
(¡Qué arrogante gentileza!)
SAN.—Ven y pondráste a caballo.
PER.—Será la misma fiereza.
REY.—Vamos a verle.
DIE.—Bendigo
hijo, tan dichosa palma.
REY.—¡Qué de esperanzas abrigo!
JIM.—(*Aparte.*)
(Rodrigo me lleva el alma.)
URRA.—(*Aparte.*)
(¡Bien me parece Rodrigo!)
El Rey, el Conde, Diego Laínez, Arias Gonzalo y Peranzúlez.
REY.—Conde de Orgaz, Peranzúlez,
Laínez y Arias Gonzalo,
los cuatro que hacéis famoso
nuestro consejo de Estado,
no salgáis de aquí ninguno,
que a todos tengo que hablaros.
(*Siéntanse los cuatro, estando contiguos el conde Lozano y Diego.*)
Murió Gonzalo Bermúdez
que del príncipe don Sancho
fué ayo, y murió en el tiempo
en que era más necesario;
pues dejando estudio y letras
el príncipe, tan temprano,
tras su inclinación le llevan
guerras, armas y caballos:
y siendo de condición
tan indomable y tan bravo,
un vasallo ha menester
que, tan leal como sabio,
refrene sus apetitos
con prudencia y con recato.
Y viendo yo—¡Oh, mis parientes,
más amigos que vasallos!—
que es mayordomo mayor
de la reina Arias Gonzalo,
y que de Alonso y García
tiene la cura a su cargo
Peranzúlez, y que el Conde
—por muchas causas Lozano—
para mostrar que lo es
viste acero y corre al campo,
quiero que a Diego Laínez
tenga el príncipe por ayo.
Pero es mi gusto que sea
con parecer de los cuatro
puntales de mi corona
y apoyos de mi cuidado.
ARI.—¿Quién como Diego Laínez
puede tener a su cargo
lo que importa tanto a todos
y al reino le importa tanto?
PER.—Merece Diego Laínez
tal favor de tales manos.
CON.—(*A Peranzúlez.*)
Sí merece, y más ahora
que a ser contigo ha llegado
preferido a mi valor,
lo que yo juzgo en mi agravio.
(*Al Rey.*)
Habiendo yo pretendido
el servir en ese cargo
al Príncipe mi señor
que el cielo guarde mil años,
debieras mirar, buen rey,
lo que siento y lo que callo
por estar en tu presencia,
ante el desprecio causado.
Si el viejo Diego Laínez
con el temblor de los años
caduco está, ¿cómo puede
siendo caduco, ser sabio?
Y cuando al príncipe enseñe
lo que, entre ejercicios varios,
debe hacer un caballero
ya en la Corte, ya en los campos,
¿podrá, para darle ejemplo,
como yo mil veces hago,
saltar la lanza hecha astillas
desalentando un caballo?
Si yo...
REY.—Basta.
DIE.—(*Con ironía.*)
Nunca, conde,
anduvísteis tan lozano:
que estoy caduco confieso
ya que el tiempo puede tanto.
(*Enérgico.*)
Mas, caducando, durmiendo,
feneciendo, delirando,
¡aun lograré enseñar yo
lo que muchos ignoraron!
Pues si es verdad que se muere
cual se vive, agonizando,
para vivir daré ejemplo,
para morir... lo estoy dando.
Si ya me faltan las fuerzas
para con pies y con brazos

hacer las lanzas astillas
y desalentar caballos,
de mis hazañas escritas
daré al príncipe traslado,
y aprenderá en lo que hice
si no aprende en lo que hago.
Y verán el mundo, el rey,
que ningún nacido, acaso...
merece...
REY.—¡Diego Laínez!
CON.—(*Enérgico.*)
¡Yo lo merezco!
REY.—(*Conciliador.*)
Vasallos...
CON.—Tan bien como tú o mejor.
REY.—Conde...
Vives en engaño...
CON.—Repito...
REY.—¡Soy vuestro Rey!
DIE.—No insistas.
CON.—¡Dirá la mano
lo que ha callado la lengua!
(*Le da una bofetada a Diego; éste tendrá un báculo en la mano que se le romperá en la refriega.*)
PER.—¡Tente!
DIE.—¡Ay, viejo desdichado!
REY.—¡Ah, de mi guarda!
DIE.—Dejadme.
REY.—Prendedle.
(*Por el Conde.*)
CON.—(*Al rey.*) Estás enojado.
Espera, evita alborotos,
Rey poderoso, Rey magno,
y no los habrá en el mundo
de haberlos en tu palacio.
Y perdónale esta vez
a esta espada y a esta mano
el perderte aquí el respeto
ya que he sido en tantos años
apoyo de tu corona,
caudillo de tus soldados,
defensa de tus fronteras
y rencor de tus agravios.
Y piensa que no es cordura
que prendan los reyes sabios
a los hombres como yo
que son de los reyes manos,
¡alas de sus pensamientos
y corazón de su Estado!
REY.—¡Hola!
PER.—¿Señor?...
ARI.—¿Señor?
REY.—(*Con energía.*)
¡Conde!...
CON.—(*Humilde.*) Perdona.
REY.—¡Espera, villano!
(*Vase el Conde lateral derecha.*)
REY.—Seguidle....
ARI.—Aparezca ahora
tu prudencia, gran Fernando.
DIE.—Llamadle, llamad al Conde
que venga a ejercer el cargo
de ayo de vuestro hijo
que podrá muy bien honrarlo,
pues que yo sin honra quedo
y él lleva, altivo y gallardo,
añadido al que tenía,
el honor que me ha quitado.
Y yo me iré si es que puedo
tropezando a cada paso
con la carga de la afrenta,
bajo el peso de los años,
donde mis agravios llore
hasta vengar mis agravios.
REY.—Esperad, Diego Laínez.
DIE.—¡Mal parece un afrentado
en presencia de su rey!
REY.—Quedad aquí, y yo entretanto
haré por buscar remedio
que responda al mal causado.
Venid, Arias, Peranzúlez...
Y vos, Diego, aquí quedáos...
ARI.—Mi sangre es Diego Laínez.
PER.—Del Conde soy primo hermano
REY.—¡Rey soy desobedecido,
castigaré a mis vasallos!
(*Vanse todos, menos Diego, por la derecha.*)

Diego Laínez, solo.

DIE.—¡Oh, cielos, de angustia rabio!
He aquí el báculo partido
que en mi diestra no ha sabido
buscar venganza al agravio.
Mas es poca autoridad
la tuya, y sólo sustenta,
no la carga de una afrenta,
sino el peso de una edad.
¿Y no es liviana opinión
que mi honor fundarse quiera
sobre cosa tan ligera,
dí tú, viejo corazón?...
(*Golpeándose el pecho. Viendo las armas colgadas en la pared, se dirige hacia ellas, tambaleándose, y toma una espada.*)
Buena espada aquí me brinda
ocasión para vengarme...
(*Arroja los trozos del báculo.*)
Ven tú, recio acero, a darme
nuevo ardor que nadie rinda.
Conde, si el golpe no marra,

yo vengaré el bofetón,
¡pues ve que el viejo león
supo afilarse la garra!
(*Al empuñar el arma, Diego se tambalea.*)
¿Esto es blandir o temblar?...
Pulso tengo todavía
y aun hierve mi sangre fría
con el fuego del pesar.
Bien me puedo aventurar...
Mas, ¡ay, cielo! engaño es,
que a cualquier tajo o revés
me lleva tras sí la espada,
bien en mi mano apretada
y mal segura en mis pies.
Ya me parece de plomo;
ya mi fuerza desfallece
y hasta mi valor decrece
y siento que me desplomo.
¡Vengarme ansío! Más ¿cómo
luchar, con qué confianza
daré paso a mi venganza
cuando puso el pensamiento
sobre tan flaco cimiento
tan importante venganza?
¡Oh, caduca edad cansada!
¡Estoy por pasarme el pecho!
¡Ah, tiempo ingrato! ¿Qué has hecho?
¡Perdona, valiente espada!
Sigue del muro colgada
que no he de ceñirte, no;
pues el que a mí me venció
no fué el conde, el tiempo fué
¡enemigo contra el que
no podemos tú ni yo!
(*Por la espada. La cuelga en su sitio muy abatido.*)
Alguien viene...
Diego, Rodrigo y sus hermanos menores Hernán y Bermudo Laínez por la derecha.
ROD.—Padre...
DIE.—¿Cómo,
mis hjos, aquí llegáis?
HER.—Padre: impacientes estábamos,
pues que ya mucho tardábais
en volver, no os ocurriese
algún contratiempo, padre.
DIE.—(¡El cielo os manda, hijos míos!)
(Pues sois sangre de mi sangre,.
vosotros me vengaréis
si yo no acierto a vengarme.)
BER.—¿Cómo estáis solo?
DIE.—(*Abstraído, sin pensar más que en la ofensa.*)
Tenía
un momento que ausentarse
don Sancho el príncipe, y quiso
que aquí solo le aguardase
puesto que ya su ayo soy
por voluntad de su padre...
(*Rencoroso.*)
(¡Conde infame!)
(*Concibiendo una idea de pronto. Aparte.*)
(¡Ah, se me ocurre
un pensamiento. Al instante
probaré cual de mis hijos
es más fuerte y arrogante
y el que más valor acuse
se encargará de vengarme!)
(*A Hernán.*)
¿Hernán Díaz?...
HER.—¿Qué me mandas?
DIE.—Los ojos tengo sin luz;
la vida tengo sin alma.
HER.—¿Qué tienes?
DIE.—¡Ay, hijo; ay, hijo!
Dame la mano; estas ansias
con tanto rigor me oprimen...
(*Tomándole la mano se la aprieta co[n] fuerza.*)
HER.—¡Padre, padre, que me matas!
Suelta, por Dios, suelta, ¡ay, cielo!
DIE.—¿Qué tienes que te desmayas?
¿Qué lloras, medio mujer?
HER.—Señor...
DIE.—Retírate y calla.
¿Yo te dí el ser? ¡No es posible!
¡Retírate!
HER.—(¡Es cosa extraña!)
(*Vase por la derecha.*)
DIE.—(¡Si así son todos mis hijos
buena queda mi esperanza!)
¿Bermudo Laínez?
BER.—¿Señor?
DIE.—Una congoja me acaba:
siento un mareo, una angustia...
Dame la mano.
BER.—Tomarla,
puedes bien, pero... ¿qué haces?
suelta, deja, quedo, basta:
¿con las dos manos me aprietas?
DIE.—¡Ah, infame! ¿Mis manos flaca[s]
son las garras de un león?
Y aunque lo fueran, ¿bastaran
a arrancar quejas a un mozo?
¿Tú eres hombre? Vete, infamia
de mi sangre.
BER.—¡Qué vergüenza!
(*Vase por foro.*)

DIE.—¿Hay tal pena, hay tal desgracia?
¿En qué columnas estriba
la nobleza de mi casa
que dió sangre a tantos reyes?
¡Hasta el aliento me falta!
¿Rodrigo?
(*Se acerca.*)
ROD.—Padre y señor...
Con tal proceder me agravias;
si me engendraste el primero,
¿cómo el postrero me llamas?
DIE.—¡Ay, hijo, muero!
ROD.—¿Qué tienes?
DIE.—Mucha pena y mucha rabia.
(*Le muerde un dedo de la mano fuertemente.*)
ROD.—Padre, soltad, en mal hora;
soltad, padre, en hora mala,
que, si no fuérais mi padre,
¡os diera una bofetada!
DIE.—Ya no fuese la primera.
ROD.—¿Cómo?...
DIE.—¡Hijo de mi alma!
Ese sentimiento adoro,
esa cólera me agrada,
y esa bravura bendigo,
y esa sangre alborotada
que ya en tus venas revienta,
que ya por tus ojos salta,
es la que me dió Castilla
y la que te dí heredada
de Laín-Calvo y de Nuño.
Y aquel que afrentó mi cara
fué el Conde, el Conde de Orgaz,
ese a quien Lozano llaman.
Rodrigo, dame los brazos.
Hijo, esfuerza mi esperanza
y esta mancha de mi honor
que al tuyo se extiende, lava
con sangre, que sangre sola
quita semejantes manchas.
Si no te llamé primero
para hacer esta venganza
fué porque más te quería,
fué porque más te adoraba,
y tus hermanos quisiera
que mis agravios vengaran
por tener seguro en tí
el mayorazgo en la casa.
Pero, pues los ví al probarlos,
tan sin bríos, tan sin alma,
que doblaron mis afrentas
y acrecieron mis desgracias.
A tí te toca, Rodrigo,
volver la honra a estas canas.
(*Pausa.*)
Poderoso es el contrario
y en palacio y en campaña
su parecer el primero
y suya la mejor lanza.
Pero, pues tienes valor
y discurso no te falta
cuando a la vergüenza miras
aquí ofensa y ahí espada,
(*Por la que lleva Rodrigo.*)
no tengo más que decirte,
pues ya mi aliento se acaba
y voy a llorar afrentas
mientras tú tomas venganza.
ROD.—Antes hablar quiero al rey.
DIE.—Bien. Y pues al rey aguardas,
ya que me rogó al salir
que aquí mismo le esperara,
discúlpame tú, Rodrigo,
dile lo mal que me hallaba
y que por buscar reposo
quise retirarme a casa;
y pues el acero hoy ciñes
(*Mirándole.*)
del castellano Mudarra,
el que un día en siete vidas
un sólo agravio vengara,
¡todo el honor de Castilla
va pendiente de esa espada!
(*Vase por el foro.*)

Rodrigo, solo.

ROD.—Suspenso de afligido
estoy, Fortuna, ¿es cierto lo que veo?
¿Tan en mi daño ha sido
tu mudanza, que es tuya y no la creo?
¿Posible pudo ser que permitiese
tu inclemencia que fuese
mi padre el ofendido en su alma honrada
y el ofensor el padre de mi amada?
¿Cómo vivir sin restañar su herida
si él es el alma que me dió la vida?
¿Cómo, matando al Conde, tendré calma
si es Jimena la vida de mi alma?...
Mas ya ofende esta duda
el santo honor del que he de ser custodio;
razón es que sacuda
de amor el yugo, y, por espuela el odio,
acuda a lo que soy,
que habiendo sido
mi padre el ofendido
¡poco importa que fuese,
aunque me apena,
el ofensor el padre de Jimena!

Para vengar a mi padre
matando al Conde Lozano
¿qué importa el bando temido
del poderoso contrario,
ni que tenga en las montañas
mil amigos asturianos?
¿Y qué importa que en la Corte
del Rey de León Fernando
sea su voto el primero
y en guerra, el mejor su brazo?
Todo es poco, todo es nada
en descuento de un agravio
¡el primero que se ha hecho
a la sangre de Lain-Calvo!
Daráme el cielo ventura
si la tierra me da campo
y aunque esta es la vez primera
que doy al valor el brazo,
llevaré esta espada recia
de Mudarra el castellano;
y si la pierdo el respeto
quiero que admita, en descargo,
del ceñírmela ofendido,
lo que la digo turbado.
Haz cuenta, valiente espada,
que otro Mudarra te ciñe
y que con mi brazo riñe
por su honra maltratada.
Bien sé que te correrás
de venir a mi poder;
mas no te podrás correr
de verme echar paso atrás.
Tan firme como tu acero
me verás en campo armado
¡segundo dueño has cobrado
tan bueno como el primero!
y cuando alguno me venza,
corrido del torpe hecho,
¡hasta la cruz en mi pecho,
te esconderé de vengüenza!

ACTO SEGUNDO

La escena aparece dividida en dos partes iguales; a la izquierda, jardín de palaci a la derecha, plaza. El jardín está limitado, a la izquierda por la fachada princ pal de palacio, con puerta y escalinata practicables; al fondo, por un muro alm nado; a la derecha por otro perpendicular, igulmente almenado, que separa jardín de la plaza y da acceso a ésta por un arco con puerta enverjada. La pla está limitada, a la izquierda, por el muro antes dicho; al foro por otro que es pr longación del fondo del jardín y en cuyo centro se abre un arco qué deja ver u segunda plaza en la que supónese que se está celebrando un torneo; a la derec por una acera de casas con tres bocacalles.

Al levantarse el telón, aparecen en las almenas del fondo, encima del arco q deja ver la segunda plaza, doña Urraca y Jimena en actitud de contemplar torneo.

Urraca y Jimena.

URRA.—Qué general alegría
tiene toda la ciudad
con Rodrigo.
JIM.—Así es verdad;
y hasta el sol alegra el día.
URRA.—Será un bravo caballero,
galán, bizarro y valiente.
JIM.—Luce en él gallardamente
entre lo hermoso, lo fiero.
URRA.—¡Con qué brío y qué pujanza
gala, esfuerzo y maravilla,
afirmándose en la silla
rompió en el aire una lanza!
Y al saludar, ¿no le viste
qué a tiempo picó el caballo?
JIM.—¡Si llevó para picallo
la espuela que le pusiste...
¿qué mucho?...
URRA.—Jimena, tente,
porque ya el alma recela
que no ha picado la espuela
al caballo solamente.

Salen por la derecha, junto a la puerta de palacio, el Conde Lozano y Peranzúlez.

CON.—Confieso que fué locura:
mas no lo puedo enmendar.
PER.—Querrálo el rey remediar
con su prudencia y cordura.
CON.—¿Qué he de hacer?...
PER.—Escucha ahora.
Ten flema y procede a espacio...
JIM.—A la puerta de palacio

llega mi padre, señora,
y algo viene alborotado.
URRA.—Peranzúlez le acompaña
PER.—(*Al Conde.*)
Es tu condición extraña.
CON.—Tengo condición de honrado.
PER.—¿Y con ella has de querer
perderte?
CON.—Perderme, no.
que los hombres como yo
tienen mucho que perder.
Ha de perderse Castilla
antes que yo.
PER.—¿Y no es razón
el dar tú?...
CON.—¿Satisfacción?
Ni dalla ni recibilla.
PER.—¿Por qué no? No digas tal.
¿Qué duelo en su ley lo escribe?
CON.—Quien la da y quien la recibe
ambos suelen quedar mal:
porque el uno pierde honor
y el otro no cobra nada.
¡El confiarle a la espada
los agravios, es mejor!
PER.—¿Y no hay otros medios buenos?
CON.—No dicen con mi opinión.
Al darle satisfacción,
¿no he de decir, por lo menos,
que fuera de mí me hallaba
al hacer tal desatino
o porque sobraba el vino,
o porque el seso faltaba?
PER.—Es así.
CON.—¿Y no es desvarío
el no advertir, que, en rigor,
pondré un remiendo en su honor
quitando un jirón del mío?
Y cuando esto haya ocurrido
los dos habremos quedado:
él, con honor remendado
y yo con honor perdido.
Y aún será más en su daño
remiendo de otro color,
¡que el remiendo en el honor
ha de ser del mismo paño!
Que él no quede satisfecho
de esa suerte, es cosa clara:
si sangre llamé a su cara...
saque él sangre de mi pecho.
Que manos tengo y espada
para defenderme de él.
PER.—Esa opinión es cruel.
CON.—Esa opinón es honrada.
Procure siempre acertalla
el honrado y principal:
pero si la acierta mal,
defendella y no enmendalla.
PER.—Advierte bien lo que ha es,
que sus hijos...
CON.—Calla, amigo:
¿Y han de competir conmigo
un anciano y tres rapaces?
(*Entran en palacio por el jardín.*)
Dichos, y después Rodrigo.
JIM.—Parece que está enojado
mi padre, ¡ay, Dios, ya se van!
URRA.—No te aflijas. Tratarán
alguna razón de Estado.
Rodrigo viene.
JIM.—Y tambén
trae demudado el semblante.
ROD.—(*Saliendo vestido en traje le gala, por la lateral derecha. Aparte.*)
Cualquier agravio es gigante
para el honrado: ¡ay, mi bien!
URRA.—¡Rodrigo, qué caballero
pareces!
ROD.—¡Ay, prenda amada!
URRA.—¡Qué bien te sienta la espada
sobre la cota de acero!
ROD.—Tal merced...
JIM.—(*A Urraca.*) Alguna pena
le asalta, ¿qué puede ser?
URRA.—¿Rodrigo?...
ROD.—(*Aparte.*)
¡Qué he de verter
sangre del alma, Jimena!
URRA.—O fueron vanos antojos
o pienso que te has turbado.
ROD.—Sí... que las dos habéis dado
dos causas a mis dos ojos;
pues lo fueron a este efeto,
al darme con tal ventura,
Jimena, amor y hermosura
y tú, hermosura y respeto.
JIM.—Muy bien ha dicho, y mejor
dijera, si no igualara
la hermosura.
URRA.—(*Aparte.*) (Yo trocara
su respeto por su amor.)
ROD.—(*Aparte.*)
¡Que la suerte trueque en pena
tal dicha!...
JIM.—(*A Urraca.*) ¿Qué podrá ser?
URRA.—¿Rodrigo?
ROD.—(*Aparte.*) ¡Que he de verter
sangre del alma, Jimena!
(*Salen de palacio, por el arco del jardín, el Conde Lozano y Peranzúlez.*)
Ya sale el Conde Lozano...

¿Cómo—¡terribles enojos!—
teniendo el alma en los ojos
pondré en la espada la mano?
Dichos, el Conde Lozano y Peranzúlez.
PER.—De lo hecho te contenta
y ten por cárcel tu casa.
ROD.—*(Aparte.)*
El amor aquí me abrasa
y allí me hiela la afrenta.
CON.—Es mi cárcel mi albedrío,
si es mi casa.
JIM.—*(Por Rodrigo.)*
¿Qué tendrá? ,
Ya está hecho brasa y ya está
como temblando de frío.
URRA.—Hacia el Conde está mirando
Rodrigo, el color perdido.
¿Qué puede ser?
ROD.—*(Aparte.)* ¡Si el que he sido
soy siempre! ¿qué estoy dudando?
JIM.—¿Qué mira? ¿A qué me con-
[dena?
ROD.—Mal me puedo resolver...
JIM.—Yo tiemblo...
ROD.—*(Aparte.)*
¡Que he de verter,
sangre del alma, Jimena!
Vacila mi amor gigante
mas, ¿qué aguardo? Honor, ¿qué es
[esto?
¡En dos balanzas he puesto
ser honrado y ser amante!...
Dichos, Diego Lainez y Arias Gonza-
lo, por el arco del fondo.
ROD.—*(Viendo entrar a su padre que*
se detiene bajo el arco.)
Mas mi padre es este y rabio
ya por hacer mi venganza,
¡que se inclinó la balanza
con el peso del agravio!
Cobardes mis bríos son,
pues para que me animara
tuve que ver en su cara
señalado el bofetón.
DIE.—*(Aparte.)*
¿Ha cedido en sus arrojos?
Debe dudar y temer.
¿Qué mira si echa de ver
que le animo con los ojos?
ARI.—*(Desconfiado.)*
Diego Laínez, ¿qué es esto?
DIE.—Mal te lo puedo decir.
PER.—*(Al Conde.)*
Por acá podremos ir.
(Señalando lateral izquierda.)
que está ocupado aquel puesto.

CON.—Nunca supe andar torciendo
ni opiniones ni caminos.
ROD.—*(Aparte.)*
¡Perdonad, ojos divinos,
si voy a matar muriendo!
(Al Conde.)
¿Conde?...
CON.—¿Quién es?
ROD.—A esta parte
quiero decirte quien soy.
JIM.—¿Qué es aquello? ¡Muerta es-
[toy!
CON.—¿Qué me quieres?
ROD.—Quiero hablarte.
Aquel viejo que está allí
¿sabes quién es?
CON.—Ya lo sé.
¿Por qué lo dices?
ROD.—¿Por qué?... *(Rencoroso.)*
Habla bajo. Escucha.
CON.—**Dí.**
ROD.—¿No sabes que fué portento
de honra y valor?...
CON.—Sí, sería.
ROD.—¿Y que es sangre suya y mía
la que correr en mí siento,
sabes?...
CON.—Y el saberlo, (acorta
razones), ¿qué ha de importar?
ROD.—Si vamos a otro lugar
sabrás lo mucho que importa.
CON.—Quita, rapaz. ¿Puede ser?
Vete, novel caballero,
vete y aprende primero
a pelear y a vencer.
Y podrás después honrarte
de verte por mí vencido
sin que yo quede corrido
de vencerte y de matarte.
Deja ahora tus agravios,
porque nunca acierta bien
venganzas con sangre, quien
tiene aun la leche en los labios.
ROD.—En tí quiero comenzar
a pelear y aprender;
verás tú si sé vencer
y yo, si sabes matar:
y mi espada mal regida
te dirá en mi brazo diestro
que el corazón es maestro
de esta ciencia no aprendida.
Y quedaré satisfecho
mezclando entre mis agravios,
esta leche de mis labios
y esa sangre de tu pecho.
PER.—*(Interponiéndose.)*

¡Conde!
ARI.—(*Idem.*) ¡Rodrigo!
JIM.—¡Ay de mí!
DIE.—(*Aparte.*)
El corazón se me abrasa.
ROD.—Por tu fuero, ante esa casa,
(*Señala al alcázar.*)
todo te proteje a tí...
JIM.—¿Contra mi padre, señor?
ROD.—...y así, no te mato ahora.
JIM.—¡Oye!
ROD.—(*Vuélvese a Jimena.*)
¡Perdonad, señora,
que soy hijo de mi honor!
(*Enérgico.*) ¡Sígueme, Conde!
CON.—Rapaz,
con soberbia de gigante;
te mataré si delante
te me pones: vete en paz.
Vete, pues posible es,
que, como en cierta ocasión
dí a tu padre un bofetón,
te de a tí mil puntapiés.
ROD.—¡Ya es tu insolencia sobrada!
JIM.—¡Con cuanta razón me aflijo!
DIE.—Las muchas palabras, hijo,
le quitan fuerza a la espada.
JIM.—¡Detén la mano violenta,
Rodrigo!
URRA.—¡Trance feroz!
DIE.—¡Hijo, hijo, con mi voz
te envío ardiendo mi afrenta!
(*Entranse acuchillando por la derecha el Conde y Rodrigo y todos tras ellos. Pausa. Se oye un gran alboroto y chocar de espadas.*)
CON.—(*Dentro. En alta voz.*)
¡Muerto soy!
JIM.—¡Oh, suerte dura!
¡Ay, padre!
PER.—(*Dentro.*)
¡Matadle, muera!
URRA.—¿Qué haces, Jimena?
JIM.—¡Quisiera
arrojarme de esta altura!
Pero volaré corriendo
ya que no bajo volando.
(*Retírase veloz de las almenas para bajar; y, pasando bajo el arco, cruza rápida la escena y desaparece primera lateral derecha, gritando.*)
Padre!
DIE.—¡Hijo!
URRA.—¡Ay, Dios!
(*Retírase de las almenas.*)
Rodrigo que aparece acuchillándose con Peranzúlez y criados del Conde.
ROD.—¡Matando
he de morir!
URRA.—¿Qué estoy viendo?
CRI. 1.º—¡Muera, que al Conde mató!
CRI. 2.º—¡Prendedle!
URRA.—(*Apareciendo por el arco e interponiéndose entre los combatientes.*)
Esperad, ¿qué hacéis?
Ni le prendáis ni matéis,
(*Peranzúlez y criados se detienen con respeto al ver a Urraca.*)
¡mirad que lo mando yo!
Que estimo mucho a Rodrigo
y le ha obligado su honor.
ROD.—Bella infanta, tal favor
con toda el alma bendigo...
pero es la causa extremada
para tan pequeño efeto
interponer tu respeto
donde sobrara mi espada.
No matallos ni vencellos
pudieras mandarme a mí,
pues por respetarte a tí
los dejo con vida a ellos.
Cuando me quieras honrar
con tu ruego y con tu voz,
detén el viento veloz,
para el indómito mar
y, para eclipsar el sol,
opón entre él tu hermosura;
que para estos, fuerza pura
sobra en mi brazo español.
Y no irán tantos viniendo
como pararé matando.
(*Se oye dentro el griterío de los que pretenden prender a Rodrigo y voces de: "¡Prendedle, muera!"*)
URRA.—Todo se va alborotando.
Pero yo a mí te encomiendo
y pienso sol, viento y mar,
si ello te puede valer,
con mis ruegos detener
y con mis fuerzas parar.
Ven que te oculte, Rodrigo.
(*Forcejea casi con él, que se resiste. Los criados, algo distanciados de la puerta, siguen manifestando deseos de prender a Rodrigo.*)
ROD.—(*A los criados.*)
Os juro que os mataré.
URRA.—¡Anda, pronto, sígueme!...
ROD.—Por ser quién eres, te sigo.
(*Urraca oculta a Rodrigo entre el bos-*

caje del jardín, foro izquierda, desapareciendo ambos).

El rey don Fernando. Servidores bajando por la escalinata de la izquierda; después Arias Gonzalo y Peranzúlez por la derecha.

REY.—¿Qué ruído, grita y lloro
que atruena todo el espacio
rompe el silencio en palacio
y en mi respeto el decoro?
(*Entra Arias Gonzalo.*)
¿Arias Gonzalo, qué es esto?
ARI.—Una grande adversidad;
perderáse la ciudad
si no lo remedias presto.
(*Entra por la misma puerta Peranzúlez.*)
PER.—¡Señor, justicia y castigo!
REY.—¿Pues qué ha sido?
PER.—Que un rapaz
ha muerto al Conde de Orgaz.
REY.—¡Válgame Dios! ¿Fué Rodrigo?
PER.—El mismo; que en tu privanza
halló aliento a su osadía.
REY.—Como la ofensa sabía
adiviné la venganza.
Un gran castigo he de hacer.
¿Prendiéronle?
PER.—No, señor.
ARI.—Tiene Rodrigo valor
y no se dejó prender.
Se abrió paso espada en mano,
hiriendo a tajo y revés...
¡cual otro Roldán francés
o cual otro Héctor troyano!
(*Entra Jimena por la lateral derecha llevando en la mano un pañuelo ensangrentado. Al mismo tiempo entra Diego Laínez, con el carrillo izquierdo teñido de sangre. Los grupos que había en la puerta quedan al foro bajo el arco.*)

Dichos, Jimena y Diego Laínez.

JIM.—(*Arrodillándose ante el rey.*)
Señor, tu justicia exijo.
DIE.—(*Arrodillándose ante el rey.*)
Señor, heme aquí vengado.
JIM.—Ve que a mi padre han matado.
DIE.—Ve que le mató mi hijo.
JIM.—Esta sangre limpia y clara
cuál me aflige considera.
DIE.—Si esa sangre no saliera,
¿cómo mi sangre quedara?
JIM.—Señor, mi padre he perdido.
DIE.—Señor, mi honor he cobrado.
JIM.—Fué el vasallo más honrado.
DIE.—¡Sabe el cielo quién lo ha sido!
Pero no os quiero afligir;
sois mujer; decid, señora.
JIM.—Esta sangre dirá ahora
lo que no acierto a decir.
Yo ví con mis propios ojos
teñido el luciente acero;
mira si con causa muero
entre tan justos enojos.
Yo llegué casi sin vida
y sin alma, triste yo,
a mi padre que me habló
por los labios de la herida.
Atajóle alma y razón
la muerte con mano helada;
(*Mostrando el pañuelo.*)
mas aquí quedó sellada
con sangre mi obligación.
Y aunque el pecho se desangre
del dolor por la fiereza,
costar tiene una cabeza
cada gota de esta sangre.
REY.—Levantad. (*Lo hace.*)
DIE.—Yo ví, señor,
que en aquel pecho enemigo
la espada de mi Rodrigo
se entraba a buscar mi honor.
Llegué, vi al Conde sin vida
y puse ¡ya el alma alienta!
el corazón en mi afrenta
y los dedos en la herida.
Lavé con sangre el lugar
en donde la mancha estaba,
porque el honor que se lava
con sangre se ha de lavar.
Tú, señor, que la ocasión
viste de mi agravio, advierte
en mi cara, de la suerte
que se venga un bofetón.
Que no quedara contenta
ni lograda mi esperanza
si no vieras la venganza
en donde viste la afrenta.
Ahora, si es justo el castigo
para quien venga su honor,
descarga en mí tu rigor,
mas no culpes a Rodrigo.
El sólo fué mano mía;
yo quien le obligó cruel
queriendo buscar en él
las fuerzas que no tenía.
Con mi cabeza cortada
quede Jimena contenta,
que mi sangre, sin mi afrenta,
saldrá limpia y saldrá honrada.
(*Aparecen por la izquierda doña Urra-*

ca, don Sancho y acompañamiento.)

Dichos, doña Urraca, don Sancho y acompañamiento.

REY.—(*A Diego.*)
Levanta.
(*A Jimena.*)
Sosiégate,
Jimena.
JIM.—Mi llanto crece.
URRA.—(*A don Sancho.*)
Llega, hermano, y favorece
a tu ayo.
SAN.—Así lo haré.
REY.—Consolad, infanta, vos
a Jimena, y vos id preso.
(*A Diego, a quien consuela don Sancho.*)
SAN.—Si mi padre gusta de eso
presos iremos los dos.
Pero juzgo que debiera
tener vuestra majestad
de estas canas más piedad.
REY.—Príncipe, bien lo quisiera;
mas la justicia lo impide;
fué gran delito.
SAN.—Señor;
fué obligación de su honor
y soy yo quien os lo pide.
REY.—Casi en mis ojos matar
al Conde, tocó en traición.
URRA.—El Conde le dió ocasión.
JIM.—El la pudiera excusar.
SAN.—Pues por ayo me le has dado,
hazle a todos preferido
porque para haberlo sido
le importaba ser honrado.
PER.—Y al rey le importa primero
ser justo.
SAN.—¿Qué osas hablar?
PER.—(*Al rey, por Diego.*)
Preso le manda llevar.
SAN.—No hará el rey si yo no quiero.
REY.—¡Don Sancho!...
JIM.—¡El alma se desmaya!
ARI.—(*Por don Sancho.*)
Su braveza maravilla.
SAN.—¡Ha de perderse Castilla
primero que preso vaya!
REY.—Pues vos le habéis de prender.
DIE.—¿Qué más bien puedo esperar?
SAN.—Si a mi cargo ha de quedar
yo su alcaide quiero ser.
Siga entre tanto Jimena
su justicia.
JIM.—¡Harto mejor,
perseguiré al matador!
SAN.—(*Al rey, refiriéndose a Diego.*)
Conmigo va.
REY.—¡Habrá su pena!
(*Vanse Sancho y Diego.*)
JIM.—¡Ay, Rodrigo, pues me obligas,
si te persigo verás!
URRA.—(*Aparte.*)
(Yo pienso valerle más
cuanto tú más le persigas.)
(*Entra a palacio por la escalinata.*)
REY.—Tú, Jimena, ten por cierto
tu consuelo en mi rigor.
JIM.—Haz justicia.
REY.—Ten valor.
(*Vase por la escalinata seguido de Arias Perenzúlez y acompañamiento.*)
JIM.—¡Ay, Rodrigo, que me has [muerto!

Jimena, sola.

JIM.—¡Llorad, mis ojos, llorad,
tal pena jamás sentida;
que la mitad de mi vida
ha muerto a la otra mitad!
Corazón, ¿cómo aliviarte?
¿Qué dicha te puedo dar
si, al empeñarme en vengar
de mi vida la una parte,
sin las dos me he de quedar?
Y es fuerza vengarme, sí,
que es de mi padre el decoro:
por eso más triste lloro,
al buscar lo que perdí,
persiguiendo lo que adoro.
(*Aparece Rodrigo por el jardín izquierda y se queda un instante escuchando a Jimena.*)
Le seguiré hasta vengarme.

Jimena y Rodrigo

ROD.—Mejor es que mi amor firme,
con la ocasión de rendirme,
te dé el gusto de matarme
sin la pena de seguirme.
JIM.—(*Sorprendida e indignada.*)
¿Qué has emprendido, qué has hecho?
¿Eres hombre, eres visión?
ROD.—Pasa el mismo corazón
que pienso que está en tu pecho.
JIM.—¡Jesús! ¡Rodrigo! ¡Rodrigo
en mi presencia! ¡Yo muero!
ROD.—Escúchame; sólo quiero
que, en oyendo lo que digo,
respondas con este acero.
(*Señala a su daga.*)
Tu padre, el conde Lozano,
en el nombre y en el brío.

puso en las canas del mío
la atrevida, injusta mano.
Y aunque me vi sin honor,
mi alma, incapaz de mudanza,
tenía en ti su esperanza
con tal fuerza, que tu amor
puso en duda mi venganza.
Mas en tan gran desventura
lucharon, a mi despecho,
contrapuestos en mi pecho,
mi afrenta con tu hermosura.
Y tú, señora, vencieras,
a no haber imaginado
que, mirándome afrentado,
por infame aborrecieras
al que amaste por honrado.
Con este buen pensamiento
de no perder tu opinión,
de tu padre el corazón
buscó mi estoque sangriento.
Cobré mi perdido honor;
mas luego, a tu amor rendido,
a ti, Jimena, he venido
porque no llames rigor
lo que obligación ha sido.
Porque disculpada veas
con mi pena mi mudanza,
¡y porque tomes venganza
si es que venganza deseas!...
Toma y porque a entrambos cuadre
(*Le ofrece la daga.*)
un valor y un albedrío,
¡haz con castellano brío
la venganza de tu padre
como hice yo la del mío!
JIM.—Rodrigo, Rodrigo, ¡ay, triste!
yo confieso, aunque lo sienta,
que al dar venganza a tu afrenta
como caballero hiciste.
No te doy la culpa a ti
del triste estado en que estoy,
pues tan desdichada soy,
que habré de emplear en mí
la muerte que no te doy.
Sólo te culpo, agraviada
de ver que a mis ojos vienes
a tiempo que aún fresca tienes
mi sangre en mano y espada.
Pero no a mi amor rendido,
sino a ofenderme has llegado
pues que llegas confiado
de no ser aborrecido
por la que fuiste adorado.
Mas vete, vete, Rodrigo.
Disculpará mi decoro
en quién piense que te adoro,
el saber que te persigo.
ROD.—Logra mi justa esperanza:
¡mátame!
JIM.—(*Haciendo ademán de irse.*)
¡Déjame!
ROD.—Espera.
Piensa bien y considera
que el dejarme es la venganza,
y el matarme no lo fuera.
JIM.—Pues por eso quiero hacella.
ROD.—¿De manera tan terrible
me aborreces?...
JIM.—¡No es posible
que predominas mi estrella!
ROD.—Pues tu rigor, ¿qué hacer quiere?
JIM.—Por mi honor, aunque mujer,
tengo resuelto de hacer
contra ti cuanto pudiere...
¡deseando no poder!...
ROD.—¡Ay, Jimena, quién dijera!...
JIM.—¡Ay, Rodrigo, quién pensara!..
ROD.—¡Que mi dicha se acabara!...
JIM.—¡Y que mi bien feneciera!...
(*Transición.*)
Mas vete ya, que aquí estando
está mi honor padeciendo...
(*Mirando con inquietud alrededor. Aparte.*)
(¡y tu vida peligrando!)
¡Vete, y déjame penando!
ROD.—¡Te dejo y voime muriendo!...

ACTO TERCERO

Decoración de campo. Al foro derecha figura que se ven algunas tiendas del campamento de Rodrigo. En primer término derecha habrá una piedra grande que pueda utilizarse como asiento.

Rodrigo, Diego Laínez y varios hidalgos.

DIE.—Hijo, Hidalgos, llegada es ya la hora
en que la obligación de honrados pechos
ni a vos ni a mí consiente más demora;

del alcázar real bajo los techos
yo habré, con mis consejos cavilosos,
al príncipe guiar a nobles hechos:
vosotros, por más fuertes más dichosos,
con vuestra propia sangre, en dura
[guerra,
vais a amparar y a engrandecer brio-
[sos—
lanzando el grito "¡Santiago, y
[cierra!"—
la religión de Cristo, soberana,
y de Castilla la bendita tierra.
(*A los Hidalgos.*)
A vosotros, amigos, en que ufana
la casa de Vivar, su honor confía
y su lucida hueste castellana,
al que es honra y amor del alma mía
os doy por capitán: no hayais recelo,
aunque es mozo, en hacelle pleitesía;
que si la suerte iguala con su anhelo,
mejor espada ni mejor caudillo
no lo habrá nunca en cuanto cubre el
[cielo.
HID. 1.º—Y nosotros juramos de se-
[guillo
tanto y tan bien, que él quede satis-
[fecho
y de su fama nos alcance el brillo;
para el ardor que enciende nuestro
[pecho,
lo que nos dices tú fuera bastante
si no sobrase con lo que él ha hecho.
De su honor por celoso y vigilante,
por su hazaña, que todos contempla-
[mos,
por bizarro, por noble y arrogante,
de nuestro propio gusto nos hallamos
bajo de su obediencia y señorío,
y por nuestro caudillo le aclamamos.
DIE.—Gracias os doy, amigos; tú, hi-
[jo mío,
pues tienes hombres, armas y caballos,
sal a campaña a ejercitar tu brío;
buena ocasión tendrás para empleallos,
pues la morisma, tan cruel y osada,
al rey le quita tierras y vasallos.
Sal a su paso, emprende esta jornada
y dando brío al corazón valiente,
pruebe la lanza quien probó la espada.
Y el rey, sus grandes, la plebeya gen-
[te,
no dirán que la mano te ha servido
para vengar agravios solamente.
Sirve en la guerra al rey, que siempre
[ha sido
digna satisfacción de un caballero
servir al rey a quien dejó ofendido.
ROD.—Así, padre, lo haré; mas dar
[no quiero
inútiles palabras en fianza,
de deudas que pagar debe mi acero.
Pues me obliga mi rey con la espe-
[ranza
y tú con el ejemplo de tu historia,
y estos con su obediencia y confianza,
(*Por los hidalgos.*)
y de Castilla la defensa y gloria
y la piedad y el nombre de cristiano,
hasta hacer hechos dignos de memoria
no he de soltar la espada de la mano.
Déjame ya emprenderlos: mas prime-
[ro,
porque mi buen intento no sea vano,
dame tu bendición.
DIE.—Hacerlo quiero.
ROD.—(*Arrodillándose.*)
Para alcanzar de mi valor la palma,
tu mano beso y a tus pies la espero.
DIE.—Tómala con la mano y con el
[alma.
(*Le bendice, le hace levantar y le abraza. Los Hidalgos les miran con emoción y respeto.*)
Hijo, el cielo te proteja.
Yo en este lugar te dejo
porque es tarde y a la corte
debo emprender el regreso.
Adiós, hijo.
(*Vase primer término izquierda.*)
ROD.—Padre, adiós.
HID. 1.º—Y nosotros preparemos
a las huestes.
ROD.—Sí, estad prontos
para cualquier contratiempo,
que antes de que apunte el día
de emprender la marcha habremos.
Haced que corra esta orden,
que yo allí esperando quedo.
(*Vanse los Hidalgos y soldados por la segunda derecha, y Rodrigo por la primera del mismo lado. La escena queda un instante sola.*)

Doña Urraca y Aldonza.

(*Entran por la segunda izquierda, pero diciendo Aldonza antes de aparecer ambas en escena los dos versos que siguen.*)
ALD.—Venid por esta vereda
que es mejor, señora mía.
URRA.—¡Qué bien el campo y el
[monte
le parece a quien lo mira

hurtando el gusto al cuidado
y dando el alma a la vista!
¡Bienaventurado aquel
que por sendas escondidas
en los campos se entretiene
y en los montes se retira!
Con tan buen gusto la reina,
mi madre, no es maravilla
si en esta casa de campo
(*A donde se supone está la casa.*)
todos los males alivia.
Salió de la Corte huyendo
de entre la confusa grita
donde unos toman venganza
cuando otros piden justicia.
(*Transición.*)
Mas, por Dios, mi buena Aldonza,
que voy sintiendo fatiga
y que este lugar agreste
sabrosa ocasión me brinda
para descanso del cuerpo
y recreo de la vista.
No pasemos adelante.
(*Se dirige a la piedra y se sienta.*)
ALD.—Y acaso, señora mía,
fué ya exceso el alejarnos
tanto, que, según noticias,
hay algaradas de moros
en las tierras de Castilla.
URRA.—Cierto que escaramucean,
en las plazas fronterizas;
mas, tan cerca de la Corte,
no es de temer su osadía
ni entiendo cómo en tu pecho
tan necio temor se abriga.
ALD.—No tienen de andar muy lejos
señora; bien lo atestigua
el ver allí un campamento...
(*Señalando a la izquierda.*)
URRA.—(*Fingiendo sorpresa.*)
¿Qué dices? Me maravilla
por acá tanto aparato
de guerra.
ALD.—¿Pues no sabías?...
Son las gentes de Vivar
que el buen Rodrigo acaudilla.
URRA.—(*Aparte.*)
(Cuando tú le llamas bueno
yo, ¿cómo le llamaría?
Sigamos el disimulo.)
ALD.—Señora, señora, mira...
ve aquella tropa de hidalgos...
¡Jesús y qué hermosa vista!
URRA.—(*Disimulando su ansiedad.*)
¿Está con ellos Rodrigo?
ALD.—¡Cómo si está! ¿Pues no miras?
Es aquel, aquel que lleva
la sobreveste amarilla.
URRA.—(*Aparte.*)
(Bien haya mi atrevimiento
si logro lo que quería.)
(*Acercándose a donde está Aldonza.*)
Saber la ocasión deseo,
la curiosidad me incita.
ALD.—¡Ah, señora, ahora se aparta
de los otros, y la vista
dirige hacia aquí. ¡Te ha visto!
URRA.—(*Aparte.*)
(¡Gracias, cielo, por tal dicha!)
ALD.—Helo aquí que llega a hablarte.

Dichas y Rodrigo.

ROD.—¡Infanta, señora mía!
URRA.—Dios te guarde, ¿dónde vas?
ROD.—Donde mis hados me guían,
dichosos, pues me guiaron
a merecer tanta dicha...
URRA.—¿Esta es dicha? No, Rodrigo;
la que pierdes lo sería;
bien me lo dice por señas
la sobreveste amarilla
que es signo de sufrimiento
según la leyenda afirma.
ROD.—Quien con esperanzas vive
desesperado camina.
URRA.—¿Luego no las has perdido?
ROD.—A tu servicio me animan.
URRA.—¿Salistes de la ocasión
sin peligro y sin heridas?
ROD.—¡Siendo tú mi defensora,
advierte cómo saldría!
URRA.—¿Y ahora vas?
ROD.—A vencer moros,
y así la gracia perdida
cobrar de tu padre el rey.
URRA.—(*Aparte.*)
(¡Qué notable gallardía!)
¿Quién te acompaña?
ROD.—(*Señalando al campamento.*)
Estas gentes
me ofrecen quinientas vidas
en cuyos hidalgos pechos
hierve también sangre mía.
URRA.—Galán vienes, bravo vas,
mucho vales, mucho obligas;
bien me parecen, Rodrigo,
tu gala y tu valentía.
ROD.—Estimo con toda el alma
merced que fuera divina:
mas mi humildad en tu Alteza
mis esperanzas marchita.
URRA.—No es imposible, Rodrigo,

el igualarse las dichas
en desiguales estados
si es la nobleza una misma.
Dios te vuelva vencedor,
que después...
ROD.—¡Mil años vivas!
URRA.—(*Avergonzada.*)
(¿Qué he dicho?)
ROD.—Tu bendición
mis victorias facilita.
URRA.—¿Mi bendición? ¡Ay, Rodri-
Si las bendiciones mías [go!
te alcanzan, serás dichoso.
ROD.—Con no más de recibirlas
lo seré, divina infanta.
URRA.—Mi voluntad sí es divina.
Dios te guíe, Dios te guarde,
como te esfuerza y te anima,
y en número tus victorias
con las estrellas compitan.
Confiado puedes ir,
que te valdré con la vida.
ROD.—El cielo cubra de flores
toda la tierra que pisas,
y la eternidad del tiempo
alargue a siglos tus días.
Oiga el mundo tu alabanza
en las bocas de la envidia,
y, más que merecimientos,
te dé la fortuna dichas.
(*Se oye lejano un toque militar en el campamento. Atardece.*)
URRA.—(*A Aldonza.*)
Pero partamos, Aldonza,
que ya la tarde declina.
ROD.—Yo presto saldré en tu nom-
[bre,
por quien venzo mis desdichas,
a ganar tantas batallas
como tú me pronosticas.
URRA.—(*A Rodrigo.*)
¿Te acordarás de este instante?
ROD.—Lo divino no se olvida.
URRA.—Dios te guíe.
ROD.—Dios te guarde.
URRA.—Ve animoso.
ROD.—Tú me animas.
URRA.—¡Toda la tierra te alabe!
ROD.—¡Todo el cielo te bendiga!
(*Vase Urraca por la izquierda, seguida de Aldonza.*)
ROD.—(*Viendo alejarse a Urraca.*)
Rodrigo, solo.
Hartas pruebas das, infanta,
bella infanta de Castilla,
hartas pruebas das en todo
de tenerme en alta estima.
Yo, en pago, por defenderte
y honrarte diera mi vida.
Pero el corazón, infanta,
otra cárcel lo cautiva,
otros suspiros lo encienden,
y otros ojos lo iluminan.
(*Rodrigo queda solo y, abstraído en pensamientos melancólicos, recitará la siguiente trova.*)
Entre triunfo tanto,
¿qué lucha hay en mí?
¿qué duelo y quebranto
que jamás sentí?
Jimena, es tu llanto
pues que muere dí
a tu padre. ¡Oh, cuánto
mal a ti... y a mí!...
El fatal abismo
que entre ambos se abrió,
¿con qué heroismo
podré salvar yo?
(*Alza los ojos al cielo con desesperación.*)
¡Quien tal consintió
bien debiera él mismo
cerrar el abismo
que entre ambos se abrió!
¡Ojos que yo viera
sonreirme un día!
¡La tierra sería
mía si os tuviera!
Hazaña cualquiera
qué valor tendría,
¡si ella me quisera
como me quería!
Pero sus querellas
¿qué haré por borrallas?
Cercaré murallas
hasta entrar en ellas;
todas las batallas
podré, en fin, vencellas...
¡Sólo sus querellas
no podré borrallas!
¡Oh, Jimena, oído
préstale a mi amor;
si vencí en tu honor,
tu amor me ha vencido.
Tu buen padre ha sido
vengado por tí,
que si yo le herí
por salvar mi honor,
¡él, con tu dolor
me vence hoy a mí!
En tu odio, presente,
y a tu amor, extraño,

te evoco en mi daño
huérfana y doliente.
De luto el ambiente
sonriente antaño...
Di, sol de mi oriente,
¿puede serte extraño
corazón que siente
tan cerca tu daño?...
Sed que no mitigo,
de gloria, ¿qué es, di,
ni el bien que persigo
ni el que conseguí?
¿Qué es di, que ante mí
tiemble el enemigo?
Todo cuanto digo,
cuanto soñé y vi
¡lo viera hoy Rodrigo,
Jimena, por ti!
(*Rodrigo queda acongojado recordando su desventura. Saca un rosario y reza.*)

Rodrigo, un pastor e Hidalgos 1.º y 2.º por la derecha, segundo término. La voz de un leproso, primer término derecha.

SOL. 1.º—Muy cerca nos encontra-
[mos
del enemigo, señor,
según cuenta este pastor.
ROD.—Pues ni un instante perdamos.
LEPROSO.—(*Dentro.*)
¿No hay un cristiano que acuda
a mi gran necesidad?
ROD.—Los caballos preparad.
(*Oyendo.*)
¿Son voces?
SOL. 1.º—Lo son, sin duda.
(*Todos escuchan y miran a un lado y a otro.*)
PASTOR.—(*A Rodrigo.*)
Señor, en esta jornada,
da risa tu devoción.
Llevar un rosario, con
peto y espuela dorada,
vestido el cuerpo de acción,
y con la espada en la mano...
ROD.—¿Quién dijo que ser cristiano
impida ser caballero?
Para los que en Él confían,
sabed que la mano diestra
de Dios, mil caminos muestra,
y todos al cielo guían.
Y así el que fuere guiado
por el mundo, peregrino,
ha de buscar el camino
que se amolde con su estado.
Para el bien que se promete
de un alma limpia y sencilla
lleva el fraile su capilla
y el clérigo su bonete,
y su capote doblado
lleva el tosco labrador,
que quizá acierte mejor
por el surco del arado.
Y el soldado y caballero
(*Recalcando.*)
si lleva buena intención,
con dorada guarnición
y espuela y cota de acero
a caballo y con calzada
espuela, galán divino,
si no es que yerra el camino
hará bien esta jornada.
Porque al cielo caminando,
ya llorando, ya riendo,
¡van los unos padeciendo
y los otros peleando!
LEPROSO.—(*Dentro.*)
¿No hay un cristiano, un amigo
de Dios?
ROD.—¿Qué vuelvo a escuchar?
LEPROSO.—No sólo con pelear
se gana el cielo, Rodrigo.
ROD.—(*Se acerca al primer término derecha.*)
Venid, de aquel retamal
salió la voz...
LEPROSO.—Un hermano
en Cristo, déme la mano.
PASTOR.—¿La mano? ¡No haré yo
[tal;
que la tuya está leprosa!
SOL. 1.º—Yo no me atrevo.
LEPROSO.—¡Oid un poco,
por Cristo!
SOL. 2.º—Ni yo tampoco.
ROD.—Yo sí, que es obra piadosa
(*Le saca tirándole de las manos.*)
y aun le besaré la mano.

Dichos y el Leproso

LEPROSO.—Todo es menester, Ro-
[drigo,
matar allí al enemigo
y valer aquí al hermano.
ROD.—Es para mí gran consuelo
esta cristiana piedad.
LEPROSO.—Las obras de caridad
son escalones del cielo.
Y en un caballero son
tan propias y tan lucidas
que por todos ser tenidas
deben como obligación.

¡Ah, buen Rodrigo!
ROD.—Buen hombre,
¿qué ángel que al bien me provoca
me habla por tu enferma boca?
¿Cómo has sabido mi nombre?
LEPROSO.—Yo te oí nombrar, viniendo
tú ha poco por el camino.
ROD.—Algún misterio adivino
en lo que te estoy oyendo.
¿Qué desdicha en tal lugar
te puso?
LEPROSO.—Dicha sería.
Peregrinando venía.
y, queriendo descansar,
de la ruta me salí,
mas, como errara el sendero,
por aquel despeñadero
en esta zanja caí,
donde ha dos días cabales
que me encuentro.
ROD.—¡Suerte dura!
Dios sabe con qué ternura
contemplo infortunios tales.
A mí, ¿qué me debe Dios
más que a ti? Y porque es servido
lo que es suyo ha repartido
desigualmente en los dos.
Pues no tengo más virtud,
y de carne y hueso soy,
y gracias al cielo estoy
con hacienda y con salud,
con igualdad nos podía
tratar; y así justo es darte,
de lo que quitó en tu parte
para añadirlo en la mía.
Estas carnes laceradas
con un capusay cubrid.
(*Las cubre con su capusay. A los soldados.*)
Las acémilas, decid,
¿llegan?
PASTOR.—Vienen retrasadas.
(*Se sientan Rodrigo y el leproso.*)
ROD.—¿No habrá nada que comer
en los zurrones?
PASTOR.—Venía;
pero ya, por vida mía,
que nadie lo querrá hacer,
porque al ver a este leproso
las hieles se me han revuelto...
SOL. 1.°—Tampoco yo estoy resuelto
a comer.
SOL. 2.°—(¡Y que es goloso!)
Tan sólo un plato tenemos,
que por fortuna, aquí está.
ROD.—Con ese nos bastará.
SOL. 2.°—Bien, señor, te serviremos
en él a ti.
ROD.—¡No, que a Dios
no le quiero ser ingrato!
(*Al leproso.*)
¡Venid, que en el mismo plato
podemos comer los dos!
(*Se sientan en la piedra y comen. Los soldados y el pastor, se miran asqueados. A los soldados.*)
¡Solos aquí nos dejad,
si el vernos os alborota!
PAS.—Sí; pero dejar la bota
(*La deja en la piedra donde se han sentado Rodrigo y el leproso.*)
me pesa, esta es la verdad.
(*Pausa mientras comen. Vanse soldados y pastor segundo término derecha.*)

Rodrigo y el leproso.

LEP.—Dios os lo pague.
ROD.—Comed...
LEP.—Gracias a Dios he comido
bastante...
ROD.—Bien poco ha sido.
Bebed, hermano, bebed. (*Bebe.*)
Descansad.
LEP.—Dios, el gran dueño
de todo, siempre pagó...
ROD.—Dormid un poco, que yo
quiero velar vuestro sueño.
Aquí quedo a vuestro lado.
(*Pausa breve.*)
Pero, ¿me duermo, es posible?...
Cosa parece increíble
este sueño que me ha dado...
A Dios me encomiendo y sigo...
en todo... su voluntad... (*Se duerme.*)
LEP.—(*Levantándose y poniéndose a la espalda de Rodrigo.*)
Gran valor y gran bondad
en todo muestras, Rodrigo.
¡Oh, buen capitán cristiano!
Dicha es tuya y suerte es mía
pues el mismo Dios te envía
su bendición por mi mano.
Y su aliento celestial
te manda desde mi boca...
(*Le echa el aliento por la espalda y desaparece segundo término izquierda. Rodrigo se irá despertando lentamente para dar tiempo a que el leproso se vista con una túnica blanca de San Lázaro.*)
ROD.—¿Quién me enciende?

¿Quién me toca
con su poder sin igual?
¿Qué es del pobre? ¿Qué se ha hecho?
¿Qué fuego lento me abrasa
y como un rayo me pasa
de las espaldas al pecho?
¿Quién sería? El pensamiento
lo adivina y Dios lo sabe.
¡Qué aroma dulce y suave
dejó su divino aliento!
Aquí el capusay quedó...
Le seguiré las andadas...
(*Mirando al suelo.*)
¡Válgame Dios, señaladas
quedaron donde él pisó!
He de seguir en mi anhelo,
sus pasos...
LEP.—(*Dentro.*)
Oye, Rodrigo.
ROD.—...porque sé que si las sigo
me han de guiar hasta el cielo.
Otra vez siento que pasa
con más fuerza y más vigor
aquel vaho, aquel calor
que al par consuela y me abrasa.
(*La escena queda a oscuras. En el fondo y en alto, aparece iluminado por una luz suave y envuelto en una túnica, como San Lázaro que es, el leproso que hablará con voz sobrenatural.*)
LEP.—San Lázaro soy, Rodrigo;
soy el pobre a quien honraste
y tanto al cielo agradaste
con lo que hiciste conmigo,
que serás un imposible
en nuestros siglos, famoso,
un capitán milagroso
y un vencedor invencible;
tanto, que tan solo a tí
los mortales han de ver
después de muerto, vencer;
y en prueba de que es así,
en sintiendo aquel vapor,
aquel soberano aliento
que por la espalda violento
te pasa al pecho el calor,
emprende cualquier hazaña,
solicita cualquier gloria;
¡pues te ofrece la victoria
el santo Patrón de España!
(*Desaparece.*)
Rodrigo; después Hidalgos 1.° y 2.° y soldados.
(*Se oyen a lo lejos ruídos y toques de guerra; Hidalgos 1.° y 2.° aparecen por la derecha, precipitadamente*)
ROD.—¿Qué ocurre?
HID. 1.°—Señor, partamos,
que el enemigo está encima.
ROD.—(*Aparte.*)
(Todo anuncia que a dar cima
a mis planes por fin vamos.
(*Siguen sonando ya muy cerca los sones de guerra y se oye el rumor de las gentes de armas. Rodrigo toma la espada y comienza a decir la siguiente arenga.*)
Ea, pues; voy a probar
de la morisma los bríos.
(*Llamando.*)
¡Hola, aquí todos los míos,
(*Van irrumpiendo en el escenario las huestes hasta que concluya de decir la arenga.*)
los que fama ansiais cobrar!
Deudos, hermanos, amigos;
de mi esperanza y anhelo,
yo os tomo ante el mesmo cielo
por jueces y por testigos.
(*Coge el pendón de manos del Hidalgo 2.°*)
El pendón que de Vivar
guarda las altas memorias,
sediento de nuevas glorias
torna al campo a batallar.
Mas no es nuestra fama sola
la que agora en lid se empeña;
ved también que aquesta enseña
es cristiana y española.
En tanto el infiel sujete
de tierra hispana una villa
nuestros blasones mancilla
la afrenta del Guadalete.
No basta en una jornada
la Media Luna vencer:
para lo que hemos de hacer
lo que no es todo no es nada.
Desde el solar castellano
hasta el agareno mar
¡toda Iberia ha de quedar
liberta del mahometano!
No haya tregua al enemigo
ni reposo en la campaña.
¡Si un Rodrigo perdió España
va a ganarla otro Rodrigo!
(*En tanto que el telón desciende lentamente, baten las huestes marcha y se inicia ésta con gran entusiasmo.*)

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Sala en el Alcázar. Puertas laterales y al foro. Aparece junto a la primera derecha el príncipe don Sancho, con espada negra, en actitud de atacar furiosamente a un maestro de armas, que se supone acaba de desaparecer por dicha puerta. Tras el príncipe, Diego Laínez, conteniéndole.

Don Sancho y Diego.
DIE.—¡Príncipe, señor, señor!...
repórtese vuestra alteza,
que sin causa la braveza
desacredita el valor.
SAN.—¿Sin causa?
(*Como dirigiéndose al maestro.*)
DIE.—Ya que te enfadas
dí la causa porque ha sido.
(*Al príncipe.*)
SAN.—El batallar, el ruído
que hacían las dos espadas,
y el haberme señalado
al rostro.
DIE.—¿Te dió?
SAN.—(*Negando con la cabeza.*)
El pensar
que a querer me pudo dar,
me ha corrido y me ha enojado.
Y a no escaparse el maestro
yo le hubiera hecho saber...
(*Transición.*)
No quiero más aprender.
(*Arroja la espada.*)
DIE.—Bastantemente eres diestro.
SAN.—Y aunque tan diestro no fuera
tampoco importara nada.
DIE.—¡Cómo!
SAN.—Espada contra espada
nunca por eso temiera.
Otro miedo el pensamiento
me aflige y atemoriza.
Con un arma arrojadiza
señala mi nacimiento,
que han de matarme, y será
de la propia estirpe mía
la causa.
DIE.—¿Y melancolía
te da eso?
SAN.—Sí me da.
Y haciendo discursos vanos,
pues mi padre no ha de ser,
vengo a pensar y a temer
que lo serán mis hermanos.
Y así, los quiero tan poco,
que me ofenden.
DIE.—¡Cielo santo!
A no respetarte tanto
te dijera...
SAN.—¿Que estoy loco?
DIE.—Que lo está quien de improviso
te ha puesto en tal confusión.
SAN.—Acaso tengas razón,
mas he de estar sobre aviso.
Dichos y Urraca que llega por la izquierda seguida de un paje que lleva un venablo ensangrentado.
URRA.—Escucha, hermano y señor;
por esta muestra has de ver
que aunque soy débil mujer
tengo destreza y valor.
Hoy mismo, cerca de aquí,
entre unas peñas...
SAN.—¿Qué fué?
URRA.—Este venablo tiré
con que maté un jabalí.
Veníamos de camino
cazando mi padre y yo.
SAN.—(*Sombrío.*)
Sangriento está. ¿Y lo arrojó
tu brazo? (¡Cielo divino!)
(*Aparte a Diego.*)
(¡Mira si tengo razón!)
DIE.—(*Lo mismo.*)
(¡Bien entiendo tu pesar!)
URRA.—¿Qué te ha podido turbar
el gusto?
SAN.—Cierta ocasión
que me da pena.
DIE.—Señora,
una necia astrología
le causa melancolía
y tú la acreciste ahora.
URRA.—Quien viene a darle contento
¿cómo su disgusto aumenta?
DIE.—Dice que a muerte violenta

le inclina su nacimiento.
SAN.—Y con un arma arrojada
herido en el corazón.
DIE.—Y como en esta ocasión
la vió en tu mano...
URRA.—¡Ay, cuitada!
SAN.—Me alteró de tal manera,
que me ha salido a la cara.
URRA.—Si disgustarte pensara
con ella, no la trujera.
Mas ¿tú crédito has de dar
a lo que abominan todos?
SAN.—Aun así, buscaré modos
para poderme guardar.
Con plancha de acero duro
el pecho me cubriré
de tal manera, que esté
de todo golpe seguro.
URRA.—Guarda con más prevención
el corazón; mira bien
que por la espalda también
hay camino al corazón.
SAN.—¿Qué me dices? ¿Qué imagino?
¿Que tú de tirar te alabes
el venablo y de que sabes
del corazón el camino?...
Por las espaldas traidora,
temo que causa has de ser
tú de mi muerte... ¡Mujer,
estoy por matarte ahora
y asegurar mis enojos!
DIE.—¿Qué haces, príncipe?
SAN.—¿Qué siento?
Ese venablo sangriento
cubre de sangre mis ojos.
DIE.—El rey.
SAN.—(*Conteniéndose.*)
(¡Terrible despecho!)
URRA.—¡Qué hermano tan enemigo!
(*Vase por la segunda derecha, seguida del paje.*)
Diego, el rey don Fernando que llega por la primera izquierda, con Arias y Peranzúlez. Después, paje 2.°
REY.—Diego, tu hijo Rodrigo
tales servicios me ha hecho,
que, por ellos obligado,
licencia le he concedido
para verme.
DIE.—¿Y ha venido?
REY.—Sospecho que habrá llegado.
Grandes pruebas de valor
ha dado su brazo fiero;
tales son, que el reino entero
le aclama por vencedor.
La fama, amigos, pregona,
que el poder del mahometano
era tal, que ya en su mano
vió mi cetro y mi corona.
Violento como aquilón
soñó en asaltar mi Corte
trayendo su fe por norte,
por espuela su ambición.
Y como supo la muerte
del bravo Conde Lozano,
que del trono castellano
era el apoyo más fuerte,
libre de embarazo tal
pensó en llegar hasta aquí
y hacerse dueño de mí
y Castilla la Real.
En revuelta comitiva,
huestes del rey de Toledo
galopaban con denuedo
riberas del Duero arriba.
De pronto, en un altozano,
se tropieza el enemigo
con las gentes de Rodrigo,
el soberbio castellano.
Como rabiosos leones
se acometen a lanzadas,
ruedan cotas abolladas,
brota sangre a borbotones.
Como en un campo de mies
siegan vidas los cristianos;
ellos matan con las manos
sus caballos con los pies.
Cuando sembrada se vía
de cadáveres la tierra,
tregua las cajas de guerra
piden de la morería.
"¡Tregua, capitán cristiano!",
gritó el caudillo enemigo.
Y se rindió ante Rodrigo,
el soberbio castellano.
PER.—¡Gran victoria!
ARI.—¡Bravo mozo!
Nada me asombra en Rodrigo.
REY.—(*Abriendo sus brazos a Diego que llora, de orgullo y de alegría.*)
¿Y tú, nada dices?
DIE.—(*Abrazando respetuosamente al rey.*)
Digo
señor, que muero de gozo.
¡Bien haya el que por su ley
sabe luchar esforzado!
¡Bien haya el que me ha elevado
a los brazos de mi rey!
REY.—Bien haya, sí, que él abona
mis derechos soberanos
hoy que moros y cristianos

atentan a mi corona.
(*Subrayando con amargura esta última palabra.*)
DIE., ARI. y PER.—(*Con asombro.*)
¿Cristianos?
REY.—¿Qué os maravilla?
Sabéis que el aragonés
quiere que ponga a sus pies
de Calahorra la villa.
Yo, en respuesta a su tesón,
juré que le probaría
que es Calahorra tan mia
como Castilla y León.
Y pues letras y letrados
tan en desacuerdo están,
mejor lo averiguarán
con sus armas los soldados.
Remitir juré a la espada
esta justicia que sigo,
y encomendar a Rodrigo
que acaudille la jornada.
Mas cuando a ello preparado
estaba, de mi rival
recibí embajada tal,
que me ha puesto en gran cuidado.
Y tanto en vosotros fío,
parientes...
ARI.—Honrarnos quieres.
REY.—Que a vuestros tres pareceres
quiero remitir el mío.
Me propone el de Aragón
que no juzga conveniente
el que luche tanta gente
por tan leve pretensión;
y que así, jornada tal
de justicia y de derecho,
se remita a un solo pecho,
a un su vasallo leal,
que peleará por él
contra el que fuere por mí,
para que se acabe así
guerra, aunque justa, cruel,
y sea del vencedor
Calahorra; y todo en fin,
lo encomienda a don Martín
González, su embajador.
DIE.—Yo digo que es cristiandad
bien fundada y bien medida,
excusar con una vida
tantas muertes.
PER.—Es verdad.
Mas tiene el aragonés
en este su embajador,
todo el brío y el valor
juntos, que en su raza ves.
Es don Martín un gigante
en fuerzas y en proporción;
un Rodamante, un Sansón,
un Alcides, un Atlante.
Temible es su brazo fiero
y su acerada cuchilla.
ARI.—¿Y no hay espada en Castilla
que sea también de acero?
DIE.—(*Al Rey.*)
¿Faltará acá un castellano
si hay allá un aragonés,
para base de tus pies,
para valor de tu mano?
PER.—Temen el valor profundo
de este hombre, y no es maravilla
que atemorice a Castilla
un hombre que asombra al mundo.
DIE.—¡Ah, Castilla! ¿A qué has lle-
[gado?
ARI.—Con espadas y consejos
no te faltarán los viejos
si los mozos te han faltado.
(*Enérgico.*)
¡Yo saldré y, rey, no te espante
confiarme a mí este hecho,
que cualquier honrado pecho
tiene un corazón gigante!
REY.—Estimo esa voluntad
con la que honráis mi corona;
pero, ¡alzad, vuestra persona
no ha de aventurarse, alzad!
(*Entra el paje 2.° por el foro.*)
PAJE 2.°—Jimena pide licencia
para besarte la mano.
(*Vase.*)
REY.—Tiene del Conde Lozano
la arrogancia y la impaciencia.
Siempre la tengo a mis pies
descompuesta y querellosa.
DIE.—Es honrada y es hermosa.
REY.—¡Importuna también es!
Y a disgusto me provoca
el ver, entre sus enojos,
lágrimas siempre en sus ojos,
justicia siempre en su boca.
Nunca imaginara tal,
aunque sus querellas sigo.
ARI.—Pues yo sé que ella y Rodrigo...
señor, no se quieren mal.
Pero así de la opinión
desconcierta la malicia
y acaso, al pedir justicia,
(*Con malicia.*)
busca una compensación.
(*Pausa.*)
Tratar, pues, del casamiento
de Rodrigo con Jimena,

quizá aliviase su pena...
REY.—...Ya estuve en tu pensamiento
mas no lo quise intentar
por no acrecer su disgusto.
DIE.—Fuera ponerse en lo justo.
REY.—¿Se quieren bien?
ARI.—(*Malicioso.*)
No hay que hablar.
Y a fe que le placería
tener a tan buen vasallo
por esposo.
DIE.—Imaginallo,
Rey, me llena de alegría.
Dichos y Jimena por el foro.
JIM.—(*Entrando.*)
Otra vez pido justicia,
buen rey, a su majestad.
Cada día que amanece,
sin poderlo yo evitar,
veo a quien mató a mi padre
paseando en libertad
caballero en un caballo
y en la mano un gavilán.
A mi casa de recreo
donde alivio mi pesar,
galán altivo y gallardo,
mira, escucha, viene y va.
Y por moverme a despecho,
dispara a mi palomar
flechas que a los aires tira
y en el corazón me dan;
mátame mis palomicas
criadas y por criar;
la sangre que sale de ellas
me ha salpicado el brial.
Enviéselo a decir
y envióme a amenazar
que sin vida dejaría
cuerpo que sin alma está.
Un rey que no hace justicia
no debiera de reinar
ni pasear en caballo
ni espuela de oro calzar.
¡Justicia, buen rey, justicia!...
REY.—Basta, Jimena, no más.
DIE.—Perdonad, gentil señora,
(Y vos, buen rey, perdonad)
que lo que ahora habéis dicho
sospecho que lo soñáis;
fraguando vuestra venganza,
rendida de cavilar,
lo habéis soñado esta noche
y se os figura verdad.
Pues Rodrigo ha muchos días
señora, que ausente está;
sabed que está con los moros
guerreando, y ved, mirad,
cómo ha podido ofenderos
en eso que le culpáis.
JIM.—Antes que se fuese ha sido.
(Si podré disimular.)
Ya contra mí, que estoy loca
solo falta que digáis.
(*Al Rey.*)
(¡Ay, honor, cuánto me cuestas!)
Si por agraviarme más
te burlas de mi esperanza
y pruebas mi **dignidad;**
si me juzgas mujer débil,
verás que lo aciertas mal;
y si lo ignoras, señor,
en prueba de esta verdad,
hagan públicos pregones
desde la mayor ciudad
hasta la menor aldea,
en los campos y en la mar
y en mi nombre, dando el tuyo
prestigio y autoridad,
que a quien me dé la cabeza
de Rodrigo de Vivar
le daré, con cuanta hacienda
tiene la casa de Orgaz,
mi persona, si la suya
me igualare en calidad;
y si no es su sangre hidalga
de conocido solar,
lleve, con mi gratitud
de mi hacienda la mitad.
Si no haces esto, buen rey,
propios y extraños dirán
que, pues me quitas mi honor,
no hay en tí para reinar
ni prudencia, ni razón,
ni justicia, ni piedad.
REY.—Pensad lo que habés pedido;
no más llanto, basta ya.
DIE.—Y yo, también yo, señor,
suplico a tu majestad
que por dar gusto a Jimena
en un pregón general
publiques lo que ella ofrece
bajo tu palabra real:
que a mí no me da cuidado;
que en Rodrigo de Vivar,
muy alta está la cabeza
y el que la quiera alcanzar
más que gigante ha de ser
y en el mundo hay pocos ya.
REY.—Pues las partes se conforman,
Peranzúlez, ordenad
el pregón como ella dice.
(*Vase Peranzúlez.*)

JIM.—Dame tu mano a besar.
(*La besa.*)
ARI.—(*Aparte a Diego.*)
(¡Valor muestra esta mujer!)
DIE.—(*Aparte a Arias.*)
(¡No tiene en el mundo igual!)
JIM.—(*Aparte.*)
(¡La vida te doy, perdona
honor, si te debo más!)

Dichos y el Paje 1.º; después Rodrigo.

PAJE.—(*Por la derecha.*)
Rodrigo viene.
REY.—En buen hora.
Que entre.
(*Vase el Paje.*)
DIE.—¡Gracias, cielo santo!
JIM.—(*Aparte.*)
(¡Amor mío, no me vendas!
¡Venid en auxilio, agravios!
ROD.—(*Aparece por la derecha y se arrodilla ante el rey.*)
Señor, a tus plantas llego...
REY.—(*Haciéndole levantar.*)
Alza, capitán bizarro.
No es bien que ante un rey se humille
quien hace a reyes esclavos.
Aquí le tenéis, amigos:
al esfuerzo de su brazo,
vida, libertad y hacienda,
debemos los castellanos.
Quiero que todos le honren
cual merece ser honrado,
y que al verle de retorno
con tan victoriosos lauros
reine el júbilo en mi Corte
como reina en mi palacio.
JIM.—Bien pareciera, señor,
ese júbilo en tus labios,
si lo negro de estos lutos
y lo triste de este llanto
no hubieran de recordarte
cada hora y cada paso,
crímenes que hoy galardonas,
justicias que has olvidado.
Hoy, señor, hace tres meses
que murió mi padre a manos
de ese mismo a quien las tuyas
para matador criaron.
Ese altanero Rodrigo,
soberbio, cruel y osado,
profanó tus leyes justas
y tú le amparas ufano.
Son tus ojos sus espías,
tu Alcázar es su sagrado,
tu favor sus alas libres
y su libertad mis daños.
Mal lo miras, mal lo sientes
y perdona si mal hablo;
que en boca de una mujer
tiene licencia un agravio.
¿Qué dirá, qué dirá el mundo
de tu valor, rey Fernando,
si al ofendido castigas
y si premias al culpado?
¡Oh, rey justo, en tu presencia
advierte bien cómo estamos:
él ofensor, yo ofendida,
yo gimiendo y él triunfando;
él celebrando victorias
y yo lutos arrastrando;
él levantando trofeos
y yo padeciendo agravios;
él soberbio, yo encogida,
yo agraviada y él honrado,
yo afligida y él contento,
él riendo y yo llorando.
ROD.—(*Aparte.*)
(¡Sangre os dieran mis entrañas
para llorar, ojos claros!)
JIM.—(*Aparte.*)
(¡Ay, Rodrigo, hay honra mía!
¿Por qué estáis tan apartados?)
REY.—No haya más, Jimena, basta.
Por querer desenojaros,
la cabeza de Rodrigo,
cual sabéis, he pregonado:
y si hay quien, noble o plebeyo,
forastero o castellano,
blandiendo lanza o espada
y en lid a pie o a caballo,
sea capaz de vencerle
frente a frente y brazo a brazo,
vuestro empeño de venganza
podéis ya dar por logrado;
mas no queráis que descargue
de sus hazañas en pago
el peso de mis rigores
en quien mi reino ha salvado,
y por ser vos vengativa
tenga yo que ser ingrato.
JIM.—Si es gratitud la injusticia
y el ser injusto es ser sabio,
si el vencer en las batallas
hace inocente al culpado,
si al tiempo que sus victorias
señor, estimas en tanto,
la que a mi padre debiste
tan del todo has olvidado,
para no turbar tu gusto
ni entristecer tu palacio,
voy a ocultar mis dolores

en mi solar solitario
y a esperar que la ventura
de un aventurero osado
me depare la justicia
que de mi rey pido en vano.
(Vase por la derecha.)

Dichos, menos Jimena; después el Paje 2.º

REY.—Ira me dá su despecho
y lástima su dolor.
La venganza y el amor
libran batalla en su pecho.
PAJE. *(Por la derecha.)*
Martín González implora
tu venia...
REY.—Ya está otorgada.
(Vase el paje por la derecha.)
Quiere acabar su embajada
y vive Dios que ya es hora.

Dichos y don Martín.

MAR.—*(Por la derecha.)*
Dios guarde a tu Majestad.
REY.—Bien vengáis, embajador.
Sentáos.
MAR.—De pie es mejor.
REY.—Así os escucho: empezad.
MAR.—Solo suplicarte quiero...
ROD.—*(Aparte.)*
(¡Notable arrogancia es esta!)
MAR.—Que me des una respuesta
que impaciente de tí espero.
¿Tienes algún castellano
a quien tus poderes des
que espere a un aragonés
cuerpo a cuerpo y mano a mano?
De una espada el fallo venga,
de una victoria la ley;
gane Calahorra el rey
que mejor vasallo tenga.
REY.—En Castilla hay tanos buenos
que bien puedo, en confianza,
mi justicia y mi esperanza
fiarle al que valga menos.
Yo os indicara a cualquiera,
don Martín, si no pensase
que si alguno designase
a los demás ofendiera.
Y así para no escoger
ofendiendo a tanta gente,
todos irán juntamente
de tu rey contra el poder.
Invadirán los caminos
mis huestes; verá Aragón
la fuerza de mi razón
escrita en mis pergaminos.
Esto haré, y lo que le toca
hará tu rey contra mí.
MAR.—Esa respuesta le dí
antes de oirla en tu boca;
porque teniendo esta mano
por suya el aragonés,
no esperaba que a mis pies
se atreviera un castellano.
ROD.—¡Voto a tal! Con tu licencia
(Al rey.)
quiero responder, señor;
que ya es faltar el valor
sobrar tanto la paciencia.
(A don Martín.)
Don Martín, los castellanos
que se hallan a vencer hechos,
suelen rasgar muchos pechos
con las garras de sus manos.
Vencer saben de mil modos,
y por mí su Majestad
te hará ver esta verdad
en desagravio de todos.
MAR.—El que está en aquella silla
(Por el rey.)
tiene prudencia y valor;
no querrá.
ROD.—¡Vuelve, señor,
por el honor de Castilla!
Y si es que te inquieta el fin
de esta empresa a que me obligo,
¡deja que salga Rodrigo,
aunque venza don Martín!
Pues bien tienes por sabido
cuanto peor suele ser
el no salir a vencer,
que, saliendo, ser vencido.
REY.—Levanta, pues me levantas
el corazón. En tu mano
pongo el honor castellano.
ROD.—*(Con alegría.)*
¡Oh, buen rey! Beso tus plantas.
REY.—¡Rodrigo!
ROD.—¡El cielo te guarde!
REY.—Sal en mi nombre a esta lid.
MAR.—¿Tú eres el nuevo adalid
que asusta al moro cobarde?
ROD.—Delante mi rey estoy;
mas yo te daré en campaña
la respuesta.
MAR.—¿Quién te engaña?
¿Tú eres Rodrigo?
ROD.—Yo soy.
MAR.—¿Tú a campaña?
ROD.—¿No soy hombre?
MAR.—¿Conmigo?
ROD.—¡Y con veinte más!

Vé, que allí conocerás
mis obras como mi nombre.
MAR.—¿Pero te atreves, Rodrigo,
no tan solo a no temblar
de mí, si no a pelear,
y mano a mano conmigo?
¿Piensas medir tus poderes
no contra arneses y escudos,
sino contra esclavos desnudos,
entre hombres medio mujeres,
entre moros, en quien son
los alfanjes de oropel,
las adargas de papel,
y los brazos de algodón?
¿No adviertes que quedarás
sin el alma que te anima
si te dejo caer encima
una manopla no mas?
Toma a los moros castillos,
y huye aquí de mis rigores.
ROD.—¡Nunca perros ladradores
tienen valientes colmillos!
Y así, sin tanto ladrar,
solo quiero responder
que lucharé por vencer
¡y que salgo a pelear!...
(*Hace ademán.*)
MAR.—¡Ea, pues quieres morir,
al matarte, como es justo,
a dos cosas de mi gusto
con una quiero acudir.
(*Al rey.*)
¿Al que traiga la cabeza
de Rodrigo, la hermosura
de Jimena, no asegura
en un pregón, vuestra Alteza?
REY.—Ello es cierto.
MAR.—Y yo soy quien
me ofrezco dicha tan buena
porque, ¡por Dios, que Jimena
me ha parecido muy bien!
Una testa por los suelos
verás, y a Jimena mía.
ROD.—(*Con rabia.*)
(¡Ahora mejor le ahogaría
porque me abrasa con celos!)
MAR.—En fin, rey, en conclusión,
diré, para no cansarte,
que donde el término parte
Castilla con Aragón
será el campo, y señalados
los jueces, ambos saldremos
y cada cual llevaremos
unos quinientos soldados.
(*Al rey.*)
¿Así quede?
REY.—Quede así.
ROD.—Y allá verás en tu mengua
cuán diferente es la lengua
de la espada.
MAR.—Vé, que allí
daré yo, aunque te socorra
de tu arnés la mejor pieza,
a Jimena tu cabeza,
a mi rey tu Calahorra.
ROD.—Yo al momento determino
ir, rey, con tu aprobación.
MAR.—¡Como si fuera un halcón
volaré por el camino!
REY.—(*A Rodrigo.*)
¡Ve a vencer!
DIE.—¡Dios soberano,
quiera la victoria darte
como te doy de mi parte
la bendición de mi mano!
ARI.—(*A Rodrigo.*)
¡Buen castellano tenemos
en tí!
MAR.—Ya voy.
ROD.—Yo te sigo.
MAR.—Allá me verás, Rodrigo.
ROD.—¡Martín, allá nos veremos!

CUADRO SEGUNDO

Salón del trono en el Alcázar, con puertas laterales y al fondo.

Jimena, Elvira; después un paje
JIM.—Elvira, ya no hay consuelo
para mi pecho afligido.
ELV.—Pues tú misma lo has querido
¿qué quejas alzas al cielo?
Para cumplir con tu honor,
ante el decir de la gente,
¿no bastaba cuerdamente
perseguir al matador
de tu padre y de tu gusto,
y no obligar con pregones
para buscar ocasiones

de su muerte y tu disgusto?
JIM.—¿Qué pude hacer? ¡Ay, cuitada!
Me ví amante y ofendida,
delante del rey corrida
y ante la Corte turbada,
y apelé a tal pensamiento
para excusa de mi mengua;
dije aquello con la lengua...
¡y con el alma lo siento!
De que no tenga esperanza
bien la opinión me previene.
ELV.—Y que el aragonés tiene
ya en sus manos tu venganza.
Y en su alma tu belleza
con tan gran extremo arraiga,
que no dudo que te traiga
de Rodrigo la cabeza.
JIM.—¡Moriré si ello es así!
no me lo nombres, Elvira,
y a mis desventuras mira
ya que en mal hora nací.
¡Consuélame!... ¿No podría
vencer Rodrigo? ¿Valor
no tiene? ¡Pero es mayor
mi desdicha, porque es mía;
y esta... ¡oh, cielos soberanos!..
ELV.—No tan afligida estés.
JIM.—Será grillete en sus pies,
esposa será en sus manos;
ella le atará al luchar
para que venza el contrario.
ELV.—Si por fuerte y temerario
no tiene en Castilla par,
quizá vencerá su dicha
a la desdicha mayor.
JIM.—Grande ha de ser su valor
si ha de vencer mi desdicha.
(*Entra por el foro izquierda un paje con una carta que entrega a Jimena.*)
PAJE.—De tu casa te han traído
esta carta.
JIM.—Don Martín
la envía, y mi amargo fin
con ella acaso ha venido.
(*Al paje.*)
Vete, pues.
Elvira, llega... (*A Elvira.*)
(*Se va el paje.*)
ELV.—(*Se aproxima.*)
Veamos; la carta lee.
JIM.—Si es que acierto, porque ve
que de turbada estoy ciega.
(*Leyendo.*)
"El luto deja, Jimena,
ponte el vestido de bodas
y a mi dicha te acomodas
cuando acabe con tu pena.
La cabeza de Rodrigo
te promete mi valor,
que por ser el servidor
de tu gusto, a ello me obligo.
Cuando esta logres leer,
vengado el Conde Lozano
ya estará.—Besa esa mano,
que por suya ha de tener,
Don Martín." ¡Oh, Dios! ¿Qué siento?
(*Hace ademán de marcharse.*)
ELV.—¿Dónde vas? ¿Al rey no esperas?
JIM.—No, Elvira. Vamos ligeras,
que a solas en mi aposento
quiero estar. (*Transición.*)
Sigo y adoro
los pasos de mi enemigo.
¡Compadéceme, Rodrigo!
¡Yo te mato y yo te lloro!
(*Vanse primer término derecha.*)
Arias Gonzalo y la infanta doña Urraca.
ARI.—Mas de lo justo adelantas,
señora, tu sentimiento.
URRA.—¡Con mil amarguras siento
y lloro con otras tantas!
(*Confidencial.*)
Arias Gonzalo, por padre
te he tenido.
ARI.—¡Y lo soy yo
con gusto!
URRA.—Desque murió
y está en el cielo mi madre,
bien sabes tú que es crueldad
lo que aumentan mi dolor
mi hermano con poco amor,
mi padre con mucha edad.
...Un mozo que ha de heredar
y un viejo que ha de morir
me dan penas que sentir
y desdichas que llorar.
ARI.—¿Y no alivia tu cuidado
el ver que aun viven los dos
y entretanto querrá Dios
pasarte a mejor estado,
a otros reinos y a otro rey
de los que te han pretendido?
URRA.—¿Yo un extraño por marido?
ARI.—No siéndolo de tu ley
¿qué importa?
URRA.—¿Así me destierra
la piedad que me crió?...
Mejor lo anhelara yo
de mi sangre y de mi tierra;
que más quisiera mandar

una ciudad, una villa,
una aldea de Castilla.
que en muchos reinos reinar.
ARI.—Pues pon los ojos, señora,
en uno de tus vasallos.
URRA.—Antes habré de quitallos
del que adoro y no me adora
y pues que mi afán te digo,
como a Dios se lo diría...
ARI.—Dí, no dudes...
URRA.—...Yo quería
al valeroso Rodrigo.
Castamente me obligó:
pensé casarme con él...
ARI.—¿Pues quién lo estorba?
URRA.—¡Es cruel
mi suerte y honrada yo!
Jimena y él se han querido,
y aun después del conde muerto,
se aman.
ARI.—¡Sí, parece cierto!...
URRA.—¡Cierto es, que en mi daño
[ha sido!
Cuanto a su padre más llora,
cuanto más justicia sigue
y a su rival más persigue,
es cierto que más le adora.
Y al ver que él su amor le ha dado,
quedó el que yo le he tenido
no por completo extinguido,
mas sí del todo olvidado.
Que la mujer ofendida,
al verse desengañada,
no es discreta ni es honrada
si no aborrece y olvida.
Mi padre viene; después
te contaré... mas ¡ay, cielo!
ya me ha visto.
ARI.—A tu consuelo
aspira.

Dichos; el rey don Fernando y Diego Laínez, foro derecha.

DIE.—(*Al rey.*)
Beso tus pies
por la merced que a Rodrigo
le has hecho.
REY.—Y si vencedor
vuelve ahora, un grande honor
le haré.
DIE.—¡Mi suerte bendigo!
REY.—(*A Urraca.*)
Doña Urraca, ¿dónde vais?
Esperad, no os retiréis.
¿Qué os aflige? ¿Qué tenéis?
¿Habéis llorado? ¿Lloráis?
¿Congoja habéis?...
URRA.—No la hubiera
si tú, que me diste el ser,
eterno hubieses de ser,
o mi hermano amable fuera.
Pero mi madre perdida,
tú. ya débil y achacoso
y mi hermano rencoroso.
dime. ¿qué será mi vida?
Es el príncipe un león
para mí.
REY.—Infanta, callad.
Si yo muero, confiad
en que os dotaré en razón.
Y pues tengo, gloria a Dios,
más reinos y más estados
adquiridos que heredados,
alguno habrá para vos.
No temáis, que aún vivo estoy
y si no...
URRA.—¡Dame tu mano!
REY.—...Es don Sancho buen herma[no;
yo, padre, y buen padre, soy.
Id con Dios.
URRA.—¡Guárdete el cielo!
REY.—Pon en mí tu confianza.
URRA.—Ya tu bendición me alcanza.
ARI.—(*A Urraca.*)
Y a mí llega ese consuelo.
(*Vase Urraca por la primera izquierda.*)

Rey, Diego, Peranzúlez y Arias.

REY.—Escuchad, amigos míos,
que un suceso de importancia
me obliga a tomar consejo
de vuestra experiencia sabia.
Escuchadme.
DIE.—Una vez más
nos honra tu confianza.
REY.—De don Sancho la braveza
que, como sabéis, es tanta,
que casi casi se atreve
al respeto de mis canas,
y el ver que por puntos crecen
el despego y la arrogancia,
la injusticia y la aspereza
con que a sus hermanos trata,
me ha inducido a que entre todos
mis hijos al fin reparta
mis reinos y mis estados
dando a pedazos mi alma.
¿Qué os parece de esta idea?
Decid, Diego.
DIE.—Que es extraña
y a toda razón de Estado
antójaseme contraria.

Si bien lo adviertes, señor,
mal prevalece una casa
cuyas fuerzas, repartidas,
con deshacerse amenazan.
ARI.—Podrá ser que al fin don Sancho,
viendo que a todos se iguala,
logre allanarse.
DIE.—Señor,
le conozco y no se allana.
Háblale, que allí se acerca.
(*Mirando a la izquierda.*)
Dichos. Don Sancho, por la izquierda.
REY.—(*Cariñoso.*)
Pienso que mi sangre os llama.
Llegad, hijo; sentáos, hijo.
SAN.—Dadme la mano.
REY.—Tomadla.
(*Pausa.*)
Como el peso de los años
(unido a las otras cargas
del cetro y de la corona)
más pronto a los reyes cansa,
quiero, hijo, por salir
de un cuidado, cuyas ansias
hacia el sepulcro me empujan,
porque mi vida se acaba,
que oigáis de mi testamento
bien repartidas las mandas
por saber si vuestro gusto
se aviene con mi esperanza.
SAN.—¿Testamento hacen los reyes?
REY.—(*Aparte.*)
¡Presto el recelo le embarga!
No, hijo, de lo que heredan,
mas pueden de lo que ganan.
Vos heredáis, con Castilla,
la Extremadura y Navarra:
cuanto hay del Pisuerga al Ebro.
SAN.—(*Aparte y despectivo.*)
¡Eso me sobra!
REY.—(En la cara
su contrariedad demuestra.)
SAN.—¡Fuego siento en las entrañas!
REY.—De don Alonso es León
y Asturias, con cuanto abraza
Tierra de Campos; y dejo
a Galicia y a Vizcaya
a don García. A mis hijas
doña Elvira y doña Urraca
les dejo Toro y Zamora
y que igualmente se partan
el Infantado. Y con esto,
—si la del cielo os alcanza—
con la bendición que os doy
no podrán fuerzas humanas,
con vuestras fuerzas unidas
atropellar vuestras armas;
que son muchas fuerzas juntas
como un manojo de varas,
que nunca romperlas puede
mano que no las abarca;
mas solas una por una
cualquiera las despedaza.
SAN.—Si en ese ejemplo te fundas
señor, ¿es cosa acertada
que las dejes divididas
tú, que pudieras juntarlas?
¿Por qué no juntas en mí
todas las fuerzas de España?
Al quitarme lo que es mío
¿no ves, padre, que me agravias?
Tú, señor, mil años vivas;
pero si mueres... ¡mi espada
sabrá unir lo que divides
y hará una fuerza de tantas!
REY.—(*Enérgico.*)
¡Inobediente rapaz;
tu soberbia y tu arrogancia
castigaré en un castillo!
PER.—(Qué altivez.)
ARI.—(¡Qué intolerancia!)
SAN.—(*Insistiendo.*)
Mientras vives, todo es tuyo.
REY.—Mis maldiciones te caigan
si mis mandas no obedeces.
SAN.—No siendo justas, no alcanzan.
(*Vase.*)
(*Entran como convocados para un acto de Corte; por la primera izquierda, doña Urraca, seguida de sus damas y pajes; por la segunda derecha, nobles, capitanes y pajes del rey. Este toma de la mano a doña Urraca y ocupan el trono que estará en el segundo término izquierda. Diego, Arias y Peranzúlez se situarán a la inmediación y a la derecha del trono. Los demás en sus puestos de ceremonia, a juicio del director de escena.*)
Dichos menos don Sancho; doña Urraca, damas, nobles, etc.; Jimena, que entra por la primera derecha, seguida de sus damas.
JIM.—(*Aparte.*)
(Muerto traigo el corazón;
¡Cielos ¿Si podré fingir?)
(*Al Rey.*)
Acabo de recibir
una carta de Aragón,
y como me da esperanza
de que tendré buena suerte,
del luto que dí a la muerte

me despoja la venganza.
DIE.—¿Luego Rodrigo es vencido?
JIM.—Y muerto lo espero ya.
DIE.—¡Ay, hijo!
REY.—Presto vendrá
certeza de lo que ha sido.
JIM.—(¡Eso quiero yo saber
y este pretexto he buscado!)
REY.—(*A Diego.*) Sosegaos.
DIE.—¡Ay, desdichado!
(*A Jimena.*) Cruel eres.
JIM.—Soy mujer.
DIE.—Ahora estarás ya contenta,
si es que ha muerto mi Rodrigo.
JIM.—(Si esta venganza persigo
va por dentro la tormenta.)
(*Entra un paje.*)
Dichos. Paje 2.º. Después, dos reyes moros y acompañamiento.
PAJE.—(*Al rey.*)
Majestad, dos reyes moros
con su séquito y nobleza,
para besarte la mano
solicitan de tí audiencia.
Según aseguran ambos
son prisioneros de guerra
de las huestes de Rodrigo
que ha diez días los venciera.
El les demandó palabra
de acudir a tu presencia
y entrambos, que el valor temen
de tu vasallo, a tí llegan
a rendirse a tus poderes.
REY.—Gran Rodrigo, en todo mues-[tras
que eres digno de ceñir
la espada que yo te diera.
DIE.—¡Hijo, el honor de Castilla
quedó a salvo! ¡Brava empresa!
Mas hoy que tu fin me auguran
siento que el mío se acerca...
(*Llora; todos le comtemplan con emoción.*)
REY.—Mi alma a creer se resiste
Rodrigo, esta amarga nueva.
(*Al paje.*)
Dí a los reyes y a sus nobles
que pasen a mi presencia.
(*El rey queda un instante silencioso, haciendo gestos de contrariedad y pesadumbre. Entran por la derecha los reyes moors seguidos de algunos nobles y otros moros portadores de banderas y estandartes con la media luna. Los nobles y acompañamiento quedan a la puerta derecha primer término, colocados con orden, mientras los dos Reyes avanzan hacia el rey Fernando.*)
REY.—(*A Diego.*)
A Rodrigo, por mis greyes
tan obligado me hallo...
REY MORO 1.º—(*Entrando seguido del otro y colocándose frente al rey Fernando.*)
Tienes, señor, un vasallo.
de quien lo son varios reyes.
En escuadrones formados,
tendidas nuestras banderas,
corríamos las fronteras,
vencíamos tus soldados,
talábamos tus campiñas,
cautivábamos tus gentes
y escalábamos valientes
las cumbres de tus montañas;
cuando gallardo y ligero
el gran Rodrigo llegó,
mis escuadrones rompió
y vencióme a mí el primero.
Viniéronme a socorrer
tres reyes, y su venir
tan sólo pudo servir
de darle más que vencer.
Pues su esfuerzo varonil
los nuestros dejando atrás,
quinientos hombres no más.
nos vencieron a seis mil.
Y en su mano vencedora
nuestra enseña musulmana,
sin venir lanza cristiana
sin una cabeza mora,
partió con todos triunfando
entre aplausos lisonjeros,
atraillando prisioneros
y banderas arrastrando,
asegurando esperanzas,
obligando corazones,
recibiendo bendiciones
y despreciando alabanzas.
(*Admiración en la Corte. Entra el paje 1.º por el foro.*)
REY.—(*Al verlo.*)
¿Qué nuevas hay?
PAJE 1.º—Que ha llegado
de Aragón un caballero...
JIM.—(¡Venció don Martín! ¡Yo mue-[ro!)
PAJE 1.º—Tal debe ser...
DIE.—¡Ay, cuitado!
PAJE 1.º—...que este trae la cabeza
de Rodrigo, y quiere darla
a Jimena.
JIM.—(¡Ay, al mirarla

me va a matar la tristeza!)
REY.—No quedará en Aragón
una almena ¡vive el cielo!
JIM.—(¡Ay, Rodrigo. Este consuelo
me queda en tanta aflicción!)
¡Rey Fernando! ¡Caballeros!
Oid mi desdicha inmensa,
pues no quedan en mi alma
más sufrimientos ni fuerzas.
A voces quiero decirla
para que todos entiendan
cuánto me cuesta ser noble
y cuánto el honor me cuesta.
De Rodrigo de Vivar
adoré siempre las prendas
y por cumplir con las leyes
que nunca el mundo tuviera,
procuré la muerte suya
tan a costa de mis penas,
que juzgo que el mismo acero
que ha cortado su cabeza
cortó el hilo de mi vida.
REY.—(¡Cómo el oído me apena!)
Dichos; después paje 2.° y más tarde Rodrigo.
JIM.—Ya que soy tan desdichada,
tu majestad no consienta
que ese don Martín González
la mano homicida y fiera
me quiera dar como esposo;
conténtese con mi hacienda.
Que mi persona, señor,
si antes Dios no se la lleva,
morirá en un monasterio.
REY.—Consolaos: alzad, Jimena.
(*Jimena se levanta. Se oye en la calle un rumor prolongado de vítores y aclamaciones.*)
¿Qué rumor de aplauso y vítores
es el que viene de afuera?
¿A quién el gentío aclama?
PAJE 2.°—(*Entrando.*)
Majestad, Rodrigo llega.
(*Espectación.*)
DIE.—(*Al verle.*)
¡Hijo, Rodrigo!
JIM.—¡Ay de mí!
¿No son soñadas quimeras?
SAN.—¡Rodrigo!
ROD.—Tu Majestad (*Al rey.*)
dame la mano; y tú, alteza.
(*A doña Urraca.*)
MORO 1.°—Beso tus manos, mío Cid.
MORO 2.°—Mío Cid, dame tu diestra.
SAN.—El mío Cid le han llamado.
MORO 1.°—Que es "mi señor" en mi lengua,
pues de serlo ha merecido
la sin igual recompensa.
REY.—Si el Cid llámanle los moros,
llámenle Cid en mis tierras
y que a su apellido sume
tal nombre, y a su nobleza
tal blasón. (*Le abraza.*)
Y en este abrazo,
el bravo Cid ahora vea
la gratitud de Castilla;
(*El Cid le abraza emocionado.*)
y háganse en mi Corte fiestas
por este feliz retorno
y esta venturosa empresa.
URRA.—(*Aparte.*)
(¡Vivo le quiero, aunque ingrato!)
REY.—De tan mentirosas nuevas
¿dónde está quien fué el autor?
ROD.—Todas fueron verdaderas;
que si bien lo adviertes, yo
no mandé decir en ellas
sino que sólo venía
a presentarle a Jimena
la cabeza de Rodrigo
—ante tu regia presencia—
de Aragón un caballero;
y esto es, señor, cosa cierta,
pues yo vengo de Aragón
y no vengo sin cabeza;
y la de Martín González
está en mi lanza allí afuera;
y esta mía pongo ahora
en las manos de Jimena,
y como ella en sus pregones
no dijo viva ni muerta,
ni cortada, pues le doy
de Rodrigo la cabeza;
ya me debe el ser mi esposa;
mas si su rigor me niega
ese premio, con mi espada
(*La empuña*)
puede cortarla ella mesma.
REY.—Rodrigo tiene razón;
yo pronuncio la sentencia
en su favor, y otro tanto
cuantos me oyen sé que aprueban.
JIM.—No, que aunque mi amor es grande,
no recibirá Jimena
caricias de aquella mano
que muerte a su padre diera.
La llaga muéstrase aún viva
y aún la herida sigue abierta;
y si derrumbarse amaga

de mi amor la fortaleza
sabrá mi honor poner firmes
puntales que la sostengan.
Que es mi honor el de Castilla
y ese es tan sagrado emblema
que, por mantenerlo en alto,
—cerca de Dios, que es su esencia—
se hicieron dioses los hombres
¡y se harán hombres las hembras!
REY.—No con el honor confundas
venganza implacable y fiera
ni digas que amor le tienes
(*Refiriéndose a Rodrigo.*)
cuando aborrecerle muestras.
Ley del reino es la que admite
que el que muerte a un padre diera
borre la deuda de sangre
si casare con la huérfana;
Ley de Cristo es la que manda
el perdón de las ofensas;
Si entrambas leyes desoyes
y con más la de obediencia
al mandato de tu rey,
temo de todos en mengua
que en la historia de Castilla
habrá de igualar la cuenta
del bien que le hizo Lozano
el mal que le hará Jimena.
JIM.—Pues vos, señor, lo queréis
y al alma le faltan fuerzas
para vencer al amor,
haré lo que el cielo ordena.
ROD.—¡Oh, gran dicha, soy tu esposo
JIM.—¡Y yo tuya!
ROD.—¡Suerte inmensa!
DIE.—¡Hijos, que el cielo os bendiga
REY.—Y en edades venideras
repetidos vuestros nombres
gloria de Castilla sean.
URRA.—¡Sé venturoso, aunque in
¡grato!
ROD.—Y acaben de esta manera
las mocedades del Cid
con las bodas de Jimena.

Al acabar la obra y antes de caer el telón, el primer actor recitará el elogio qu sigue.

Este Cid, que España entraña,
Corneille, el grande, copió;
y así, si aquel ganó España,
éste Europa conquistó.
Su autor nació en noble cuna;
fué el honor su ejecutoria,
le encadenó la fortuna...
¡y le libertó la gloria!
Para cantarle a la raza
con la voz del Romancero
ciñó a su verso coraza
de guerrero.
Amó el oro... de la Historia;
no codició otros caudales
y se alimentó de gloria,
igual que los inmortales.
Como el Cid, este Adalid
—de la muerte vencedor—
honra a la patria... ¡Aplaudid
a la gloria del autor
y a la memoria del Cid!

TELON

FIN DE LA OBRA

PRENSA POPULAR -Calvo Asensio, 3. - Madrid. - Apartado 8.008

La novela TEATRAL

Precio: 30 cts

El Licenciado Vidriera

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

Don Agustín Moreto

REFUNDIDA POR

TOMAS LUCEÑO

PERSONAJES

LAURA.—CASANDRA.—CELIA.—CARLOS, estudiante.—POMPEYO, viejo.—EL DUQUE DE URBINO.—LISARDO.—FEDERICO.—GERUNDIO, gracioso.—SOLDADO 1.º—SOLDADO 2.º—CRIADO 1.º—CRIADO 2.º—CRIADO 3.º

Damas, criados y soldados.

La escena en Urbino y sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO

Salón del Alcázar.

Carlos y Gerundio. De licenciado pobre, el primero; el segundo, vestido también pobremente.

VOZ.—(*Dentro.*)
¡Viva nuestro Duque!
OTRAS.—¡Viva!
GER.—Carlos, señor; ¿qué cuidado,
ya feliz o desgraciado,
en esta pompa festiva,
aumenta tus esperanzas
en tu miserable estrella,
pues nunca has sacado de ella
más que riesgos y mudanzas?
CAR.—Gerundio, amigo, si el cielo
no me niega su favor,
hoy tendrá el premio mayor
mi justo y noble desvelo.
GER.—¿Tu estrella a ti ha de pre-
[miarte?
Si premios lloviera aquí,
no se viniera uno a ti
sino es a descalabrarte.
¿Qué esperas de tu locura?
¿Imaginas ser dichoso?
Aunque nacieras giboso
jamás tuvieras ventura.
Si en amores ha de ser,
no hay fregona ni gallega
que para ti no esté ciega,
porque no te pueden ver.
El desdichado en el juego
es feliz en los amores...
Pues son tantos los rigores
de tu sino oscuro y ciego,
(según observado habrás,
que al fin te tengo por ducho),
que si juegas, pierdes mucho.
si enamoras, pierdes más.
¡En todo es tu suerte manca!
¡Acuérdate de aquel día,
con qué pena tuya y mía
amanecimos sin blanca!
Y estando la panza tierna,
con un gran bolsillo diste,
y, al cogerle, te caíste,
y se te rompió una pierna.
Llegó a tu voz lastimada
un hombre, el bolsillo alzó

y el dinero se llevó,
y tú la pierna quebrada.
Pues si es este tu destino,
¿con qué esperanza, señor,
te trae a Urbino el amor?
¿A qué venimos a Urbino?
CAR.—A buscar dichas que anhela
para sosiego del alma...
a ver, (que muero sin verla),
la hermosura de mi Laura.
GER.—Sí, la hija de Pompeyo,
a quien el Senado acaba
de nombrar Gobernador
universal de esta plaza,
hasta que al duque coronen
cual legítimo monarca
de estos reinos.
CAR.—Sí, ella es...
GER.—Y ¿cabe en tu calabaza
(quise decir tu cabeza,
no te enojes por la errata),
que a ti, pobre y desvalido
y rico solo en desgracias
ha de casarte Pompeyo
con la hermosísima Laura,
que tendrá más pretendientes
que moscas tiene una tarta
de almendras? ¿Se hizo la miel
para la boca del?...
CAR.—Calla;
y no me trates de asno,
ya me has dicho "calabaza".
Agora atiende al suceso
que diré en pocas palabras.
GER.—¿En pocas?... Deja que dude
que enamorado que habla
sabe siempre cuando empieza,
pero nunca cuando acaba.
CAR.—Tú no ignoras que a Pompeyo
pedí la mano de Laura,
respondiéndome que soy
pobre... aunque de noble casa;
que si bien de licenciado
tengo el título, me falta
lo principal, que son pleitos,
y que sin pleitos ni causas
un letrado es un reló
muy vistoso... que no anda;
que la fortuna se adquiere
por las letras y las armas,
que la buscase anheloso,
y que cuando la encontrara,
entonces él se honraría
casándome con su Laura.
GER.—¿Y la fortuna has hallado?
¿La llevas ahí?... Pues sácala...
quiero verla, que no sé
de qué color es su cara.
CAR.—Mira que callo, Gerundio,
si con simplezas me atajas.
GER.—¡Cada cual da lo que tiene!...
CAR.—Pues bien, en esto la Parca
fiera, (que *fiera* se dice
siempre que de ella se habla)
del duque Julio, cortó
la existencia ya cansada,
quedando sin gobernante
Urbino, que es nuestra patria.
Dos sobrinos y una prima,
del muerto, ansiosos batallan
por ceñirse la corona...
que son: la hermosa Casandra,
otro, el marqués Federico,
y el tercero aquel que aclama
todo el Reino por su jefe
y duque Urbino le llaman;
el cual, si llegó a ese puesto,
lo debe a la circunstancia
de haber yo escrito un informe
para que lo examinara
el Senado, y en que pruebo
las razones y las causas,
en cuya virtud el duque
debe de ser el monarca.
GER.—(*Con burla.*)
Uno que sabe hacer reyes,
no sabe hacerse una capa.
CAR.—Mi empresa es digna de premio
y anímame la esperanza
de que el duque haráme algo...
que me dé un puesto en su casa...
GER.—O que te haga... la mamola;
que los grandes no se afanan
en premiar a los pequeños,
porque tienen la arrogancia
de creer que lo merecen
todo por su linda cara.
CAR.—El desesperar a un pobre
no es piadoso... Si mi Laura
y Pompeyo ven que alcanzo
honores, dinero y fama,
mis dichas han de triunfar
del poder de mis desgracias.
Agora, si es tal mi estrella
que a los abismos me arrastra,
robándome con la vida
las venturas de mi alma,
me consolaré sabiendo
que si no llegué a lograrlas,
no fué por no merecerlas,
pues las tengo bien ganadas.
El duque llega. silencio.

GER.—¡No ha de darte ni las gracias!
CAR.—¡Ya el aplauso militar
le hace en palacio la salva!
El. Duque, Laura, Celia, Damas, Acompañamiento. Pompeyo con una fuente de plata, y en ella unas llaves.
VOCES.—(*Dentro.*)
¡Viva nuestro duque, viva!
DUQ.—Vasallos; vuestra es mi alma;
como padre he de estimaros,
que así ha de hacer un monarca.
POM.—(*Presentándole la fuente.*)
Vuestra alteza, gran señor,
reciba de quien las guarda,
las llaves de la ciudad:
que yo de ella y de este Alcázar,
alcaide, se las entrego...
para que esta merced haga
a quien su elección abone.
DUQ.—De vuestras leales canas
las recibo, y a las mismas
se las vuelvo, con la gracia
que en este instante le otorgo,
nombrándole de mi casa
alcaide perpetuo. Así
procedo en justicia.
POM.—(*Queriendo arrodillarse. El duque lo impide.*)
A tanta merced,
dejadme gran duque,
que bese sus reales plantas.
LAU.—Yo, humilde, por el honor
que hoy de vos mi padre alcanza,
pongo a vuestros pies mi labio.
DUQ.—Levantad, hermosa Laura,
(*Con tristeza.*)
¡y advertid que la fortuna
nunca completa se halla!
LAU.—¿Qué echáis menos, duque in-
[victo?
DUQ.—Que acompañase Casandra
mi triunfo, quiso mi amor...
y cuando yo la brindaba
a que reinase conmigo,
en el campo me amenaza,
y a verter sangre me invita,
por medio de nuestras armas.
Dóile la mitad del cetro,
y ella, altiva, lo rechaza,
dóile mi pasión entera,
¡y con desdenes la ultraja!...
GER.—La ingratitud y el favor,
(dispensa la comparanza),
son dos ruedas de carreta,
que a la par y a un tiempo andan.
CAR.—¡Sella el labio, majadero!
GER.—¿Va a comerme?... Que lo ha-
yo le arañaré las tripas [ga,
y verás cómo me saca.
DUQ.—¿Quién es este?
GER.—Soy Gerundio;
sujeto de esfera baja,
nacido para decir
verdades que siempre amargan.
Sirvo, además, de criado,
a Carlos, de cuya fama
tendréis de fijo noticia,
y a su pluma bien cortada,
debes, ¡oh, duque magnánimo!
las venturas que hoy alcanzas.
CAR.—¡Dadme a besar vuestra mano!
DUQ.—(*Abrazándole.*)
¡Llega a mis brazos, levanta!
CAR.—¡Eso es ya elevarme al cielo!
LAU.—(*Aparte.*)
Carlos es: amor le haga
capaz de hacerme dichosa.
POM.—(*Aparte.*)
El aquí; justa esperanza
le trae; si su suerte medra,
yo cumpliré mi palabra.
DUQ.—Carlos, la deuda confieso
y agora puedo pagarla.
De cuanto en mi mano esté
¿qué quieres?... ¿Con qué tu alma
ha de hallarse satisfecha?
Honores, dinero, alhajas;
por mucho que pidas, nunca
mi deuda estará pagada.
CAR.—Ya que quieres, espléndido,
[otorgarme
un galardón, prepárate a escucharme.
En tu alcázar existe, y ha bajado
del cielo, donde ha sido fabricado,
un objeto, gran duque, tan perfecto,
que al construirle Dios, dijo: "en efecto,
agora sé cual es mi omnipotencia;
no hice joya mejor." Y a su presencia
quedóse largo rato extasiado
y absorto de lo que El hubo creado.
Esta joya te pido, y yo te ofrezco,
si juzgas que soy *dino* y la merezco,
por tu causa luchar con valor tanto
que infunda en tus contrarios el espan-
y si preciso fuese, me atreviera [to,
a traerte Casandra prisionera.
DUQ.—¿Dasme palabra?
CAR.—¡Y hago juramento!
DUQ.—¡Dime la joya y dóitela al mo-
[mento!
CAR.—La que ambiciona mi alma es,
[señor...

(Ruido, dentro, de armas y tiros.)
DUQ.—¿Qué estruendo es este?
Dichos y Lisardo, muy agitado.
LIS.—Señor, la hermosa Casandra,
con el marqués Federico,
a tiro de la muralla
de Urbino, ha puesto sus tropas,
y el intento que los llama
es sin duda tomar el fuerte
y la colina más alta.
A defender la ciudad
preciso es, señor, que salgas;
de enemigos insensatos
humillemos la arrogancia.
DUQ.—Sí, sí, partamos al punto.
que hoy quedará castigada
la osadía del marqués
y el desprecio de Casandra.
(A Carlos.)
En el combate os aguardo.
Tú, Lisardo, toca al arma.
(Vanse todos precipitadamente, y óyense trompetas y atabales. En escena quedan: Laura, Celia, Carlos, Pompeyo y Gerundio.)
GER.—*(A Carlos.)*
¿Ves aquí tu mala estrella?
Ahora que el duque pensaba
pagarte, al arma tocaron...
¡Maldita sea su arma!
POM.—Seguir al duque es preciso,
aunque me excusen mis canas.
CAR.—Oidme, señor Pompeyo.
POM.—*(Demostrando deseos de alejarse tras el duque.)*
¿Qué decís?
CAR.—*(Suplicante.)* Mis esperanzas,
ya. señor, para con vos,
deben de estar olvidadas.
POM.—Vos habéis hecho por vos
cuanto un noble pecho alcanza;
ya el mérito está adquirido,
mas sin fortuna no basta.
Y advertid, Carlos, que el plazo
que os dí, mucho se dilata,
y que es preciso que yo
trate de casar a Laura.
(Vase precipitadamente.)
Laura, Celia, Carlos, Gerundio.
GER.—El viejo dice muy bien,
porque has de saber que Laura
se está pasando: y doncella
que de ese modo se pasa,
le pasa lo que al arroz,
que si está pasado, amarga.
Ya te he soltado más pasos
que tiene Semana Santa.
CAR.—¿También, señora, mi amor
está de vos olvidado?
LAU.—Carlos, si ese es tu temor,
mal debes de haber mirado
mi alegría y mi dolor:
mi alegría al verte aquí;
mi dolor, Carlos, al verte,
que a tus méritos por mí
les niega el premio la suerte
para apartarme de ti.
¡Influjo de estrellas, y ellas
causan, Carlos, mis enojos!
CAR.—Y ¿cómo siendo más bellas
las luces de vuestros ojos,
dan poder a otras estrellas?
¡A vuestros ojos apelo;
si ellos niegan mi ventura
para mayor desconsuelo,
creeré que vuestra hermosura
no es la hermosura del cielo!
¡Si él es conmigo cruel,
si de mí estás obligada.
si mi amor fué siempre fiel,
mi dicha os tiene empeñada
por mí, por vos y por él!
Por vos mi patria dejé,
por vos amigos perdí.
por vos méritos busqué,
por vos señora, estudié,
y por vos los adquirí.
Por vos me arriesgué a un olvido,
por vos di a mi amor enojos,
por vos de vos me despido,
por vos desvelé el sentido
y negué el sueño a mis ojos.
LAU.—Carlos, si por mí has pasado
todo lo que has referido,
¿qué hará quien por ver logrado
tu amor. te lo ha permitido,
siendo el suyo tu cuidado?
Por ti tu ausencia lloré,
por ti tu vista perdí.
por ti sin alma quedé
porque contigo se fué
quedándome yo sin mí:
Más nada se ha de lograr
sabiendo tú mi nobleza,
con permitirte ausentar
pues sabes que tu fineza
no te la puedo pagar.
CAR.—¿Cómo no puedes, señora?
LAU.—Soy a mi padre obediente.
CAR.—¿Y no ha de premiarme agora?
LAU.—De tu suerte está pendiente.
CAR.—¿Y si él cielo la mejora?

LAU.—Hará feliz mi deseo.
CAR.—¿Y si fuera desdichado?
LAU.—Moriré de pena creo.
CAR.—¿No habrá un modo bien bus-
(cado?
LAU.—Contra el honor no le veo.
CAR.—¿Y lo que yo merecí?
LAU.—Eso será mi dolor.
CAR.—¿Y no ha de obligarte a ti?
LAU.—A penar callando, sí:
antes que amor es honor.
CAR.—Amor antes fué nacido.
LAU.—Honor antes fué creado,
porque fuese respetado
el amor que es bien sentido.
En fin, procura obligar
a mi padre, que aunque lloro
tu constancia y mi pesar,
mi amor no puede pasar
la línea de mi decoro.
Vete, pues, y tu fineza
lograr tu mérito intente:
que el amor, en mí entereza,
aunque grande, es accidente,
y el honor naturaleza.
Y no dudes que merece
tu amor, que mi pecho anima
mucho más que te parece;
y si es mi amor quien te estima
es mi honor quien obedece. (*Vase.*)

Dichos, menos Laura.

GER.—En que te quiero quedamos.
CEL.—(*Medio mutis.*) Si es por la igle-
[sia, mé avengo.
A la Iglesia o al arroyo.
GER.—(*Deteniéndola.*)
Escúchame, y va de cuento.
Un hombre, atado a una cuerda
al campo llevaba un perro.
—¿Dónde vas? Le dijo uno.
—A matar a este podenco
que me ha tirado un mordisco
y así casigarle quiero—.
—No le mates... cásale
y él pagará lo que ha hecho—.
Conque entre boda y... arroyo,
en el arroyo me quedo.
(Vase Celia.)

Carlos, Gerundio y Lisardo.

LIS.—¡Carlos!
CAR.—¡Oh! ¡Lisardo amigo!
LIS.—Cuando al Duque vine a hablar,
aquí os vi, y vuelvo a lograr
la ventura que consigo
en veros, aunque faltando
a mis deberes... ¿Qué ha sido
la causa de haber venido?
CAR.—Vos os venís obligando
en publicar la amistad
que en vuestra nobleza tengo,
pues hoy a valerme vengo
de vos en mi adversidad.
LIS.—¿Qué decís? ¿Pues no sabéis
que por vos vivo me veo?
¿Que la hacienda que poseo
asegurado me habéis?
¿Que desde niños, tras esto,
juntos nos hemos criado?
Decid, pues, vuestro cuidado;
que a todo teneis dispuesto
cuanto valgo y cuanto soy.
CAR.—Lisardo yo os hago dueño
de mi vida y de mi empeño.
aquel en que me hallo hoy
es una dama por quien
ansío de mudar de estrella.
Cuanto estudié fué por ella
porque algun premio me den
conque enmiende mi destino.
Ya sabes que pobre estoy,
y que por mí el duque hoy
se ha coronado en Urbino.
Tal dama, por mi pobreza
su padre no me la da;
vuestra intercesión hará
que me dé el premio su Alteza
para pagar mi desvelo
que ambiciono merecella.
LIS.—¿Qué decís? ¿Dama hay tan be-
que os suma en tal desconsuelo? (lla
No me atrevo a preguntar
quién es dama tan dichosa.
CAR.—Ni yo a recataros cosa,
pues por vos la he de lograr.
La que mi vida restaura
es Laura.
LIS.—(*Aparte.*) ¡Cielos! ¿qué oí?
(*Alto.*) ¿Laura no dijisteis?
CAR.—Sí.
LIS.—¿La hija de Pompeyo?
CAR.—(*Con firmeza.*) Laura.
LIS.—(*Aparte.*) ¿Cuándo yo espero su
mano tanto a Carlos empeñó? [mano
Mas ¿no soy primero yo?
CAR.—¿De qué os suspendéis?
LIS.—(*Figurando que medita.*)
No en vano;
que pienso cómo he de hacer...
(*Con resolución aparente.*)
De mi amistad confiaros...
Yo juro que he de ayudaros...
(*Aparte.*) ayudaros... a caer.

Mejor es disimular.
(*Alto,*) Adiós, que faltando estoy
al duque; a buscarle voy...
luego podremos hablar. (*Vase.*)

Carlos y Gerundio.

CAR.—Gerundio amigo. (*Muy triste.*)
GER.—(*Contemplándole.*) ¡Señor!
CAR.—¡Todo me sucede mal!
GER.—¿Mal?... No lo creas; no hay tal.
No es mal, ¡es mucho peor!
¡Darle de tu dama aviso
no fué acuerdo muy gallardo!
CAR.—¿Por qué?
GER.—(*Mandando las sílabas.*)
Porque este Lisardo
no me parece muy "liso".
CAR.—Juro que no he de deber
por lograrla, cosa alguna
al favor de mi fortuna:
yo me la he de merecer.
¡Aunque allí quedar presuma
a campaña salir quiero,
y acreditar con mi acero
los méritos de mi pluma!
GER.—(*Con heroísmo cómico.*)
A morir... mas con valor;
o a quedar ambos triunfantes...
De morir, muere tú antes,
que al fin eres mi señor,
y vería con enfado
su divina Majestad,
que entrase en la eternidad
antes que el amo el criado.
(*Vanse dando señales de ardimiento.*)

CUADRO SEGUNDO

Selva cercana al campamento de Casandra. Oyense dentro toques de cajas y cornetas que indiquen la proximidad del combate.

Casandra y Federico, ambos en traje de guerra.

CAS.—De esta colina, Federico, quiero
amparar nuestra gente,
para que cuando intente
acometer el duque, como espero,
halle nuestro escuadrón ya prevenido
y a vencer en la lucha decidido.
FED.—Que será presto la ocasión no [ignores:
sus bizarros soldados
de plumas y colores variados
parecen un jardín de hermosas flores:
mas han de ser despojos.
linda Casandra, de tus bellos ojos.
CAS.—Mi pecho está obligado
al tuyo, valeroso,
que me ayuda leal y generoso
en la guerra que al duque he declarado.
Por lo que yo aborrezco su persona,
te entregaré la mano y la corona.
FED.—Hacerte prisionera es su deseo,
y al altar conducirte de himeneo,
compartiendo contigo
la carga que el mandar lleva consigo.
CAS.—Antes el cielo mismo
me sepulte en los antros del abismo.
FED.—Ya, pues, están las tropas fren-
[te a frente;
si nos da la batalla,
manda salir tus ojos a ganalla.
CAS.—Basta con el esfuerzo de tu gen-
[te.

Dichos y Gerundio, vestido como indica el diálogo.

CAS.—(*Fijándose en él.*)
¿Quién es este hombre?
FED.—No sé.
CAS.—¡Eh! soldado.
GER.—(*Tembloroso.*)
Dicho y hecho;
me van a dar cuatro tiros...
pero yo se los devuelvo
que no me gusta quedarme
con lo que no me merezco.
FED.—(*Con altanería.*)
¡Decid quién sois!
GER.—(*Humillándose.*) ¡Ah, señor!
Por no mentir, un engerto
de soldado y de estudiante,
de sopista y bandolero.
Miradlo en aquestas señas:
y si coleto no tengo,
es porque no diga nadie
que hablo para mi coleto.
FED.—¿Qué buscáis? ¡Decid quién
[sois!
GER.—¿Que quién soy? ¡Pues soy un
[queso!
FED.—¿Os burlais? (*Amenazándole.*)
GER.—Soy parmesano,
y es Parma, señor, un pueblo
donde los quesos se estiman
en mucho más alto precio
que los hombres, y yo siempre

que en la precisión me veo
de responder lo que soy,
por darme tono, contesto
que aunque más parezco un hombre,
en realidad soy un queso.
CAS.—Marqués, este es un espía...
GER.—No tal, ¡si soy de los vuestros!
es decir; si me pagáis
mayor soldada y más presto
que el duque: yo sirvo siempre
al que me da más dinero.
FED.—¿Y qué pides?
GER.—Poca cosa:
con ocho panes y medio
y nueve azumbres de vino,
ocho piernas de carnero
y diez varas de salchicha,
reñiré como un tudesco.
(Tocan dentro.)
FED.—¡Señora: ya el duque da
la señal de acometernos!
CAS.—¡Federico, al arma toquen!
¡Alentad a nuestro ejército!
FED.—¡Soldados! ¡Viva Casandra!
DENTRO.—¡Viva!
CAS.—¡Que viva el marqués, y a ellos!
(Vítores dentro y ruido de combate. Vanse Casandra y Federico con las espadas desnudas.)
Gerundio, temblando.
GER.—Esto que siento, cualquiera
podrá imaginar que es miedo;
mas no hay tal; es que no han dicho
ni una palabra del sueldo,
¡y de balde yo no lucho
ni aun a favor de mí mesmo!
Dicho. Sale Carlos armado de espada.
GER.—¡Carlos!
CAR.—¡Amigo Gerundio!
GER.—¿Dónde vas, o con qué intento,
al campo del enemigo
te has ido a meter?... ¿Qué es esto?
CAR.—A realizar una hazaña
que asombre a los venideros...
A mejorar de fortuna,
o a exhalar mi último aliento.
Voy a derramar mi sangre.
(Vase corriendo.)
GER.—Pues eso está muy mal hecho,
que te mancharás la ropa
y no hay más traje que el puesto..
(Hace que le sigue y se detiene de pronto.)
¡Espera, señor, espera!...
Mas ¿quién me mete a mí en ello?
(Suenan tiros. Figurando que presencia la baatlla.)
¡Atiza! Diez mil han muerto
de este golpe... Los del duque
van la colina subiendo...
El triunfo es de él... ¡Viva el duque!
Pero ¿qué es esto que veo?...
¡Los soldados de Casandra
parece que van venciendo!
¡Viva Casandra!... Ahora huyen...
Casandra ha caído al suelo...
¡Viva el duque!... Ya no sé
por quién gritar... que el estruendo
y el humo anublan mi vista!
Sin embargo... sí en efeto,
el duque y los suyos toman
de Casandra el campamento...
(Con resolución.)
Ahora me presento yo,
desenvainando el acero,
enjugándome la frente
y con el traje deshecho,
como si hubiese matado
mis contrarios ciento a ciento,
que así conquistaron muchos
fama de grandes guerreros.
(Vase con aires de valiente y con la espada desnuda.)

CUADRO TERCERO

Campamento en completo desorden. Vense en tierra algunos muertos; otros soldados heridos a quienes sus compañeros asisten, etc. Este cuadro, déjase a la discreción del director de escena. Casandra, desmayada sobre una silla de campaña. Rodéanla varios soldados mirándola con curiosidad. Lisardo, Carlos y Gerundio, formarán parte de este grupo colocados en primer término.

SOL. 1.º—¡Por Dios. que asombra y [da envidia
de tu brazo el noble esfuerzo!
(A Carlos.)
¡Haber cogido a Casandra
que la estaban defendiendo
más de cuarenta ginetes!...
No lo creyese a no verlo.

SOL. 2.º—¡Muchachos, esto es un hombre!

GER.—¡Yo, amigos, el juicio pierdo!
¡Pensar que es pobre mi amo
pudiendo ganarse un reino
con ir a pescar Casandras!
SOL. 1º—¡Ya el duque, que es justiciero
tal hazaña ha de premiarle!...
LIS.—(*Aparte.*)
Antes he de verle muerto;
que he de poner mi cuidado
en que ignore lo que ha hecho.
CAR.—Gracias, amigos, luché
con fiera bravura, es cierto...
Mas no solo por el duque,
que otro afán arde aquí dentro.
(Señalando al pecho.)
LIS.—¡Callad, que vuelve a la vida!
GER.—¿Volver? ¡Si se va perdiendo!...
(*Examinándola de cerca.*)
¡Antes de irse al otro mundo
yo notificarla quiero
de que el marqués Federico
yace tendido en el suelo!
(Gritándola al oído.)
Señora mía; al marqués
cuéntele ucé con los muertos...
Señores, si me descuido
se nos muere sin saberlo.
CAS.—(*Volviendo en sí.*)
¡Ay de mí; funesta suerte;
cuán poco le debo al cielo!
LIS.—(*Con afecto.*)
No tan desgraciada sois,
que al estar en poder nuestro,
no lo estáis como enemigo
sino más bien como dueño.
Desde hoy Urbino tendrá
para gobernar el Reino,
en el duque, la corona,
en vuestras manos el cetro;
vos las leyes dictaréis
y él las dará cumplimiento.

Dichos y el duque con su séquito. Aclamaciones y entusiasmo al verle.

TODOS.—¡Vítor al duque de Urbino!
DUQ.—Señora: a tus plantas puesto,
aunque triunfador, te rindo
mi corazón y mi acero.
CAS.—Fuerza del destino ha sido,
cuyas sentencias respeto...
DUQ.—¡Y a ti, Lisardo, mis brazos,
pues a tu valor le debo,
con peligro de tu vida.
tan riquísimo trofeo!
(Lisardo baja la cabeza y se deja abrazar del duque.)
GER.—(*Queriendo abrirse paso entre los soldados que rodean al duque y Casandra.)*
¡Señor, que no fué Lisardo!.....
Carlos, mi amo...
SOL. 2.º—¡Silencio!
no interrumpas la alegría
con tus dichos, majadero.
(Tratan de separarle a empellones.)
CAR.—Gran duque, quiero que sepas...
(El duque no le hace caso, contemplando con amoroso cuidado a Casandra.)
Escúchame, que aun vertiendo
mi sangre en defensa tuya,
yo he sido el que...
LIS.—(*Apartándole.*)
¡No seas necio,
Carlos... ya lo sabrá todo!...
DUQ.—En mi palacio hablaremos
y otorgaré a cada cual
alto y merecido premio. (*A Lisardo.*)
Id a anunciar la victoria...
LIS.—¡Viva!...
DUQ.—¡La carroza presto!
¡Guirnaldas y arcos de triunfo
levante, amoroso, el pueblo;
alfombras de flores pisen
de Casandra los pies bellos;
canten los poetas de Urbino
tan memorable suceso,
que de alegría no cabe
mi corazón en el pecho!
(*Dale la mano a Casandra.*)
CAS.—Aunque rendida me veis
no habéis vencido, por cierto,
que si mi persona es vuestra,
mi corazón no os entrego...
DUQ.—Ya sabré yo hacerle mío.
CAS.—¡Advertid que os aborrezco!
DUQ.—Conquistaré vuestro amor.
CAS.—¡Cómo, si es odio el que os ten(go)

DUQ.—Con finezas...
CAS.—Serán vanas.
DUQ.—Haré muchas.
CAS.—Valdrán menos.
DUQ.—Porfiaré.
CAS.—¡No venceréis!
DUQ.—Satisfaré mis deseos,
ya que no os puedo hacer mía,
con la gloria de ser vuestro.
¡Y he de daros tales pruebas
que ha de ver el universo
que soy yo, Casandra hermosa,

el que cayó prisionero!
¡Viva la reina Casandra!
TODOS.—¡Viva!
(*Vanse todos, precedidos del duque y de Casandra.*)
Gerundio y Carlos, muy abatidos.
GER.—¡Viva el nieto de mi abuelo!
¿Ves, Carlos, como tu estrella,
no es estrella, sino "estrello",
porque te estrellas en todo
lo que intenta tu deseo?
CAR.—Vamos, Gerundio, a Palacio;
que, por mi vida, te ofrezco
humillar a los traidores
que así ultrajan mis derechos.
Yo haré ver que he procedido
como honrado y como bueno...
GER.—¿Honrado y quieres entrar
en Palacio?... Tú estás ciego,
o ignoras que en los palacios
hay este letrero puesto:
"No se permite la entrada,
bajo castigos severos,
a ningún varón honrado,
como no se halle dispuesto
a prescindir del honor,
mientras estuviese dentro."
CAR.—¡Con la punta de mi espada
arrancaré ese letrero!
GER.—Y con la punta del pie
te hará el duque reponerlo...
CAR.—Vamos, Gerundio, que ya
bullendo está en mi cerebro,
la manera—no sé cuál,
tan sólo sé que la siento—,
de vencer en la contienda...
No apelaré ¡vive el cielo!
a la fuerza de las armas,
cuyo triunfo pasa presto:
a la astucia he de acudir;
y si logro el vencimiento,
habré demostrado al mundo
de un modo firme y perfecto,
que si las armas guerreras
realizan grandiosos hechos,
más nobles y más hermosas
son las armas del ingenio.
(*Vanse: óyense todavía a lo lejos vítores y aclamaciones.*)

ACTO SEGUNDO

Salón regio.

Carlos y Gerundio.
(*Los dos muy abatidos y con el traje destrozado.*)
GER.—Ya poquitos a poquitos,
a Palacio hemos llegado,
enfermo tú, y yo cansado,
y ambos a dos pobrecitos,
sin un escudo siquiera
con que podamos comer...
Mira que hace falta ser
el más necio de la esfera
mundanal, para batirse
vertiendo sangre y sudor,
por quien, ingrato señor,
sólo piensa en divertirse.
(*Viendo que Carlos se sienta demostrando fatiga y rendimiento.*)
Animo; tengamos fe,
abre tu plan de campaña.
¡Tu buen deseo te engaña,
(*Con tristeza, viendo que Carlos intenta levantarse y no puede.*)
no puedes tenerte en pie!...
Y es sobrada la razón,
porque estómago vacío
convierte al ser de más brío
en tímido y cobardón.
CAR.—Gerundio, a creer me obligo
que no es del duque este error,
pues ciego está con su amor...
Lisardo es el falso amigo.
GER.—El es quien causa tus males.
señor, que no es otro alguno;
el duque no ha visto ni uno
de todos tus memoriales.
CAR.—Pues tras todo este rigor,
lo que me da más tormento,
es de Laura el casamiento con
ese infame traidor.
Por eso a Palacio vengo,
por si acaso puedo ver
al duque y darle a entender
la justa queja que tengo.
Quiero por buenas probar
si al fin justicia consigo.
GER—¿Pues sabes lo que te digo?
Que eres un loco de atar.
Lisardo enfermo te vió
en duro lecho abatido...
y ¿con qué te ha socorrido?

¿De ti acaso se cuidó?
Debiéndote alimentar,
¿te regaló alguna cosa?
CAR.—Un ave tísica y sosa,
que no me atreví a matar.
Aun así lo agradeció
mi amistad... Mas ¡suerte mía!
como era ave, al otro día
por la ventana voló.
GER.—Por eso debes dejar
ungüento y paños calientes,
y llamar aquí a las gentes
a gritos, y proclamar
arrogante y denodado
que tú a Casandra prendiste,
que tú al marqués muerte diste,
y tú al duque has coronado.
CAR.—¿Pero ha de faltarme a mí
el duque, si le hablo yo?
GER.—Si fuera terciana, no;
pero siendo duque, sí.

Dichos y Lisardo, por la izquierda. Al verle le detiene Carlos.

CAR.—Señor Lisardo...
(*Lisardo se hace el desentendido y trata de evadirse.*) ¿Oye ucé?
LIS.—(*Con desprecio.*) ¿Quién es?
GER.—¿Nos da con la sorda?
No haga ucé la vista gorda
que bien delgado le ve.
CAR.—Aunque ya por vuestro trato
la respuesta sé cuál es,
no seais tan descortés,
ya que queréis ser ingrato.
Escuchadme.
LIS.—Terco estais...
¡Con mi paciencia acabad!
¿Os quejais de mi amistad?
¿Qué más pruebas demandais?
CAR.—Cuando angustiado y lloroso
os hablé de un amor ciego,
os hice, Lisardo, un ruego
al que accedisteis piadoso;
y con palabra de honor,
que vuestra nobleza abona,
jurasteis, de mi persona,
hablar al duque en favor.
Mas vuestro comportamiento
es de olvidadizo o loco...
¿Pesa vuestro honor tan poco
que se lo ha llevado el viento?
LIS.—Templando mi indignación
os he podido sufrir,
porque os ciega el presumir
que podéis tener razón.
Bien claro os hice saber
que yo por Laura moría:
necedad vuestra y no mía
fué no quererlo entender.
Y en esa materia, aquí
sólo a deciros me obligo,
(*Marcándolo mucho.*)
"que yo no doy al amigo
lo que quiero para mí."
(*Vase, quedándose absortos Carlos y Gerundio.*)
GER.—¡Ya lo ves!
CAR.—(*Mirando al sitio por donde se fué Lisardo.*) ¡Yo te maldigo!
GER.—(*Queriendo salir en su busca.*)
Es un bergante.
CAR.—¡Detente!
GER.—¡Voto a Dios Omnipotente,
que he de rompelle el ombligo!
CAR.—¡Si le pudiera estrujar
contra mis brazos, lo hacía!...
GER.—(*Conteniéndole para que no se caiga.*)
No te irrites, pues podría
tu cuerpo en el suelo dar,
que estas débil, voto a mí;
y te hallo tan transparente,
que mirándote de frente
veo lo que hay tras de ti.
Si ahora no pueden tus brazos
arma alguna manejar
ten paciencia y a esperar...
(*Como concibiendo una idea.*)
Desafíale en dos plazos,
que este caso ya ha ocurrido:
para San Juan la mitad,
la otra para Navidad,
que estarás restablecido.
CAR.—(*Levantándose de la silla, en la que se sienta con frecuencia para dar a entender su debilidad de fuerzas y su cansacio.*)
Entrémonos más adentro,
que al duque tengo que hablar...
(*Mirando a la puerta de la derecha*)
Mas ya es forzoso esperar,
pues nos salen al encuentro
Casandra y Laura, mi cielo.
¡Si soy d'ellas escuchado
mis penas habrán entrado
en la senda del consuelo!

Dichos y Casandra, Laura y Celia, como de paso a otras habitaciones y seguidas de las damas. Carlos y Gerundio se apartan a un lado.

LAU.—Contenta debéis de estar
y satisfecha, señora,

porque el gran duque os adora;
ved que se afana en probar
la pasión y la ternura
que en su noble pecho crece,
por más que bien lo merece
vuestra radiante hermosura.
CAS.—Su presencia y discreción,
su finura y cortesía,
siembran en el alma mía
gratitud y estimación.
Cuanto me pide el deseo
a mi vista lo presenta,
y mil placeres inventa
que me sirvan de recreo.
Supo que mi encanto ha sido
la música, y, presurosos,
los músicos más famosos
a su mandato han venido.
Vamos, que en la galería
esperan.
CEL.—(*Aparte a Laura.*)
Laura, ¿no ves
a Carlos?... Mira, ese es,
con Gerundio que lo guía.
No le otorgues el saludo,
porque en Palacio es bajeza.
¡Repara cuánta pobreza!
Va vestido de desnudo.
LAU.—Vergüenza hablalle me da:
haréme la distraída...
(*A Casandra.*)
Vamos, Casandra, en seguida...
(*Pónense en marcha Casandra, Laura, y Celia con el acompañamiento, y Carlos se interpone después de lo que le dice Gerundio.*)
GER.—Acércate, Carlos, ya.
CAR.—(*A Casandra.*)
Señora, vuestra atención
prestadme: yo os lo suplico.
(*La comitiva se detiene y Laura se oculta a las miradas de Carlos.*)
CAS.—(*Con desprecio.*)
¿Qué es lo que pides?
CAR.—Publico
más que pobreza, razón;
pues mis derechos hollados...
CAS.—(*No dejándole concluir.*)
Laura, no esperando estén. (*A Celia.*)
Haced que limosna den
a estos seres desgraciados.
(*Vase con los demás, excepto Celia.*)
Celia, Carlos y Gerundio.
CAR.—(*Muy abatido, dejándose caer en un sillón y apoyando la frente sobre las manos.*)
¡Esto escucho y lo resisto!
GER.—¿Limosna?... ¡Maldita sea!
(*Acercándose a la puerta.*)
¡Váyase con Dios, la... fea;
grosera mayor no he visto!
CEL.—(*Con malos modos, a Gerundio.*) ¡Qué gruñís!... Ya despachados
quedais ambos moscardones.
Siempre son los pobretones
soberbios y porfiados.
(*Despidiéndolos.*)
¡Pidan limosna!
GER.—(*Cómicamente irritado.*)
¡Indecente!
(*Si resulta fuerte diga "imprudente".*)
Eso haría un pordiosero,
pero nos sobra el dinero
por encima de la frente.
Sabe, fregona, además,
que hartos de comer estamos;
que si así nos presentamos
es por... gusto nada más.
Sepa también que podría
(*Figurando que se echa mano al bolsillo para sacar dinero.*)
darle, si se me antojara,
para lavarse esa cara,
estampa de la herejía.
CEL—(*Yéndose.*)
Gerundio, más reportado;
y pues dar quiere esos dones
dese para unos calzones,
que está muy desatacado. (*Vase.*)
Dichos, menos Celia.
CAR.—(*Saliendo de su abatimiento.*)
Sin alma quedé de vella.
GER.—¿Quieres vengarte? Pues calla.
CAR.—¿Qué he de hacer?
GER.—Desafialla
y mueran Lisardo y ella.
CAR.—Desde hoy por todo atropello:
¿qué haré con el duque?
GER.—Ten.
Desafialle también
y concluyamos con ello.
Dichos. El duque y Pompeyo, por el lado opuesto a aquel por donde se fué Casandra.
DUQ.—(*A Pompeyo.*)
Casandra es todo mi amor,
Casandra es todo mi empleo;
sólo hablar de ella deseo,
y el que intente mi favor
no me hable más que de ella,
sólo me dé para amalla
arbitrios con que obligalla,

fiestas con que entretenella.
Nada sin ella me agrada.
POM.—Señor, tu Alteza no sienta
que llegue yo a darte cuenta
de la boda concertada
de mi Laura con Lisardo.
DUQ.—Me alegra mucho esa boda,
que al novio le debo toda
la felicidad que aguardo.
El a Casandra prendió
para traerla a mis pies,
él dió la muerte al marqués,
y él, en fin, se comportó
con bravura y bizarría;
así, pues, ten entendido
que le estoy agradecido,
y que su dicha es la mía.
CAR.—(*Aparte.*)
¡Este es el modo afrentoso
de este mundo desquiciado,
vence el riesgo el desgraciado
y premian al venturoso!
GER.—Señor, mirad que es embrollo
lo que Lisardo contó;
(*Señalando a Carlos.*)
éste el coscorrón llevó
y el otro comióse el bollo.
POM.—¡Carlos es, y en la pobreza!
¡Cómo he de darle mi hija!...
Forzoso ha de ser que elija
al que tiene más riqueza.
DUQ.—¡Decid quién sois!
CAR.—Soy, señor,
quien tomando otro camino
por mejorar de destino,
ha llegado a otro peor;
quien más dicha ha merecido,
quien por valor lo ha alcanzado,
quien de vos vive olvidado,
y quien más os ha servido.
DUQ.—(*Reconociendo con asombro a Carlos.*)
¡Carlos sois! ¡Con gusto os veo,
que estoy dispuesto a premiaros
y en el momento a otorgaros
cuanto os reclame el deseo!
(*Abrázale.*)
GER.—(*Al duque.*)
¡Pasmoso fué su heroísmo!
DUQ.—¡Sabré pagárselo yo!
GER.—(*Aparte.*) ¡Ya de su burro cayó
que fué caer de sí mismo!
DUQ.—(*Con mucho interés.*)
Pedidme, pues...
(*Carlos va a hablar y le interrumpe la presencia de Lisardo.*)

Dichos y Lisardo, que sale apresuradamente.

LIS.—Gran señor.
DUQ.—Qué hay, Lisardo.
LIS.—Que ya espera
Casandra, más hechicera
cada vez, con más amor
que la tórtola en el nido.
Tu cariño la envanece,
porque al nombrarte parece
que nombra al ser más querido.
DUQ.—Vamos, pues, que la impaciencia
hace mi pecho latir,
y yo no puedo vivir
si no vivo en su presencia.
(*Hace intención de irse con Lisardo.*)
CAR.—(*Deteniéndole.*)
Antes escuchad a un triste...
DUQ.—Dejadlo para después.
Primero Casandra es
que cuanto en el mundo existe.
(*Vase con Pompeyo.*)
LIS.—(*Con grosería.*)
Pedidle audiencia, es mejor,
le hablaréis con más reposo...
que vais estando enojoso...
(*Vase de prisa.*)
GER.—¿Viste descaro mayor?

Carlos y Gerundio.

CAR.—(*Anonadado.*)
¡Caiga el cielo sobre mí!
GER.—¡Que no caiga ni una estrella!
CAR.—Maldición, que a Laura bella
ya para siempre perdí...
¿A qué fin he de quere
premios, si morir espero?
GER.—Pues quiérelos, majadero.
CAR.—¿Para qué?
GER.—¡Para comer!
CAR.—(*Dirigiéndose al foro.*)
En la Cámara he de entrar...
GER.—No penetres, desdichado.
(*Se oye música.*)
que la música a sonado
y te van a solfear.
Tente, que Laura llegó.

Dichos y Laura, que le sale al encuentro.

LAU.—¿Dónde vas Carlos, qué intentas?
CAR.—Ya que mi mal no lamentas,
haréme justicia yo.
Cuando humillado de todos
por el escarnio y la injuria
vengo a ver si tu alma presta
consuelo a mis desventuras,

me das a entender, ingrata,
lo que mi juicio perturba:
que soy el más infelice
por mi estrella y por la tuya,
de cuantos al mundo nacen
y dicha no esperan nunca.
LAU.—Si amar a una ingrata es yerro
que no merece disculpa,
amar a quien ama, Carlos,
es acierto y es ventura.
Quien tiene la voluntad,
tiene el alma; esa fué tuya
desde que te vi; y pues logras
la posesión absoluta
de mi afeto, aunque la suerte
se muestre contigo injusta,
jamás la esperanza pierdas
de alcanzar dicha segura,
porque ya el vulgo te dice
en cantar que el viento surca,
"que en el afán de lograrla
nadie muere sin ventura."
CAR.—"No pagar obligaciones"
delito en amor se juzga...
la que es infiel, siendo amada,
jamás fué de Dios hechura.
¿Yo perderte? ¿Tú ser de otro?
¡Antes el cielo se hunda!
Si es desdicha el no alcanzarte,
en ti el alejarte es culpa.
¿No te obligan mis finezas?
¿No te ablanda mi ternura?
LAU.—Déjame, Carlos, por Dios:
ya veo que se conjura
tu estrella y también la mía.
Tu mérito de mí triunfa.
Comprendo que el no pagarlo
es una crueldad injusta.
Pero mi honor lo rechaza,
él me tiene absorta y muda;
que mi padre manda en mí
puesto que mi vida es suya.
Y pues vuelvo a declararte,
Carlos, que mi alma es tuya,
en conclusión sacarás,
si la pasión no te ofusca,
que no se dijo por mí
lo que el necio vulgo anuncia
"de que la infiel siendo amada
jamás fué de Dios hechura."
CAR.—Eso es decir que me quieres,
pero al mesmo tiempo luchas
por olvidarme. ¡No he visto
contradicción más confusa!
LAU. — Carlos bien sé que es cruel-
(dad...
mas mi respuesta recibe,
que encierra eterna verdad:
¡Desgraciado del que vive
sujeto a otra voluntad!
(*Trata de irse.*)
CAR.—¡En fin, muriendo me dejas!
LAU.—¿No es mi dolor más profundo?
CAR. — (*Irritado y subiendo visiblemente de tono.*)
Pues ya que de mí te alejas
sepa tu rigor el mundo
y escuche el cielo mis quejas.
LAU.—¿Qué es lo que quieres decir?
CAR.—De aquí no me he de ausentar.
Tu infamia he de publicar,
quiero matar o morir.
A todos he de llamar...
(*Vase furioso hacia el foro. Laura y Gerundio le sujetan*)
¡Duque! (*gritando*)
LAU.—(*Luchando a brazo partido.*)
¡Si no te reporta-
me pierdes... ¡No seas cruel!
GER.—(*Ayudando a Laura.*)
¡El que va a perderse es él,
que lo que es tú no me importas,
porque hay Lauras a granel!
CAR.—(*Sigue furioso.*)
¡Pompeyo, Lisardo, aquí...
sepan todos tu traición!
GER.—¡Y tiene sano el pulmón!
Dichos y Casandra, con Celia.
CAS.—¿Qué es esto, Laura?
LAU.—¡Ay de mí!
CAS.—¡Qué gritos! ¡Qué confusión!
CAR.—Es, señora, esta inquietud,
una injuria y un desdén;
no premiarse la virtud;
y es no sólo ingratitud,
sino desprecio también.
CAS.—¿Es esto, Laura, contigo?
LAU.—(*Turbada.*)
No lo sé, reina y señora.
CAR.—Vos, Casandra, sois testigo
de que yo merezco ahora
el premio que no consigo.
Por Laura a la guerra fuí,
por Laura arriesgué la vida,
y por Laura a vos prendí.
GER.—Y el estar hermosa aquí
se debe a lo bien "prendida".
CAS.—Explicad, Laura...
LAU.—Señora... (*Aparte.*)
¡Cielos, no sé qué decir!
CEL.—Ella como vos lo ignora;
que estos necios aquí ahora

vienen a hacernos reir.
GER.—Mientes, que a hacerlas llorar
venímos; si mi amo hiciera
lo que yo dije al entrar.
CAR.—Loco estoy por el pesar...
Laura es la causa primera...
CAS.—¿Pues cómo así hablais, osado,
en mi presencia?... ¡Criados,
hola!
Dichos, Pompeyo, Lisardo y criados.
POM.—¿Qué mandais, Alteza?
CAS.—¡Que echéis de aquí con pres- (teza
a estos locos o malvados!
Y aun cabría sospechar
(*Con pausa y mucha intención, mirándolos de arriba abajo.*)
que vienen aquí a espiar;
y aun si apurase el conceto
a llevarse algún objeto
que les pudiera agradar.
(*Hace una seña a Laura de que la siga y vase con Celia y acompañamiento, quedando el criado* 1.º)
Lisardo, Pompeyo, Carlos y Gerundio. criado 1.º
POM.—Carlos ¿qué osadía fué
la vuestra?
CAR.—Señor, ninguna:
quejarme de mi fortuna.
POM.—Y a mi hija Laura, ¿por qué
sin tener culpa ninguna?
Por veros sin resistencia
no castiga mi prudencia
vuestra libertad osada:
pues os tomais tal licencia
teniendo a Laura casada. (*Vase.*)
LIS.—Carlos, si bien a mi acero
tocaba vuestro castigo,
aquí supenderle quiero,
para advertiros primero
que está casada conmigo.
GER.—¡Que se sufra esta traición!
CAR.—(*Casi sin alientos.*)
¡Falso amigo!
LIS.—(*Al criado.*) ¡Echad de aquí
estos locos! (*Vase.*)
GER.—¡Maldición!
CRI. 1.º—(*Yéndose pausadamente por el foro.*)
Si vuelvo y estais ahí,
saldréis por este balcón. (*Vase.*)
Carlos y Gerundio.
CAR.—¡Yo abatido! ¡Yo ultrajado!
¡Yo en tan infeliz miseria!
GER.—¿Yo rabiando, yo en ayunas,
yo con las tripas más huecas
que sesos de presumido
que de sabio se las echa?
CAR.—¡Yo muero de amor, Gerundio!
GER.—¡Yo de hambre, que es la más (negra!
CAR.—¿De eso te acuerdas agora?
En ti todo es vil materia.
GER.—¿Tan lejos está la panza
para que me olvide de ella?
Esto no es hambre, señor,
sino rayos que me queman.
CAR.—Deja los rayos aparte.
GER.—¿Pues qué he de hacer si hay (tormenta,
y de la tormenta el rayo
es natural consecuencia?
Ven a buscar qué comer,
o a lo menos a la puerta
de una casa donde guisen,
porque el oler alimenta...
y aquí si huele es a palos,
y este es un olor que apesta.
CAR.—¡Yo me muero!
GER.—Es imposible,
que no se ha dado en la tierra
el caso de morir joven
un necio de tu ralea.
(*Con resolución.*)
Yo voy a mudar de amo...
conque abur y aquí te quedas.
Te traeré lo que me sobre
si encuentro quien me mantenga.
CAR.—Qué dices. Gerundio amigo
¿Tú te marchas, tú me dejas
cuando me ves abatido?
¿Hasta el consuelo me niegas?
GER.—¿Yo consolarte, señor,
si estoy siempre a tus orejas
dando quejidos de hambre,
que parezco un alma en pena?
Deja, por Dios, que me vaya.
CAR.—Tienes razón, mi pobreza
no tiene con qué ayudarte...
(*Suplicante.*)
pero conmigo te queda
de aquí a mañana no más;
y como el día amanezca
sin mejorar de fortuna
te irás sin que te detenga.
(*Durante la escena, Carlos ha de dar señales de hallarse poseído de una excitación nerviosa creciente. y se paseará de un lado a otro del proscenio, seguido agitadamente de Gerundio.*)
(*Aparte.*) (Tiempo es ya de decidirme.)

GER.—¿De aquí a mañana? Aunque sea
reventando, he de esperar.
Mas no hay prórroga.
CAR.—¡No temas!
(*Aparte.*)
Ahora he de poner en planta
con increíble firmeza,
el plan que ayer concebí
como salvadora idea.
Desde hoy he de hacerme el loco
sin que ninguno comprenda
que es mentira; y tan al vivo
he de fingir la comedia,
que mi criado ha de ser
el primero que lo crea.
¡Sólo así podré lograr
que la humanidad me atienda;
sólo así podré decir
hartas verdades que escuezan,
para descubrir al mundo,
(porque es bueno que lo sepa),
cómo viven los malvados
a quienes la suerte apremia!
GER.—¡Jesucristo! ¡Ya habla solo!
(*Como si saludase a un objeto que fuera por los aires.*)
¡Id con Dios, hasta la vuelta!
CAR.—(*Mirando al espacio, y dando ya fingidas pruebas de su trastorno mental.*)
¿Quién se marcha? ¿A quién despides?
GER.—¡Digo adiós a tu cabeza!
Mírala, va por los aires.
¡Te quedaste sin mollera!
CAR.—Tienes razón, ya la veo.
¡Y qué voy a hacer sin ella! (*Aparte.*)
¡El mesmo me está ayudando
sin saberlo!
(*En alta voz.*)
¡Todos yerran
en este mundo, Gerundio!
Yo también...
GER.—¿Eres albéitar?
¡Vive Cristo, que está loco
a causa de la flaqueza
que le produce el ayuno!
CAR.—¡Pon en seguida la mesa,
que quiero comer!
GER.—(*Aparte.*) Agora
sí que está loco de veras.
¡Seguirle quiero el humor!
(*Alto.*)
Pero ¿no veis que está puesta?
(*Carlos no deja de pasearse con agitación por toda la estancia. Gerundio le sigue.*)
Mira: besugos, capones,
jamón, tocino, botellas...
Ven, acércate conmigo...
(*Intenta cogerle. Carlos retrocede como aterrado.*)
CAR.—¡No te me acerques, babieca!
¿No ves que soy puro vidrio
y si me tocas me quiebras?
GER.—¿Qué dices?
CAR.—¿Pues estás ciego?
De vidrio soy.
GER.—¡Santa Tecla!
¡En toda mi vida he visto
más graciosísimo tema!
CAR.—(*Aparte.*)
¡Ya Gerundio lo ha creído!
¡Bien voy a hacer la comedia!
GER.—Señor, ¿que eres vidrio es cierto?
CAR.—¡Posible es que no lo creas!
¡No te acerques, majadero,
que me quiebras, que me quiebras!
¡que me rompes, que me rompes!
GER.—¡Señor, salgamos afuera,
a ver si el aire te alivia!
CAR.—(*Gritando*
¡No tienes entrañas, bestia!
(*Desesperación.*) ¡Sabes que voy a romperme,
y sin embargo te acercas!
GER.—(*Aparte.*)
Le llevaré la corriente. (*Alto.*)
No me acercaré, no temas...
Te cogeré sólo un dedo.
(*Intenta cogerle.*)
CAR.—¡Animal! ¿No consideras
que con tu aliento me empañas,
pues soy cristal de Venecia?
GER.—(*Afligido y casi llorando.*)
¡Carlos, por Dios, vente a casa!
CAR.—(*Retrocediendo espantado.*)
¡Que me quiebras, que me quiebras!
GER.—¿No ves que yo soy salvilla
y puedo llevarte en ella?
CAR.—Pues ven, llévame con tiento.
(*Se deja coger; Gerundio se apodera de él con mucho mimo. Carlos se dirige al foro andando de puntillas y como si en efecto temiese romperse.*)
GER.—Eso haré. (*Aparte.*)
¿Hay risa como esta?
(*Alto.*) Vamos, señor. (*Aparte.*)
¡Lindo cuento!
CAR.—Ten cuidado si tropiezas,

porque puedo hacerme añicos...
y si acaso sucediera,
fuera preciso meter
mis restos en una espuerta.
¡Vamos, pues, paso a pasito!
GER.—(*Le coge violentamente por la cintura y se lo lleva en brazos por el foro.*)
CAR.—(*A gritos, como pidiendo socorro y desapareciendo con Gerundio.*)
¡Que me quiebras, que me quiebras!

ACTO TERCERO

Telón corto. Sala en casa de Carlos.

Gerundio, muy bien vestido.

GER.—Estoy que pierdo el sentido.
No hubiera el diablo pensado
un medio más acertado
para haberme enriquecido.
Desde que mi amo perdió
el juicio tan por entero,
nadando estoy en dinero,
nadie hay más rico que yo.
No hay boda, bautizo o fiesta
adonde no le hagan ir,
que todos quieren reir
(¡la humanidad siempre es esta!)
a costa del infelice
cuya razón se ha nublado...
¡Con qué gusto es escuchado
cuando disparates dice!...
Y sabiendo la influencia
que en mi amo suelo tener,
todos me vienen a ver
y a pedir con insistencia
que los deje hablar con Carlos;
y yo les digo: "corriente:
(*Indicando como que le den dinero.*)
pero untadme prontamente:
los gustos hay que pagarlos".
Y las gentes, de continuo,
llenan mi casa de dones,
y unos me traen capones,
otros miel, otros tocino.
Y muchos me han regalado
en premio de este favor,
varias joyas de valor,
y alguien un traje bordado.
El duque le solicita,
porque a Casandra divierta,
Lisardo le abre su puerta
y Pompeyo le visita.
Todos le dan cuanto quiera
desque trastornado está,
y el mundo le llama ya
"El Licenciado Vidriera".
¡Nadie le tiene ya en poco,
y yo sí que el juicio pierdo!
¡Que haya hombre que sea cuerdo
valiendo tanto el ser loco!

Dicho y criado 1.º

CRI. 1.º—(*Llamando a gritos.*)
¡Ah, de casa!
GER.—(*Malhumorado.*) ¡El tono baje!
CRI. 1.º—(*Entrando.*)
¿Puedo ver al licenciado?
GER.—No; pero ved al criado,
(*Dándose tono en todas estas escenas.*)
que es también un personaje.
¿De dó venís?
CRI. 1.º—De Palacio.
Dice el duque que os espera,
y que lleveis a "Vidriera"
mas que no vayais despacio,
porque a Casandra entretiene
y ayer muy tarde llegó.
GER.—*Siempre dándose importancia.*)
¡Diga usté al duque, que yo,
ando como me conviene!
Y añádale que no quiero,
por apresurar los plazos,
que se haga mi amo pedazos,
que vale mucho dinero.
CRI. 1.º—(*Entregándole una sortija.*)
¡Para vos me dió este anillo!
GER.—(*Cambiando de tono y volviéndose muy amable y adulador.*)
¡De oro puro!... Lo agradezco:
dile al duque que le ofrezco
con mil amores servillo.
(*Acompaña al criado hasta la puerta, agasajándole con palmaditas en el hombro.*)

Gerundio, solo.

GER.—(*Examinando con júblio la joya y cruzando las manos en actitud de rogar al cielo.*)
¡Que Carlos no cobre el juicio
os pido por compasión:
que si vuelve a la razón
me va acausar gran perjuicio!

Dicho y criado 2.º, con un par de capones.

CRI. 2.º—¿Está en casa el Licenciado?
GER.—No tal, que a misa. se fué.
CRI. 2.º—¿No sois vos?
GER.—Pues si me ve,
¿a qué pregunta el menguado?
CRI. 2.º—Don Fabricio, mi señor,
bautiza un hijo esta siesta,
y porque alegre la fiesta
pide le hagais el favor
de concurrir con Vidriera;
que gusta de sus razones,
y que este par de capones
(*Se los entrega.*)
os recuerde que le espera.
GER.—Que iré de muy buena gana;
y dígale que quisiera
llevar no sólo a Vidriera,
sino a toda una ventana.
CRI. 2.º—¡Quedad con Dios! (*Vase.*)
GER.—El te siga.
En el libro apuntaré.
(*Sacando un cuadernito y apuntando en él con un lápiz.*)
Son ya tantos que no sé...
(*Dándose golpecitos en la panza.*)
¡Mi enhorabuena, barriga!
Ayer flaca como un pliego
de papel visto de lado,
y hoy gorda, y color rosado
como carrillos de lego.
(*Sigue anotando en el libro.*)

Dicho y criado 3.º, con un jamón y una bota.

CRI. 3.º—¡Salud, Gerundio!
GER.—(*Enfadado.*) Bribón:
¿Gerundio a secas a mí?
(*Aparte.*)
(Según esto da de sí
ya es hora de tener don.)
CRI. 3.º—¿Pues en qué ha estado el (error?
GER.—¿Gerundio a un rico llamais?
CRI. 3.º—¿Pues cómo agora os nom- (brais?
GER.—¡Don Gerundio y Monseñor!
CRI. 3.º—Celio Flóstegui y Soriano,
casa una hermana esta noche,
y dice que enviará el coche
por Vidriera.
GER.—(*Con petulancia.*)
Aqueso es llano,
que no han de ir por la calle
a pata, como cualquiera,
"el Licenciado Vidriera"
y un mocito de este talle.
¡Vaya un apellido nuevo!
(*Preparándose a escribir en el librito de memorias.*)
CRI. 3.º—Flóstegui.
(*Levantando la voz y marcando mucho las sílabas.*)
GER.—Flós... (*Al criado.*)
No he entendido.
(*Va a escribir, y como desistiendo cierra de repente el cuaderno.*)
Si no muda de apellido,
di que a Vidriera no llevo.
CRI. 3.º—Este vino y el jamón
como recuerdo os envía.
(*Se los da.*)
GER.—(*Como resignado.*)
Bien; antes que acabe el día
iremos sin remisión.
CRI. 3.º—(*Marcando otra vez y con lentitud el apellido.*)
Flós... te... gui... ¿Lo entiende usté?
GER.—Abur: no tengas escrúpulo,
pues a pesar del esdrújulo
el nombre no olvidaré
(*Acompaña al criado hasta la puerta.*)

Gerundio.

(*Repasa el libro de memorias.*)
¡Jesús, lo que se acumula!
¡Lo que falta por andar!
Voy a tener que comprar
por lo menos una mula
en que vayamos los dos...
Aunque esto sus males trae.
¡Si el Licenciado se cae
se me hace trizas y adiós!
(*Escuchando.*)
Ya el infeliz suena en casa.
CAR.—(*Dentro.*) ¡Gerundio!
GER.—Señor.
CAR.—¿Es hora?
GER.—¿Cuánto va que sale ahora
con que se ha quebrado un asa?
CAR.—(*Dentro.*)
¿Hay algo en qué tropezarme?
GER.—(*Conteniendo la risa.*)
Todo está llano, señor.
CAR.—Míralo.
GER.—Pierde el temor.
(*Sale Carlos.*)
CAR.—(*Andando siempre con mucho cuidado y hablando como con miedo.*)
¡Tú acabarás por quebrarme!
GER.—Esos temores ataja,
que de ti cuidando estoy:
hice, porque salgas hoy,

una vasera de paja
de espeso algodón rellena...
¡Qué cómodo vas a estar!...
¿Quieres venirte a envasar
y allí te daré la cena?
CAR.—(*Aparte.*)
Mas si yo a Laura perdí
(*Tristemente.*)
¿por qué a luchar me apercibo?
¡Cielos, no sé cómo vivo
cuando me acuerdo! ¡Ay de mí!
(*Suspirando con mucho desconsuelo.*)
GER.—Señor ¿qué te ha sucedido?
CAR.—(*Tratando de disimular.*)
Es que me he dado un porrazo.
GER.—(*Examinándole con mucho cuidado.*)
¿Te has quebrado algún pedazo?
CAR.—(*Tristemente.*)
No; mas ruido he sentido
(*Con pena y marcándolo mucho.*)
muy cerca del corazón:
examina con cuidado
(*Gerundio lo hace cómicamente.*)
yo creo que me abollado
al pegarme el coscorrón.
GER.—Pues bebe un trago siquiera...
CAR.—¿Qué remedia en casos tales?
GER.—¡Para observar si te sales!
Te pondré un poco de cera;
hoy el vidrio es menester
que esté sano y cristalino,
que hay mil casas en Urbino
que en ti desean beber.
Una es palacio.
CAR.—¡Oh, placer!
GER.—Y después a treinta bodas;
y como han de darte en todas
vino hasta más no poder,
si te sales, en rigor
pondrás el suelo perdido,
y eso, yo tengo entendido
que es de mal tono, señor.
CAR.—Yo mismo probarme quiero...
¡Escucha! (*Se da de papirotazos en distintas partes del cuerpo como se hace cuando se quiere probar si una copa está rajada.*)
Tin... tin... tin... tin...
(*Imitando el eco del sonido.*)
¡Puedo respirar al fin,
que estoy sin un agujero!
(*Como respirando satisfecho al ver que no tiene ninguna quebradura. Aparte.*)
Cree burlarse de mí
y yo dél me estoy burlando.
(*Con impaciencia. Alto.*)
Vamos a palacio, andando
despacito... (*Echa a andar con mucha calma.*)
Así... así...
(*Deteniéndose de pronto.*)
Oye, se me ocurre un pero.
¿Si soy vaso de cristal
debe de sentarme mal
en la cabeza el sombrero...
Quiero ir bien apropiado...
(*Con resolución.*)
Toma...
(*Le da el sombrero.*)
y sin más dilación
ponme ahora mismo un tapón,
y ya está todo arreglado!
GER.—(*Santiguándose.*)
¡Infeliz de aquel que pierde
de tal modo la razón!
¿De qué color el tapón?
CAR.—(*Con tristeza.*)
¡Como la esperanza, verde!
(*Vanse.*)

CUADRO SEGUNDO

Salón del Alcázar.

Laura y Celia.
LAU.—Celia, nada me consuela,
déjame ya en mi martirio
sentir por dentro el dolor,
llorar mi mal por alivio.
Si el juicio ha perdido Carlos,
cuando yo la causa he sido,
¿cómo quieres que no llore?
Fuera en mí doble delito
ser esquiva al sentimiento,
siendo ingrata al beneficio.
CEL.—¿Qué beneficio, señora,
pudo hacerte ese... mendigo
más que enseñarte a diario
los codos y los tobillos?
¿Qué fineza ha hecho por ti
si no es decir que es de vidrio?
Y si él cree que lo es
¿recibes tú beneficio?
LAU.—Ay, Celia, ¿no fué fineza

verse de mí despedido
por pobre, y por merecerme
intentar, para ser rico,
de las armas y las letras
los dos seguros caminos?...
¿Y acertándolos entrambos,
ver el premio merecido
tan lejos de su esperanza
que viendo que era preciso
perderme, por no alcanzarme,
perdió con mi mano el juicio?
CEL.—El juicio, señora mía,
él no lo perdió por fino,
sino por bobo, porque
si él intentara ser rico
¿quién le metió a ser soldado
ni a estudiar ciencias en libros?
Metiérase a despensero,
comprara barato el trigo,
para, encerrándole en casa,
venderlo a precios subidos.
Prestara dinero, dando
uno por ochenta y cinco,
que el oficio de usurero
fué siempre muy socorrido.
Mas ya que fué un mentecato
y hoy es la risa de Urbino
¿te ha de hacer llorar a ti
lo que nosotros reimos?
¿No te casas con Lisardo?
¿No es ya el duque tu padrino?
¿No es tu madrina Casandra
y está todo prevenido,
con festines y saraos,
para casaros hoy mismo?
LAU.—Calla, Celia, no prosigas.
¿Yo a Lisardo?... ¡Ay, Carlos mío!
¡Bien sabe el cielo que yo
no tuve en mi mano arbitrio
para vencer de mi padre
los ambiciosos designios!

Dichas y Casandra.

CAS.—¿Vino Vidriera?
CEL.—Señora,
por él un criado ha ido.
CAS.—Ni más graciosa locura
ni tan extraño capricho
vi en mi vida: él me divierte
y por ello solicito
del Duque que me lo traiga a
a palacio.

Dichos y el duque.

DUQ.—Y yo en serviros
pongo tanto mi deseo,
que ya la fortuna envidio
de un loco, pues logra en vos
la dicha de ser oído.
Yo, cuerdo, ignoro si aún
soy de esa ventura digno.
CAS.—Cuanto hablan todos los hombres
puede encerrarse en los libros;
cuanto calla una mujer,
no hay lugar donde escribirlo.
Si agora guardo silencio
no es decir que nada os digo... (*Bajando los ojos.*)
es decir, que ¡os digo tanto,
que me avergüenza el decillo!

Dichos. Carlos, Gerundio y criados, que ayudan al segundo a conducir a Carlos con toda precaución para que no se rompa. Entran por el foro.

GER.—Por Dios, no acercarse mucho,
y vayan muy despacito,
no le quiebren... así. (*Viendo que los criados le obedecen.*)
DUQ.—(*A Casandra.*)
¡Ved; ya Vidriera ha venido!...
(*Todos le rodean y le miran.*)
LAU.—(*Aparte.*)
El corazón se me parte;
¡sin mí estoy cuando le miro!
CAR.—¿Hay donde ponerme aquí?
GER.—Pues ¿no? Un aparador rico,
una fuente y dos tohallas;
que así debe entrar un vidrio
tan principal como tú
a ver al duque de Urbino.
(*Vanse los criados después de sentarle en un sillón en medio de la escena. Siempre han de figurar, cuando cojan a Carlos, que tocan un objeto muy delicado.*)
CAR.—Llévenme más adelante... (*Lo hacen.*)
(*Viendo a Laura.*)
Mas ¡ay, infeliz, qué miro!
¡Que me quiebran, que me quiebran!
(*A Gerundio.*)
Traidor, ¿a qué me has traído?
¡Todos desean romperme;
sácame de aquí, enemigo! (*Se levanta e intenta escapar. Todos le detienen. Todos estos detalles han de hacerse cómicamente.*)
GER.—Adiós; la furia le ha entrado.
CAS.—¿Hay más gracioso capricho?
DUQ.—¿De qué huye?
GER.—¡Está furioso! (*A Carlos.*)
Señor, detente, por Cristo;
mira que estás sin vasera
y puedes hacerte añicos.
CAR.—(*Queriendo pegarle.*)

¿Pues por qué me la has quitado?
GER.—¡Para que estuvieras limpio!
CAR.—¡Pónmela y vámonos luego!
GER.—(*Al duque.*)
Señor, esto va perdido.
¡Dadme algo conque engañarle,
que nos va a aturdir a gritos!
DUQ.—(*Quitándose una cadena que lleva puesta al pecho.*)
Pues ponle aquesta cadena.
GER.—Se calmará, yo lo fío. (*Poniendo la cadena al pecho de Carlos.*)
Señor, no hay que tener miedo,
pues ya está engarzado el vidrio
en oro, y así aunque caigas
no te rompes. Ea, pasito.
Ven acá.
CAR.—¿Dónde me llevas?
GER.—Aquí, a un escaparatico
donde estarás muy hermoso
entre otros dijes muy lindos.
DUQ.—Ponedle otra vez la silla.
(*Vuelven a rodearle y a hacer como que contienen la risa, siempre que hable.*)
GER.—Fíjate, Carlos: ¿no has visto
qué bellas son las alhajas
que a tu lado están?
CAR.—(*Con intención y marcándolo mucho.*)
Ya miro
que todos son "buenas piezas".
CEL.—(*Aparte a Laura.*)
¿Cómo es que no te has reído
de tan graciosa ocurrencia?
LAU.—(*Aparte a Celia.*)
¡Cuando veo su delirio,
lloro de lo que tú ríes,
porque yo la causa he sido
de la desdicha de Carlos!
CAS.—Me causa placer oirlo. (*Al duque.*)
Preguntadle...
DUQ.—Oid, Vidriera.
Decid, pues tengo capricho
por saberlo: ¿Quién os quiebra
de los presentes?
CAR.—(*Con resolución, después de mirarle fijamente.*)
Vos mismo;
porque habiendo yo de vos
por mis obras, merecido
estimación, agasajo,
premio, honor y beneficio,
para el vidrio de mi alma
tal dureza habéis tenido,
que la habéis hecho pedazos:
pues por vos quebrado miro
el cristal de mi fortuna.
CAS.—(*Riéndose.*)
Qué gracioso desvarío. (*Al duque.*)
Seguid.
DUQ.—¿Tengo yo dureza con vos?
CAR.—Justo; en el olvido
de la sangre que vertí
luchando con tu enemigo,
y dando el premio a un traidor
que te adula muy solícito;
quítale si no de pronto
las honras y beneficios
que le otorgaste, y verás
cómo en el instante mismo
la espalda te vuele, y trata
de echarte de tus dominios... (*Fijándo en Laura.*)
Y también Laura me quiebra...
CAS y DUQ.—¿Laura?
CAR.—Esa misma, esa digo.
CAS.—¿Por qué?
CAR.—Porque cuando amante
la solicitaba fino,
en el mar de su belleza
era yo un barco de vidrio,
y en ella me hice pedazos,
porque cuando mi albedrío
la buscaba como puerto,
me recibió como risco.
LAU.—(*Aparte.*)
Esta queja no es de loco.
CAS.—¿Según eso, yo no he sido
de las que os quiebran?
CAR.—¿Que no?
La primera; que el peligro
de quebrarme vistéis vos
y no me habéis socorrido;
vos, que fingís amor grande
al soberano de Urbino,
y es porque, con sus riquezas,
sirve a vuestros apetitos;
sobre todo le queréis
porque murió Federico,
y a un rey muerto, otro rey puesto.
Y como también de vidrio
tenéis el pecho, de aquí
que se clarea, y he visto
todo lo que estoy diciendo
en el corazón escrito.
CAS.—¡Señor, esto es insolencia!...
DUQ.—¿Qué dices?
CAS.—¡Loco maldito!
CAR.—Pues los niños y los locos
siempre verdades han dicho...
(*Gerundio y Celia se ríen. El duque q*

dase abstraído, y Casandra dando muestras. de inquietud.)

Dichos. Lisardo y Pompeyo.

LIS.—Todo lo que habéis mandado
está, señor, prevenido.
Mis bodas no dilateis,
que prolongáis mi martirio.
CAR.—(*Al ver a Lisardo.*)
Que me quiebra, que me quiebra.
(*Desesperado.*)
¡Este infame, este enemigo,
que de un golpe a mí y a Laura
el corazón nos deshizo!
DUQ.—(*A Gerundio.*)
Sacadle de aquí en seguida...
(*A Lisardo.*)
y que den pronto principio
el sarao y la ceremonia... (*Aparte.*)
que luego yo, con sigilo,
averiguaré si es cierto
todo cuanto el loco ha dicho.
(*Dando la mano galantemente a Casandra.*)
Vamos, Casandra.
CAS.—(*Como avergonzado.*)
Señor,
no deis crédito os suplico...
DUQ.—Yo no doy crédito más
que a tu hermosura, que admiro
como en el cielo los ángeles
al Creador que los hizo. (*Vase.*)
LIS.—(*Ofreciendo la mano a Laura.*)
Aunque mi ventura veo,
de alcanzarla desconfío;
para el que aguarda la dicha
cada minuto es un siglo.
(*Laura se enjuga el llanto con el pañuelo, baja la cabeza y, dando la maño a Lisardo, desaparece con él.*)

Carlos y Gerundio.

CAR.—(*Dirigiéndose al sitio por donde salieron el duque, Casandra, Laura, Lisardo y Celia.*)
Plegue a los cielos, cruel,
que adores siempre un desvío,
que ofendas con tus finezas,
que canses con tus suspiros,
que los celos te consuman
en horroroso martirio,
y mueras viendo a tu amante
a los pies de otra rendido.
GER.—Cálmate, que si hablas mucho
te rajas.
CAR.—(*Gritando.*)
Ya no soy vidrio,
Gerundio; de bronce soy,
que tales golpes resisto.
(*Recorriendo la estancia con agitación. Gerundio le sigue.*)
GER.—¿De bronce eres? ¡Pieza nueva!
Ve mudando de caprichos,
que con eso te harás de oro.
Mas, ¿qué haremos, señor mío,
del algodón y la paja
que he comprado para el vidro?
CAR.—(*Desesperado en extremo, y acogotando a Gerundio, como no sabiendo lo que se hace.*)
¡Bronce soy y mármol duro!
GER.—¡Pesia al alma que te hizo;
ahora eres tú el que me quiebras!
CAR.—(*De repente.*)
¿Tienes dinero?
GER.—Tengo un pozo de oro,
y, en alhajas, riquísimo tesoro.
Si dos meses te dura,
coche puedes echar con tu locura.
CAR.—¿Y podrásme vestir lujosamente,
para que pueda aparecer decente,
en estas bodas?
GER.—Sí, por vida mía;
podré traerte más galán que el día,
y yo, a tu lado, añadiré decoro,
que iremos hechos unos pinos de oro.
Mas, ¿para qué, señor, es este intento?
CAR.—Para dar a entender mi entendimiento,
que ya le he recobrado, por ventura.
GER.—¡Dí por desgracia, pobre criatura!
La razón no recobres, señor mío,
que vamos a morirnos de hambre y frío.
CAR.—Esto le importa a las venganzas mías.
GER.—¡Suspéndolo siquiera quince días,
que con ello nos van dos mil ducados!
CAR.—¡Ya no tienen más plazos mis cuidados!
¡A vestirnos, Gerundio!
GER.—¡¡Qué perjuicio!!
¡Vive Dios, que estás loco en tener juicio. (*Vanse precipitadamente.*)

Laura y Pompeyo. Ambos muy lujosos, como preparados, a la boda.

POM.—¿Qué esto? ¿Con llanto ahora
Laura, ultrajas tu belleza,
cuando Lisardo te adora,
cuando vas a ser señora
de su amor y su riqueza?
LAU.—Yo te debo asegurar
que bien podré obedecerte
aunque me cause pesar;

pero llevarme a casar
es llevarme a horrible muerte.
Tú le habías prometido
a Carlos, sin duda alguna,
que le harías mi marido
si, de su estado abatido,
pasara a mejor fortuna;
él la buscó, y su valor
a enmendar llegó su suerte
consiguiéndola mejor;
luego, en tenerle yo amor
no hice más que obedecerte.
Si, por su infelicidad,
el sano juicio perdió,
olvidar fuera impiedad
al que loco se volvió
por tenerme voluntad.
POM.—Si Carlos, como has probado,
tiene el juicio trastornado,
tú me das el argumento:
¿cómo ha de ser buen casado
quien no tiene entendimiento?
¿O crees, en tu ilusión,
que cobrará la razón
después de haberse casado?
Tu juicio es equivocado,
pues yo tengo la opinión
de que el juicioso, al casarse,
en loco podrá tornarse;
pero el loco al verse esposo
más bien se vuelve furioso
por no poder descasarse.
LAU.—Sea lo que vos queráis;
pero sabed que acortais
el término de mi vida
si esta boda maldecida
cruelmente apadrináis.
POM.—El asunto es delicado,
y habiendo el duque tomado
parte en él tan principal,
pudiera saberle mal
verse en esto despreciado.
¡Cese tu llanto!
LAU.—Yo os juro
que ha de ser un "sí" perjuro
el "sí" que dé en el altar,
y Dios me lo ha de tomar
por un "no" firme y seguro.

Dichos y Casandra, Celia, Duque y Lisardo en traje de gala. Acompañamiento y músicos.

DUQ.—Laura, a buscarte venimos,
que ya se acerca el momento
de que se unan vuestras almas
en venturoso himeneo.
CAS.—Que el Señor vierta sus dones
sobre tu hogar, y este beso
considera que tu madre
te lo manda desde el cielo. (*La besa.*)
POM.—Lisardo, hacedla dichosa...
¡Ved que un tesoro os entrego!
LIS.—En mi corazón tenelle
toda la vida os prometo,
y sólo he de abadonalle
al dar mi postrero aliento.
DUQ.—Mientras la capilla adornan,
como prevenido tengo,
con claveles y azucenas,
símbolos de amor eterno,
demos principio a la danza,
que gozosos bailaremos
Casandra y yo (*a Casandra.*) si juzgais
que tal ventura merezco,
y con su Laura, Lisardo.
(*A los músicos.*)
Preparad los instrumentos
y tocad danza española,
que, aunque por mi nacimiento,
soy italiano, mi madre
nació en España, y yo tengo
sangre española en mis venas,
honrándome mucho en ello.
(*Tocan los músicos una pieza española, que puede ser una pavanilla grave y solemne u otra que el director de escena juzgue de la época. Esto es para dar tiempo a que Carlos se vista lujosamente. Si puede hacerlo antes de que el baile tenga lugar, omítase, y salga Carlos en cuanto acabe el duque su pequeño parlamento.*)

Dichos. Carlos y Gerundio. Este puede salir como al principio del acto; aquél, muy elegante y rico. A la aparición de Carlos se interrumpe el baile.

CAR.—Cese la fiesta, señores,
y dad tiempo y dad espacio,
duque, para administrar
justicia a un desventurado:
que así como el mar retrata
el cielo que está en lo alto,
Dios ordenó que los reyes
fueran de él vivo retrato.
Siendo Dios todo justicia,
si, con lógica pensamos,
todo justicia has de ser,
o faltas a su mandato.
(*Todos se quedan asombrados.*)
DUQ.—¿Qué es esto?
CAR.—No os admiréis,
gran señor, que yo soy Carlos;

loco ayer, hoy razonable,
siempre tu amigo y vasallo...
Ya no soy vidrio, señor,
soy como tú, ser humano,
que aquel que suspira y llora,
como que va desahogando
su corazón con suspiros
y su dolor con el llanto,
(que era lo que oscurecía
la razón que Dios le ha dado),
libre ya de aquel estorbo
tiene su cerebro sano
y lengua fácil y clara
para exponer sus agravios.
DUQ.—(*Con ansiedad.*)
Hablad.
LIS.—(*Adelantándose.*)
Ved que la capilla
está, señor, esperando.
DUQ.—(*Como contrariado porque le ha interrumpido.*)
Deja que una vez le oiga.
GER.—(*Haciendo a Lisardo una morisqueta.*)
¡Agora te llevas chasco!
CAR.—Dos traidores se cobijan
bajo el techo de palacio;
(*Con profundo convencimiento.*)
uno es Pompeyo.
POM.—(*Queriendo sacar la espada y acometerle. El duque le detiene.*)
¡Qué dices!
CAR.—Otro, señor, es Lisardo.
(*Lisardo hace el mismo juego que Pompeyo.*)
DUQ.—¡O lo pruebas, o el castigo
será presto y sanguinario!
CAR.—Pompeyo dióme palabra
de concederme la mano
de Laura—si conseguía
honores, riquezas y lauros—;
por pobre me despreció,
y aquí, duque, verás claro
que quien es capaz de dar
muerte a un corazón honrado
por ansiedad de dinero,
no puede ser buen vasallo,
porque el día en que le paguen
con oro el asesinato,
será capaz de dar muerte
traidoramente a su amo.
GER.—(*Satisfecho.*)
Probó un extremo.
POM.—(*Suplicante.*)
¡Señor!
DUQ.—Por Dios, que lo ha demostrado.
(*Sin hacer caso a Pompeyo. A Carlos.*)
Seguid.
CAR.—¡Luché fieramente!
GER.—Debes decir que luchamos.
CAR.—Porque ganaras el trono
vertí mi sangre en el campo,
y dí muerte en buena lid,
pecho a pecho y brazo a brazo,
a tu enemigo el marqués.
DUQ.—¡Quien le mató fué Lisardo!
GER.—¡Que el mesmo marqués lo diga,
y así quedará más claro!
CAR.—Por mil ginetes guardada
ví a Casandra, y anhelando
regalarte en su persona
tesoro que estimas tanto,
con peligro de mi vida
saqué a Casandra en mis brazos
y prisionera os la traje...
DUQ.—¿Qué dices a esto, Lisardo?
(*Lisardo baja la cabeza.*)
CAR.—Si hoy, mirando su hermosura,
gozas el bien deseado,
¿a quién lo debes? ¡A mí!
Y ¡qué mal me lo has pagado!
Lisardo, cuanto yo hice,
traidor te ocultó, y acaso
te convenció de que él fué
quien, valiente y esforzado,
realizó tales hazañas.
Esto te afirma mi labio.
Y para acabar, señor,
tan verídico relato,
diré que mi pecho abrí
el loco amor declarando
por Laura a ese infiel amigo,
quien, ofreciendo su amparo,
logró del viejo Pompeyo
de Laura bella la mano.
Y pues uno y otro han sido
viles, crueles y falsos,
como te ofrecí, ya dejo
claramente demostrado
que dos traidores cobija
el techo de tu palacio.
DUQ.—¿Es decir, que tu locura
fué fingida?
CAR.—Loco he estado
un instante; cuando dije
(¡rubor me da confesarlo!)
que Casandra no os amaba.
(*Arrodillándose a los pies de Casandra y besándole la mano.*)
Perdonad; que el desgraciado,
cuando le acosa el dolor,
convierte su lengua en rayo

que, sin voluntad, destroza
todo lo que encuentra al paso.
CAS.—Con tal confesión, me das
la vida. Levanta, Carlos;
y yo, duque, respondiendo
a proceder tan honrado,
os diré que fuí testigo
de sucesos tan extraños,
y que mi mano os daré
si dais la de Laura a Carlos.
GER.—(*A Carlos.*)
Gracias a Dios que paristes,
¡por cierto que fué muchacho!
CEL.—¿Y tú te casas conmigo?
GER.—Antes tengo que pensarlo;
¿qué dote traes a la boda?
CEL.—¿Dote yo?... (*Abriendo en cruz los brazos y como presentándole todo el cuerpo de frente.*)
¡Mis cuatro cuartos!
GER.—(*Rechazándola.*)
"¡Que me quiebras, que me quiebras!"
¡No quiero pasar trabajos!
DUQ.—A treinta leguas del reino
destierro al traidor Lisardo.
¡Pompeyo cesa desde hoy
de alcaide de mi palacio!
Y yo volveréme loco
con la ventura que alcanzo.
(*Abrazando respetuosa y amorosamente a Casandra y a Carlos.*)
Aquí tienes a tu esposa.
¡Laura, estréchale en tus brazos!
(*Cogiendo de la mano a Laura y entregándosela a Carlos.*)
LAU.—(*Con ironía cariñosa, mirando a Casandra y al duque.*)
Le abrazaré suavemente,
pues no quisiera "quebrarlo".
CAR.—(*Abrazándola tiernamente.*)
Mi pecho será de bronce.
LAU.—¡Cera ha de ser mi regazo,
para que al dormirte en él
quede tu rostro estampado!
DUQ.—¡Al templo! ¡Dios nos espera
para bendecir la unión!
GER.—Nos falta dar conclusión
a "El licenciado Vidriera".
Yo, pues, con todo respeto,
les pediré a estos señores
(*Por el público.*)
perdón para los autores
y aplausos para Moreto.

FIN DE LA OBRA

PRENSA POPULAR.-Calvo Asensio, 3. - Madrid. - Apartado 8,008

La novela TEATRAL

Precio: 20 cts.

Don Gil de las Calzas verdes

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

TIRSO DE MOLINA

REFUNDIDA POR

TOMAS LUCEÑO

PERSONAJES

DOÑA JUANA. - DONA INES. - DONA CLARA. - LUCIA. - BERNARDA. - DON MARTIN. DON PEDRO. - DON JUAN. - CARAMANCHEL. - QUINTANA. - OSORIO. - DON DIEGO. - DON ANTONIO. - CELIO. - FABIO. - DECIO. - LUCAS. - UN ALGUACIL

La acción en Madrid.—Siglo XVII

ACTO PRIMERO

Huerta en las inmediaciones de Madrid.—A la izquierda una casa humilde con puerta y dos ventanas. En el fondo, último término izquierda, una noria movida por un borriquillo, al cual golpea, suavemente, con un palo Lucas. A la puerta de la casa, Lucía sentada en una silla baja hilando. Paisaje alegre y pintoresco.

Lucía y Lucas.

LUC.—Gran compasión del asno es la [que tienes...
¡Dale, que para eso le mantienes!
No paece el palo que pa él doblegas,
la mesma vara conque a mí me pegas.
LUCAS.—Seis veces eso propio has ri- [pitido,
y las seis mis orejas lo han oído;
mas callo la ripuesta,
porque es timprano pa que armemos [fiesta.
El asno es un sujeto
merecidor de estima y de rispeto.
y si a golpes mi vara le revienta,
quédome sin el ser que me sustenta.
Mientras que tú, Lucía, si te mueres,
lo que en el mundo sobra son mujeres.
LUC.—*(Con intención.)*
Pues si se muere el asno, nada pasa,
que aun queda otro... ¡y en la mesma [casa!
LUCAS. - *(Desentendiéndose y arreando al borrico con blandura.)*
¡Arre, hombre!... Y perdona
si ofendo, al decir hombre, *tu persona.*
¡Más de uno, si pudiera,
trocara por la tuya su mollera!
LUC.—Hasta después, jumento.
(Levantándose de la silla. Lucas se la queda mirando como si creyera que le insultaba.)
Es al asno al que va este cumplimiento.
LUCAS.—La merienda prepara,
que doña Inés, don Pedro y doña Clara,
esta tarde vendrán, y es cosa cierta
que al hallarse en la huerta,
quieran algo comer, que aquestas gen- [tes
no dan paz a los dientes
lo mesmo en la campiña que en la corte,
que el comer y el beber tienen por nor- [te.
LUC.—¡Del que te paga no hables

mal, menguado!
LUCAS.—¡Si hablara bien no fuera
[buen criado!
(Vase Lucía, recogiendo la silla y la rueca con el huso.)

Lucas.

Agora a descansar, bestia juiciosa...
(Empieza a desatar al borrico y a quitarle los arreos.)
come si quieres, y si no reposa...
Al prado te remito,
y a tus anchas allí, libre y solito,
rebuzna, salta o a placer cocea,
que yo no he de estorbar a tu tarea;
antes bien, si me apuras, fácil fuera,
que en esa diversión yo te siguiera.
(Vase llevándose al burro.)
Doña Juana, vestida de hombre con calzas verdes, y Quintana, de criado. Salen por la izquierda.
QUIN.—Ya que en Madrid nos halla-
[mos,
¿no pudiera yo saber
qué causa ha podido haber
para que a Madrid vengamos?
Te quise ayer preguntar
el porqué de esta jornada;
pero llegaste cansada
y te dejé reposar.
Mas hoy dime la razón
que te trae de estas trazas,
y para qué te disfrazas
siendo mujer, de varón.
JUA.—Aun es muy pronto, Quintana.
QUIN.—Cinco días hace hoy
que mudo contigo voy.
Un lunes, por la mañana,
en Valladolid quisiste
fiarte de mi lealtad;
dejaste aquella ciudad
y a la corte te partiste,
abandonando la casa
de tu padre, que te adora,
sin ser posible, hasta ahora,
que me digas lo que pasa.
Y yo achacoso y aun viejo
callo y camino tras ti...
¿Dónde me llevas así?
O lo dices, o te dejo.
JUA.—Desharé tu confusión.
El caso te ha de asombrar...
¿Juras que me has de ayudar?
QUIN.—*(Cruzando las manos.)*
¡Por estas, que cruces son!
JUA.—Yo no sé si has reparado
que el alba en Valladolid
nace presto y nace alegre...
QUIN.—Como en todas partes, sí...
JUA.—No, que nace más temprano,
que yo la he visto salir.
QUIN.—¡Ave María Purísima!
Bueno, pues la causa di.
JUA.—Es por ver la donosura,
el talle airoso y gentil
y el bozo que apunta al labio
del mancebo don Martín
de Guzmán, a quien adoro
desde el punto en que le vi.
Fué en la iglesia... Nuestros ojos
se encontraron sin sentir;
yo por él lancé un suspiro,
y él otro lanzó por mí.
A un Santo Cristo miramos,
como queriendo decir:
"¿Es de tu agrado este amor?"
Y él con sonrisa infantil,
nos respondió dulcemente
y muy bajito, que "sí".
Aprestó desde aquel día
asaltos para batir
mi libertad descuidada;
dió en servirme desde allí;
papeles leí de día,
músicas de noche oí,
joyas recibí... y ya sabes
lo que sigue al recibir.
Mi honor, que siempre fué mío...
QUIN.—*(Con cierta tristeza.)*
No sigas, lo comprendí.
JUA.—Llegó a oídos de su padre,
y en esto desde Madrid,
carta le escribió su amigo
don Pedro Velasteguí,
diciéndole: "Tengo hija,
la doto con treinta mil
ducados; linda y discreta,
cosa no vista hasta aquí.
Asegúrame la gente
que vuestro hijo don Martín
parece en su gentileza
una rosa por Abril.
¿Queréis, pues, que los casemos?
Pudiéranos convenir.
Si hay sucesión, cada hijo
ha de ser un serafín."
Como el padre de mi amante,
(mi esposo puedo decir)
tiene más deudas que arenas
el río Guadalquivir,
respondióle: "Es cosa hecha,
pero no con don Martín,
que está casado; os envío
en lugar de él a don Gil,
mi sobrino, bravo mozo

que ha de hacerla muy feliz."
¿Lo vas entendiendo?
QUIN. No;
¡como tan torpe nací!
Mas deja que te pregunte,
¿si es tu amante don Martín,
qué se te da que a la corte
venga a casarse don Gil?
JUA.—Necio, si don Gil no existe,
si es el mesmo don Martín
que viene con aquel nombre,
porque quieren impedir
que yo al saberlo me plante
en casa de Velasteguí
y les estorbe la boda...
QUIN.—¡Ahora he dado en el ardid!
JUA.—Y una vez que estén casados,
entonces será el decir:
suegro, don Gil yo no soy;
esposa, soy don Martín.
Y ya tienes explicado
el verme vestida así.
Porque agora entenderás
que yo he venido a Madrid,
a deshacer cuanto haga
ese fingido don Gil.
Yo, don Gil he de llamarme
también: aún no discurrí
los medios de qué valerme,
pero han de sobrarme al fin,
que Dios, a falta de fuerzas,
nos dió ingenio muy sutil;
mujer soy, y enamorada...
más, ya no puedo decir.
QUIN.—¡Pues a luchar!
JUA. ¡A luchar!
Tú no vengas junto a mí,
porque viendo tu persona,
pudiéranme descubrir...
Cuando te necesitare
te llamaré.
QUIN. Pues aquí
nos damos la despedida...
Los enredos de Merlín
vas a dejarlos chiquitos.
¡Dios te deje conseguir
el fin de tus esperanzas!
¡Yo te bendigo!
(Echándole la bendición.)
JUA.—¡Y yo a ti! *(Idem.)*
(Vase Quintana.)
Doña Juana y Caramanchel, que sale por la derecha.
CAR.—*(Abatido.)*
¡De pena me he de morir!
Por honrado y por leal
lo estoy pasando tan mal...
¡Ya no tengo a quien servir!
De todo lo cual se infiere
que no tengo que comer;
a esto sigue el no beber,
y el que no bebe se muere.
JUA.—¡Hola!
CAR.—*(Como amoscado.)*
¿Qué es eso de hola?
Eso es bueno que lo diga
el criado que le siga
como contera a la cola.
Hola, yo no he de acetar...
Olla sí, que estoy hambriento;
y si es grande, más contento,
que soy difícil de hartar.
JUA.—Pues yo, que "hola" te llamo,
rica olla dar podré.
CAR. — *(Descubriéndose y haciendo reverencia.)*
Perdóneme vuesarcé...
JUA.—¿Buscas amo?
CAR. Busco amo.
Que si el cielo los lloviera,
y las chinches se tornaran
amos; si amos pregonaran
por las calles; si estuviera
Madrid de amos empedrado,
y ciego yo los pisara,
nunca en uno tropezara
según soy de desgraciado.
JUA.—Pues qué, ¿tantos has tenido?
CAR.—Muchos, pero más enormes
que Lazarillo de Tormes...
Un mes serví, no cumplido,
a un médico muy barbado
que gana, matando, el pan;
guantes de ámbar, gorgorán,
con el bigote engomado,
muchos libros, poca ciencia;
pero no me aprovechaba
el salario que me daba,
porque con poca conciencia
lo ganaba su mercé,
y yo quiero honrada gente,
que en religión soy creyente.
JUA.—Mal lo ganaba, ¿por qué?
CAR.—Por mil causas: la primera
porque con cuatro aforismos,
un texto y tres silogismos
curaba una calle entera.
No hay facultad que más pida
lectura de libros buenos,
ni gente que estudie menos
con importarnos la vida.
Si algo quería aprender,
su esposa se lo estorbaba,
porque a cenar le llamaba

antes del anochecer
gritando: acabad, señor,
que hora es ya de ir a la cama;
cobrado habéis harta fama
de inteligente doctor.
Dad al diablo los galenos
que os han de hacer tanto daño,
¿qué importa al cabo del año
veinte muertos más o menos?
Como estudiar no podía,
para salir del aprieto,
de un cartapacio repleto
de recetas que tenía,
sacaba media docena
que iba a los enfermos dando
al buen tun, tun, exclamando:
"Dios te la depare buena."
¿Parécele a vuesanté
que tal modo de ganar
me podría aprovechar?
Pues por eso le dejé.
JUA.—¡Conciencia tiene el criado!
CAR.—Acomodéme después
con un abogado que es
con las bolsas despiadado.
¡Las abre cada agujero!...
Al infeliz pleiteante,
ya vencido, o ya triunfante,
le despoja del dinero.
Defendía con ardor
a las gentes maleantes,
y era de aquestos tunantes
el más firme defensor,
fundando en ello su goce.
Una vez, yendo conmigo,
dijo a uno: "Adiós, amigo."
A mala gente conoce—
repliquéle—y contestó
"ese dió muerte a su abuelo
y cuando le vió en el suelo,
ante su cuerpo bailó.
Mas yo con habilidad
probé su pura inocencia,
y al dar el fallo la Audiencia
le ha dejado en libertad."
Conque yo dije: ¿abogado
que así ampara a un asesino?
No en mis días, que no es dino
de que le tenga a mi lado.
Serví luego a un clerigón
un mes—pienso que no entero—
de lacayo y despensero;
modos y aires de matón;
su gran bonete calado,
lucio, grave, carilleno,
el rostro, verde moreno;
el cuello, torcido a un lado;
y hombre tal, que nos mandaba
a pan y agua ayunar
los viernes, a fin de ahorrar
la pitanza que nos daba;
y él, comiéndose un capón,
(pues tenía con ensanchas
la conciencia, por ser anchas
las que canónicas son),
quedándose con los dos
alones cabeceando,
decía, al cielo mirando:
"¡Ay, ama, qué bueno es Dios!"
Dejéle, en fin, por no ver
santo que tan gordo y lleno,
nunca a Dios llamaba bueno
hasta después de comer.
Si te hubiera de contar
los amos que en varias veces
serví y andan como peces
por los golfos de este mar,
fuera trabajo enojoso.
Baste decirte por hoy,
que sin acomodo estoy
por ser hombre escrupuloso.
JUA.—Pues si das en ser cronista
de los amos que has tenido,
desde agora yo te pido
que me pongas en la lista.
Sabe, pues, que hoy te recibo...
CAR.—Agrádame ese lenguaje...
pero, ¿quién ha visto paje
con lacayo?
(Mirándole con curiosidad.)
JUA. Yo no vivo
sino solo de mi hacienda;
ni paje en mi vida fuí;
vengo a pretender aquí
un hábito o encomienda;
y porque en Segovia dejo
malo a un mozo, he menester
quien me sirva.
CAR. ¿A pretender
entráis joven?... Saldréis viejo.
JUA.—¿Con que acetas?
CAR. Sin trabajo;
y os juro que he de ser fiel.
JUA.—¿Llámaste?
CAR. Caramanchel
porque nací en el de abajo.
JUA.—*(Contemplándole.)*
Aficionándome vas
por lo airoso y lo sutil.
CAR.—¿Cómo os llamáis vos?
JUA. Don Gil.
CAR.—¿Y qué más?
JUA. Don Gil no más.
Agora importa encubrir

mi apellido... ¿Qué posada
conoces limpia y honrada?
CAR.—Una te haré prevenir
donde cómodo te hospedes.
JUA.—¿Hay ama?
CAR. ¿Si hay ama? ¡Y moza!
JUA.—¿Cosquillas tiene?
CAR. ¡Y retoza!
JUA.—¿Calle?
CAR. Mesón de Paredes.
JUA.—¡Vamos! *(Aparte.)*
¡Qué zozobra llevo!
¡Lumbre despide mi cara!
¡Madrid, recibe y ampara
este forastero nuevo!
CAR. - *(Mirando regocijadamente a doña Juana.)*
Pero, señor, ¡qué bonito
que es el tiple moscatel!
JUA.—¿No vienes, Caramanchel?
CAR.—Vamos, señor... don Gilito.
(Vanse derecha.)

Don Pedro, don Martín y Osorio.

PED.—Gozoso estoy de haberos re- [cibido
para alegrar mi casa, que es la vuestra.
La carta que he leído
de vuestro tío Andrés, claro demuestra,
después de conoceros,
que no anduvo excesivo y sí prudente,
dedicando concetos lisonjeros,
a vuestra gallardía y continente.
Años ha, don Andrés y yo tenemos
recíproca amistad ya convertida
en fraternal amor, y ambos podemos
recordar con placer, de nuestra vida
las pasadas edades,
que no turbó jamás ni una quimera
propia de las primeras mocedades.
MAR.—¡El, señor, os estima y con- [sidera!
PED.—Y ya que don Martín, com- [prometido,
hace imposible aqueste casamiento,
que vos en su lugar hayáis venido,
señor don Gil, me tiene muy contento.
MAR.—Comenzáis de manera a ade- [lantaros
en hacerme merced, que temeroso,
señor don Pedro, de poder pagaros
ni aun con palabras, quedo silencioso.
Mucho me honráis desde el primero ins- [tante.
Agradezco callando, y bien os muestro,
(como os lo dice, claro, mi semblante),
que no soy mío ya, pues que soy vues- [tro.
Ahora, señor, quisiera,
y no extrañéis mi natural anhelo,
conocer a mi dulce compañera,
la que ha de ser mi bien, mi alegre [cielo.
Hánme dicho, don Pedro, que es her- [mosa,
tanto que al lado suyo no hay mujer
que no parezca linda y aun preciosa.
PED.—No os entiendo, don Gil.
MAR. Lo vais a ver.
¿No es un sol de hermosura? El sol [reparte
su purísima luz con las estrellas...
Pues doña Inés, no hay duda, les da [parte
de la suya al estar al lado de ellas.
Por eso la que es fea, se hermosea
con lo que Inés la da de sus encantos.
Inés, dichosa, en ello se recrea,
que aunque reparte tantos,
ve que a su faz no falta ni un hechizo,
pues tiene su belleza asegurada;
¡como que Dios la hizo
del vivo resplandor de su mirada!
PED.—No quiero que cojamos de re- [pente
a doña Inés, que aguarda con deseo
conocer a su nuevo pretendiente,
que presto ha de llevarla al himeneo.
A esta huerta del Duque, convidada
por su prima vendrá, si no ha venido;
mientras efeto tiene su llegada,
pasead, divertido,
por la cañada o por el verde prado
y respirando el aura vespertina,
que todo el que de amor está picado
suele encontrar en ello medicina.
Y así que venga Inés, iré a buscaros;
juntos vendremos al caer la tarde.
Yo tendré complacencia en presentaros,
y vos haréis de vuestro amor alarde.
MAR. Paréceme de perlas, ¡señor [mío!
Vuestro mandato espero,
y en vuestra discreción siempre confío.
En el paso primero,
ya la fortuna pónese a mi lado,
como mi afán desea,
puesto que, cuerdo, habéis determi- [nado
que a doña Inés yo vea
cuando la luz del día esté a la muerte.
Y hablar de amores al caer el día,
es la suprema suerte,
es el cielo, señor de la poesía.
Con Dios quedad.

PED. El guíe vuestra senda.
MAR.—A mi tío escribir hoy mesmo [quiero,
porque tengo interés en que él en- [tienda
que en vos hallé perfeto caballero.
PED.—Yo también le diré que es de [mi agrado
vuestra gentil presencia,
que mi hijo seréis, más estimado
cuanto fuere mayor la descendencia.
MAR.— *(Haciendo medio mutis con Osorio.)*
¡El embuste hasta agora va excelente!
OSO.—*(Bajando la voz.)*
Apresura, Martín, el casamiento
antes que doña Juana se presente.
No malgastes ni un día, ni un mo- [mento.
Cásate hoy mismo, aunque mañana [quedes
en estado viudo.
MAR. Aqueso fuera
pedir a Dios muchísimas mercedes,
y dudo de que Dios las concediera.
(Vanse derecha.)
Don Pedro.
Me place...¡bravo mozo!... y bien se [explica.
Hay que contar con que mi Inés es [rica,
y linda como un mes de primavera.
Tiene a quien parecerse, que yo era
de mancebo, gentil y bien formado.
Me llamaban de apodo *el Torneado,*
y de amantes celosos y maridos
algunos palos tengo recibidos.
Mas después de curado,
volvía con más fuerza a lo... pasado.
(Santiguándose.)
¡Pero qué estoy diciendo, Dios cle- [mente!
¡Borrad estas hazañas de mi mente,
que si fuí pecador al realizallas,
pienso que más lo soy al recordallas!
Dicho y doña Inés, doña Clara y don Juan por la izquierda. Son acompañados por dos músicos con violines.
INES.—Yo no sé por qué te enfada
que aquí venga a divertirme.
JUAN.—¡De celos hé de morirme!
CLA.—¡Pues será muerte excusada!
¿No es vuestro su corazón?
INES.—¿No es tuya mi vida entera?
CLA.—¿O es que queréis que se muera
en un obscuro rincón?
JUAN.—Yo quiero que a nadie mire,
que no hable con ser humano,
que nadie toque su mano...
quiero que cuando suspire
nadie recoja su aliento
que mi alma con ansia bebe,
porque temo que lo lleve
a otro corazón el viento.
CLA.—Pues ambas manos cortalla
y la lengua le arrancad,
los dos ojos le sacad;
y si suspira, tapalla
la boca—si celos sientes—,
y así el suspiro, en seguida,
como no hallará salida
se quedará entre los dientes.
INES.—¡Me afrentas con ser celoso!
JUAN.—¡Todo amante desconfía!
INES.—¡Estando tan cerca el día
de que te llame mi esposo!
PED.—*(Al cual no habían visto los demás.)*
¿Su esposo don Juan?... Inés...
INES.—*(Tímidamente.)*
Señor... no había mirado...
PED.—*(En tono de reprensión.)*
En cambio yo te he escuchado
algo que verdad no es.
Acércate... *(A don Juan y a Clara.)*
Y perdonad.
He de hablalla de un asunto.
CLA.—*(A don Juan.)*
Negra tempestad barrunto.
JUAN.—*(A Clara.)*
Respeto su ancianidad.
Pero luego he de saber
por qué vertió ese conceto...
CLA.—Cachaza; que yo os prometo
deciros lo que hais de hacer.
PED.—Aclara bien el sentido
de lo que has dicho al galán,
porque creo haber oído
algo que sonó a marido,
refiriéndote a don Juan.
INES.—No te niego que fué así;
ni te alteres, que no es justo,
pues yo palabra le di
creyendo que era tu gusto
hacerme dichosa a mí.
¿Qué pierdes en que pretenda
ser tu yerno, si en rigor
es dueño de mucha hacienda?
PED.—Esposo tienes mejor
que a tu bienestar atienda.
No te pensaba advertir
tan presto de lo que trazo,
mas si empiezas a sentir
prisa en acortar el plazo

de tu boda, he de decir
mi propósito al momento,
que es peligroso guardar
doncella que en el casar
muestra un apresuramiento
que puede hacer sospechar...
Has de saber que ha venido,
y hoy presentártele quiero,
un bizarro caballero
muy rico y muy bien nacido
de Valladolid... Primero
que le admitas, le has de ver.
Diez mil ducados de renta
y un tío que está al caer.
Pienso que nos tiene cuenta
que tú seas su mujer.
INES.—¿Faltan hombres en Madrid
con cuya hacienda y apoyo
me cases sin ese ardid?
¿No es mar, Madrid? ¿No es arroyo
de ese mar Valladolid?
¿Pues por un arroyo olvidas
del mar los ricos despojos?
¿O es bien que mi gusto impidas,
y, entrando amor por los ojos,
dueño me ofrezcas de oídas?
Si la codicia senil
que a toda vejez infama
te vence, mira que es vil
defeto... ¿Y cómo se llama
ese hombre?
PED. Don Gil.
INES. ¿Don Gil?
(Riéndose.)
¿Marido de villancico?
¿Gil?... Jesús, no me lo nombres;
ponle un cayado y pellico.
PED.—No repares en los nombres
cuando el dueño es noble y rico.
Tú le verás y yo sé
que al verle quedas prendida...
INES.—Pues yo me desprenderé,
aunque muera en la caída.
PED.—Por él voy... te le traeré.
¡Aquí aguarda!
INES. ¡Ya lo creo,
que conocerle deseo!
PED.—Está cortés.
INES. Sí he de estar;
y aun le pienso regalar
con algo que de aquí veo
y que se vende en las plazas.
PED.—*(Haciendo mutis.)*
Harás bien si el juicio aplazas...
INES.—¡Fuera grosería cierta!...
Novio que nace en la huerta,
hay que darle calabazas.

Dichos menos don Pedro.
INES.—*(Volviendo al lugar en que han estado hablando don Juan y Clara.)*
Amigos, no hay que alterarse;
no fué negocio de Estado.
Pues la música llegó,
pasemos alegre rato.
¡A eso hemos venido aquí!
JUAN.—Doña Inés, siento desmayos
de incertidumbre, y quisiera
me dijérais sin reparo
de qué os habló vuestro padre.
INES.—¡Lo sabréis!... Para calmaros
(Con énfasis cómico.)
ese incendio que os consume,
tomad, aquesta es mi mano;
y a bailar.
CLA. - *(Con regocijo.)* Perfetamente.
Tú dirás lo que bailamos.
INES.—Baile de pocas figuras:
una pavanilla a cuatro.
CLA.—*(Riéndose.)*
¿A cuatro?... ¡Si somos tres!
Dichos y doña Juana que se presenta de pronto. Sigue en traje de hombre.
JUA.—Agora ha llegado el cuarto.
(Aparte y fijándose en doña Inés.)
¡Aquella ha de ser!...
JUAN. - *(Con extrañeza, pero galante.)*
¡Señor!...
CLA.—*(Aparte a doña Inés.)*
¡Lindo mancebo!
INES. Enamora
su faz: parece la aurora
en su primer resplandor.
JUA.—*(Con mucha cortesía y dulzura.)*
Besando a vuestras mercedes
las manos, perdón les pido,
si hablando así me tenedes
por descortés y atrevido.
Soy forastero, y quisiera
gozar de vuestro recreo
que aquí tan colmado veo.
CLA.—¡Faltando vos, no lo fuera!
JUA.—Cosa es tenida por ciencia
que en Madrid, toda mujer,
en lo hermosa puede hacer
al mesmo sol competencia.
Cuéntase que su mirada
da muerte y también da vida:
vida, si al amor convida,
y muerte, cuando es airada.
Dijéronme: "forastero,
ojo, que en Madrí hay ladrones
que desprecian el dinero,
mas roban los corazones."
Y yo, que apenas la infancia

dejé, de eso me reí...
¡Qué atrevida es la ignorancia!
¡Ahora me río de mí!
Porque al ver tanta belleza,
feo paréceme el cielo.
¡Triste de mí, al primer vuelo,
he caído de cabeza!
CLA.—*(A Inés.)*
De oirle, no sé qué siento.
INES.—Yo sí, Clara, siento amor.
JUAN.—Se os agradece, señor,
el lenguaje, que es atento,
y os invito, cortesano,
a que miréis al hablar,
que una de ellas me ha de dar
presto de esposa la mano.
JUA.—¡Nada hay perdido, por Dios!
Ambas nublan mi sentido.
Y así, reverente os pido
la que os sobre de las dos.
Yo he de casarme con una,
que a aquesto vengo a Madrid.
INES.—¿Y sois?
JUA. De Valladolid.
¡Y es bien ilustre mi cuna!
INES.—Conoceréis de contado
a un don Gil, allí nacido,
y que a la corte ha venido
dicen que a tomar estado.
JUA.—¿Don Gil de qué?
INES. Qué sé yo...
¿Puede haber más de un don Gil
en todo el mundo?
JUA. ¿Tan vil
es el nombre?
INES. ¿Quién creyó
que a un "Gil" un don se le diera?
JUAN.—*(Con burla.)*
¡Es un nombre pastoril!
JUA.—*(A don Juan.)*
¿No os gusta el nombre de Gil?
Llamadme de otra manera.
Y aun me puedo confirmar...
Serviros mi afán procura...
Vos mismo llamad al cura,
que aquí le puedo esperar.
CLA.—*(Aparte a Inés.)*
Eso no tiene respuesta.
INES.—*(Con coquetería a don Juan.)*
¿Dudaréis de mi cariño
si dejo al barbilampiño
que goce de nuestra fiesta?
JUAN.—*(Aparte a Inés.)*
Si no le hacéis distinción,
en ello no veré agravio.
INES.—*(A don Juan.)*
¡No se la haré *(Aparte.)* con el labio,
mas sí con el corazón!
(A doña Juana.)
A bailar. ¿Sabéis bailar
la pavanilla?
JUA. Sí a fe;
que mil danzas estudié
y aun liciones puedo dar.
JUAN. - *(Con reprimida contrariedad.)*
¡Dancemos! *(Aparte.)* ¡Amor, despacio,
que don Gil prendió en mi amada!
CLA.—*(Cogiendo la mano a doña Juana y formando pareja frente a la de Inés y don Juan.)*
¡Inés, ya estoy preparada!
INES.—*(A los músicos.)*
¡Dad las notas al espacio!
(Bailan los cuatro y doña Inés muéstrase en todo el baile muy deferente con doña Juana; lo mismo Clara. Don Juan da a entender su disgusto. Mientras danzan dice cada uno aparte lo que sigue.)
JUAN.—¡Ayudando al enemigo!
¡Que a esto obligue el ser cortés!
CLA.—Angel de Murillo es
el rapaz. ¡Cual sombra sigo
su talle airoso y gentil!
INES.—Sólo por don Gil suspiro;
cuanto más cerca le miro
más me enamora don Gil.
(Terminado el baile, doña Inés, sin ser dueña de sí propia, coge de la mano a doña Juana, y llevándosela a un extremo del proscenio la dice con la mayor efusión.)
INES.—Don Gil de dos mil donaires,
a cada vuelta y mudanza
que habéis dado, dió mil vueltas
en vuestro favor mi alma:
ya sé que a ser dueño mío
venís; perdonad si ingrata
antes de veros rehusé
el bien que mi amor aguarda...
¡Muy enamorada estoy!
CLA.—*(Aparte a don Juan, que contempla tristemente el grupo que forman doña Juana y doña Inés.)*
Perdida de enamorada
me tiene el don Gil de perlas.
JUA.—No quiero sólo en palabras
pagar lo mucho que os debo;
aquel caballero aguarda
y me mira receloso.
Voyme.
INES. ¿Son celos?
JUA. No es nada.

INES.—¿Sabéis mi casa?
JUAN. Y muy bien.
INES.—¿Y no iréis a honrar mi casa
que por dueño ha de miraros?
JUA.—A lo menos a rondarla
esta noche.
INES. Allí estaré
aguardando, con el ansia
que la paloma en el nido
al esposo de su alma...
JUA.—Y yo iré como el palomo
cuando su esposa le llama
para piarle amorosa.
(Aparte.)
Aquello no va a ser casa,
que va a ser un palomar...
¡Bien dí principio a la farsa!
INES.—¿Habréis de faltar?
JUA. ¡Primero
faltárale al mar el agua. *(Vase.)*

Dichos, menos doña Juana.

INES.—*(Corriendo al lado de don Juan y tratando de contentarle.)*
Don Juan, no enfadado estéis.
JUAN.—Al revés: regocijado
viendo que encontrado habéis
sujeto de vuestro agrado.
INES.—Si apenas le apunta el bozo.
JUAN.—Pues digo si le apuntara...
Entonces vuestro alborozo
los límites traspasara...
INES.—*(Enojada.)*
¿Qué queréis decirme?
JUAN. Quiero
decir que hallaré venganza,
no en vos, que aun por vos me muero;
en quien mata mi esperanza. *(Vase.)*

Dichas, menos don Juan.

CLA.—Echando fuego se va...
INES.—Y echando fuego me quedo.
CLA.—Entonces hazte hacia allá,
que te voy tomando miedo.
Y eso que, de fuego hablando,
te debo advertir, Inés,
que yo me estoy abrasando
de la cabeza a los pies.

Dichos y don Pedro, que sale con don Martín.

PED.—Inés...
INES.—*(Corriendo hacia él y con el mayor entusiasmo.)*
Padre de mis ojos.
¡Don Gil no es hombre, es la gracia,
la sal, el donaire, el cielo
que amor en su seno guarda;
ya le he visto y ya le adoro,
ya le deseo, y se agravia
el alma con dilaciones
que hacen más grandes mis ansias.
PED.—*(A don Martín.)*
Don Gil, ¿cuándo os vió mi Inés?
MAR.—Si no fué al salir de casa
para venir a esta huerta,
no sé yo cuándo.
PED. Eso basta.
¡Agradecido hais de estar,
a esa presencia gallarda,
pues con verla una vez sola,
os entregó Inés su alma!
MAR.—Señora, no sé a quién pida
en este instante palabras
conque encarecer mi suerte
que hasta el cielo me levanta.
¿Es posible que el mirarme
una vez sola, sea causa
de tanta dicha? ¿Es posible
que me admitáis, prenda cara?...
Dadme...
(Acercándose como para besarla la mano. Doña Inés le rechaza.)
INES. ¿Qué es esto?... ¿Estáis loco?
¿Yo de vos enamorada?
¡Si no os he visto en mi vida!
¡Asómbrame tal audacia!
PED.—Hija Inés, ¿pierdes el seso?
MAR.—¿Qué es esto?
PED. Por Dios, ¿no acabas
de decir que a don Gil viste?
INES.—*(Con regocijo.)*
¡Le vi!
PED. ¿Su talle no ensalzas?
INES.¡Si le ensalzo, que es un ángel!
PED.—¿No le ofreces sí y palabra
de esposa?
INES. ¡Y he de ser suya
aunque el cielo se negara!...
PED.—A don Gil tienes presente.
INES.—¿A quién?
PED. Al mesmo que alabas.
MAR.—Yo soy don Gil, Inés mía.
INES.—¿Vos don Gil?
MAR. ¡Yo!
INES. ¡Qué bobada!
PED.—¡Por mi vida, que tal es!
INES.—¿Don Gil, tan lleno de barbas?
¡Es el don Gil que yo adoro
un Gilito de esmeraldas!
PED.—¡Perdió la razón sin duda!
MAR.—¡Valladolid es mi patria!
INES.—¡De allá es mi don Gil también!
PED.—¡Di las señas!
MAR. Declaralllas.
INES.—Una cara como el oro,
de almíbar son sus palabras,

y unas calzas todas verdes,
que cielos son y no calzas.
Agora se fué de aquí.
PED.—¿Don Gil, de cómo se llama?
INES.—Don Gil de las calzas verdes
le llamo yo, y esto basta.
PED.—*(A Clara.)*
Amiga, ¿qué ha sido aquesto?
Desenredad la maraña.
CLA.—¿Qué ha sido? Que yo a don
[Gil
tengo por dueño, y en casa
he de decirle a mi padre
que con él me case.
INES. ¡El alma
te sacaré por los ojos!
PED. - ¿También tú *endongilizada?*
Al médico he de llamar...
MAR.—Don Pedro, desde mañana
me he de poner calzas verdes.
ya que de juicio le saca
esta color.
PED. ¡Vamos, loca!
INES.—Loca, esa es la palabra,
porque la que siente amor,
y el juicio sereno guarda,
si no ha de mentir, no diga
jamás que está enamorada.
¡Don Gil de las calzas verdes,
benditas sean tus calzas!
(Vanse todos por la derecha y cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de don Pedro.

Doña Juana, de mujer, y Quintana.
QUIN.—No sé a quién te comparar.
Pedro de Urdemalas eres...
¡Pero cuándo las mujeres
no supieron engañar!
JUA.—Esto, Quintana, hasta aquí
es lo que me ha sucedido.
Doña Inés pierde el sentido
y su libertad por mí.
Don Martín anda buscando
a este don Gil, que, en su amor
y nombre es competidor;
mas con tal recato ando
huyéndole la presencia,
que ya, trastornado, entiende
que soy hechicero o duende.
Pierde el viejo la paciencia,
porque la tal doña Inés
ni sus ruegos obedece,
ni a don Martín apetece;
y de tal manera es
el amor que me ha cobrado,
que como no he vuelto a vella,
loca, por todo atropella
en desdoro de su estado,
y como de mí no sabe,
no hay paje o criado en casa,
ni gente por ella pasa
con quien llorando no acabe
por suplicar, afligida,
que busque en toda la corte
un sujeto de mi porte
por quien ella da la vida.
QUIN.—No lo extraño: si te pierdes
tal vez te pregonará.
JUA.—A los que me buscan da
por señas mis calzas verdes.
QUIN.—¡Benditas calzas, señor!
JUA.—Una doña Clara, que es
prima de mi doña Inés,
me adora con tal ardor,
que a su madre ha persuadido,
si viva la quiere ver,
que me la dé por mujer.
QUIN.—¡Harás notable marido!
JUA.—A este fin me hace buscar
poco menos que a pregones,
por posadas y mesones,
sin cansarse en preguntar
por las calzas de un doncel.
QUIN.—Pues cualquiera da en el quid.
Señas son para Madrid,
habiendo miles como él.
JUA.—El criado que te dije
que al ausentarte de mí
en la huerta recibí,
también confuso se aflige
porque desde ayer acá
no ha podido descubrirme.
Yo no ceso de reirme

de ver cual viene y cual va,
en busca mía, agitado
como usurero traidor,
que juzga huído al deudor
a quien dinero ha prestado;
y como no halla noticia
de mí, afirmará, por cierto,
que el novio de Inés me ha muerto.
QUIN.—Pondrále ante la justicia.
JUA.—Bien puede ser, porque es fiel,
servicial, de buen humor,
y ya me ha cobrado amor...
QUIN.—¿Llámase?
JUA. Caramanchel.
QUIN.—Fama tiene de severo.
Cuida que no te delate,
que si haces un disparate
se convierte en pregonero...
Agora dime a qué fin
te has vuelto mujer.
JUA. Engaños
son todos nuevos y extraños
en contra de don Martín.
Pared en medio de aquí
una casa alquilé ayer,
que al punto vine a ofrecer
a Inés, que es costumbre así
en la Corte, muy usada,
donde por distinto modo
es regla ofrecerlo todo
aunque nunca se da nada.
Con achaque de vecina
entro y salgo cuando quiero,
y así, Quintana, me entero
de todo cuanto imagina
don Martín para casarse,
y me es fácil deshacer
lo que mi muerte ha de ser
si llega a verificarse.
QUIN.—¿Mas doña Inés es idiota?
¿Al ver tu cara monjil,
no ve que es la de don Gil?
JUA.—Ni una sospecha remota.
Ayer me dijo: vecina,
aunque reciente es el trato,
yo os quiero, pues sois retrato
de un don Gil que me asesina
con su desdén y su ausencia;
venid a verme, ¡por Dios!
porque cuando os miro a vos,
creo estar en su presencia.
QUIN.—No vi mentir más artero;
te lo juro por la luz.
Me voy, y te hago la cruz
por si eres Pedro Botero.
JUA.—Aguarda, que ya te irás;
pues no me conviene a mí
que estés mucho tiempo aquí;
pero, escúchame, que hay más.
Por si llega a imaginarse
don Martín que yo he venido,
una traza he prevenido
en que tienes que ayudarme.
Esta carta le has de dar;
puse, cuando la escribí,
la fecha en Valladolí
y así le pienso engañar,
pues creerá que no he salido
de la ciudad.
QUIN. ¡Bravo invento!
JUA.—Le digo que en un convento
lloro el desaire sufrido.
Añado que el cielo quiso
ponerme enferma.
QUIN.—*(Inquieto.)* ¿Es verdad?
JUA.—Le finjo una enfermedad
(Con imitación.)
que dura el tiempo preciso.
Para ver si le enardeces
inventa cuanto te plazca.
QUIN.—¿Más que tú?... ¡Pues aunque [nazca
veinte millones de veces!
JUA.—¡Toma, y háblale!
(Le da la carta.)
QUIN.—*(Haciendo mutis.)* ¡A correr!
¡Ay, qué bien que dice el cura!
¡Maldita seas, locura;
tienes nombre de mujer! *(Vase.)*
Dicha y doña Inés que sale por la derecha con don Juan.
JUA.—*(Adelantándose a recibir a doña Inés y besándola.)*
¡Oh, señora doña Inés!
INES.—¿En mi casa?... ¡Honra como [ella!
¡Estais cada vez más bella!
JUA.—Correspondo al interés,
conque tratais mi persona,
que agradaros solicita.
INES.—*(Con amabilidad y dulzura.)*
¿Va a ser corta la visita?
Fuera el manto, que pregona
que poco tiempo hais de estar...
(Trata de quitárselo y lo evita doña Juana.)
JUA.—Perdonadme, Inés hermosa.
El manto para mí es cosa
que no me puedo quitar.
Llevar el manto constante
quise a un santo prometer.
INES.—Que es lo mismo que ofrecer
estar siempre interesante.
¿No habláis, don Juan?

JUAN. Mudo el labio
ha de estar a la traición,
que no puede el corazón
dar palabras al agravio.
Desde el día que en la huerta
hablasteis con el mancebo
del traje verde, aquí llevo
Inés mi esperanza muerta.
INES.—*(Con ironía.)*
¿Muerta? Entonces a enterralla
que está mal en ese encierro...
Decid cuando es el entierro
que yo quiero acompañalla.
JUAN.—Tienen que doblar primero.
INES.—Pues id a San Sebastián,
y que allí os doblen, don Juan,
que agora hay buen campanero.
JUA.—¡Bravo ingenio, Inés hermosa!
JUAN.—No defendáis el rigor
con que escarnece mi amor.
Voyme. *(Con resolución.)*
INES. ¡Eso es otra cosa!
Idos... pero he de advertir
que de una vez os vayáis,
que ya cansándome estáis
con tanto ir y venir.
JUA.—Si no fuera indiscreción
yo a la paz invitaría...
INES.—¡Dios os libre, amiga mía,
de amante triste y llorón!
¿Veis cuando el médico ordena
y dice: tomad, señora,
de este vaso de hora en hora
una cucharada llena?
A eso comparo, y lo siento,
a este don Juan receloso.
Se me presenta lloroso
de hora en hora en mi aposento.
Tanto que ya mi criada,
cuando su visita anuncia,
esta palabra pronuncia:
¿Señora?... La cucharada.
JUAN.—Os juro que he de dar muerte
a ese don Gil del demonio,
que estorba mi matrimonio
haciendo triste mi suerte.
JUA.—Si hombre yo fuera, los dos
a un tiempo y en lid reñida
le arrancábamos la vida,
yo una mitad, y otra vos.
INES.—¿A qué don Gil?
JUAN. Al rapaz,
ingrata, por quien te pierdes.
INES.—¿Don Gil de las calzas verdes?
¿Ese perturba tu paz?
Así nos dé vida Dios
que no le he visto después
de aquella tarde... Otro es
el don Gil que estorba.
JUAN. ¿Hay dos?
INES.—Sí, don Juan, que el don Gi- [lico
o fingió llamarse así,
o si a vivir vino aquí
a fe mía os certifico
que de todos se burló;
el que de casa te ha echado
es un don Gil muy barbado,
a quien aborrezco yo;
pero quiéreme casar
con él mi padre, y es fuerza
que por darle gusto tuerza
mi inclinación. Si a matar
el don Gil feo te atreves,
de Albornoz tiene el renombre
y aunque dice que es muy hombre
como amor y ánimo lleves
el premio a mi cuenta escribe.
JUAN.—¿Gil, y Albornoz de apellido?
Su existencia ha concluído.
INES.—Cercano a esta casa vive.
JUA.—Tenéis hasta la ventaja,
sin salir de aquesta calle,
de poder notificalle
que prevenga la mortaja.
JUAN.—*(A Inés.)*
¡Ya cuento con el laurel
que amor ceñirá a mis sienes,
pues te hago votos solenes,
de que han de doblar por él!
(Vase foro.)
Doña Inés y doña Juana.
INES.—*(Riéndose.)*
¡Cómo va!... Dado a Luzbel.
Suelto a la risa la venda.
¿Es posible que no entienda
que me divierto con él?
JUA. *(Con alguna inquietud.)*
¿Y matará al de Albornoz?
INES. - ¿Matarle? ¿Cómo, ni cuándo?
Don Juan siempre está matando,
pero tan sólo es de voz.
Siéntate aquí, bella Elvira,
y hablemos agora en ti...
En tu faz señales vi
del que padece y suspira.
¿Cómo, si eres tan hermosa,
y ángel tu rostro teniendo
prefieres vivir muriendo
cuando puedes ser dichosa?
JUA.—Agradecida te escucho
las flores con que me halagas;
muchas son, mas no me pagas
Inés, que te quiero mucho.

Encantadora bondad
en ti llego a sorprender...
pues mujer que a otra mujer
llama hermosa, es cualidad
que nadie querrá creer.
INES.—Fuera pecado, en rigor,
no admirar el resplandor
de esos tus divinos ojos,
y hasta Dios sintiera enojos
pues de ellos es el autor.
JUA.—¡Yo sé de quién no me quiere
aunque otros tiempos me quiso!...
INES. - Demuéstralo, si cupiere,
que demostrar es preciso
cosa que no se creyere.
JUA.—*(Aparte.)*
Ayúdame, cielo santo,
que ya no sé qué inventar. *(Alto.)*
Deja que me enjugue el llanto,
que no puedo recordar
esta historia sin espanto.
INES.—Habla, que no sólo oir
prometo, sino escucharte.
Dame de tus penas parte,
quiero contigo sufrir
JUA.—¡Yo no sé cómo alabarte!
INES.—Y si juzgas que llorando
mitigas todos tus males,
el llanto vierte a raudales,
que así saldré yo ganando;
pues tus lágrimas son tales
que por tu rostro al rodar,
en perlas se han de tornar;
y según vayan cayendo,
rica diadema irá haciendo
con que mi frente adornar.
JUA.—A don Miguel de Cisnero
quise con dulce ternura.
Ciega, no vi en mi locura
que amando tan por entero
es la deshonra segura.
Acostumbrándose fué
a cobrar de mí al contado:
él me pagaba al fiado
con promesas; tanto fué
lo que le tuve entregado,
que al presentarle la cuenta
ya no le pude encontrar;
porque en tocando al casar,
el hombre ardides inventa
para negarse a pagar.
Supo que el joven don Gil
bodas contigo concierta:
su codicia se despierta,
que el interés hace vil
y abre a la traición la puerta.
Y ansioso de se quedar
con tu dote apetecida,
busca a don Gil en seguida,
y al fin, consíguela hurtar
de manera fementida
la carta en que don Andrés
al don Gil te presentaba,
ve a tu padre, y dice que es
el Gil a quien esperaba;
y no hay tal don Gil, Inés,
que es don Miguel, el traidor;
he dicho poco, el malvado,
que en la tienda de mi honor
entró a comprar al fiado
con máscara de señor.
INES.—Pasmada y confusa estoy
del villano proceder.
JUA.—Yo no puedo contener *(Aparte.)*
la risa; a perderme voy.
(Suelta una carcajada muy grande, pero queriendo al mismo tiempo hacer que llora.)
INES.— *(Apartándola el pañuelo con que doña Juana quiso taparse el rostro.)*
Mas no puedo comprender...
Parece que estáis riendo.
JUA.—*(Entre risa y sollozos.)*
No, amiga, es que estoy sufriendo,
y me ha encargado el dotor
que cuando sienta el dolor
me ría, porque el estruendo
del reir, si es prolongado,
pudiera ahuyentar la pena;
y el llanto, como es callado,
al pecho que está angustiado
silencioso le envenena.
INES.—¡Raro médico, a fe mía!
¿Dió fin la historia?
JUA. No tal.
Que falta lo principal.
De la trama que se urdía,
por un servidor leal
tuve noticia segura,
y a Madrid me encaminé
llorando mi desventura,
y en el camino encontré
una triste criatura,
mancebo airoso y gentil
que ya mi labio no dice.
INES.—¿Pues quién era ese infelice?
JUA.—¡El verdadero don Gil!
De mis pesares le hice
confidente, y él, es claro,
sin mostrar ningún reparo
los suyos me hizo saber,
y ambos nos juramos ser
el uno del otro amparo.
INES.—¿Que don Miguel de Cisnero

es el don Gil figurado,
y siendo tu dueño amado
trata de ver si le quiero?
¿Habrá un ser más descarado?
¿Que don Gil real, el divino,
es el que en la huerta vi?
JUA.—Y el que se prendó de mí
viniendo por el camino.
Escúchame, que fué así.
Era noche de verano
y apenas salió la luna.
Don Gil me pidió la mano.
INES.—La mano... ¿Tan solo una?
JUA.—Una sola, y cortesano
palabra me dió de esposo;
mas yo que amo a don Miguel
y a su amor quiero ser fiel,
con ademán desdeñoso
presto separéme de él.
INES.—Me has dado muerte traidora,
que a don Gil mi pecho adora,
es decir, a don Gilito,
el repolido, el bonito,
el de la faz seductora...
Triste de mí, ¡qué he de hacer
si él te ama, bella Elvira,
si él en tus ojos se mira,
si él tu esposo quiere ser!
JUA.—Inés, reprime tu ira,
que te vengo a proponer
un cambio que puede ser
a las dos muy oportuno.
INES.—¿Cambio? Siempre gana uno...
JUA.—En este no has de perder.
Si al Miguel me quieres dar...
INES. *(Interrumpiéndola rápidamente.)*
Dátele ya por tomado
y hasta vestido y calzado,
o sin vestir, ni calzar,
como fuere de tu agrado.
JUA.—Yo al don Gilico te doy
con calzas verdes y todo.
¿Te acomodas?
INES.—*(Con mucha alegría.)*
Me acomodo.
¿No ves que ya loca estoy?
Te lo agradezco de modo
que hasta te doy a don Juan
encima.
JUA. No digas eso.
¿A qué quiero tanto peso?
¡Don Miguel calma mi afán!
INES.—Déjame que te dé un beso
para expresar gracias mil...
(La besa con efusión.)
¡Qué rostro tan fino y blando!
¡Parece que estoy besando
al mesmísimo don Gil...
Sabes como él.
JUA. Estimando
tan franca comparación
hágome esta reflexión:
Si sabes a lo que *él sabe*
no niegues la conclusión;
el asunto es harto grave;
es decir, que le has besado.
INES.—*(Entrecortada.)*
No lo puedo asegurar,
que cuando estoy a su lado...
JUA.—*(Aparte.)*
Te tengo que separar
pues te acercas demasiado...
(Alto.) A don Gil voy a escribir
aunque me tilde de ingrata,
que le quiero despedir.
INES.—Pero dile en la posdata
que yo le quiero admitir.
Escríbele sin tardar;
y si no te mortifico
quiérote otra vez besar...
JUA.—*(Ya en la puerta.)*
Las gracias te debo dar
en nombre de don Gilico,
puesto que al besarme a mí
piensas besar al doncel.
INES.—Cuando yo le bese a él
pensaré entonces en ti,
que ambos me sabéis a miel.
JUA.—*(Aparte.)*
¡Cayó esta boba en la trampa!
¡No vi necia más completa!
INES.—¿Qué dices?
JUA. Que eres discreta
y, por fin, que eres la estampa
de la doncella perfeta.
INES.—Y tú de la cortesía...
No olvides, amiga mía,
la consabida posdata...
¡Para evitar una errata
yo el borrador te daría!...
JUA.—Si no es largo el borrador...
INES.—*(Se sienta a escribir y lo hace rápidamente, presentando el papel escrito a doña Juana, y leyéndosele con cierta vanidad.)*
"Inés se muere de amor,
quiere ver tu linda cara."
¡"Verte", con B grande y clara!
JUA.—Y "quiere" con C mayor
por si es ciego y no repara;
Inés, que te guarde el cielo.
(Ya en el foro.)
INES.—Guárdame tú; igual me da.

(Aparte.)
Esta Elvira es mi consuelo.
JUA.—*(Haciendo mutis.)*
Esta Inés tragó el anzuelo.
¡Don Martín pescado está! *(Vase.)*
Doña Inés.
He de perder la razón.
¿Don Gil mi esposo? ¡Oh, ventura!
Cuando llegue la ocasión
de que me pregunte el cura:
"¿Juráis por la Santa Fe
ser, sin violencia, su esposa?"
Yo diré: "¡Vaya una cosa
que pregunta su mercé!"
Decid volando la misa,
porque ya el tiempo se pasa,
y tenemos mucha prisa
de estar solitos en casa...
(Mirando al cielo.)
¡Y tú, amado San Antonio,
pues tanto mi dicha ensalzas
con aqueste matrimonio,
te regalaré unas calzas
que verdes tienen que ser,
de seda o de raso liso...
como quieras escoger,
que yo te doy mi permiso! *(Vase.)*
Don Martín y Quintana, por el foro.
MAR.—*(En la puerta.)*
Bueno: ya puedes marcharte.
QUIN.—He venido a esta morada,
porque han dicho en tu posada
que aquí podría encontrarte.
No quiero ni descansar.
Hoy mesmo llegué a Madrid,
y hoy marcho a Valladolid:
¿tienes algo que mandar?
MAR.—*(Impaciente.)*
¡Nada, vete!
QUIN.—¿Hay tal quimera?
¿No quieres ni responder
lo que acabas de leer,
por cortesía siquiera?
¿No te inspira compasión
de doña Juana el estado?
¡Si vieras cómo ha quedado!
MAR.—Aguarda: tienes razón.
(Avanzan al proscenio.)
¿Pero tú mesmo la dejas
en el convento, Quintana?
QUIN.—Yo mesmo, a tu doña Juana;
en San Quirce, dando quejas
y suspiros, porque está
enferma de lo que llora,
¡y quién sabe si a esta hora
habrá sucumbido ya!
¡Más flaca está que una escoba!
¡Si parece un esqueleto!...
(Tomando precauciones para evitar que le oigan y bajando la voz.)
Oye una cosa en secreto...
¡La basquiña se le aova!
¡Bien merece tu piedad!
MAR.—Jesús, mil veces. ¡Qué horror!
QUIN.—*(Aparte.)*
¡Ya soy un hombre de honor,
miento con serenidad!
(Alto.) Escándalo y vituperio
de tu linaje serás,
si a consolarla no vas
en persona al monasterio.
MAR.—Quintana, jurara yo,
que desde Valladolid,
venido había a Madrid
a perseguirme.
QUIN. Eso no,
y haces mal en no tenella
en opinión más honrada.
MAR.—¿No pudiera, disfrazada,
seguirme?
MAR. ¡Bonita es ella!
Esta es la hora en que está
rezando entre sus iguales
los salmos penitenciales
por ti. Esa carta ¿no da
certidumbre de que digo
la verdad?
MAR. Quintana, sí.
Las quejas que escribe aquí
(Con la carta en la mano.)
mucho han de poder conmigo.
Vine a cierta pretensión
que es fácil que el rey confirme,
y partí sin despedirme
por no darla desazón.
Mas riesgo corre mi vida
y marcharé esta semana.
QUIN.—¿Y entretanto, a doña Jua- [na...?
MAR.—Carta daretė en seguida
que la entregues al llegar.
QUIN.—¡El cielo su queja oyó!
MAR.—Iré a llevártela yo.
QUIN.—Mira que hoy he de marchar.
MAR.—Antes del anochecer
iré.
QUIN. ¡Que Dios en ti reine!
MAR.—¿Vives?
QUIN. Posada del Peine:
la acaban de establecer.
MAR.—*(Aparte.)*
(Su estancia aquí es peligrosa.)
QUIN.—*(Aparte.)*
(Corro a contar la mentira

a don Gil, Juana y Elvira,
que son una misma cosa.)
MAR. - *(Empujándole con disimulo hacia la puerta.)*
¡Abur!... ¿Sabes el camino?
QUIN.—¡Con lengua a Roma se va,
y, por viejo, tengo ya
(Con intención.)
más conchas que un peregrino!
(Vase foro.)

Don Martín

El caso no puede ser
más grave, ni más preciso...
¡Paciencia!... ¡El cielo lo quiso,
mi estrella he de obedecer!
(Leyendo la carta como para recordarla,)
"¡Ven, que me muero de amor!
¡Quiero aliviar mi dolor
amargo llanto vertiendo,
y cuanto más lo pretendo
la pena se hace mayor!
Las lágrimas de mis ojos
no corren por mi semblante,
¡como no te ven delante
se vuelven llenas de enojos
a mi corazón amante,
que llama al tuyo traidor,
y allí con fogoso ardor
abrasan todo mi ser!...
¡Ven presto si quieres ver
a quien se muere de amor!"
Sí que me aflige su estado,
y fuera, de buena gana,
a sacar a doña Juana
de trance tan apurado.
Pero mi padre apetece
casarme con doña Inés,
que además de hermosa, es
rica, y esto me parece
que es asunto principal.
Si ella es rica, seré rico...
(Con resolución.)
No hay más, yo me sacrifico
al mandato paternal.

Dicho y Osorio

OSO.— Gracias a Dios que te veo!
MAR.—Seas, Osorio, bien venido.
¿Hay cartas?
OSO. Cartas ha habido.
MAR.—¿De mi padre?
OSO. En el correo
a la mitad de su lista,
a ciento y doce leí
este pliego para tí. *(Se lo entrega.)*
MAR.—Traerá libranza a la vista.
(Abre el pliego y lee.)

"Hijo: cuidadoso estaré hasta saber el fin de vuestra pretensión, cuyos principios prometen buen suceso. Para que la consigáis, os remito esa libranza de mil escudos y esa carta para mi corresponsal. Digo en ella que son para don Gil de Albornoz. No vayáis vos a cobrarla, porque os conoce, sino Osorio. Doña Juana falta de su casa desde el día que os partísteis: todos andan confusos: no lo ando yo menos, temiendo os haya seguido para impedir vuestra boda. Abreviad los hechos, y en deposándoos avisadme, para que yo me ponga en camino y tenga fin esta maraña. Dios os guarde como deseo. Vuestro padre. Valladolid, etc."
Ya sabes lo que hay que hacer
puesto que enterado estás...
(Dándole el pliego y la letra.)
Tú mesmo la cobrarás
en casa del mercader.
Dices que eres mayordomo
de don Gil, te da el dinero,
en mi posada te espero,
me le das, y yo le tomo
para comprar a mi amada
joyas de grande valía,
pues conmigo en este día
ha de quedar desposada.
OSO.—¿Y Juana?
MAR. ¡La hago un favor!...
Pues se mete a religiosa,
en lugar de ser mi esposa
será esposa del Señor.
Gana en marido.
OSO. Eso sí;
más juzgo impío, en verdad,
el decirle a Dios: "tomad,
que ya no me sirve a mí."
(Se dirigen a la puerta del foro y de pronto se detiene Osorio.)
Mira, por esta escalera
(Señala la puerta de la izquierda, segundo término.)
será mejor que salgamos,
con lo cual más cerca estamos
y así ninguno se entera.
MAR.—*(Obedeciéndole.)*
Dices bien.
OSO. Aquí me meto
los papeles, y a cobrar.
(Al guardarlos se le caen al suelo sin apercibirse ni él ni don Martín.)
MAR.—*(Ya cerca de la puerta de la izquierda.)*
¡Ganas tengo de acabar!

OSO.—*(Siguiéndole.)*
No extraño que estés inquieto.
No hay novio que no lo esté,
aunque al año de casarse,
no haga más que preguntarse:
¿pero cuándo enviudaré?
(Vanse izquierda, segundo término.)
Doña Juana, de hombre, y Caramanchel.
CAR.—Señor don Gil invisible,
me tienes harto aburrido.
¿Dónde diablos te has metido
que hallarte fuéme imposible?
JUA.—Ya te lo diré... *(Con calma.)*
CAR. Pareces
escurridizo jabón,
o halagadora ilusión,
pues te toco y despareces.
Esto dame a sospechar...
¿Eres brujo o ser viviente?
Cuenta con que soy creyente,
y si a tu lado he de estar,
juega limpio y con cuidado,
que yo no sirvo, a fe mía,
a señor que pasa un día
sin hablar con su criado.
Responde.—Diez pregoneros
en anunciarte empleé,
y necio, en balde gasté,
lo que me falta, dineros.
¿Por qué a mi vista te pierdes?
Por todo Madrí han gritado
"aquel que se hubiera hallado
un don Gil con calzas verdes,
tráigale presto a la plaza..."
¿No te avergüenzas?... Igual
que si fueses animal
dañino, o perro de caza.
JUA.—¡No te atufes! Es que he es- [tado
todo este tiempo escondido
en una casa que ha sido
mi cielo, porque he logrado
la mejor mujer en ella
del mundo.
CAR. Con chanzas vienes.
¿mujer tú?
JUA. Yo.
CAR. Si no tienes
ni aun dientes para comella.
Con sólo verte la faz
donde el candor predomina,
el que es más topo adivina
que eres racimo en agraz.
JUA.—Pues mira, ya que me estrechas,
el maduro agraz ha sido.
CAR.—Mas tú de agraz no has salido,
porque te faltan cosechas.
JUA.—Y doña Elvira me ama.
CAR.—¿Doña Elvira?... ¿Y quién es [esa?
JUA.—Una vecina traviesa
en quien amor hizo llama.
Rica, juvenil y hermosa....
Sólo el verme le alimenta...
CAR.—Parca es, pues se contenta
con tan poquísima cosa.
JUA.—Una carta has de llevar
de parte mía.
CAR. Eso haré,
que soy tu criado y sé
que no me debo negar...
(Fijándose en el papel que dejó caer en el suelo Osorio en la escena anterior.)
¿Carta dijistes?... Abierta
hay una en el santo suelo...
Carta caída, es señuelo
que gran interés despierta.
¡Cógela, pues! ¡Mas qué veo!
El papel es para ti. *(Leyendo.)*
JUA.—¿A ver, a ver?
CAR. Dice así:
a lo menos, yo lo leo.
El sobrescrito rasgado:
"Señor don Gil de Albornoz."
JUA.—*(Arrebatándole el papel.)*
Muestra... ¡ay, cielos!
CAR. En la voz
y cara te has alterado.
JUA.—*(Abriendo el otro pliego que viene dentro.)*
"A don Pedro de Mendoza
y Velasteguí." Esto es
el padre de doña Inés.
CAR.—Algún galán de la moza
que te pone por tercero
con su padre, y que querrá
que le cases.
JUA. Y hallará
en mí el mejor medianero.
CAR.—Mira esotro sobrescrito.
JUA.—*(Leyendo otro pliego, abriéndole y sacando la libranza.)*
"A don Agustín Solier
de Camargo, mercader."
CAR.—Sé quién... un asturianito
usurero y comerciante.
JUA.—En su casa, sin tardar,
esta letra has de cobrar...
Oro contante y sonante.
¡Mil escudos!
CAR.— - *(Asombrado.)* ¿De verdad?
Don Gilito, ¿no es patraña?
¡Mira que no hay en España

semejante cantidad!...
Corro, y volveré a buscarte...
(Volviendo desde el foro.)
Oyeme bien, Calzas Verdes,
ahora, si quieres, te pierdes,
que yo no he de pregonarte. *(Vase.)*

Doña Juana.

Ni yo mesma entiendo ya
los enredos que inventé.
Sólo, por ventura sé,
que todo en camino va
de alcanzar dichosa esfera
para mi triste dolor.
Si no existiera el amor,
¡qué feliz el mundo fuera!
De don Martín se prendó
mi alma, desque le vi...
Temo, si él me quiere a mí
dejar de quererle yo.
Que es el amor, como niño,
caprichoso y desigual,
y paga el bien con el mal
y el mal paga con cariño.
¡Cielos! Decid qué es mejor,
amar no correspondida
o ser desagradecida
con el que nos tiene amor.
Aqueste es mi pensamiento:
como el llorar y el sufrir
vienen a constituir
martirio horrible y cruento,
y el martirio Dios bendice
porque nos acerca a él,
prefiero amar y ser fiel
al que de mi amor maldice.
(Invocando al cielo.)
¡Mártir, Dios mío, he de ser;
dame pesares y enojos...
que el resplandor de tus ojos
inunde todo mi ser!
¡Porque es la dicha mayor
amarte con dulce anhelo
y quiero entrar en el cielo
por la puerta del dolor!
(Se aparta a un lado al ver salir a Inés con don Pedro.)

Dicha, doña Inés y don Pedro.

INES.—Digo, señor, que vienes engañado,
y que el don Gil fingido que me ofreces,
no es don Gil, ni jamás se lo ha llamado.
PED.—¿Por qué, mintiendo, Inés, me desvaneces?
¿No dices que es don Gil el que aborreces?
INES.—Don Miguel de Cisneros es su nombre,
con una doña Elvira desposado;
y Burgos es la patria de ese hombre.
La mesma doña Elvira me ha contado
todo el suceso, para que me asombre.
En busca del Miguel viene anhelosa;
habla con ella, que podrá informarte,
verás cómo afligida y aun llorosa
de todo este embeleco te da parte
y te cuenta una historia vergonzosa.
PED.—¡Si no puede ser falsa aquella firma!
INES.—¡Si no es falsa, señor!
PED. No te comprendo.
¡Explícate mejor, a ver si entiendo!
INES.—La firma, aquesta infamia nos confirma.
Don Miguel de Cisneros fué (sabiendo
que don Gil a Madrid se dirigía,
con una carta escrita por su tío
para ti, y en la cual él te decía
que, por esposo mío,
a don Gil muy gustoso te ofrecía),
a casa de éste, y con artera maña
le hurtó la carta que hoy has recibido
y que él mesmo en persona te ha traído.
De modo que la firma no te engaña;
es verdadera, y el que te ha mentido
es quien la trajo, que Miguel se llama
y no don Gil según él se proclama.
PED.—No vi mentir de modo más grosero.
INES.—Llámale al punto, que decirle quiero
que descubierta está toda su trama.
PED.— Llamaréle, expondréle mi querella,
y con él batiréme en lid cerrada...
INES.—Es el duelo para él cosa ignorada,
que aun no se sabe cuál es más doncella,
si doña Elvira o su cobarde espada.
PED.—Vamos a cuentas, que el celebro mío
me da más vueltas que infeliz navío
en alta mar, cuando huracán violento,
ya rápido le sube al firmamento,
o ya le hunde en el abismo frío.
Si no es don Gil ese hombre mentiroso,
¿cuál es el verdadero?
INES.- El verdadero
es un gallardo y joven caballero,
tan por demás hermoso,
que Adonis, a su lado, es horroroso;

y por la gracia de un verde vestido
con que le vi en la huerta el día pri-
[mero,
calzas verdes le di por apellido.
¡Por don Gil desde entonces yo me
[muero,
desde entonces por él perdí el sentido!
PED.—Por mi fe que me vuelves a la
[vida...
Ese será tu esposo, Inés querida;
mas dile que aquí presto se presente,
porque de estar ausente,
la boda por los dos apetecida
no podrá celebrarse, pues yo creo
que no puede existir el himeneo
con la novia tan sólo.
JUA.— *(Adelantándose y haciendo una cortesía.)*
Ciertamente.
Por eso aquí don Gil se halla presente,
PED.—*(Abrazándola con respeto.)*
¡Gracias a Dios!... ¡Colmóse mi deseo!
JUA.—*(A Inés.)*
Vengo a dar satisfacción,
señora, de mi tardanza,
también a pedir perdón
no de que en mí haya mudanza
sino de mi dilación.
Hame tenido ocupado
estos días, un cuidado,
en que me puso un traidor
que, por lograr vuestro amor,
hasta el nombre me ha usurpado,
no falta de voluntad
que desde el punto en que os vi
os rendí mi libertad.
INES.—Yo sé que eso no es así:
pero, sea o no verdad,
conoced, señor don Gil
a mi padre, que os desea,
y, entre confusiones mil,
persuadille a que no crea
enredos de un hombre vil.
JUA.—A mucha suerte he tenido,
señor, haberos hallado;
aquí llegara corrido
a no venir resguardado
por carta que he recibido,
de mi tío Andrés Guzmán
que la farsa desharán
de quien, con firmas hurtadas,
pretendió ver malogradas
mis venturas; y si os dan
fe y crédito estos renglones
y me abona este papel
(Enseñándole la carta.)
no admitáis satisfacciones
fingidas de don Miguel
que os dañarán sus traiciones.
PED.—Ya estoy, don Gil, satisfecho
(Repasando la carta.)
de lo que decís, y afirma
vuestro generoso pecho;
esta letra y esta firma,
del agravio que os he hecho
(si es que soy yo quien lo hice)
fué causa, y agora es
favor con que os autorice.
(Mirándola de nuevo.)
Es letra de don Andrés;
quiero mirar lo que dice. *(Léela.)*
INES.—*(Aparte y en voz baja a doña Juana.)*
Sé que amáis a doña Elvira.
JUA.—No es posible, doña Inés,
que quien vuestros ojos mira,
presto los suyos retira
de aquello que ve después.
Doña Elvira se equivoca.
INES.—Dice que lo oyó afirmar
de vuestra boca.
JUA. Está loca,
que quien mira vuestra boca,
mudo queda para hablar.
PED.— *(Después de haber leído la carta.)*
Aquí otra vez me encomienda
la boda, que el tiempo pasa.
Y además me recomienda
lo ilustre de vuestra casa,
y el valor de vuestra hacienda...
¡El don Miguel de Cisneros
es gentil enredador!...
Mucho gusto en conoceros;
hoy habéis de ser señor
de esta mi casa.
JUA.—*(Fingiendo alegría.)*
¿El teneros
por dueño y padre merezco?
Mil veces me dad los pies.
(Tratando de arrodillarse.)
PED.—*(Impidiéndolo.)*
Los brazos sí que os ofrezco
y en ellos a doña Inés. *(Abrazándole.)*
JUA.—¡Mi dicha al cielo agradezco!
Y agora, con la licencia
de don Pedro y doña Inés,
voime, porque mi presencia
reclama con grande urgencia
un asunto de interés.
(Besando la mano a doña Inés y a don Pedro.)
¡El cielo por ambos vele!
PED.—¡El nuestras penas consuele!

INES.—¡Ya mi corazón respira!
(Aparte.)
¡Dios mío, si hasta me huele
lo mesmo que doña Elvira!
(Vase doña Juana por el foro.)
Dichos, menos doña Juana.
PED.—¡Lindo muchacho y discreto
es el don Gil! Grande amor
yo le he cobrado, en efeto...
¡Que vuelva el enredador
y castigar yo prometo
su conducta, harto malvada,
jamás por mí presumida...
INES.—¡Fíate de quien te agrada!
PED.—¡Su figura es muy erguida!
INES.——¡Pero el alma es jorobada!
Dichos, don Martín y Osorio.
MAR.—*(En el foro con Osorio, sin fijarse en los que se hallan en escena.)*
¿En dónde habremos perdido
esa letra condenada?
OSO.—Todo Madrí he corrido
y no he topado con nada.
MAR.—Mira si aquí se ha caído...
(Al verlos.) —
Señores... (Disimulemos.)
(Osorio hace mutis.)
Mi vista goza al miraros.
PED.—*(Con severidad.)*
Pues nosotros no tenemos
para qué veros ni hablaros.
MAR.—¿Por qué son esos extremos?...
¿De qué el enfado dimana,
Inés divina, Inés bella?
PED.—Por ser divina y no humana,
agora no nos da gana
de que os caséis con ella.
MAR.—*(A Inés.)*
¿No habláis?
INES. Palabras no hallo,
ni en mil años hallaría,
para pronunciar un fallo
digno de esa alevosía;
por esta razón me callo.
PED.—Oid, don Miguel Cisneros.
¿Es propio de caballeros
robar el nombre a un amigo
con cartas que trae consigo,
y en mi casa presentaros
diciendo que sois don Gil?
¡Por Dios que engaño tan vil
caro os pudiera costar!
MAR.—Que soy Gil puedo afirmar...
INES.—¡Oh! ¡Qué ingenio tan sutil!
Lo afirma, mas no lo jura.
MAR.—Inés, el cura asegura
que Dios el jurar maldice,
y cuando lo dice el cura
él sabrá por qué lo dice.
INES.—¿Y no es pecado querer
a doña Elvira Guzmán,
y, falso, hacerla creer,
fingiendo amoroso afán,
que vuestra esposa ha de ser?
¿Y no contentos los cielos
con tamaña desventura,
tener tres hijos gemelos?
PED.—¡Casi una botonadura!
MAR.— No comprendo vuestros celos,
(A don Pedro.)
ni vuestro enojo, señor.
Algún diablo enredador
quiere la boda estorbar.
INES.—Angel le debéis llamar
pues que me hace tal favor.
PED.—Sabed, señor don Miguel,
que don Gil el verdadero,
aquí estuvo, y que por él,
que es cumplido caballero,
de manera exacta y fiel
supimos vuestra ficción.
¡Así el crédito se pierde!
MAR.—¿Qué don Gil o maldición
es ese?
PED. Don Gil... el verde.
INES.—Y el blanco de mi afición.
PED.—Id a Burgos entretanto
que él se casa, y haréis bien,
y no finjáis tal espanto.
MAR.—*(Desesperado.)*
¡Válgate el demonio, amén,
por don Gil, o por encanto!
PED.—No gritéis, que hais de enfer-
[mar.
(Haciendo medio mutis con doña Inés ya en la puerta.)
Las nueve van a sonar...
Aquesto no es despediros.
(Con ironía.)
INES.—*(Con coquetería y burla.)*
No lo creais, es deciros
que ya os podéis retirar.
MAR. -*(Siguiéndolos hasta la puerta.)*
Oidme... ved que hay traición,
que os han podido engañar.
INES. — *(Deteniéndole y poniéndole suavemente la mano sobre el pecho.)*
¡Pasito... y resignación,
que os haremos delatar
a la Santa Inquisición!
(Vanse Inés y Pedro, puerta derecha.)
Don Martín.
¿Hay confusión semejante?
¿Que este don Gil me persiga

invisible, a cada instante,
y que por más que le siga
nunca le encuentre delante?
¡No hay modo de convencerlos!...
¡Yo de tres hijos autor!
¡Pero dónde están, señor,
que aún no he tenido el honor,
ni el gusto de conocerlos!
Estoy tan desesperado,
que si a don Gil me encontrara,
poco a poco y muy pausado
el corazón le arrancara.

Dicho y Osorio por el foro.

OSO.—¡Buen lance habemos echado!
MAR.—¿Has hablado con Solier?
OSO.—Más me valiera que no:
un don Gil o Lucifer
todo el dinero cobró.
MAR.—Pero, ¿cómo pudo ser?
OSO.—Es muy sencilla la historia,
y voy a decirte cómo:
llegó y cobró el mayordomo
firmando don Gil el "tomo"
y aquí paz y después gloria.
MAR.—¡Con mi vida ha de acabar!
(Desesperado.)
Yo quiero ver a don Gil.
OSO.—Pues búscale con candil,
que a oscuras no le has de hallar.
MAR.—Las señas.
OSO. De perejil
viste, para que te acuerdes
de la trampa en que has caído.
MAR.—*(Con desesperación.)*
Don Gil de las calzas verdes
ha de quitarme el sentido.
OSO.—¡Qué mal harás si lo pierdes!
MAR.—Yo ya me llego a creer
que es el propio Barrabás.
OSO.—Y español debe de ser,
porque le gusta comer,
a costa de los demás.
Ha de hacerte enredos mil,
que el diablo, por sus vejeces,
es enemigo sutil.
MAR.—*(Fuera de sí y en el foro.)*
Corramos, ¡Jesús mil veces!
¡Ay, si te encuentro, don Gil!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Telón corto de sala, en casa de don Pedro. Puerta al foro.

Don Martín y Quintana.

MAR.—No digas más: basta y sobra
saber por mi mal, Quintana,
que murió mi doña Juana;
muy justa venganza cobra
el cielo de mi crueldad,
de mi ingratitud y olvido...
¡Ay, Dios! Su verdugo he sido,
no lo fué su enfermedad.
QUIN.—Déjame contarte el cómo
sucedió su muerte, en suma.
MAR.—¡Vuela el mal con pies de pluma,
viene el bien con pies de plomo!
QUIN.—Rebosando de contento
al monasterio llegué
y tu carta la entregué;
regocijóse el convento,
salió a una red doña Juana,
díjela que en breves días
a su lado volverías,
y entonces de rosa y grana
su divina faz tiñendo,
la mía quedó mirando
como aquel que está escuchando
a uno que le está mintiendo.
De pronto, se desvanece
su color, los ojos cierra,
y queda como la tierra
cuando el sol desaparece;
pálida, triste, sombría,
silenciosa y reposada,
y dice: "No está guardada
para mí tanta alegría.
Aunque poco ha de tardar
mi pena ya más no aguanta,
tengo el alma en la garganta
y ni aun puedo suspirar;
que si suspiro angustiada,
por mis labios sale fuera
para volver a la esfera
celeste, en que fué creada.
Que el alma es de Dios esencia,
viene al cuerpo con amor,
mas si en él halla el dolor

no hace larga permanencia."
Después de esto, dando un grito,
dijo: "Adiós, don Mar..." Y en fin,
marchándose con el *tin*,
murió como un pajarito.
MAR.—¡Mi conciencia me acrimina!
QUIN.—¡A mí tanta pena junta
me pone el pelo de punta,
y la carne de gallina!
MAR.—*(Aparte.)*
¡Agora llora y suspira
mi pecho!... ¡Agora el pesar!
QUIN.—*(Aparte.)*
¡No sé en lo que ha de parar
tanta suma de mentira!
MAR.—Me fijo en lo que acontece
y se me ocurre una cosa
por mi fe, tan horrorosa,
que me angustia y enloquece.
QUIN.—Tú me dirás la razón.
MAR.—Cuanto me está sucediendo
y cuanto estoy padeciendo,
¿no será en expiación
que Dios, de justicia avaro,
quiera imponerme furioso
por mi proceder dudoso?
QUIN.—¡Dudoso no; que es bien claro!
MAR.—No me aflijas, ten piedad
y déjame concluir,
que ya estoy para morir
si lo que pienso es verdad.
Verás en lo que me fundo.
(Bajando la voz.)
No pudiera suceder
que el alma de esa mujer
anduviera por el mundo,
y haya venido a Madrí
a perseguirme, en venganza
de que maté su esperanza
y tan mal pago la di?
Porque el hostigarme tanto,
ya de noche, ya de día,
es cosa de brujería.
QUIN.—*(Con fingida credulidad.)*
¡Bien pudiera ser encanto!
MAR.—Mi mesmo nombre tomar
de don Gil, el no encontralle,
aunque me mato en buscalle,
¿a qué lo debo achacar?
QUIN.—¡Reflexionas harto bien!
MAR.—¿No es todo esto conjetura
de que es su alma que procura
dar castigo a mi desdén?
QUIN.—*(Aparte.)*
Seguiréle la corriente
que nos puede convenir.
MAR.—¿Qué dices?
QUIN. ¡Qué he de decir!
¡Que opinas perfetamente!
Lo que escuché relatar
desde el día en que murió
doña Juana, pensé yo
que pudiérase tachar
de ilusión o fantasía;
que el vulgo es aficionado
a dar a lo inesperado
matices de brujería;
mas ya que tú dices hoy
que el alma de mi señora
te persigue a toda hora,
al vulgo crédito doy,
y te diré lo que pasa.
En Valladolid... ¡qué horror!
nadie se atreve, señor,
a dormir solo en su casa;
porque en nubes de crespón,
doña Juana, una vez muerta,
va dando de puerta en puerta
golpes con el aldabón;
y temblorosa aparece
con vestido varonil,
diciendo que es un don Gil,
en cuyo hábito padece,
porque tú con ese nombre
andas aquí disfrazado
y sus penas has causado.
Su padre, en traje de hombre
todo de verde la vió
una noche, en que decía
que tu castigo pedía
y aunque el buen viejo mandó
decir misas bien pagadas,
aun vaga, abriendo los brazos,
y pegando aldabonazos
donde ve puertas cerradas.
MAR.—¡De mi padre la ambición
a este trance me ha traído...
Inés es rica...
QUIN. Entendido,
y él pobre de corazón.
Tu padre, si a verlo vas,
hace contigo, inhumano,
lo que del asno el gitano.
que le entrega al que da más.
Ya no dudes de que es
el alma de doña Juana,
que anda por Madrid...
MAR. ¡Quintana,
Dios maldiga el interés!
QUIN.—Sentiría equivocarme,
mas que te cases no creo.
MAR.—*(Con fingida resignación.)*
¡Es de mi padre el deseo
y debo sacrificarme!

QUIN.—Pues mi lealtad te asegura
que tu existencia ha de ser.
más triste que "el no tener",
y más que la noche, obscura
No gozarás de contento.
cuando el tálamo compartas:
tú sueña venturas hartas,
y sólo hallarás tormento.
Para que siempre te acuerdes
de tu conducta liviana,
en sueños verás a Juana
vestida con calzas verdes.
Como este será el color
que en tu mente ha de reinar
sin poderlo desechar,
no verás más que verdor.
en el vino, en el guisado,
en la ropa, hasta en la almohada,
y al dar un beso a tu amada
creerás que "verde" has besado.
Y si tienes sucesión,
como sea varonil,
tu mujer parirá un Gil;
y si es hembra, y no varón,
al preguntar en la pila
qué nombre se ha de poner,
muy bien puede suceder
que diga ella mesma: Gila.
En fin, muy avinagrada
tu existencia ha de correr,
porque todo lo has de ver
del color de la ensalada.
MAR.—Si es cierto—que sí será—
que es alma en pena sin calma,
diré misas por su alma,
y así en el cielo entrará.
Ven conmigo a la Victoria
y haré que la digan mil.
QUIN.—*(Aparte.)*
(¡A puras misas, don Gil,
os llevan vivo a la gloria!)
(Vanse por el foro.)
Doña Inés y Caramanchel por el foro.
INES.—¿En dónde está tu señor?
CAR.-No han vuelto a verle mis ojos...
He de comprarme anteojos
para buscarle mejor.
Aquí le vi hace dos credos,
y al estar más descuidado,
cual dinero mal ganado
se me escurrió entre los dedos.
Agora está que se muere
por una vuestra vecina
que Elvira se denomina.
INES.—Cómo, ¿a doña Elvira quiere?
CAR.—Por ella se hace pedazos.
INES.—¿Sabe tú eso?
CAR. Sé yo
que esta noche la pasó,
por lo menos, en sus brazos.
INES.—Es falso.
CAR. No me remuerde
la conciencia; verdad digo,
que aunque es lampiño el amigo
en sus hechos es muy verde.
INES.—Eres un gran hablador
y mientes, porque esa dama
es mujer que goza fama
de hacer respetar su honor.
CAR.—Si es verdad o si es mentira,
lo que digo sé por él.
y por aqueste papel
que aquí traigo a doña Elvira.
Hallé su casa cerrada,
y mientras que vuelve a ella,
quiero en mi poder tenella,
(Enseñando la carta.)
porque es cosa delicada.
INES.—¿Luego ya te has enterado?
Eres curioso imprudente.
CAR.—Soy curioso, solamente.
En quien sirve no es pecado.
Y para darte un indicio
de que te quiero agradar,
mira por este resquicio
y te puedes enterar.
(Ahueca el pliego y figura que le lee con trabajo. Inés va haciendo el mismo juego, para lo cual se aproxima a Caramanchel.)
¿Aquí no dice *Inés vengo,*
deseo, me da... disgusto?
¿No dice aquí *plazo justo,*
y allí *noche... gusto, tengo*
algo más abajo... *tarde*
amor a doña... a ver voy?
INES.—*(Figurando que lee.)*
¡Oh, qué infamia!... *Vuestro soy*
CAR.—¡Y aquí *mío... el cielo os guarde!*
Ve si es barro el papelillo;
todo esto es plata cobrada;
saca agora, si te agrada,
el hilo por el ovillo.
INES.—A lo menos sacaré,
leyéndole, el falso trato
de un traidor y de un ingrato.
(Queriendo quitarle el pliego.)
CAR.—*(Defendiéndose.)*
Eso, nones; suéltale...
INES.—*(Viendo que no vence, se saca precipitadamente del pecho un bolsillo y se lo entrega a Caramanchel.)*
Ten en pago, majadero,

CAR.—*(Entregándole la carta.)*
Soy de seda ante el metal,
porque no existe mortal
que no se rinda al dinero.
INES.—*(Leyendo.)*
"No hallo contento y gusto
cuando en verte no le tengo,
puesto que a ver a Inés vengo,
produciendo mi disgusto.
Ya deseo el plazo justo
de volver a hacer alarde
de mi amor, y aunque esta tarde
a ver a doña Inés voy,
no os dé celos.—Vuestro soy
bien mío, que el cielo os guarde."
Lindo papel, en verdad.
El que lo escribió parece
ruin trapero que apetece
las sobras de la ciudad.
Lo que otro al barro ha tirado
don Gil recoge afanoso.
¡Viva, por lo escrupuloso,
y por lo... *muy resignado!*
Mi don Juan ha de matar
a don Gil, que aquesto es mengua.
CAR.—*(Aparte.)*
Pimienta lleva en la lengua:
ya la he dado que rascar...
Gracias... Pero no me tache
(Mostrando el bolsillo.)
tu juicio de hombre falsario.
INES.—*(Con irónico desdén.)*
No tiene más que un rosario
con las cuentas de azabache.
(Vase derecha.)
Caramanchel
Lo merece mi traición,
y haré muy mal si me quejo.
Dios de la justicia espejo
me ha dado aquesta lición.
¡Esto debiera ocurrir
con todo traidor!... ¡Sería
imposible, pues no habría
rosarios que repartir!
Voyme: mas no he de marcharme
por la puerta principal.
¿Fuí falso?... ¿Fuí desleal?
Pues bien, quiero castigarme.
por la puerta falsa yendo,
lo mismo que el condenado
que después de haber pecado
de su delito anda huyendo.
(Vase izquierda.)
Quintana y doña Juana, de hombre, por el foro.
QUIN.—Misas va a decir por ti;
se ha creído la conseja
de que has muerto; mas no deja
de ver a Inés.
JUA. ¡Ay, de mí!
QUIN.—¿Por qué exhalas esa queja?
JUA.—Porque me rinde el dolor,
me fatiga el batallar,
y en esta lucha de amor
he llegado a sospechar
que no saldré vencedor.
La boda de doña Inés
con don Martín es cercana.
QUIN.—Se van a casar mañana.
JUA.—Pues echar preciso es
la casa por la ventana.
¡Apelar a los extremos
más fuertes!
QUIN. Pues apelemos.
JUA.—¡Jugar *todo* por el todo!
QUIN.—Pues por el todo juguemos;
tú me dirás de qué modo.
JUA.—La traza te ha de asombrar;
es de las más atrevidas.
QUIN.—Mayor que las discurridas
no es posible imaginar.
JUA.—¡Y puede costar dos vidas!
QUIN.—¡Id, doña Juana, despacio!
JUA.—A mi padre has de escribir
y en la carta has de decir,
después de un triste prefacio,
lo que agora vas a oir,
y es lo siguiente, Quintana:
"Señor: don Martín Guzmán
hoy dió muerte a doña Juana.
Venid: que a enterrarla van,
sin que lo sepáis, mañana.
Tomad la posta veloz
y castigad al malsín,
que aunque se llama Martín
aquí es don Gil de Albornoz."
Esto lo hago con el fin
de que mi padre al llegar
dé parte al corregidor;
éste prende al matador
y así logro retardar
la boda de ese traidor.
QUIN. — Escúchame este argumento.
Y después de averiguada
esa mentira fraguada,
¿qué sucederá?
JUA. Pues nada:
les inventaré otro cuento.
QUIN.—¡Dios me libre de tenerte
por contraria!
JUA. La mujer
se venga de aquesta suerte.
QUIN.—Abur: te he de obedecer;
esto se llama quererte.

(Vase por el foro. Antes aparece doña Clara, Quintana la deja pasar haciéndola una reverencia.)

Doña Juana y doña Clara.

CLA.—Señor don Gil, justo fuera,
tan sólo por cortesía,
que para esta pobre hubiera
un día... qué digo un día,
una hora, un rato siquiera.
También tengo casa yo
como doña Inés; también
hacienda el cielo me dió,
y también quiero yo bien
como ella.
JUA. ¿A mí?
CLA. ¿Por qué no?
JUA.—A saber yo tal ventura
creed, bella doña Clara,
que por tenerla segura,
gota a gota derramara
mi sangre por su hermosura.
Por Dios que desde que os vi
en la huerta, el corazón
con loco placer os di,
y al mesmo tiempo un girón
del alma que os ofrecí.
Mas yo no sé vuestra casa,
qué galán por vos se abrasa,
tampoco si es admitido...
CLA.—Vivo... tenedlo entendido,
en la calle de la Pasa.
Mis galanes, más de mil;
mas quien en mi gusto alcanza
el premio, por más gentil,
es verde, cual mi esperanza,
y es en el nombre don Gil.
JUA.—¡Esta mano he de besar!
CLA.—¡No me sabré resistir!...
INES.—*(Va a salir por el foro, y al verlos se queda oculta tras la cortina.)*
¡Jesús!... ¡Qué llego a mirar!
Desde aquí los quiero oir.

Dichos y doña Inés, oculta tras la cortina.

CLA.—En fin, ¿puedo asegurar
que respondéis a mi amor?
JUA.—¿Responder?... ¡Es un error!
Le aventajo en demasía,
porque mi amor, cada día,
es doña Clara, mayor.
CLA.—Pues lo contrario parece;
que doña Inés os recrea,
y aquí estáis para que os vea
desde que el sol amanece.
JUA.—¡Doña Inés es fría y fea!
Si Francisca se llamara,
todas las *efes* tuviera.
¡Tiene una cara más rara!
¡Qué más doña Inés quisiera
que a vos se la comparara!
CLA.—¿Por qué venís tanto aquí
si a mi prima no queréis?
JUA.—En eso la señal veis
de que a ese sol me rendí
(Indicando el semblante de doña Clara.)
aunque agora lo dudéis
INES.—¡Qué bien regala mi oído!
JUA.—Y como yo no he sabido
las señas de vuestra casa,
apagar he pretendido
el amor que mi alma abrasa
buscando en esta mansión,
fingiendo que a Inés deseo,
tus ojos que lumbre son
y en los cuales me recreo
con dulce satisfacción.
CLA.—No quiero en profundidades
entrar. Mi amor os declaro,
y aunque mis honestidades
pudieran poner reparo
a decir estas verdades,
las confieso sin rubor
a don Gil, hombre de honor
que disculpa estos errores...
JUA.—Y sabe estimar favores
en su debido valor.
CLA.—Tomad otra vez la mano
por si la queréis besar...
JUA.—Ya os lo iba a suplicar...
(Bésasela.)
INES.—*(Aparte.)*
Ella acudió más temprano.
Eso sí que es madrugar.
CLA. - *(Siempre con mucha coquetería.)*
Mi prima me espera—adiós—.
Loca estoy ya.
JUA. Y yo contento.
CLA.—Ved a mi padre al momento,
y hoy mesmo fijad los dos
la fecha del casamiento.
(Vase por la derecha.)

Doña Juana y a poco doña Inés.

JUA.—Ya que di en embelecar,
salir bien de todo espero;
a doña Inés he de hablar...
I N E S.—*(Apareciendo repentinamente por el foro.)*
Enredador, embustero,
pluma al viento, corcho al mar;
¿no basta que a doña Elvira
engañes, que no repara
en honras, que el cuerdo mira,

sino que a mí y doña Clara
embeleque tu mentira?
¿A tres mujeres engaña
el amor que fingir quieres?
¡Si sales bien de esa hazaña,
te casas con tres mujeres
y serás turco en España!
Conténtate, ingrato, infiel,
con la... *pobre* doña Elvira,
plato que ya don Miguel
de sus manteles retira,
porque se ha cansado de él.
JUA.—¿Qué dices, mi bien?
INES. ¿Tu bien?
Doña Elvira, cuyos brazos
sueño de noche te den,
te responderá. Pedazos
un rayo los haga; amén.
JUA.—¿Elvira te da sospecha?
En lo que dices repara.
INES.—No está mala la desecha.
Dígaselo a doña Clara.
Que ya está bien satisfecha
de vuestra palabra y fe.
JUA.—¿Eso te ha causado enojos?
¿Luego nos viste? Eso fué
burlarme de ella. Tus ojos,
compasiva, vuélveme.
(Acariciándola con mucho mimo.)
Fíjate en los míos; ¡ea!...
¡Tu amor mi regalo es!
INES.—*(Casi sollozando.)*
¿Cómo queréis que yo os crea,
si decís que doña Inés
es para vos fría y fea?
JUA.—Por divertirme un instante
mientras que tu faz veía,
astro para mí brillante,
como el que sirve de guía,
al cansado caminante.
INES.—¡Si Francisca me llamara,
todas las efes tuviera!
¡y mi cara es harto rara!
JUA.—¡Rara, sí, por lo hechicera,
eso dije a doña Clara!
INES.—Entre dos aguas queréis
flotar; y eso no en mi vida;
o soy yo la preferida
o es mejor que me olvidéis.
JUA.—¡No pecáis de agradecida!
Y si en dos aguas navego,
este argumento os entrego,
que no debéis rechazar:
hay agua para el sosiego
y hay agua para matar.
El sediento, agua apetece
porque bebe y su mal cura.
El náufrago, la aborrece
porque su muerte procura.
y bebiéndola perece.
Vos sois a la vida mía
el agua que da salud.
Doña Clara es agua impía,
que convierte en ataúd
la mar revuelta y bravía.
INES.—Cuanto más enamorado
me habláis, más siento la ira:
sois el rey de la mentira;
mil veces me hais engañado
ya con Clara o con Elvira.
Y sólo porque veáis
lo que es mujer irritada,
ya no me detiene nada.
O por buenas os marcháis,
o aquí os dan una estocada.
A don Miguel, sin tardar,
por mi esposo le señalo;
a mi padre quiero hablar,
pues mi gusto al suyo igualo
y hoy mesmo me he de casar.
JUA.—¿Con remedios tan atroces
castigas leves pecados?
Oye, escucha...
INES.—*(Dirigiéndose a la puerta d[e]*
foro y seguida por doña Juana que qui[e]-
re detenerla.)
Si doy voces
presto vienen mis criados...
JUA.—De salud mil años goces,
como es verdad que soy fiel...
INES.—*(Gritando.)*
¿No hay quien se atreva a matar
a este infame?... ¡Don Miguel,
venid que os quieren robar
lo que estimáis por joyel!
JUA.—¿Don Miguel está aquí?
INES. ¿Quieres
trazar ya nueva maraña?
Aquí está ¡de miedo mueres!
(Gritando más fuerte.)
¡Este es el don Gil, que engaña
de tres en tres las mujeres!
JUA.—Doña Inés, óyeme, mira
que conmigo eres cruel.
No llames a don Miguel...
que no soy Gil... Soy Elvira.
INES.—¡Elvira!
(Mirando fijamente a doña Juana.)
¡Asombro como él!
JUA.—Sí, doña Elvira; ¿en la voz
y cara no me conoces?
¡Ni soy don Gil, ni des voces!
INES.—¡Hay enredo más atroz!
¿Tú doña Elvira?... Otro engaño.

JUA.—Pide para el desengaño
todas las pruebas que quieras;
doña Elvira soy de veras:
tus confusiones no extraño.
Oyeme bien. Por probarte
y ver si tienes amor
a mi don Miguel traidor,
he conseguido con arte
vestir del mismo color
que don Gil, a cuyo efeto
el propio don Gil prestó
auxilios a mi proyeto
y piadoso me dejó
su verde traje completo.
Por cierto que el tal galán
hablando, Inés, en justicia,
ansias de muerte le dan
por tu amor, que es su delicia.
INES.—¿Don Gil siente por mí afán?
JUA.—¿Afán? ¡Está sin sentido!
se halla prendado de ti
de amor y celos perdido...
INES.—¿De amor y celos por mí?
JUA.—Como el suceso ha sabido
de don Miguel—de quien soy—
por mí no se mortifica,
y su amor, te le dedica.
INES.—¡Confusa y dudosa estoy!
Elvira, don Gil o diablo,
pues ya no sé con quién hablo,
no me puedo convencer...
Si no pareces mujer,
más bien santito en retablo!
¡Hombre sois, duda no cabe!
JUA.—Pronta estoy a someterme...
INES.—*(Como concibiendo la idea en momento.)*
Aguardad... Van a traerme,
lo que ha de servir de clave
para lograr convencerme.
Agora lo vas a ver.
(Acercándose a la derecha.)
No tienes por qué alarmarte.
Bernarda...
(Aparece Bernarda por la derecha, Inés la dice un recado en voz baja y aquélla desaparece.)
(A doña Juana.) Vas a probarte
un vestido de mujer.
Si llega bien a sentarte,
si el talle a tu cuerpo ajusta
y la basquiña está justa,
daré crédito a tu aserto
juzgándole fijo y cierto.
JUA.—¡Esa prueba no me asusta!
(Sale Bernarda con un vestido de mujer, un manto y un abanico.)
INES.—*(Vistiendo a doña Juana.)*
Aquí está, ponte el vestido...
el manto a la faz ceñido...
el abanillo en la mano...
(Contemplándola embelesada.)
De Elvira o de Gil vestido
es tu rostro sobrehumano.
A creerte ya comienzo.
JUA.—¿Te convences?
INES. ¡Me convenzo...
y a la realidad me venzo!...
¿Pero es cierto, doña Elvira,
que don Gil por mí suspira?
JUA.—Esta noche ha de rondarte,
amoroso irá a tu reja,
quiere que escuches su queja,
y en noche oscura adorarte,
si tu desdén no le aleja.
INES.—¿Alejarle? ¡Qué locura!
Estando la noche escura,
bien pudiera suceder,
que para poderle ver
rompiera la cerradura.
Dichos y Caramanchel, por el foro.
INES.—*(Al verle.)*
¿Qué es lo que buscáis aquí?
CAR.—Vengo a hablar con doña El-
[vira,
que entrar en la casa vi.
INES.—Bien cerca la tienes, mira.
CAR.—*(A doña Juana.)*
¿Sois vos doña Elvira?
JUA. Sí.
CAR.—¡Jesús! ¡Qué es lo que estoy
[viendo!
¿Don Gil con basquiña y toca?
No os llevo más la mochila...
De día Gil, de noche Gila...
¡O estáis loco, o estáis loca!
JUA.—¿Qué decís? ¡Volved en vos!
CAR.—*(Acercándose a mirarla.)*
¿Qué digo? Que sois don Gil
como un candil es candil;
si miento, me aplaste Dios
como si fuera un reptil.
(Contemplándola.)
Está muy bien la maraña.
Azotes dan en España
por menos superchería.
¡Así a la gente se engaña!
INES.—No la acuses de falsía
sin pruebas, que no es cristiano.
CAR.—Yo doy mi opinión honrada.
(Reparando detenidamente a doña Juana.)

¡La mesma boca, la mano,
la nariz arremangada!...
Y si no fuese arriesgada
la prueba...
JUA. ¡Que el tiempo pierdes!
CAR.—La basquiña yo te alzara,
y de fijo me encontrara
debajo tus calzas verdes.
¡No hay más que ver esa cara!
Dame la cuenta en seguida
y deja que me despida,
que no quiero amo tener
que se pase aquesta vida
siendo ya hombre o mujer;
que tras de ventajas pocas,
temo que un día me vayas
(si das en costumbres locas)
a exigirme que use tocas
o que me vista de sayas.
INES.—¡Si es doña Elvira, por Dios!
CAR.—¿A mí engañifas, señora?
¡Aquesta, creedla vos!
JUA.—¿Y si viene antes de una hora
don Gil aquí, y a los dos
nos veis juntos, qué dirás?
CAR.—No pienso volverme atrás,
que es muy firme mi opinión,
y sostendré en conclusión
que tú eres Gil y él es Blas.
JUA.—Presto vendrá—seor curioso,
y sabréis la verdad cierta.
CAR.—*(Medio mutis.)*
Estaré en la calle alerta,
que no hay nada más hermoso
que una verdad descubierta.
(Vase foro.)
Doña Juana y doña Inés.
JUA.—*(Dirigiéndose a la derecha.)*
Vamos a la reja agora
que don Gil no ha de tardar...
¿Cuándo te casas, señora?
INES.—¡Ay!, no lo quiero pensar;
cada minuto es un hora,
y esto me irrita y me exalta.
JUA.—¡Calma ten, y toma tierra!
INES.—¡Es que están haciendo falta
soldados para la guerra!
(Vanse derecha.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Calle. A la derecha la casa de doña Inés, con reja grande, dando frente al público. Es de noche.

Don Juan, vestido de verde, y Caramanchel sentado a la puerta de la casa, de modo que no vea a don Juan.
JUAN.—Aquí un misterio se encierra
que yo ansío descubrir,
y juro, por Dios loado,
que hoy lo he de ver aclarado;
vengo a matar o a morir.
Los Giles son dos: alguno
vendrá su dama a rondar:
el traje quise imitar...
ya somos tres: mato a uno,
al otro mando prender,
y el campo libre, y sin miedo,
de aquesta manera puedo
al que viva suceder.
Mi doña Inés, asomada
a la reja—bueno va,
comienzo mi farsa da.
Doña Inés, mi prenda amada,
rosa nacida en Abril.
(Debo disfrazar mi voz.)
INES.—¿Eres don Gil de Albornoz?
JUAN.—Sí, mi vida, soy don Gil.
CAR.—Aquí espero a mi señor
aunque un mes tarde en volver,
porque rabio por saber
si he caído en el error
al no quererme tragar
la mal urdida mentira
de que don Gil es Elvira...
Paréceme que oigo hablar.
(Acercándose a la esquina, sin ser visto por don Juan ni por doña Inés.)
¿Será mi amo el rondador?
Escucho, aunque con trabajo.
No: Este tiene voz de bajo
y de tiple mi señor.
(Trata de escuchar a los de la reja: salen por la izquierda don Martín y Osorio: aquél vestido de verde: los ve Caramanchel y se hace atrás.)
Dichos, don Martín y Osorio.
CAR.—¿Otro don Gil? Esto es bueno.
¿Soñando estoy, o es visión?...
¿Si me hallaré en un colchón
creyendo estar al sereno?
¿Dios mío, si será encanto?

MAR.—Osorio, me he decidido;
de don Gil copié el vestido
ya que a Inés le gusta tanto.
Calzas verdes yo me he puesto.
¿Calzas quieres? Calzas ten.
OSO.—Yo me las pondré también
a ver en qué para esto,
que en Madrid, por varios modos,
de este suceso enterados,
los hombres verdi-calzados
andan por la calle todos.
Moda es lo verde, rabiosa.
MAR.—¡Es color de la esperanza!
JUAN.—Gran suerte mi amor alcanza.
INES.—Don Gil, mi vida es dichosa.
MAR.—*(Aterrorizado.)*
¿Don Gil, no has oído?
OSO.—*(Aterrorizado.)* Sí.
CAR.—*(Sobrecogido.)*
¡Don Gil escuché, a fe mía!
¡Dios padre, qué gilería
se ha desarrollado aquí!
MAR.—Este don Gil debe ser
el alma de doña Juana.
OSO.—*(Cada vez más medroso.)*
¿Qué dices?
MAR. Sí, por Quintana
helo llegado a saber.
En sus noticias me fundo.
OSO.—Me voy *(Aparte.)* no puedo te-
[nerme.
Abur... ¡No quiero meterme
en cosas del otro mundo!
(Vase corriendo.)
Dichos menos Osorio.
MAR.—Su alma, sin duda, es...
mi valor vacila ya...
JUAN.—*(A doña Inés.)*
Un moscón cercano está
y voy espantarle, Inés...
(A don Martín.)
¿Qué buscáis? ¡Atrás o alante!
MAR.—Busco a un amor conquistado.
JUAN.—Ese amor ya se ha mudado
de habitación y de amante.
(Aparte.)
¡El don Gil aborrecido
por Inés!
CAR.—*(Aparte.)*
¡El otro es manco!
JUAN.—Don Gil, el verde o el blan-
[co...
pues que ya os he conocido,
sabed que llegó el momento
para mí tan deseado,
aunque por vos esquivado.
Reñid, si tenéis aliento.

MAR.—Parad: quien en noche oscura
sin verme sabe mi nombre,
es alma en pena, y no hombre,
que baja desde la altura.
JUAN.—No os comprendo ni me im-
[porta:
sacad he dicho el acero.
Si el labio tenéis ligero,
no tengáis la espada corta.
MAR.—No la saco a relucir
contra el alma de difuntos,
con almas y cuerpos juntos
es como yo sé reñir.
JUAN.—¿Eso es decir que estoy muerto
de asombro y miedo de vos?
MAR.—Si estáis gozando de Dios
que así lo tengo por cierto,
y en camino de salvaros,
doña Juana, ¿qué buscáis
de mí? ¿qué más deseáis
si ahora acabo de rezaros
y a más cien misas os dije?
Volad al cielo en seguida;
y gozad de la otra vida.
Vuestro recuerdo me aflige.
Yo os amé como sé amar...
Si fuérais de carne y hueso,
doña Juana, os lo confieso,
fuérais conmigo al altar.
JUAN.—¿Qué es esto, yo doña Juana,
yo difunto, yo alma en pena?
CAR. — ¡Qué oigo! Esta sí que es
[buena:
voy a la iglesia cercana;
y si con el cura topo,
le tengo que suplicar
que venga presto a espantar
este alma con el hisopo.
(Vase izquierda.)
Dichos menos Caramanchel.
INES.—¡No es ninguno mi adorado!
MAR.—*(A don Juan, con el que ha estado disputando en voz baja, mientras han hablado Caramanchel y después doña Inés.)*
Yo te ruego, alma inocente,
por aquel amor ardiente
que en vida me has consagrado,
que te vuelvas a los cielos
y ceses en tu porfía:
yo nunca creí que había
en el otro mundo celos.
Deja en la tierra de andar
con mi nombre y con mi traje,
que aunque tu recuerdo ultraje
con Inés me he de casar.
Vuelvo al templo. A tu memoria

encargaré las precisas,
¡a ver si a fuerza de misas
logro que entres en la gloria!
(Vase izquierda.)

Dichos menos don Martín.

JUAN.—¡Vive Dios que se ha marchado
esquivando la cuestión!
¡Es graciosa la invención
que el miedo a mí le ha inspirado!
Quiero volver a mi puesto,
por si don Gil el menor
es hoy también rondador.
(Dirígese a la reja.)
INES.—En gran peligro os ha pucsto
don Gil, vuestra valentía.
JUAN.—Amor no teme, que es fuerte;
y si por vos me dan muerte
muero dichoso, Inés mía.
Oigo ruido... ¿qué es aquesto?

Dichos y doña Clara, que aparece por la izquierda vestida de hombre con traje verde.

JUAN.—¿Será el don Gil infantil?
Hoy, sin matar a un don Gil,
vive Dios que no me acuesto.
CLA.—Los celos valor me dan
para andar en traje de hombre,
sin que a mí propia me asombre.
¡Y a fe que vengo galán!
Para ver si don Gil ronda
a doña Inés, y me engaña,
hice esta amorosa hazaña;
mi pasión por mí responda.
JUAN.—*(A Inés.)*
Aguardad, sabré quién es...
(Se aparta de la reja y se echa atrás, para conocer la figura de doña Clara.)
CLA.—*(Mirando a la reja.)*
Gente a la ventana está;
llegarme quiero hacia allá
por si acaso doña Inés
a don Gil está esperando,
que él me tengo que fingir
por si puedo descubrir
celos que me están matando.
(Acercándose respetuosamente a la reja.) ¡Dios os guarde! Si merece
hablaros, bella señora,
un don Gil que en vos adora,
y que su alma os ofrece,
don Gil de las calzas soy,
verdes como mi esperanza.
JUAN.—*(Aparte.)*
(Otro Gil entra en la danza;
el niño; este muere hoy.)
INES.—*(Con regocijo.)*
El es, mi don Gil querido
que en el habla delicada
le reconozco; engañada,
necia, por don Juan he sido,
que es sin duda el que hasta aquí
hablando conmigo ha estado.
JUAN.—*(Aparte.)*
(El don Gil idolatrado
es éste.)
INES. Triste de mí,
que temo que ha de matalle
este don Juan atrevido.
JUAN.—*(Acercándose a doña Clara.)*
Huélgome que hayáis venido
a este tiempo y a esta calle,
pues juro que hais de llevar
el pago que merecéis.
CLA.—¿Quién sois vos, que os prometéis
tal hazaña realizar?
JUAN.—¿Que quién soy? Don Gil me llamo
y es Albornoz mi apellido,
y habréis de tener sabido
que a doña Inés sirvo y amo.
CLA.—El diablo me trajo acá:
hoy os matan, doña Clara.

Dichos, doña Juana (de hombre) con Quintana y Caramanchel.

JUA.—Hay gente en la calle.
QUIN. Espera,
reconoceré quién es.
CLA.—*(A don Juan.)*
¿Don Gil sois?
JUAN. Y doña Inés
mi dama.
CLA. ¡Quién lo dijera!
JUA.—Caballeros, libre el paso.
JUAN.—¿Quién lo pregunta?
JUA. Don Gil.
CAR.—Ya son cuatro y serán mil,
que ha de repetirse el caso.
INES.—Caramanchel, no te apartes.
JUA.—Con razón hablando estoy,
que don Gil el Verde soy
aquí como en todas partes.
CLA.— Mientes, porque el verdadero
soy yo, como puedes ver.
JUAN.—Esto lo he de resolver
con la punta de mi acero,
que ya me cansa la broma.
(Saca la espada.)
QUIN.—*(Sacando la suya con valentía.)* ¡A reñir!... ¡Fuera mujeres!
CAR.—*(Idem.)*
Yo te daré lo que quieres...
QUIN.-Yo lo que no quieras; ¡toma!...
(Dale una estocada. Doña Juana y doña Clara se han replegado, aterrorizadas, a la reja.)

JUAN.—*(Luchando ya.)*
¡Al pecho tiro, traidor!
CAR.—¡Al vientre, aquesta te mando!
(Tírale una estocada.)
A mí me gusta lo blando,
que se digiere mejor.
INES.-*(A doña Juana y a doña Clara.)*
Giles míos, amparad
al otro don Gil los dos.
(Cierra la reja.)
QUIN.—Pedille el socorro a Dios;
que os mando a la eternidad.
(Le tira una estocada y cae don Juan dentro.)
JUAN.— ¡Muerto soy, confesión pido!
JUA. — *(Aproximándose con Caramanchel, Quintana y doña Clara al sitio en que ha caído don Juan.)*
Oye para que te acuerdes:
¡Don Gil de las Calzas verdes
es el hombre que te ha herido!
QUIN.—¿Qué dices?
JUA. ¡Es con malicia!
la ronda llegará al fin
y prenderá a don Martín
creyendo que hace justicia.
(Vanse todos precipitadamente por la izquierda segundo término.)
Don Martín, por la derecha. Empieza a amanecer.
Vengo, decididamente,
a entrar de don Pedro en casa;
esto que ocurre, ya pasa
de lo cuerdo y lo prudente.
Quiero, confeso y contrito,
de aqueste Madrid marcharme;
casado, si he de casarme;
soltero, si así está escrito.
(Acercándose a la puerta de la casa.)
Animo, y a descubrir
el enredo enmarañado,
en mal hora imaginado,
que así no puedo vivir.
(Va a llamar a la puerta en el momento en que salen por la izquierda Quintana, don Diego y Alguacil.)
Dichos, Quintana, don Diego y Alguacil.
QUIN.—*(A don Diego.)*
Este es el don Gil fingido,
a quien conoce su patria
por don Martín de Guzmán,
y el que ha muerto a doña Juana.
DIE.—¡Miserable!... si la edad
en que estoy no lo estorbara,
mis canas yo teñiría
con tu sangre depravada.
(Al Alguacil.)
Llegad, señor, y prendedle.
ALG.—Dad, caballero, las armas.
MAR.—*(Asombrado.)*
¿Yo?
ALG. ¡Sí!
MAR. ¿A quién?
ALG. ¡A la justicia!
(Entrega la espada don Martín.)
MAR.—¡Estas son nuevas marañas!
¿Por qué culpa me prendéis?
QUIN.—Por la razón lisa y llana
de haber matado a tu esposa
dándola de puñaladas.
MAR.—*(Queriendo acometer.)*
Mientes, traidor, que tal dices;
y a no hallarme sin espada,
en sus filos ya estaría
la lengua con que me infamas.
DIE.—*(Enseñando un pliego.)*
Aquesta carta lo dice...
MAR.—Pues también dice otra carta
que no salió de San Quirce,
en donde estaba encerrada;
ella mesma la escribió.
DIE.—Porque finges letras falsas
del modo que el nombre finges.
ALG.—Despacio haréis la probanza,
señor, de vuestra inocencia,
en la cárcel.
QUIN.—*(Invitando al Alguacil a que prenda a don Martín.)*
Sí, que vaya,
y allí a fuerza de tormento...
MAR.—Vamos, y de una vez salga
de estos enredos infames
que con mi existencia acaban.
(Al hacer mutis, son detenidos por don Antonio y Celio.)
Dichos, don Antonio y Celio.
CEL.—¡Padre y señor, este es
don Gil de las Verdes Calzas!
ANT.—¡Malvado! ¡A pedirte vengo
que cumplas fiel la palabra
que de ser esposo distes
a mi hija doña Clara!
CEL.—O morirás a mis manos.
Joven soy y tengo espada.
MAR.—Señor, ¿queréis entregarme
por caridad vuestra daga
para arrancarme una vida
que aunque corta ya me cansa?
ANT.—¡Doña Clara os quiere vivo!
MAR.—¿Pero quién es doña Clara?
Yo no soy el que buscáis.
ANT.—¿Sois don Gil?
MAR. Así me llaman,

mas no el de las Calzas Verdes.
ANT.—¿No son verdes esas calzas?
DIE.—¿Pues decid de qué color?
Mas no temáis, que en la plaza
sobre infamante tablado
confesará sus hazañas,
que el rey sabe hacer justicia.
MAR.—*(Desesperado.)*
¡Mi honor pongo en el monarca,
que no en vano representa
el honor de toda España!
Dichos, Fabio y Decio, que salen del lado por donde cayó herido don Juan.
FAB.—*(A Decio.)*
Ese es el que hirió a don Juan.
DEC.—¡De aquesta no se me escapa!
(Al Alguacil.)
¡Poned, señor, en la cárcel
a ese hidalgo!
MAR. ¡Pues ya escampa!
FAB.—Hirió a don Juan de Toledo
de una traidora estocada.
MAR.—¿Qué don Juan, señor, es ese?
¿qué heridas, qué cuchilladas?
(Al Alguacil.)
Ved que mi espada está limpia.
Mirad, señores, que el alma
de doña Juana, difunta,
que en pena por Madrid anda,
es la que todo lo enreda.
DIE.—¿Declaráis, pues, que es su alma?
(Signos de asentimiento de don Martín.)
Pues a confesión de parte,
toda prueba es excusada.
¡Si es su alma, es que es difunta;
vuestra conciencia os delata!
QUIN.—Quietos, que salen aquí
quienes, con razón sobrada,
podrán mejor que ninguno
dar luz en estas marañas.
También don Juan aquí llega.
Esto da paz a mi alma...
Cayó herido por el susto,
pero no por mi estocada.
Dichos y doña Juana, de hombre, don Pedro, doña Inés, doña Clara, de mujer, y don Juan, con una venda en la mano. Salen todos de casa de don Pedro, menos don Juan que sale por la derecha.
JUA.—*(Dirigiéndose a su padre y abrazándole.)*
¡Padre de los ojos míos!
DIE.—¿Cómo? ¿Quién sois?
JUA. Doña Juana.
su hija.
DIE. ¡No has muerto!
JUA. ¡Vivo!
DIE.—Entonces, aquesta carta...
JUA.—Todo fué porque vinieras
a esta corte, donde estaba
don Martín, que don Gil hecho,
ser el marido intentaba
de doña Inés, a quien di
cuenta de esta historia amarga.
Yo he sido el don Gil fingido,
célebre ya por mis calzas...
y alma en pena por tu amor...
(Cariñosamente a don Martín.)
que sin tu amor, no soy alma.
DIE.—¡La mía se satisface
viéndote viva!
MAR. Mis ansias
tienen fin. Dame tu mano,
al altar quiero llevarla,
que sólo así, Dios clemente,
me concederá su gracia.
CLA.—*(A don Pedro.)*
Engañóme, como a todos,
don Gil de las verdes calzas.
INES.—*(A don Juan.)*
Don Juan, siempre he sido tuya,
mi corazón te adoraba.
JUAN.—En la iglesia han de tener
realidad mis esperanzas.
PED.—*(Aparte a doña Juana.)*
Señora: para engañar,
tuvisteis que andar en calzas:
sin ellas, mi doña Inés,
al necio don Juan engaña.
Para hacer su elogio, digo
que en ingenio os aventaja.
JUA.—*(Aparte a don Pedro.)*
¡Todo aquel que simple nace,
se mete él mesmo en la trampa!
(Al público.)
Tres siglos cuenta de vida
comedia tan afamada,
por el mundo celebrada
y con júbilo aplaudida
Si perdió al ser refundida,
bate palmas al autor,
que méritos atesora,
y no extremes tu rigor
con la mano pecadora
del audaz refundidor.

FIN DE LA OBRA

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498

La Luna de la Sierra

COMEDIA DE

Luis Vélez de Guevara

REFUNDIDA EN TRES JORNADAS POR

CRISTOBAL DE CASTRO

PERSONAJES

PASCUALA. - BARTOLA. - LA REINA DOÑA ISABEL. ANTON. - EL PRINCIPE DON JUAN. - EL MAESTRE DE CALATRAVA. - MENGO. - DON GUTIERRE. - GUZMAN. - GIL. - EL CURA. - ORTUÑO. - Damas, nobles, soldados, labradores, villanos, músicos.

La acción en Andalucía. Siglo XIV.

JORNADA PRIMERA

La entrada de un pueblo en Sierra Morena. El camino real cruza lateralmente el escenario por el fondo, detrás de las primeras casas, que han de estar a la izquierda. A la derecha habrá una fuente y árboles. En el fondo se ve Sierra Morena. Es verano y a media tarde.

El príncipe el Maestre, don Gutierre, Ortún y acompañamiento del príncipe. El príncipe y el Maestre descansan a la sombra de los árboles. Don Gutierre y Ortún vigilan el camino real.

PRI.—(*A los que vigilan.*) ¿Nadie [llega?

GUT.—Señor, nadie.

MAE.—¿Fué el pliego urgente?

GUT.—Sí fué.

PRI.—Fortuna que hemos templado
las fatigas y la sed,
que, a no dar con esta fuente,
aun diéramos en correr.

MAE.—Sí, por Dios que bien corri- [mos.

PRI.—Harto y largo.

MAE.—Y mucho y bien,
que el jabalí fué centella
por las furias y los pies.

PRI.—¡Y al fin escapó, Maestre!

MAE.—Y la fortuna con él,
que era hembra, señor.

PRI.—¿Pues cómo?
Hembra era, Maestre, ¿y qué?

MAE.—Alteza, las jabalinas
tienen virtud y poder
de, al cazador que las mata,
volverles el mal en bien.

PRI.—¿Creéis, Maestre, esas cosas?

MAE.—Sí creo, Alteza, y a fe
de Maestre de Calatrava
que no me pesa el creer.

(*Por el foro pasan y cruzan el camino varias mujeres llevando la comida a sus maridos a las eras.*)

GUT.—¿Está muy lejos de aquí
Adamuz?

ORT.—¿No respondéis?

GUT.—¿Por ladinas o por necias?

ORT.—¿Es recato o altivez?

(*Las aldeanas cruzan sin hablar.*)

GUT.—¿Es este pueblo de mudos,
Ortún?

PRI.—Gutierre, ¿qué fué?

GUT.—Señor, que algunas mujeres
pasaron y pregunté
y no respondieron...

MAE.—(*Yendo a los que vigilan.*)

¿Cómo
se entiende no responder?
¿Eran villanas?
GUT.—Villanas
eran, y algunas a fe
como princesas de hermosas.
(*El Maestre mira hacia el sitio por donde se fueron las mujeres.*)
MAE.—Alguna se alcanza a ver...
PRI.—Dejad, Maestre, refajos,
que refajos no están bien.
MAE.—(*Volviendo a la fuente.*)
A veces no caen mal,
señor, porque la mujer
es como el agua, que vale
según aprieta la sed.
PRI.—O según el paladar...
MAE.—O según el menester.
PRI.—¿Creéis que boca hecha al [gusto
de fino cristal francés
podrá beber en los jarros
del villano?
MAE.—Y vos, ¿creéis
que cuando la sed ahoga
anda en reparos la sed
sobre si es cristal o es barro
donde le dan de beber?
GUT.—La reina llega, señor.
PRI.—El pliego oportuno fué.
(*Sale la Reina con vaquero, sombrero y venablo. Damas, capitanes y acompañamiento.*)
Dichos, la Reina, damas y acompañamiento. Al verla el Príncipe la abraza y el Maestre acude a besarla la mano.
REI.—(*Al foro dando órdenes.*)
Aposentad el caballo
y preparad la litera
pues que aquí el príncipe espera...
MAE.—Y con él, vuestro vasallo...
REI.—¿Maestre, estábais aquí?
¿Habéis dado compañía
al príncipe en cacería?
MAE.—No muy buena pesia a mí.
REI.—¿Fué la cacería mal?
PRI.—Fué graciosa y peregrina.
(*Llegan a la fuente y se acomodan en el banco rústico.*)
MAE.—Escapó la jabalina...
REI.—¿Sin venablos? ¡Pesia tal!...
Dadme de beber.
GUT.—(*Sacando un vaso pobre.*)
Alteza.
por el sitio y la ocasión
otorgadnos el perdón
de este vaso y su pobreza.
REI.—La sed en vasos no para
sino en el agua que bebe...
¿Es fría?
GUT.—Como la nieve.
REI.—¿Y clara?
GUT.—(*Sirviendo el vaso.*)
Ved si está clara...
MAE.—(*Aparte.*)
¿Oísteis, señor, el caso
con que la reina os avisa?
Cuando la sed trae prisa
jamás repara en el vaso.)
REI.—Descansaremos aquí
por no entrar en el lugar,
que no quiero incomodar
a mis pueblos, porque sí.
PRI.—¿Partiremos a Adamuz?
REI.—Luego de breve reposo.
PRI.—Ya, señora, estoy ansioso
de pisar suelo andaluz
y de que brille mi espada
como la plata bruñida
con la hoja estremecida
por la luna de Granada
MAE.—¿El moro sigue tan terco,
señora, que no se humilla?
REI.—Sí, sigue terco.
MAE.—¿Castilla
pondrále a Granada cerco?
REI.—Sí pondrá, que aquesta es ley
de guerra y de religión...
MAE.—¿El rey sigue en Aragón?
REI.—Vendrá de Aragón el rey
y el cerco se dispondrá
con firmeza y sin premura
pues hambre que espera hartura
no es hambre y se saciará.
Pero decidme, Maestre,
¿cómo estas casas fronteras
cerradas están?
MAE.—Las eras
en este lugar silvestre
y por el Agosto son
por menester de la trilla
para esta gente sencilla
día y noche habitación.
(*Al foro, con el pelo suelto, alborotada y, dando muestras de ansiedad, aparece Pascuala.*)
Dichos y Pascuala.
PAS.—¿Está aquí la reina?
GUT.—Sí.
PAS.—Dejadme a la reina ver.
GUT.—¿Qué ocurre?
PAS.—¡Que es menester
que yo la vea!

GUT.—No.
PAS.—Sí.
GUT.—No.
PAS.—(*A gritos.*)
¡Sí... dejadme pasar!
REI.—¿Quién grita?
MAE.—(*Yendo al foro y viendo a Pascuala.*)
(¡Me valga Dios!)
PAS.—(*Al Maestre.*)
Llevadme a la reina vos.
PRI.—(*Yéndose al grupo.*)
¿Cómo no cesa el gritar
estando la reina aquí?
MAE.—Quien grita es esta mujer.
PAS.—¡Dejadme a la reina ver...
tened compasión de mí!
PRI.—(*Turbado.*)
(Ojos que me traspasaron.
Voces que me enternecieron...
¿En cual cuna se mecieron?
¿Con qué puñal me clavaron?)
PAS.—Dejadme pasar...
PRI.—Sí, a fe.
MAE.—(*Intentando coger la mano de Pascuala.*)
Avance la flor silvestre.
PRI.—(*Un tanto descompuesto.*)
Dejadme a mí vos, Maestre,
que yo la conduciré.
MAE.—¿Por qué la conduce ufano?
PRI.—(¿Por qué la quiso llevar?)
PAS.—(*Notando el insistente mirar del Príncipe.*)
(¿Por qué su extraño mirar?)
PRI.—¿Por qué me tiembla la mano?
REI.—Don Juan, pues ¿qué sucede?
PRI.—(*Ufanísimo.*) Señora, vedla, vedla...
REI.—Milagro es de hermosura
PRI.—Y asombro es de tristeza.
REI.—¿Quién eres? ¿Por qué lloras?
¿Qué buscas? ¿Qué te quejas?
MAE.—¿Tan grandes son tus cuitas?
PRI.—¿Tan hondas son tus penas?
PAS.—Más grandes que los cielos,
más hondas que la tierra,
más negras que la noche,
más duras que las peñas.
Toda esta serranía
que da a Sierra Morena
aldeas, dió en llamarme
"la Luna de la Sierra"
no sé si por hermosa
o por estar sujeta
como la luna blanca
a la fortuna negra.
Mejor que el que me escuchen
pretendo que me vean
que abierto está en mis ojos
el libro de mis penas.
¡Ay, reina soberana,
que me oigas y defiendas!
¡Que yo lo quiero a él solo!
¡Que yo sin él soy muerta!
REI.—¿Amor, pues, te ha traído?
PAS.—Amor me trae y me lleva
lo mesmo que a una pluma
recoge la tormenta,
y en recios vendabales
me empuja con tal fuerza
que subo hasta los cielos
y caigo hasta la tierra.
PRI.—¿Amor de algún villano?
MAE.—¿De un noble de la era?
PAS.—Ni noble ni villano
importa como sea,
que es todo lo de adentro
y es nada lo de afuera.
Estoy enamorada,
estoy de tal manera
que ya va mi locura
prendiendo por la aldea
y dicen las comadres
sentadas a las puertas
al ver con sus hijas
al novio le hacen fiesta.
"—Mirad, qué hija me sale
tan dada a las ternezas."
"—Mirad si no parece
la Luna de la Sierra".
Ayer, el galán mío
se fué de aquí diez leguas
y en tanto que esté ausente,
mi hermano diligencia
el darme en casamiento
a un hombre con hacienda.
Hoy lo traté conmigo
y con tanta aspereza
que, viendo en mí tan firme,
tan ruda resistencia,
me encierra bajo llave
en nuestra casa mesma.
Por una ventanica
que daba al campo abierta,
a riesgo de matarme
huí campo a traviesa.
Hallé un zagal que dijo
que estaba aquí la reina,
y aquí vine, señora,
traída por mis penas.
Sin padre estoy, sin madre,

guardada de mí mesma,
y amor, que es en el mundo
lo que solo me queda,
agora me lo quitan,
agora me lo cercan,
agora lo acorralan
lo mesmo que a una fiera.
(*Exaltada.*)
Amor mío indefenso
si no hay quien te defienda
¡por tí daré yo toda
la sangre de mis venas!
...El alma no distingue
de mantos ni azaleas
que es todo lo de adentro
y es nada lo de afuera..
Abierto está en mis ojos
el libro de mis penas;
librando está sus cuitas
"la Luna de la Sierra".
REI.—Repórtate y confía..
PRI.—Serénate y espera...
PAS.—¡Que yo sin él no vivo!
¡Que yo sin él soy muerta!
REI.—Fiada en mi palabra
acaben ya tus penas,
que no está bien que llore
"la Luna de la Sierra".
Don Juan... Maestre, es hora
de que partamos...
PRI.—Sea.
REI.—Y tú ven, Luna triste,
que acaben tus tristezas.
(*Sale con Pascuala y acompañamiento.*)
El Príncipe y El Maestre.
PRI.—Maestre, ¿qué decís
de cuanto acabáis de ver?
¿Quién vió jamás tanto mal
cebándose en tanto bien?
MAE.—Pienso, señor, que no es tanto
el suceso ni tan cruel
el daño; que estas son cosas
que suele el amor traer.
PRI.—Desque la vi que lloraba,
otro es, Maestre, mi ser.
MAE.—Dejad, Alteza, refajos,
que refajos no están bien...
PRI.—Vos me volvéis lo que os dije,
Maestre...
MAE.—Y vos bien podéis
tomar mi dicho por vuestro
diciendo que "la mujer
es como el agua, que vale
según aprieta la sed",
pues que vuestro paladar
se ha tornado en menester.
PRI.—No es menester de los labios
sino del alma tal vez,
que desque la vi llorar,
otro es, Maestre, mi ser.
Luna de la Sierra, luna
de tan blanca palidez
¿cómo el sosiego es afán?
¿cómo inquietud el desdén?
¿que fué de mí?
¡Yo no lo sé!
Yo me estaba sin amor,
luna de morena tez,
y luego que ví tus ojos
amor prendieron en su red.
A las sierras de mi alma
te asomaste una vez...
¿Qué fué de mí?
¡Yo no lo sé!
A la guerra parto, Luna,
sabe Dios si volveré
aunque el estar a tus ojos
estar en la guerra es.
A la guerra parto, Luna,
Luna de morena tez...
¿Qué fué de mí?
¡Yo no lo sé!...
(*Sale con el Maestre.*)
Bartola, Mengo y Gil.
GIL.—No tién, Mengo, de pasar
de hoy las dos bodas; Bartola
por no ser novia ella sola
ayudará a bien casar
a Pascuala, que se escuda
con su noviazgo gentil.
MEN.—Pascuala es algo cerril
más por mucho testaruda
que sea, yo más lo soy
y hemos de dar el suceso
por rematado.
BAR.—Eso, eso.
Las dos bodas se hagan hoy.
MEN.—Pascuala está bien segura
en el sitio donde está,
bajo llave. Conque ya
bien podéis llamar al cura,
Alcalde, porque Pascuala
ha de casarse con vos.
GIL.—Norabuena.
MEN.—¡Vive Dios!
¡Norabuena o noramala!
BAR.—¿Así ha de volver atrás
el concierto que hemos hecho?
MEN.—Las coces son sin provecho,
y los pingos, por demás.
Aprovechemos que Antón,
su primero pretendiente,
está del lugar ausente
y pax Christi.

GIL.—Con razón
que sois el único hermano
y corre por nuestra cuenta
el casalla.
BAR.—Si ella intenta
el casarle por su mano,
dadla hacienda a toda ley
que lo demás es morir.
MEN.—Por el cura podéis ir,
oue aunque lo estorbase el Rey
Pascuala no ha de dejar
de ser vuestra brinque o salte.
BAR.—Id por el cura...
GIL.—No falte
por mí. Lo voy a llamar. (*Sale.*)

Mengo y Bartola.

MEN.—Bartola, ¿has quedado aquí?
BAR.—Sí, por la gracia de Dios.
MEN.—Solos estamos los dos...
Llégate más hacia mí.
BAR.—No puedo, que estoy pegada
en el suelo de vergüenza...
MEN. — Dios nos libre la enco-
[mienza
de una novia avergonzada;
que es la situación cruel
de la olla y del calambre,
y es burra muerta de hambre
que está viendo el alcacel.
BAR.—(*Yendo a pegarle.*)
¿A mí las comparaciones?
MEN.—Mira mujer, que fué broma.
BAR.—(*Pégale.*) ¡Toma!
MEN.—¡Que duele!
BAR.—¡Pues toma!
MEN.—¿No tienes otras razones
que las manos?
BAR.—No las tengo,
si a tenerlas las usara.
MEN.—Pues yo las tengo de a vara
y las daré.
BAR.—Mira, Mengo,
que de novio te he sufrido
un embite y otro embite...
Razón es que me desquite
del novio con el marido.
MEN.—¿Y en qué te has de desqui-
[tar
si es que se puede saber?
BAR.—¿Piensas que siendo mujer,
necio, te habré de avisar?
He de hacer sin que te irrite,
cuanto se me antoje, Mengo.
MEN.—Siendo asina, te prevengo
no me altera tu desquite.
(*Salen Gil y el Cura.*)

Dichos, Gil y el Cura.

CURA.—Guárdeos Dios.
BAR.—Y a vos también.
MEN.—Con El venid, padre Cura.
CURA.—¿Tanta es, Mengo, la pre-
por las bodas? [mura
MEN.—Bien y bien...
¿Si hora es buena la ocasión
la aplazaremos a mala?
Casemos, pues, a Pascuala
no vaya a venir Antón
y agüe la fiesta madura
y a nosotros dé que hacer.
BAR.—A vos toca convencer
a Pascuala, padre Cura.
MEN.—De no, yo tengo un fresnal
que convence.
CURA.—Más respeto.
MEN.—Veréis si pronto la meto
las cabras en el corral.
CURA.—Ello será con razones,
y no a golpes, Mengo amigo;
Pascuala está, como digo,
propensa a desvariaciones
por Antón; mas como Antón
se halla ausente y no vendrá
en tres días, bien será
aprovechar la ocasión.
Hará, alcalde, de tercero,
Pascuala irá convencida
y será vuestra ¡por vida
del cura casamentero!
(*Sale Antón y furioso va hacia Mengo.*)

Dichos y Antón.

ANT.—¿Y Pascuala? ¿Dónde tienes
a Pascuala?
GIL.—Antón, ¿qué es esto?
CURA.—¿Cómo vienes de ese mo-
[do?
BAR.—¿Qué cédulas te dieron
sobre Pascuala?
ANT.—Pregunto,
no a vosotros, sino a Mengo.
CURA.—Y yo medio como cura.
GIL.—Y yo como alcalde medio.
ANT.—Y yo como Antón os digo,
cura y alcalde, que aquesto
que habéis hecho con Pascuala
solamente lo habéis hecho
a espaldas mías. Y agora
que me miráis ecpho a pecho,
cara a cara ante vosotros,
alcalde y cura, voy viendo,
como en mi ausencia fué más
lo que en mi presencia es menos.
CURA.—Repórtate, Antón.

GIL.—Sosiégate.
MEN.—Con calma y espacio ha- [blemos.
ANT.—Antes de hablar, dime dónde tienes a Pascuala.
GIL.—Aquesto
de convencer por la fuerza
es temerario.
ANT.—Y aquesto
de concertarse justicia
y religión en un mesmo
concierto de tercerías
y prejuicios, ¿qué diremos?
¿Qué ley divina ni humana
consentirá en el saqueo
de una voluntad de amor
que me tiene y que la tengo?
¡Decís, Alcalde, que soy
temerario!
CURA.—Con exceso
de iras vais hablando, Antón.
ANT.—¿Decís, cura, que mi acento
es airado, porque grito
la infamia que estáis haciendo?
¿Es propia la tercería
de tan alto ministerio
como el vuestro? ¿Manda acaso
el Señor un desafuero
como el que hacéis contra una
mujer sola? ¿Es santo esto?
¿Es esto justicia, alcalde?
¿Es ser buen hermano, Mengo,
el maltratar a una hermana
porque no admite reniegos
en su amor? ¿Y la maltratas
y estás vivo?...
(*Avanza hacia Mengo.*)
CURA.—¡Antón, teneos!
MEN.—(*A Gil.*)
Prended, alcalde, a este hombre.
GIL.—Antes morir que predello.
ANT.—Villanos los tres. ¡Ruines
los tres!... ¡Agora veremos!
(*Saca la espada; los tres se repliegan, huyendo, hacia la casa. Salen la Reina, el Príncipe, el Maestre, Pascuala y acompañamiento.*)

Dichos, Pascuala, la Reina, el Príncipe, el Maestre, don Gutierre, Ortún y acompañamiento.

PAS.—Esta en efecto, señora,
es la casa de mi hermano.
REI.—Todo habrá de remediarse.
(*Sintiendo la pelea.*)
¿Qué ruido es ese?
MEN.—(*Corriendo.*) Huigamos.
GUT.—¿Quién riñe? Ved que está [aquí
la Reina...
(*Los tres que huyen se amparan de la Reina.*)
MEN.—Como sagrado
nos sirva contra este lobo.
ANT.—(*Persiguiéndoles.*)
¡Villanos, dejad, villanos!
GUT.—Cesad, que está aquí la Rei- [na.
ANT.—(¡Es ella, Dios Santo!)
PAS.—Detente Antón, que ya es
otro tiempo y otro paso.
ANT.—¿Otro tiempo en nuestro
amor? ¿Otro tiempo?
PAS.—Y es bien claro.
¿No estuvisteis ausente? ¿No
soy mujer?... ¡Todas mudamos!
La Reina nuestra señora
va a casarme de su mano;
el príncipe es mi padrino,
el Maestre me da regalos...
ANT.—¿Y quién será el que te mate
por vil, sino yo?
PAS.—¡Que estamos
ante la Reina; no hagas
extremos que es desacato!
(*Viéndole sufrir.*)
¿Qué te llega?
ANT.—La agonía
a darme el cáliz amargo...
PAS.—Eso de morir no quiero,
que para tu vida guardo
la vida que tengo tuya...
ANT.—¿Qué es esto, Dios? ¿En [qué caos
de confusiones estoy
muriendo y resucitando?
REI.—¿Con qué justicia, decid,
siendo de Pascuala hermano,
se la dabais al alcalde,
hombre, aunque rico y honrado,
tan contrario al gusto de ella?
MEN.—Señora, acá en los serranos
no casamos las mujeres
como en la corte, buscando
barbilindos sin dineros,
con fachadas de hijos-dalgos.
Yo concertélo con Gil,
porque a más de bueno y sano,
y rico y alcalde, es
de Bartola con quien caso,
hermano, y así son dos
hermanas con dos hermanos.
Mas si vos no sois servida
de que quedemos casados

de esta suerte, aquí está el cura
sin habernos despachado,
que se volverá a su casa
los tres ánades cantando,
en ayunas de las bodas
y sin probar un bocado.
REI.—¿Quién es Antón?
PAS.—Aquí está.
REI.—Venid y dadle la mano
a vuestra mujer... y vos (*A Mengo.*)
a la vuestra.
GIL.—Yo he quedado
de nones, ¿qué hacéis conmigo?
REI.—Alcalde perpetuo os hago
del lugar y pago el non.
GIL.—¡Mejor que boda es el pago!
PRI.—(*Al Maestre.*)
(¡No resisto más; no puedo
verla de ese hombre en los brazos!)
MAE.—(Dejad refajos, señor,
que no están bien los refajos.)
PRI.—(Sí están, Maestre, que amor
no los ve por ser vendado.
Yo me llego...)
MAE.—(Se adelanta
mas no valdrá el adelanto;
que en amor el disimulo
es victoria, al fin y al cabo.)
PRI.—Blanca Luna de la Sierra,
gala y prez de aquestos campos.
PAS.—Vois sois, señor, lisonjero.
(*A Antón.*) ¿Verdad?
ANT.—(*Reprimiéndose.*) ¡Verdad!
PRI.—Mas no tanto
como pide la hermosura
de esos ojos y esos labios.
(*A Antón.*) ¿Verdad?
ANT.—(*Amenazador.*) Verdad, sí.
PRI.—¿Qué hay en decillo de extraño?
Lo que todo el pueblo alaba,
¿al príncipe le es vedado?
No receles, que el recelo
en amor es como un clavo
clavado en mitad del alma.
PAS.—¿Recelar de qué? Es tan alto
el amor que yo le tengo
y el que él me tiene, que el caso
de recelar no es posible...
¿Verdad?
ANT.—Verdad...
PAS.—¡Dí más alto!
ANT.—¡Verdad, sí! Verdad, verdad.
PAS.—Así te quiero en mis brazos.
MAE.—(Peligrosa es la serrana.)
PRI.—(Receloso es el villano.
¿Visteis, Maestre?)
MAE.—(Señor
dejad en paz los refajos.)
REI.—Luna de la Sierra. ven
a besarme la mano,
y besa la mano al Príncipe,
que tu boda ha apadrinado.
ANT.—(No receles, que el recelo
en amor es como un clavo
clavado en mitad del alma.)
PRI.—(Un ascua dejó en la mano.)
ANT.—¡Ay, mi Luna de la Sierra,
de tu luz voy recelando!
¡Ay, los campos de mi amor,
qué oscuridad en los campos!...

JORNADA SEGUNDA

La entrada del lugar. Pascuala y Bartola, sentadas a la puerta, cosen.

Pascuala y Bartola.
BAR.—Que vuelva o quede con Dios,
por mí lo mesmo me da.
PAS.—Pocos recelos os da
amor, Pascuala, a los dos.
BAR.—Siempre fué amor tontería,
Pascuala, entre los casados,
porque los gustos gozados
amenguan la fantesía.
PAS.—Antes los gustos, que son
los que al amor siempre alientan,
se afirman y se acrecientan
tocando la posesión.
¿No has visto, mujer, el fuego,
que si le dan más encina
tanta más llama ilumina
y si no se abaja luego?
Pues así es la voluntad,
que mientras goza lo que ama,
siempre levanta más llama...
BAR.—No sé, Pascuala, en verdad,
cómo has aprendido tanto.
PAS. — ¿Que cómo? Con la experiencia.
¡No hay imposible en la ciencia

de amor!

BAR.—Yo soy un abanto
en estas cosas, y creo
que tu hermano otro que tal,
talado ya el carrascal,
se nos apagó el deseo... (*Suspira.*)
Si en esto te pareciese
hermano de tal rehala.

PAS.—Mujer, no digas...

BAR.—Pascuala...
escucha: si te pudiese
agora con gusto hablar,
pues solas hemos quedado,
sobre lo que has alcanzado
en la ciencia del amar,
alguna cosa, Pascuala,
que te importa, te diría...

PAS.—¿A mí de amor?...

BAR.—Bien podría.

PAS.—(*Inquieta.*)
¿Es de él? ¿Es que me señala
con alguna traición nueva?
¿Es que me vuelve a los celos?
Por la gloria de los cielos
que aunque me humille la prueba
quiero saciar mi dolor;
que querer saber su mal,
también es de amor señal...
¡Tal vez la señal mejor!
¿Es mujer de por aquí?
¿Será forastera, pues?
¡Habla, por Cristo! ¿No ves
qué infierno enciendes en mí?
¿Es casada? ¿No? ¿Doncella?
¡Y hermosa! ¡Y de gran fortuna!
¡Luna de la Sierra, Luna,
cómo se apagó tu estrella!...

BAR.—No es esto...

PAS.—Pues, ¿qué es?

BAR.—Tu brava
condición, dura y silvestre.

PAS.—¡Háblame claro!

BAR.—El Maestre
de la Cruz de Calatrava,
aquel galán caballero
que con la reina venía
y la roja cruz lucía...

PAS.—No sé qué dices; ni infiero
qué es lo que tenga que ver
el Maestre en lo que hablamos
de mis celos.

BAR.—A ello vamos.

PAS.—(*Pensativa.*) ¿El Maestre?

BAR.—Sí, mujer...
Ayer me cogió en la fuente,
tan caballero y galán;
me dijo con tanto afán
sus quejas, tan tristemente,
que, llorando, entre razones,
esta cadena me dió
para ti, y a mí me echó
una almuerza de doblones.

PAS.—No pases más adelante,
que si hasta agora escuché,
fué no más que porque eché
a mis celos por delante.
Que no soy de esas mujeres
a quien has de hablar así
ni suelen hallarse aquí
de tan viles pareceres
como tú... Corrida estoy
que con mi hrmano casada
estés, y que mi cuñada
te llames. Mas desde hoy
bien puedes pedir a Dios
que ponga sello a tus labios,
¡que una montaña de agravios
levantaste entre las dos!
(*Pausa. Comienza a anochecer.*)
¿Y has llegado a imaginar
que yo?... ¿Y salió de tu boca
tal ruindad? ¿Y fuí tan loca
que no te supe atajar?
¿Y vive sobre la tierra
hombre que me da sonrojos?
(*Llora de ira.*)
¿Y están llorando los ojos
de la Luna de la Sierra?
(*Pausa.*)
¿Que estás aquí? ¡Vete! Acaba...
Corre y di al Maestre necio
que es más noble mi desprecio
que su cruz de Calatrava...
(*Sale Bartola.*)

Pascuala, sola.

Ya comienza a anochecer,
y él no acaba de llegar.
¿Qué este puro temblar
que embarga todo mi ser?
¿Lo entretendrá otra mujer
con palabras lisonjeras?
¿Cómo, alma mía, te alteras
en tan diferentes modos
cuando van volviendo todos
los zogoels de las eras?
¿Qué tendrá mi labrador
si ya acabó su quehacer?
¿Qué celos de otra mujer
escarnecen mi dolor?
Sobresaltos del amor,
inquietudes y desvelos,
fatalidad de los cielos,
agonías que temí,
¿cómo me entregáis as´

en las garras de los celos?
Claro está que si no fuera
así, pues que el tiempo pasa,
a mis brazos y a su casa,
como los demás volviera.
Las horas en su carrera
no han dejado luz ninguna,
ya resplandece la luna,
y la de la Sierra, en tanto,
por amor convierte en llanto
su luz, si ha tenido alguna.
(*Pasan grupos de labradores y de mozas que vuelven del campo.*)
MOZAS.—(*Cantando dentro.*)
¡Estábase la aldeana
a la puerta de su aldea
viendo venir por la noche
los zagales de las eras!...
PAS.—No cantes, voz triste,
las letras alegres,
que bien ves que agora
no puedo valerme.
No cantes, voz triste,
quien quiera que fueres,
que está anocheciendo
y el alma anochece.
No cantes, que todos
del campo ya vuelven...
Que todos retornan
y el mío no viene...
(*Se oye el toque de queda.*)
MOZAS.—(*Cantando dentro.*)
"¡Ya se oye la queda,
mi amante no viene.
¡Malhaya los ojos
que me lo entretienen!"
(*Pascuala oye la voz desfallecida. La noche avanza. Se ve cruzar más labradores y por la izquierda, sigilosamente, salen el Príncipe, el Maestre, don Gutierre y Ortún, disfrazados de rústicos.*)
Pascuala, el Príncipe, el Maestre, don Gutierre y Ortún.
PRI.—(Maestre, llegad a habladla,
y decidla que me tiene
tan sin mí, que me ha obligado
a que venga de esta suerte.)
ORT.—(*Al Maestre.*)
(Buena la hicimos agora
con tal amor impaciente.)
MAE.—(*Aparte a Ortún.*)
(No al Príncipe; al Rey, Ortún,
se la disputara. Pese
a la tierra y a los cielos
mía ha de ser.)
ORT.—(*Idem al Maestre.*)
(Mas conviene
no dar sospechas. Finjamos.)
MAE.—(*Idem.*) (Finjamos.)
PRI.—Decid, Maestre...
(*Hablan aparte el Maestre y el Príncipe. Suena otra vez la queda, y Pascuala al oirla, evoca el cantar.*)
PAS.—"Ya se oye la queda,
mi amante no viene...
¡Malhayan los ojos
que lo entretienen!"
MAE.—(Fiad, Alteza, que haré
cuanto sepa porque quede
convencida.)
PRI.—(Llegad presto.)
MAE.—(Ortún, habla y entretenle.)
(*Llegándose a Pascuala.*)
¿Qué pesares te acongojan?
PAS.—(*Sobresaltada.*)
¿Qué me preguntas? ¿Quién eres?
¿Qué, con sigilo te llegas?
¡Ay Dios!... ¿Callas? ¿Es que vienes
de parte de mi marido
quizás? ¿Tal vez le sucede
algún mal? Dímelo pronto.
Dime dónde está, que vuele
a su amparo...
(*Entra corriendo Bartola y va hacia Ortún.*)
Dichos y Bartola.
BAR.—(*A Ortún.*) (Que ya asoma.
No he podido entretenelle
por más tiempo.)
(*Viendo hablar al Maestre con Pascuala.*)
(¿Ya coloquios
galanes con el Maestre?)
ORT.—(¡Calla, maldita!)
BAR.—(*Asomándose al foro.*)
(¡Que llega!)
ORT.—(*Yendo al Maestre.*)
(Apriesa, señor, que viene
el marido...)
PAS.—(*Al Maestre.*)
¿Qué te hablaba
así? ¿Qué misterios tienes?
¿En dónde, di, son las pruebas
de que mi esposo me vende?
¿Quién es la mujer liviana
que lo trastorna? ¿O no eres
ni amigo, ni labrador,
ni... (*Mirándole atenta.*) ¡El Maestre!
MAE.—¡Sí, el Maestre!
PAS.—¿Con tales artes villanas
de tal modo te ennobleces?
MAE.—De villano o de señor,
no me importa sino verte.

(*Salen Antón y Mengo, con bieldos de la era.*)

Dichos, Antón y Mengo.

ANT.—(*A Mengo.*)
Harto me entretuve.
MEN.—(*A Antón.*) Bien
lo valían, que son fuertes
entrambas yeguas.
PAS.—(*Viendo a Antón.*)
(¡Ay, Dios!
¡Perdida soy si él advierte
el coloquio!)
(*Yendo a Antón como para abrazarle.*)
¿Cómo tanto
tardar?
ANT.—Detente... Detente...
MAE.—(*Al Príncipe.*)
(Alteza, vamos de aquí.)
PAS.—(*A Antón.*) ¿No me abrazas?
ANT.—¿Qué hombre es este
que estaba contigo hablando?
PAS.—(*Alto y mirando al Maestre.*)
Un labrador que se vuelve
de las eras. Me tenías,
por tu tardanza, impaciente
y pregunté...
ANT.—¿Labrador?
PAS.—¿Pues no lo ves? ¿Cómo eres?
¡Labrador! (¡Oh, que yo tenga
que mentirle!)
ANT.—No parece
tan labrador como dices.
(*Yendo al Maestre.*)
¡Eh, tú! ¿Qué hacías?
PAS.—Detente...
ANT.—(*Furioso.*)
¿Que me detenga? ¿Y has dicho
tú que me detenga?
PAS.—(*Quejosa.*) Advierte...
que pones en mí las manos
y que es locura. En ti vuelve
y vamos a nuestra casa
en paz de Dios.
ANT.—(*Irritado.*) ¿Eso quieres?
(*Al Maestre.*)
¿Qué hacías aquí, te digo?
¿Cómo estabas de esta suerte
con ella?
PRI.—(*Al Maestre.*) (Disimulad.)
MAE.—Respondía solamente
a lo que ella preguntaba:
—"Pues que de las eras vienes,
¿viste a mi marido?" —No.
ANT.—¿Eres tú del lugar este
para conocerme?
MAE.—Mucho
preguntas...
ANT.—Porque contestes
mucho, te pregunto tanto.
PRI.—(*Resuelto.*)
¿Es bueno que se querellen
dos hombres por cosa tan
baladí? Los tonos cesen
y cada cual a su casa
y Dios con todos...
ANT.—¿Quién eres
tú para dictaminar
así?
PRI.—¡Quien puede!
ANT.—¿Y quién puede
quitar empuje a las manos
y dar al corazón leyes?
PRI.—El Príncipe de Castilla.
ANT. — ¡El Príncipe! ¿Y de esta [suerte
disfrazado corre el Príncipe
el lugar?
PRI.—Así conviene
a su servicio. ¡Y ya basta
de preguntas, que me ofenden!
(*Salen el Príncipe, el Maestre y Ortún. Bartola y Mengo se entran en la casa disputando. Pascuala no quita los ojos de Antón, el cual, viendo ir al Príncipe y su escolta, lleno de ira empuña el bieldo.*)

Pascuala y Antón.

ANT.—(*Tras los que salen.*)
¿Ya basta? ¡Ya basta, sí!
A mi triste pensamiento
ya basta con lo que siento
y aun sobra con lo que ví....
(*Tirando el bieldo.*)
Necio instrumento villano,
escarnio vil de mi suerte,
si no eres signo de muerte
¿a qué has de estar en mis manos?
Instrumento labrador
inútil para mis celos.
¡Arrástrate por los suelos
como se arrastra mi honor!
¡Ya basta! Vasallo soy,
y él rey; pero con la ley
del amor, ¡no hay rey! ¡no hay rey!
...¡Sí hay rey! ¡Sí hay rey!
Loco estoy.
PAS.—(*Acariciándolo.*)
¿Posible es que tu quebranto
alcance hasta el desvarío?
Está en tus manos el frío
y en tus ojos el espanto.
ANT.—(*Sombrío.*)
Posible es todo en la tierra
donde reyes hacen leyes.

PAS.—¿Y cuándo llegan los reyes
a la Luna de la Sierra?
Ven a mí, que harto sufrí.
ANT.—¡Ay del villano mezquino
si el rey le sale al camino!
¡Ay de mi honor! ¡Ay de mí!
PAS.—*(Desesperada.)*
¡Cesa por Dios! ¡Cesa, cesa!
o en loca habré de parar.
(Pausa. Llorosa.)
¿De qué me puedes culpar?
ANT.—¿Lloras?
PAS.—Sí, lloro. Y me pesa
llorar, que en tal ocasión
de mármol quisiera ser,
que sabes que soy mujer
de más firme condición
que la que más, y me entiendes
tan tuya en cuerpo y en alma...
¡Y agora he de oir en calma
que seas tú quien me ofendes!
¿Te dí con mi amor mi honor
por qué me pagas así?
¿Hay mayor afrenta, dí?
¿Cabe un agravio mayor?
¿Merezco las opiniones
de esa clase de mujeres
en quienes los pareceres
cambian con las ocasiones?
Si el cortesano doncel
piensas que algo trujo aquí
¿cómo me ofendes a mí
cuando el agravio fué de él?
ANT.—*(Enamorado.)*
¡Por vida tuya y por vida
de tus ojos empañados,
que cesen ya los cuidados
de haberte visto ofendida.
Que yo moveré la tierra
y los cielos, alma mía,
porque vuelva la alegría
a la "Luna de la Sierra".
¿No sé yo quién eres? ¿No
te tengo por mi mujer?
Pues vuelva todo a su ser
y tú a ser tú; y yo a ser yo.
(Recogiendo el bieldo.)
Venga el bieldo sin más dudas
y estémonos confiados
¡que muchos bieldos alzados
valen espadas desnudas!
(De la casa sale Bartola perseguida por Mengo, con una tranca.)
Dichos, Bartola y Mengo.
MEN.—No huyas, encoge los pies,
que presto los has sacado.
BAR.—*(A Antón.)*
Tenedle, por Dios, cuñado.
ANT.—¿Aquesto es burla?
MEN.—No es
sino el mesmo Barrabás
que tengo en el corazón.
Dejad, que las trancas son
remedio para en jamás.
BAR.—¿Remedio trancas? ¿Pues no
estáis oyendo el dislate?
MEN.—Dejádmela que la mate.
ANT.—Que estoy de por medio yo.
PAS.—¿Por qué la quieres matar?
MEN.—No más que por ser mujer
y sobra delito.
BAR.—A ser
hombre, debieras premiar.
MEN.—Dejad que enviude hoy
que salgo favorecido.
BAR.—Primero yo sin marido
que saldré mejor que soy.
PAS.—Ya basta.
ANT.—Dejad porfías.
PAS.—¿Qué fué?
BAR.—Lo diré.
MEN.—No a fé;
he de ser yo.
BAR.—Yo seré.
MEN.—No en mis días.
BAR.—Sí en mis días.
PAS.—Partamos la diferencia.
Tú me lo cuentas a mí
y Mengo a Antón.
MEN.—*(A Bartola.)* ¿Así?
BAR.—¡Así!
MEN.—*(A Antón.)*
Comience, pues, nuestra audiencia.
¿Si tú le hubieses hallado
sin pensar, casualmente,
a tu mujer, de repente,
lo que no le habías dado,
y más cuando es tan costosa
(Saca la cadena.)
prenda como esta cadena
que de oro y perlas va llena,
¿qué hicieras, dí?
ANT.—(No reposa
el pensamiento agitado
del temor a los recelos...
¿qué cadena es esta cielos?)
MEN.—¿Ves como te has alterado?
¿Así la cosa es tan franca
que mi afrenta va a labrar?)
...Mientras te das a pensar
yo vuelvo a esgrimir la tranca....
(Detente, que ya veré.)
PAS.—(¿Y como, dí, tal ha sido?)

BAR.—(Que entró al pronto mi marido
y que yo me descuidé...)
PAS.—(Bien empleado te está.
Tras la culpa va la pena.
¡Si no hubieses la cadena
tomado!...) (*Siguen hablando.*)
MEN.—(*A Antón.*) No lo dirá.
De más, que ¿quién preguntó
a mujer, siendo marido,
cosa en que haya respondido
verdad?... ¡A lo menos yo!...
ANT.—Pues aun siendo tan así
puede ser que a mí me diga
la verdad.
MEN.—Eso me obliga.
ANT.—Dame la cadena.
MEN.—(*Dándosela.*) Sí.
Mas como me haya mentido
la desuello como a hurón...
ANT.—(¿En qué nueva confusión
vuelvo a poner mi sentido?)
Cuñada, cuñada, ven.
(*Viendo que Bartola se acerca con Pascuala.*)
(Ella sola me acomoda...)
PAS.—(*A Bartola.*)
¡Dí toda la verdad, toda.
ANT.—(*Estrujando la cadena.*)
¡Agora se verá bien!
...Cadena que traes a mí
aquesta angustia cruel...
¡Así he de estrujarlo a él
como te retuerzo a tí!...
¡Así!... ¡Así!

JORNADA TERCERA

La casa de Antón. Al foro, puerta grande con rejas a ambos lados. A la derecha, el hogar. A la izquierda, dos puertas que dan a las habitaciones de ambos matrimonios. Mesas, alacenas, sillas, lienzos. Al alzarse el telón está anocheciendo. Bartola va y viene a la reja con inquietud. Pascuala, del hogar a la alacena, como disponiendo la comida.

Pascuala y Bartolo.

BAR.—Confeséle la verdad
de plano a plano; me oyó
cejijunto; meditó
largo y con severidad
afeó mi ligereza
de aldeana casquivana
que debe por aldeana,
mantenerse en su pobreza.
Disculpé mi condición
de mujer torpe y campestre;
juróselas al Maestre
en gran desesperación,
de tu firmeza sin tasa
y luego que me previno
él se entró adentro en la casa
y yo seguí su camino.
Luego ví, bendito Dios,
que entrambos aconsejásteis
y que por siempre quedásteis
como palomos los dos.
PAS.—Así fué y así tenía
que ser, por otra suerte dichosa;
que no habrá en la tierra cosa
que enturbie nuestra alegría.
Antojo fué cortesano,
del que no hay ya porqué hablar,
que descargó en el lugar
como nube de verano
y que, con gran desventura,
el campo arrollado hubiera
a no estar la sementera
como la nuestra, segura.
Larga fué y triste la cuenta.
más saldada es otra cosa;
que no hay dicha tan sabrosa
como el sol tras la tormenta
ni gloria en todos los cielos
que pueda ser comparada
a la primera mirada
tras de los últimos celos...
¿Mas cómo no asomar ya
si deben estar aquí?
¿No es mucha tardanza, di?...
BAR.—Pocos pesares me da.
en fuerza de la costumbre,
qué pueda haber sucedido.
Tardanzas de mi marido
no levantan pesadumbre.
(¿Maestre, cómo no vienes?
¿Cómo tardas, si es la hora?
PAS.—Tú disimulas agora
las inquietudes que tienes.
...Que estás inquieta es verdad.
BAR.—No, sino que estoy así,
no sé cómo...
PAS.—(*Bruscamente.*)
Pues yo sí...

BAR.—¿Es alguna novedad
que me veas asomada?
¿No me paso así los días?
PAS.—Dices bien. (Ay, alegrías
de que estoy tan ufanada!
¡Sí, otra vez! ¿Qué desvarío
ni qué imagino otros males?)
(*Viendo hacer señas a Bartola.*)
¿A quién hacías señales?
BAR.—A tu marido y el mío
que vélos aquí llegar...
PAS.—(*Sale a obrir a Antón.*)
¿Ya están aquí, Dios loado?
BAR.—¿Cómo os habéis retardado?
MEN.—(*Fuera.*)
Solo por verte llorar
a jarro, pájara mía...
BAR.—¿Pájara? Agora veremos
(*Sale.*)
MEN.—(*Fuera.*)
Agora calentaremos
la olla que estará fría...
(*Bartola y Mengo entran disputando y desaparecen por su habitación de la derecha.*)

Pascuala y Antón.

PAS.—Todo está ya prevenido;
siéntate un poco y descansa
en esta silla, que presto
la mesa estará aviada
y cenaremos en paz
y en gracia de Dios...
ANT.—¡Qué parva
tan hermosa!
PAS.—¿Lo ves, hombre?
ANT.—¡Y qué espigas tan granadas!
PAS.—Cuenta, cuenta, que te es-[cucho
como en la gloria de ufana.
¿Cuál yegua de las dos núevas
fué mejor?
ANT.—Mejor la blanca
que la lucera.
PAS.—¿Pues cómo?
¿La lucera es holgazana?
¿Con aquel plantar bizarro
y aquella cola tan larga
y aquellas crines soberbias
y aquellos ojos de ascuas
y aquel lucero en la frente
tan blanco, tan blanco? ¡Vaya
por la lucera engañosa!
ANT.—¡No, mujer, que la retratas
inútil en demasía!
yegua es de sangre y estampa
mejor para los caminos
que para aquestas jornadas
de la trilla. Pero cesen
los coloquios, que las ganas
que de comer traigo, son
como la sierra de altas.
PAS.—(*Poniendo la mesa.*)
Ahí tienes, plato, cuchillo,
el salero...
ANT.—Saca, saca
la olla.
PAS.—Ya voy por ella
que a fe que está sazonada
tan bien y con tanto gusto
que puede comerla el Papa.
¡Mira, mira como están
los garbanzos!
ANT.—No se iguala
con esta dicha otra alguna.
PAS.—Mientras que con la cuchara
gobierno las escudillas,
corta pan.
ANT.—¿Qué rey alcanza
esta paz, esta quietud
para el cuerpo y para el alma?
(*Comienza a cortar pan y Pascuala a sacar la olla. Cantan dentro y suspéndese Antón a medio cortar.*)
MUSICOS.—(*Dentro.*)
"La Luna de la Sierra
linda es y morena..."
PAS.—¿No cortas el pan, Antón?
Mira que tengo volcada
la olla y voy a sentarme
contigo a cenar.
ANT.—¿Qué cantan,
Pascuala, en la calle?
PAS.—Apenas
les entendí una palabra.
Zagales deben de ser
que tomando el fresco vagan
por el lugar...
ANT.—Chist... Detente,
que pienso que otra vez cantan.
MUSICOS.—(*Dentro.*)
"La Luna de la Sierra
linda es y morena".
ANT.—A tí, Pasuala, parece
la canción.
PAS.—A las muchachas
del lugar siempre las hacen
coplas los mozos que cantan
y bien sabes que ninguna
de aquí, de aquesto se escapa.
Cena, cena.
ANT.—Bien podían
perdonar a las casadas
que ya sé que a las doncellas
les hacen coplas y enraman

las puertas.
PAS.—Tienes razón
y ellos más si lo excusaran,
más la libertad soltera
incurre en mayores faltas.
Cena y déjalos, que ya
han pasado. ¡Malas Pascuas
y mal San Juan les dé Dios!
ANT.—Amén.
PAS.—Amén. A Dios gracias
contigo ninguno de ellos
pueden competir en nada.
(*Vuelven a sonar instrumentos.*)
ANT.—(*Disimulando.*)
Come más, mujer.
PAS.—(¡Maldito
Maestre de Calatrava!
Muerto esta noche te lleven
antes que amanezca el alba.)
MUSICOS.—(*Dentro.*)
"Luna que frío reluces
toda la noche me alumbras ..."
ANT.—¡Otra luna!... ¡Vive Dios
que tanta luna me cansa!
PAS.—Cena y déjalos, por Cristo...
ANT.—No quiero cenar, Pascuala.
PAS.—¿Y he de pagar yo las culpas
del enfado que te causan
esos villanos?
ANT.—No sé.
PAS.—¿Que no sabes?
ANT.—Cena y calla,
que después cenaré yo...
PAS.—¡Ay, Dios! ¡Ya vuelven
mis ansias!
ANT.—(*Excitado.*)
Esos no son labradores,
ni son guitarras serranas
estas, ni aldeanos versos
aquellos. ¡Sombras me espantan
aquí! (*Golpéase la frente como loco.*)
PAS.—(Loca estoy, ¿qué haré?
¿Llamaré a Mengo?)
ANT.—¡Ya basta!
¡Oh pesia mi! ¡Tanta luna
sobre mi honra! Mal haya
el hombre que con mujer
de nombre famoso casa!
PAS.—No digas por Dios, no digas .
Piensa, repórtate, aguarda;
pues ya que tienes de mí
satisfacciones tan altas,
no es justo que te moleste
lo que por la calle pasa.
ANT.—Dices bien; tienes razón,
loco de cólera estaba
de ver que sabiendo todos
mis bríos y honor no hayan
respetado esos mancebos
como deben, nuestra casa.
Novedad me ha parecido
más la mocedad gallarda
los disculpa.
PAS.—A cenar vamos.
ANT.—Norabuena.
PAS.—Y noramala
para quien contra mi gusto
los gustos me sobresalta.
(Extraña es tanta prudencia
en él.)
ANT.—Mas no comes nada
estando la olla tan buena...
PAS.—¿Que no como?
(*Dan con una piedra en la ventana.*)
ANT.—¿Fué pedrada?
PAS.—¿Pedrada? ¿No será antojo
tuyo?
ANT.—Antojo, Pascuala,
debió de ser. Yo no ceno
más; perdóname y levanta
la mesa en cenando tú.
PAS.—(Toda esta noche es borrasca.
¡Ay Dios! ¿En qué te ofendí
que de esta suerte descargas
tanto rigor?)
ANT.—(Piedras tiran
y las piedras te amenazan
en el honor. ¡Si es de vidrio
lo romperán a pedradas!...
Yo soy labriego y vasallo
...y él Príncipe; la distancia
que no se llena con honra,
¡con la vida hay que llenarla!...)
PAS.—¿Posible es esto, Dios mío?
¿Qué recelas, qué me callas?
¿Qué fulgor hay en tus ojos
que con tal fuerza me espanta?
¿Qué hablas solo que pareces
loco de atar? Ea, basta
de recelos y de sombras.
Digamos la verdad clara.
¿Qué razón hay para estar
así? ¿Cual es la desgracia
que nuestras paces altera
y nuestros contentos agua?
ANT.—Yo estoy sin gustos agora.
¡Déjame!...
PAS.—¿Así me separas
de tu lado?
ANT.—(*Yendo a Pascuala.*)
(¡Esto ha de ser!)
PAS.—¿Dónde vas?
ANT.—¡Adonde vaya!

(*Pascuala intenta detenerle y forcejean.*)

PAS.—¡Por Dios te pido que alientes!
¡Escucha!

ANT.—¡Déjame!

PAS.—¡Aguarda!

ANT.—(*La empuja y sale.*)
¡Malhaya quien con mujer
de nombre famoso casa!

PAS.—¡Malhaya yo, que te pierdo,
y mi hermosura mal haya!
¡Así perezca esta noche!
¡Así la entierren mañana!
¡Así tronchase la muerte
aquestas flores livianas!
(*Desgárrase el corpiño y suéltase el pelo.*)
¡Así secaren mis labios!
¡Así mis ojos cegaran!
¡Así mis manos desgarren
lo blanco de mi garganta!
¡Así mis trenzas encubran
lo negro de mi mortaja!
(*Transición.*)
Amor mío que me dejas
en estas rudas batallas,
tan triste y tan indefensa,
tan sola y desamparada,
pues me desdeñas de hermosa
y de famosa me ultrajas,
sean tus manos justicias
de mi hermosura y mi fama.
Malhaya yo, pues que vivo.
Bien hayas tú, si me matas.
Mátame, amor de mi vida.
¡Mátame, amor de mi alma!
(*Salen Bartola y Mengo a los gritos.*)

Pascuala, Bartola y Mengo.

MEN.—¿Qué fué?

BAR.—¿Qué tienes?

MEN.—¿Qué estás
con esa cara de muerta?
¡Jesús, María! El vestido
desgarrado.

PAS.—¡Suelta, suelta!

MEN.—Las manos como granizos.

BAR.—La frente como candela.

PAS.—Dejadme.

BAR.—Yo bien lo sabía
que acabaría la fiesta
de los celos en borrasca.
Que ese Antón, que Dios me tenga
atado corto...

PAS.—Detente
y habla de él con la prudencia
que es del caso.

MEN.—¿Y es del caso
que te hallemos en aquesta
condición, por causa de él
y de sus modos de fiera?

BAR.—¿El se desata las manos
y yo he de atarme la lengua?

PAS.—Dejemos lamentaciones,
que nada son ni remedian
y vamos a lo que importa;
que lo que importa es que vuelva.
Sal tú tras él y procura
darle en todo la contenta,
que se fué desesperado
y ya sabes que paciencia
tiene poca. ¡Dios nos valga
y a mi casa me lo vuelva,
que sin él vivo el tormento
de las ánimas en pena!

MEN.—Agora es otro costal
el de buscarle, con esta
noche de boca de lobo,
por andurriales y breñas.
¿Qué te parece, mujer,
vernos asina en la empresa
de hulusmear a un mal genio,
zambullido en su caverna?

BAR.-Que vayas presto y lo traigas.

MEN.—¿Que vaya, sin que tú vengas?

BAR.—¿Y he de ir yo como espantajo
a media noche?

MEN.—Requiescant
entonces por el difunto,
si el Señor no lo remedia.
(*Asómase a la reja.*)
¡Qué noche! ¡Qué oscuro está!
Oigan los de las vigüelas
cómo se ocultan.

PAS.—¿Qué dices?

BAR.—(*Presurosa a la ventana.*)
¿Quién se oculta?

MEN.—Hacia las eras
veo relumbrar a las espadas...

BAR.—¿Relumbrar y con lo negra
que es la noche? ¡Lo ensoñaste!

MEN.—Allá fueron.

PAS.—(Qué secretas
ansiedades me devoran.)
Corre en el instante; vuela
y tráelo. ¡Dios nos valga
y a mi casa me lo vuelva!

MEN.—Dios me valga a mí, que soy
quien se va a poner más cerca
del otro mundo!

BAR.—Despacha,
gallina.

MEN.—Dime corneja,

puesto que salgo de noche
con más miedo que vergüenza. (*Sale.*)

Pascuala y Bartola.

PAS.—Si Dios me lo torna,
si Dios me lo vuelve,
iré donde él vaya,
por siempre, por siempre.
Volver a mirarle,
volver a tenerle.
Tras estas malditas
sospechas crueles...
¡Qué sed de sus ojos
los míos padecen!...
¡Qué hambre mis oídos
de escucharle tienen!

BAR.—Tú vives y adoras
presurosamente,
y aquel que más corre
más presto se tiende.
Vete más despacio,
que luz que da siempre
muchas llamaradas
apagarse quiere.

PAS.—Prudencia en amores
a frío transciende,
que amores rehuyen
los modos prudentes.

BAR.—Digas lo que digas,
pienses como pienses,
el hombre celoso
no es panal de mieles.
¿Están bien las cosas
que agora suceden,
sin más que un antojo
de verte y no verte?
¿De qué recelaba
tan rústicamente,
si no es de lo hermosa
que dicen que eres?
¡Pues miren los males,
los inconvenientes,
que a otros dan finezas
y al tuyo desdenes!

PAS.—Amor que no cela
es falso y es breve;
amor encelado,
ni finge, ni miente.

BAR.—Según lo que dices
se ve que prefieres
a un galán que pague
un zagal que pegue.

PAS.—¿De cuál galán hablas,
ni cómo es que vuelves
a darme pesares
fingiendo placeres?

BAR.—Bueno es que rechaces,
mas no que te alteres,
cuando en otras cosas
tal flema tienes.

PAS.—Mejor es que calles...

BAR.—Mejor es que pienses...

PAS.—(*A la reja.*)
¿Cómo es que no asoma?
¿Cómo es que no viene?
(*Pausa.*)
¿Qué bultos se esconden
tras de las paredes?

BAR.—Antojos que fingen
las ansias que tienes.
¿Qué bultos? La noche
mirar no consiente.
(*En voz alta como contraseña.*)
"La luna no sale,
la luna no quiere."

PAS.—(*Avanzando.*)
¿De cuál luna hablabas
agora entre dientes?
¿Qué mañas intentas?
¿Qué lazos me tiendes?
Cierra la ventana,
que bien sé que quieres,
hallándome sola,
tus lazos tenderme.

BAR.—Disculpan tus modos
las ansias que tienes,
que extrañas locuras
a mí me parecen.
No así te consuman
por cosas que tienen
remedio tan fácil
como el de que esperes.
Vive más al uso
del vivir, y entiende
que tu amor de luna
llevará satélites;
que si tu marido
nunca más volviese,
tú le olvidarías,
con lo que le quieres;
que el sufrir es largo
y el gozar es breve
¡Y que somos nieblas
hombres y mujeres!

PAS.—Hables lo que hables,
pienses como pienses
deja que suspire,
déjame que ensueñe.
Aunque mi marido
nunca más volviese,
le estaré esperando
desde aquí a la muerte.
Luna de la Sierra
no tendrá satélites,
porque mi blancura

no me los consiente.
No por una juzgues
todas las mujeres,
pues que ves que adoro
lo que tú aborreces.
Déjame que tema,
déjame que ensueñe.
(*A la ventana.*)
Déjame que mire
por sin con amor vuelve...
Que el penar tan largo
por amor es breve,
cuando amor enlaza
hombres y mujeres.
(*Sale Mengo despavorido.*)

Dichas y Mengo.

MEN.—¡Dios nos valga!
PAS.—Presto, di...
BAR.—Vamos, hombre, dilo presto.
MEN.—Aguarda que pase esto
que se me atraganta aquí.
PAS.—¿Vuelves sin él?
MEN.—¡No, que no!
Y aun gracias que vuelvo; a fe
que hubo instante que pensé
quedarme donde él quedó
PAS.—¿Dónde?
MEN.—En la cárcel está.
PAS.—¿Quién lo prendió?
MEN.—Pues...
PAS.—¡Acaba!
MEN.—¡El Maestre de Calatrava!
PAS.—¿Cuándo fué?
MEN.—Cuando salió
de aquí y en la mesma puerta
fuese un grupo a despejar
porque dieron en cantar;
una ronda estaba alerta
del Maestre y le prendieron,
y a Adamuz se lo han llevado
y allí queda encerrojado.
PAS.—¿Hubo riña?
MEN.—Y no le hirieron
por un milagro de Dios,
que él bien recio peleaba.
PAS.—(¡Maestre de Calatrava!)
(*Transición.*)
¡Allá partimos los dos!
MEN.—¿Dónde?
PAS.—A Adamuz.
MEN.—Lo primero
que dijo; que estés aquí
y que yo me torne allí
tras hacer el mensajero.
Que te sosiegues, que en breve
la Reina lo sacará,
que, ¿qué más? No sé si habrá
algo más. Sí. Que le lleve
ropa y algunos dineros,
porque allá por Adamuz
los escudos echan luz
en rincones caceleros.
PAS.—Ven que te los dé. ¿Y estaba
con ánimos o abatido?
MEN.—Cada palabra un rugido.
PAS.—(¡Maestre de Calatrava,
tú libre y él en prisión,
él es el noble y tú el vil.
Tú rastreas en reptil
y él ruge como un león!)
(*Sale con Mengo.*)

Bartola y el Maestre.

(*Bartola va con sigilo a la ventana y agita el pañuelo. Suenan voces y ruido de grupos.*)
BAR.—¿Sois vos, Maestre? Llegad
a la puerta sin cuidado.
(*Sale a abrir y entra el Maestre.*)
¡Qué trazas habéis usado
tan sutiles! En verdad
que ese rústico de Antón
tan amarrado a los celos
se tirará de los pelos
agora con la prisión.
MAE.—¿Dió tu marido el relato?
BAR.—Completo diólo y con arte.
Agora de nuevo parte
a Adamuz.
MAE.—¿Cuándo?
BAR.—En un rato.
¿Está la ronda avisada
para prenderlo y alerta?
MAE.—No bien asome la puerta
habrá segunda emboscada.
Mas yo les dejé advertido
que aun cuando en el lance media
es ajeno a la comedia,
y así esté mejor servido
en la cárcel, que no el tal
Antón, que si no ando listo
me atraviesa ¡vive Cristo!
delante del mesmo umbral.
¿Dónde he de esconderme?
BAR.—Allí
entrad, que ya mi marido
asoma.
(*Entra el Maestre y salen Pascuala y Mengo con un lío de ropa. Pascuala cae en una silla y se tapa la cara con las manos.*)
MEN.—Voy prevenido
como el que más. Porque así...

Pascuala, Bartola y Mengo.

MEN.—Pienso en Adamuz entrar...

Lo otro corre de mi cuenta,
porque en llegando a la venta
ya sabré de qué cenar.
Como esta mujer de Dios
de nada se maravilla,
piensa que mi campanilla
no traga más que la tos.

BAR.—¿Te quejas y te despido
hasta salir del lugar?

MEN.—¿Me vienes a acompañar,
mujer de Dios?

BAR.—Sí, marido
del infierno.

MEN.—(*A Pascuala.*) No más llores
y queda adiós.

PAS.—Con él vas.

MEN.—Llora que te llorarás...
¡Ya vendrán tiempos mejores,
mujer! (*Sale con Bartola.*)

Pascuala, luego el Maestre.

PAS.—(*Con arrebato.*)
¡Vendrán! ¡Vendrán! ¡Sí!
Vendrán, Luna de la Sierra,
o no hay justicia en la tierra
ni en los cielos para ti...
(*Va a la ventana. El Maestre asoma y la contempla de espaldas un instante.*)

MAE.—(¡Quién me lo dijera! ¡Quién
aquesto en mí sospechara!
¡No tiemblo todo? ¿No temo
todo por una villana?
¿Cuáles ansias son aquestas
que nunca sentí? ¿Qué extraña
fuerza me clava en el suelo
como un muerto en pie, sin alma?)

PAS.—¿Cómo no van adelante
si ya dejaron la casa?
(*Retírase de la ventana y ve al Maestre.*) ¡Vos! ¡Vos! ¡El Maestre! ¡Aquí!

MAE.—Que tú no sabes mis ansias...

PAS.—Aquí, en mi casa. ¡A estas horas!

MAE.—Escúchame.

PAS.—¡Dios me valga!

MAE.—Qué fueron, Luna tus ojos,
que tú no sabes la magia
que me dieron... ¿No me ves
que tiemblo al mirarte?

PAS.—Basta.
¿Y a aquestas horas venís,
Maestre de Calatrava,
con la roja cruz al pecho
y al cinto la noble espada,
a acometer tal empresa
y a realizar tal hazaña?
¿Para sorprender de noche
a una mujer desdichada,
sin otro amparo que Dios,
traéis al cinto la espada
y la roja cruz al pecho?

MAE.—(*Suspenso.*)
¿Quién eres tú? ¿Cómo hablas
que oyéndote me sonrojo
de mí mismo? ¿Qué me mandan
tus ojos, que son mis reyes,
tu voz, que es mi soberana,
tu ira, que es mi propia afrenta,
tus ansias, que son mis ansias?

PAS.—No de Granada a las guerras,
aunque arde en guerras Granada,
sino a burlar sin peligro,
a traicionar a mansalva,
a acorralar a una pobre
mujer, que por todas armas
tiene unos ojos que lloran
una agonía tan larga.

MAE.—Ese llorar de tus ojos,
Luna gentil, Luna blanca,
es la señal de que cesa,
con mi locura, mi infamia.
(*Tira la espada.*)
Lejos la espada del cinto,
que no ha menester espada
quien ya está herido de muerte
por esos ojos que matan.
Veme temblar como un niño;
ve mi color alterada.
Mira la cruz de mi pecho
y la vergüenza en mi alma.
Vil fuí, rufián fuí, cobarde
fuí, y humillaciones tantas
de mi linaje de reyes
fueron por una villana.
Mas hora tú eres la reina
y yo el villano, quien manda
eres tú; quien obedece,
yo...

PAS. — (¡Amor mío, que me guarda!
¡Como las alas de un ángel
me van cubriendo tus alas!)

MAE.—¿Qué meditas? ¿Tus rencores
no cesan, viendo mis ansias?

PAS.—¿Ansias vos? ¿Por mí?

MAE.—¡Por ti!
¡Ansias de amor que me acaban!
¡Celos del hombre que adoras
y a quien tengo entre mis garras
de león!
(*Pascuala da un salto y se apodera de la espada.*)

PAS.—¡Cobarde! ¡Cobarde!
MAE.—(*Sorprendido.*)
¿Qué es lo que intentas, villana?
PAS.—Matarte intento, por vil,
Maestre de Calatrava.
¿Qué, retrocedes? ¿Qué, tiemblas,
rufián de cruz encarnada?...
MAE.—(*Conteniéndose.*)
¿Rufián? ¡Oh!...
PAS.—¡Rufián! ¡Rufián!
¡Aquestas son tus hazañas!
¡Valiente con las mujeres!
¡Cobarde con las espadas!
MAE.—¡Aquesto más! ¡Si es que [intentas
matarme, de una vez mata!
Mas, ¡vive Dios!, que has de oirme
el odio que me rebasa
contra el hombre a quien adoras
y a quien tengo entre mis garras!
PAS. — (*Avanza con la espada. El Maestre con habilidad esquiva el golpe y forcejean*) ¡Cobarde!
MAE.—(*Asiéndola del brazo.*)
¡Traidora!
PAS.—(*Gritando.*) ¡A mí!
MAE.—¡Suelta!
PAS.—¡No suelto!
MAE.—¡Villana,
suelta!
PAS.—(*Gritando.*)
¡A mí! ¡Rufián! ¡Con una
mujer luchas!
(*Cae al suelo aferrada a la espada. Suena ruido de gentes y se oyen voces fuera.*)
VOCES.—(*Fuera.*) ¡Venganza!
OTRAS.—(*Idem.*) ¡Venganza!
MAE.—¿Eh? ¿Qué es aquesto?
(*Desasiéndose de Pascuala.*)
PAS.—(*Incorporándose.*) ¡La hora
de tu juisticia!
(*Gritando.*) ¡A mí!
MAE.—(*Yendo hacia ella, que seguirá en el suelo.*) ¡Basta!
Aunque el infierno acudiera
a salvarte, no llegará
a tiempo! ¡Mía has de ser
viva o muerta!
PAS.—(*Forcejeando.*) ¡A mí!
VOCES.—(*Fuera. Más cerca.*)
¡Venganza!
(*Bichos y Antón, al frente de un grupo de labriegos con bieldos y hoces.*
ANT.—(*Conteniendo el grupo.*)
¡Venganza, no, vive Dios!
Justicia, sí; pronta y dura.
(*A los del grupo.*)
Acogedme a esa criatura
y dejadnos a los dos.
MAE.—(*Altivo y frío.*)
Como de villanos es
la emboscada preparada.
ANT.—Aquesto de la emboscada
lo trataremos después.
MAE.—¿Y me acorralas así,
no a solas y frente a frente
sino con golpe de gente,
todos juntos contra mí?
ANT.—¿Pues cómo lo hicisteis vos
mandándome aprisionar?
MAE.—¡Vive Dios, que es traicio- [nar!
ANT.—No es traicionar, ¡vive Dios!
Que ya dije por derecho
que al punto saliesen todos
por daros más acomodo
de pelear pecho a pecho.
¿Pensáis que por ser campestre
he de ensayar mis poderes
no más que contra mujeres
como cualesquier... Maestre?
¿Que he de apresar al marido
con mi ronda preparada
y acechar la madrugada
como cualquier foragido,
poniendo en la mujer mano
furioso por el despecho...
con una cruz en el pecho,
con una espada en la mano?
MAE.—¡Basta!
ANT.—¡No!
MAE.—¡Sí, por mi nombre!
ANT.—¡No, por el mío, ha de ser!
Tan bravo con la mujer
y tan cobarde ante el hombre...
MAE.—(*Avanzando.*)
¡El alma te he de arrancar!
(*Reparando en los aldeanos.*)
¡Tanto soy, que tantos son
contra mí!...
ANT.—Aquesa canción
también la pude cantar
yo cuando gentes pagadas
por vos y por vuestra cruz
me llevaron a Adamuz,
con las manos esposadas.
Vos las atáis, ¡vive Dios!
Yo os dejo libres las manos.
¡Que así somos los villanos
con Maestres como vos!...
MAE.—(*Exasperado.*)
¿Pues cómo no miras, necio,
quién eres y quién soy, di?

¿Cuándo un Maestre usó aquí
otras armas que el desprecio
con las gentes de tu casta
y condición, a no ser
por burlaros la mujer?...

ANT.—(*Furioso.*) ¡Basta!

MAE.—(*Irónico.*) Agora dices basta
y agora dices que no,
pues te gané la partida;
si está en tus manos mi vida,
(*Mirando a Pascuala.*)
tu honra...

PAS.—(*Furiosa.*)
¡Mientes! ¡Mientes!

ANT. — (*Cogiendo por el cuello al Maestre.*) ¡Oh,
ven! (*Apretando y mirando a Pasuala.*) ¿Miente?

PAS.—¡Miente, sí!
¡Arráncale el alma entera!

ANT. — (*Apretando el cuello al Maestre.*) ¡Muere, por vil!...

PAS.—(*Acercándose.*)
¡Sí, que muera
por vil!

ANT.—(*Dejando al Maestre muerto y volviéndose sudoroso y jadeante a Pascuala.*) ¿Mintió?

PAS.—¡Sí!

ANT.—(*Mirando el cadáver, vase a él loco, y pónele el pie encima.*)
¡Mintió! ¡Mintió!

(*Pausa corta. Pascuala, subyugada por su amor, no se da cuenta del muerto y no quita los ojos del marido. Los labriegos, sombríos y en silencio, formarán grupo para el cuadro.*)

ANT.—(*A los labriegos.*)
Oidme, hermanos, agora:
Esto que acabáis de ver
bien visteis que no es venganza,
que sólo justicia es:
él atentaba a mi honor
y yo a su vida atenté.
"¡¡Esta es la justicia
que mandan hacer!"
(*Con exaltación.*)
¡Hermanos en el trabajo,
en las hambres y en la sed;
del agosto en las calores,
del invierno en la aridez...
Hermanos en el tormento
del ultraje del poder...
"¡Esta es la justicia
que mandan hacer!"
¡Alzad, hermanos, alzad
vuestros bieldos, y entended
que el rey mandará soldados
que me vengan a prender!
Si los bieldos se levantan
todos juntos, gritaré:
"¡Esta es la justicia
que mandan hacer!!"

PRENSA POPULAR. - Calvo Asensio, 3. - Madrid. - Apartado 8.008.

La novela TEATRAL

Precio: 30 cts

LA HERMOSA FEA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL DE

Lope de Vega

REFUNDIDA POR

TOMAS LUCEÑO

PERSONAJES

ESTELA, Duquesa.—CELIA.—BELISA.—RICARDO, Príncipe de Polonia.—OCTAVIO.—JULIO.—EL GOBERNADOR DE LORENA.—EL CONDE.
Acompañamiento.
La acción en el Ducado de Lorena.—Edad media.

ACTO PRIMERO

Sala de paso en la estancia del príncipe Ricardo.

El conde y el gobernador.
CON.—Mi señor agradece vuestro celo,
sabe que en este hospitalario suelo
es costumbre tratar con atenciones
a príncipes y reyes de naciones
que por Lorena sienten vivo afeto.
GOB.—Merecedores sois de ese respe-
(to.
La duquesa, señor, ha ordenado,
como Jefe supremo del Ducado,
que acuda a la morada con frecuencia,
del príncipe Ricardo a la presencia.
Extraño no sería
que tanto él como su señoría,
extranjeros en este pueblo hidalgo,
de mí necesitarias para algo.
Soy el gobernador, de quien depende
el orden del Ducado que defiende.
CON.—En tanto que Ricardo se com-
(pone,
pues visitar a Estela se propone,
gran placer yo tendría
en recorrer con vuestra compañía
los principales sitios del Ducado.
que hanme dicho se halla adelantado.
GOB.—¡Tanto honor resistir no fuera
(justo!
Y en servirte, señor, cifro mi gusto,
(*Vanse los dos.*)
Ricardo, Octavio y Julio.
OCT.—Fuera temeraria empresa,
pero muy digna de ti.
RIC.—Todo cuanto en Francia vi
no iguala con la duquesa.
JUL.—Un ángel me pareció
que de mujer se vistió,
si alguna vez se ha vestido.
RIC.—No he leído yo jamás
que se vistió de mujer;
pero como pudo ser,

no pudiste decir más.
OCT.—En cuanto el sol mira y dora
se alaba su gallardía.
RIC.—¡Oh, qué divina armonía
hacen en una señora
la majestad en el talle
y en el rostro la hermosura!
JUL.—El oro y la nieve pura
de nuestra Alemania, calle
con su rara perfección.
RIC.—Parece que en su belleza
retrató naturaleza
mi propia imaginación.
Aquí me pienso quedar
de secreto algunos días
para verla.
OCT.—Bien podías
tener de hablarla lugar,
porque aún no sabe quién eres.
RIC.—Tú sólo sabes quién soy.
OCT.—Pues la palabra te doy,
príncipe, si hablarla quieres,
después de guardar secreto,
de hacer que posible sea.
RIC.—Haz, Octavio, que la vea,
y ser tu esclavo prometo.
JUL.—Si sabe que estás aquí,
muy difícil ha de ser,
porque te ha de conocer.
OCT.—Escucha un remedio.
RIC.—Di.
OCT.—Escribe a su prima Celia
(con quien tienes parentesco),
diciéndola que obligado
por asuntos del momento,
presuroso a España fuiste;
por cuya razón, sintiéndolo,
a Estela no has visitado;
mas ofreces que tan luego
como retornes irás,
según cumple a un caballero,
a rendir ante sus plantas
homenajes y respetos.
De este modo en la ciudad
quedas sin ella saberlo;
que no ha de faltar después
astucia, modo o ingenio
para que la veas y hables,
según cuadre a tu deseo.
RIC.—Dices bien y lleve Julio
la carta... (*A Julio.*)
pero advirtiendo
que si la duquesa Estela
te pregunta—como pienso—
que si la he visto, la dices
que la vi, pero que creo
que no responde su fama
a la verdad de los hechos,
que su belleza es engaño
de algún pintor lisonjero;
y si la opinión afirma
que es de hermosura un portento
su rostro, a mí me parece
extremadamente feo.
Repítela que es "muy fea".
JUL.—Y ¿no hallaste mensajero
mejor en cuantos te vienen
desde Polonia siguiendo?
A qué mujer, cuando fuese
lo más ínfimo y plebeyo
la dijeses que era fea,
que tuviera sufrimiento
para no tomar venganza;
cuanto más un ángel bello
como Estela. ¿Pues no sabes
que entre los diez mandamientos
hay uno que me parece
que ha de ser el seis y medio
y dice: "no llamarás
en ningún lugar ni tiempo
vieja o fea a una mujer,
so pena de ir al infierno?"
Repara que en su palacio
le ha de ser muy hacedero
ordenar que a puro golpes
me pinten en todo el cuerpo
más cardenales morados
que hay en el Sacro Colegio.
RIC.—Si en realidad fuese fea
sería insulto grosero
llamárselo: siendo hermosa,
como la dice su espejo,
ha de enojarse conmigo
y emplear su entendimiento
en tomar de mí venganza.
(*A Octavio.*)
Esto, amigo, es lo que quiero;
resultará de este agravio
que adrede y audaz la infiero,
venturas más halagüeñas
para mi amoroso anhelo,
que si al verla me postrara
rendido a sus pies diciendo:
"sois la mujer más hermosa
que al mundo echaron los cielos."
OCT.—Aun no comprendo, señor,
claramente tus intentos.
RIC.—Ten calma, que lo demás
ha de decírtelo el tiempo.
JUL.—Escucha, señor: después

que la llame fea, emprendo
las escaleras abajo
y no paro en año y medio.
RIC.—Después... (*Bajando la voz.*)
oidme los dos,
que tengo interés en ello.
(*A Octavio.*)
Con tu fiel amistad, Octavio, cuento,
y a descubrirte voy mi pensamiento.
Callado lo tendrás.
OCT.—Sabe tu alteza
que mi lealtad iguala a mi nobleza.
De ambas puedes estar harto seguro;
y por mi honrosa espada yo te juro
un silencio perfeto.
RIC.-Pues para dar a mi intención efeto
busca al gobernador secretamente;
que me prenda le encargas...
(*Movimiento de asombro en Octavio y Julio.*)
Solamente
pocos instantes preso na de guardarme,
que orden le habrán de dar para soltar-
(me.
(*Con intención muy marcada.*)
¡Como yo no soy yo!
OCT.—¡Idea extraña!
RIC.—Puesto que se figuran
que hacia España
voy en camino con mi servidumbre,
según en estos casos es costumbre,
y en aqueste Ducado no me vieron
ni jamás mi persona conocieron,
Estela, al fin mujer, tendrá impaciencia
porque me lleven preso a su presencia
para saber quién fué tan vil y osado
que a las leyes faltó de su Ducado.

JUL.—Pero dinos, por Dios, príncipe in-
(vito;
qué falta o que delito
te habremos de imputar... ¡El caso es
(grave!
¡Qué dirán en Polonia si se sabe!
RIC.—(*A Octavio.*)
Yo te escribo una carta redactada
y por mi mesma mano rubricada,
en que te cuente el caso extraordinario
de que Lauro, mi antiguo secretario,
en la primer jornada
jugóme una pasada
huyendo de mi lado, ruin y artero,
robándome las joyas que más quiero:
y te añado que tengo por sabido
que en aqueste Ducado está escondido.
Como de aquí ni un punto yo me mue-
(vo,
todos han de tenerme como nuevo;
y creyendo que soy Lauro el bergante,
me prenden al instante.
Al palacio de Estela soy llevado;
ella querrá saber por de contado
si el príncipe la estima y la desea,
y entonces yo comienzo la tarea
referente a mi plan... y por mi vida,
que he de verla a mis pies arrepentida
de tanta vanidad por su hermosura,
pues de este modo la altivez se cura...
Vamos, Octavio tu lealtad me fía.
OCT.—Tu ventura la juzgo como mía...
JUL.—(*Aparte y yéndose con Ricardo y Octavio.*)
La diré que aunque es fea
que se pinte y verá cómo hermosea.
(*Vanse.*)

CUADRO SEGUNDO

Sala en casa de Estela.

Estela y Celia.

EST.—Ya sabrás, Celia querida,
que el príncipe aquí ha llegado,
y me extraña, por mi vida,
que no te haya visitado.
Mal cumple su obligación
de pariente.
CEL.—Yo respeto
su firme resolución;
que viajando de secreto
sin querer ser reconocido,
el que aquí le viera entrar
con recato y escondido
pudiera al fin sospechar
algo que a mi honor ofenda
poniéndole en entredicho.
EST.—Perdóname que no entienda
en qué funda su capricho;

que todo el que se reboza
es que abriga algún temor
y aquesto a la gente moza
le hace muy poco favor.
CEL.—No sospeches, prima mía,
cosa que empañe su fama
ni desluzca su hidalguía.
Vino aquí por una dama,
a quien quiere contemplar
sin un testigo indiscreto,
pues la quiere enamorar
y aqueste ha sido el objeto.
EST.—¿Y ella conoce al galán?
CEL.—Nunca le vió, mas no ignora,
porque dicho se lo han,
que altas prendas atesora.
A su rango superior
une figura arrogante.
EST.—Y ella ¿merece el amor
de príncipe tan galante?
CEL.—Con pena he de confesarlo
si justicia quiero hacer;
mejor me fuera callarlo,
porque para una mujer
no hay nada más horroroso
que tener que confesar
que hay un rostro tan hermoso
que a nada puede igualar.
De belleza es un dechado
y de gracias, un portento;
su origen es elevado
y es pasmoso su talento.
Obra de Dios es de fijo;
tanto en ella se esmeró,
que al echarla al mundo dijo:
"Ahí va lo que sé hacer yo."
EST.—Me extraña que en mi Ducado
tan bella mujer exista,
y la vida haya pasado
sin gozar yo de su vista.
(*Con fingimiento.*)
¿Quién podrá ser?
CEL.—Torpe eres;
pero toma mi consejo
si es que averiguarlo quieres.
Mira tu faz al espejo,
dejando aparte el recato,
y allí verás sin demora
el más perfecto retrato
de la que el príncipe adora.
EST.—(*Con fingida sorpresa.*) Es a mí.
CEL.—Deja quimeras.
Tu razón no lo ignoraba.
EST.—Es verdad; mas me gustaba
que tú me lo repitieras.
Y ¿dime, Celia, me vió
el príncipe vez alguna?
CEL.—Vióte, y aun te contempló
al resplandor de la luna
en noche en que tú salías
al jardín a solazarte.
Tú, inocente, no sabías
que estaba en aquella parte.
EST.—Y, ¿sabes qué parecer
a su opinión merecí?
CEL.—Como no le he vuelto a ver
no sé que ha dicho de ti.
Pero la fama te aclama
de hermosa resplandeciente,
y él, al lado de la fama,
se habrá puesto ciertamente.
Y. ¿será su amor en vano?
EST.—Veremos; porque, en rigor,
muchos pretenden mi mano,
y he de escoger el mejor.

Dichos y Belisa; después, Julio.

BEL.—(*A Celia.*) Hablarte quiere un [criado
del príncipe de Polonia.
CEL.—Me alegro. Dile que pase.
(*Vase Belisa.*)
¿Ves la injusticia notoria
con que le habemos tratado?
Querrá saber a qué hora
podrá venir.
EST.—Ya le vuelvo,
pues lo merece, la honra.
(*Sale Julio y se arrodilla a los pies de Estela.*)
JUL.—Señora, dame los pies.
EST.—No soy yo la que buscais.
JUL.—Sin razón culpa me dais,
que este yerro acierto es,
pues me trujo el resplandor
de su divina belleza
a saber que es vuestra alteza
de dos soles el mayor;
y así me vuelvo al segundo,
(*por Celia.*)
a quien traigo este papel.
Mirad lo que dice en él.
(*Le da un papel a Celia y ésta lo lee para sí. A Estela.*)
Y yo, feliz en el mundo
porque un ángel he mirado
en la señora duquesa,
donde parece que cesa
cuanto puede haber pintado
con los más vivos colores
la sabia naturaleza.

Y perdone vuestra alteza
que de estrellas y de flores,
no os haga un retrato aquí
como suelen los poetas,
porque prendas tan perfetas
son deidades para mí.
CEL.—Ya del papel me he enterado.
EST.—¿Qué escribe?
CEL.—Que se partió
a España.
EST.—Quién le llamó.
CEL.—Un asunto delicado.
Discúlpase con viajar
de secreto.
JUL.—(*A Estela.*) Y por guardar
(así tu hermosura goces),
a tu grandeza respeto...
EST.—Pues a mí que me importara
cuando a Celia visitara.
JUL.—Esto de venir, secreto
debió de ser la ocasión
por la poca autoridad.
EST.—¿Qué dijo de esta ciudad?
JUL.—Que las de tu estado son
la parte mejor de Francia.
EST.—¿Vióme a mí?
JUL.—Ya te vió a ti,
que para venir aquí
fué lo de más importancia.
EST.—¿Qué le parecí?
JUL.—Si das
licencia a Celia, diré
lo que dijo.
EST.—Si daré
JUL.—(*A Celia.*) Oye, pues.
(*Habla con Celia aparte.*)
CEL.—¿A mí no más?
¿Qué puede ser que no sea
de su rostro en alabanza?
No otra cosa se me alcanza.
JUL.—(*Muy bajito y con recelo de ser oído por Estela.*)
Ha dicho que era muy fea.
CEL.—¿Qué dices?... ¿Estás en ti?
JUL.—Por eso te quise hablar
aparte.
CEL.—Estoy por pensar
que te has burlado de mí,
que me pareces de humor.
JUL.—Tentado soy del despejo,
mas siempre las burlas dejo
cuando respeto el valor;
no he visto necio a mi amo,
señora, con tanto extremo.
CEL.—¿Cómo necio?
JUL.—Y aún blasfemo
de un ángel.
CEL.—Pues yo le llamo
dichoso, aunque no discreto;
porque a parecerle bien
quedara al mayor desdén
que ha visto el mundo sujeto:
que de cuantos la han servido
ninguno agradarle puede,
y es mejor que libre quede,
que a lo imposible rendido,
¿la duquesa fea?
JUL.—Sí.
CEL.—¿Tiene ese hombre entendimien-
[to?
JUL.—Un mal gusto es fundamento
de que le parezca así;
fuera de ser cosa llana,
que no hay disputa en los gustos.
CEL.—Sí; pero gustos injustos
hacen la razón villana.
JUL.—Hombres hay que un día obscuro
para salir apetecen,
y el sol hermoso aborrecen
cuando sale claro y puro;
hombres que no pueden ver
cosa dulce, y comerán
una cebolla sin pan,
que no hay más que encarecer;
hombres en India casados
con blanquísimas mujeres
de extremados pareceres,
y a sus negras inclinados;
según esto la duquesa
no deja de ser hermosa
por un mal gusto.
CEL.—Es la cosa
más nueva y que más me pesa
de cuantas pudiera oir;
ven por la carta después.
JUL.—Dadme, señora, los pies
y de no se lo decir
palabra.
CEL.—Vete en buen hora.
JUL.—Guarde el cielo a vuestra alteza,
en cuya hermosa cabeza
el laurel que Apolo dora,
brille de Francia o España.
EST.—¿Tu nombre?
JUL.—Julio es mi nombre.
EST.—¿Qué oficio?
JUL.—Soy gentilhombre
que a sí mismo se acompaña.
Ahora soy embajador
del príncipe que me envía,

y si tú, astro del día,
de dulce y suave calor,
tus órdenes no me das,
admite mi despedida,
que está, su misión cumplida,
un embajador de más. (*Vase.*)

Estela y Celia.

EST.—Brava plática tuvistes;
¿Qué trataste? ¿Qué dijistes?
Si dió materia el papel,
dirá que está enamorado
de mí el príncipe, y que fué
perdido a España.
CEL.—No sé.
EST.—¿Quién duda que te ha contado
(que es ordinario en los hombres)
que en toda Francia no vió
dama, Celia, como yo?
Con todos aquellos nombres
de ángel, estrella, jazmín,
clavel, perla, y otras cosas
tan necias y mentirosas,
¿de mí que te dijo, en fin?
CEL.—No eran cosas de importancia
las que hablamos.
EST.—¿Cómo no?
CEL.—Antes de enojo; y si yo
le volviese a ver en Francia...
EST.—¿Qué murmuras? ¿Fué, por di-[cha,
descompostura de amor?
¿Pidió. necio, algún favor?
CEL.—Tengo, duquesa, a desdicha
tener tan necio pariente.
EST.—Dime lo que es.
CEL.—No es razón.
EST.—¡Qué confusión!
CEL.—Cosas son
de aquella bárbara gente.
EST.—Quien quisiere a una mujer
a puras ansias matar,
procúrele dilatar
lo que quisiere saber;
ni fué jamás discreción
dejar razón comenzada.
CEL.—Si puede ser escusada,
antes parece razón.
EST.—Celia, lo que fuere sea.
CEL.—¡Qué porfiar tan prolijo!
Dijo el príncipe...
EST.—¿Qué dijo?
CEL.—Dijo el necio que eras fea.
EST.—Pues bien, ¿fué mucho el agra-[vio?
CEL.—¿Cómo puede ser mayor?
Pregúntale a tu color
si le importa el desagravio,
pues ya te escribe el desprecio
en la cara vergonzosa
con letras de pura rosa
el agravio de este necio.
EST.—Confieso, Celia, que ha sido
el repetirlo el criado
ocasión de haber quedado
en parte mi honor corrido.
Hazme placer cuando vuelva
de decirle que se quede
conmigo.
CEL.—¿Julio qué puede,
cuando a quedar se resuelva,
hacer para tu venganza?
EST.—¿Nunca has oído contar
que aquel que se quiere ahogar,
cualquiera cosa que alcanza
tiene fuertemente asida?
Pues así tengo pensado
que el asir de este criado
es asegurar mi vida.
CEL.—¿Qué dices?
EST.—Que este ha de ser
por quien me pienso vengar,
que invención no ha de faltar
para que me vuelva a ver;
y si me ve, ten por cierto
que ha de adorar la fealdad
que dice, y que mi crueldad
le ha de ver perdido y muerto,
o no ha de haber alma en mí.
CEL.—Con razón estás quejosa;
pero es imposible cosa
que puedas vengarte así;
mejor fuera...
EST.—No hay mejor;
déjame, Celia, pensar
cómo le pueda obligar
para que me tenga amor;
que una vez enamorado,
con la risa y el desprecio
quedará de aqueste necio
mi sentimiento vengado;
que no hay venganza que sea
más discreta y más gustosa
que hacerle querer hermosa
a quien le ha parecido fea.
Así de aqueste enemigo
vengarse mi agravio piensa,
porque de la misma ofensa
se ha de sacar el castigo.
Del príncipe Ricardo la misiva
a contestar yo voy, y en expresiva

forma que el alma le traspase, quie-
[ro
darle a entender que anduvo algo gro-
[sero.
Aunque la carta firmes, yo la dito;
coje la pluma mientras la medito...
(*Después de breve pausa.*)
Ya la idea está aquí...; corre no sea
que del cerebro escápese la idea.
(*Celia escribe.*)
"Príncipe de Polonia: Tu criado
la carta me entregó, con el recado
que jamás que de tu alteza parecía
de un ser que anduvo siempre en com-
[pañía
de los que cuidan mísero ganado,
y le crian tan mal, que es mal criado.
No te vió la duquesa,
y ella misma confiesa
que Dios en esto la otorgó ventura;
porque de tu figura
tantos elogios hízole la gente,
que si te ve se muere de repente...
Se muere de repente, enamorada,
y esto fuera, señor, broma pesada.
Guarde el cielo tu vida y prendas be-
[llas.
para encanto de viudas y doncellas."
El sobre escrito, así, y en letras gran-
[des,
que lo pueda leer el que esté en Flan-
[des.
(*Dictando.*)
Príncipe de Bolonia.
(*Marcando mucho la palabra Bolonia.*)
CEL.—Estela, no es Bolonia, que es
[Polonia.
EST.—Pon Bolonia, que en suma
hay errores de pluma
que tienen más acierto y evidencia
que aquello que se escribe con concien-
[cia.
Dichos y Julio, que aparece en el foro.
JUL.—Por la respuesta vengo, que hoy
[es día
de estafeta, y mandársela querría...
CEL.—Aquí la tienes ya...
(*Le da la carta.*)
EST.—Vóime, en efeto,
porque el estar yo aquí fuera indis-
[creto.
(*Vase.*)
Celia y Julio.
JUL.—No te enfades, por favor,
con este humilde criado,
que ha sido desvergonzado
por boca de su señor;
pues por la suya no fué,
como debes reparar.
CEL.—A quien se debe culpar
todavía no lo sé;
al que dijo que era fea
o a ti, porque fuera justo
que ocultaras su mal gusto;
pero no hay nada que sea
más peligroso, en rigor,
que servirse de un criado
necio, torpe o desahogado...
JUL.—Mil gracias por el favor.
Pero también verdad es
(y perdóneme que insista),
que no has pecado de lista
al contárselo después.
En cuestión tan delicada
tres indiscretos ha habido:
un príncipe esclarecido,
una dama encopetada,
y yo, que sirvo con celo,
aun sin ser de los más duchos;
ten panciencia, "mal de muchos,
de los tres será consuelo".
CEL.—Pero, Julio, en conclusión,
bajo tu palabra honrada,
¿consideras acertada
del príncipe la opinión?
O ¿tú también has tenido
a la duquesa por fea?
JUL.—No quiera Dios que me vea
falto de tan gran sentido;
que sólo pusiera un ciego
en duda tanta hermosura.
Es ángel de nieve pura
con dos estrellas de fuego.
Es toda nácar lustrosa,
en cuya boca tan bien
las bellas perlas se ven
por celosías de rosa,
cuyo dulce movimiento
enseña un rojo clavel,
que es el intérprete fiel
de su raro entendimiento.
Sus mejillas encarnadas
de manutisas parecen,
cuando entre aljófares crecen
del alba pura esmaltadas;
y por no hacerlas agravios,
te digo que son más bellas,
señora, que sólo ellas
compitieran con sus labios.
Cuando a las manos te inclines

de tanta gracia están llenas,
que son rayos de azucenas
formando un sol de jazmines.
Y, en fin, su rostro hechicero
es como el sol de Sevilla,
que aunque esté nublado brilla
más que el sol del mundo entero.
CEL.—Pues para el príncipe ha sido
Estela un demonio fiero.
JUL.—Porque es un gran majadero.
CEL.—Me parece que te ha oído
la duquesa.
JUL.—¿Dónde?
CEL.—Estaba
oculta tras esa puerta.

Dichos y Estela.

EST.—Escuchándote encubierta
de tus lisonjas gustaba,
y como de la alabanza
resulta siempre afición,
tu ingenio y buena opinión
tanto con mi gusto alcanza,
Julio, que quiero pedirte
que en mi servicio te quedes.
JUL.—¿Pero cómo podrá ser
sin licencia de mi dueño?
EST.—A sacarte de ese empeño
pienso que tendré poder
con escribir a Ricardo.
Tú, entretanto que responde,
y que a quien es corresponde
como de su nombre aguardo,
estarás conmigo aquí,
que me has parecido bien.
JUL.—Gracias, señora, te den
tus mismas gracias por mí.
Alaben tus altas glorias
y tus virtudes perfetas
en sus versos, los poetas,
y en su prosa, las historias.
EST.—¿Dónde estará tu señor ahora?
JUL.—Aun no habrá llegado
a España: (ya su cuidado
es de venganza o de amor.)
(*Salen el gobernador y Octavio.*)
OCT.—No es razón que le deis cuenta
(para afrentar este hidalgo)
a la duquesa.
GOB.—Yo salgo
al remedio de esa afrenta.
EST.—¿Qué es eso, gobernador?
GOB.—Señora, ha escrito Ricardo
el príncipe de Polonia
desde Lunevilla a Octavio,
que hurtándole muchas joyas
se le ha vuelto el secretario
a tu corte. Dióme parte
de este suceso, y buscando
los sitios de más sospecha
en una quinta le hallamos.
Como avisarte de todo
cuanto pasa me has mandado,
aunque Octavio no quería,
a tu presencia le traigo.
EST.—Octavio.
OCT.—¿Señora?
EST.—Muestra la carta.
OCT.—Esta es.
JUL.—¡Qué extraño
suceso! ¿un hombre tan noble
en tanta bajeza ha dado?
EST.—(*Lee.*)
Señor Octavio, después
daros cuenta de que voy con
salud, aunque sintiendo
vuestra ausencia: sabed
que Lauro, mi secretario,
con algunas joyas mías
se ha ido esta noche con
admiración mía y de
mis criados, siendo tan
gran caballero: si volviere
a esa ciudad, donde
entiendo que una dama
le ha obligado a este
desatino, haced que
sin afrenta suya sepa
de vos el disgusto con
que quedo. Dios os
guarde. El príncipe de Polonia.
GOB.—¿Conocéis aquesta firma
Julio?
JUL.—¿Y cómo? aunque no creo
de Lauro el error que veo
y que esa firma confirma.
EST.—¿Quién le trae?
GOB.—El capitán
de campaña.
EST.—Verle quiero.
GOB.—Entrad.

Dichos y el capitán, que saca a Ricardo preso.

EST.—¡Gentil caballero
y por extremo galán!
¿Sois Lauro vos?
RIC.—Sí, señora.
EST.—Despejad ambos la sala.
Celia y Julio no más queden.
GOB.—Haremos lo que tú mandes.
(*Vanse Octavio, gobernador y capitán.*)

Estela, Celia, Ricardo y Julio.
EST.—Di, caballero, ¿sirviendo
a tan gran señor le hurtabas
sus joyas y fugitivo
desde el camino de España
a Lorena te volvías
y oculto en mi corte estabas?
¿Qué ocasión pudo moverte
para tan infame hazaña,
impropia de un bien nacido?
RIC.—Señora, en cuya alabanza
de entendimiento y belleza
gasta la parlera fama
trompetas de inmortal bronce,
del fénix purpúreas alas;
sabe que no he cometido
bajeza ni acción taimada;
que vengo preso. es verdad;
mas preso de amor que mata;
porque en tu corte mis ojos
vieron su dicha más alta
contemplando la hermosura
mayor que el cielo mirara.
Por eso desde el camino
volvíme aquí; que la carta
en que el príncipe refiere
lo de las joyas hurtadas
ha sido invención de él
creyendo que me obligaba
a volver al lado suyo
haciendo ultraje a mi fama.
Porque Ricardo y yo. siempre,
desde la primera infancia
fuimos como Julio sabe,
dos cuerpos y un sola alma.
JUL.—Lo afirmo y lo ratifico.
RIC.—Tal ha sido mi privanza,
que era yo Ricardo y él
Lauro, sin que se notara
diferencia entre los dos;
tanto que nunca se hallaba
Ricardo un punto sin mí;
pero si acaso te espanta
la ingratitud con que olvido
la amistad que nos ligaba,
si amor merece disculpa
amor, señora, me salva.
EST.—Si robo de voluntades
y no de joyas preciadas
volver os hizo a Lorena,
disculpo acción tan honrada.
Seguid, Lauro, vuestro intento,
y si alguna cosa os falta,
en mí la tendréis segura.
RIC.—Más que mis labios mi alma
besa mil veces la tierra
que pisan tus suaves plantas.
A verte vendré, si otorgas
a mi afán dicha tan alta.
EST.—Holgaréme de saber
si os corresponde la dama,
y qué fin vuestro amor tiene.
¿Celia?
CEL.—¿Señora?
EST.—La salva
con que ha entrado este navío
muestra que de paces trata;
si serás la dama, Celia...
CEL.—Cree que no me pesara;
porque un buen mozo no entra
todos los días en casa.
(*Vanse Estela y Celia.*)
Ricardo y Julio.
RIC.—¡Ay, Julio! (*Suspirando.*)
JUL.—¡Acá estamos todos!
RIC.—¿Cómo juzgas que se entabla
mi pretensión?
JUL.—Lindamente;
pero guarda bien las cartas,
no te conozcan el juego,
aunque es nueva la baraja.
RIC.—¿Qué contestó a lo de fea?
JUL.—Allá verás de tu carta
la respuesta; y lo que entiendo
es que ha quedado picada
y que vengarse desea.
RIC.—Yo haré de suerte que salga
muy caro para su amor
el precio de su venganza.

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de Estela.

Estela y Celia.
EST.—Estoy contenta de ver
de Lauro el entendimiento.
CEL.—Mucho me asombra tu intento.
EST.—Soy agraviada y mujer.
CEL.—Si miento en llamarte fea

¿qué venganza de su error
es para mostrarle amor
solicitar que te vea?
EST.—Porque tengo confianza
en poderle enamorar;
y aquí pretendo fundar
la más discreta venganza.
Hasta llegar a querer,
un hombre es hombre.
CEL.—Es verdad,
que pierde la libertad
y ya lo deja de ser.
Te hablo así porque lo siento;
y Lauro, ¿hate declarado
quién es la dama que ha dado
principio a su pensamiento?
EST.—No lo ha querido decir,
ni era justo porfiar;
secreto la quiere amar
y no la quiere servir.
¿Qué hay, Julio?

Dichas y Julio.

JUL.—Venir, señora,
a ver si te sirvo en algo,
que con lo poco que valgo
mi desconfianza ignora
servicio que pueda hacerte
de más consideración,
que para toda ocasión
ser tu esclavo hasta la muerte.
EST.—Hoy se ofrece en qué podrás
mostrarme ese buen deseo.
JUL.—Y hoy la dicha en que me veo
si tanto favor me das.
EST.—¿Quién es la dama a
quien ama Lauro?
JUL.—Pésame, por Dios,
porque aunque amigos los dos
nunca me dijo su damá.
Lo que sí afirmo, señora,
es que su dama está dentro
de palacio; este es el centro
de la que su pecho adora:
Y en una cosa me fundo;
que no siendo en tu morada,
le importa muy poco o nada,
lo que ocurre en este mundo.
Duermo en su mismo aposento
y el observarle da grima;
pues cada suspiro arrima
que retiembla el pavimento.
Qué más: en noches pasadas
tal resoplido atizó
¡que de la cama cayó
abrazado a las almohadas!

Y por este desconcierto
en que vive, yo no sé
a quién dedica su fe.
EST.—Pues yo tengo por muy cierto
que eres tú, Celia.
CEL.—¿Yo?
EST.—Sí.
CEL.—No lo crea vuestra alteza;
fíe más de su belleza.
EST.—¿Qué dices, quererme a mí?
CEL:—¿No se ve claro, en tener
Lauro secreto su amor?
EST.—¡Qué desatinado error!
CEL.—¡No puede un hombre querer
sin ofensa del sujeto.
con reserva y discreción?
EST.—No es amor, Celia, pasión
que sabe guardar secreto;
ahora bien, quien fuere sea,
ya es mucha curiosidad;
por lo menos es verdad
que no le parece fea;
vamos de aquí.
CEL.—Siempre asiste
ese pensamiento en ti.
EST.—¡Necia en ofenderme fuí
de agravio que no consiste
en la razón siendo el gusto
un albedrío sin ley.
Que de los sentidos rey
puede ser justo o injusto;
mas ya que mi confianza
dice que es ofensa mía,
no dejaré la porfía
hasta cumplr la venganza!
(*Vanse.*)

Julio, Ricardo, Octavio.

OCT.—Ya que caminan tan bien
por la privanza de Estela
tus cosas, que a tu cautela
no hay crédito que no den,
para mi satisfacción
sabe que es Celia querida
dulce ilusión de mi vida,
y que ha llegado ocasión
en que me puedas pagar
lo que te he servido en esto.
RIC.—En obligación me has puesto
que no puedo rechazar.
Yo te debo un gran favor;
mira en qué puedo servirte.
OCT.—Basta Ricardo: decirte
que Celia inspírame amor.
Tú, si la ocasión se ofrece,
infórmala bien de mí,

pues mejor se escucha así
al que de amores padece.
RIC.—Fía de mí, que tendré
más cuidado que del mío.
OCT.—De ti mi remedio fío.
RIC.—¿Amigo Julio?
JUL.—Aguardé
que con Octavio acabases
el comenzado discurso,
para no romper el curso
de lo que con él tratases.
RIC.—¿Hablaste al gobernador?
JUL.—Díle tu carta fingida,
de su gusto recibida
por ser de tan gran señor.
Dije que yo había venido
de dónde el príncipe estaba;
que si responder gustaba,
el que la había traído
mañana se partiría.
OCT.—¿Carta le escribes?
RIC.—Después sabrás, Octavio, lo que [es.
JUL.—Cuando de verle venía,
doy con Celia y con Estela,
de quien, señor, entendí
que se han de lucir en ti
la ficción y la cautela.
Notable examen, por Dios;
sobre saber quién ha sido
la dama que te ha traído,
hicieron en mí las dos;
porque debo de pensar
cada una que es por ella.
Yo dije que de tu estrella,
bien podía imaginar
que en el palacio vivía.
pues fuera a nadie mirabas;
que de noche suspirabas,
y andabas triste de día.
RIC.—Bien hiciste, porque es justo
ir poco a poco y a tiento;
porque de este fingimiento
no nos resulte disgusto.
JUL.—Dices bien; pero yo sé
que hay cierto temor en ti.
OCT.—La duquesa viene aquí.
RIC.—Vete, Julio. (*Vase Julio.*)
OCT.—Y yo me iré,
volviéndote a suplicar
no se te olvide mi encargo.
RIC.—Déjalo, amigo, a mi cargo;
que contento has de quedar.
(*Vanse Octavio y Julio.*)
Estela y Ricardo.
EST.—Lauro, ¿estás solo?
RIC.—Aquí estaba Octavio.
EST.—¿Fuese?
RIC.—Se ha ido.
EST.—Muchas veces he querido,
pues la ocasión me brindaba,
amigo Lauro, fiarte
un secreto y me ha faltado
atrevimiento; hoy me ha dado
licencia mi honor de darte
satisfacción del temor
y cuenta; de lo que espero,
que tan noble caballero
hará por mi propio honor.
RIC.—Imagine vuestra alteza
las fábulas o verdades
de las pasadas edades
llenas de horror y extrañeza;
imagine que pretende
del Campo Elíseo un laurel
y que al lanzarme sobre él
el infierno le defiende;
que no pondré duda alguna
si lo intentan estorbar
la tierra, el infierno, el mar
y el poder de la fortuna.
EST.—Pues en esa confianza,
caballero ilustre, advierte
que aquel día que me vió
el príncipe tu pariente,
dijo, (no sé cómo diga
la causa que me entristece),
que era yo en extremo fea.
Mírame bien frente a frente.
Ahora quiero yo que veas
lo que somos las mujeres;
tal enojo tuve, Lauro,
que no hay cosa que no intente
por vengarme de este necio.
y así quiero, pues tú puedes
ayudar a mi venganza,
que mi amistad recompenses
en escribir a Ricardo
que venga a Lorena a verme.
Tú has de decir en la carta
que tanta privanza tienes
conmigo, que te he contado
mis pensamientos mil veces,
y que te dije que el día
que me vió, sin que él supiese
que yo le vía, le vi;
y me dejó de tal suerte
tan perdida desde entonces,
que habiendo sido yo
siempre alegre, vivo tan triste
que no hay cosa que me alegre;

él es hombre, al fin, y mozo
y pienso que como piense
que una mujer como yo
con tanto extremo le quiere,
vendrá sin duda a buscarme;
y si el necio a verme viene,
le tengo de enamorar
tan diestra y tan falsamente,
que llegue a vivir sin alma;
y si este caso sucede
como le tengo trazado,
y tú, Lauro, no me vendes,
tengo de hacer que Ricardo,
aunque no quiera, confiese
que soy lo que dicen todos,
y que en haber dicho miente
que soy fea, despreciando
lo que otros muchos pretenden.
RIC.—No sé cómo puede ser
que le pareciese mal
un ángel tan celestial
en figura de mujer;
pero os puede consolar
que de vuestra parte estaba,
pues siempre se desalaba
lo que se quiere comprar.
Con justicia os vengaréis;
y así pienso despachar
a Julio, que sabrá dar
como criado y discreto
la carta en su propia mano.
EST.—Pues esto aparte escuchad:
Si en nuestra firme amistad
todo cumplimiento es vano
¿por qué si a tu corazón
yo confié mi secreto,
no me dices el sujeto
que enardece tu pasión?
¿Cuál es, Lauro, aquesa dama
a quien quieres?
RIC.—Gran señora,
no me preguntéis ahora
cómo mi dama se llama;
porque siendo desigual
notable ofensa sería.
EST.—El favor y amistad mía
¿cómo puede estarte mal
sea quien fuere la dama,
pues yo ayudarte prometo?
RIC.—Por pagar vuestro secreto
lo diré... Celia se llama.
EST.—Pésame.
RIC.—¿Por qué?
EST.—Yo soy
con vosotros desgraciada,
jamás me ví desairada
como ahora... (¡loca estoy!);
Tu dueño me llama fea
y tú, aun de burlas, no quieres;
(tan descortés, Lauro, eres)
querer que la dama sea;
notable estrella he tenido con vosotros.
RIC.—Pues señora,
si yo te dijera ahora
a tu grandeza atrevido
que eras el alto sujeto
de mi humildad ¿no me hicieras
castigar?
EST.—No, mientras fueras
honestamente discreto;
porque ¿cómo puede ser
dar castigo por amar?
Por amar se ha de premiar,
que no por aborrecer.
RIC.—Duquesa y señora mía,
dándome tanta licencia
vuestra discreta prudencia,
vuestra dulce cortesía,
bien averiguar podría
quién es el sol que me enciende
y me hiela y acobarda;
quién la tirana gallarda
que en su dulce ángel me prende;
quién me entiende y no me entiende
quién es mi dulce homicida,
quién mi esperanza perdida
en tanta gloria convierte,
que de tan hermosa muerte
aun se halla indigna mi vida.
¡Ea, pues, atrevimiento:
ya es hora y tiempo de hablar,
pues os manda declarar
vuestro oculto pensamiento;
mas si lo que callo y siento
se puede en los ojos ver,
presumir y conocer,
aunque me deje morir,
no se lo quiero decir;
pues no lo quiere entender!
(*Vase.*)

Estela; después Celia.

EST.—Con razón me tuvo atenta
relación tan bien fundada;
de oírle quedo admirada,
mas no quedo descontenta:
que cualquiera atrevimiento,
siendo amoroso, perdona
a una gallarda persona
un discreto entendimiento.
Mucha licencia le dí
por saber a quién quería,

mas sirva en disculpa mía
el quererme Lauro a mí;
porque enojada y corrida,
estaba desconfiada,
del príncipe despreciada,
y de Lauro aborrecida;
que a quien ninguno procura
querer bien y vive en calma,
¡o es hermosura sin alma,
o es alma sin hermosura!
(*Sale Celia.*)
CEL.—Bien de espacio vuestra alteza
ha estado con Lauro.
EST.—Emprendo
la venganza que pretendo;
a su ingenio y su nobleza,
prima mía, he confiado
el hacer que venga aquí
Ricardo.
CEL.—¿Y dice que sí?
EST.—Esa palabra me ha dado.
CEL.—Pero dime: ¿preguntaste
a Lauro la dama?
EST.—Sí.
CEL.—¿Y a quién ama Lauro?
EST.—A ti.
Tú, Celia, le enamoraste;
tú le trajiste a Lorena,
por ti su dueño olvidó.
CEL.—Imposible creo yo
ser motivo de su pena.
EST.—No me dé el cielo ventura
si no me lo dijo así.
CEL.—¿Que me quiere Lauro a mí?
EST.—Bien puedes estar segura.
CEL.—¿Y agradecida también?
EST.—Eso, no: porque es mal paso,
cuando sabes que te caso,
querer a ninguno bien.
CEL.—Si le pesa a vuestra alteza
ni le veré ni hablaré.
EST.—No me pesa; pero sé
que puede su gentileza
impedir la voluntad
del tratado casamiento,
si este nuevo pensamiento
te quita la voluntad.
CEL.—(*Con tristeza amorosa.*)
Bien;
trataré con desvío
al pobre Lauro.
EST.—(*Muy seria.*)
Bien hecho,
porque no puede tu pecho
amar sin permiso mío.
(*Vase.*)

Celia, después Ricardo y Julio.

CEL.—Mucho me pide si intenta
que muestre a Lauro rigor,
porque resistido amor,
con la privación se aumenta. (*Vase.*)
(*Salen Julio y Ricardo.*)
RIC.—Ponte, Julio, de camino;
y por la posta saliendo;
a vista de la ciudad
llegarás a donde tengo
al conde y a los criados
que de Polonia vinieron
en mi servicio, y dirás
que vuelvan todos fingiendo,
aunque con poco ruido,
que vengo también con ellos.
Parte, Julio, con cuidado.
JUL.—Ya parto en brazos del viento,
para volver con sus alas.
(*Vase Julio.*)

Ricardo, Celia, Estela, Gobernador.

CEL.—¿Lauro?
RIC.—¿Señora?
CEL.—¿Qué es esto?
¿dónde despachas a Julio?
RIC.—Que busque al príncipe quiero,
por dar gusto a la duquesa.
CEL.—Ahora me dijo su intento,
y que te había preguntado
quién era tu amado objeto.
RIC.—¿Y qué te dijo?
CEL.—Que tú
la confesastes... No acierto
a decirte que soy yo;
pero si no te agradezco
tanto amor, que por el mío
hayas dejado a tu dueño,
y aventurando tu honor
en ocasión te hayas puesto
de estar en país extraño
con nombre tan bajo y preso,
mal cumplo la obligación
de mi noble nacimiento.
RIC.—Celia, yo sé que un hombre des-
[dichado,
para mayor desdicha, fué dichoso,
como mi ejemplo muestra, que he lle-
a romper mi silencio temeroso. [gado
Díjome Octavio que eras,
Celia hermosa,
alma de sus sentidos, y que estaba
sin la suya por ti, con amorosa
ternura que las piedras ablandaba.

A Octavio favorece, sin que Octavio
sienta mis celos, y tu amor mi agravio.
CEL.—Traidor fuiste a los dos; a ti [callando
tu amor, cuando su amor te fué di- [ciendo,
y a mí, pues, mis favores despreciando;
de tu villana condición me ofendo;
ninguno me hable aunque se muera [amando,
porque a los dos estoy aborreciendo.
RIC.—Oye, señora.
CEL.—¡Pecas de imprudente!
RIC.—(Por Dios, que la engañé
discretamente.) (*Vase.*)
EST.—¿Carta del príncipe a ti?
GOB.—Por mano de Octavio ha sido
este milagro.
EST.—Ofendido
Ricardo estará de mí,
viendo que dí libertad a Lauro.
GOB.—Engáñase en todo
vuestra Alteza de otro modo
intenta hacerle amistad.
EST.—¿Cómo amistad?
GOB.—Esta es
la carta, que vista, fuera
causa que pena me diera
de haberle preso después. (*Dale una carta a Estela, y ésta a Celia.*)
EST.—Celia ¿es su letra?
CEL.—Y su firma.
EST.—Lee
CEL.—Escucha.
EST.—Como sombra
este Príncipe me asombra,
y sus agravios confirma.
CEL.—(*Lee.*)
"El enojo que me dió Lauro
"con su necia partida, me
"hizo tomar tan mal con-
"sejo por detenerle; Suplico
"a V. S. que si está preso, le
"de libertad, y si no, le
"persuada que se vuelva
"conmigo, que estoy en
"una aldea, a dos leguas
"de esa Corte, enfermo des-
"de que se partió; porque
"fuera de ser mi primo,
"es mi mayor amigo."
EST.—Dos cosas vienen aquí
notables; es la primera
ser su primo: ¿quién creyera
menos de Lauro?
CL.—Es así;
la nobleza trae escrita.
EST.—La otra, que enfermo esté
desde que de aquí se fué.
CEL.—No sin causa solicita
que vuelva Lauro con él.
EST.—Responded, Gobernador,
que fuisteis con el honor
de Lauro nada cruel,
que jamás estuvo preso,
que le hablaréis con cuidado
de verle tan agraviado
por aquel pasado exceso;
pero no le prometais
que irá a verle.
GOB.—A escribir voy.
EST.—Ni que yo avisada estoy
del mal que tiene escribais.
(*Vase el Gobernador y sale Ricardo.*)
RIC.—Pareciome que trataban,
gran señora, vuestra alteza
y el Gobernador, de mí.
EST.—Hay una cosa muy nueva.
RIC.—¿Cómo?
EST.—El Príncipe tu dueño,
mejor tu primo dijera,
a pocas leguas de aquí
está enfermo en una aldea.
RIC.—¿Enfermo?
EST.—Así lo escribió.
RIC.—¿Pues cómo estando tan cerca
no se ha sabido?
EST.—Habrá dado
también en que no se sepa
como en otras necedades;
porque presumo que piensa
que estás preso.
RIC.—A no haber sido
por tu piedad, yo estuviera,
no sólo en duras prisiones
entre la gente plebeya,
sino que también sin vida.
EST.—Primero la suya sea
ejemplo de desdichados,
y nunca a Polonia vuelva.
CEL.—¿No le dices como quiere
que Lauro vaya a la aldea?
RIC.—¿Pues escribe que yo vaya?
EST.—Con el temor de tu ausencia
aún no te osaba decir
que verte, Lauro, desea;
pero si sientes tu agravio
(como es razón que lo sientas,)
no pienso yo que en tu vida
volverás donde te vea.

RIC.—Si mi ausencia, como dice,
la ha de sentir vuestra Alteza,
perdone esta vez Ricardo,
por más que la sangre mueva
los deseos de su vista;
fuera de estar mi inocencia
tan sentida de su agravio.

Dichos y Julio.

JUL.—Quien pensara que pudiera
vover tan presto de España.
RIC.—¿Es Julio?
JUL.—Con razón llegas
a dudar si Julio soy
dando tan pronto la vuelta,
porque un rayo comparado
conmigo es una carreta.
Tu mandato está cumplido.
EST.—Fué el criado que escogí,
fiado en su diligencia,
para hacer lo que mandaste.
EST.—¿Te dió Ricardo respuesta?
JUL.—Sí, señora (*A Ricardo.*)
y como porte
de tu carta esta cadena. (*A Estela.*)
Queda loco del retrato
de la señora duquesa,
de suerte que al mismo punto
como si tu imagen bella
fuera de milagro, pide
le den de vestir y queda
tan alentado y brioso,
que el Conde y la gente nuestra
dicen que hasta dió en el aire
tres o cuatro zapatetas.
EST.—Pues el que me tuvo en poco
y a quien parecí tan fea
¿cómo es que con mi favor
y mi retrato se alegra?
RIC.—Debe de querer el cielo
dar a tu venganza fuerzas.
JUL.—Antes de una hora está aquí.
RIC.—(*A Estela.*)
¿Y de qué modo conciertas
que venga a verte Ricardo?
EST.—Por que no demos sospechas,
verme de noche podía.
RIC.—¿Y cómo quieres que sea?
EST.—Hablándome como amante
por alguna de las rejas
que salen a mis jardines.
RIC.—(*Con fingida tristeza.*)
¡Ya voy previniendo penas!
EST.—¿De qué, Lauro?
RIC.—¡Ya, señora,
de aquel favor no te acuerdas
con que prometiste dar
vida a mi esperanza muerta!
EST.—Me acuerdo.
RIC.—¿Pues no es razón
que celos de un hombre tenga
de las prendas de Ricardo?
EST.—(*Haciendo mutis.*)
Calla, Lauro, que si llega
esta venganza a su punto,
como un agravio desea,
tendrá celos de ti.
RIC.—Beso los pies de tu Alteza.
(*Vase Estela.*)

Dichos, menos Estela.

CEL.—¿Lauro?
RIC.—¿Celia?
CEL.—¿No hablarás
conmigo mientras Estela
con el Príncipe?
RIC.—Si Octavio
señora me da licencia.
CEL.—(*Haciendo mutis y como burlándose.*)
¡Qué cobarde caballero!...
(*Vase Celia.*)

Ricardo y Julio.

RIC.—¿Qué dices, Julio?
JUL.—Que enredas
tal máquina de invenciones
que es imposible que puedas,
si has de ser Lauro y Ricardo,
salir bien de lo que intentas.
RIC.—En gran peligro me veo
pues he de hablar por la reja
a Estela, como Ricardo,
y como Lauro con Celia;
pero si de todos modos
Estela amor me profesa,
¿qué daño puedo temer
cuando el engaño se entienda?
JUL.—Te pareces al halcón
que antes de coger la presa
que ha de matar y comerse,
le gusta que se defienda.
o lo que es igual, mas dicho
de difrente manera:
no vayas por lana, príncipe,
y trasquilado te vuelvas;
que un Príncipe "deslanado"
hay que tirarle a una espuerta....
RIC.—Julio, aqueso de la lana...
JUL.—Es una imagen grosera,
lo sé; pero has de advertir;
sin agravio de tu Alteza,
que "enamorado" y "borrego,"
es una palabra mesma.

ACTO TERCERO

Jardín del palacio de Estela; en el fondo la fachada del edificio, cuyas rejas son practicables. Es de noche.

Ricardo, Octavio y Julio.

OCT.—Notable invención ha sido:
tú mismo fingirte a ti;
RIC.—¿Y el conde?
OCT.—Ha venido aquí
de tus criados seguido.
RIC.—Para mí el riesgo mayor
es hablar a la duquesa.
Cuando lo pienso, me pesa
el ardid; porque en rigor
como tengo bien sabido
de Estela el raro talento,
habrá de hallar el acento
de mi voz tan parecido
al de Lauro, que es seguro
que el chasco ha de averiguar.
OCT.—Finge la voz al hablar
y así saldrás del apuro.
RIC.—Tu idea no es acertada...
Por ese extremo no paso;
que tiene algo de payaso
hablar con voz figurada.
Y en señor tan principal
como un príncipe sería
casi, casi villanía
que me estuviera muy mal.
JUL.—Ya encontré remedio a todo.
El cielo oscuro se muestra;
y aunque Estela sea muy diestra,
habla bajo, y de ese modo
tu alteza no se rebaja...
Dila que te has constipado,
y por eso te has quedado
más ronco que una tinaja.
OCT.—Dichoso fuiste, señor,
que aunque con nombre fingido
has al cabo conseguido
de la duquesa el amor.
RIC.—Como Lauro, estoy contento,
como príncipe, agraviado;
porque de mí se ha burlado
al poner su pensamiento
en hombre inferior a mí...
JUL.—Poco te debe importar.
Tú la has llegado a besar
la mano; ¿no es eso?
RIC.—Sí.
JUL.—Pues a un lado la tristeza...
Como Lauro el beso diste
y después te relamiste
como príncipe y alteza.
Cuenta para tu provecho
que dos veces la has besado.
OCT.—(*A Ricardo.*)
Tú eres más afortunado
que yo, pues miro deshecho
el castillo que forjé
en mi contienda amorosa;
porque vi que Celia hermosa
desprecia, ingrata, mi fe.
Su desdén me ha de matar.
RIC.—Celia será tuya.
OCT.—¿Mía?
RIC.—Si es que llega. Octavio, un día
en que la pueda mandar.
JUL.—Lo que yo temo. señor,
es que si Estela sospecha
la farsa que llevas hecha,
te trate con gran rigor
haciendo de ti desprecio,
quedando entonces burlado;
y siendo un hombre avisado
es triste pasar por necio.
RIC.—No tengo miedo ninguno,
que hasta ahora no voy mal.
JUL.—¿Así lo crees?
RIC.—Sí, tal.
JUL.—Pues oye un cuento oportuno.
Un jugador desgraciado,
y con decir jugador
ya se sabe que en rigor
no ha de ser afortunado.
porque si hoy gana cuarenta
al otro día los pierde.
dejando en la mesa verde
las ganancias, más noventa,
cansado de padecer,
dijo, me voy a matar;

muerto, no podré jugar
ni mucho menos perder
Vivía en una "guardilla"
que tanto al cielo pegaba,
que haciendo así le rascaba
a la luna en la barbilla.
Se echó fuera, y sin trabajo
su cuerpo al espacio fué
como quien da con el pie
a una bola cuesta abajo.
Mas viéndole por el aire
uno desde su balcón,
le dijo en tono burlón,
como quien hace un donaire,
y sin mostrar ningún duelo:
—Adiós, amigo, ¿qué tal?
—Hasta ahora, no voy mal:
veré cuando llegue al suelo.
Y es claro, al suelo llegó,
siendo inútil agregar
que ya no volvió a jugar,
porque en las piedras quedó.
Esto mi lealtad te advierte,
príncipe augusto y real:
hasta agora no vas mal...
Y ¿si hallas después la muerte?
RIC.—Silencio.
JUL.—Señor que ya
sale a la reja; está atento,
que tras la cortina siento
que alguna persona está;
y pues te has determinado,
llega a morir o a vencer.
RIC.—Dos papeles he de hacer,
que el amor me ha destinado.
Ricardo seré primero,
Lauro más tarde, y tú, Octavio,
(no presumas que te agravio),
tienes que ser mi tercero.
Y así con Celia has de hablar
como si Lauro en persona
fueses... y aquesto perdona,
que es favor que he de premiar.
JUL.—Yo entretanto como un rey
duermo hasta que alguien me llame
que el buey suelto bien se lame,
y me gusta hacer de buey.
(*Se aparta y quédase dormido.*)

Dichos, Estela y Celia.

RIC.—(*Se acerca a la reja de Estela.*)
EST.—¿Es el príncipe Ricardo?
RIC.—¿Es, señora, vuestra alteza?
EST.—Yo soy.
RIC.—Y yo quien adora
esas hermosas estrellas.
EST.—(*Aparte.*)
(¡Cielos! La voz de Ricardo
a la voz de Lauro suena.)
¿Qué diréis de mi osadía?
Pero fuese yo muy necia
si disculpara a quien vió
vuestra rara gentileza.
No he sabido defenderme,
no; vuestro rostro y presencia
de tal manera me entraron
por el alma, que es empresa
a mí superior el veros
y no ser al punto vuestra.
RIC.—(*Aparte.*) ¡Qué bien finge!
Al fin mujer.
Si amor, con milagros piensa
hacerme tan venturoso,
¿qué tengo yo que os ofrezca
si ya os he dado mi alma?
La enfermedad de la aldea
fué de amor; fué de haber visto
esa divina belleza;
de haber mirado esos ojos
que con su luz tanto queman
que el sol del Africa es nieve
comparado con su fuerza.
(*Siguen hablando apasionadamente.*)
CEL.—¿De modo que Lauro sois?
Lauro soy, hermosa Celia.
CEL.—¿Os negábais a venir
por no dar celos a Estela?
Tenéis razón porque hacemos
los dos mala competencia,
pues baza mayor...
OCT.—No sigas en ese camino, Celia;
yo a nadie puedo dar celos
y menos a la duquesa,
que me estima en poco y sabe
las ansias que tú me cuestas.
En ti están mis ilusiones.
CEL.—¿Con qué queréis que agradezca
tanta merced?
OCT.—Con pagarme;
mirad qué breve respuesta.
CEL.—Francamente, me extrañaba
vuestra pasión por Estela.
No la niego su hermosura,
pero no es lo que aparenta;
su color tan ponderado
de pintores y poetas,
no todo, Lauro querido,
se le dió naturaleza;
que oculto, guarda un estuche,
en cuyo interior encierra
pinceles para los labios,

tinta de China muy negra
para teñir sus pestañas
y prolongarse las cejas.
Su estatura no es tal alta
como indica su presencia;
porque lleva en los chapines
tacones de cuarta y media.
¿Y los dientes?... No digais,
Lauro, por Dios, que son perlas;
y si lo son, son postizas
a falta de verdaderas.
Ni es joven, ni es ilustrada,
ni juiciosa, ni discreta;
sino interesada y torpe,
presumida y altanera...
Yo la quiero con el alma,
y eso detiene mi lengua;
¡de lo contrario qué cosas
podría deciros de ella!
OCT.—¿Y si el príncipe lo sabe?
CEL.—Mejor será que lo sepa:
anticipará la boda...
que ama el hombre con más fuerza
a mujer atolondrada
que a la prudente y honesta.
OCT.—Pues yo a vos os idolatro;
¡no saquéis la consecuencia!
EST.—(*Aparte.*)
Muriéndome estoy de ver
que hablan juntos Lauro y Celia.
¿Qué haré para separarlos?
RIC.—¿Qué imagina vuestra alteza
que de repente quedóse
como si fuese de piedra?
EST.—¿Es Lauro aquel?
RIC.—Sí, señora.
EST.—Decidle que a hablarme venga,
y vos a Celia daréis
de lo que tratamos cuenta,
que es muy justo por amiga,
por mi prima y deuda vuestra.
RIC.—(*Aparte.*)
¡Notablemente sucede!
¡cuánto se engaña quien piensa
que nadie puede engañarle!
¿Lauro?
OCT.—(*Apartándose de la reja, y viniendo al proscenio con Ricardo.*)
Señor, ¿conocióte?
RIC.—Vamos bien, nada sospecha,
pero sufre de tal modo
viendo que hablas tú con Celia,
porque al fin se está creyendo
que es Lauro el que habla con ella,
que me ha mandado llamarte
y que yo te supla mientras con Celia.
OCT.—¿Y qué vas a hacer?
RIC.—Que tú a hablar
a Celia vuelvas
y yo a Estela como Lauro;
de suerte que vaya y venga
a ser dos, siendo uno mismo.
OCT.—Extrañas cosas intentas.
(*Yéndose otra vez con Celia.*)
RIC.—¡No puede mi desatino
volver atrás aunque quiera!
(*En la reja de Estela.*)
¿Es vuestra Alteza?
EST.—Yo soy.
OCT.—(*A Celia.*)
Ya vuelvo, divina Celia,
a abrasarme en vuestras luces.
CEL.—Decidme, por vida vuestra,
lo que el príncipe os quería.
OCT.—Caprichos de la duquesa
muy propios de su altivez.
RIC.—Que me llama vuestra alteza
me dijo el príncipe.
EST.—Lauro,
hame dado mucha pena
que hables con Celia.
RIC.—Señora,
Dios sabe que no quisiera
ni verte, ni haber nacido
para ser de mis ofensas
tercero como lo soy.
EST.—(¿Hay tan notable extrañeza
que a Ricardo y Lauro un mismo
acento el cielo les diera?)
¿Esos celos son de burlas,
o celos, Lauro, de veras?
RIC.—Quien llega a morir de amor,
no puede fingir sus penas.
EST.—Lauro, si yo presumiese
que la venganza que intenta
mi vanidad con Ricardo
mortificarte pudiera,
por no turbar tu sosiego
pronto desistiese de ella;
que si a tus ojos fuí hermosa
y a los del príncipe fea,
a tu dictamen me atengo,
pues claramente demuestras
que en la materia de gustos
bien puedes poner escuela.
RIC.—¡Oh, qué palabras tan dulces!
Bien haya quien paga en perlas
dolor que causan los celos.
¡Quién estuviera más cerca
para deshacer las hojas

de esas blancas azucenas
poniendo en ellas los labios!
EST.—Deseaba que amaneciera
para ver bien a Ricardo;
pero renuncio a la idea,
pues me ha parecido un hombre
de muy vulgares maneras,
de cara muy relamida
y zambo de las dos piernas
y bizco que a lo mejor
el un ojo se le entra
donde está el otro, y parece
que es un huevo de dos yemas.
Tú, Lauro... y es hora ya
de que mi alma se atreva
a suplir con la expresión
la timidez de mi lengua,
tú, Lauro, eres más airoso;
hay en tu boca elocuencia,
en tu corazón hay fuego,
distinción en tus maneras,
y así, pues, dile a Ricardo,
a ver si de aquí se ausenta,
que no conviene que el alba
en el jardín le sorprenda,
y al salir luego a la calle
los campesinos le vean.
RIC.—Lo haré como tú lo mandas,
que noches, señora, quedan
para engañarle; y como es
mozo de poca experiencia,
de su figura orgulloso
y pagado de sus prendas,
de fijo que ya se cree
que por su amor estás muerta.
EST.—Dices bien, que es presumido.
Adiós, Lauro. (*Con mucha ternura.*)
RIC.—Adiós, Estela:
¡mi alma te sigue anhelosa!
EST.—La mía contigo queda.
(*Quédanse un rato así hasta que llegue el momento de besarla Ricardo* "estrepitosamente" *la mano, que será al mismo tiempo que Octavio besa la de Celia.*)
CEL.—Adiós, Lauro.
OCT.—Celia, adiós.
Piensa en mí.
CEL.—Y en mí tú piensa
que el corazón en ti dejo.
OCT.—¡Y al mío tú me le llevas!
(*Suenan los besos que Ricardo y Octavio dan a Estela y Celia, produciendo un sonido exagerado, a cuyo ruido se despierta Julio, que durante esta escena ha dormido sobre un banco.*)
JUL.—¿Qué es eso? ¿Fuego en guerrillas?
¡El enemigo está cerca!
La infantería a este lado,
los caballos a la izquierda.
RIC.—Calla, majadero.
(*Tratando de despertarle.*)
JUL.—(*Reponiéndose.*) Callo,
señor; pero ten en cuenta
que como dormido estaba
y tengo sangre guerrera,
el ruido que oí, creílo
fragor de ruda pelea.
(*Reparando en Octavio.*)
Triste se ha quedado Octavio.
OCT.—Ciertamente que no alegran
dichas fingidas.
RIC.—La aurora
ya por su boca risueña
dilata cándidos rayos;
flores y fuentes la besan
los coturnos de oro y nácar.
JUL.—(*Interrumpiéndole.*)
Y yo dijera en mi lengua
que la mañana salía
en chapines o en chinelas.
RIC.—¡Amor, qué será de mí!
¡Amor, cuánto me atormentas!
JUL.—¡Amor!... ¡Maldita tu estampa!
¡cuanto tocas estropeas!
(*Vanse.*)

ACTO CUARTO

Salón del palacio de Estela.

Estela y Celia.
EST.—Tendrasme que obedecer
y a gusto mío casarte.
CEL.—Pero no puedo ocultarte
que a mi disgusto ha de ser.
Un hombre existe no más

que mi cariño posea.
EST.—No quiero saber cuál sea.
CEL.—Mi desgracia causarás.
EST.—No tal, que una vez casada
amarás a tu marido:
ninguna feliz ha sido
casándose enamorada...
Yo sé bien que esas tristezas
son por Lauro, a quien adoras,
por quien suspiras y lloras
y al que dices mil ternezas;
pero has de tener sabido
que Lauro me confesó
en la reja, que era yo
su dueño más preferido.
CEL.—Estela, tu aturdimiento
pensar claro no te deja.
¡Si Lauro estuvo a mi reja
sin apartarse un momento!
Si mientras tú conversabas
con el príncipe extranjero,
Lauro, en amor verdadero
decía que se abrasaba;
si toda la noche hablando
estuvo de vuestra alteza,
de cuya rara belleza
dice que vive dudando.
¡Si añadióme que el color
que en tu semblante fulgura,
es obra de la pintura
que te aplicas con primor!...
que tus dientes son postizos,
que en los chapines te pones
media cuarta de tacones;
que son falsos tus hechizos...
y por fin, tan maldiciente
de tu persona le vi,
que airada le reprendí
por su lenguaje insolente.
Y al despedirse de mí
imprimió en mi mano un beso.
(*Enseñándola una mano.*)
Míralo... que aun está impreso,
fíjate y veráslo aquí.
EST.—Imposible, prima mía...
tu mano es falso testigo
porque Lauro habló conmigo
hasta amanecer el día;
y al despedirse de mí,
loco mis manos besó,
y las señales dejó...
mira: aquí, aquí y aquí.
(*Señalándola las dos manos.*)
Se mostró tan dulce amante
que mi amor le dí a entender,
porque al fin supo vencer
mi corazón de diamante.
CEL.—Puesto que se ha declarado
de esa suerte vuestra alteza,
en mí fuera ya bajeza
darte con celos cuidado.
que no le hablaré en mi vida,
que prenda tan estimada
no ha de ser de mí enojada
sinó adorada y servida. (*Vase.*)
Estela y Julio.
JUL.—El príncipe, mi señor,
cerca de ti una embajada
dióme, pero más honrada
que la embajada anterior;
la cual consiste en traerte
este precioso retrato,
que contemplándole un rato
puedes feliz distraerte.
EST.—Dame.
(*Queriendo apoderarse de él.*)
JUL.—(*Ocultándolo.*)
Por una razón
en mi poder le retengo,
y es porque primero tengo
que darte una explicación.
Modelo de hombres galantes,
hubo el príncipe pensado,
en un marco, rodeado
de perlas y de brillantes,
colocar la imagen fiel
de su rostro altivo y regio,
para darte el privilegio
de que le vieras en él;
pero anoche en el jardín
te oyó frases delicadas
de amor, a Lauro expresadas,
su competidor al fin;
y del hecho pesaroso,
mas queriendo tu ventura,
cambió al marco la figura,
y la de Lauro dichoso
en su lugar colocó;
mandándome que te haga
saber que Lauro propaga
en la Corte que alcanzó
tu amor tan apetecido;
siendo causa esta torpeza
que se burlen de su alteza
aquellos que lo han sabido:
Y cumplida lo mejor
que pude aquesta embajada
como dije, más honrada
que la embajada anterior,
toma el retrato aludido

el que adoras con vehemencia,
ue yo, si das tu licencia,
e voy por donde he venido
ST.—¿Retrato de Lauro a mí
on tantos brillantes?
UL.—Sí,
orque dice que después
ue te oyó decirle amores,
ó te pudo hacer presente
e más valor.
ST.—Lauro miente
i le ha dicho mis favores.

Dichos y Ricardo.

RIC.—Complace a mi corazón
ír mi nombre en tus labios.
EST.—Pues en aquesta ocasión
s quejándome de agravios.
ue me infieres indiscreto,
orque le has dicho a Ricardo
ue yo te adoro en secreto;
y que este silencio guardo
or seguir planes que un día
e pueden favorecer.
Es una traición impía
que castigo ha de tener.
Y asimismo, Lauro, sé
que de tu amor bajo el peso,
en prueba de ardiente fe,
a Celia distes un beso;
un beso con loco afán,
sagazmente contenido;
de esos que a oscuras se dan
y que no meten ruido.
No lo niegues, que ardoroso
rastro en su mano vi yo,
tanto, que un perro rabioso
parece que la mordió.
RIC.—Si con Celia llegué a hablar,
hícelo por ayudarte
y para darte lugar
de que pudieras vengarte
del príncipe, como quieres.
EST.—No haberla hablado de amor.
RIC.—¿De qué hablar a las mujeres
para engañarlas mejor?
¿El papel de Celestina.
por ti he llegado a acetar
con la mision poco dina
de traer y de llevar
y encima celos me pides?
Bien comprendo la razón.
Sí. Estela; tú me despides,
porque diste el corazón
al príncipe... Estoy en ello; -
voime veloz de tu lado;
que si no sé merecello
no quiero amor implorado.
EST.—(*Deteniéndole.*)
Lauro, si tú no supieras
mi calidad y valor
ingrato a mi puro amor
temer mudanzas pudieras;
mas si quien soy consideras,
ve bien, si es que verlo quieres,
que no todas las mujeres
a cualquier viento que corre
como veleta de torre
mudamos de pareceres.
RIC.—Perdona: nunca he temido
de tu generoso pecho;
de mi poca dicha, sí.
EST.—Oye lo que digo atento
para abreviar mi venganza,
y quitarte, Lauro, el miedo.
Dile al príncipe Ricardo
que si como yo le quiero
me quiere, y como me agrada
le agrado, no nos cansemos
en calles, rejas y noches,
dilatando el casamiento;
que venga pronto a palacio,
a todo el mundo diciendo
que con toda urgencia ha sido
resuelto por mi Consejo
que nos casemos los dos.
Y cuando juntos estemos
y él llegue a darme la mano
diré (gran venganza espero)
retirando yo la mía
con arrogancia y denuedo:
Príncipe, no me agradais;
atrás la palabra vuelvo
que di; fea os parecí;
vos me parecísteis necio.
RIC.—¡Notable imaginación!
EST.—Lauro, en esto me resuelvo.
RIC.—¿Y si se enoja Ricardo?
EST.—¿Qué importa, si entonces
tengo mil soldados prevenidos?
RIC.—Y yo, ¿qué figura llevo
en este discurso tuyo?
EST.—Yo diré que hay un convenio,
por el cual has de casarte
con Celia; y al mismo tiempo
que Celia te dé la mano,
declararé que los pueblos
que mi Ducado componen,
exigen mi casamiento,
por demandarlo altos fines
de Estado, que me reservo.

Yo entonces te doy mi mano;
así tu cariño premio
y ejecuto mi venganza
con el desdén y el desprecio.
RIC.—Esa venganza señora,
es muy propia de tu ingenio.
Así cifras mi ventura
que en el alma te agradezco.
Da pronto cuenta a tu Corte
de tan feliz pensamiento,
mientras yo al príncipe busco
y con el príncipe vuelvo.
EST.—Voy a prevenir a Celia,
de quien me vengo con esto
de los celos que me ha dado.
Dichos, menos Estela.
RIC.—Siempre se vengan los celos.
JUL.—Señor, estoy asombrado;
¿qué pasará en un cerebro
cuando el amor le perturba
de modo, que ha de estar viendo,
pongo por caso, una mosca
y le parece un camello?
¿Mira que no haber caído
la duquesa en este enredo?
Pero lo que más me admira
y me hace perder el seso,
es ver que el príncipe seas
y que digas muy sereno
que irás por él: ¿dónde, cuándo,
a quién o cómo? ¿Qué es esto?
¿qué príncipe ha de venir,
si eres tú el príncipe mesmo?
RIC.—¡Hoy ha de hacer fin mi engaño
viendo que ha llegado al puerto
de mi esperanza y vencido
este gigante soberbio,
despreciador de los hombres!
JUL.—¿Cómo?
RIC.—Ten, Julio, silencio,
que en letras de bronce y oro,
para aviso de los tiempos,
han de guardar las historias
lo raro de este suceso.
(*Vase con Julio.*)
Estela, Celia, el gobernador y el capitán.
EST.—(*Al gobernador.*)
Sabed que fué forzoso
el secreto y el nombre de mi esposo;
pero ya que ha venido,
desde hoy sabéis que el de
Polonia ha sido,
Príncipe generoso,
que por cartas de Lauro concertado
(pues con él solamente se ha tratad[o])
está en Lorena y en la Corte piens[o]
GOB.—De tus vasallos el amor inme[nso]
(...)
esto sólo pedía
por conservar en sí su monarquía.
Y a Celia ¿en quién la empleas
si la misma ventura la deseas?
EST.—En el primo del príncipe R[icardo]
(card...)
que todos conocéis: Lauro Gallardo
CEL.—Hasta ahora, señora, no cre[ía]
tanta ventura mía.
Tus pies mil veces beso,
y mi loco placer yo te confieso.
EST.—(*Al gobernador.*)
Por el príncipe id vos.
GOB.—En el momento
pondré en ejecución tu pensamiento.
Conceda el cielo próspera ventura
a tan dichosas bodas.
(*Vase con el capitán.*)
Estela y Celia; después Julio.
CEL.—Confusa estoy de ver que ...
(acomod...)
el aposento que a los dos conviene,
que ya te han dicho que Ricardo vien[e]
EST.—Sosiega, Celia mía,
que ha de tener la noche de este d[ía]
suceso diferente.
CEL.—Hacia aquí se dirige ya la ge[nte]
(...)
(*Sale Julio.*)
JUL.—Señora, pues lo has mandado
y justa licencia tiene,
del conde y de Lauro viene
el príncipe acompañado.
EST.—Viene muy galán Ricardo.
JUL.—No ha pretendido mostrar
cuidado, aunque no faltar
a lo que debe a gallardo.
EST.—¿Y Lauro viene contento?
JUL.—Y satisfecho de ver
que llega el tiempo de ser
de tu venganza instrumento.
EST.—Habla, Julio, con franqueza.
¿Cuál te parece mejor?
¿Lauro o Ricardo?
JUL.—El amor
que yo profeso a su alteza
no me dejará juzgar
cuál es mejor; pero advierte
que los quiso de tal suerte
naturaleza pintar,
que parece que copió

uno del otro tanto
e mirarlos causa espanto;
es no determino yo
n tratarlos cada día,
il es Lauro y cuál Ricardo.
T.—Parece que me acobardo
ver mi necia porfía.
si arrepentida estoy,
e es propio de la venganza
ando lo que espera alcanza.
EL.—(*Que ha estado en el foro.*)
iene!
ST.—A recibirle voy. (*Diríjese al*
ro.)
chos; Ricardo, Octavio, el conde, el
gobernador y cortesanos.
IC.—(*Entrando: los que le acompa-*
n se quedan detrás.)
eñora!
ST.—¡Sea tu alteza
en venido!
IC.—¡No es posible
ue hay bien que mejor sea!
ST.—(*Retrocediendo.*)
erdonad, Lauro, que os tuve
or Ricardo. ¿Dónde queda
príncipe?
IC.—Yo, señora,
y el príncipe.
ST.—No fuera
osible sin ser milagro
aber la naturaleza
echo en una misma estampa
os rostros de una manera.
ú eres Lauro, que celoso,
e aquesta forma te vengas.
IC.—Os juro que soy Ricardo,
ue toda el alma os entrega.
ST.—Gobernador, conde
ecidme... traición es esta.
l príncipe me ha burlado.
IC.—¿Conde, soy yo?
ON.—¿Quién pudiera ser sino vos?
IC.—¿Soy Ricardo,
ctavio?
CT.—¿No manifiesta
uestro rostro que sois vos?
RIC.—Julio...
UL.—Señor.
RIC.—¿A qué esperas
ue no la dices quién soy?
UL.—Señor es cosa tan cierta
ue mi voto nada importa...
EST.—Pues entonces que aquí venga
Lauro al punto; verle quiero.
(*A Ricardo.*)
Traedle vos; de esa manera
estando juntos sabré
si son burlas o son veras.
RIC.—A cumplir órdenes tuyas
dedico ya mi existencia.
(*En el foro.*)
¡Lauro, entrad!
(*Desaparece un instante y aparece de nuevo, dirigiéndose a Estela respetuosamente.*)
Aquí me tienes.
¿Qué mandas, divina Estela?
EST.—(*Comprendiéndolo todo y cubriéndose el rostro con las manos.*)
¡Jesús! ¡Qué bien castigada
al fin quedó mi soberbia!
JUL.—Será lista; mas tardó
en comprender la comedia.
RIC.—Si como Lauro me quieres,
Lauro las manos te besa;
que corre a mi cargo, "hermosa"
(*Marcando mucho esta palabra.*)
que el príncipe no se ofenda.
EST.—¿Hermosa dijiste?
RIC.—(*Con decisión.*) Sí.
EST.—¿No afirmaste que era fea?
¿No dijiste que mi rostro
nunca fué lo que aparenta,
que me pinto las pestañas,
que me prolongo las cejas
y que gasto en los chapines
tacones de cuarta y media?
¿No añadiste que mis dientes,
que te parecieron perlas,
eran perlas, en efeto,
pero al fin y al cabo ajenas?
RIC.—¡Yo no pude hablar así
de tu hermosura, duquesa,
que el firmamento estrellado,
en noche clara y serena,
el sol de España, tan puro
como el amor que me quema,
feos se me antojaran
si mis ojos te contemplan!
(*Con amorosa reconvencin.*)
Y ahora decidme, señora:
¿soy zambo de las dos piernas,
tengo cara relamida,
soy vulgar en mis maneras?
Y finalmente ¿soy bizco
al punto de que se entra
un ojo donde está el otro
como huevo de dos yemas?

EST.—(*Respirando.*)
¡Ay, no! Que su luz me abrasa.
RIC.—(*Mirándola con ternura.*)
¡Fíjate bien, dulce Estela,
que si mis ojos te enfadan
los arranco de su esfera!
EST.—(*Volviéndose a los cortesanos y al gobernador.*)
Gobernador, prevenid
al instante alegres fiestas,
en digna celebración
de bodas, que aunque son regias,
se fundan en el cariño
que dos almas se profesan.
(*Vanse gobernador, conde y acompañamiento.*)
Estela, Celia, Ricardo, Octavio y Julio.
CEL.—¿Y qué vais a hacer de mí?
RIC.—Octavio, tu mano a Celia.
OCT.—El más dichoso me haces.
(*Se une a Celia y le da la mano.*)
CEL.—Y yo feliz (*A Octavio.*) aunque (creas
que no te amé, pues afirmo
(sin presumir de discreta),
que entendí que eras Octavio,
y porque todo se sepa
diré también que mi prima
descubrió ha mucho que era
invención. ¿Verdad? (*A Estela.*)
EST.—(*Con coquetería y abrazando a Ricardo.*) ¡Verdad!
Pero por si no lo fuera,
es mejor, Lauro querido,
que Ricardo no lo sepa.
JUL.—Y yo "¿in albis?"
EST.—No por cierto:
dos mil ducados de renta;
que has hecho un traidor notable
en tan "cómica" tragedia.
A Lauro y Ricardo juntos
las manos y el alma a medias
para que los dos la partan.
Y aquí dió fin el poeta
Senado ilustre, a su obra;
pero con una advertencia:
si os agradó, será Hermosa;
y si no, la "Hermosa-fea".

FIN DE LA OBRA

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3. —Madrid.—A partado 8.008.

LA MOZA DE CÁNTARO

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

LOPE DE VEGA

REFUNDIDA POR

TOMAS LUCEÑO

PERSONAJES

DOÑA MARIA. - DOÑA ANA. - LUISA. - LEONOR. - JUANA. - MOZA 1.ª - IDEM 2.ª - IDEM 3.ª - ALDEANA 1.ª - IDEM 2.ª - DON JUAN. - EL CONDE. - DON DIEGO. - DON BERNARDO. - MARTIN. - PEDRO. - LORENZO. - BLAS. - EL ALCAIDE DE LA CARCEL. - EL INDIANO. LINDO 1.º - IDEM 2.º - MILANO. - TOLIN. - MESONERO. -- ESTUDIANTE. - GAFO. -- ANDRES. - ARRIERO.– Convidados y acompañamiento.

La acción pasa en Ronda y en Madrid, año 16...

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Sala en casa de don Bernardo, en Ronda.

Doña María y Luisa.

LUI.—Es cosa la que ha pasado
para morirse de risa.
MAR.—¿Tantos papeles, Luisa,
esos Narcisos te han dado?
LUI.—¿Lo que miras dificultas?
MAR.—¡Bravo amor, brava fineza!
LUI.—No sé si te llame alteza
para darte estas consultas.
(Le enseña varias cartas.)
MAR.—A señoría te inclina,
pues entre otras partes graves
desciendo, como ya sabes,
del gran duque de Medina.
LUI.—Es título la belleza
tan alto, que te podría
llamar muy bien señoría,
y aspirar, señora, a alteza.
MAR.—¡Me conoces lindamente!
¡Dasme por la vanidad!
LUI.—No es lisonja la verdad...
Mi labio en esto no miente.
No hay en Ronda ni en Sevilla
dama como tú.
MAR. Yo creo,
que te engaña tu deseo.
LUI.—¡Tu gusto me maravilla!
A ninguno quieres bien.
MAR.—Todos me parecen mal.
LUI.—Arrogancia natural
te obliga a tanto desdén.
Este es de don Luis.
(Le entrega un pliego.)
MAR. Lo leo
sólo por cumplir contigo.
LUI.—Yo soy de su amor testigo.
MAR.—Y yo de que es necio y feo.
(Lee.)
"Considerando conmigo a solas,
señora doña María..."
Letrado debe de ser,
y el vulgo en decir ha dado:
"¡Con más hambre que un letrado!"
¡No seré yo su mujer!
(Rompe el papel.)
LUI.—*(Dándole otro pliego.)*
Este es de don Pedro.
MAR. Muestra.
LUI.—Yo te aseguro que es tal
que no te parezca mal.
MAR.—¡Bravos rasgos! ¡Pluma dies-
[tra!
(Lee.) "Con hermoso, si bien severo, no dulce, apacible rostro, señora mía, mentida vista me miró vuestro desdén, absorto de toda humanidad, rígido, empero, y no con lo brillante solícito, que de candor celeste clarifica vuestra faz la hebdómada pasada."
(Rompe la carta.)
¿Qué receta es esta, di?
¿Qué médico te la dió?
LUI.—¡Te ha escrito en culto!
(Ponderando.)
MAR. Pues yo
nunca de culto entendí.
¡Ni eso se vende en mi tienda!
LUI.—Es el lenguaje que hoy priva.

y cuyo mérito estriba
en que nadie le comprenda.
MAR.—¡Pues es lucida invención!
¿Todavía hay más papel?
LUI.—El de don Diego, que en él
se cifra la discreción. *(Se lo entrega.)*
MAR.—*(Lee.)* "Si yo fuera tan dichoso como vuestra merced hermosa, hecho estaba el partido..."
¿Qué es partido? No prosigo.
(Rompe la carta.)
LUI.—¡Que nada te ha de agradar!
MAR.—¿Partido?... ¿Quieren jugar
a la pelota conmigo?
Luisa, en resolución,
yo no tengo de querer
hombre humano.
LUI. ¿Qué has de hacer,
si todos como estos son?
MAR.—Estarme sola en mi casa;
venga de Flandes mi hermano,
pues, siendo tan rico, en vano
penas y rigores pasa.
Cásese y déjeme a mí
mi padre, que yo no veo
hombre digno de mi empleo
de cuantos andan aquí.
Nací con esta arrogancia.
No me puedo sujetar,
que es sujetarse el casar.
LUI.—¡Hombres de mucha importancia
pretenden!
MAR. Ya te digo
que ninguno es para mí.
LUI.—¿Pero has de vivir así?
MAR.—¿Tan mal estaré conmigo?
Joyas y galas, ¿no son
los polos de las mujeres?
Si a mí me sobran, ¿qué quieres?
LUI.—¡Es rara tu condición!
MAR.—Necia estás... No he de casarme.
LUI.—Si tu padre ha dado el sí,
¿qué piensas hacer de ti?
MAR.—¿Puede mi padre obligarme
sabiendo mi voluntad?
LUI.—¿Puedes tú darte licencia
para tanta inobediencia?
MAR.—La primera necedad
dicen que no es de temer,
sino las que van tras della,
pretendiendo deshacella.
LUI.—En cuenta debes tener
que don Luis es muy galán.
MAR.—Tal salud tengas, Luisa...
Muchas se casan aprisa
que a llorar despacio van.
LUI.—No consiste en la elección,
que aun mirados y escogidos,
salen algunos maridos
que amargan más que el limón.
En cambio, puede ocurrir
que galanes callejeros
sean, casados, corderos
que tardan poco en morir.
Y esta es siempre una ventaja
para nosotras, que opino
que ha de ser breve el camino
de la boda a la mortaja.
MAR.—¿Me dejarás?
LUI. ¿Qué amor fiel
admitirás confiada?
Y don Pedro, ¿no te agrada?
¿O que es don Pedro el Cruel
sospechas?
MAR.—*(Con ironía y gravedad cómicas.)*
De majestad
algo en su persona brilla...
que si no es rey de Castilla,
es rey de la necedad...
Aguarda... que oigo un lamento...
¡Volvióse en llanto la risa!
(Van al foro.)
LUI.—¿No es tu padre?...
MAR.—*(Con tristeza.)* ¡Sí es, Luisa!
¡y no viene muy contento!
Su paz ha sido turbada...
Dichas y don Bernardo, secándose las lágrimas con un pañuelo. Viene vestido con hábito de Santiago.
BER.—¡Ay de mí!
MAR. Señor, ¿qué es esto?
¿Vos llorando y descompuesto,
y a sus pies no estoy postrada?
¿Qué tenéis, padre y señor,
mi solo y único bien?
BER.—*(Afligido.)*
Vergüenza porque me ven
venir vivo y sin honor.
MAR.—¿Cómo sin honor?
BER. No sé.
¡Déjame, por Dios, María!
MAR.—Siendo vos vida en la mía,
¿cómo dejaros podré?
¿Habéis, acaso, caído?
Que los años muchos son.
BER.—¡Cayó toda la opinión
y nobleza que he tenido!
Si aquí estuviera tu hermano
él me habría de vengar...
MAR.—Pero...
BER. ¡Déjame llorar!
MAR.—Porfías, señor, en vano.
Antes del llanto, yo sé
que hay quien calla; mas no agora;
que siempre quiere el que llora
que le pregunten porqué.
BER.—*(Con aflicción.)*

Tú ya sabes que don Diego
casarse contigo intenta;
respondíle que tu gusto
era la primer licencia,
siendo, a la vez, muy preciso
que yo, de respeto en prenda,
al duque, nuestro pariente,
comunicase esta nueva.
Hoy vi a don Diego en la plaza...
¡jamás a la plaza fuera!,
porque acercándose a mí
muy cortés en la apariencia,
pero asomándole al rostro
la hiel que en el pecho lleva,
me preguntó: "¿Habéis tenido
al fin del duque respuesta?"
Callé... pero mi silencio
expresó más que la lengua...
Furioso hacia mí arremete
y cógeme a pura fuerza
la carta que yo escondía;
repásala con presteza,
descubriendo los concetos
que contenían las letras,
y al ver que el duque dudaba
de su mentida nobleza,
"—¡Miserable, mal nacido!—
grita, la faz descompuesta:
—Decidle al duque que miente,
que es la sangre de mis venas
honrada como la suya,
cuando a la suya no exceda.
Borrad lo dicho—repuse.
—Antes me arranco la lengua.
—Si yo fuese mozo, agora
pisada por mí la vieras.
Mas ya lo hará mi hijo Alfonso..."
Aquí su mano soberbia
marcó mi rostro, María,
y esclavo soy de una afrenta.
Alcé el báculo... dijeron;
que le alcancé, no lo creas,
que esto al afrentado dicen
creyendo que le consuelan.
Prendióle allí la justicia,
y yo a casa di la vuelta,
trayendo el duelo en el alma
¡y en el rostro la vergüenza!
Mas no preguntes... y adiós,
que un agravio se renueva,
cada vez que el ofendido
al que lo ignora lo cuenta.
(Vase derecha.)

María y Luisa.

LUI.—¡Fuése!
MAR. Dejóme de modo
que no pude responder...
(De pronto, como iluminada por un pensamiento.) El manto...
LUI. ¿Qué vas a hacer?
MAR.—*(Como hablando consigo sin oir a Luisa.)*
¡Juego el todo por el todo!
El manto... sin vacilar.
(Vase Luisa y a poco sale con el manto.)
Antes que el día concluya,
como mi honra es la suya,
esta ofensa he de vengar
yo con heroico valor.
(Poniéndose el manto que ya habrá sacado Luisa. Toda esta escena, muy viva.) ¡Dios me ha inspirado esta idea
porque quiere que yo sea
el médico de su honor!
(Vase foro con Luisa.)

CUADRO SEGUNDO

Decoración de cárcel. Don Diego aparece sentado en un banco y con muestras de gran abatimiento. A poco entra el alcaide.

Don Diego y el Alcaide.

ALC.—Una mujer está aquí
que quiere hablaros.
DIE. Dejadme,
que para mí no hay mejor
compañía que mis males.
ALC.—Advertid que, aunque tapada,
deja ver airoso talle,
manos de nieve y de rosa
y ojos como el azabache;
y que, juzgando por esto,
como por otras señales,
alta dama debe ser
que trae asunto importante.
¡Yo le diré que se vaya,
si es que no os pesa más tarde!
(Medio mutis.)
DIE.—¡No tal, decidle que entre,
que es de elevado linaje
si es quien pienso!
ALC. ¡En estos casos
el amor debe mostrarse!
(En la puerta del foro.)
Entrad. (¿Quién será la dama?)

Don Diego y doña María, cubierta con su manto.

DIE.—*(Saliendo a su encuentro.)*
¡Sola, mi señora, a hablarme
y en parte tan desigual
de vuestra persona y traje!
MAR.—¡Cuando hay amor, no hay [barreras!...
¡Ved quien soy! *(Se descubre.)*
DIE. ¡Vos en la cárcel!
MAR.—El amor que me debéis
desta manera me trae:

y agradecida del vuestro,
es fuerza que me declare
apasionada y rendida
de galán que tanto vale.
Vengo también a pediros,
siendo ilustre vuestra sangre,
que me ayudéis a borrar
la mancha que ha poco echasteis
sobre las honradas canas
de mi anciano y débil padre.
El remedio que a mi mente
acude, he de revelarle.
Otro no veo, don Diego,
para hacer las amistades,
que el de casarnos los dos,
pues cuando a saber alcance
mi hermano que ya soy vuestra,
no tendrá de qué quejarse.
Vos quedaréis con la honra,
que es justo, y que Ronda sabe,
satisfecho el señor duque,
desenojado mi padre,
y yo, con tan buen marido,
venturosa como nadie
por haber trocado en dichas
mis lágrimas y pesares.
A esto vengo confiada.
DIE.—¡Quién pudiera, sino un ángel
venir con ramo de oliva
a brindar alegres paces!
Vuestro gran entendimiento
es divino en esta parte,
pues dió con la medicina
más hermosa y más suave
para la salud de un alma
tan cercana a condenarse.
Esta es mi mano de esposo ...
MAR.—¡Dios su bendición nos man-
[de!
¡Esta es la mía, don Diego!
DIE.—Ahora dejad que os abrace.
que quiero extasiar mis ojos
adorando vuestra imagen,
que es el altar de mi dicha.
MAR.—Quien supo determinarse
a este paso no hará cosa
que a vuestro gusto no agrade.
Tomad mis brazos, y el alma
que por mis labios se sale.
¡Tuya soy!
DIE. ¡Y yo soy tuyo!
(Se abrazan.)
MAR.—*(Con irónica satisfacción.)*
¡Quién lo duda!... ¡Muere, infame!
(Le hiere con una daga y cae.)
DIE.—¡Jesús, muerto soy! ¡Traición!
MAR.—*(Ya en el foro, preparándose a la huída.)*
¡En canas tan venerables,
ruin, pusiste la mano!
¡Pues ya con tu misma sangre
quedó lavada la huella
que en aquel rostro dejaste!
¡Y ya que por este mundo
he de caminar errante,
huyendo de la justicia,
Virgen María, amparadme!
(Vase precipitadamente.)

CUADRO TERCERO

Posada. En el foro, puerta grande, que se vea el campo. Al levantarse el telón ofrécese cuadro animado; unos bailan, otros juegan en distintos sitios. Mesonero va y viene distribuyendo jarros de vino. Estudiantes y arrieros. Tolín jugando a las cartas en el suelo con Milano y Gafo.

ARR. 1.°—¡Bien por el estudiante!
¡Por Dios, que nunca he visto otro
[danzante
que las piernas menee más ligero!
ALD. 1.ª—¡Dos velas son que piden
[candelero!
EST.—Poco a poco, mi dueño,
que si me las desnudo y las enseño.
habéis de ver, para mi santiguada.
una cosa perfeta y torneada,
que mi padre, tornero de palacio,
quiso hacellas a gusto y con despacio.
ALD. 2.ª—¡Vítor a la ocurrencia!
MES.—¡No más bailes, que aquesta
[concurrencia
de tafures que juegan sus dineros,
para quedarse en cueros,
quieren poco ruido y alborozo!...
(Contemplando a Milano.)
Me asombran las manitas de este mozo.
¡También a este arriero ha desplu-
[mado!
¿En qué universidad habrá estudiado
la ciencia de pasar, sin descubrillo,
lo que el prójimo guarda, a su bolsillo?
Tolín, ¿qué tal la suerte?
TOL.—¡Así tengas la muerte!
¡Que estos zagales hanme ya ganado
diez escudos de a once, y he pensado
jugarme hasta la vida!
MIL.—Si fuera muy lucida,
(Sin dejar de jugar.)
pudiera yo acetar esa jugada;
mas tu vida de arriero aperreada,
aunque la gane... ¡Ahí van copas, her-
(Echando cartas.) [mano!...
¿Queréis decirme qué es lo que me gano?
TOL.—¡Oros! *(Echando.)*
MIL. Muy bien. *(Jugando.)*
TOL.—¡Por vida de los moros!
GAFO.—*(Echando.)*

¿Oros queréis? ¡Tomad, que tengo oros!
MIL.—*(Muy alegre, después de robar.)*
¡Alto ahí!... ¡Hice quínola, señores!
¡Paga, Tolín!
TOL.—*(Rabiando y sacando dinero de la bolsa.)* No son malos sudores
los que me hacéis pasar. Ya me he pi-
[cado.
No me queda en la bolsa ni un ducado;
mas me sobra valor, calma y aliento...
y me juego el jumento.
(Al oir esto, toda la gente que está en escena se le acerca, presenciando el juego con curiosidad.)
MIL.—Pues el jumento **va.**
(Echando cartas.)
TOL. Con una sola
condición.
MIL. Declaralla.
TOL. Que la cola
habéisme de entregar como recuerdo,
si por mi mala suerte al asno pierdo.
GAFO.—¡Conforme!
MIL.—No me orotuvo
y si quieres, yo mesmo te la pongo
(Baraja, corta y reparte las cartas.)
¿A tres quínolas?
TOL. No: que a la primera
quiero saber el sino que me espera
GAFO.—¡Voy a salir por copas!
(El mesonero, que estará de pie detrás de Tolín viéndole las cartas, hace señas a Gafo de que eche otra.)
Digo, miento:
¡Por espadas! *(Juega.)*
TOL.—¡Me quedo sin jumento!
¡Paso! ¡Maldita sea mi estrella!
MES.—¿Por qué juegas en martes?
(A Tolín.)
TOL. ¡Buena es ella!
¿Qué me quieres decir?
MES. Que tengo oído
que el que en martes jugó, siempre ha
TOL.—¡Brava antusana! [perdido.
(Por Milano.)
Pues este juega en martes y me gana.
GAFO.—Este no fué... que agora, por
[ventura,
el que se lleva el asno es este cura.
¡Quínola de salida!
(Muy contento y alzando la voz.)
MES.—*(Pasando al lado de Gafo y mirándole las cartas.)*
¿A ver?... ¡Es cierto!
GAFO.—¡Vedlo! Quien lo dice no está
[muerto.
(Risas en toda la gente; ésta rodea a Tolín, a Milano y a Gafo.)
TOL.—Perdí, me conformo y callo;
el asno en la cuadra está.
MIL.—Agora vamos allá;
en seguida a desatallo,
y cogiendo la tijera
se le echa la cola abajo.
TOL.—Te ha de costar buen trabajo,
que no es la cosa hacedera.
MIL.—¿Cómo no?
TOL. Preguntar quiero:
¿en dónde, necio, dirás
que nace la cola?
MIL. Atrás.
¿Habrá mayor majadero?
TOL.—Cogíte, que yo aprendí
del albéitar, que es mi amigo
(y a Dios pongo por testigo),
que la cola empieza aquí;
(Volviendo de espaldas a Gafo y señalando la nuca.)
y del celebro bajando
por la espina prencipal
del lomo del animal,
viene a quedar rematando
en el lugar consabido...
Si la cola me has de dar,
de la nuca has de cortar,
porque aqueste fué el partido.
GAFO.—*(Sacando una pequeña daga.)*
¡Tu pellejo ha de pagarme
la trampa que has empleado!
(Se abalanza sobre él: la gente se interpone y prodúcese escándalo y confusión.)
MIL.—¡Dale!
TOL. ¡No estoy desarmado!
Nadie quiera sujetarme.
(Tratan de pelear y los contienen.)
MES.—*(Chillando.)*
¡Ved que mi casa es honrada
y que escándalos no quiero!
AND.—*(Abriéndose paso entre la alborotada gente y gritando, entra por el foro.)* ¡Mesonero, mesonero;
mi amo, si le dais posada!
(De pronto se acalla el bullicio: se disuelve el grupo y se deja ver en la puerta del foro una lujosa galera tirada por dos mulos. Los grupos curiosean y hacen comentarios en voz baja.)
Dichos y Andrés; a poco, el Indiano, que se apea, ayudado por aquél, de la galera.
MES.—¿Posada? Con mil amores;
precisamente esta venta
la establecí por mi cuenta
para albergar a señores.
Aquí tendrá luz y fuego,
reposo y tranquilidad;

¡la llaman en la ciudad
la posada del Sosiego!
AND.—¡Poco ha de darte qué hacer!...
Que va a la corte de prisa...
que le digan una misa
y que le den de comer...
¡Ese es todo su cuidado!...
¡Viene de Indias!
MES. ¡Quién creyera!
De las Indias y en galera,
¡sabes que no habréis tardado!
(Andrés y Mesonero se acercan a la galera y ayudan a bajar al Indiano, que viene muy bien vestido. La gente de la posada le observa siempre con fijeza. Entre el grupo de curiosos hállase doña María, que ha salido al ruido de la disputa anterior.)
AND.—¡Señor!
(Abriendo la portezuela.)
MES.—*(Con respeto.)*
Tranquilo bajad,
que aquí descansar podréis;
muchas cosas no hallaréis,
¡mas sí una gran voluntad!
IND.—Pues eso no me alimenta.
(Sentándose al lado de una mesa.)
Más quiero un vaso de vino
y un buen plato de tocino
que una voluntad atenta.
Conque lo que haces verades,
que mi estómago y mis dientes
hanse vuelto impertinentes,
y no admiten voluntades,
sino pichones y lomo,
truchas, perdices, cordero...
Pagaré con mi dinero,
que yo pago donde como.
MES.—Pues de la ciudad cercana
eso y más pueden traer,
que yendo a todo correr
no tardan ni una semana.
Porque lo poco que había
una mujer se ha comido;
lo pagó, y se lo he servido...
Perdone vueseñoría.
IND.—Ella la culpa no tiene;
y basta que mujer fuera,
que yo bien se lo cediera.
¿Viene sola?
MES. Sola viene.
IND.—¿Y sabes la calidad?
MES.—Pobre, pero muy gallarda;
porque en un rocín de albarda
(el término perdonad),
como un soldado venía.
Ella propia se apeó.
Le ató, y de comer le dió
con despejo y bizarría.
Volvíla a mirar, y vi
que un arcabuz arrimaba.
IND.—¿Pues es tan brava?
MES. Aunque brava,
os aseguro de mí,
que más su cara temiera
que el arcabuz.
IND. ¿Habéis sido
galán?
MES. ¡Y muy repolido!
Mas pasó mi primavera;
y agora estoy padeciendo
rigores de invierno crudo.
¡Para el amor ya soy mudo,
sólo por señas me entiendo,
con trabajo y pesar mío;
que así los años se van!
IND.—¿Qué traje trae?
MES. Un gabán
que cubre el traje, no el brío.
Vedla desde aquí, señor;
tiene juicio razonable,
en el trato es muy afable,
parece mujer de honor.
IND.—Llamadla, que hablalla quiero.
MES.—¡Ven, Isabel, a esta parte!
MAR.—¿Qué pasa?
MES. Que quiere hablarte
este señor forastero.
(Doña María se acerca al Indiano y le hace una pequeña cortesía.)
IND.—Como suelen los caminos
dar licencia a los que pasan,
para entretener las horas
que por ellos son tan largas,
a preguntaros me atrevo
si lo ha de ser la jornada,
o por ventura tenéis
cerca de aquí vuestra casa.
MAR.—No soy, señor, de esta tierra.
IND.—Cuando os vi sola, pensaba
que érades de alguna aldea
de aquesta fértil comarca.
MAR.—No, señor, que yo nací
de esta parte de Granada,
y a servir en ella vine:
que cuando los padres faltan
en tierna edad a los pobres,
no tienen otra esperanza.
No fué pródiga mi suerte,
pues cuando contenta estaba
del buen dueño que tenía,
persona de órdenes sacras,
le llevó también la muerte.
Aquí, señor, veis la causa
de andar por estos caminos
como oveja descarriada
que pierde el redil, y, torpe,
le huele, mas no le halla.

IND.—Pero, en fin, ¿a dónde vais?
MAR.—Ya es resolución tomada,
señor, porque el sacerdote
a quien serví, siempre hablaba
de la corte y sus encantos:
y al oir grandeza tanta,
sentí indomables deseos
de ver tierra tan extraña.
Hoy, libre, aunque triste, ignoro
si por fortuna o desgracia,
determino ir a la corte,
porque son muchas mis ansias
de ver lo que alaban todos:
y si allí encontrare casa,
serviría, que a servir
estoy bien acostumbrada.
IND.—¡Viajar sola en estos tiempos!
Asómbrame vuestra audacia.
MAR.—¡Soy mujer, y más no digo!
IND.—Tenéis razón, eso basta;
yo voy también a Madrid,
donde pienso poner casa
para pasar mis vejeces;
si en el camino os agrada
mi trato, servidme a mí.
MAR.—El cielo, por vos, me ampara.
Desde hoy soy criada vuestra;
y creed que soy criada
que os excusaré de muchas.
MES.—*(Al grupo que ha estado contemplando la escena anterior, cuchicheando y dando muestras de la mayor curiosidad.)* ¡Quiere convertirse en ama
ALD. 1.ª—¡Y, por Dios, que lo merece
porque la doncella es guapa!
MAR.—No habrá cosa que no sepa.
MES.—Y yo salgo a la fianza
que la buena habilidad
se le conoce en la cara.
IND.—Pues partamos. ¿Qué se debe?
MES.—*(Echando la cuenta.)*
La cuenta no ha de ser larga.
Pues... por haberse sentado
y haber estado de charla
primero conmigo, y luego
con esa linda muchacha...
Y por decir, como iréis
diciendo por las posadas
donde paréis, que es aquesta
de las peores de España,
catorce ducados.
IND.—*(Tirando un bolsillo sobre la mesa.)* Toma;
con lo que sobre, regala
con vino a toda esta gente.
MES.—Os doy por ellos las gracias.
TODOS.—¡Que viva el indiano!
OTROS. ¡Viva!
IND.—¡Andrés, al pescante, marcha!
MAR.—¡Ay, fortuna! ¿Dónde llevas
a una mujer desdichada?
¡Pero no fueras fortuna
a saber en lo que paras!
(Se acerca al grupo de mujeres y se despide de ellas cariñosamente.)
MIL.—Señor, ¿queréis compañía
alegre? Dejad que vayan
con vosotros a la corte
dos hombres de aquesta laña.
Yo subiré en el pescante,
este irá sobre las ancas
del asno que Isabel trujo...
GAFO.—Y como lleva barajas,
en las siestas jugaremos...
IND.—¿A verlas? *(Examinándolas.)*
Rotas, manchadas..
con señales en las puntas.
Todo esto es para hacer trampas;
las conozco, son iguales
a las que en Indias yo usaba.
Os llevo, pero al llegar
a Madrid, abrís las alas
y a volar.
MIL. Y a desplumar
a los tórtolos que caigan.
(Andrés ha subido ya al pescante. El Indiano se mete en la galera y doña María es acompañada hasta la puerta por la gente que hay en la posada. Gafo ha sacado ya el asno al campo y le coloca detrás de la galera, montándose en él doña María.)
MAR.—*(Afectada.)*
Adiós, amigas, adiós.
ALD. 2.ª—¡Oye, y haz caso a esta anciana!
Si otra había de llevarse
lo que de las Indias traiga,
¡llévatelo tú, Isabel,
y así engordarás tus arcas!
ALD. 1.ª—Poco tiempo te he tratado,
pero te llevas mi alma,
que eres sencilla y humilde
y además buena cristiana.
MES.—¡Hasta la vuelta, señor!
IND.—¡Adiós, muchachos!
(A Andrés.) ¡Arranca!
UNOS.—¡Que viva el indiano!
OTROS. ¡Viva!
MES.—Silencio, que la campana
tocando está a la oración,
y es voz que del cielo llama:
recemos un Padrenuestro...
y a dormir hasta mañana...
(Unos se descubren, preparándose a rezar, y otros siguen en la puerta agitando los sombreros. Oyese a lo lejos el toque de la campana, y cae el telón. Este cuadro, muy animado.)

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Calle corta.

El Conde y don Juan.

CON.—¡Hermosa viuda, don Juan!
¡No he visto mujer más bella!
JUAN.—Con razón, Conde, por ella
esos desmayos os dan.
Componella algún romance;
dellos gusta.
CON. No he pensado
meterme en ese cuidado;
que he de salir de este lance
a fuerza de amor... y de oro,
que es excelente poeta.
JUAN.—Dicen que es rica y discreta;
no le ultrajéis el decoro.
¿La vió Martín?
CON. De contado.
Con una criada habló,
y a estas horas, pienso yo
que vendrá bien informado...
Ya sale.

Dichos y Martín, por la derecha.

CON. ¡Contento vienes!
MART.—Más que contento, señor,
pues mereces, en rigor,
que te dé mil parabienes.
He hablado con la doncella
(salvo error), y le he fingido
que las flechas de Cupido
me han dado muerte por ella;
y que bailando en el río
de la castañeta al son,
me entró por el corazón
y por el alma su brío.
Cuando ya la tuve tierna,
pregunté la condición
de su ama y la razón
de estado que la gobierna.
Dijo que era principal,
con deudos de gran valor,
y que tenía su honor,
desde que enviudó, cabal.
Que el parecer recatada
era todo su cuidado,
díjome que había estado
sólo dos meses casada;
porque su esposo, hombre rico,
murió de amarla de prisa...
y quien ama de esta guisa
suele doblar pronto el pico.
CON.—¿Y usa tocas?
MART. Por mi fe,
y muy cortas, que así agora
las gasta toda señora,
y la razón te daré.
Una casada enviudó,
y en un mal lienzo de estopa
dicen que, por toda ropa,
al pobre muerto envolvió.
Ella, su dolor pasado,
esto es, al día siguiente,
muy compuesta y sonriente
salió a pasear al Prado
luciendo tocas de Holanda,
tela rica y primorosa,
y que, por ser tan costosa,
escasa en la corte anda.
Fueron con el chisme al punto
a su esposo, y, en efeto,
como difunto discreto,
corrió a su casa el difunto,
el cual dijo: "Por mi vida,
mujer, las gracias os doy...
pagaréisme, por quien soy,
aquesta mala partida.
¡Vos, rica tela de Holanda
y yo, lienzo, picarona!...
¿No mereció mi persona
una sábana más blanda?
Y esto diciendo, cogió
las tocas, y al cimenterio
marchóse otra vez muy serio
y en casa el lienzo dejó.
Por aquesto han preferido
las viudas, que no son locas,
llevar pequeñas las tocas,
por si volviere el marido.
CON.—¡Tu ingenio me hace reir!
A visitalla marchemos.
JUAN.—Despacio, que antes debemos
pensar qué hemos de decir.
A mí me honra y favorece
con su amistad, que yo estimo,
pero considera, primo,
que indiscreto me parece
presentarte sin pedilla
licencia, que es justo así.
CON.—Un enredo tengo aquí
(Indicando la frente.)
que nos viene a maravilla;
(A Martín.)
¡y tú, a ver si estás juicioso!
Nada de bufonerías.
MART.—Señor, ninguno en mis días
me ganó a ceremonioso;
que ya desde niño fuí
con las gentes muy cumplido.
Oye y verás lo que he sido
desde el punto en que nací.
Cuando mi madre me daba
el pecho para criarme,

"¿Ucé gusta acompañarme?"
decía a quien me miraba.
Deduce de esta verdad
si he de ser cortés y fino.
CON.—*(Sin hacer caso de Martín.)*
¡Don Juan, mostrad el camino,
que ya crece mi ansiedad!
(Vanse los tres por la derecha.)

CUADRO SEGUNDO

Sala en casa de doña Ana. Muebles de lujo, cortinas, etc., etc.

Leonor y doña Ana, ésta mirándose al espejo y como si estuviese dando la última mano a su tocado.

LEO.—Hoy, señora, en el tocado
pusistes esmero y tino,
al punto que ni los ángeles
competirían contigo,
porque a tu lado quedaran
por la vergüenza corridos.
Tiene tu faz la expresión
del dolor y al tiempo mismo
que le imprime graves rasgos,
le marca tonos dulcísimos
de pasión y de ternura,
con que crecen tus hechizos.
ANA.—Eres discreta, pues sabes
que es el deber más preciso
de una doncella alabar,
en términos excesivos,
la hermosura de sus amas
aunque fueren basiliscos.
Dame la clara de huevo,
(Leonor le trae una tacita de porcelana.) que quiero darle más brillo
al semblante. Trae la horquilla
con que las cejas me pinto,
que a don Juan le gustan negras
y juntas... El acerico...
(Clávase un alfiler en la toca.)
el carmín para los labios...
(Contemplándose al espejo después de habéreselos pintado.)
así están más encendidos...
Ahora me agrando los ojos...
(A Leonor.) ¿Están así bien?
LEO. Divinos.
Veinte médicos de aquellos
que más fama han merecido
han matado menos gente
que tú con esos ojillos.
ANA.—Pues si, como dices, soy
tan hermosa, no adivino
por qué don Juan no se rinde,
y por qué, sordo y esquivo,
no le merezco a sus labios
nada que halague mi oído.
LEO.—¡Más sordo que quien no oyó
fué aquel que escuchar no quiso!
Don Juan, cierto que es galán,
pero es vano y presumido.
Cuando se mira al espejo
suele exclamar: "¡Por Dios vivo
que no sé cómo el cristal
resiste, y no se hace añicos
al reflejar el donaire
de aqueste cuerpo tan lindo."
En cambio—y perdonarásme
la audacia—, el conde, su primo,
muérese por tus favores,
que solicita en suspiros.
Es formal, honrado, atento,
generoso y bien nacido...
y te diré, como prueba
de su razonable juicio,
que es cazador y no miente...
¡caso que nunca se ha visto!
Por dar celos a don Juan,
yo en ti le prestara oídos.
ANA.—Dareselos, que tu idea
de perlas me ha parecido.
La puerta sonó; ve a ver
quién entra...
LEO.—*(Va a salir por el foro y se detiene al ver entrar a don Juan acompañado del conde y de Martín.)*
Ya no es preciso.
(¡Don Juan y el Conde; en campaña
tenemos ya al enemigo!)

Dichas, don Juan, el Conde y Martín.

JUAN.—*(Desde la puerta.)* ¡Señora!
ANA. Don Juan, pasad,
y después tomad asiento.
JUAN.—Antes permiso me dad,
que traigo acompañamiento.
ANA.—A honrarme vendrá con vos
quien venga en su compañía.
CON.—Gracias os doy por los dos,
por su persona y la mía.
Y antes de pasar de aquí
quiero, cumpliendo un deber,
deciros que nunca vi
tanta hermosura en mujer.
Mi primo hablarme intentó
de vuestra rara belleza;
creí que la exageró,
y hoy comprendo mi torpeza,
porque no hay pincel humano
que el cielo pueda pintar
si el pincel no está en la mano
de Dios, que supo crear.
MART.—*(A Leonor.)*
(¿Son suyos esos colores?)
LEO.—Lo puedo testificar,
que a la plaza de Herradores
yo mesma los fuí a comprar.
ANA.—Esos concetos declaran

que sois discreto y galán...
(Con tristeza.)
(Pero mejor me sonaran
en los labios de don Juan.)
¡Leonor, **sillas!**
JUAN. Ahora, Conde,
explicad el fundamento
a que esta visita responde,
(A doña Ana.)
que pudierais suponer
que anduve torpe o ligero,
y que no debí traerle
sin su licencia primero.
ANA.—¡El dueño de aquesta casa
sois, don Juan, al ser mi amigo!
(¡Y porque mi pecho abrasa
su desdén para conmigo!)
CON.—Señora, aunque os he mirado
mil veces sin conoceros,
antes que viniera a veros
tuve de veros cuidado.
Vuestro esposo, que Dios haya,
era mi amigo; jugamos
una noche, nos picamos,
y traspasando la raya
de lo prudente jugó
cuatro sortijas, y luego,
por su mala suerte, ciego,
seis mil ducados perdió,
que le gané noblemente
sobre palabra segura
de que tengo una escritura
y quien lo vió está presente.
ANA.—¡Miles de enredos, por cierto,
me dejó mi buen marido!
LEO.—¡En lo que dice ha mentido!
MART.—Es por hablar mal del muerto
y halagar al sol naciente.
Mas si se casa y también
él muere, seguro ten
que le ha de hincar luego el diente.
ANA.—¿De manera que hais venido
no a merecer, sí a cobrar?
Pues no habéis podido estar,
(A don Juan, con sonrisa.)
don Juan, más inadvertido.
CON.—Si yo, señora, creyera
cobrar la deuda de vos,
sin conocernos los dos,
por otro estilo pudiera.
No vengo sino a ofreceros
cuanto tengo y cuanto soy;
conque, pagado me voy
y aun deudor de sólo veros,
y os suplico que me deis
licencia de visitaros,
si fuere parte a obligaros
confesar que me debéis
no dinero, sino amor.
ANA.—¡Yo quedo tan obligada
como deudora y pagada
de nuestro noble valor!
Don Juan, estáis silencioso;
¿qué pesar os importuna?
CON.—Don Juan sólo piensa en una,
abstraído y amoroso.
Ama, señora, en secreto...
ANA.—¡Entristece amor callado!
CON.—Hoy, don Juan ha desahogad
su dolor en un soneto,
que nos pudiera leer.
ANA.—¿Por qué no lo recitáis?
JUAN.—No es digno de que le oigáis
mas tócame obedecer.
Una moza de cántaro y del río,
más limpia que la plata que en é
recién calzada de chinela nueva, [lleva
honor del delantal, reina del brío.
Con manos de marfil, con señorío,
que no hay tan gran señor que se l
[atreva
pues donde lava dice amor que nieva
es alma ilustre al pensamiento mío.
Por estrella, por fe, por accidente,
viéndola henchir el cántaro, en des
[pojo
rendí la vida al brazo transparente.
Y envidiosos del agua mis enojos
dixe: ¿por qué la coges en la fuente
si más cerca la tienes en mis ojos?
ANA.—Muy bien... parece mentira
(Con ironía.)
que un caballero discreto
escriba a tan ruin sujeto.
JUAN.—Amor es ciego y no mira...
CON.—Tiene doña Ana razón.
JUAN.—Si hubiérades visto el brío
del nuevo sujeto mío,
su hermosura y discreción,
dixérades que tenía
tanta razón de querer,
que no supe encarecer
todo lo que merecía.
ANA.—Si es por ocultar la dama,
como suelen los poetas,
por tratar cosas secretas
sin ofensa de su fama,
está bien; pero si no,
bajo pensamiento ha sido.
JUAN.—Ninguna cosa he fingido,
ni la he visto sólo yo,
porque muy cerca de aquí
vive la hermosa Isabel
por quien el amor cruel
hace tanto estrago en mí.
Sirve a un indiano que viene
a la corte a pretender;
¡en la fuente la vi ayer

y ya sin vida me tiene!
ANA.—¡Sediento andáis, por mi fe!
JUAN.—Hidrópico, que es peor:
la que ha encendido mi amor
moza de cántaro fué.
De su cántaro bebí
y amor me abrasó con él,
hundiéndome en el bajel
del mar en que me perdí.
Con él veneno me ha dado;
con él me mató.
ANA. Si fuera
Martín quien eso dijera
estuviese disculpado.
¡Pero un caballero, un hombre
como vos!
JUAN. No es elección
amor... Diferentes son
los efectos de su nombre.
Es, desde el cabello al pie,
tan bizarra y aliñosa,
que no es tan limpia la rosa
que más al alba lo esté.
Tiene un grave señorío,
en medio de la humildad,
que aumenta su honestidad
y no desluce su brío.
Finalmete, yo no vi
dama que merezca amor
con más fe, con más rigor...
ANA.—*(Levantándose.)*
Advertid que estoy yo aquí
y toca en descortesía
tan torpe encarecimiento.
JUAN.—Yo he dicho mi pensamiento
sin creer que os ofendía.
ANA.—*(En actitud de marcharse.)*
Conde, si me perdonáis...
Corrida me voy...
JUAN. ¿Por qué?
Sin ofensa vuestra hablé.
ANA.—Si cosas bajas amáis
no las igualéis conmigo,
que necio tiene que ser
aquel que hace a una mujer
de otra hermosura testigo.
Vamos, Leonor
MART.—*(A Leonor.)* Ve al instante,
que hoy reina mal vendaval;
si la coge por delante
derriba una catedral.
(Vanse doña Ana y Leonor.)
Don Juan, el Conde y Martín.
CON.—Del amor propio la llama
habéis, don Juan, avivado.
JUAN.—¡Como lo siento lo he habla-
[do!
CON.—Decir que no visteis dama
como la vuestra fué error...
JUAN.—¡Lealtad fué! *(Sale Leonor.)*
LEO. Conde y señor,
mi señora quiere hablaros.
Entrad...
JUAN. Ya sé lo que pasa;
que no vuelva yo a esta casa
querrá doña Ana encargaros.
(Vase el conde.)
Si lo tiene por castigo
no apelo de su sentencia.
Martín, corre a la presencia
de mi más dulce enemigo;
dile que hablarla deseo
de un asunto que me importa,
si es que mi voz no se corta,
porque ignoro cuando veo
su faz, que al amor convida,
si estoy—¡tan triste es mi suerte!—
a las puertas de la muerte
o en el albor de mi vida.
MART.—Haces muy bien si la quie-
que a veces agrada un prado [res,
más que un jardín cultivado,
y, al fin, todas son mujeres.
(Vanse los dos.)

CUADRO TERCERO

Calle corta

Doña María en traje humilde de criada. Sale perseguida por el Indiano.
MAR.—Arre allá, señor indiano,
que si esto adelante pasa
no estaré una hora en su casa,
por grosero e inhumano.
Y quizá si cuerdo no anda
arrancaréle la vida,
que ha de tener por perdida
como insista en la demanda.
IND.—¿Y si es amor?
MAR. ¡Vive Dios
que es un amor importuno!...
No basta que quiera uno;
tienen que querer los dos.
IND.—¿Vive Dios, dices? ¿No sabes
que el jurar no es de mujer?
MAR.—¿Y honor se ha de defender
con palabritas suaves?
La que llora y se querella
para impedir su deshonra
esa no estima su honra,
y lo que quiere es perdella.
¡Conque, adiós, y hasta más ver!...
¡Olvidemos esta historia!
IND.—Della guardaré memoria
y pienso que he de vencer,
que tengo el oro a montones.
MAR.—Arma poderosa, es cierto;
mas ni resucita a un muerto

ni triunfa de corazones
amparados en la fe.
IND.—¡Fiera en el bosque criada!
MAR.—Es idea equivocada,
que en la corte me eduque
con la mayor compostura...
Mas soy capaz de mataros
y por mi mesma enterraros...
con muchísima finura.
¡Por estas que lo hago así!
(Besándose las manos cruzadas.)
IND.—Palabra, Isabel, te doy
de que no seré, desde hoy,
atrevido como fui.
Recoge esos humos vanos...
No haré nada que te enoje.
MAR.—Me avengo, si uce recoge
esos deseos villanos.
Idos, pues.
IND. En casa espero...
¿Irás?
MAR. Tengo que pensallo.
IND.—En mi verás un vasallo.
MAR.—*(Con intención y marcándolo mucho.)*
¡Mas me agrada un caballero!
(Vase el Indiano.)

Doña María.

Tiempos de mudanzas llenos
y de firmeza jamás;
fuisteis de menos a más
y ya vais de más a menos.
¿Cómo en tan breve distancia,
para tanto desconsuelo,
habéis humillado al suelo
mi soberbia y mi arrogancia?
El desprecio que ya hacía
de cuantas cosas miraba;
las galas que desechaba,
los papeles que rompía;
el no haber de quien pensase
que mi mano mereciese
por servicios que me hiciese,
por mucho que me obligase;
toda aquella bizarría
como un sueño se pasó,
y a tanta humildad llegó
que por mí decir podría:
Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer a hoy:
que ayer maravilla fuí
y hoy sombra mía no soy.
Flores, que a la blanca aurora
con tal belleza salís,
que soberbias competís
con el mismo sol que os dora.
toda la vida es un hora;
como vosotras me vi,
y aunque arrogante salí,
sucedió la noche al día.
Mirad la desdicha mía;
¡aprended, flores, de mí!
Maravilla solía ser
de toda la Andalucía;
o maravilla o María,
ya no soy lo que era ayer.
Flores, no deis a entender
que no seréis lo que soy,
pues hoy en estado estoy
que si en ayer me contemplo,
conoceréis, por mi ejemplo,
¡lo que va de ayer a hoy!
No desvanezca al clavel
verse en púrpura bañado,
ni al triste lirio morado
el oro que nace en él,
ni te precies de cruel,
minutisa carmesí,
ni por el color turquí
bárbara violeta, ignores
tu fin, contemplando flores:
¡que ayer maravilla fui!
De esta loca bizarría
quedaréis desengañadas
cuando con manos heladas
os viere la noche fría;
maravilla ser solía,
pero ya lástima doy;
que de extremo a extremo voy,
y desde ser a no ser,
pues sol me llamaba ayer
¡y hoy sombra mía no soy!

Don Juan y doña María.

JUAN.—Dicha he tenido, por Dios;
Isabel, ¿adónde bueno?
MAR.—¿Adónde bueno, Isabel?
Adonde hallar un requiebro;
¿pensáis que no tengo yo
mi poco de entendimiento?
JUAN.—Bien conozco que no ignoras
nada, y a veces sospecho
que finges que no me entiendes.
MAR.—Lo que no quiero, no entiendo.
Pero a la fe que me admira
que un caballero tan cuerdo
y tan galán como vos,
coloque su pensamiento
en mujer de humilde clase
y no en damas de alto vuelo.
¿Sois pobre acaso, señor?
JUAN.—Dime, Isabel: ¿a qué efeto
me preguntas si soy pobre?
MAR.—Porque si os falta dinero
para pretender duquesas,
en ese caso comprendo
que requebréis a criadas,
porque sale a poco precio.
Con comprarnos zapatillas,

ligas, medias y un sombrero
ordinario para el río,
y un delantal de ancho lienzo,
ya nos tenéis más contentas
que un gallo en su gallinero.
En cambio, obsequiando a damas,
perdéis salud y dineros...
que más, de seguro, os cuestan
dos varas de terciopelo
que una legión de fregonas.
JUAN.—No juzgaras mis deseos
de la manera que dices,
si te dijera el espejo
el despejo de tu talle.
MAR.—*(Burlándose.)*
¿Espejo y despejo?... ¡Bueno!
Ya con cuidado me habláis,
porque, en efeto, os parezco
mujer que os puede entender.
Pues yo aseguro que puedo;
pero al estar enseñada
a oir vocablos groseros
de un indiano miserable,
es razón porque no entiendo
cuando galanes me hablan
en delicados concetos.
Y ¿cómo, si todo el día
me está mi amo diciendo:
"Ve por agua, trae el asno,
que tiene el entendimiento
más despejado que tú;
límpiame aquel ferreruelo,
pon esta liebre con ajos,
y ve si cuece el puchero...
todo sin refunfuñar
que te pago para eso?"
Pero, en fin, ¿qué me queréis?
JUAN.—Que, en fin, me quieras deseo.
MAR.—¡Bien aforrada razón
y bien dicha para presto!
¡Mas levantad el lenguaje
que, como dicen los negros,
el alma tengo muy blanca
aunque mal vestido el cuerpo!
Habladme como quien sois.
JUAN.—Ese es también mi deseo,
porque pensando en tu oficio
tal vez el respeto pierdo;
pero mirando a tu cara
vuelvo a tenerte respeto.
Mas no te debe enojar
que te diga lo que quiero,
que sólo son por el fin
todos los actos perfetos.
¿Qué dices de este lenguaje?
MAR.—Que es sencillo y que le en-
¿Mas quién me asegura a mí [tiendo.
que es vuestro amor puro y cierto?
Demostradlo, y yo creeréle.
JUAN.—A una prueba me sujeto.
Oyeme bien, vida mía.
El gran César, indiscreto,
quiso averiguar un día
(según la historia lo dice
y en su amor hacia el saber),
dónde su madre infelice
le tuvo antes de nacer;
y las entrañas rasgando
de su madre, estando viva,
pasó un rato contemplando
su morada primitiva.
Pues si tú quieres saber
dónde en mí guardada estás,
haz mi corazón romper
y allí tu imagen verás. *(Se acerca amorosamente a cogerla por el talle.)*
MAR.—Esténse las manos quedas
y aun los pensamientos quedos,
que no seremos amigos
en no siendo el trato honesto.
JUAN.—Como das, Isabel mía
(¿mía dije? ¡Ay, Dios, que miento!)
en pensar que por ser pobre
te busco, te sigo y ruego,
dilatas a mis amores
el justo agradecimiento.
Pues yo te juro, alma mía,
que por quererte desprecio
la más hermosa mujer
que ha nacido en todo el reino...
MAR.—Mal hacéis si tal belleza...
JUAN.—Porque más estimo y precio
un listón de tus chinelas
que las perlas de su cuello.
Más precio en tus blancas manos
ver aquel cántaro puesto
a la fuente del olvido
pedirle cristal deshecho;
y ver que a tu dulce risa
desciende el agua riendo,
envidiosa la que cae
de fuera a la que entra dentro;
y ver cómo se da priesa
a henchir el cántaro presto
para ir contigo a tu casa
en tus brazos o en tus pechos,
que ver como cierta dama
baja en su coche soberbio,
asiendo verdes cortinas
porque le vean los dedos
adornados con diamantes,
que hieren con sus destellos,
y asomar por los cristales
los rizos de los cabellos
que, aunque nacidos en otra,
a tantos sirvió de anzuelo.
Yo soy feliz con que digas,
dulce Isabel: "Yo te quiero",

que también quiero yo el alma;
no siempre el amor es cuerpo.
¿Qué respondes, ojos míos?
MAR.—A *ojos míos* yo no puedo
responder ninguna cosa,
porque decís que son vuestros.
A lo de la voluntad
(para que os vayáis con esto),
diré: si el alma queréis,
la mía os dice en secreto
que el primer hombre sois vos
a quien amor agradezco.
JUAN.—¿No más, Isabel?
MAR. ¿Es poco?
Pues vaya por contrapeso
que no me desagradáis.
JUAN.—¿No más, Isabel?
MAR. ¿Qué es esto?
Conténtese o quitaréle
lo que le he dado primero.
JUAN.—¿Podré tocarte una mano?
Aunque, por Dios, que la temo,
por si juzgases, airada,
que te faltaba al respeto.
MAR.—Pues vos no me conocéis.
Porque algún hombre yo he muerto
aquí donde me miráis.
JUAN.—Con los ojos, sí lo creo.
MAR.—Idos, que mi amo viene.
JUAN.—¿Dónde esta tarde te espero?
MAR.—¡En la fuente, a lo lacayo!
(Medio mutis.)
JUAN.—¡De dichas te colme el cielo!
MAR.—(¡El'alma se va contigo!)
JUAN.—*(Volviendo.)*
¿Qué has dicho, mi dulce dueño?
MAR.—*(Transición.)*
Nada, que voy por el cántaro.
JUAN.—Si quieres llenarle presto
ponle bajo de mis ojos
y verás cómo lo lleno.
Que no faltes.
MAR. Que no falto.
JUAN.—Que me quieras.
MAR. ¡Que ya os quiero!
JUAN.—¿Cuánto?
MAR. Cuanto merezcáis...
mucho o poco... ¡Ya veremos!
(Vase don Juan.)

Dicha y Leonor.

LEO.—¿Isabel?
MAR. Leonor amiga.
LEO.—¿Con ese hablabas?
MAR. ¿Pues bien?...
LEO.—¿Qué has hecho de tu desdén?
MAR.—Un amor honesto obliga,
y te aseguro de mí
que es mucho tenelle amor.
LEO.—Su talle, ingenio y valor
habrán hecho riza en ti...
que bien lo merece, a fe..
Mas como sois desiguales
no pueden ser muy leales
sus amores.
MAR. Ya lo sé;
pero si él me quiere a mí
nada más que por querer,
¿qué pierdo en corresponder?
LEO.—Mucho.
MAR.—*(Con impaciencia.)*
¿Mucho dices?
LEO. Sí;
porque adora mi ama en él.
MAR.—¿Quién te lo ha dicho?
LEO. Yo y Juana
lo vemos; y a ella con gana
de casamiento, Isabel.
Por eso, si no envidaste,
descarta y quédate en dos.
MAR.—¿Sábeslo bien?
LEO. ¡Sí, por Dios!
MAR.—Tarde, Leonor, me avisaste;
no es que se pueda alabar
del más mínimo favor,
es que le tengo un amor
muy difícil de olvidar.
¡Qué necia en creerme fuí
que un don Juan tan enlonado
para mí estaba guardado!
LEO.—Tengo un novio para ti
que envidiaría cualquiera:
bravo, pero no cruel,
que puede ser, Isabel,
orgullo de quien le quiera.
No pone codo en el puente
hombre de tales aceros,
ni han visto los lavaderos
más alentado valiente.
De tu clase y condición...
¿quién te mete con don Juanes?
MAR.—¿Tu ama trata en galanes?
LEO.—De honesta conversación.
De don Juan, que la visita,
naciéronle los antojos...
MAR.—¡Quién la ve tan baja de ojos
a la señora viudita!
LEO.—Enviudó hace ya dos meses;
viénele grande la cama.
MAR.—Y, en fin, ¿le quiere tu ama?
LEO.—¡Como si juntos les vieses!
MAR.—¡Por el cántaro... y al Prado,
que es tarde!
LEO. A Pedro verás;
¡y al verle te alegrarás,
que es fornido y desahogado! *(Vase.)*

CUADRO CUARTO

Prado con una fuente en las cercanías de Madrid. Mozas, llenando el cántaro, que van y vienen. Mozos, lindos, Martín y Pedro. Cuadro animadísimo y alegre.

LIN. 1.º—*(A moza primera, que se dirige a la fuente.)*
Zagalita sencilla y hermosa,
permite que el talle mi brazo te ciña.
MOZA 1.ª—*(Rechazándole.)*
Id con Dios, que no quiero que luego,
celoso, mi amante se enfade y me riña.
LIN. 1.º—¡Al menos consiente que es-
[tampe en tu mano
un beso que apague la sed en que mue-
[ro!
MOZA 1.ª—Esperad a que traiga un
[puchero
con agua fresquita,
veréis si se os quita
la sed que os apura.
LIN. 1.º—¿No comprendes, gentil
[criatura,
que el agua no basta para mis ardores?
MOZA 1.ª—*(A las demás mozas.)*
¡Qué gracia que tienen aquestos seño-
[res!
Me muero de risa
al verlos que vienen amando de prisa,
y apenas alcanzan el bien deseado
nos vuelven la espalda y "abur, dueño
[amado".
(Se acerca a la fuente.)
LIN. 1.º—¡Mi amor! *(Detrás de ella.)*
MOZA 1.ª—*(Con ironía.)*
¡Será eterno!
LIN. 1.º—Tu labio no miente.
MOZA 1.ª—¡De fijo no llega ni al día
[siguiente!
MOZA 2.ª—*(Lavando.)*
No olvides, Inés,
lo que en la Cuaresma dijo el padre
[Andrés,
que aquestos bergantes
son muy dulcecitos, pero... *antes del*
[*antes,*
y tórnanse amargos *después del des-*
[*pués.*
LIN. 2.º—*(A la moza tercera, que está llenando el cántaro.)*
Como de blanca azucena
es purísima tu tez;
como la palmera airosa
naciste para querer.
MOZA 3.ª—*(Dándole un empujón.)*
Para querer que... en la vida
se me acerque su merced.
(Risas en todos.)
LIN. 1.º—*(Al segundo.)*
¡Estos míseros villanos
me ponen de mal humor!
LIN. 2.º—*(Con ironía.)*
¿No dan en tener honór?
PED.—En cambio, los cortesanos,
creyendo que el mundo es suyo,
en su hidalga condición
no hacen nunca división
entre lo mío y lo tuyo;
con grosera terquedad
a la que veis dais un beso.
LIN. 1.º—No hemos llegado hasta eso.
MOZA 3.ª—*(Con tristeza y sencillez a las otras.)* ¡Y fué lástima, en verdad!
PED.—No comprendo por qué modos
hais de creer que estas son
como piedras de mesón
que las pueden pisar todos.
¡Pues voto a tal!...
(Acometiéndole; los separan.)
MART. ¡Pedro, ten!
Y en paz la fiesta tengamos,
que van a venir los amos...
LIN. 2.º—Verás si en un santiamén
aviso que venga al Prado
el alcalde y un corchete.
PED.—*(A Martín.)* ¿Y este quién es?
MART. Su...
(Le dice al oído la palabra.)
PED.—¡Me lo había sospechado!
(Se apartan a un lado. Los lindos, como despreciándolos, se retiran, no sin haber hablado breve rato en voz baja con las mozas. Al fin no quedan en escena más que Pedro y Martín.)

Martín y Pedro.

PED.—¿Con que dices que es hermosa?
¡Pues me interesa, por Cristo!
MART.—En tu vida, Pedro, has visto
una mujer más airosa.
Ha de ser buena casada,
esto Leonor me ha contado;
como sea de tu agrado
te vendrá pintiparada.
Es una perla, un asombro;
rinden parias a su brío
cuantas lavan en el río
y llevan cántaro al hombro.
El propio galán don Juan,
primo del Conde, mi dueño,
pierde por hablarla el sueño
y ansias de muerte le dan.
De noche la viene a ver,
y anda el pobre caballero
de su cántaro escudero
sin dormir y sin comer.
Por mi fe que te conviene.
PED.—¿Sabrá mi hacienda cuidar?
MART.—¿Cuidar?... ¡Te la ha de au-
[mentar!...
¡Es mucho el genio que tiene!
PED.—Si yo a esa muejr poseo

nadie ha de entrar en mi casa,
y si con celos me abrasa
verás qué despolvoreo.
(Acción de pegar.)
Conmigo no se desmanda...
La carne que has de comer,
lo mesmo que la mujer,
a puro golpe se ablanda. *(Vanse.)*

María y Leonor, con sus cántaros.

MAR.—¡El amo así me lo dijo!
LEO.—¿Y dónde se lo han contado?
MAR.—En un sitio bien poblado
que conocerás, de fijo.
De San Felipe en las gradas,
archivo de novedades
y fábrica de verdades,
ya ciertas, o ya inventadas
por desocupada gente.
LEO.—¿Conque esa mujer mató
al que a su padre afrentó?
¡Alma varonil!
MAR. ¡Valiente!
LEO.—¿Y no llegó a parecer
la dama que con su acero
dió muerte a aquel caballero
por su infame proceder?
MAR.—De eso no me dijo nada,
pero muy contenta estoy
de ver—que al fin mujer soy—
que la hubiese tan honrada.
LEO.—¿Dijo el nombre que tenía?
Que a mí me alegra también.
MAR.—No sé si me acuerdo bien,
aunque sí: doña María.

Dichas, Blas y Lorenzo. Aquél, de rufián; éste, de lacayo.

BLAS.—Pues que te hallo aquí otra vez
de mí no te escaparás,
¡que te escurres como un pez!
(Corriendo a coger a María.)
MAR.—Pues tú no me pescas, Blas,
que el anzuelo se cayó...
(Dale un empujón y cae.)
¡Para que me hagas cosquillas!
(Acuden a Blas, ayudándole a levantarse del suelo.)
BLAS.—¡Ay, qué feliz era yo
(Todo magullado.)
cuando tenía costillas!
¡Porque agora me has rompido
lo menos cuarenta y nueve!
LOR.—Deja, por el dios Cupido,
(Acercándose melosamente a María.)
que en tu rostro sobrehumano
te haga yo una morisqueta
poniendo apenas la mano.
MAR.—¡Yo te la pondré completa!
(Le da una bofetada.)
LOR.—*(Apartándose dolorido.)*
¡No vi mujer más hombruna!
MAR.—¡Y aun enseñada a matar!
¡Vaya! ¿Si creerán que una
es de todos, como el mar?
¡Llegue el barbudo, que quiero
en dos partirle la panza,
que llevo por compañero
un puñal como una lanza!
(Figura como que le va a sacar por debajo de la ropa.)
LOR.—No en sacarle paséis pena.
¡Es un tigre de Bengala!
¡Quedad muy enhorabuena!
MAR.—¡Marchad muy enhoramala!
(Vanse.)

Dichas, Martín y Pedro.

MART.—Aquí están dos escuderos
para las dos.
LEO.—*(A María.)* Isabel,
este buen mozo es aquel
que te dije.
MAR.—*(Haciendo una reverencia cómica.)* ¡Caballeros!
MART.—*(Señalando al sitio por donde se fueron Lorenzo y Blas.)*
Si el necio no se reporta
buscando amparo en la huída,
aquí le arranco la vida...
porque tu honor nos importa.
MAR.—Para defender mi honor
mi cántaro es suficiente...
MART.-No anduve en ello imprudente,
que si te ayudo es mejor.
Que hasta el sacerdote acude
a la ayuda, que es precisa,
pues no puede decir misa
si no tiene quien le ayude.
Llega, no estés vergonzoso.
(A Pedro.)
PED.—¡Vive Dios, que estoy mirando
a Isabel, y contemplando
su talle y su rostro hermoso!
Téngame vuestra merced
por suyo desde esta tarde.
MAR.—(¡Bravo mozo, Dios le guarde!)
PED.—(Cayó la daifa en la red;
ya está perdida por mí.)
(Acercándose y tratando de cogerle una mano.)
Pido mano y doy turrón,
quiero decir que me caso.
MAR.—Pues demos el primer paso...
allá va este mojicón.
(Le da una bofetada.)
PED.—¡Por el agua de la mar,
que tiene valor la hembra!
MAR.—Pues no sabe dónde siembra.
PED.—¡En tierra de pan llevar,

y de mojicón traer!
¡Voto a tus ojos serenos,
que quiero quererte menos,
mas vite y no puede ser!
¡Ablándate, serafín!
MAR.—¡Déjeme y no me zabuque!
(Se dirige a la fuente con Leonor.)
PED.—Aquí, en la esquina del duque,
hay vino; vamos, Martín.
¡Yo te bajaré los fueros! *(A María.)*
¡El vino alivia los males!
MART.—¡Vino y amor son iguales,
porque ambos andan en cueros!
(Vanse, y María y Leonor hablan con sus compañeras.)
Dichos y doña Ana. Ana, conducida en una lujosa silla de mano; al estribo, don Juan; detrás, Juana.
JUAN.—De lejos vuestra beldad
conocí y aquí he llegado,
que siendo vuestro criado
este es mi sitio... bajad.
(Abrele la portezuela.)
¡Vengo a ver lo que mandáis,
que apearos no habrá sido
sin causa!
ANA. Causa he tenido,
que siempre vos me la dais.
Quiero venir a la fuente,
porque sé que es el lugar
a donde os tengo de hallar,
pues en él sois pretendiente.
JUAN.—Buen oficio me habéis dado;
que no le hay más inferior.
ANA.—Conociendo vuestro humor,
señor don Juan, he pensado
venir por agua también.
Muestra ese búcaro, Juana.
JUAN.—*(Bajo a Ana.)*
Dado habéis esta mañana
filos, señora, al desdén.
ANA.—Deseando enamoraros
moza de cántaro soy;
por agua a la fuente voy...
JUAN.—Teneos. *(La detiene.)*
ANA. Quiero agradaros...
JUAN.—Es el cántaro pequeño;
templará poco el rigor
a los enfermos de amor...
ANA.—¡Tengo de beber empeño!
(Va a dirigirse a la fuente; don Juan lo impide.)
Don Juan, no os pongáis delante,
que ya he visto por las señas
que es aquella vuestra dama.
(Viendo a María, que estará en animada conversación con sus compañeras.)
JUA.—Pues Leonor viene con ella,
¿quién duda que es Isabel?
ANA.—Disculpa tiene en quererla
el señor don Juan.
JUA. La moza,
en otro traje, pudiera
hacer a cualquiera dama
muy reñida competencia.
JUAN.—Todo es por hacerme burla.
ANA.—Quisiérala ver más cerca.
Vaya, don Juan, a decirla
que está aquí una dama enferma,
que se le antoja beber
por la cantarilla nueva.
Id, que no habrá de pesarla.
JUAN.—Sólo por serviros fuera.
MAR.—¡Ay, Leonor!
(Fijándose en doña Ana y en don Juan.)
LEO. ¿Qué?
MAR. Tu señora
y aquel mi galán con ella.
LEO.—Que te has turbado parece.
MAR.—Por poco se me cayera
el cántaro de las manos.
JUAN.—*(Acercándose a doña María.)* Aquella señora os ruega
que le deis un poco de agua.
MAR.—De buen grado se la diera,
y a vos, don Juan, con el cántaro.
JUAN.—(¡Por Dios, no seas indiscreta,
que nos ven!)
MAR. Llevadla vos
y de vuestra mano beba.
JUAN.—¡Mira que en público estamos!
Y las mujeres honestas
no han de hacer cosas indignas.
MAR.—Iré porque nadie entienda
que me da celos a mí.
(Se acerca a doña Ana.)
Vuesamerced beba, y crea
que quisiera que este barro
fuese cristal de Venecia;
pero lo será en tocando
esas manos, que son perlas.
ANA.—¡Beberé porque he caído!
MAR.—Si el agua el susto sosiega,
beba, que todos caeremos,
si no en el suelo, en la cuenta.
ANA.—¡Ya he bebido!
MAR. Yo también.
ANA.—(¡Yo pesares!)
MAR. (¡Yo, sospechas!)
ANA.—¡Qué caliente!
MAR. ¡Vuestras manos
de nieve servir pudieran!
ANA.—Haz que me acerquen la silla.
(Sube en ella. Contemplando a doña María.) ¡Buena moza!
MAR. ¡Y es muy bella!

¡Si no llevara postizo
todo lo que la hermosea!
(Vanse doña Ana y Juana.)
Doña María, Leonor y don Juan.
JUAN.—¡Isabel! *(Acercándose.)*
MAR. ¿No la acompaña?
¡Mal galán!... ¡Así se queda!
JUAN.—¡A darte satisfacciones!
MAR.—Estoy yo tan satisfecha,
que será gastar palabras.
JUAN.—Mira, Isabel, que esto es fuer-
y que bien sabe Leonor [za,
—dejo aparte mi fineza—
que el Conde sirve a doña Ana.
MAR.—*(Al cántaro.)*
Cántaro, tened paciencia;
vais y venís a la fuente;
quien va y viene siempre a ella,
¿de qué se admira si el asa
o la frente se le quiebra?
Sois barro, no hay que fiar.
Mas, ¿quién, cántaro, os dijera
que no os volviérades plata
en tal boca y tales perlas?
Pero lo que es barro humilde
al fin en barro se queda.
No volváis más a la fuente,
porque estoy segura y cierta
que no es bien que vos hagáis
a los coches competencia.
JUAN.—¿Qué dices? Mira, Isabel,
que sin culpa me condenas.
MAR.—Yo con mi cántaro hablo.
Si es mío, ¿de qué se queja?
Váyase vuestra merced,
que sus amores se alejan.
JUAN.—Iréme desesperado,
pues dices cosas como éstas
sabiendo, Isabel, que soy
esclavo de tu belleza.
MAR.—¿Esclavo, señor?... ¿Y en dónde
lleva usarced la cadena?
JUAN.—Un extremo en la garganta,
y el otro en el alma enferma.
¡Plegue a Dios, Isabel mía,
que nunca sufras mis penas!
Voy a decir a doña Ana
que tu hermosura me ciega,
que la pasión que me enciendes
es luz para mi existencia;
que eres imán...
MAR.—*(Con tristeza.)* ¡Ciertamente
que arrastra, mas no sujeta!
JUAN.—Hasta después.
MAR.—*(Conteniendo las lágrimas.)*
¡La del humo!
No volváis por la respuesta,
que está lejos, y se os puede
caer, don Juan, la venera.
(Vase don Juan.)
María y Leonor.
LEO.—Torpe estás.
MAR. ¡Y enamorada!
LEO.—Entonces, ¿por qué le dejas
que con disgusto se marche?
MAR.—El alma, Leonor, me lleva,
¡que los celos me han picado!
¡Pero aunque me abrase y muera
no he de ver más a don Juan!
LEO.—¡Qué de pesares te cuesta!
MAR.—¡Vámonos, cántaro mío,
testigo fiel de mis penas!
Aunque, a la verdad, no sé
cuál de ambos mejor merezca
que cántaro se le llame;
que si tú alma no encierras,
¡don Juan la tiene de cántaro
para no llorar tristezas!

ACTO TERCERO

Casa de doña Ana.

María y Leonor.
MAR.—Clara muestra de mi afeto
te doy, Leonor, en venir...
pues más bien debiera huir
de este sitio, al que, en efeto,
asistirá noche y día
mi galán, que a solas me ama,
y delante de tu ama
no dice esta boca es mía.
LEO.—Yo te he cobrado afición,
estoy dispuesta a ayudarte
y en tu virtud a imitarte;
porque es tal tu condición,
y tu proceder es tal,
que si todas las mujeres
fuéramos como tú eres,
no andaríamos tan mal.
MAR.—Y tu señora, ¿imagina?...
LEO.—Se lo he dicho esta mañana,
y ella, como yo, se ufana
de que seas mi madrina.
Mi boda tiene que ser
hoy mesmo, y quisiera verte
más contenta de mi suerte.
De mi ama no has de temer,
que ya a don Juan dió al olvido.
¡El conde es rico y es tonto,
y no es fácil hallar pronto
tan provechoso partido!
MAR.—*(Con marcada expresión de alegría.)* ¿Me aseguras, Leonor mía,
que eso es cierto?
LEO. ¡Te lo juro!
¡Qué amor tan tierno y tan puro

sientes por él todavía!
¿Le volviste a ver?
MAR.—*(Con tristeza.)* ¡Pues no!
LEO.—Mientras mi señora viene,
cuéntame, pues me entretiene,
lo que con él te pasó. [talina,
MAR.—Fuímos Teresa, Juana y Ca-
el sábado a lavar, al Manzanares,
si bien yo melancólica y mohína
por tantas amarguras y pesares.
Tomé jabón con desenvuelto brío
para ocuultar a todas mis enojos;
¡los blancos paños me llevaba el río,
creciente con el llanto de mis ojos!
Lavaba con lo mismo que lloraba,
que por mi rostro lágrimas corrían,
y al aire de suspiros lo secaba,
que ardoroso del pecho me salían.
Saqué la ropa, y de uno y otro lado
cogiendo los extremos, la torcimos,
y con suelto donaire y desenfado
a entapizar los tendederos fuimos;
y dejando las sábanas prendidas,
salieron a bailar cuatro doncellas
con cuatro mozos o perdonavidas,
que piensan que bailando honran a
[ellas.
Yo, cabizbaja, grave y aun llorosa,
guardé silencio, de mi amor en mengua,
porque consideraba triste cosa
estando muerta el alma, hablar la len-
Para calmar angustias y desvelos [gua.
entré al fin en el baile, con tal brío
que envidia fuí de ninfas y mozuelos,
y por verme bailar salióse el río.
¡Vitor! dijeron; y una voz sonora
oigo que al par me encanta y me en-
[tristece;
vuelvo la cara, que el rubor colora,
y veo a mi don Juan que allí aparece.
Al oído me dice: "¡Isabel mía,
tuyo es mi corazón!" Y tan cobarde
me hallé a los ecos de su voz, que luego
como volcán que en sus entrañas arde,
por mis venas sentí correr el fuego.
"¡Traidor!—respondo—. Tus engaños
[mira,
no me hables más de tu pasión trai-
[dora."
Y diciendo y haciendo, envuelta en ira,
sigo la puente... ¡Y me arrepiento
[agora
porque parece que me trae el viento
los suspiros que allí quedóse dando,
y aun me figuro que su dulce acento
está mi corazón embelesando!

Dichas, doña Ana y Juana.

ANA.—¡Sea en buen hora llegada
la bella Isabel!
LEO. ¡Señora,
le estaba diciendo agora
que tu bondad extremada
permitíala que fuese
la madrina de mi boda.
ANA.—¡Eso a mi gusto acomoda;
siempre que lo consintiese
tu señor, que es tu deber
licencia pedir sumisa!
MAR.—Ya, señora, no es precisa.
Salí de su casa ayer.
ANA.—¡Despedida!
(Con cierta severidad.)
MAR. No fué así.
Mejor dijérais huída,
librando, a más de mi vida,
mi honor, que en peligro vi.
ANA.—Cuéntame, porque el asunto
es delicado, y quisiera...
MAR.—Pues fué de aquesta manera...
Lo diré punto por punto.
Mi amo, por lo que se entiende,
trajo de Indias un caudal;
que allí a nadie le va mal
cuando la vergüenza vende.
Supiéronlo tres ladrones,
y ansiosos del galardón
de cien años de perdón,
entraron por los balcones;
y cuando ya le pedían
las llaves de su riqueza,
desde la cercana pieza,
donde sus voces se oían,
salté breve como el viento,
y audaz blandiendo la espada,
allí, a pura cuchillada,
castigué el atrevimiento.
Al uno dejé tendido
blasfemando de su suerte,
pues fué temprana su muerte,
que era joven y garrido.
Los otros dos se escaparon
de un salto por la ventana,
más yo los vi a la mañana
que a la fosa los llevaron.
Mi amo, loco de alegría,
al ver salvada su hacienda
por tener quien la defienda,
quiso premiar la acción mía.
A su cuarto me llamó
conmovido y tembloroso,
y en tono dulce y piadoso
de esta manera me habló:
(Imitando cómicamente la voz del indiano.) "Dame, Isabel, el calzado,
que me quiero levantar;
tú mesma me has de calzar,
que eres moza de mi agrado."
A obedecelle fuí yo,

mas él, tirándose al suelo,
cogióme, traidor, del pelo,
y la boca me tapó.
Yo, que no podía huir,
sus zapatos agarrando,
le estuve una hora pegando,
donde... no puedo decir.
Abandoné aquel hogar,
y llevo siempre conmigo
su zapato, que es testigo
de mi virtud ejemplar.
Vencíle al cabo y al fin,
gracias a mi salvador.
¡Cuántas veces el honor
se debe a un sujeto ruín!
ANA.—¡Notable debes de ser;
yo te voy cobrando amor!
JUA.—Es la criada mejor
y la más limpia mujer.
Ruégale que esté contigo.
ANA.—¿No querrás estar conmigo,
Isabel?
MAR. Señora, sí.
ANA.—¿Qué sabes hacer?
MAR. Lavar,
masar, cocer y traer
agua.
ANA. ¿No sabes coser?
MAR.—¡Bien sé coser y labrar!
ANA.—Pues idos, Juana y Leonor,
(Con dulzura.)
con ella, y queredla bien,
que no merece desdén
quien sabe guardar su honor.
(Vanse las tres.)
Dicha y don Juan, que aparece en la puerta del foro.
JUAN.—Vengo como embajador.
El conde os pide licencia
y dice que de su ausencia
fué causa vuestro rigor:
que tratáis tan mal su amor
que ya toma por partido,
en la caza divertido,
buscar alivio a su daño,
aunque este inocente engaño
lo interpretéis por olvido.
ANA.—Venís en una ocasión
en que os hice un gran servicio,
que a lo menos es indicio
de mi vehemente pasión.
Ved, pues, en qué obligación
os pongo, al haber traído
a mi casa a quien ha sido
el sujeto que hais amado;
que os quiero ver obligado
ya que no reconocido.
Volved los ojos, veréis
a Isabel, que viene aquí,
no para servirme a mí,
sino a que vos la mandéis;
que no quiero que os canséis
buscándola en fuente o prado.
Mirad si estáis obligado,
y cómo he sabido hacer
que vos me vengáis a ver,
no, como hasta aquí, forzado.
Dichos, el Conde y Martín
CON.—Tanto la licencia tarda,
que sin ella vengo a veros.
ANA.—Eso decís, en disculpa
de ausencia de tanto tiempo.
(Acercándose a una de las puertas.)
Isabel, acerca sillas. *(Sale doña María.)*
JUAN.—Ahora me estaba riñendo
tu ausencia.
CON.—*(Fijándose en doña María.)*
¡Buena criada!
Y nueva, que no me acuerdo
de haberla visto otra vez.
ANA.—¡Bella cara, gentil cuerpo!
¿No es muy linda?
CON. ¡Sí, por Dios!
ANA.—De que os agrade me huelgo,
que es el amor de don Juan.
CON.—*(Examinándola con interés.)*
Si es así su entendimiento,
disculpa tiene mi primo.
¿De dónde sois?
MAR. No sé cierto;
porque ha mucho que no soy.
CON.—Rasgos en la moza observo
(A doña Ana.)
que en otro traje pudieran,
con el donaire y aseo,
dar, fuera de vuestros ojos,
a muchas envidia y celos.
Mi primo es tan singular,
que por bizarría ha puesto
las preferencias del gusto
en tan humilde sujeto.
MAR.—A mí responder me toca,
y ello ha de ser defendiendo
a todas las fregatrices
de cántaro y lavadero,
que más de cuatro señoras
vestidas de terciopelo,
si las viéramos desnudas,
¡vaya una espuerta de huesos!
ANA.—Cásase Martín agora
con mi Leonor, y por eso
siente que vueseñoría
haga de don Juan desprecio.
JUAN.-¡La hais tomado con don Juan!
CON.—*(Siempre irónico.)*
Huélgome del casamiento;
¿y seréis vos la madrina?
(A doña Ana.)

Porque ser padrino quiero.
ANA.—¡No, señor, que es Isabel!
CON.—Pues tócale de derecho
(Irónicamente.)
ser el padrino a don Juan.
JUAN.—Basta, que estáis de concierto
(Enfadado.) todos contra mí. Pues vaya
que ser el padrino aceto.
CON.—¿Por qué la madrina calla?
MAR.—Lo diré, con perdón vuestro
(Todos la cercan.)
Allá, en mi lugar, un día,
a un muchacho en un jumento
llevaba una labradora;
y perdonad... iba en pelo.
"Hazte atrás, que le lastimas",
iba la madre diciendo;
y tanto hacia atrás se hizo,
que dió el muchacho en el suelo
Díjole: "¿Cómo caíste?"
Y el chico respondió presto:
"Madre, acabóseme el asno."
Así yo, que hablando veo
a tan discretos señores,
hice atrás mi entendimiento,
hasta que he venido a dar
con mi silencio en el suelo.
MART.—*(Haciendo mutis.)*
(¡Tomen lo que se han ganado!)
CON.—¡Me pasma su claro ingenio!
ANA.—Ahora, señor conde, es justo
que de vuestra ausencia hablemos
y las causas nos digáis.
CON.—Negocios son, en efeto.
que me han tenido ocupado;
la causa, un grave suceso.
Mató en Ronda cierta dama
a su amante.
ANA. ¿Fueron celos?
CON.—No tal. Fué porque a su padre,
venerable anciano y deudo
del duque, dió un bofetón;
sin reparar que a los viejos
es, pegarles, cobardía
impropia de nobles pechos.
ANA.—¡Gran valor hubo en la dama!
CON.—Su acción es digna de ejemplo.
JUAN.—Yo diera por conocella
toda cuanta hacienda tengo.
MAR.—(Turbada estoy: encubrir
puedo apenas lo que siento.)
ANA.—¿Y en qué ha parado el asun-[to?
CON.—Como ya ha pasado tiempo,
la familia ha perdonado
y el muerto quedóse muerto.
Mi señor el duque tiene
muy cercano parentesco
con la valerosa dama
María Portocarrero.
y me ha escrito de su puño
para que yo ponga empeño
en alcanzar del monarca
(cuya vida guarde el cielo)
el perdón tan deseado
de quien mató defendiendo
el honor de la familia
escarnecido y maltrecho.
ANA.—¿Y el perdón habéis logrado?
CON.—¡Siendo Felipe tercero
quien nos rige, la respuesta
no digo, que es ofendello!
MAR.—(Ya el sol de mis esperanzas
parece que va saliendo.)
CON.—Ahora tan sólo me queda
descubrir el paradero
de la dama. Es una historia,
según yo voy comprendiendo,
que de pasto ha de servir
a todos los mentideros.
ANA.—Al jardín bajad conmigo
y contádmela.
CON. Os lo ofrezco,
porque en serviros, señora,
cifro todo mi deseo.
(Dándole el brazo.)
(Esto, sin duda, es amor.)
ANA.—(Esto, sin duda, son celos
que quiero dar a don Juan.
porque me mata con ellos.) *(Vanse.)*
Doña María y don Juan.
JUAN.—Si el venir aquí son celos,
creyendo que así me guardas,
piensa que son nubes pardas,
que ofenden tus puros cielos.
¿Qué guarda de más valor,
Isabel, que tu hermosura,
si ella misma te asegura
que merece tanto amor?
¡Vive Dios, que te he querido
y te quiero y te querré
con tanta firmeza y fe,
que se halla mi amor corrido
de no vencer tu rigor
siendo tú tan desigual!...
MAR.-Quien siente bien no habla mal,
que para tener honor
con que poder igualaros,
aunque de vuestro apellido
príncipes haya tenido
Italia y Francia preclaros,
sóbrame a mí ser mujer;
pero si de vuestro engaño
a los dos resulta daño,
desengaño habrá de ser.
Ni de vos estoy celosa
ni os guardo, aunque os he querido,
que en este humilde vestido
hay un alma generosa

tan soberbia y arrogante,
que el cántaro que dejé
un cielo en mis hombros fué
como el que sostiene Atlante.
Yo os quiero bien, aunque soy
de naturaleza esquiva;
pero hay otro amor que priva
por quien os dejo y me voy.
No puedo hacer más por vos
que decir que os he querido,
en fe de lo cual os pido,
antes de oir vuestro adiós,
que una cosa hagáis por mí.
JUAN.—¿Cómo ausentarte, mi bien?
Después de tanto desdén,
¿esto merezco de ti?
MAR.—Don Juan, aunque lo sintáis,
en camino he de ponerme,
y es el favor que hais de hacerme
que esta joya me vendáis.
(Enseñando una sortija que sacará del bolsillo.) Diamantes son; claro está
que sospechas infundiera
si a vender diamantes fuera
mujer que a la fuente va.
Podré, con lo que valiere,
presto a mi casa llegar.
(Le da la sortija, que queda contemplando don Juan.)
JUAN.—¡Cuando pensaba esperar
quiere amor que desespere!
Tened la joya y la mano, *(Se la da.)*
que entrambas diamante son,
si es la mina un corazón
tan firme como tirano.
Aun cuando forzosa sea
vuestra partida, ¿pensáis
que admito?...
MAR. Si no tomáis
la joya, don Juan, no crea
vuestro pecho liberal
obligarme con dinero,
que, pues de vos no lo quiero,
bien creeréis que está mal.
¡Qué habréis de mí imaginado
después que la joya vísteis!
¡Aunque, en rigor, no tuvísteis
culpa de ser mal pensado,
que yo os he dado ocasión!
JUAN.—No temas nunca de mí
que al ver alhajas en ti
lo achaque a una mala acción.
Si conforme son diamantes
fueran almas, de contado
que las habíais hurtado
pensara en estos instantes.
Algo sospecho encubierto,
Isabel, y en duda igual,
que sois mujer principal
tengo por mayor acierto;
que desde el punto que os vi
con el cántaro, Isabel,
echó amor suertes en él
para vos y para mí.
Vos salisteis diferente
de lo que aquí publicáis,
y yo sin dicha, si os vais,
para que me muera ausente.
¿Quién sois, hermosa Isabel?
Porque cántaro y diamantes
son dos cosas muy distantes:
que hay mucha bajeza en él
y en vos mucho entendimiento,
mucha hermosura y valor,
mucho respeto al honor,
que es más encarecimiento.
La verdad se encubre en vano;
que como al que ayer traía
guantes de ámbar, a otro día
le quedó oliendo la mano,
así quien señora fué
trae aquel olor consigo,
aunque del ámbar que digo
el nacimiento no sé.
MAR.—No os canséis en prevenciones,
que yo no os he de engañar.

Dichos y Leonor.

LEO.—¿Cuándo piensas acabar,
Isabel, tantas razones?
Vente a vestir y a vestirme,
que mi señora te llama.
MAR.—*(Con cierta malicia, dirigiéndose a don Juan.)*
Voy a vestirme de dama.
JUAN.—¿Volverás?
(Con marcada ansiedad.)
MAR.—*(Con tristeza.)* A despedirme.
(Vanse las dos.)

Don Juan, solo.

¿Qué confusión es esta que levanta
amor en mis sentidos nuevamente?
¿Por qué mi pensamiento se adelanta
a presumir el fin de este accidente?
Así el cautivo en la cadena canta,
así engañado se distrae ausente,
creyendo en su esperanza lisonjera
volver presto a la patria en que naciera.
¿Mas quién será Isabel, locura mía,
con hermosura y prendas celestiales?
¿Por qué resiste tanto a mi porfía
y compasión no tiene de mis males?
No ha de pasar sin que lo sepa un día.
Industrias hay; y si, por dicha, iguales
somos los dos, como mi amor desea,
tu cántaro, Isabel, mi dote sea.
No te pienses partir si por ventura
ya no tiene remedio mi locura;
no lo quieres fingir para matarme;

ni te puedo perder ni tú dejarme,
y si tienes nobleza y hermosura, [me,
del cántaro por armas pienso honrar-
que mi ventura en él ya se retrata
y amor le volverá de barro en plata.

Dicho, doña Ana y el Conde, que se queda oculto detrás del tapiz de la puerta del foro.

ANA.—¿Cómo tan solo el galán
a quien *no solo dejé?*
¿Dónde está Isabel?
JUAN. Se fué,
porque ya presto vendrán
(si en la cocina no están)
los convidados, y ha ido
a ponerse aquel vestido
que en tu bondad le regalas.
ANA.—¡Bien estará con las galas!...
¡Ya veis que celos no os pido!
JUAN.—Yo pienso que es ilusión
y no amor vuestra porfía.
ANA.—¿Y quién sin amor podría
sufrir tanta sinrazón?
JUAN.—No es sinrazón la ocasión
que me fuerza a no querer
lo que del conde ha de ser.
CON.—*(Escondido.)*
Celos necios me han traído
de un amigo mal fingido
y de una ingrata mujer.
JUAN.—Cuando no os quisiera bien
el conde, mil almas fueran
las que mis ojos os dieran.
ANA.—¡Pues malhaya el conde, amén!
CON.—(Don Juan le muestra desdén
y ella a don Juan solicita.)
ANA.—Con oro en mármol escrita
tiene el amor una ley,
que, como absoluto rey,
no hay traición que no permita.
Demás que esto no es traición,
que yo nunca al conde amé.
CON.—En lo que diga veré
de mi primo la intención.
JUAN.—Ninguna loca afición
que se haya visto ni escrito
ha disculpado el delito
del amigo: que el valor
es resistir al amor
y vencer al apetito.
Que yo con vos me casara
es, sin duda, si pudiera.
ANA.—¿Y si el conde lo quisiera?
JUAN.—Entonces es cosa clara;
mas cierta podéis estar
que no me lo ha de mandar.
Y así, me voy, que no quiero
dar a tan gran caballero
ni sospecha ni pesar.
CON.—*(Apareciendo.)* Detente.
JUAN. Si habéis oído,
lo que ya sospecho, aquí
pienso que estaréis de mí
seguro y agradecido.
CON.—Todo lo tengo entendido;
y si por quereros bien
trata mi amor con desdén
doña Ana, no ha sido culpa,
porque sois vos la disculpa
y mi desdicha también.
Dice que sabe de mí
que os mandaré que os caséis.
Dice bien, y vos lo haréis
porque yo os lo mando así.
Que a saber, cuando la vi,
que os tenía tanto amor
no la amara; aunque en rigor
fué engañado pensamiento
que con tal entendimiento
no escogiese lo mejor.
JUAN.—Aunque a Alejandro imitéis
en darme lo que estimáis,
ni como Apeles me halláis,
ni enamorado me veis,
ni vos mandarme podéis
que sea lo que no fuí;
y en cuanto pudiera aquí
ser lo que no pude ser
no quisiera yo querer
a quien os deja por mí.
ANA.—Quedo, quedo, que no soy
tan del conde, que me dé,
ni tan de don Juan, que esté
menos contenta ayer que hoy.
Libre a mí misma me doy
y daré en mí, si yo quiero,
a un honrado caballero
mujer y cien mil ducados,
sin suegros y sin cuñados,
que es otro tanto dinero.

Dichos y doña María, de madrina, muy bizarra y elegante, con Leonor de la mano. Martín, Pedro, Lorenzo y Blas; acompañamiento de mujeres.

MART.—Mal presagio, vive Cristo,
pues hoy por la corte cuentan
que ha de haber toros y cañas
en cuanto lleguen las fiestas.
Y esto, en oídos del novio,
atácale a la cabeza.
LEO.—Decir esas necedades
ofenden a una doncella...
MART.—A una doncella... expirante...
(Se ríe el acompañamiento.)
LEO.—¡Sí, reidle la ocurrencia!
CON.—Gallarda viene la novia;
pero quien no conociera
a Isabel, imaginara

viéndola grave y compuesta,
que era mujer principal.
ANA.—*(Al Conde, viendo a don Juan que contempla extasiado a María.)*
¡Qué admirado la contempla!
CON.—Por Dios, que tiene disculpa
de estimarla y de quererla,
que es su rostro el arco iris,
cuyos matices alegran.
JUAN.—*(Después de haber contemplado con arrobamiento a doña María, y como resuelto a no omitir nada de lo que ha estado pensando.)*
Conde, el más alto poder
que reconoce la tierra,
el cetro, la monarquía,
la corona, la grandeza
del mayor rey de los hombres,
es amor: nadie lo niega;
lo dice la mesma historia,
lo afirman hombres de ciencia,
los santos lo preconizan,
y hasta Dios en sus esferas.
Siendo así, nadie se asombre,
a nadie cause extrañeza
que yo por amor me case,
que yo por amor me pierda.
Amor es una pasión
incapaz de resistencia.
Yo no soy mármol, si bien
no soy yo quien me gobierna
que obedecen a Isabel
mis sentidos y potencias.
Cuando esto en público digo
no quiero que nadie pueda
contradecir mis deseos,
pues hoy me caso con ella.
Sed testigos que le doy
la mano. *(Asombro general. Indignación en el Conde y en doña Ana.)*
CON.—*(Interponiéndose.)*
¿Qué furia es esta?
ANA.—¡Loco se ha vuelto don Juan!
CON.—¡Vive Dios que si es de veras
antes os quito la vida
que permitir tal bajeza!
(A los criados.)
Echad de aquí a esa mujer.
JUAN.—Ninguno infames, se atreva,
que le daré de estocadas.
CON.—¡Un hombre de vuestras pren-[das]
quiere infamar su linaje!
MAR.—Quedo, conde, que me pesa
de que me deis ocasión
de hablar.
JUAN. ¡Ay, Dios, que ya llega
algún desengaño más!
MAR.—No está la boda tan hecha
como os parece, señor,
porque falta que yo quiera. *(Asombro.)*
CON.—¿Qué eso digas?
MAR. Escuchadme,
y os exijo la respuesta.
¿Qué diríais, noble conde,
si yo igual a don Juan fuera
y por mis venas corriese
la sangre que por las vuestras?
¿Y si yo fuese también
del duque cercana deuda,
qué diríadeis de aquesto?
CON.—¡Nada, a fe, si verdad fuera!
Mas repara en lo que dices,
porque si después mintieras...
MAR.—¿Quién fué la dama que en [Ronda]
a un hombre mató en defensa
de un padre anciano ultrajado,
logrando del rey clemencia
por peticiones del duque,
que acudió a vuestra nobleza?
¿Quién fué? Declaradlo presto.
CON.—Doña María, a quien deban
respeto cuantas historias
hechos de mujeres cuentan.
MAR.—Pues yo soy doña María
Portocarrero y Villegas,
que al dar a don Juan la mano
a doña Ana los pies besa,
pues sus bondades me obligan;
mi gratitud será eterna.
CON.—A vuestras plantas, señora,
el conde os rinde obediencia.
(Se arrodilla, y a una indicación de doña María se levanta.)
JUAN.—¡Doña María, yo sueño!
(Acercándose a ella cariñosamente y cogiéndole la mano.)
MAR.—Llámame Isabel a secas;
con este nombre en tu alma
viví feliz y contenta,
y con este nombre quiero
que me lleves a la iglesia.
MART.—¡Viva la moza de cántaro!
TODOS.—¡Viva!
MART.—A obscuras, Leonor, nos de-[jan;]
los padrinos son los novios.
MAR.—¡Justo será que lo sean
el conde y doña Ana!
(Estos hacen señas de asentimiento, y Martín y Leonor de alegría.) Aquí
puso fin a esta comedia
quien, si perdiere este pleito,
apela a mil y quinientas.
¡Mil y quinientas ha escrito!
¡Bien es que perdón merezca!

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3.—Madrid.—Apartado 498

LOS AMANTES DE TERUEL

DRAMA EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL DE

Juan Eugenio Hartzenbusch

PERSONAJES

JUAN DIEGO MARTÍNEZ GARCÉS DE MARCILLA o MARSILLA.—ISABEL DE SEGURA. DOÑA MARGARITA.—ZULIMA.—DON RODRIGO DE AZAGRA.—DON PEDRO DE SEGURA.—DON MARTÍN GARCÉS DE MARSILLA.—TERESA.—ADEL.—OSMIN, africano. Soldados, moros, cautivos, damas, caballeros, pajes, criados, criadas, bandidos.—El primer acto pasa en Valencia, y los demás en Teruel.—Año de 1217.

ACTO PRIMERO

Dormitorio morisco en el alcázar de Valencia. A la derecha del espectador una cama, junto al proscenio, a la izqulerda una ventana con celosías y cortinajes. Puerta grande en el fondo y otras pequeñas a los lados.

Zulima y Adel. Diego Marsilla adormecido en la cama: sobre ella un lienzo con letras de sangre

ZUL. No vuelve en sí.
ADEL Todavía
tardará mucho en volver.
ZUL. Fuerte el narcótico ha sido.
ADEL. Poco há se lo administré—
Dignate de oir, señora,
la voz de un súbdito fiel,
que orillas de un precipicio
te ve colocar el pie.
ZUL. Si disuadirme pretendes,
no te fatigues, Adel.
Partir de Valencia quiero,
y hoy, hoy mismo partiré.
ADEL. ¿Con ese cautivo?
ZUL. Tú
me has de acompañar con él.
ADEL. ¿Así al esposo abandonas?
¡Un Amir, señora, un rey!
ZUL. Ese rey, al ser mi esposo,
me prometió no tener
otra consorte que yo.
¿Lo ha cumplido? Ya lo ves.
A traerme una rival
marchó de Valencia ayer.
Libre a la nueva sultana
mi puesto la dejaré.
ADEL. Considera...

ZUL. Está resuelto.
El renegado Zaen,
el que aterra la comarca
de Albarracín y Teruel,
llamado por mi ha venido,
y tiene ya en su poder
casi todo lo que yo
de mis padres heredé,
que es de más para vivir
con opulencia los tres.
De la alcazaba saldremos
a poco de anochecer.

ADEL. ¿Y ese cautivo, señora,
te ama? ¿Sabes tú quién es?

ZUL. Es noble, es valiente, en una
mazmorra iba a perecer
de enfermedad y de pena,
de frío, de hambre y de sed:
yo le doy la libertad,
riquezas, mi mano: ¿quién
rehusa estos dones? ¡Oh!
si ofendiera mi altivez
con una repulsa, caro
le costara su desdén
conmigo. Tiempo hace ya
que este acero emponzoñé,
furiosa contra mi aleve
consorte Zeit Abenzeit:
quien es capaz de vengarse
en el príncipe, también
escarmentará al esclavo,
como fuera menester.

ADEL. ¿Qué habrá escrito en ese lienzo
con su sangre? Yo no sé
leer en su idioma: pero
puedo llamar a cualquier
cautivo...

ZUL. El nos lo dirá,
yo se lo prepuntaré.

ADEL. ¿No fuera mejor hablarle
yo primero; tú después?

ZUL. Le voy a ocultar mi nombre:
ser Zoraida fingiré,
hija de Mervan.

ADEL. ¡Mervan!
¿Sabes que ese hombre sin ley
conspira contra el Amir?

ZUL. A él le toca defender
su trono, en vez de ocuparse
contra la jurada fé,
en devaneos que un día
lugar a su ruina den.
Más Ramiro no recobra
los sentidos: buscaré
un espíritu a propósito... (Vase.)

Osmin por una puerta lateral. Adel, Marsilla.

OSM. ¿Se fué Zulima?

ADEL. Se fué.
Tú nos habrás acechado.

OSM. He cumplido mi deber.
Al ausentarse el Amir,
con este encargo quedé.
Es más cauto nuestro dueño
que esa liviana mujer.
El lienzo escrito con sangre
¿dónde esta?

ADEL. (Señalando la cama.)
Allí.

OSM. Venga.

ADEL. Ten.
(Le da el lienzo y Osmin lee.)
Mira si es que dice, ya
que tú lo sabes leer,
dónde lo pudo escribir,
porque en el encierro aquel
apenas penetra nunca
rayo de luz: verdad es
que rotas esta mañana
puerta y cadenas hallé:
debió, después de romperlas,
el subterráneo correr,
y hallando el lienzo...

OSM. ¡Es posible!

ADEL. ¿Qué cosa?

OSM. ¡Oh, vasallo infiel!
Avisar al rey es fuerza,
y al pérfido sorprender.

ADEL. ¿Es este el pérfido? (Señalando a Marsilla.)

OSM. No;
ese noble aragonés
hoy el salvador será
de Valencia y de su rey.

ADEL. Zulima viene.

OSM. Silencio
con ella, y al punto vé
a buscarme. (Vase.)

ADEL. Norabuena
Así me hará la merced
de explicarme lo que pasa.

Zulima, Adel, Marsilla.

ZUL. Déjame sola.

ADEL. Está bien. (Vase.)

Zulima, Marsilla.

ZUL. Su pecho empieza a latir
más fuerte: así que perciba...
(Aplícale un pomito a la nariz.)
MAR. ¡Ah!
ZUL. Volvió.
MAR. (Incorporándose.) ¡Qué luz tan viva!
No la puedo resistir.
ZUL. (Corriendo las cortinas de la ventana.)
De aquella horrible mansión
está a las tinieblas hecho.
MAR. No es esto piedra: es un lecho.
¿Qué ha sido de mi prisión?
ZUL. Mira este albergue despacio,
y abre el corazón al gozo.
MAR. ¡Señora!... (Reparando en ella.)
ZUL. Tu calabozo
se ha convestido en palacio.
MAR. Dí, (porque yo no me explico
milagro tal) dí, ¿qué es esto?
ZUL. Que eras esclavo, y que presto
vas a verte libre y rico.
MAR. ¡Libre! ¡Oh divina clemencia!
¿Y a quién debo tal favor?
ZUL. ¿Quién puede hacerle mejor
que la reina de Valencia?
Zulima te proporciona
la sorpresa que te embarga
dulcemente: ella me encarga
que cuide de tu persona:
y desde hoy ningún afán
permitiré que te aflija.
MAR. ¿Eres?
ZUL. Dama suya, hija
del valeroso Merván.
MAR. ¿De Merván? (Aparte.) (Ah, qué recuerdo!)
(Busca y recoge el lienzo.)
ZUL. ¿Qué buscas tan azorado?
¡Ese lienzo ensangrentado!
MAR. (Aparte.) (Si esta lo sabe, me pierdo.)
ZUL. ¿Qué has escrito en él?
MAR. No va
esto dirigido a tí;
es para el rey.
ZUL. No está aquí.
MAR. Para la reina será,
Haz, pues, que a mi bienhechora
vea: por Dios te lo ruego.
ZUL. Conocerás aquí luego
a la reina tu señora.
MAR. ¡Oh!
ZUL. No estés con inquietud.
Olvida todo pesar,
trata solo de cobrar
el sosiego y la salud.
MAR. Defienda próvido el cielo
y premie con altos dones
los piadosos corazones
que dan al triste consuelo.
Tendrá Zulima, tendrás
tú siempre un cautivo en mí:
hermoso es el bien por sì,
pero en una hermosa más.
Ayer, hoy mismo, ¿cuál era
mi suerte? Sumido en honda
cárcel, estrecha y hedionda,
sin luz, sin aire siquiera,
envuelto en infecta nube
que húmedo engendra el terreno
paja corrompida, cieno
y piedras por cama tuve.
—Hoy... Si no es esto soñar,
torno a la luz, a la vida,
y espero ver la florida
márgen del Guadalaviar,
allí donde alza Teruel,
señoreando la altura,
sus torres de piedra obscura
que están mirándose en él.
No es lo más que me redima
la noble princesa mora:
el bien que me hace, lo ignora
aun la propia Zulima.
ZUL. Ella siempre algún misterio
supuso en tí, y así espera
que me des noticia entera
de tu vida y cautiverio.
Una vez que en tu retiro
las dos ocultas entramos,
te oímos, y sospechamos
que no es tu nombre Ramiro.
MAR. Mi nombre es Diego Marsilla,
y cuna Teruel me dió,
pueblo que ayer se fundó
y es hoy poderosa villa,
cuyos muros, entre horrores
de lid atroz levantados,
fueron con sangre amasados
de sus fuertes pobladores.
Yo creo que al darme ser
quiso formar el Señor
modelos de puro amor
un hombre y una mujer,
y para hacer la igualdad
de sus afectos cumplida,
les dió un alma en dos partida,
y dijo: «Vivid y amad.»

Al son de la voz creadora
Isabel y yo existimos,
y ambos los ojos abrimos
en un día y una hora.
Desde los años más tiernos
fuimos ya finos amantes:
desde que nos vimos... antes
nos amábamos de vernos,
porque el amor principió
a enardecer nuestras almas
al contacto de las palmas
de Dios cuando nos creó;
y así fué nuestro querer,
prodigioso en niña y niño
encarnación del cariño
que se adelantó al nacer,
seguir Isabel y yo,
al triste mundo arribando,
seguir con el cuerpo amando
como el espíritu amó.

ZUL. Inclinación tan igual
solo dichas pronostica.

MAR. Soy pobre, Isabel es rica.

ZUL. (Aparte.)
Respiro.

MAR. Tuve un rival.

ZUL. ¿Sí?

MAR. Y opulento.

ZUL. Y bien...

MAR. Hizo
alarde de su riqueza...

ZUL. ¿Y qué? ¿rindió la firmeza
de Isabel?

MAR. Es poco hechizo
el oro para quien ama.
Su padre, si; deslumbrado...

ZUL. ¿Tu amor dejó desairado.
privándote de tu dama?

MAR. Le ví, mi pasión habló
su fuerza exhalando toda
y suspendida la boda
un plazo se me otorgó
para que mi esfuerzo activo
juntara un caudal honrado.

ZUL. ¿Es ya el término pasado?

MAR. Aun vivo, señora, aun vivo.
Seis años y una semana
me dieron, los años ya
se cumplen hoy; cumplirá
el primer dia mañana.

ZUL. Sigue.

MAR. Un adiós a la hermosa
di, que es de mis ojos luz,
y combatí por la cruz
en las Navas de Tolosa.
Gané, con brioso porte
crédito allí de guerrero;
luego en Francia prisionero
caí del conde Monforte.
Huí, y en Siria un francés
albigense refugiado
a quien había salvado
la vida junto a Besiés,
me dejó, al morir, su herencia:
volviendo con fama y oro
a España, pirata moro
me apresó y trajo a Valencia.
Y en pena de que rompió
de mis cadenas el hierro
mi mano, profundo encierro
en vida me sepultó,
donde mi raro custodio,
sin dejarse ver ni oir,
me prolongaba el vivir,
o por piedad o por odio.
De aquel horrendo lugar
me sacáis, bella mujer.
Sentir sé y agradecer:
dí cómo podré pagar.

ZUL. No borres de tu memoria
tan debido ofrecimiento,
y haz por escuchar atento
cierta peregrina historia.
Un joven aragonés
vino cautivo al serrallo:
sus prendas y nombre callo,
tú conocerás quién es.
Toda mujer se lastima
de ver padecer sonrojos
a un noble: puso los ojos
en el esclavo Zulima,
y férvido amor en breve
nació de la compasión:
aquí es brasa el corazón;
allá, entre vosotros, nieve.
Quiso aquel joven huir,
fué desgraciado en su empeño:
le prenden y por su dueño
es condenado a morir.
Pero en favor del cristiano
velaba Zulima: ciega,
loca, le salva:—más, llega
a brindarle con su mano.
Respuesta es bien se le dé
en trance tan decisivo:
habla tú por el cautivo;
yo por la reina hablaré.

MAR. Ni en desgracia ni en ventura
cupo en mi lenguaje dolo.
Este corazón es sólo
para Isabel de Segura.

ZUL. Medita, y concederás
al tiempo lo que reclama.
¿Sabes tú si es fiel tu dama?

¿Sabes tú si la veras?
MAR. Me matará mi dolor
si fuera Isabel perjura:
mi constancia me asegura
la fineza de su amor.
Con espíritu gallardo,
si queréis, daré mi vida:
dada el alma y recibida,
fiel al dueño se la guardo.
ZUL. Mira que es poco prudente
burlar a tu soberana,
que tiene sangre africana
y ama y odia fácilmente.
Y si ella sabe que cuando
yo su corazón te ofrezco,
por ella el dolor padezco
de ver que le estás pisando:
volverás a tus cadenas
y a tu negro calabozo,
y allí yo, con alborozo
que más encone tus penas,
la nueva te llevaré
de ser Isabel esposa.
MAR. Y en prisión tan horrorosa,
¿cuantos días viviré?
ZUL. ¡Rayo del cielo! El traidor
cuanto fabrico derrumba:
defendido con la tumba,
se ríe de mi furor.
Trocarás la risa en llanto.
Cautiva desde Teruel
me han de traer a Isabel.
MAR. ¿Quién eres tú para tanto?
ZUL. Tiembla de mí.
MAR. Furia vana.
ZUL. ¡Insensato! La que ves
no es hija de Mervan, es
Zulima.
MAR. ¡Tú la Sultana!
ZUL. La Reina.
MAR. Toma, con eso
(Dándole el lienzo ensangrentado.)
correspondo a tu afición:
entrega sin dilación
a hombre leal y de seso
el escrito que te doy,
Sálvete su diligencia.
ZUL. ¡Cómo! ¿Qué riesgo?
MAR. A Valencia
tu esposo ha de llegar hoy,
y en llegando, tú y él y otros
al sedicioso puñal
pereceréis.
ZUL. ¿Qué desleal
conspira contra nosotros?
MAR. Mervan, tu padre supuesto.
Si tu cólera no estalla,
mi labio el secreto calla,
y el fin os llega funesto.
ZUL. ¿Cómo tal conjuración
a tí?...
MAR. Frenético ayer,
la puerta pude romper
de mi encierro, la prisión
recorro, oigo hablar, atiendo...
—Junta de aleves impía
era, Mervân presidía.—
Allí supe que volviendo
a este alcázar el Amir,
trataban de asesinarle.
Resuélvome a no dejarle
pérfidamente a morir,
y con roja tinta humana
y un pincel de mi cabello
la trama en un lienzo sello
y el modo de hacerla vana.
Poner al siguiente día
pensaba el útil aviso
en la cesta que el preciso
sustento me conducía.
Vencióme tenaz modorra,
más fuerte que mi cuidado:
desperté, maravillado,
fuera ya de la mazmorra.
Junta, pues, tu guardia, pon
aquí un acero, y que venga
con todo el poder que tenga
contra ti la rebelión.
ZUL. De a la rebelión castigo
quien tema por su poder;
no yo, que al anochecer
huir pensaba contigo.
Poca gente, pero brava,
que al marchar nos protegiera
sumisa mi voz espera
escondida en la alcazaba.
Con ellos, entre el rebato
del tumulto, partiré;
con ellos negociaré
que me venguen de un ingrato
Teme la cuchilla airada
de Zaén, el bandolero,
tiembla, más que de su acero,
de esta daga envenenada.
¡Ay del que mi amor trocó
en frenesí rencoroso!
¡Nunca espere ser dichoso
quien de celos me mató!
MAR. ¡Zulima!.... ¡Señora!... (Vase Zu-
lima por la puerta del fondo y cierr
por dentro.)

Osmín, Marsilla

OSM. Baste
de plática sin provecho.
Al Rey un favor has hecho:
acaba lo que empezaste.
MAR. ¡Cómo! ¿Tú?
OSM. El lienzo he leído
que al rey dirigiste: allí
le ofreces tu brazo.
MAR. Sí,
armas y riesgo le pido.
OSM. Pues bien, dos tropas formadas
con los cautivos están:
serás el un capitán,
el otro Jaime Celladas.
MAR. ¡Jaime está aquí! Es mi paisano,
es mi amigo.
OSM. Si hay combate,
así tendrá su rescate
cada cautivo en la mano.
Con ardimiento lidiad.
MAR. ¿Quién, de libertad sediento,
no lidia con ardimiento
al grito de libertad?
OSM. Cuanto a Zulima...
MAR. También
libre ha de ser.
OSM. No debiera;
pero llévesela fuera
de nuestro reino Zaen.

Adel, Soldados moros, Marsilla, Osmín.

ADEL. Osmin, a palacio van
turbas llegando en tumulto,
y Zaen, que estaba oculto,
sale aclamando a Mervan.
Zulima nos ha vendido.
OSM. Ya no hay perdón que le alcance.
MAR. Después de correr el lance,
se dispondrá del vencido.
Cuando rueda la corona
entre la sangre y el fuego,
primero se triunfa, luego...
OSM. Se castiga.
MAR. Se perdona.
VOC. (Dentro.) ¡Muera el tirano!
MAR. ¡Mi espada!
¡Mi puesto!
OSM. Ven, ven a él.
Ocupa el salón, Adel.
(Vanse Osmin y Marsilla.)
ADEL. Penetrad.
SOL. MORO. Está cerrada
la puerta.
ZUL. (Dentro.) Abrid.
(Abrese la puerta del fondo y aparece en el salón Zulima, escoltada por una cuadrilla de bandidos.)

Zulima, Bandidos, Adel, Soldados moros.

ADEL. Pies atrás,
bandidos.
ZUL. Seguidme a mí.
ADEL. Todos perecéis aquí,
si estáis un momento más.
VOZ. (Dentro.) ¡Viva el rey!
ADEL. El rey llegó.
Retírate con presteza. (A Zulima.)
o pedirá tu cabeza
y habré de dársela yo.
Vosotros, sus valedores,
llevadla.
ZUL. Yo os lo prohibo.
¡Mueran el rey y el cautivo!
BAN. ¡Mueran!
(Dirígense a los soldados moros.)

Marsilla, que se precipita en la escena, con espada en mano, seguido de cautivos armados.—Dichos.

MAR., ADEL Y LOS SUYOS. ¡Mueran los [traidores!
(Los bandidos, que habian avanzado hacia los soldados moros, retroceden al ver la tropa de Marsilla, y se vuelven por la puerta del fondo, cerrándola. Marsilla y los suyos echan la puerta abajo y persiguen a los fugitivos.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Teruel.—Sala en casa de D. Pedro Segura.

Don Pedro, entrando en su casa. Margarita, Isabel y Teresa recibiéndole.

MAR. ¡Esposo! (Arrodillándose)
ISA. ¡Padre! (Arrodillándose.)
TER. ¡Señor!
PED. Hija, Margarita, alzad.
ISA. Dadme a besar vuestra mano.
MAR. Déjame el suelo besar
que pisas.
TER. (A Margarita.) Vaya, señora.
ya es vicio tanta humildad.
PED. Pedazos del corazón,
no es ese vuestro lugar.
Abrazadme. (Levanta y abraza á las dos.)
TER. Así me gusta.
Y a mí luego
PED. Ven acá.
fiel Teresa.
TER. Fiel y franca,
tengo en ello vanidad.
PED. Ya he vuelto por fin.
MAR. Dios quiso
mis plegarias escuchar.
PED. Gustoso a Monzón partí,
comisionado especial
para ofrecer a don Jaime
las tropas que alistará
nuestra villa de Teruel
en defensa de la paz,
que don Sancho y don Fernando
nos quieren arrebatar:
fué don Rodrigo de Azagra
obsequioso y liberal
acompañándome al ir,
y me acompaña al tornar;
más yo me acordaba siempre
de vosotras con afán.
Triste se quedó Isabel,
más triste la encuentro.
TER. Ya.
MAR. ¡Teresa!
ISA. ¡Padre!
PED. Hija mía,
dime con sinceridad
lo que ha pasado en mi ausencia
TER. Poco tiene que contar.
MAR. ¡Teresa!
TER. Digo bien ¿Es
por ventura novedad
que Isabel suspire y vos (A Margarita.)
recéis y ayunéis a pan
y agua, y os andéis curando
enfermos por caridad?
Es la vida que traéis,
lo menos quince años ha...
MAR. Basta.
TER. Y hace seis cumpidos
que no se ha visto asomar
en los labios de Isabel
ni una sonrisa fugaz.
ISA. (Aparte.)
(¡Ay mi bien!)
TER. En fin, señor,
del pobrecillo don Juan
Diego de Marsilla nada
se sabe.
MAR. Si no callais
venid conmigo.
TER. Ir con vos
fácil es; pero callar...
(Vanse Margarila y Teresa. Don Pedro se quila la espada y la pone sobre un bufete.)

Don Pedro, Isabel

PED. Mucho me aflige, Isabel,
tu pesadumbre tenaz;
pero por desgracia yo
no la puedo remediar.
Esclavo de su palabra
es el varón principal:
tengo empeñada la mia,
la debo desempeñar.
En el honor de tu padre
no se vió mancha jamás:
juventud honrada pide
más honrada ancianidad.
ISA. No pretendo yo...

PED. Por otra
parte, parece que están
de Dios ciertas cosas. Oye
un lance bien singular,
y dí si no tiene traza
de caso providencial.
ISA. A ver.
PED. En Teruel vivió
(no sé si te acordarás)
un tal Roger de Lizana,
caballero catalán.
ISA. ¿El templario?
PED. Sí, Roger
paraba en Monzón. Allá
es voz que penas y culpas
de su libre mocedad
trajéronle una dolencia
de espíritu y corporal,
que vino a dejarle casi
mudo, imbécil, incapaz.
Pacífico en su idiotez,
permitíanle vagar
libre por el pueblo. Un dia,
sobre una dificultad
en mi encargo y sobre cómo
se debiera de allanar,
don Rodrigo y yo soltamos
palabras de gravedad.
Marchóse enojado, y yo
exclamé al verle marchar:
¿Ha de ser este hombre dueño
de lo que yo quiero más?
Si la muerte puede sola
mi palabra desatar,
lléveme el señor, y quede
Isabel en libertad.
ISA. ¡Oh padre!
PED En esto un empuje
tremendo a la puerta dan;
se abre, y con puñal en mano
entra...
ISA. ¡Virgen del Pilar!
¿Quién?
PED. Roger. Llégase a mí,
y en voz pronunciada mal,
uno (dijo) de los dos
la vida aquí dejará.
ISA. ¿Y qué hicisteis?
PED. Yo, pensando
que bien pudiera quizás
mi muerte impedir alguna
mayor infelicidad,
crucé los brazos, y quieto
esperé el golpe mortal.
ISA. ¡Cielos! ¿Y Roger?
PED. Roger
parado al ver mi ademán,
en lugar de acometerme
se fué retirando atrás,
mirándome de hito en hito,
llena de terror la faz.
Asió con entrambas manos
el arma por la mitad,
y señas distintas hizo
de querérmela entregar.
Yo no le atendí, guardando
completa inmovilidad
como antes, y él con los ojos
fijos, y sin menear
los párpados, balbuciente
dijo: «Matadme, salvad
en el hueco de mi tumba
mi secreto criminal.»
ISA. ¡Su secreto!
PED. En fin, de estarse
tanto sin pestañear;
él, cuyos sentidos eran
la suma debilidad,
se trastornó, cayó; dió
la guarnición del puñal
en tierra, le fué la punta
al corazón a parar
al infeliz, y a mis plantas
rindió el aliento vital.
Huí con espanto: Azagra,
viniéndose a disculpar
conmigo, me halló; le dije
que no pisaba el umbral
de aquella casa en mi vida,
y él próvido y eficaz,
avisó al rey y mandó
el cadáver sepultar.
Ya ves, hija: por no ir
yo contra tu voluntad,
por no cumplir mi palabra,
quise dejarme matar,
y Dios me guardó la vida:
su secreto celestial
es sin duda que esa boda
se haga por fin, y se hará,
si en tres días no parece
tu preferido galán.
ISA. (Aparte.)
(!Ay de él y de mi!)

Teresa, don Pedro, Isabel

TER. Señor,
acaba de preguntar
por vos don Martín, el padre
de don Diego.

ISA. (Aparte.) (¿Si sabrá?...)
TER. Como es enemigo vuestro,
le he dejado en el zaguán.
PED. Al enemigo se le abren
las puertas de par en par.
Que llegue. Vé con tu madre.
(Vase Teresa.)
ISA. (Aparte.)
(Ella a sus pies me verá
llorando hasta que consiga
vencer su severidad. (Vase.)

Don Pedro

Desafiados quedamos
al tiempo de cabalgar,
yo para Monzón: el duelo
llevar a cabo querrá.
Bien. Pero él ha padecido
una larga enfermedad.
Si no tiene el brazo firme,
conmigo no lidiará.

Don Pedro, don Martín

MAR. Don Pedro Segura, seais bien venido.
PED. Y vos, don Martín Garcés de Marsilla.
seais bien hallado: tomad una silla.
(Siéntase don Martín, mientras don Pedro va a tomar su espada.)
MAR. Dejad vuestra espada.
PED. (Sentándose.) Con pena he sabido
la grave dolencia que habéis padecido.
MAR. Al fin me repuse del todo.
PED. No sé...
MAR. Domingo Celladas...
PED. Fuerte hombre es a fe.
MAR. Pues siempre a la barra le gano el partido.
PED. Así os quiero yo. Desde hoy, elegid
al duelo aplazado seguro lugar.
MAR. Don Pedro, yo os tengo primero que hablar.
PED. Hablad en buen hora: ya escucho. Decid.
MAR. Causó nuestra riña...
PED. La causa omitid:
sabémosla entrambos. Por vos se me dijo
que soy un avaro, y os privo de un hijo.
De honor es la ofensa, precisa la lid.
MAR. ¿Tenéisme por hombre de aliento?
PED. Sí tal.
Si no lo creyera, con vos no lidiara.
MAR. Jamás al peligro le vuelvo la cara.
PED. Sí, nuestro combate puede ser igual.
MAR. Será por lo mismo...
PED. Sangriento, mortal.
Ha de perecer uno de los dos.
MAR. Oid un suceso feliz para vos...
feliz para entrambos.
PED. Decídmele. ¿Cuál?
MAR. Tres meses hará que en lecho de duelo
me puso la mano que todo lo guía.
Del riesgo asustada la familia mía,
quiso en vuestra esposa buscar un consuelo.
Con tino infalible, con próvido celo,
salud en la villa benéfica vierte,
y enfermo en que airada se ceba la muerte,
le salva su mano, bendita del cielo.
Con vos irritado, no quise atender

aviso que daba piadosa inquietud.
No cobre (decía) jamás la salud,
si mano enemiga la debe traer.
Mayor mi tesón a más padecer,
la muerte en mi alcoba plantó su bandera.
Por fin una noche... ¡Qué noche tan fiera!
Blasfemo el dolor hacíame ser;
pe ;i ı una daga con furia tenaz,
rasgar anhelando con ella mi pecho...
En esto a mis puertas, y luego a mi lecho,
llegó un peregrino cubierta la faz.
Angel parecía de salud y paz...
Me habla, me consuela; benigno licor
al labio me pone; me alivia el dolor
y parte, y no quiere quitarse el disfraz.
La noche que tuve su postrer visita,
ya restablecido, sus pasos seguí.
Cruzó varias calles, viniendo hacia aquí,
y entró en esa ruina de gótica ermita,
que a vuestros jardines términos limita.
Detúvele entonces: el velo cayó
radiante la luna su rostro alumbró...
Era vuestra esposa.

PED. ¡Era Margarita!

MAR. Confuso un momento cobréme después
y vióme postrado la noble señora.
—Con tal beneficio, no cabe que ahora
provoque mi mano sangriento revés.
Don Pedro Segura, decid a quién es
deudor este padre de verse con vida,
que ya nuestra lid está fenecida.
Tomad este acero, ponedle a sus piés.
(Da su espada a Don Pedro, que la coloca en el bufete.

PED. ¡Feliz yo, que logro el duelo excusar
con vos, por medio que es tan lisonjero!
Si pronto me hallásteis, por ser caballero,
cuidado me daba el ir a lidiar.
Con tal compañera, ¿quién no ha de arriesgar
con susto la vida que lleva, dichosa?
El a me será desde hoy más preciosa,
si ya vuestro amigo queréisme llamar.

MAR. Amigos seremos (Dánse las manos.)

PED. Siempre.

MAR. Siempre, sí.

PED. Y al cabo. ¿qué nuevas tenéis de don Diego?
En hora menguada, vencido del ruego
de Azagra, la triste palabra le dí.
Si antes vuestro hijo se dirige a mí,
¡cuánto ambas familias se ahorran de llanto!
No lo quiso Dios.

MAR. Yo su nombre santo
bendigo; más lloro por lo que perdí.

PED. ¿Pero qué?...

MAR. Después de la de Maurel,
donde cayó en manos del conde Simón,
de nadie consigo señal ni razón,

por más que anhelante pregunto por él.
Cada día al cielo con súplica fiel
pido que me diga qué punto en la tierra
vivo le sostiene, o muerto le encierra;
mundo y cielo guardan silencio cruel.

PED. El plazo otorgado dura todavía.
Una hora, un instante le basta al Eterno:
y mucho me holgara si fuera mi yerno,
quien a mi Isabel tan fino quería.
Pero si no viene, y cúmplese el dia,
y llega la hora... por más que me pesa.
me tiene sujeto sagrada promesa:
si fuera posible no la cumpliría.

MAR. Diligencia escasa, fortuna severa
parece que en suerte a mi sangre cupo:
quien a la desgracia sujetar no supo,
sufrido se muestre cuando ella le hiera.
Adiós

PED. No han de veros de aquesa manera.
Yo quiero esta espada; la mía tomad (Dásela.)
en prenda segura de fiel amistad.

MAR. Acepto, un monarca llevarla pudiera.
(Vase Don Martín y Don Pedro le acompaña)

Margarita, Isabel.

MAR. (Aparte, siguiendo con la vista a los dos que se retiran)
(Aunque nada les oí,
deben estar ya los dos
reconciliados.)

ISA. (Que viene tras su madre.)
Por Dios,
madre, haced caso de mí.

MAR. No, que es repugnancia loca,
la que mostrais a un enlace,
que de seguro, nos hace
a todos merced no poca.
Noble sois: pero mirad
que quien su amor os consagra,
es don Rodrigo de Azagra,
que goza más calidad,
más bienes: en Aragón
le acatan propios y ajenos.
y muestra, con vos al menos,
apacible condición.

ISA. Vengativo y orgulloso
es lo que me ha parecido.

MAR. Vuestro padre le ha creído
digno de ser vuestro esposo.
Prendarse de quien le cuadre
no es lícito a una doncella,
ni hay más voluntad en ella
que la que tenga su padre.
Hoy día, Isabel, así
se conciertan nuestras bodas:
así nos casan a todas
y así me han casado a mí.

ISA. ¿No hay a los tormentos míos
otro consuelo que dar?

MAR. No me tenéis que mentar
vuestros locos amoríos.
Yo por delirios no abogo.
Idos.

ISA. (Sollozando al retirarse.)
En vano esperé.

MAR. ¡Qué! ¿Lloráis?

ISA. Aún no fué
vedado este desahogo.

MAR. Isabel, si no os escucho,
no me acuséis de rigor,
comprendo vuestro dolor
y le compadezco mucho;
pero, hija... cuatro años há
que a nadie Marsilla escribe.
Si ha muerto...

ISA. ¡No, madre, vive!...
¡Pero cómo vivirá!
Tal vez, llorando, en Sión
arrastra por mí cadenas,
quizá gime en las arenas
de la líbica región.
Con aviso tan funesto
no habrá querido afligirme.
Yo trato de persuadirme,
y sin cesar pienso en esto.
Yo me propuse aprender

a olvidarle sospechando,
que infiel estaba gozando
caricias de otra mujer.
Yo escuché de su rival
los acentos desabridos,
y logré de mis oídos
que no me sonaran mal.
Pero ¡ay! cuando la razón
iba a proclamarse ufana
vencedora soberana
de la rebelde pasión,
al recordar la memoria
un suspiro de mi ausente,
se arruinaba de repente
la fortaleza ilusoria;
y con ímpetu mayor,
tras el combate perdido,
se entraba por mi sentido
a sangre y fuego el amor.
Yo entonces a la virtud
nombre daba de falsía,
rabioso llanto vertía,
y hundirme en el ataud
juraba en mi frenesí
antes que rendirme al yugo
de ese hombre, fatal verdugo,
genio infernal para mí.

MAR. Por Dios, por Dios, Isabel,
moderad ese delirio:
vos no sabéis el martirío
que me hacéis pasar con él.

ISA. ¡Qué! ¿Mi audacia os maravilla?
Pero estando ya tan lleno
el corazón de veneno,
fuerza es que rompa su orilla.
No a vos, a la piedra inerte
de esa muralla desnuda,
a esa bóveda que muda
oyó mi queja de muerte,
a este suelo donde mella
pudo hacer el llanto mío,
a no ser tan duro y frío
como alguno que le huella,
para testigos invoco
de mi doloroso afán;
que, si alivio no le dan,
no les ofende tampoco.

MAR. ¿Quién con ánimo sereno
la oyera?—El dolor mitiga:
de una madre, de una amiga
ven al cariñoso seno.
Conóceme y no te ahuyente
la faz severa que ves:
máscara forzosa es
que dió el pesar a mi frente.
pero tras ella te espera,
para templar tu dolor,
el tierno indulgente amor
de una madre verdadera.

ISA. ¡Madre mía! (Abrazándose.)

MAR. Mi ternura
te oculté... porque debí...
¡Há quince años que hay aquí
guardada tanta amargura!
Yo hubiera en tu amor filial
gozado, y gozar no debo
nada ya, desde que llevo
el cilicio y el sayal.

ISA. ¡Madre!

MAR. Temí, recelé
dar a tu amor incentivo
y sólo por correctivo
severidad te mostré;
mas oyéndote gemir
cada noche desde el lecho,
y a veces en tu despecho
mis rigores maldecir,
yo al Señor, de silencioso
materno llanto hecha un mar,
ofrecí mil veces dar
mi vida por tu reposo.

ISA. ¡Cielos! ¡Qué revelación
tan grata! ¡Qué injusta he sido!
¿Que tanto me habéis querido?
¡Madre de mi corazón!
Perdonadme... ¡Qué alborozo
siento, aunque llorar me véis!
Seis años há, más de seis,
que tanta dicha no gozo.
Mi desgracia contemplad,
cuando como dicha cuento
que mis penas un momento
aplaquen su intensidad.
Pero este rayo que inunda
en viva luz mi alma yerta,
¿dejaréis que se convierta
en lobreguez más profunda?
Madre, madre a quien adoro,
el labio os pongo en el pie:
mi aliento aquí exhalaré
si no cedéis a mi lloro. (Póstrase.)

MAR. Levanta, Isabel; enjuga
tus ojos, confía. Sí:
cuanto dependa de mí...

ISA. Ya véis que en rápida fuga
el tiempo desaparece.
Si pasan tres días, ¡tres!
todo me sobra después,
toda esperanza fallece.
Mi padre, por no faltar
a la palabra tremenda,
le rendirá por ofrenda
mi albedrío en el altar.
Vuestras razones imprimen

en su alma la persuasión:
en mí toda reflexión
fuera desacato, crimen.
Y yo, señora, lo veo:
podrá llevarme a casar;
pero en vez de preparar
las galas del himeneo,
que a tenerme se limite
una cruz y una mortaja,
que esta gala y esta alhaja
será lo que necesite.

MAR. No, no, Isabel: cesa, cesa:
yo en tu defensa me empeño:
no será Azagra tu dueño,
yo anularé la promesa.
Me oirá tu padre, y tamaños
horrores evitará.
Hoy madre tuya será
quien no lo fué tantos años.

Teresa, Margarita, Isabel.

TER.—Señoras, don Rodrigo de Azagra pide licencia para visitaros.

MAR.—Hazle entrar. A buen tiempo llega. (Vase Teresa.)

ISA.—Permitid que yo me retire.

MAR.—Quédate en la pieza inmediata y escucha nuestra conversación.

ISA.—¿Qué váis a decir?

MAR.—Oyelo, y acabarás de hacer justicia a tu madre. (Vase Isabel.)

Don Rodrigo, Margarita.

MAR.—Ilustre don Rodrigo...

ROD.—Señora... al fin nos vemos.

MAR.—Honrad mi estrado, ya que la prisa de venir a mi casa no os ha dejado sosegar en la vuestra.

ROD—Aquí vengo a buscar el sosiego que necesito. (Siéntase.) ¿Qué me decís de mi desdeñosa?

MAR.—¿Me permitiréis que hable con toda franqueza?

ROD.—Con franqueza pregunto yo.—Hablad.

MAR.—Mi esposo os prometió la mano de su hija única, y, por él, debéis contar de seguro con ella. Pero la delicadeza de vuestro amor y la elevación de vuestro carácter, ¿se satisfarían con la posesión de una mujer, cuyo cariño no fuese vuestro?

ROD.—El corazón de Isabel no es ahora mío, lo sé; pero Isabel es virtuosa, es el espejo de las doncellas: cumplirá lo que jure, apreciará mi rendida fé, y será el ejemplo de las casadas.

MAR.—Mirad que su afecto a Marsilla no se ha disminuído.

ROD.—No me inspira celos un rival cuyo paradero se ignora, cuya muerte para mí es indudable.

MAR.—¿Y si volviese aún? ¿Y si antes de cumplirse el término se presentara tan enamorado como se fué y con grandes mejoras en su fortuna?

ROD.—Mal haría en aparecer ni antes ni después de mis bodas. El prometió renunciar a Isabel, si no se enriquecía en seis años; pero yo nada he prometido. Si vuelve, uno de los dos ha de quedar solo junto a Isabel. La mano que pretendemos ambos no se compra con oro, se gana con hierro, se paga con sangre.

MAR.—Vuestro lenguaje no es muy reverente para usado en esta casa y conmigo; pero os le perdono, porque me perdonéis la pesadumbre que voy a daros. Yo, noble don Rodrigo: yo, que hasta hoy consentí en vuestro enlace con Isabel, he visto por último que de él iba a resultar su desgracia y la vuestra. Tengo, pues, que deciros, como cristiana y madre, tengo que suplicaros por nuestro Señor y nuestra Señora, que desistáis de un empeño, ya poco distante de la temeridad.

ROD.—Ese empeño es público, hace muchos años que dura y se ha convertido

para mí en caso de honor. Es imposible que yo desista. No os opongáis a lo que no podréis impedir.

MAR.—Aunque habéis desairado mi ruego, tal vez no lo desaire mi esposo.

ROD.—Mucho alcanzáis con él: adora en vos, y lo merecéis, porque ha quince años que os empleais en la caridad y la penitencia... Pero... ¿os ha contado ya la muerte de Roger de Lizana?

MAR.—¡Cómo! ¿Roger ha muerto?

ROD.—Sí, loco y nudo, según estaba; desgraciadamente según merecía, y a los pies de don Pedro, como era justo.

MAR.—¡Cielos! Nada sabia de ese infeliz.

ROD.—Ese infeliz era muy delincuente, era el corruptor de una dama ilustre.

MAR.—¡Don Rodrigo!

ROD.—Y la dama era la esposa más respetable de esta ciudad.

MAR.—Por compasión... Roger ha muerto.

ROD.—Casi expiró en mis brazos. Yo tendí sobre el féretro su cadáver, yo hallé sobre su corazón unas cartas...

MAR.—¡Cartas!

ROD.—De mujer... cinco... sin firma todas. Pero yo os las presentaré, y vos me diréis quién las ha escrito.

MAR.—¡Callad, callad!

ROD.—Si no, acudiré a vuestro esposo, bien conoce la letra.

MAR.—¡No! ¡Dádmelas, rompedlas, quemadlas!

ROD.—Se os entregarán: pero Isabel me ha de entregar a mí su mano primero. Dios os guarde, señora.

MAR.—Deteneos, oidme.

ROD.—Para que os oiga venid a verlas. (Vase.)

MAR.—Escuchad, escuchadme. (Vase tras don Rodrigo.)

Isabel y después Teresa

ISA.—¿Qué es lo que oí? No lo he comprendido, no quiero comprender ese misterio horrible: sólo entiendo que de infeliz he pasado a más. (Sale Teresa.)

TER.—Señora, un joven extranjero ha llegado a casa pidiendo que se le dejara descansar un rato...

ISA.—Recíbele y déjame: no puedo hablar ahora, ni ver a nadie.

TER.—Ya se le recibió y le han agasajado con vino y magras: por señas que nada de ello ha probado, como si fuera moro o judío. Aparte de esto, es muy lindo muchacho: he trabado conversación con él y dice que viene de Pelestina.

ISA.—¿De Palestina?

TER.—Yo me acordé al punto del pobre don Diego.—Como os figurais que debe estar por allá...

ISA.—Sí. Llámele pronto. (Vase Teresa.) ¡Virgen piadosa! ¡Que haya sido sueño lo que pienso que oí. ¡Oh! Pensemos en el que viene de Palestina!

Zulima, en traje de roble aragonés; Teresa, Isabel

ZUL. El cielo os guarde.
ISA. Y a vos
también.
ZUL. (Aparte.) (Mi rival es esta.)
ISA. Mejor podéis descansar
en esta sala que fuera,
TER. Este mancebo, señora,
viene de lejanas tierras,
de Jerusalen, de Jope,
de Belén y de Judea.
ISA. ¿Cierto?
ZUL. Sí.
TER. Y ha conocido
allá gente aragonesa.
ZUL. Un caballero traté
de Teruel.
ISA. ¿Cuál? ¿Quién? ¿Quién
(era?

Su nombre.
ZUL. Diego Marsilla.
ISA. ¡Os trajo Dios a mi puerta!—
¿Dónde le dejáis?
TER. Entonces,
¿era ya rico?
ZUL. Una herencia
cuantiosa le dejaron
allí.
ISA. Pero, ¿dónde queda?
ZUL. Hace poco era cautivo
del rey moro de Valencia.
ISA. ¡Cautivo! ¡Infeliz!
ZUL. No tanto.
La esposa del rey, la bella,
la generosa Zulima,
le quiso.
TER. ¡Qué desvergüenza!
ISA. ¡Y qué! ¿No viene por eso
Marsilla donde le esperan?
TER. ¿Se ha vuelto moro quiza?
ZUL. (Aparte.)
(Ya que padecí, padezca.
Finjamos.)
ISA. Hablad.
ZUL. No es fácil
resistir a una princesa
hermosa y amante: al fin
Marsilla, para con ella,
era un miserable.
TER. Pero
vamos, acabad...
ISA. (Aparte.) (¡Apenas
vivo!)
ZUL. El rey llegó a saber
lo que pasaba; la reina
pudo escapar, protegida
por un bandido, cabeza
de la cuadrilla temible
que hov anda por aquí cerca;
y Marsilla...
ISA. ¿Qué?
ZUL. Rogad
a Dios que le favorezca.
ISA. ¡Ha muerto! ¡Jesús, valedme!
(Desmáyase.)
TER. ¡Isabel! ¡Isabel!—¡Buena
la habéis hecho!
ZUL. (Aparte.) (Sabe amar
esta cristíana de veras:
yo sé más, yo sé vengarme.)
TER. ¡Señora!—¡Paula! ¡Jimena!
(A Zulima.)
Buscad agua, llamad gente.
ZUL. Allá voy. (Aparte.) (Con esta nueva
se casará.) (Vase.)
TER. ¡Dios confunda
la boca ruín que nos cuenta
noticia tan triste,.. Pero
un prójimo que no prueba
cerdo ni vino, ¿qué puede
dar de sí?
(Salen dos criadas que traen agua.)
Pronto acui, lerdas.
¿Dónde estábais? A ver: dadme
el agua.
ISA. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Teresa

Margarita, Isabel, Teresa, Criada.

MAR. ¿Qué sucede?
ISA. ¡Ay, madre mía!
Ya no es posible que venga.
Murió.
MAR. ¿Quién? ¿Marsilla?
TER. ¿Quién
ha de ser?
ISA. Y ha muerto en pena
de serme infiel.
TER. Una moza,
que dice que no era fea,
la esposa del reyezuelo
valenciano, buena pieza
sin duda, nos le quitó.
ISA. ¡En esto paran aquellas
ilusiones de ventura
que alimentaba risueña!
Conmigo nacieron, ¡ay!.
se van y el alma se llevan.
Ese infausto mensajero,
¿dônde está? Dile que vuelva.
MAR. Si, yo le preguntaré...
TER. Pues como nos dé respuestas
por el estilo... Seguidme.
(Vanse Teresa y las Criadas.)

Margarita, Isabel.

ISA. ¡Quién figurarse pudiera
que me olvidara Marsilla!
¡Qué sonrojo! ¡Qué vileza!
Pero, ¿cómo ha sido, cómo
fué que no lo presintiera
mi corazón? No es verdad:
imposible que lo sea.
Se engañó, si lo creyó,

la sultana de Valencia.
Sólo por volar a mi.
quebrantando sus cadenas,
dejó soñar a la mora
con esa falaz idea.
Mártir de mi amor ha sido,
que desde el cielo, en que reina,
de su martirio me pide
la debida recompensa.
Yo se la daré leal,
yo defenderé mi diestra:
viuda del primer amor
he de bajar a la huesa.
Llorar libremente quiero
lo que de vivir me resta,
sin que pueda hacer ninguno
de mis lágrimas ofensa.
No he de ser esposa yo
de Azagra: primero muerta.

MAR. ¿Tendrás valor para?...

ISA. Sí,
mi desgracia me le presta.

MAR. ¿Y si te manda tu padre?

ISA. Diré que no.

MAR. Si te ruega...

ISA. No.

MAR. Si amenaza...

ISA Mil veces
no. Podrán, en buen hora,
de los cabellos asida,
arrastrarme hasta la iglesia;
podrán maltratar mi cuerpo,
cubrirle de áspera jerga,
emparedarme en un claustro
donde lentamente muera,
todo esto podrán, sí; pero
lograr que diga mi lengua
un sí perjuro, no.

MAR. Bien.
bien... Tu valor... me consuela.
(Aparte.)(Nada oyó: más vale así.
La culpa, no la inocencia
debe padecer.) Ten siempre
esa misma fortaleza,
y no te dejes vencer,
suceda lo que suceda.
Matrimonio sin cariño
crímenes tal vez engendra.
Yo sé de alguna infeliz
que dió su mano violenta...
y después de larga lucha...
desmintió su vida honesta.
Muchos años lleva ya
de dolor y penitencia,
y al fin le toca morir
de oprobio justo cubierta.

ISA. ¡Ah, madre! ¿Qué dije yo?
Me olvidé con esa nueva
de otra desdicha tan grande
que a mi desdicha supera.

MAR. ¡No te cases, Isabel!

ISA. Sí, madre: mi vida es vuestra;
dárosla me manda Dios,
lo manda naturaleza.

MAR. ¡Hija:

ISA. Por fortuna mía,
Marsilla, al morir, me deja
el corazón sin amor
y sin lugar donde prenda.
Por más fortuna, Marsilla
de mí se olvidó en la ausencia
y puso en otra mujer
el amor que me debiera.
Por dicha mayor, Azagra
es de condición soberbia,
celoso, iracundo: así
mis lágrimas y querellas
insufribles le serán,
querrá que yo las contenga,
no podré, se irritará
y me matará.

MAR. ¡Me aterras,
hija, me matas a mí!

ISA. Tengo yo cartas que lea:
puede encontrármelas.

MAR. ¡Oh!
Si como las tuyas fueran
otras!...

ISA. Y tengo un retrato
en esa joya. (Saca un relicario.)
¿Son esas
sus facciones? Pues sabed
que sin estudio ni regla,
de amor guiada la mano
al primer ensayo diestra,
yo supe dar a ese rostro
semejanza tan perfecta.
Me sirvió para suplir
de Marsilla la presencia;
no le necesito ya;
más vale que no le vea.
¡Ah! Dejadme que le bese
una vez... la última es esta.
Tomad. ¿Véis? El sacrificio
consumo, y estoy serena,
tranquila... como la tumba.
Imitad vos mi entereza,
mi calma... y no me digáis
una palabra siquiera.
De mí vuestra fama pende:
la conservaréis ilesa.
Yo me casaré: no importa,
no importa lo que me cuesta.
[(Vase.)

Margarita.

¿Y debo yo consentir
que la inocente Isabel
por mi egoismo cruel
se ofrezca más que a morir?
Pero, ¿cómo he de sufrir
que, perdida mi opinión,
me llame todo Aragón
hipócrita y vil mujer?
Mala madre me hace ser
mi buena reputación.
A todo me resignara
con ánimo ya contrito,
si al saberse mi delito
yo sola me deshonrara.
Pero a mi esposo manchara
con ignominia mayor.
¡Hija infeliz en amor!
¡Hija desdichada mía!
Perdona la tiranía
de las leyes del honor.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Retrete o gabinete de Isabel. Dos puertas.

Isabel, Teresa. Aparece Isabel ricamente vestida, sentada en un sillón junto a una mesa, sobre la cual hay un espejo de mano, hecho de metal. Teresa está acabando de adornar a su ama.

Ter.—¿Qué os parece el tocado? Nada, ni me oye. Que os miréis, os digo; tomad el espejo. (Se le da a Isabel, que maquinalmente le toma, y deja caer la mano sin mirarse.) A esotra puerta... ¡Miren qué trazas estas de novia! ¡Ved qué preciosa gargantilla voy a poneros! (Isabel inclina la cabeza.) Pero alzad la cabeza, Isabel. Si esto es amortajar un difunto.

Isa.—¡Marsilla!

Ter.—(Aparte.) (Dios le haya perdonado.) Ea, se concluyó. Bien estáis. Ello, sí, me habéis hecho perder la paciencia treinta veces.

Isa.—¡Madre mía!

Ter.—Si echáis de menos a mi señora, ya os he dicho que no está en casa, porque para ella la caridad es antes que todo. El juez de este año, Domingo Celladas, tenía un hijo en tierra de infieles: Jaime, ya le conocéis. Hoy, sin que hubiese noticia de que viniera, se le han encontrado en el camino de Valencia unos mercaderes, herido y sin conocimiento. Por un rastro de sangre que iba a parar a un hoyo, se ha comprendido que debieron echarle dentro, y se cree que hasta poder salir, habrá estado en el hoyo quizá más de un día, porque las heridas no son recientes. Vuestra madre ha sido llamada para asistirle: me ha encargado que os aderece, os he puesto hecha una imagen, y ni siquiera he logrado que déis una mirada al vestido para decir si os gusta.

Isa.—Sí: es el último.

Ter.—¡El dulcísimo nombre de Jesús! No lo quiera Dios, Isabelita de mi alma: no lo querrá Dios; antes os hará tan dichosa como vos merecéis. Pero salid de ese abatimiento: mirad que ya van a venir los convidados a la boda, y es menester no darles que decir.

Isa.—(Con sobresalto.) ¿Qué hora es ya?

Ter.—No tardarán en tocar a vísperas ahí al lado, en San Pedro. Es la hora en que salió de Teruel don Diego, y hasta que pase, mi señor no lo considera libre de su promesa.

Isa.—Sí, a esa hora, a esa hora mismo partió... para nunca volver. En este aposento, allí, delante de ese balcón, estaba yo, llorando sobre mi labor, como ahora sobre mis galas. Continuamente miraba a la calle por donde había de pasar para verle; ahora no miro: no le veré. Por allí vino dirigiendo el fogoso alazán, enseñado a pararse bajo mis balcones. Por allí vino vestida la cota, la lanza en la mano, al brazo la banda, último don de mi cariño. Hasta la dicha o hasta la tumba, me dijo. Tuya o muerta, le dije yo: y caí sin aliento en el balcón mismo, tendidas las manos hacia la mitad de mi alma, que se ausentaba. ¡Suya o muerta! ¡Y voy a dar la mano a Rodrigo! ¡Bien cumplo mi palabra!

Ter.—Hija mía, desechad esas ideas. Yo, ¿qué os he de decir para consolaros? Que os he visto nacer, que habéis jugado en mis brazos y en mis rodillas... y qué diera yo porque recobráseis la paz del alma y fuérais feliz! ¡Ay! diera yo todos los días que me faltan que vivir, menos uno para verlo.

Isa.—¿Feliz, Teresa? Con este vestido, ¿cómo he de ser feliz? ¡Pesa tanto, me ahoga tanto!... Quitámele, Teresa. (Levantándose.)

Ter.—Señora, que viene don Rodrigo.

Isa.—¡Don Rodrigo! Busca pronto a mi madre. (Vase Teresa,)

Don Rodrigo, Isabel

Rod. Mis ojos por fin os ven
a solas, ángel hermoso.
Siempre un amargo desdén
y un recato rigoroso
me han privado de este bien.
—Trémula estáis: ocupad
la silla.
Isa. ¡Ante mi señor!
Rod. Esclavo diréis mejor.
Soberana es la beldad
en el reino del amor.
Isa. ¡Mentida soberanía!
Rod. De mi rendimiento fiel
que dudárais no creía.
¡Si a conocer, Isabel,
llegáseis el alma mía!
Isa. ¿Para qué? Señas ha dado
que indican su índole bella.
Rod. Mi destino desastrado
sólo mostrar me ha dejado
lo deforme que hay en ella.
Un Azagra conocéis
orgulloso y vengativo;
y otro por fin hallaréis,
que en vuestro rigor esquivo
figuraros no podéis.
El Azagra que os adora,
el Azagra para vos,
aun no le visteis, señora,
y nos conviene a los dos
una explicación ahora.
Isa. Mis padres pueden mandar,
yo tengo que obedecer,
nada pretendo saber:
hiciera bien en callar
quien ha logrado vencer.
Rod. El vencedor, que aparece
lleno ante vos de amargura,
manifestaros ofrece
que sabe lo que merece
doña Isabel de Segura.
Os ví, y en vos admiré
virtud y belleza rara:
digno de vos me juzgué,
y uniros a mí juré,
costara lo que costara.
Maldición más espantosa
no pudo echarme jamás
una lengua venenosa,
que decir: No lograrás
hacer a Isabel tu esposa.
—Lidiaré, si es necesario,
por ella con todo el orbe,
clamaba yo de ordinario,
¡infeliz el que me estorbe,
competidor o contrario!
En mi celoso furor
cabe hasta lo que denigre
mi calidad y mi honor.
Amo con ira de tigre;
pero es muy grande mi amor.—
No es el vuestro tan delicado,
me pintéis para mi mengua:
quizá no la haya expresado
en seis años vuestra lengua,
sin que me lo hayan contado.
Cuantas cartas escribió
Marsilla ausente, leí:
él su retrato no vió,
yo sí: junto a vos aquí
siempre tuve un guarda yo.
Ha sido mi ocupación
observaros noche y día;

y abandonaba a Monzón
siempre que lo permitía
la marcial obligación.
Viéndoos al balcón sentada
por las noches a la luna,
mi fatiga era pagada:
jamás fué mujer ninguna
de amante más respetada.
Para romper mis prisiones.
para defectos hallaros
fueron mis indagaciones;
y siempre para adoraros
encontré nuevas razones.
Seducido el pensamiento
de lisonjeros engaños,
un favorable momento
espero ya hace seis años,
y aún llegado no lo cuento.
Pero, por dicha, quizá
no deba estar muy distante.

ISA. ¡Qué! ¿Pensais que cesará
mi pasión, muerto mi amante?
No, lo que yo vivirá.

ROD. Pues bien, amad, Isabel,
y decidlo sin reparo;
que con ese amor tan fiel,
aunque a mi me cueste caro,
nunca me hallaréis cruel.
Mas si ese afecto amoroso,
cuya expresión no limito,
mantener os es forzoso,
yo, mi bien, yo necesito
el nombre de vuestro esposo.
No más que el nombre, y concluyo
de desear y pedir:
todas mis dichas incluyo
en la dicha de decir:
«Me tienen por dueño suyo.»
Separada habitación,
distinto lecho tendréis...
¿Queréis más separación?
Vos en Teruel viviréis,
yo en la corte de Aragón.
¿Teméis que la soledad
bajo mi techo os consuma?
Vuestros padres os llevad
con vos; mudaréis, en suma.
de casa y de vecindad.
Nunca, sin vuestra licencia,
veré esos divinos ojos...
¡Ay! Dádmela con frecuencia.
Si os oprimen los enojos,
hablad, y mi diligencia,
ya un festín, ya una batida,
ya un torneo, dispondrá.
Si lloráis, prenda querida,
cuando lloréis, ¿qué os dirá
quien no ha llorado en su vida?
Míseros ambos, hacer
con la indulgencia podemos
menor nuestro padecer.
Ahora, aunque nos casemos,
¿me podréis aborrecer?

ISA. ¡Don Rodrigo, don Rodrigo! (Sollozando.)

ROD. ¿Lloráis? ¿Es porque me muestro
digno de ser vuestro amigo?
¿No sufrí del odio vuestro
bastante el duro castigo?

ISA. ¡Oh, no, no! Mi corazón
palpitar de odio no sabe.

ROD. Ni al mirar vuestra aflicción
hay fuerza en mí que no acabe
rindiéndose a discreción.
Es ya el caso de manera
que el infausto desposorio
viene a ser obligatorio
para ambos: lo demás fuera
dar escándalo notorio.
Pero el amor que os consagro
se ha vuelto a vos tan propicio,
que si Dios en su alto juicio
quiere obrar hoy un milagro...
contad con un sacrificio.
Ayer, si resucitara
mi aciago rival Marsilla,
sin compasión le matara,
y sin limpiar la cuchilla
corriera con vos al ara.
Hoy, resucitado o no,
si antes que me déis el sí
viene... que triunfe de mí.

ISA. ¡Vos si que triunfáis así
de esta débil mujer! (El llanto le ahoga la voz por unos instantes; luego, al ver a don Pedro y a los que le acompañan, se contiene, exclamando.)
¡Oh!

Don Pedro, don Martin, Damas. Caballeros, Pajes, Isabel, don Rodrigo, después Teresa.

PED.—Hijos, el sacerdote que ha de bendecir vuestra unión, ya nos está esperando en la iglesia. Tanto mis deudos como los de Azagra me instan a que apresure la ceremonia; pero aún no ha fenecido el plazo que otorgué a don Die-

go. Al toque de vísperas de un domingo salió de su patria el malogrado joven, seis años y siete dias hace: hasta que suene aquella señal en mi oído, no tengo libertad para disponer de mi hija (A don Martin.) Porque veáis de qué modo cumplo mi promesa, os he rogado que viniérais aquí.

MAR.—¡Inútil escrupulosidad! No os detengáis. No romperá mi hijo el seno de la tierra para reconveniros.

ISA.—(Aparte.) ¡Infeliz!

PED.—Fiel a lo que juré me verá desde el túmulo, cual me hallaría viviendo. (Sale Teresa.)

ROD.—Isabel deseará la compañía de su madre: pudiéramos pasar por casa del juez...

TER.—Ahora empezaba el herido a volver en su conocimiento. Si antes de vísperas no se halla mi señora en la iglesia, es señal de que no puede asistir a los desposorios: esto me ha dicho.

PED.—La esperaremos en el templo. (A don Martin.) Si la pesadumbre os permite acompañarnos, venid...

MAR.—Excusadme el presenciar un acto que debe serme tan doloroso,

PED.—Estad seguro de que mientras no oigáis las campanadas, no habrá dado su mano Isabel. Estos caballeros podrán atestiguar que se esperó hasta el cabal vencimiento del plazo. Marchemos

ISA.—(Aparte.) ¡Morada de mi pasado bien, adios para siempre! (Vanse todos, menos don Martin.)

Don Martin.

Con pena, con celos veo yo a Isabel dirigirse al altar. Tiempo fué en que la tuve por hija, hoy me quitan su filial cariño, y ella consiente. Pero ¿qué falta hace al mísero cadáver de mi hijo la constancia de la que él amó? Si su sombra necesita lágrimas, ¿no le bastan las mías?

Adel, don Martin.

ADEL.—Cristiano, busco a Martín Marsilla, que esta aquí, según se me dice. ¿Eres tú?

MAR.—Yo soy.

ADEL.—¿Qué sabes de tu hijo?

MAR.—Moro... su muerte.

ADEL.—Esa noticia, ¿quien la ha traído?

MAR.—Un joven forastero.

ADEL.—¿En dónde para?

MAR.—Apenas se detuvo en Teruel; yo no pude verle.

ADEL.—¿Qué ha pasado con Jaime Celladas?

MAR.—Le han herido gravemente al llegar a la villa: En su lecho yace todavía sin voz ni conocimiento.

ADEL.—¿Luego tú nada sabes?

MAR.—¿Qué vas a decirme?

ADEL.—Acabo de averiguar que disfrazada con traje de hombre, ha entrado en Teruel Zulima, la esposa del Amir de Valencia.

MAR.—¿La que fué causa de la pérdida de mi hijo?

ADEL.—El la desdeñó, y ella se ha vengado mintiendo.

MAR.—¿Mintiendo?

ADEL.—¡Anciano! Bendice al Señor: aun eres padre.

MAR.—¡Dios poderoso!

ADEL.—Tu hijo libró de un asesinato pérfido al Amir de Valencia, y el Amir le ha colmado de riquezas y honores. Herido en un combate, no se le permitió

y no pararé hasta poner a Marsilla en tus brazos. (Vase.)
MAR.—(Alzando las manos al cielo, arrebatado de júbilo.) ¡Señor, Señor!

Margarita y don Martín.

MAR.—(Dentro.) ¡Isabel, Isabel! (Sale y repara en don Martín que se retiraba con el.) Don Martín...
MART.—(Deteniéndose.) Margarita, sabedlo...
MAR.—Sabedlo el primero, Jaime Celladas...
MART.—Ese moro que véis...
MAR.—Ha vuelto en sí.
MART.—Viene de Valencia.
MAR.—Jaime también.
MART.—Vive mi hijo.
MAR.—Lo ha dicho Jaime. Corred, impedid ese casamiento. (Oyese el toque de speras.)
MART.—¡Ah!, ya es tarde.
MAR.—¡Dios ha rechazado mi sacrificio!
MART.—¡Hijo infeliz!
MAR.—¡Hija de mis entrañas! (Vase.)

(Bosque inmediato a Teruel.)

Marsilla, atado a un arbol.

Infames bandoleros,
que me habéis a traición acometido,
venid y ensangrentad vuestros aceros:
la muerte ya por compasión os pido.
—Nadie llega, de nadie soy oído:
vuelve el eco mis voces, y parece
que goza en mi dolor y me escarnece.
Me adelanté a la escolta que traía:
su lento caminar me consumía.
Yo vengo con amor, ellos con oro.
—Enemigos villanos.
los ricos dones del monarca moro
no como yo darán en vuestras manos:
tienen quien los defienda.
Pero las horas pasan, huye el día.
¿Qué vas a imaginar, Isabel mía?
¿Qué pensarás, idolatrada prenda,
si esperando abrazar al triste Diego,
corrido el plazo ves, y yo no llego?
Mas por Jaime avisados
en mi casa estarán: pronto, azorados
con mi tardanza... Sí, ya se aproxima
gente. ¿Quién es?

Zulima, en traje de hombre. Marsilla.

ZUL. Yo soy.
MARS. ¡Cielos! ¡Zulima!
¡Tú aquí! (Aparte.) (¡Presagio horrendo!)

ZUL. Vecinos de Teruel vienen corriendo
a quienes más que a mí toca librarte:
yo sólo en esta parte
me debo detener mientras te digo
que Isabel es mujer de don Rodrigo.
MAR. ¡Gran Dios!—Mas no: me engañas, impostora.
ZUL. Zaen, que llega de Teruel ahora,
Zaen ha visto dar aquella mano
tan ansiada por tí.
MAR. Finges en vano.
Tú ignoras que mi próxima llegada
previno un mensajero.
ZUL. Tú no sabes
que un tirador certero
supo dejar tu previsión burlada,
saliéndole al camino al mensajero.
Yo hablé con Isabel, yo de tu muerte
la noticia le dí, y a los bandidos
encargué que tu viaje detuvieran.
Yo, celebradas de Isabel las bodas,
te las vengo a anunciar.
MAR. ¿Conque ya es tarde?
ZUL. Mírame bien y dúdalo si puedes.
Inútiles mercedes
el rey te prodigó: más ha podido
la triste esposa que el feliz marido.
Yo mi amor te ofrecí, bienes y honores,
y te inmolé mi fe y el ser que tengo;
tú preferiste ingrato mis rencores:
me ofendiste cruel, cruel me vengo.
Adiós: en mi partida
te dejo por ahora con la vida,
mientras padeces en el duro potro
de ver a tu Isabel en brazos de otro. (Vase.)

Marsilla

Monstruo por cuya voz ruge el abismo;
vuelve y dí que es engaño
todo lo que te oí. (Forcejea para desatarse.)
Lazos crueles.
¿Cómo me resistís? ¡Ligan cordeles
al que hierros quebró! ¿No soy el mismo?
¡Ah! no. Mujer fatal, cortos instantes
me quedan que vivir, si no has mentido;
pero permita Dios que mueras antes!

Adel pasando por una altura. Marsilla.

ADEL Rumor aquí he sentido.
Atraviesan el valle bandoleros
con Zulima a caballo.
Yo, cueste lo que cueste,
la tengo de prender: voy a ver si hallo
cerca mis compañeros,

MARS. ¿Quién va?
ADEL Marsilla es este.
(A voces.)
¡Aquí! ¡Por este lado, caballeros!
(Vase.)

Don Martín, Caballeros y criados. Marsilla.

MART. El es. (Dentro.)
MARS. ¡Mi padre!
VOCES (Dentro.) El es.
MARS. ¡Padre!
MART. (Dentro) ¡Hijo mío!
Subid, corred, volad: libradle pronto.
(Salen caballeros y criados.)
MARS. Desatadme, decidme... (Desatan a Marsilla.)
MART. (Saliendo.) ¡Hijo querido!
MARS. ¡Padre!
MART. Por fin te hallé.
MARS. Decid.., ¿Es tarde?
Yo quisiera dudar... Mi mal, ¿es cierto?
MART. Respóndante las lágrimas que vierto.
Hijo del alma, a quien su hierro ardiente
la desgracia al nacer marcó en la frente,
tu triste padre, que por verte vive,
con dolor en sus brazos te recibe.
¿Quién tu llegada ha retardado?
MARS. El cielo...
El infierno... No sé... Facinerosos...
Una mujer... Dejadme.
MART. ¿La sultana?
¿Esos bandidos que cobardes huyen
de los guerreros que conmigo traje?
¿Te han herido?
MARS. ¡Ojalá!
MART. ¿Te han despojado?
MARS. Nada he perdido. La esperanza solo.
MART. ¡Suerte cruel! Cuando el fatal sonido
de la campana término ponía...
MARS. ¡Esa tigre anunció la muerte mía!
MART. ¿Lo sabes?
MARS. De ella.
MART. ¡Horror! Entonces era
cuando Jaime, el sentido recobrando,
la traidora noticia desmentía.
Corro al templo a saber... Miro, enmudezco,
¡Eran esposos ya! Tu bien perdiste...
Dios lo ha querido así... Pero aun te quedan
padres que lloren tu destino triste.
MARS. El ajeno dolor no quita el mío.
¿Con qué llenáis el hórrido vacío
que el alma siente, de su bien privada?
¡Padre, sin Isabel, para Marsilla
no hay en el mundo nada!
Por eso en mi doliente desvarío
sed bárbara de sangre me devora.

Verterla a rios para hartarme quiero,
y cuando más que derramar no tenga,
la de mis venas soltará mi acero.

MART. Hijo, modera ese furor.

MARS. ¿Quién osa
hijo llamarme ya? Fuera ese nombre.
La desventura quiebra
los vínculos del hombre con el hombre
y con la vida y la virtud. Ahora,
que tiemble mi rival, tiemble la mora.
Breve será su victorioso alarde:
para acabar con ambos aún no es tarde.

MART. ¡Desgraciado! ¿qué intentas?

MARS. Con el crimen
el crimen castigar. Una serpiente
se me enreda en los pies; mi pie destroce
su garganta infernal. Un enemigo
me aparta de Isabel: huya o perezca.

MART. Hijo...

MARS. Perecerá.

MART. No...

MARS. Maldecido
mi nombre sea, si la sangre odiosa
de mi rival no vierto.

MART. Es poderoso...

MARS. Marsilla soy.

MART Mil deudos le acompañan...

MARS. Mi furia a mí.

MART. Merézcate respeto
ese lazo...

MARS. Es sacrílego, es injusto.

MART. En presencia de Dios formado ha sido.

MARS. Con mi presencia queda destruído.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Habitación de Isabel en la casa de don Rodrigo. Dos puertas a la izquierda del espectador, una en el fondo y una ventana sin reja a la derecha.

Don Pedro, Don Martín

PED. Ya cesó la vocería.

MART. Ya se tranquiliza el pueblo.
Zaen en la cárcel queda
con los demás bandoleros.

PED. Milagro ha sido salvarlos
mayor que lo fué prenderlos.

MART. Y no los prenden quizá,
si no acuden tan a tiempo
los moros que de Valencia
con los regalos vinieron
de su Rey para mi hijo.
¡Regalos ya sin provecho!
¡Castigue Dios a quien tiene
la culpa!

PED. ¡Oh, lo hará!—Primero
que vayamos esta noche
los dos al ayuntamiento,
donde ya deben hallarse

juntos el juez y mi yerno,
¿tendréis, don Martín, a bien
que los dos conferenciemos
un rato?

MART. Hablad.

PED. Aquí está
Zulima.

MART. Bien me dijeron
los moros.

PED. En esta calle
arremetió con los presos
un tropel de gente, y ella,
puesta en libertad en medio
del tumulto, se arrojó
por estas puertas adentro.

MART. Confesad que don Rodrigo
la salvó.

PED. No lo confieso...
porque no lo ví.

MART. Yo, en suma,
no diré que fué mal hecho:
él debe a la mora estar
agradecido en extremo.
Por ella logra la mano
de Isabel.

PED. Resentimiento
justo mostrais; pero yo,
que he sido enemigo vuestro,
necesito de vos hoy.

MART. Aquí me tenéis, don Pedro.

PED. Sois quien sois.—Esa mujer
nos pone en terrible aprieto.
Ya véis, los moros reclaman
su entrega con mucho empeño.

MART. Y mientras el juez resuelve,
cercada se ve por ellos
esta casa.

PED. ¿Y bien, quisiérais
que entre vos y yo, de un riesgo
libráramos a Teruel?

MART. Crimen fuera no quererlo.

PED. Si en la junta de la villa
negamos, como debemos,
la entrega de la sultana,
va a ser enemigo nuestro
el Rey de Valencia, y puede
gravísimo daño hacernos.

MART. ¿Y el que recibimos ambos
de su mujer, ¿es pequeño?

PED. Pero es mujer, y nosotros
cristianos y caballeros.

MART. Proseguid.

PED. El compromiso
queda evitado, si hacemos
que huya en el instante.

MART. Hagámoslo.
—Págueme Dios el esfuerzo
que me cuesta no vengarme.
Disponed.

PED. Con un pretexto,
llevad los moros de aquí.
De vos harán caso.

MART. Creo
que sí.

PED. Lo demás es fácil.
Puesta ya en salvo, diremos
que ella huyó por sí.

MART. Voy, pues,
y ya que la mano tiendo
al uno de los autores
de mi desventura, quiero
dársela también al otro.
Decid al dichoso dueño
de esta casa y de Isabel
que mire en estos momentos
por su vida; que mi hijo
va, loco de sentimiento
y de furor, en su busca
por Teruel; y, ¡vive el cielo!,
que, doliente como está,
valor le sobra al mancebo
para vengar... Perdonadme.
¡Adios! Voy a complaceros
y a buscarle y conducirle
esta misma noche lejos
de unos lugares en donde
vivimos los dos muriendo. (Vase por la puerta de la izquierda más cercana al proscenio.)

PED. Id con Dios.—¡Padre infeliz!
¿Y nosotros? Me estremezco
al pensar en Isabel,
cuando de todo el suceso
llegue a enterarse.

Teresa, don Pedro

TER. (Dentro.) ¡Favor,
que me vienen persiguiendo.
(Sale.)

PED. ¡Teresa! ¿Qué hay? ¿Quién te sigue?

TER. Las ánimas del infierno...
las del purgatorio... No
sé cuales; pero las veo,
las oigo...

PED. Mas, ¿qué sucede?

TER. ¡Ay! Muerta de susto vengo.
¡Ay! Isabel me ha enviado
por mi señora corriendo,
que volvió no sé por qué,
a la casa del enfermo;

y antes de llegar he visto
en un callejón estrecho
junto a la ermita caída...
¡Jesús! Convulsa me vuelvo
a casa.

PED. ¿Qué has visto? Dí.

TER. Un fantasma, un espectro
todo parecido, todo,
al pobrecito don Diego.

PED. Calla, no te oiga Isabel.
Guarda con ella silencio.
Marsilla ha venido, y ella
no lo sabe.

TER. Pero, ¿es cierto
que vive?

PED. ¿No ha de ser?

TER. ¡Ay!
Pues otra desgracia temo.

PED. ¿Cuál?

TER. No lo aseguraré,
por si es aprensión del miedo;
sin embargo, yo creí
ver que se llevaba el muerto
asido del brazo a novio.

PED. ¿Qué dices?

TER. Aún traigo el eco
de su voz en los oidos.
Con alarido tremendo
decía: «Vas a morir,
vas a morir.» «Lo veremos.»
replicaba don Rodrigo,
y echando votos y retos
iban los dos como rayos
camino del cementerio.
Yo, señor, ya les recé
la Salve y el Padrenuestro
en latín.

PED. Se han encontrado,
y van a tener un duelo.
Esto es antes.

Isabel, por la segunda puerta del lado izquierdo. Don Pedro. Teresa.

ISA. ¡Padre!

PED. Aguárdame
aquí; pronto volveremos,
tu madre, tu esposo y yo.
Venid, Teresa. (Vanse los dos.)

ISA. ¿Qué es esto?
¡Mi padre me deja sola,
cuando con tanto secreto
un moro me quiere hablar!
Sin duda están sucediendo
cosas extrañas aquí.
(Acércase a la segunda puerta.)
Llegad. Al mirarle, tiemblo.

Adel. Isabel.

ADEL Cristiana, que das honor
a tu equivocada ley,
yo imploro en nombre del rey
de Valencia tu favor.

ISA. ¿Mi favor?

ADEL ¿Tendrás noticia
de que salió de su corte
Zulima, su infiel consorte,
huyendo de su justicia?

ISA. Sí.

ADEL Mi señor decretó
con rectitud musulmana
castigar a la sultana.
ya que a Marsilla premió.

ISA. ¡Premiar!... ¿Ignoras, cruel,
que le dió muerte sañuda?

ADEL Tú no le has visto, sin duda,
entrar, como yo, en Teruel.

ISA. ¿Marsilla en Teruel?

ADEL Sí.

ISA. Mira
si te engañas.

ADEL Mal pudiera.
Infórmate de cualquiera,
y mátenme si es mentira.

ISA. No es posible.¡Ah,si! Que siendo
mal, no es imposible nada.

ADEL Por la villa alborotada
tu nombre va repitiendo.

ISA. ¡Eterno Dios! ¡Qué infelices
nacimos!—¿Cuándo ha llegado?
¿Cómo es que me lo han callado?
—¿Y tú, por qué me lo dices?

ADEL Porque estás a mi entender,
en grave riesgo quizá.

ISA. Perdido Marsilla, ya
¿qué bien tengo que perder?

ADEL Con viva lástima escucho
tus ansias de amor extremas;
pero aunque tú nada temas,
yo debo decirte mucho.
Marsilla a mi rey salvó
de unos conjurados moros,
y el rey vertió sus tesoros
en él y aquí le envió.
El despreció la liviana
inclinación de la infiel...

ISA. ¡Oh! ¿Si?

ADEL. Y airada con él,
vino y se vengó villana
contando su falso fin.

ISA. ¡Ella!

ADEL. Con una gavilla
de bandidos, a Marsilla
detuvo, ya en el confín
de Teruel, donde veloces
corriendo en tropel armado,
le hallamos a un tronco atado,

socorro pidiendo a voces.

ISA. Calla, moro: no más.

ADEL. Pasa
más y es bien que te aperciba.
—La sultana fugitiva
se ha refugiado en tu casa.

ISA ¡En mi casa mi rival!

ADEL. Tu esposo la libertó.

ISA. ¡Ella adonde habito yo!

ADEL. Guárdate de su puñal.
Por celos allá en Valencia
matar a Marsilla quiso.

ISA. A tiempo llega el aviso.

ADEL. Confirma tú la sentencia
que justo lanzó el Amir.
Por esa mujer malvada,
para siempre separada
de Marsilla has de vivir.
Ella te arrastra al odioso
tálamo de don Rodrigo.
Envíala tú conmigo
al que le apresta su esposo,
pena digna del ultraje
que siente.

ISA. Sí, moro: salga
pronto de aquí, no le valga
el fuero del hospedaje.
Como perseguida fiera
entró en mi casa; pues bien,
al cazador se la den,
que la mate donde quiera.
Mostrarse de pecho blando
con ella, fuera rayar
en loca, voy a mandar
que la traigan arrastrando.
Sean de mi furia jueces
cuantas pierdan lo que pierdo.
¡Jesús! Cuando yo recuerdo
que hoy pude... ¡Jesús mil veces!
No le ha de valer el llanto,
ni ser mujer, ni ser bella,
ni reina. ¡Si soy por ella
tan infeliz... tanto, tanto!...
Vamos a ver, tu señor,
¿qué suplicio la impondrá?

ADEL. Una hoguera acabará
con su delincuente amor.

ISA. ¡Su amor! ¡Amor desastrado!
Pero es amor...

ADEL. ¿Y es bastante
esa razón?. .

ISA. ¡Es mi amante
tan digno de ser amado!
Le vió, le debió querer
en viéndole. ¡Y yo, que hacia
tanto que no le veía...
y ya no le puedo ver!
—Moro, la víctima niego
que me vienes a pedir:
quiero yo darle a sufrir
castigo mayor que el fuego.
Ella con feroz encono
mi corazón desgarró...
me asesina el alma... yo
la defiendo, la perdono... (Vase.)

Adel.

He perdido la ocasión.
Suele tener esta gente
acciones, que de un creyente
propias en justicia son.
Yo dejara con placer
este empeño abandonado:
pero el Amir lo ha mandado,
y es forzoso obedecer. (Vase.)

Marsilla, por la ventana.

Jardín... una ventana... y ella luego.
Jardín abierto hallé y hallé ventana;
mas, ¿dónde está Isabel? Dios de clemencia,
detened mi razón, que se me escapa,
detenedme la vida, que parece
que de luchar con el dolor se cansa.
Siete días hace hoy, ¡qué venturoso
era en aquel salón! Sangre manaba
de mi herida, es verdad; pero agolpados
alrededor de mi lujosa cama,
la tierna historia de mi amor oían
los guerreros, el pueblo y el monarca,
y entre piadoso llanto y bend

tuya será Isabel—, juntos clamaban
súbditos y Señor. Hoy no me ofende
mi herida, rayos en mi diestra lanza
el damasquino acero... No le traigo...
y hace un momento que con dos me hallaba!
—Salvo en Teruel y vencedor, ¿qué angustia
viene a ser esta que me rinde el alma,
cuando, acabada la cruel ausencia,
voy a ver a Isabel?

Isabel, Marsilla.

ISA. Por fin se encarga
mi madre de Zulima.

MARS. ¡Cielo santo!

ISA. ¡Gran Dios!

MARS. ¿No es ella?

ISA. ¡El es!

MARS. ¡Prenda adorada!

ISA. ¡Marsilla!

MARS. ¡Gloria mía!

ISA. ¿Cómo, ¡ay!, cómo
te atreves a poner aquí la planta?
Si te han visto llegar... ¿A qué has venido?

MARS. Por Dios... que lo olvidé. Pero, ¿no basta,
para que hacia Isabel vuele Marsilla,
querer, deber, necesitar mirarla?
¡Oh, qué hermosa a mis ojos te presentas!
Nunca te ví tan bella, tan galana...
y un pesar, sin embargo, indefinible
me inspiran esas joyas, esas galas.
Arrójalas, mi bien: lana modesta,
cándida flor, en mi jardín criada,
vuelvan a ser tu virginal adorno:
mi amor se asusta de riqueza tanta.

ISA. (Aparte.) (¡Delira el infeliz! Sufrir no puedo
su dolorida, atónita mirada.)
¿No entiendes lo que indica el atavío,
que no puedes mirar sin repugnancia?
Nuestra separación.

MARS. ¡Poder del cielo!
Sí. ¡Funesta verdad!

ISA. ¡Estoy casada!

MARS. Ya lo sé. Llegué tarde. Ví la dicha,
tendí las manos y voló al tocarla.

ISA. Me engañaron, tu muerte supusieron
y tu infidelidad.

MARS. ¡Horrible infamia!

ISA. Yo la muerte creí.

MARS. Si tú vivías,
y tu vída y la mía son entrambas
una sola no más, la que me alienta,
¿cómo de ti sin ti me separara?
Juntos aquí nos desterró la mano
que gozo y pena distribuye sabia,
juntos al fin de la mortal carrera
nos toca ver la celestial morada.

ISA. ¡Oh, si me oyera Dios!...

MARS. Isabel, mira,

yo no vengo a dar quejas, fueran vanas.
Yo no vengo a decirte que debiera
prometerme de tí mayor constancia,
cumplimiento mejor del tierno voto
que, invocando a la Madre inmaculada,
me hiciste amante la postrera noche
que me apartó de tu balcón el alba.—
¡Para tí, sollozando me decías,
o si no para Dios!—¡Dulce palabra,
consoladora fiel de mis pesares
en los ardientes páramos del Asia
y en mi cautividad. Hoy ni eres mía,
ni esposa del Señor. Di, pues, declara
(esto quiero saber) de que ha nacido
el prodigio infeliz de tu mudanza.
Causa debe tener.

ISA. La tiene.

MARS. Grande.

ISA. Poderosa, invencible: no se casa
quien ama como yo, sino cediendo
a la fuerza mayor en fuerza humana.

MARS. Dímelo pronto, pues, dilo.

ISA. Imposible.
No has de saberlo.

MARS. Sí.

ISA. No.

MARS. Todo.

ISA. Nada.
Pero tú en mi lugar también el cuello
dócil a la coyunda sujetaras.

MARS. Yo, no, Isabel, yo, no. Marsilla súpo
despreciar una mano soberana
y la muerte arrostrar, por quien ahora
la suya vende y el por qué le calla.

ISA. ¡Madre, madre! (Aparte.)

MARS. Responde.

ISA. (Aparte.) (¿Qué le digo?)
Tendré que confesar... que soy culpada.
¿Cómo no lo he de ser? Me ves ajena.
Perdóname... Castígame por falsa, (Llora.)
mátame, si es tu gusto... Aquí me tienes
para el golpe mortal arrodillada.

MARS. Idolo mío, no; yo sí que debo
poner mis labios en tus huellas. Alza.
No es de arrepentimiento el lloro triste
que esos luceros fúlgidos empaña;
ese llanto es de amor, yo lo conozco,
de amor constante, sin doblez, sin tacha,
ferviente, abrasador, igual al mío.
¿No es verdad, Isabel? Dímelo franca:
va mi vida en oírtelo.

ISA. ¿Prometes
obedecer a tu Isabel?

MARS. ¡Ingrata!
¿Cuándo me rebelé contra tu gusto?
¿Mi voluntad no es tuya? Dispón, habla.

ISA. Júralo

MARS. Sí.

ISA. Pues bien: yo te amo, vete.

MARS. ¡Cruel! ¿Temiste que ventura tanta
me matase a tus pies, si su dulzura
con venenosa hiel no iba mezclada?
¿Cómo esas dos ideas enemigas
de destierro y de amor hiciste hermanas?

ISA. Ya lo ves, no soy mía; soy de un hombre
que me hace de su honor depositaria,
y debo serle fiel. Nuestros amores
mantuvo la virtud líbres de mancha:
su pureza de armiño conservemos.—
Aquí hay espinas, en el cielo palmas.
Tuyo es mi amor y lo será; tu imagen
siempre en el pecho llevaré grabada,
y allí la adoraré: yo lo prometo,
yo lo juro; mas huye sin tardanza.
Libértame de ti, sé generoso:
libertame de mí...

MARS. No sigas, basta.
¿Quieres que huya de tí? Pues bien, te dejo.
Valor... y sepárémonos.—En paga,
en recuerdo sino de tantas penas
con gozo por tu amor sobrellevadas,
permite, Isabel mía, que te estrechen
mis brazos una vez.

ISA. Deja a la esclava
cumplir con su señor.

MARS Será el abrazo
de un hermano dulcísimo a su hermana,
el ósculo será que tantas veces
cambió feliz en la materna falda
nuestro amor infantil.

ISA. No lo recuerdes.

MARS. Ven...

ISA. No, jamás.

MARS. En vano me rechazas.

ISA. Detente, o llamo...

MARS. ¿A quien? ¿A don Rodrigo?
No te figures que a tu grito salga.
No lisonjeros plácemes oyendo,
su vanidad en el estrado sacia,
no; lejos de los muros de la villa
muerde la tierra que su sangre baña.

ISA. ¡Qué horror! ¿Le has muerto?

MARS Pérfida ¿te afliges?
Si lo llego a saber, ¿quién le librara?

ISA. ¿Vive?

MARS. Merced a mi nobleza loca,
vive: apenas cruzamos las espadas,
furiosa en él se encarnizó la mía:
un momento después hundido estaba
su orgullo en tierra, en mi poder su acero.
¡Oh, maldita destreza de las armas!
¡Maldito el hombre que virtudes siembra,
que le rinden cosechas de desgracias!
No más humanidad, crímenes quiero.

A ser cuel tu crueldad me arrastra,
y en ti la he de emplear. Conmigo ahora
vas a salir de aquí.

ISA. ¡No, no!

MARS. Se trata
de salvarte, Isabel. ¿Sabes qué dijo
el cobarde que lloras desolada
al caer en la lid? «Triunfante quedas;
pero mi sangre costará bien cara.»

ISA. ¿Qué dijo, qué?

MARS. ¿Me vengaré en don Pedró.
en su esposa, en los tres; guardo las cartas.»

ISA. ¡Jesús!

MARS. ¿Qué cartas son?...

ISA. ¡Tú me has perdido!
La desventura sigue tus pisadas.
¿Dónde mi esposo está? Dímelo pronto,
para que, fiel, a socorrerle vaya,
y a fuerza de rogar venza sus iras

MARS. ¡Justo Dios! ¿Y decía que me amaba?

ISA. ¿Con su pasión funesta reconviene
a la mujer del vengativo Azagra?
Te aborrezco. (Vase.)

Marsilla.

¡Gran Dios! Ella lo dice.
Con furor me lo dijo; no me engaña.
Ya no hay amor allí. Mortal veneno,
su boca me arrojó, que al fondo pasa
de mi seno infeliz y, una por una,
rompe, rompe, me rompe las entrañas.
Yo con ella, por ella, para ella
viví... Sin ella, sin su amor, me falta
aire que respirar... Era amor suyo
el aire que mi pecho respiraba.
Me le negó, me le quitó, me ahogo,
no sé vivir.

VOCES (Dentro.) Entrad, cercad la casa,

Isabel trémula y precipitada. Marsilla

ISA. Huye que viene gente, huye.

MARS (Todo trastornado.) No puedo

VOCES ¡Muera, muera! (Dentro.)

MARS. Eso sí.

ISA. Ven.

MARS. ¡Dios me valga!
(Isabel le ase la mano y se entra con él por la puerta del fondo.)

Adel, huyendo de varios Caballeros con espadas desnudas; don Pedro, Margarita, Criados.

CAB. ¡Muera, muera!
PED. } MAR. } Escuchad.
ADEL. Aragonés,
yo la sangre vertí de la Sultana;
pero el rey de Valencia, esposo suyo,
tras ella me envió para matarla.
Consorte criminal, amante impía,
la muerte de Marsilla maquinaba,
la muerte de Isabel: para ambos era
esta punta sutil envenenada.
(Muestra el puñal de Zalima.)
Marsilla lo que digo corrobore.
Cerca de aquí ha de estar.
(Abrese la puerta del fondo, y sale por ella Isabel, que se arroja en brazos de Margarita. Marsilla aparece tendido en un escaño.)

Isabel, Dichos.

ISA. ¡Madre del alma!
ADEL. Vedle allí...
MAR. ¡Santo Dios!
PED. Inmóvil...
ISA. ¡Muerto!
ADEL. Cumplió Zulima su feroz venganza.
ISA. No le mató la vengativa mora.
Donde estuviera yo, ¿quién le tocara?
Mi desgraciado amor, que fué su vida...
su desgraciado amor es quien le mata.
Delirante le dije: Te aborrezco:
él creyó la sacrílega palabra,
y expiró de dolor.
MAR. Por todo el cielo...
ISA. El cielo, que en la vida nos aparta,
nos unirá en la tumba.
PED. ¡Hija!
ISA. Marsilla
un lugar a su lado me señala.
MAR. ¡Isabel!
PED. ¡Isabel!
ISA. Mi bien, perdona
mi despecho fatal. Yo te adoraba.
Tuya fuí, tuya soy: en pos del tuyo
mi enamorado espíritu se lanza.
(Dirígese donde está el cadáver de Marsilla; pero antes de llegar, cae sin aliento con los brazos tendidos hacia su amante.)

FIN DEL DRAMA

Marcela, o ¿A cuál de los tres?

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

Manuel Bretón de los Herreros

PERSONAJES

MARCELA.-JULIANA - DON TIMOTEO.-DON MARTIN.-DON AMADEO.-DON AGAPITO

ACTO PRIMERO

TIM —¡Si no quiero! ¿Hay tal porfía?
Mi habitación es sagrada.
JUL.—¿No he de dar una escobada
donde hay tanta porquería?
TIM.—¿Qué importa? No lo consiento,
no lo sufro y si te atreves...
JUL.—Pero...
TIM. En tus manos aleves
va a morir mi nacimiento.
A tal ruina, a tal estrago
ya no hay paciencia que baste.
Ayer rompiste o quebraste
mi Baltasar, mi Rey mago.
Hoy con los zorros fatales
me has hecho trozos, añicos
los pastores con pellicos,
o si se quiere, zagales.
JUL.—Pero, señor...
AGA. Lindamente.
Primoroso va el tejido.
TIM.—Reniego de tu barrido.
JUL.—(Entre dientes.)
¡Vejestorio impertinente!
TIM.—¿Qué dices de vejestorio?
JUL.—Yo...
TIM.-Mira que si me irrito.(Acercándose.)
¿Qué hace usted, don Agapito?
(Juliana arregla los muebles.)
AGA.—Nada: un cordon de abalorio.
MARC.—Agapito es muy amable.
AGA.—Sabe usted cual se desvela
por complacer a Marcela
mi amistad inalterable.
Prosigo, pues, mi cordón
mientras ella se ejercita
en su petaca de pita.
JUL.—(¡Qué enfadoso *barmi'ac*)
TIM.—Según parece es de moda
esa labor o tarea
entre las damas, o sea...
Pero dí, ¿no te incomoda
esa mano de mortero
en la tuya delicada?
¡Qué moda tan desairada!
No llega al mes de febrero.
MARC.—En algo se ha de pasar
el tiempo.
AGA. No es usted justo
en impugnar su buen gusto.
MARC.—Mejor es esto que holgar.
AGA.—Y yo diré en todas partes
que es obra muy singular,
y que la debe premiar
el Conservatorio de Artes.
MARC.—Alabanza lisonjera,
digna de un joven tan fino
como usted.
TIM. ¡Oh! Mi vecino
sabe muy bien la manera,
el modo y forma de hacer
a una dama cumplimientos; es decir...
MARC.-(Se levanta, y don Agapito también.)
En sus acentos
es muy fácil conocer
su educación esmerada.
TIM.—¡Oh! Es un joven, un mancebo,
que puedo decir, me atrevo
a afirmar... y nunca errada
me salió una profecía;
me atrevo a pronosticar
que le harán mucho lugar
las damas.
MARC. Su bizarría,
su trato afable y cortés,
su gusto para cantar,
su destreza en el bordar,
y la gracia de sus pies
cuando baila un rigodón,
son prendas que sin empeño
bastan para hacerle dueño
del más yerto corazón.
AGA.—¡Señora! ¡Ensalzarme así!...
Me confunde usted. Ya veo...
MARC.—Como lo digo lo creo.
AGA.—(Ciega, ciega está por mi.
MARC.—Su contextura es endeble,
pero...
AGA. Sí, soy delicado.
MARC.—Ya se ve; niño mimado..
JUL.—(¡Qué no conozca este mueble
que se están mofando de él!)
MARC.—Mas la gordura, el color...

son de mal tono. ¡Que horror!
No es de elegante doncel
presumir de pantorrillas
como un ganapán, un bruto.
¡Qué bello es un rostro enjuto
abismado en las patillas!
Ni sobre cuello macizo
arman bien los corbatines
ni se pintan figurines
para un mancebo rollizo.
Rostro sano y carrilludo
propio es de gente ordinaria.
!Qué feo al cantar un *aria*
o lanzando un estornudo!
¡Qué mal sobre alfombra turca
quien tiene recios jamones,
qué mal mueve los talones
para bailar la *mazurca*!
¿Qué vale la corpulencia?
El hombre alto, mocetón,
parece sauce llorón
cuando hace una reverencia.
Aunque escritores morales
viendo a un hombre encanijado
clamen: ¡fatal resultado
de las costumbres actuales!
puesto que el hombre no es bueno,
le prefiero chiquitin;
que en pequeño vaso al fin
no cabe mucho veneno.
De gigantesca figura
huye amor como del bú.
Vamos; valen un Perú
los hombres en miniatura.
AGA.—¡Ah, que es celestial consuelo
el gustar a tal belleza!
Tome nsted: tanta fineza
bien merece un caramelo.
¡Ah!, también una pastilla
menos dulce que esa boca.
JUL.—(¡Tonto! A risa me provoca.)
AGA.—Tiene esencia de vainilla.
(A don Timoteo y Juliana.)
Vaya unos caramelitos.
TIM.—Gracias.
AGA. Son pura ambrosía.
TIM.—¿Y de qué confitería?
AGA.—Calle de Majaderitos.
MARC.—Como usted... es parroquiano,
le servirán...
AGA. De rodillas.
Tome usted: de esas pastillas
gasta la *donna soprano*.
TIM.—¡Eh! Yo os dejo ventilar,
discutir tan grave asunto.
Por mi parte dado punto,
y me subo al palomar.
Allí me hechizo, me encanto,
y se me pasan las horas
muertas. ¡Son tan criadoras!...
Quiero decir, ¡ponen tanto!...
Yo no paro, no sosiego
hasta pasar mi revista.
Conque abur, hasta la vista:
hasta después, hasta luego.

Marcela, don Agapito, Julfana.

AGA.—¿Vuelve usted a su petaca?
MARC.—No. La cabeza me duele.
AGA.—Jaqueca. Quitarse suele
con parches de tacamaca.
¿Se los quiere usted poner?
Bueno será. En dos instantes
iré a casa de Collantes...
MARC.—¿Para qué? No es menester.
En tomando el aire un poco...
Bajaremos al jardín.
AGA.—(Ya triuufé de don Martin.
Mía es Marcela. ¡Estoy loco!)
El brazo. (Se le da Marcela.)
JUL. (Ya está tan hueco.)
AGA.—La sombrilla.
(La toma de Juliana.) ¡Bravo, bravo!
¿*Allons*? (Mi ventura alabo.)
MARC.—(Me divierte este muñeco.)
JUL.—Sola estoy, y esta pereza...
Vamos, el viento del Sur
me desalienta. Tenía
que arreglar el *canesú*
de la señoríta, pero
para trabajar en tul
no estoy ahora. ¿Y qué haré?
¿Murmurar? El avestruz
de Juanillo no está en casa;
Bonifacio es un gandul;
la cocinera... ¡Ah! Gertrudis,
que ayer vino de Gallur,
y ahí en la casa de al lado
sirve a don Pedro Eguiluz...
Sí, sí. ¡Qué buena muchacha!
Y yo no le he dicho aún...
(Asomada a un balcón.)
¡Paisana! ¡Gertrudis! ¡Hola!
Ya viene. (Se supone que hablan con ella desde otro balcón.) Tal cual; ¿y tú?—
Me alegro.—¿Sí? Ganas poco.
Yo cuatro duros y algún
regalillo, pórque mi ama,
Dios la dé mucha salud,
es generosa y me quiere;
asi tengo yo un baúl
que da gozo. Te aseguro
que mi eterna gratitud...
Su tio don Tímoteo
es un pedazo de atún,
cominero, impertinente. .
¡Qué lástima de ataúd!
Tan plomo para esplicarse,
que cuando dice *según*,

si detrás no va el *conforme*
no está contento. ¡Jesús!
Y luego me da una guerra
con su palomar, con su...
Vamos; bien dijo quien dijo
que el servir es mucha cruz.
Mi ama como viuda y rica
goza de su juventud;
¡oh! pero con juicio, aunque esto
no es hoy dia muy común.
No le faltan aspirantes;
pero ella, sea virtud,
sea orgullo, ó lo que fuere,
no se ha decidido aun
por ninguno. Hay un poeta
que la mira de trasluz,
suspira, gime, se arroba,
y no pronuncia una Q.
Reverso de la medalla
es un compadre andaluz,
capitán de artillería,
que lo mismo es entrar, ¡pum!
estalló la bomba. Aquella
no es boca, no, que es obús.
El tercero... ¡Y cuál me aburre
su terca solicitud!
Es un fatuo, un botarate,
post-data de hombre; el *non plus*
del lechuguinismo; enclenque,
periquito entre ellas... ¡Puf!
¡Qué peste! Siempre moneando,
siempre cantando el *Moi piú*,
siempre hablando de piruetas,
y del solo, y de la *pul*...
Hombre que iria al Japón
por bailar un padedú;
y siempre con golosinas...
¡asi está él que no echa luz!
Y dalé con si el peinado
ha de llevar marabus,
y si es color más de moda
el de hortensia que el azul;
si el corsé... Mas viene gente,
ya nos veremos. Abur.

Juliana. Don Amadeo.

AMA.—Julianita, Dios te guarde.
JUL.—¡Oh, señor don Amadeo!
AMA.—¿Y tu ama?
JUL. Salió á paseo.
AMA.—¡Qué siempre venga yo tarde!
JUL.—Ahí está don Timoteo.
AMA.—Mi corazón solo anhela
ver a la hermosa Marcela;
y no viéndola mi amor
ese prosáico señor
me cansa, no me consuela.
JUL.—Puede que lejos no esté...
AMA.—¿Quién?
JUL. Mi ama.
AMA. Dímelo. Iré...
JUL.—En cuatro saltos...
AMA. Al fin,
¿no me dirás dónde fué? Habla.
JUL. Ha bajado al jardin.
AMA.—¿Al jardin? Tú, según creo,
te burlas de un afligido. ¿No dijiste?...
JUL. Que á paseo
salió. ¿Y en esto he mentido
al señor don Amadeo?
AMA.—No, mas tu chanza enfadosa
el tiempo me hace perder.
¡Oh Marcela! ¡Oh prenda hermosa!
Vuelo al jardin. ¡Oh placer!
¿Hay suerte más venturosa?
Allí entre el verde arrayán
la diré mi tierno afán,
y que enamorado, muerto...
¿Está sola?
JUL. No por cierto,
que la acompaña un galán.
AMA.—¡Ah!
JUL. (Se quedó tamañito.)
AMA.—¡Ingrata y fatal mujer!
JUL.—¡Oh! No es tan grave delito.
AMA.—¿Y quién pudo merecer?..
JUL.—El señor don Agapito.
AMA.—¿Don Agapito? Ese mono...
No le temo; le desprecio;
mas al pesar me abandono
al ver que me usurpa un necio
dicha que tanto ambiciono.
JUL.—Grande es sin duda el amor
que le inspira á usted mi ama.
AMA.—Sí; mas ni un solo favor
apaga mi amorosa llama,
y moriré de dolor.
¿Quién al mirarla tan bella,
quién no se abrasa de amores?
¿Quién no delira por ella?
Envidia tengo á las flores
que estan besando su huella.
Envidia al aire sutil
que en torno juega lascivo
de su cabello gentil,
y al ruiseñor que festivo
la canta diosa de Abril.
Y á la fuente cristalina
que murmurando la llama,
y en la enramada vecina
envidia tengo a la grama
si en ella ¡ay Dios! se reclina.
Envidio al rojo clavel
que la ofrece su carmin,
envidio á todo el vergel...
y a don Agapito, en fin,
porque la acompaña en él.
JUL.—¡Qué relación tan discreta,
y cómo huele á azahar,

á tomillo y á violeta!
Para eso de enamorar
no hay hombre como un poeta.
¡Bien haya su boca, amén,
que con elocuencia tal
pinta el favor y el desdén!
Ellos suelen sentir mal,
¡pero lo dicen tan bien!
AMA.—¡Ah!
JUL. Mas mi señora bella,
¿por qué cuando está presente
esos labios siempre sella?
¡Conmigo tan elocuente,
y tan cartujo con ella!
Declare usted su pasión,
porque mentales amores
ya de este siglo no son.
AMA.—Yo temo que sus rigores...
JUL.—¡Eh! No es tan fiero el leon.
Es preciso ser más franco.
Ser cobarde con las damas
es querer quedarse en blanco.
No se ande usted por las ramas.
Herrar ó quitar el banco.
AMA.—A un deaaire, lo confieso,
prefiero una enfermedad,
y aunque la amo con exceso...
JUL.—¡Hola! Vence según eso
al amor la vanidad.
AMA.—Si Julianita quisiera,
pues tan tímido nací,
y es de mi bien camarera...
JUL.—¿Qué?
AMA.—Sé tú mi medianera.
JUL.—¡Yo!
AMA. Declárate por mí.
Yo te ruego...
JUL. ¡Bueno es esto!
Pues qué, ¿no tiene usted lengua?
O por ventura mi gesto...
AMA.—Puedes servirme sin mengua,
que mi amor es puro, honesto.
¡Ah! Si venzo sus desvíos...
JUL.—En mi vida me he mezclado
en ajenos amoríos,
porque el tiempo me ha faltado
para ocuparme en los mios.
Pero en fin, por compasión,
aunque repruebo el oficio,
ofrezco mi intercesión.
AM.—¡Oh dicha! A tal beneficio
no hay humano galardón.
Si fueses tú camarera
de las que andan por ahí,
dinero y joyas te diera;
mas veo prendas en tí
superiores á tu esfera.
Tu tatento es sin igual,
y mi pluma no profano ..
Sí, voy á escribirte ufano
el mas lindo madrigal
que se ha escrito en castellano.
JUL.—¡Pues! Dádiva de poeta.
¿Y con esa frusleria
me paga usted la estafeta?
AMA.—¡Oh! La dulce poesía...
JUL.—¡Buen dinero es la Gaceta!
Aunque tenga yo talento,
y guste de madrigales,
perdone usted si no miento,
daría por veinte reales
no un madrigal, sino ciento.
Yo agradeciera no obstante
tal honor, fineza tal,
¡oh caballero galante!
si envuelto en el madrigal
me diese usted un diamante.
AMA.—¡Oh Pimpleas! No escucheis
tan horrorosa blasfemia.
Huid ¡oh musas! ¿qué hacéis?
y hasta Rusia no pareis,
aunque os coja la epidemia.
¡Que tú discreta te llames,
tú que en el alma cobijas
pensamientos tan infames!
JUL.—Pues ¿yo?...
AMA. Calla; no me aflijas.
¡Oh auri, auri sacra fames!
(Da una moneda á Juliana).
Toma, pues dinero quieres,
y perteneces, mezquina,
al vulgo de las mujeres.
Mayor será la propina
si con celo me sirvieres;
ya que por raro portento
cuando las musas están
en tan triste abatimiento
no me pudro en un desván
descamisado y hambriento.
Toma, que la dulce lira
sólo consagro á la hermosa
por quien el alma suspira,
no a fámula codiciosa
que solo tedio me inspirá.—
¡Ah! Perdona. Loco estoy.
No te enojes.
JUL. Bagatela.
Tan quisquillosa no soy.
AMA.—Hazme dueño de Marcela
y cuanto quieras te doy.
JUL.—¿No baja usted al jardin?
AMA.—No, que me siento con vena,
y quiero a mi serafín
hacer una cantilena.
Abreme su camarin.
JUL.—Vaya usted, que abierto está.
(Se retira gesticulando como quien compone versos.)

JUL.—La cabeza perderá,
y luego si una se mofa...

Juliana. Don Martín.

MAR.—¡Oh Juliana! ¿Cómo va?
JUL.—(Otro loco rematado.)
Muy bien, señor don Martin.
MAR.—Mucho de verte me agrado.
Desde Cádiz á Pekín
no hay un cuerpo más salado.
JUL.—Es favor que...
MAR. No, mujer.
Y ese color... ¡Cosa rara!
Y el cutis... No hay más que ver.
Hoy has estrenado cara.
JUL.—¡Yo!
MAR. No es esa la de ayer.
Te juro que desde ahora,
a no haberme ya flechado
la viudita encantadora...
¡Ah! Pero aun no he preguntado
por el bien que mi alma adora.
¿Salió ya del tocador?—
¡Que un hombre de mi calibre
esté perdido de amor!—
Y ella independiente, libre,
fresca, tranquila... ¡Qué horror!—
¿Qué hace el viejo estrafalario?
¿Recompone el nacimiento,
ó le echa alpiste al canario?—
Hoy pasó mi regimiento
revista de comisario.
La vida de un militar
es vida perra, Juliana.
Suena el clarin. ¡A montar!
y por tarde y por mañana...
Es cosa de reventar.
Con que anda; sé diligente.
¿Puedo entrar? Pasa recado.—
El vecino encanijado
ahí estará. ¡Vaya un ente!
Ya me tiene estomagado.—
¿No respondes? Tú estás lela.
JUL.—¡Si usted no me deja hablar!
MAR.—Vamos, ¿dónde está Marcela?
JUL.—Ha bajado á pasear.
MAR.—¿Al Prado? ¿En la carretela?
JUL.—No. Al jardin.
MAR.—¿Con el pelmazode su tío?
JUL. No señor. Bajó...
MAR. Terrible embarazo
es un viejo... ¡Ah! ven, primor:
te quiero dar un abrazo.
JUL.—¡Eh! ¿Qué hace ustèd?
MAR. No hay escape.
¡Eh!, si al fin me has de querer,
¿de qué sirve? .. ¡Ay, mona! (Va a abrazarla, y Juliana, encogiendo el cuerpo, se le huye y le deja con los brazos abiertos.)
JUL. ¡Zape!
MAR.—Se escapó. ¿Cómo ha de ser?
Pero como yo la atrape...
Ea; vamos al jardin...
¿Mas quién sube? ¡Hola! Es la viuda,
y el enfadoso arlequín
la acompaña; sí, no hay duda.
¡Formidable paladín!

Marcela, don Martín, don Agapito.

MARC.—¿Usted por aquí, mi amigo?
Muy buenos días.
MAR. Estoy
a los pies de usted, señora.
AGA.—Saludo a usted...
MAR. Servidor.
(Se sienta Marcela, y en seguida don Martí a su derecha, y don Agapito a su izquierda.)
MARC.—Hoy hace un día admirable.
AGA.—Casi, casi pica el sol.
MAR.—Se equivoca usted: no pica.
AGA.—A mí si.
MAR. Pues a mi no.
AGA.—Eso va en naturalezas.
(Don Martín habla al oido con Marcela.)
Yo tengo una complexión...
Vaya una pastilla... (Se la presenta.)
MAR.—(Sin tomarla.) Gracias.
MARC.—(Aparte con don Martin.)
No me tengo...
AGA.—Es de licor...
MAR.—Por un monstruo...
AGA. Una pastilla...
MARC.—Pero el cielo no me dió
las gracias que usted pondera.
MAR.—Pues no es exageración.
Esos ojos, esa boca
son obra del mismo amor.
Modestia sin sosería,
gracia sin afectación...
Y luego habrá quien alabe
las bellezas de Moscou.
de París, de Filadelfia,
de Edimburgo, del Japón...
¡Eh! No hay nada comparable
con el gracejo español,
con ese garbo, ese brío...
En la boca de un cañón
me vea yo si... (Tropieza con su brazo el de don Agapito, que seguía ofreciéndole su pastilla.) ¿Qué es eso?
AGA.—Una pastilla...
MAR. ¡Eh! No soy
amigo de golosinas.
AGA.—Suavizan mucho el pulmón.
MART.—¡Eh! ¿Soy yo tísico? ¡A mi pastilas! (Don Martin sigue hablando apart con Marcela.)
AGA.—Pero... (Es atroz.)
MARC.—¡Dejaría usted de ser
andaluz! En fin, le doy

mil gracias por la lisonja.
MAR.—Lo digo de corazón.
Si no lo sintiera así
no dude usted que...
MARC. Mejor.
Así lo agradezco más.
Tengo una satisfacción
en gustar a mis amigos.
Ni dengosa, ni feroz,
no me quiero parecer,
aquí para entre los dos,
a esas que arañan a un hombre
si las dicen una flor;
o bien fruncen el hocico,
y con zalamera voz,
clavando en tierra los ojos,
suelen responder: «favor
que usted me hace.—¿Sí? ¿De veras?
¡Para que lo crea yo!—
¡Eh! no diga usted esas cosas,
que me cubro de rubor.—
¡Oh, que malos son los hombres!—
Vaya, calle usted por Dios...»
Y nunca saben salir
de este mismo diapasión.
MAR.—Nunca he gustado de tontas.
AGA.—Algunas conozco yo
qué, a fé mía...
MARC. El hombre fino,
de mundo, de educación,
es galante con las damas,
y, siempre que su pudor
no ofenda, si las requiebra
cumple con su obligación.
Porque eso de si el *poplin*
es más de moda qne el *gro*;
si recibió más aplausos
el contralto que el tenor;
«¿Se divierte usted? ¿Estuvo
muy concurrido el salón...?»
son ripios insustanciales
por más que entre col y col
se suela mezclar un poco
de amable murmuración.
AGA.—Ciertamente...
MARC. Ni a una dama
se le ha de hablar del Mogol,
de la guerra de los rusos,
de si vino el paquebot
de la Habana, de...
MAR. A las bellas
se les debe hablar de amor.
AGA.—Y cuando más, de algún baile,
de alguna .
MAR.—(A Marcela.) Prendado estoy
de esa gracia peregrina.
AGA.—Marcelita... (Se acabó:
no me deja meter baza.) (Se levanta.)
¿Hay hombre más hablador?)

Marcela, don Martín, don Amadeo y don
Agapito.

AMA.—(!Eh! Ya acabé mi letrilla.
Jamás Apolo...) Señora...
MARC.—Beso a usted la mano.
MAR. ¡Oh primo!—
Pues señor, vuelvo a mi historia.
(Habla al oido con Marcela.)
AMA.—(¡Ingrata! ¡Apenas me mira;
me saluda desdeñosa,
y habla con otro en secreto!
Yo no sé cómo soporta
tantos ultrajes mi amor.)
(Se pasea. Don Agapito, aburrido, se pone
a trabajar en su cordón.)
MARC.-¡Que siempre ha de esta de broma
este don Martín! [ma
AGA.—(A don Amadeo.) Amigo,
poco favorable sopla
el viento para nosotros.
Don Martín es quien la logra.
Miré usted qué amartelado,
qué ufano está... No me importa.
Yo sé bien que si Marcela
de algún galán se enamora
será de mí, porque al cabo
y al fin, aunque no me toca
alabarme... ¡Ah, qué ocurrencia!
¿Por qué no hace usted unas coplas
satíricas contra ese hombre
que tanto nos encocora?
AMA.—No estoy para coplas.
AGA. Pero...
AMA.—Ni jamás contra personas
determinadas...
AGA. No le hace.
La venganza es muy sabrosa.
Pero ya se ve, no siempre
las deidades de Helicona...
¿Y qué tiene usted entre manos
ahora?
AMA Nada (¡Qué mosca
es el hombre!)
AGA. ¿Algun soneto
a los desdenes de Flora?
¿Algun agudo epigrama?
¿O bien algunas estrofas?...
AMA.—¡Hombre...!
AGA. ¿O quizá algún poema
al céfiro y a la aurora?
AMA.—No piense...
AGA. ¿Alguna elegía?
¿Alguna oda? ¡Oh! Las odas ..
AMA.—No señor. Voy a escribir,
no con tinta, con ponzoña,
una sátira sangrienta
contra hombrecillos de alcorza,
que solo tienen talento
para bailar la gabota;

que por un yerro de imprenta
son hombres, y no son monas;
que huelen a majaderos
al través de tanto aroma;
que si España fuera Egipto
pudieran pasar por momias;
que con su voz de falsete
los oidos me destrozan;
que con su extraña figura
siempre a risa me provocan;
que con sus gestos me pudren,
me empalagan con sus modas...
y en fín, con necias preguntas
me fastidian, me sofocan.
AGA.—Ya, pero eso ha de entenderse
con quien...
MARC. Doblemos la hoja,
don Martín, y guarde usted
para quien no le conozca
esas frases de cartilla.
MAR. ¿Y por qué ha de ser lisonja,
y no...
MARC. ¡Por Dios, don Martin!
Mire usted que no soy tonta.
MAR.—(Otra será su respuesta
cuando me declare en forma.)
MARC.—Amigo don Amadeo,
¿teme usted que se le coman?
¿Cómo así tan retirado?
AMA.—Quien de prudente blasona,
señora mía, se aleja
si conoce que incomoda.
MARC.—¡A mí incomodarme usted!
Con decirlo me sonroja.
Don Martin me estaba hablando,
y como siempre es chistosa
su conversación...
MAR. (Yo venzo.)
MARC.—Me hacen gracia hasta las bolas
que suele ensartar.
MAR. ¡Marcela!
MARC.—Yo le oigo como una boba.
Ni era cosa de dejarle
con la palabra en la boca.
AGA.—Sí; ¡facil es!
MAR. Yo protesto.
Bien está; pero mi norma
es ser imparcial con todos
mis amigos.
AMA. Si yo...
MARC. Ahora soy de usted.
AMA.—(Sentándose.) (¡Oh dulces ojos!
¡Oh voz que el alma me roba!)
Marcelita...
MARC. ¿Piensa usted
publicar alguna obra de su ingenio?
MAR. Mal hará,
si no es alguna espantosa
novela donde haya espectros,
y violencias y mazmorras,
y almas en pena, y suicidios...
y en fin, eso que está en boga.
Sobre todo. gran cartel
con cada letra tan gorda,
y te haces hombre. Si aspiras
a merecer la corona
de escritor clásico, puro;
si cuidas más de la gloria
que del dinero, ¡ay de ti!
ningún cristiano te compra.
AMA. —No me desvela el afán
de verme impreso. ¡Es tan poca
la confianza que tengo
en mis versos!..
MAR. Es muy propia
del verdadero saber
la modestia.
AMA. Usted me honra.
(¡Oh bella!)
MARC —Más yo, que soy
su amiga y admiradora,
y por usted me intereso
tanto...
AMA. (¡Bien haya tu boca!)
MARC.—Siento que versos tan lindos,
y que justamente elogian
sujetos de ciencia y gusto,
el público desconozca,
cuando hace gemir las prensas
tanta fementida copla.
AMA.—(¡Ah! .) La aprobación de usted
es mi más satisfactoriarecompensa.
AGA. (Estoy volado.)
MAR.—¿De qué valen las cien trompas
de la fama? Quien merece
la aprobación de una hermosa...
Cuando voy yo a la cabeza
de mi veterana tropa,
y agitando el abanico
con sonrisa que enamora
alguna humana deidad
me saluda... vaya; es cosa
de perder el juicio.—Estando
mi escuadrón en Tarragona...
A propósito, hoy me ha escrito
el ayudante Mendoza.
(Se levanta Marcela y todos, menos don Agapito.) ¡Qué buen muchacho! Se casa
por poderes en Daroca
con una... Don Agapito,
deje usted esa maniobra.
¿Qué diablo?..
AGA. Sí; ya la dejo,
que no estoy de humor. Las borlas
para mañana. (Se levanta.)
Marcela, Don Amadeo, Don Martin, Don Agapito. Don Timoteo.
TIM. ¡Oh señores!

Tanta dicha, tanta honra...
MAR.—¡Oh, amigo mío!
TIM. Yo estaba
arriba con las palomas...
AMA.—¡Las tres! (Va a tomar el sombrero, y lo mismo don Agapito y don Martin.)
TIM. ¿Dónde van ustedes?
Alto ahí, que quiero que coman
con nosotros.
AMA. Por mi parte...
TIM.—¡Cómo! Ninguno se oponga,
se resista a mi convite,
a mi obsequio. (A la puerta.)
Juan, la sopa.
MAR.—Pero ..
TIM No hay pero que valga.
No somos gente tan sóbria,
tan frugal, que nuestra mesa
se asuste por tres personas,
por tres convidados más o menos.
MARC. Soy muy gustosa
en que ustedes me acompañen.
MAR.—Acepto pues
TIM. Buena olla,
quiero decir, buen cocido
no ha de faltar; y unas ostras,
que no se comen mejores
en la fonda de Perona.
AMA.—Con mucho placer...
AGA. No debo despreciar...
TIM. Sin ceremonia;
sin cumplimiento. No gusto
de etiquetas enfadosas.—
Ea; al comedor conmigo.—
¡Qué haces tú que no te apoyas
en un brazo...
(Los tres se lo ofrecen, y Marcela toma el de don Agapito, que está mas cerca.)
¡Bravo! Adentro. (Se lleva como a remolque a don Martin y a don Amadeo.)
MAR.—¡Maldito goloso...
Don Agapito, Marcela
AGA. (¡Hola!
me prefiere.) Marcelita,
si usted a mal no lo toma,
después de comer quisiera...
MARC.—¿Qué?
AGA. Hablar con usted a solas.
MARC.-Muy bien (¿Qué querrá decirme?)
AGA.—(¡Qué de finezas me otorga!
¡Si digo yo que mi amor
navega con viento en popa!)

ACTO SEGUNDO

Marcela, Juliana.
JUL.—Pronto deja usted la mesa.
MARC.—Ya han levantado el mantel:
no tienen por qué quejarse.
Les he servido él café,
y huyendo de los cigarros,
que maldiga Dios, amén,
aquí me vengo, Juliana.
JUL.—Pero esa es mucha esquivez,
señorita. ¿Que dirán
viendo que se aleja usted tan pronto?
MARC. ¿Qué han de decir?
Qué preciándome de ser
amiga suya, los trato
con franqueza.
JUL. Eso está bien,
y en punto a conversación,
ya que usted no se la dé
harto la suple su tío,
que habla él solo más que diez;
mas no es esa la cuestión, sino...
MARC. ¿Qué?
JUL. Qué a mi entender,
motivos menos trivales
harán sensible y cruel
esa retirada.
MARC. ¡Como!
Yo no entiendo.—
JUL. ¡Pues, qué!
mi señorita ¿no sabe
que el invencible poder
de sus ojos hechiceros
cautivos tiene a los tres?
MARC.—¿Qué estás diciendo?
JUL. En verdad.
señora, no es menester
ser profeta para eso.
El amor luego se vé,
y en materias semejantes
es un lince la mujer.
MAR.—Pues yo, que tal no he notado,
no lince, topo seré.
JUL.—¿Disimula usted conmigo?
Eso, señora, es hacer
agravio a mi discreción.
¿O desea usted tal vez
que la regale el oido?
MARC.—No por cierto. Pero ¿quien
te ha contado esas patrañas?
En nuestro trato ¿que ves
sino una amistad sencilla?...
JUL.—Me gusta la sencillez.
Digo a usted que están prendados
de esos hechizos. Lo sé
de buena tinta.
MARC. Confieso
que muy galantes, los tres
me suelen decir lisonjas,
que ni puedo reprender,
porque al fin las alabanzas
nunca se oyen con desdén,
ni les doy otro valor

que el debido al oropel
de cortesanas finezas.
Uno entre ellos suele ser
más pródigo de requiebros.
JUL.—Don Martín sin duda.
MARC. Pues,
pero yo le oigo, Juliana,
como quien oye llover,
porque es aquella cabeza
otra torre de Babel;
y tan pronto me enamora
diciendo que al rosicler
de la aurora dan envidia
mis ojos, y que el clavel
no es más rojo que mis labios,
y cosas de este jaez
como me habla de un tordillo
que le envían de Jaen
y del pienso, la parada,
la patrulla y el cuartel.
JUL.—Pues crea usted...
MARC. Ahora dime,
¿no sería una sandez
el juzgarme yo querida,
solicitada por él?
Don Agapito me asedia,
y suele decir también
sus piropos; pero un hombre
que gasta todo su haber
en perfumes y en pastillas,
víctima de su corsé,
bailarín, afeminado,
¿cómo es capaz de querer?
Resta el poeta, y tú sabes
que es la suma timidez
para con las damas. Puede
que por mí perdido esté
de amor, y aun suele mirarme
con melosa languidez;
pero mientras no se explique
mal le puedo comprender.
En fin tiempo ha que me tratan
todos ellos. La viudez
me da cierta independencia;
mas, aunque sola me ven,
de ninguno he recibido
hasta ahora ni papel,
ni declaración verbal
por donde pueda creer
que me aman. Los tres me estimsn,
y no fuera yo cortés
si tan finas atenciones
me negase a agradecer.
JUL.—Sin embargo, muchas veces,
mientras una no da pie,
callan los hombres y... Vamos,
ya sabe usted que soy fiel.
Ese cuerpo a dado a todos
flechazo: sí; yo doy fe.
¿Cuál de los tres ha logrado
inspirar más interés?...
MARC.—Vete, que don Agapito
quiere hablarme a solas.
JUL. ¿Eh? ¿Qué tal?
MARC. Y aquí viene.
JUL. Pronto
le verá usted a sus pies
tierno, rendido...
MARC. ¡Bobada!
algún nuevo *balancé*
querrá enseñarme, o quizá...
JUL.—Ello presto se ha de ver.
Yo me voy, (Ya por lo pronto
cayó en el anzuelo un pez.)

Marcela. Don Agapito

AGA.—Ahora, bella Marcelita,
que no está aqui el artillero,
y sobremesa el coplero
no sé si duerme o medita;
pues benévolo ha querido
colmándome de bondades,
darme a solas una audiencia,
prepare usted el oído...
MARC.—(Para escuchar necedades.
Paciencia.)
AGA.—Sin vanidad, yo nací,
señora, con tal estrella,
que apenas hay una bella
que no delire por mí.
Yo las dejo suspirar
y, prendido en otra red,
las miro con menosprecio;
que a todas no puedo amar,
y mi alma...
MARC.—Prosiga usted. (Que necio.)
AGA.—Ya prosigo. El alma mía
sola usted ha cautivado
y a la de ested se ha ligado
por secreta simpatía.
No es dura roca Marcela,
no es insensible diamante
al tierno amor que me inspira.
Sé que por mi se desvela;
me lo prueba a cada instante...
MARC.—(Mentira.) Permítame usted...
AGA.-Seré breve.-Pero sus ojos fatales
alientan a mis rivales,
y esta conducta es aleve.
Fijo yo en su corazón,
poco me debe afligir
algún amor transeunte.
MARC.—Pero ¿qué demostración?...
AGA.—Déjeme usted concluir.
MARC. (¡Que apunte!)
AGA.—Si a solas está conmigo,
su ronrisa seductora
me prueba... (Se ríe Marcela.)
pues, como ahora,

que soy su más dulce amigo;
mas si viene el atronado
de don Martín..., ¡fuego en él!
o el mustio don Amadeo,
hago yo siempre a su lado
un ridículo papel.
MAR. (Lo creo.)
AGA.—Pretendo, pues, y ya es hora,
que ese labio lisonjero
ponga fin con un te quiero
al ansia que me devora.
(Viene don Amadeo, Marcela le sale al encuentro y hablan aparte.)
Entonces, si gloria tanta,
que mi ventura completa
me disputa un temerario...
¡Calla! ¡Esta es buena! Me planta
por hablar con el poeta. ¡Canario!
Marcela, Don Agapito, Don Amadeo
MARC.—(Aparte con don Amadeo.)
No, no me lo niegue usted;
ocioso es que disimule.
¡Si Juliana me lo ha dicho!
AGA.—(Merece quien esto sufre...
Pero no; estará picada,
y darme celos presume.)
AMA.—Estaba solo, y supliendo
en mí al estro la costumbre;
una letrilla amorosa
por pasatiempo compuse;
pero está tan incorrecta...
AGA.—(Si me vé con pesadumbre
logra su objeto.)
MARC. ¿Qué importa?
No es razón que se sepulte
en el olvido. Veamos.
AMA.—Bien, con tal que no la escuche
don Agapito...
MARC. ¿Y por qué?
AMA.—No temo a una mala nube
tanto como a un necio.
AGA. (¡Oh! sí;
aunque se finge voluble,
ella me ama. Lleva a mal
que sin motivo la acuse...
Bien puedo yo ser su amante
sin exigir que renuncie
a tener amigos.)
MARC. Bien,
pues yo haré que desocupe
el puesto.—Don Agapito.
(Se acerca a él.)
AGA.—(¡Miren que pronto sucumbe!)
MARC.—Quisiera... Perdone usted.
AGA.—(¡No digo!)
MARC. Mandar por dulces...
AGA.—Aun he de tener pastillas
aquí... mas ¡son tan comunes!
Usted prefiere merengues.
¿no es cierto?
MARC. Lo que a usted guste.
(Yo no los he de probar.)
AGA.—No sé si en casa de Núñez
los habrá. Si no los tiene,
yo veré en los andaluces...
MARC.—No; yo mandaré a Juanillo...
AGA.—¡Qué! ¡Si ese hombre es tan inú-
(til...
MARC.—Es verdad. Bien, vaya usted;
mejor será.
AGA. Me confunde
tanta bondad. Voy volando.
(Ya no es posible que dude
de su amor. ¡ Para que hiciera
tal distinción de ese fútil
poetilla, o del insigne
don Martín! ¡Ah, cual me bulle
el corazón de alegría!
¡Digo a ustedes que se lucen,
señores míos!)
(A Marcela con misterio, y haciéndose el interesado.) Supongo que...
MARC.—(Riendose.) Ya.
AGA. Bien, bien; pero urge...
MARC.—Sí.
AGA.—(Muy satisfecho.)
Basta, basta. (Lo más
que resiste es hasta el lunes.)
Don Amadeo, Marcela.
MARC.—(¿Habrá títere más?...) Vamos
ya nadie nos interrumpe.
Lea usted esa letrilla.
AMA.—Será fácil que me turbe.
Léala usted si merece
tal dicha mi pobre numen,
y perdone mi osadía.
MARC.—(Temblando está.)
AMA. (Amor me ayude.)
MARC.—«Letrilla a Laura».
AMA. (No sangre,
hielo por mis venas cunde.)
MARC.—«Mis ojos que admíran
tu talle gentil,
y a los tuyos piden
cadena feliz,
y ven en tus labios
las Gracias reir,
te dicen; bien mío,
que muero por tí.
Si veo a tu mano,
que envidia al marfil,
del arpa divina
las cuerdas herir,
mi dulce embeleso,
mi gozo sin fin
te dicen, ¡oh Laura!
que muero por tí.
Tú ves abrasado

mi pecho latir,
desque Amor me hiere
con dardo sutil.
Mis hondos gemidos,
mi llanto infeliz
le dicen sin tregua
que muero por ti.
Erato desdeña
mi plectro regir,
si no es que te canto
gloria de Madrid,
y en versos que aspiran
a eterno buril,
¡oh Laura! te juro
que muero por tí.
Cautivo en tus ojos
me consumo así
cual roto y perdido
capullo de Abril.
Tú me ves, ¡oh Laura!
pensando morir,
y quizá no sabes
que muero por tí.
Ya es vano el silencío.
Yo te adoro, si.
Por tí me atormentan
mil penas y mil.
Si airada la tumba
me quieres abrir...
no ignores al menos
que muero por tí.»
¡Oh que preciosa canción!
(¿Seré yo esta Laura bella?
AMA.—Si hay algun mérito en ella,
es todo del corazón.
MARC.—No se llame sin ventura
quien maneja así la lira,
ni la belleza que inspira
tanto amor, tanta ternura.
AMA.—¡Ah! Sl...
MARC. Nombre imaginario
Laura sin duda será,
que los poetas allá
tienen otro calendario.
Y la razón es muy llana:
¿quién en los versos tolera
a una Blasa o Baldomera,
Jerónima o Sinforiana?—
¿Y tanta es la perfección
de esa Laura? ¿Ha sido fiel
el poético pincel?
¿No ha habído exageración?
AMA.—(Con entusiasmo)
Es de las gracias modelo,
la formaron los amores,
sus ojos encantadores
robaron la luz al cielo,
flores nacen donde pisa...
MARC.—(Remendándole.)
Su dulce voz enajena,
y las almas encadena
con su hechicera sonrisa;
su boca es fragante rosa
de Chipre .. o de Jericó.—
¿Piensa usted que no sé yo
como se pinta a una hermosa?
AMA,—(Se burla. No me declaro.)
MARC. (¿Tendrá Juliana razón?)
Pero ¿quien en conclusión
es ese portento raro?
AMA.—No seré yo quien le nombre.
MARC.—¿Es delito por ventura
el adorarla?
AMA. Es locura.
MARC.—¡Locura! ¿Eso dice un hombre?
¿Es de áspera condición?
AMA.—No, que su agrado enamora.
MARC.—¿Es casada?
AMA. No, señora.
Más honesta es mi pasión.
MARC.—(Yo de mi duda saldré).
¿Es amiga mía?
AMA. Sí.
MARC.—¿Vive muy lejos de aquí?
AMA.—No.
MARC. ¿Quiere a otro?
AMA. No sé.
MARC.—Hoy la habrá usted visto.
AMA. Ya.
MARC.—¿Puso mala cara?
AMA. No.
MARC.—¿Le ha dado a usted celos?
AMA. ¡Oh!
MARC.—¿Le ha hecho a usted preguntas?
AMA. ¡Ah!
MARC.—¡Qué lacónico es usted!—
Vaya, tome su canción,
y a la primera ocasión,..
AMA.—¡Ah!, ya es inútil.
MARC. ¿Porqué?
AMA.—Porque su rigor me hiela.
MARC.—Cualquiera de esto se halaga,
y si tanto amor no paga,
lo agradecerá...
AMA. ¡Marcela!
MARC.—Tome usted sus versos.
AMA. ¡Oh!
MARC.—¡Dale con tanto gemir!
Acabe usted de decir
que soy esa Laura yo.
AMA.—(Turbado). ¡Ah! sí... Mi... La...
MARC.—(Riéndose). Sí... Mi... La...
¿Me enseña usted el solfeo?
AMA.—(Perdido soy; bien lo veo).
MARC.—(Lástima y risa me da)
Vaya, hable usted con franqueza,
monosílabo señor.
¿Soy yo causa de su amor?

AMA.—¡Oh desventura!, ¡oh flaqueza!
MARC.—De nada me maravillo; y...
AMA.—¡Dura fuerza del hado!
MARC.—Vaya, hable usted o me enfado.
AMA.—¡Ay Marcela!
MARC. ¡Ay tabardillo!
AMA.—¿Conque al fin he de romper
mi silencio?
MARC. Sí; ya es hora.
AMA.—Pues la que mi pecho adora ..
MARC.—Ya no lo quiero saber.
AMA.—¡Ah! (Se deja caer sobre una silla).

Don Amadeo, Marcela, Don Martin.

MAR. ¡Gracias al cielo doy,
que al fin ya libre me veo...
MARC.—¿De quién?
MAR. De don Timoteo.
Bufando de rabia estoy.
MARC.—Pues ¿cómo?...
MAR. ¡Malditos sean
sus sinónimos eternos!
Hay hombres de los infiernos
que cuando hablan aporrean.
No acabára en quince días
a no hacerle yo acostar,
y vuelta a su palomar,
y torna a sus profecías,
y retorna al nacimiento...
¡Digo! ¡Pues tenía traza
de dejarme meter baza!
¡Oh, que hablador tan sangriento!
Aquello era por demás.
¡Hija, qué nube! ¡qué nube!
Intención mil veces tuve
de enviarle a Satanás.
No lo puedo resistir;
me desesperan, me endiablan
esos que hablan y hablan y hablan
sin respirar ni escupir.
Sirve en mi cuerpo un alférez
que es hablador furibundo,
y se llama don Facundo
Valentín Pérez y Pérez.
No hay poder hablar con él.
Sí, sí, ¡facilito es eso!
En soltando la sin hueso
a ninguno da cuartel.
Un día se puso a hablar
conmigo: yo le quería
interrumpir ¡Boberia!
Sintió que iba a estornudar.
En tan crítico momento
¿qué hace? La boca me tapa,
el estornudo se escapa,
y prosigue con su cuento.
¡Digo! Esto es ser hablador.
Pues con tanta algarabía,
por cartujo pasaría
al lado de ese señor.
Es mucha, mucha crueldad.
¡Válgame Dios, que carcoma!..
No lo tome usted a broma:
eso es una enfermedad.
Vamos: aún me dan sudores.
¡Qué suplicio! ¡Qué agonía!
¡¡¡Jesús!!! ¡Mala pulmonía
en todos los habladores!
MARC.—¡Cuenta con la maldición!
MAR.—Pues qué ¿me puede alcanzar?
MARC.—No; a usted no. que es para hablar
la suma moderación.
Mas ¡oh prodigio admirable!
en el próximo aposento
a usted le ha dado tormento
un hablador perdurable.
Pues véame usted; yo sudo
de fatiga y de pesar
porque acabo de lidiar
con un sempiterno mudo.
MAR.—¡Mudo! ¿Y quién?...
AMA.—¡Abrete, abismo!
MAR.—¡Calla! ¿No es mi primo aquel?
Diga usted. Marcela: ¿es él
ese mudo?
AMA. ¡Ay Dios!
MARC. El mismo.—
Nunca gusté de llorones.
¿Dónde hay cosa más molesta
que oir solo por respuesta
suspiros e interjecciones?
MAR.—¿Pero cual es tu quebranto?
Amigo somos los dos.
Habla; di...
AMA. ¡Plugiera a Dios
que no hubiese hablado tanto!
MARC.—Amor le saca de tino;
más no sé quién le avasalla.
Si se lo pregunto, calla;
solloza si lo adivino.
Y por cierto que hace mal,
y procede como necio;
que de sensible me precio,
si no de sentimental.
Siento los males ajenos;
soy su amiga verdadera;
y satisfacer debiera
mi curiosidad al menos.
Pero si tanto le halaga
dentro del pecho su pena,
guárdesela enhorabuena
y buen provecho le haga.
AMA —Yo...
MAR. ¡Quita allá, que eso es mengua!
¡Nada! A salir del barranco.
A bien que yo soy más franco:
no me morderé la lengua.
Yo no soy nada hablador,
que de prudente me paso;

pero cuando viene al caso
hablo más que un sangrador.
Precisamente deseo
ahora más que nunca hablar:
¡tal dieta me ha hecho pasar
el señor don Timoteo!
Ya que usted me da licencia,
y puesto que el Dios vendado
al más lego, al más callado
da facundia y elocuencia;
basta, basta de tormento;
salga del pecho mi afán.
que estoy hecho un alquitrán,
y si no canto reviento.
No hay que dudar de mi fe
porque Dios me hizo soldado,
que Aquiles fué enamorado,
y Marte mismo lo fué.
No sirve contra Cupido
el vestir férrea coraza,
que cual si fuera de estraza
la taladra el fementido.
Harto he demostrado a mi dama,
celebrando su belleza,
la intensidad, la fiereza
de esta pasión que me inflama.
Ni Amadís, ni Beltenebros,
ni cuantos de amor bramaron,
a sus bellas regalaron
tantos, tan dulces requiebros;
más temiendo sus enojos,
admiro mi cobardía,
no la he dicho todavía:
«muerto me tienen tus ojos».
Mis intenciones son rectas:
bien lo puede conocer;
pero está visto, es mujer.
que no entiende de indirectas.
Yo con mi amor no la ultrajo,
porque al fin soy caballero.
Pues pecho al agua. ¿Qué espero?
Echemos por el atajo.
Marc. (¡Oh, que exordio impertinente!)
Mar.—¿Qué dice usted?
Mar.—Nada digo. Prosiga usted.
Ama. ¡Ah!
Mar. Prosigo,
que ya he soltado el torrente.
Hay mujeres cuyo oficio
es barrenar corazones,
y con dulces ilusiones
sacar a un hombre de quicio.
Mujeres que a su pesar
son imán de los placeres;
y en fin, señora, mujeres
que es forzoso idolatrar.
Graciosas, discretas, bellas,
apacibles como el cielo,
¿cuál es el hombre de hielo
que no suspira por ellas?
Una entre todas domina,
como suele en los collados
descollar gigante encina.
Por ella estoy con el Credo
en la boca; y... no, no es chanza,
si no cumple mi esperanza
dará conmigo en Toledo.
Si el hombre más insensible
la adora mal de su grado,
¿qué haré yo, desventurado?
¡Yo, que soy tan combustible!
Pues ese dulce martirio;
esa deidad de la tierra,
que me mueve tanta guerra,
que me infunde tal delirio;
ese apetecido bien,
esa suspirada aurora;
ese prodigio...

Don Martin. Marcela. Don Amadeo, Juliana, que llega corriendo.

Jul. ¡Señora!
Mar.—(Maldita seas, amén.)
Jul.—Venga usted, que hay novedad.—
¡yo estoy loca!
Marc. ¿Qué ha ocurrido?
Jul.—Que Clitemnestra ha parido
con toda felicidad.
Mar.—¡Clitemnestra!
Jul. ¡Pobrecita!
Marc.—¡Oh, que gozo! ¿Y cuántos?
Jul. Tres.
Mar.—¿Se puede saber quién es?...
Jul.—¿Quién ha de ser? La gatita.—
Venga usted: el uno es negro;
otro tiene un collarín..
Mar.—Perdone usted. don Martin.—
Vamos, vamos. (Se van corriendo.)

Don Amadeo. Don Martin.

Mar. ¡Pues me alegro!
¡Oh mujer aleve, ingrata!
¡Con la palabra en la boca
me deja como una loca
porque ha parido la gata!
Ama.—¡Oh cielo!
Mar. ¡Tratarme así!
¡Si lo veo, y no lo creo!
¿Qué dices de esto, Amadeo?
Responde.
Ama. ¡Triste de mí!
Mar.—¡Quedamos lindas figuras
para adornar un retablo!
Ama.—¡Ay!
Mar. Jeremías del diablo,
ya la paciencia me apuras.
¿De qué te quejas, maldito?
Ama.—De mi desdicha.
Mar. Si es tanta,
¡mala angina en tu garganta!

pon en las nubes el grito;
desahoga el corazón.
truena, y no con esa calma
te estés repudriendo el alma
con tanta lamentación.
En el café mucho hablar.
Vaya; ¿quién te pone tasa?
y en entrando en esta casa
solo sabes suspirar.
Levanta;(Le hace levantar) deja de hacer
en ese rincón el buho,
y reneguemos a duo
de esa funesta mujer.
Toma parte en mi rabieta,
y pues tanto me ultrajó,
llámala tú como yo
frivola, falsa, veleta.
Por mucho que tú te asombres
de su garbo sin segundo,
di que Dios la ha echado al mundo
para acabar con los hombres.
Di conmigo, pues me mata;
«mujer inicua y sin fé,
permita Dios que te dé
veinte arañazos la gata.»
AMA.—No la haré yo tal agravio;
no tomaré tal venganza.
Solo para su alabanza
osaré mover el labio.
Mientras con saña importuna
te quejas de su desvío,
yo la pondré, primo mío,
en los cuernos de la luna.
Diré que eclipsa la gloria
de Cleopatra, de Lucrecia,
y de aquella que en la Grecia
dejó perpetua memoria.
Diré que es cual otro Edén
aquel rostro afable, hermoso.
Diré que es grato y sabroso
hasta su mismo desdén.
Con tierna solicitud,
si tanto puede mi acento,
encomiaré su talento,
ensalzaré su virtud.
Diré que es dulce, sencilla,
cuerda, apacible, donosa;
y diré en verso y en prosa
que es la octava maravilla.
MAR.—¡Qué fuego! ¡Qué ponderar!
Estoy de oirte pasmado.
O la viuda te ha flechado,
o yo no sé que pensar.
AMA.—¡Ah! Sí; mi pecho la adora,
y en él su imagen grabada...
MAR.—¡Mire usted con que embajada
me sale el primito ahora!
Yo bien decía entre mí:
este pisó mala yerba:
pero es tanta tu reserva...
Nunca obsequiarla te ví...
Yo atendia a mi negocio,
y con mi afán no advertia...
Pues escucha: juraría
que tenemos otro socio.
AMA —¡Otro! ¿Y quién?
MAR. Don Agapito
AMA.—Sí, pero en vano porfía.
MAR.—Querer a ese hombre sería
imperdonable delito;
bien lo conozco. No obstante,
como amor todo es chiripas...
AMA.—¡Qué! ¡Si da dolor de tripas
solo el mirar su semblante!
Menospreciarle debemos,
porque a un bicho tan cuitado
le honraría demasiado...
MAR.—Calla, que aquí le tenemos.
Don Martin, don Amadeo, don Agapito con un cucurucho de dulces.
AGA.—Todo Madrid he corrido
por traerte de los mejores.
hasta que al fin... ¡Oh, señores!
¿Y Marcela? ¿Dónde ha ido?
(Don Martin y don Amadeo rodean a don Agapito, y le hablan con mucho misterio.)
MAR.—A una solemne función.
AGA.—¿A estas horas? No sospecho...
AMA —Está postrada en su lecho...
la viuda de Agamenon.
AGA.—¡Ea señores! Esa chanza...
MAR.—No es ilusión.
AMA.—¡Oh maldad!¡Oh perfidia!
MAR. ¡Oh liviandad
que está clamando venganza!
AGA.—Vaya; basta de tramoya,
que es para aspar a cualquiera...
MAR.—¡Oh Atrida! ¡Más te valiera
haber fenecido en Troya!
AGA.—¡Pues digo que es buen humor!...
AMA.—¡Ay, señor don Agapito,
tres de una vez! ¡Oh delito!
MAR.—¡Y el uno es negro! ¡Qué horror!!!
AGA.—Véame yo confundido
si entiendo un solo vocablo.
AMA.—¡Silencio!
AGA. ¿Pero qué diablo?.,.
MAR. -¡Chist...! Clitemnestra ha parido.
AGA.—¿Clitemnestra? Por mi abuela...
MAR.—¿Quiere usted que lo repita?
AGA.—(Dando palmadas.)
¡Ah! Ya entiendo. La gatita,
la gatita de Marcela.
¡Por vída!... Me alegro mucho.
Voy corriendo; voy a ver...
(Despidiéndose.) Señores...
MAR. ¿Puedo saber
qué encierra ese cucurucho?

AGA.—Son bombones, capuchinas,
almendras garrapiñadas,
yemas acarameladas,
y pastillas superfinas.
¿Gusta usted, don Amadeo?
¿Y usted?...
MAR; La ventura alabo
de don Agapito. ¡Bravo!
Ya hay dulces para el bateo.
Corra usted...
AMA. Corra usted; si.
Mi enhorabuena le doy.
MAR.—Cuidarla mucho.
AGA. Voy, voy.—
El negrito para mí.

Don Martín. Don Amadeo.

MAR.—¿Has visto, primo, en tu vida
más ridículo animal?
AMA.—Ya se iba amoscando un poco.
MAR.—¡Oh!; y si él se enoja es capaz...
de caerse muerto.— Pero
dejémosle acariciar
a su Clitemnestra, y vamos
a otra cosa más formal.
¿Conque amas a la viudita?
AMA.—¿Y quién, oh primo, verá
tantas gracias en su rostro,
quién su talle celestial
sin sentir dentro del pecho
un amoroso volcán?
MAR.—A mí también me ha gustado
más de lo que es regular;
y por cierto no esperaba
que fueses tú mi rival.
Yo creí que, satisfecho
con merecer su amistad,
no aspirabas a la dulce
coyunda matrimonial.
AMA.—Tampoco yo imaginaba
que fueses tú su galán.
MAR.—Poeta y amar de veras;
¡es cosa particular!
AMA.—¿Y qué diremos de tí,
andaluz y capitán?
MAR.—Como que iba yo a pedirte
me hicieses un madrigal
para pintar a Marcela
mi dulce cautividad.
AMA.—Yo me iba a valer de tí
para decirle mi afán.
MAR.—Pues querernos a los dos
no es posible.
AMA. Claro está.
MAR.—Dejarla es duro; matarnos...
sería una necedad.—¿Qué haremos?
AMA.—Querido primo,
ya sabes tú cuan fatal
soy en amores. La adoro.
Sólo la tumba podrá
de mi triste corazón
la activa llama apagar;
mas, sea que no merezco
tan peregrina beldad,
sea que con tantos ayes
la he llegado a fastidiar;
bien conozco que Marcela
no será mía jamás.
Tú sabes mejor que yo
la ciencia de enamorar.
Yo soy tímido en extremo;
tú eres en extremo audaz,
a mí no me da esperanzas;
acaso a tí te las da.—
Yo te cedo su conquista;
sí, Martín; y desde este umbral
apartado para siempre,
triste, desvalido, ¡ay!,
lloraré mi desventura
en amarga soledad.
MAR.—¡Ah, ah!... Déjame reir.
AMA.—¿Conque estoy para espirar,
y te ríes?
MAR. No hay cuidado;
pronto te consolarás,
que amores inconsolables
no son fruta de esta edad.
AMA.—¡Como! ¿Tú dudas, Martín,
que mi amor?...
MAR. No dudo tal,
pero hablemos con franqueza,
pues nos conocemos ya.
Hoy por Marcela suspiras;
mañana suspiraras por otra.
AMA. Yo soy sensible;
yo no viví sin amar.
MAR.—Pues por esto mismo es fácil
que rinda tu voluntad
otra Filis, u otra Laura,
amartelado zagal.—
Tres damas te he conocido
desde el día de San Juan.
La cuarta es Marcela.—Vamos,
dime ahora la verdad;
¿no te atreves con la quinta?;
¿no hay en tu pecho lugar
para hospedarla? ¡Qué diablos!
Aunque sea en el zaguán.
AMA.—Aun me harás reir, Martín,
y eso es una iniquidad.
MAR.—Yo también amo a Marcela,
pero amo a lo militar;
reservándome algún tanto
de juicio y de libertad,
por si hay que volver la grupa
hacia el cuartel general.
Cuando la veo me inflamo,
pierdo la chabeta, y más
si me esgrime aquellos ojos

que tanta guerra me dan.
Confieso que si lograra
su mano, fuera el mortal
más dichoso; pero amigo,
no me dejaré enterrar
como amante de novela
si calabazas me da.
AMA.—Pero en suma, ¿qué partido
tomaremos?
MAR. Declarar
formalmente nuestro amor
a la viuda, y cada cual
ver cómo puede rendirla.
No es mucha temeridad,
que ella nos anima a todos
con su carácter jovial.
Manos a la obra, Amadeo.
¡Al grano!, que lo demás
es perder tiempo. Al que venza
su fortuna le valdrá,
y el que quedare vencido
ceda el campo a su rival.
AMA.—Pues lo quieres, me conformo.
MAR.—Entre tanto dame acá
esos cinco. Siempre amigos.
AMA.—Siempre amigos.— Y del tal
don Agapito, ¿qué hacemos?
MAR.—Declararle sin piedad
la guerra, mortificarle,
perseguirle y no parar
hasta echarle de esta casa;
que aunque él es moro de paz,
y no puede desbancarnos
semejante orangután,
sin embargo, será ùtil...
AMA.—¿Para qué?
MAR. Para estorbar.—
Sígueme; vamos a casa,
y dispondremos el plan
de ataque. (Mucho me engaño,
o la hago capitular).

ACTO TERCERO

Don Timoteo, Marcela

TIM.—Pues hemos quedado solos,
ven; sentémonos aquí, sobrinita.
MARC.—Está muy bien. (Se sienta.)
¿Qué me quiere usted decir?
TIM.—Muerto, o difunto, tres años
hará el día de San Luis,
tu marido, tu consorte,
tu esposo don Valentín,
eres viuda, pero viuda
todavía en el Abril;
quiero decir, en la flor
de tus años. ¿No es así?
MARC.—Cierto. (¿A dónde irá a parar?)
TIM.—Aunque en edad juvenil,
por tu estado, tu talento,
tu independencia, en fin,
porque te dan tus haciendas
una renta de seis mil
y quinientos pesos fuertes,
que hoy día es un Potosí,
eres hábil, apta, idónea,
según el fuero civíl;
digamos, según las leyes
y costumbres del país,
para hacer lo que te agrade
de tu persona gentil.
MARC.—Pero...
TIM. Sentado y supuesto
que tienes maravedís;
esto es, dinero, caudal
para poder subsistir... Digamos...
MARC. Al grano. tío.
TIM.—Aunque no es tampoco ruín,
o, si se quiere, mezquina,
cicatera, baladí
mi fortuna, pues poseo.
gozo y disfruto en Madrid
diez mil ducados anuales,
que no es un grano de anís;
no te hago ninguna falta,
no necesitas de mí.
Pero apenas cinco lustros
acabas tú de cumplir,
ó sean veinticinco años;
y supuesto que en monjil
no se han de trocar tus galas
y, si no quieres mentir,
una voz dentro del pecho
a nueva amorosa lid
te está brindando; Marcela,
sobrina, por San Dionis,
al yugo del himeneo
vuelve a humillar tu cerviz.
Cásate, y antes que muera,
antes que llegue al confin,
al término de mi vida,
que yá la tengo en un tris,
véame yo en tus hijuelos
renacer, ultravivir,
ya que no pueda en los mios
por culpa de mi Beatriz,
que en gloria descanse, aunque ella
me echaba la culpa a mí.
MARC.—Aún no soy tan vieja, tío,
que me tenga sin dormir
el ansia de pronunciar
en los altares un sí.
Doy por sentado que el hombre.
lo mismo aquí que en París,
es de la mujer apoyo,
como el olmo de la vid;

pero aunque tanta viudez
ya me empezase a aburrir,
porque insensible no soy
cual figura de tapiz,
eso de casarse, tío,
no se hace asi como así.
¿He de pregonar mi mano
a son de caja y clarín?
TIM.—No digo tal. ¡Dios me libre
de pensamiento tan vil,
porque vale más tu mano
que el imperio marroquí!
Quédese para las feas
el descaro y el ardid,
o sea... ¡Cuantos habrá
que suspiren entre sí;
quiero decir, en silencio,
por enlazar, por unir,
su destino con el tuyo!
Ahí tienes a don Martín,
al capitán, que delira,
bebe los vientos por tí.
MARC.—¿De veras?
TIM. Sí; me lo dijo
sobremesa, y no en latín,
porque, como al fin criado
en la orilla del Genil,
tiene un desparpajo... Y vaya,
que no es cosa de escupir,
de menospreciar... Treinta años,
hombre fuerte, varonil,
capitán de Artillería,
con haciendas en Coín,
y en Loja y en Antequera,
noble como el mismo Cid,
franco, alegre... Para esposo,
vamos, no hay más que pedir.—
¡Ah, picaruela! ¿Te ríes?
El se ha valido de mí...
MARC.—Pero...
TIM. Entiendo. Tu modestia,
tu rubor... ¡Oh, qué sutil,
qué sagaz soy yo, que fino
para esto de descubrir,
adivínar. sorprender
un secreto femenil
Esto es hecho. Ahora a tus solas...
Adiós. Me voy al jardín.
Echaré pan a los peces,
y subiré peregil
para mañana. ¡Qué boda!
¡Qué brillaute porvenir!
Serás muy afortunada,
muy dichosa, muy feliz.
MARC.—¡Pues! Porque ve que me río
ya se va tan satisfecho,
ya presume que mi pecho...
¡Qué original es mi tío!
Sensible soy como todas,
no me pienso emparedar,
pero me pongo a temblar
con solo hablarme de bodas.
Me hallo bien con mi reposo,
con mi dulce libertad,
y temo hallar en verdad
un tirano en un esposo.
Mas si al fin como mujer
me es forzoso sucumbir,
ya que yo le he de sufrir,
yo me lo quiero escoger.

Marcela. Juliana

JUL.—¡Buenas nuevas! El criado
de don Agapito ahora
me acaba de dar, señora,
este bilete cerrado.
MARC.—¿Y a quién dirige esa esquela
el señor don Agapito?
JUL.—Lea usted el sobreescrito.
MARC.—(Toma el billete y lee el sobre.)
«Para la hermosa Marcela»—
Extraño, por vida mía,
que un papel quiera enviarme
un hombre que puede hablarme
a cualquier hora del día.
JUL.—Faltándole atrevimiento
para hablar, la cosa es clara,
en ese papel declara
su amoroso pensamiento,
pues, por mucho que presuma
de la victoria, es constante
que maneja todo amante
mejor que el labio la pluma.
Sí, carta es de amor.
MARC. Lo creo,
porque me dijo no ha mucho...
JUL.—Ya con impaciencia escucho.
Abra usted, pues.
MARC. Abro y leo

«Adorable y adorada Marcelita, unidos nuestros corazones por los ocultos resortes de mágica armonía, como los sones del trombón se acuerdan con los ecos del violín cuando marcan los compases de una contradanza con melodiosa cadencia...»

¡Buen principio! Esto promete.
Me pasma tanta elocuencia.
JUL.—Con melodiosa cadencia...
Vale un mundo ese billete.

MARC. «Días ha que nuestros ojos son los únicos intérpretes de nuestra recíproca ternura; pero ha tomado tal incremento la mía, que ya no la puedo contener en los límites de mi silencio, aunque expresívo y elocuente. Un poeta misántropo y calenturiento, un militar atolondrado y hablador la bloquean a usted y, envidiosos de mi ventura,

parace que se empeñan en secuestrar mis amores.

Declaro, pues, por escrito, desesperado de poderrlo hacerlo de palabra, que mi gusto por la danza, mi pasión por la moda, mi fanatismo por las sedentarias labores del bello sexo, a que usted pertenece y con el cual aspiro a identificarme, y últimamente mi afición a las pastillas de coco y a los merengues, no embelesan tanto mis sentidos como una sola mirada de la interesante Marcela. Arda, pues, para nosotros la antorcha de Himeneo, y envidien todos los elegantes de Madrid al derretido y amartelado Agapito Cabriola Bizcochea»

JUL.—¡Oh qué melifluo papel!
MARC.—Su lectura causa tedio.
¡Qué novio para un remedio!
JUL.—Pues calabazas en él.
MARC,—Me enfada su presunción
y su descaro inaudito.
¿Cuándo el tal don Agapito
conquistó mi corazón?
Si a mi despecho tal vez
sus visitas he sufrido,
porque mi paciencia ha sido
mayor que su estupidez;
si su necia petulancia
me ha dictado con razón
algún elogio burlón
que ha convertido en sustancia;
si, como hago con cualquiera
por no poderlo evitar,
mi mano le suelo dar
al subir una escalera,
si sufro, por no hacer dengues
sobre lo que nada vale.
que alguna vez me regale
caramelos y merengues;
no le autorizo por esto
a tan extraña osadía,
ni mi amor jamás pondría
en hombre tan indigesto.
JUL.—¡Uf! me da dolor de muelas;
de mirarle me empalago.
Déle usted carta de pago
y vaya a las covachuelas.
MARC.—No pasará de esta noche,
puesto que a tanto se atreve.
Ya que el demonio me lleve
quiero que me lleve en coche.
JUL.—¿Y qué le digo al criado
que espera contestación?
MARC.—Le dirás que a la orac ón...
(Suena una campanilla.)
Anda a ver quién ha llamado.
MARC.—¡Posible es que así se engría
con mi pretendido amor!
¿Yo su esposa? Antes, ¡qué horror!
la mano me cortaría.
Yo le haré con mis desprecios...
Señor, ¡que no ha de poder
ser amable una mujer
sin que la persigan necios!

Marcela. Juliana

MARC.—¿Que hay?
JUL. De recibir acabo
dos cartas más. ¡Qué fortuna!
Don Martín manda la una,
la otra el poeta. ¡Bravo!
También esperan respuesta
los criados de los dos.
MARC.—Dame, dame. Santo Dios,
¿qué conspiración es esta?
JUL.—¡Bueno! ¿Qué hace usted con tres
declaraciones ahora?
MARC.—Leamos. «A mi señora
doña Marçela Cortés.»
JUL.—(La veo en terrible aprieto.
¿Quién se llevará la torta?)
MAR.—Esta a lo menos es corta.
«A Marcelita, soneto.

Si digno fuera de tu ansiada mano
quien mas rendido tu belleza adora,
pronto diera la benigna aurora
término a tu desdén, que lloro en vano.

Más ay! jamás logró poder humano
dar leyes al amor, jamás, señora;
oue, a poderlas dictar, mi pecho ahora
se holgara de romper su yugo insano.

No con dulce mirar me lisonjeo:
solo te pido en premio a mi ternura
el fatal desengaño que preveo,

Bien como en carcel hórrida y oscura
solía un tiempo el inocente reo
la muerte preferir a la tortura.
Amadeo Tristán del Valle.»

JUL.—A ese no habrá quien lo tilde
de vano y de presumido.
¡Qué modesto, qué rendido,
qué respetuoso, qué humilde!
MARC.—Si es cierto amor tan extraño,
yo estoy muy comprometida,
porque va a perder la vida
sí le doy un desengaño.
JUL.— Pero es tan bello sujeto,
tan amable!... Bien merece ..
(Buena señal, que enmudece.)
MARC.—Mucho me agrada el soneto.
JUL.—Por fuerza ha de ser muy fiel
quien tales sonetos fragua.
¡Eh, señora! ¡Pecho al agua!
Decídase usted por él.
MARC.—No, es imposible que sienta
lo que me dice.
JUL. Pues ya.
MARC.—Pero el soneto quizá

JUL.—Con tal marido yo espero...
MARC.—Después de la bendición
suele volverse león
el más tímido cordero.
JUL.—Mi corazón se conmueve,
y a ser la cosa conmigo...
MARC.—Confieso que es el amigo
que más aprecio me debe;
mas casarme...
JUL. Voto a San...
Si no nos aventuramos, señora mía...
MARC.—(Después de un momento de reflexión.) Leamos la carta del capitán.
«Amable Marcelita, esta tarde me hubiera declarado verbalmente a no haberlo impedido el parto de Clitemnestra. Me dejó usted plantado por una gata.»
Aunque nada hay malo en esto,
nunca tan frívola fuí.
Para escaparme de aquí
me valí de aquel pretexto;
porque estaba ya en un potro
y no podía sufrir
al uno por su gemir,
y por su charlar el otro.

«Pero yo no lo atribuyo a desprecio, sino a un capricho, a una chanza, o tal vez al designio de hacerme ver que ciertas materias se deben tratar sin testigos.—Ya es tiempo de explicarme.

Treinta años hace que soy soltero, y no es para hombres de mi temple el ser toda la vida de Dios una misma cosa. Unos me pintan el matrimonio como el más espantoso cautiverio; otros dicen que es un manantial de dichas y de placeres. Cada uno cuenta de la feria como le va en ella. Yo quiero salir de dudas, porque he sido curioso, y porque empiezo a cansarme de andar, como suelen decir, asalto de mata. Los mandamientos de la ley de Dios me prohiben hostilizar a la mujer del prójimo. Dicen que todo lo puede el dinero: mentira. Yo tengo tres mil duros de renta, y nunca he podido comprar los verdaderos placeres, que otros más afortunados disfrutan gratis.—Me canso de lidiar con patronas y lavanderas.—Por otra parte; cuando yo nací mi padre fué lo que yo no he sido todavía; y un hombre como yo no ha de ser menos que su padre. Por esas y otras razones he resuelto casarme; y habiendo de elegir una esposa, ¿quién mejor que usted, viudita mía? Talento, gracia, hermosura...

¡Cuantos presagios de ventura mara usted con repugnancia, ignoro todavía el lugar que ocupo en ese corazón; pero me parece que no haría usted ningun disparate en casarse conmigo porque, sin vanidad, me atrevo a ser tan buen consorte como el primero.

Ya ve usted que esto es hablar al alma. He dicho. Responda usted ahora con la misma franqueza a su resuelto pretendiente Q. S. P. B.

Martín Campana y Centellas.

¡Epístola singular!
¿Has visto un novio más brusco?
JUL.—Por cierto que el hombre es chus-
¡Qué modo de enamorar! [co.
MARC.—Alabo su buen humor
y su carta me da gozo.
que al fin es soberbio mozo...
JUL.—Y muy soberbio hablador.
MARC.—Más con gracia.
JUL. No ha de ser
por mi voto el preferido.
¡Dios me libre de un marido
que hable más que su mujer!
MARC.—¿Conque no te agrada?
JUL. No.
Yo le haría mil desdenes.
MARC.—Juliana, mal gusto tienes,
¿Y si le escogiera yo?
JUL.—Preciso es que la chabeta
perdiera usted, ama mía,
A quien yo preferiría es al poeta.
MARC. El poeta... Si...
JUL. Yo hablo sin interés.
Ello, usted se ha de casar.
MARC.—¡No me dejan respirar!
JUL.—Vamos ¿a cuál de los tres?...
MARC.—Poco a poco. ¿Es puñalada
de pícaro? Loca estoy.
¡Tres a un tiempo! Se lo doy,
Juliana, a la más pintada.
JUL.—Pero ¿qué contestación
a los criados daré?
MARC.—Que aquí vuelvan les diré
sus amos a la oración.
JUL.—¿Pues qué, va usted a salir?
MARC.—Voy a hacer una visita
ahí arriba a doña Rita.
JUL.—¿No me quiere usted decir?...
MARC.—Muy pronto, te lo prometo,
todos mi elección sabrán.
(¡Qué franco es el capitán!—
¡Qué letrilla y qué soneto!)
(Se retira pensativa.)
JUL.—¡Mal haya tanto misterio!
Ahora iría con el chisme
a Gertrudis si supiera.....
¡Desgraciadas las que sirven

a estos señores que quieren
que todo se lo adivinen!—
Vamos no dirá el poeta
que Juliana es insensib'e
a su regalo.—Y presumo
que la viuda le distingue.—
Por otra parte yo temo
que la balanza se incline
a don Martin.- Esta duda
tanto me aburre y me aflije,
como si fuera yo alguno
de los tres novios insignes,—
Con esto, y con que después
se la lleve el alfeñique
de don Agapito .. ¡Oh! no.
¡Qué locura! No es posible.—
¿Quién se acerca?—El es.

Juliana, don Agapito.

AGA.—Juliana, muy buenas tardes.
JUL. Felices.
AGA.—Ya sé que tu ama ha leido
mi billete. Dime, dime...
JUL.—Le cita a usted...
AGA. Ya lo sé.
Si me lo ha dicho Felipe.
Pero yo estoy impaciente,
y es preciso que averigue...
JUL.—También ha citado...
AGA. ¿A quién?
JUL.—Al poeta.
AGA. ¿Qué me dices?
¿Se ha declarado por fín?
JUL.—Si, señor.
AGA. ¡Mire usted!
JUL. *Item.*
Comparecerá también
a su tribunal temible
el capitán don Martín,
a fin de que se administre
recta justicia a los tres.
AGA.—¡Bien! Comparecencia triple.
¿Es concurso de acreedores?—
Con tal que a mí me adjudiquen
la hipoteca... ¡Oh¡ ¿quién lo duda?
Me alegro de que nos cite
a un tiempo a los tres. Mi triunfo
así será más plausible,
más solemne, y mis rivales...
¡Cuanto voy a divertirme!—
Di; ¿cómo leyó
mi carta? Con apacible
sonrisa, con cierta... Aguarda:
¿te gustan los diabolines?
Aun tengo...
JUL. No soy golosa.
AGA.—¿Que le ha parecido el símil?...
JUL.—No entiendo.
AGA. La consonancia
de trombones y violines
comparada a nuestro amor.
El pensamiento es sublime.
¿Lo celebró? (Va oscureciendo.)
JUL. Sí por cierto,
soltando el trapo a reirse como yo.
AGA. Pues, de alegria.
Y dime, ¿tú no advertiste
palpitación en su pecho,
y asi..., un rubor...
JUL. (¡Oh, qué chinche!)
Excuse usted las preguntas,
porque yo no he de decirle
ni una palabra.
AGA. Está visto;
sin duda se me apercibe
alguna dulce sorpresa.
¡Oh! pero yo soy muy lince.
JUL.—Al más lince se la pegan.
AGA.—¡Oh! lo que es a mí es difícil.—
Hablemos claro; yo sé
que Marcela se desvive
por mí, y esos mentecatos
en vano, en vano compiten
conmigo.
JUL. Tengo que hacer,
y si usted me lo permite...
AGA.—Anda con Dios.—Ah, te ofrezco
para cuando se realice
mi casamiento...
JUL. ¿Un vestido?
AGA.—Una libra de confites.
JUL.—Mil gracias por la fineza.
(Mala víbora te pique.)
AGA.—¡Bravo! La victoria es mía.
Esta noche se despiden
mis rivales y, no bien
me dejen el campo libre,
trataremos de la boda.
A medio día convite
gastronómico; a la noche
gran concierto, baile... Envidien
mi fortuna los que tanto
con sus bromas me persiguen,
los que me llaman enclenque
y fatuo y... Yo sé el busilis
mejor que nadie, y mujer
que a mis gracias no se rinde
bien puede decir .. ¿Qué veo?
Allí vienen el belitre
de don Martín y su primo
don Amadeo. ¡Infelices!

Don Agapito. Don Martín. Don Amadeo

MAR.—No puede tardar. Aquí
la aguardaremos.
AMA. ¡Terrible
momento!
MAR.—(En voz baja.) Don Agapito.
Hagamos lo que te dije.
Duro con él. Yo, por un lado;

tú por otro. (Acercándose a don Agapito y dándole una fuerte palmada en el hombro.)
Don Melindre,
buenas noches.
AGA. Poco a poco.
No quiero que me acaricien
de ese modo.
AMA.—(Por el lado opuesto haciendo lo mismo.) Buenas noches.
¿A cómo van los anises?
AGA.—¡Eh, que mis hombros no son
de piedra!
MAR. No; son de mimbre,
ya lo sé; pero mi afecto...
AGA.—Bueno está que usted me estime,
pero...
AMA. ¡Cuidado, que soplan
unos vientos muy sutiles,
y usted no está para fiestas!
Le aconsejo que se cuide.
AGA.—Pero, señores, ¿qué diablos...?
Quiero que ustedes descifren...
MAR.—Guárdese usted del sereno.
AGA.—Pero aunque yo me constipe,
¿qué le importa a nadie?
MAR. Vamos,
el que de esto no se ríe
no tiene gusto.
AGA. Señores...
MAR.—Oye para que te admires.
Ese apéndice...
AGA. ¡Qué frases!
No, pues como yo me irrite...
MAR.—Quiere casarse.
AMA. ¿De veras?
No haga usted caso. Son chistes
de mi primo. ¡Usted casarse!
AGA.—Sí, señor. ¿Y quién lo impide?
MAR.—Y con Marcela. ¡Ahí es nada!
AGA.-Bueno es que ustedes me priven...
MAR.—Hombre, no sea usted fatuo.
AMA.—Hombre, no sea usted simple,
MAR.—¿Dónde se ha metido usted?
AMA.—Mejor es que se retire
AGA. ¡Por vida!...
Desde que tengo narices
no me he visto...
MAR. ¿Quiere usted
con esa cara de tiple
enamorar a Marcela?
Si fuera entonar un kyrie ..
AGA.—¡Oiga usted!..
AMA. ¡Marido un *quidam*
que padece de raquitis!
MAR.—Si usted se casa... perdone
que su fin le pronostique,
no vive usted veinte días.
AMA.—¿Qué veinte días? Ni quince.
AGA.—¿Quieren ustedes dejarme?
MAR.—¡Vaya una figura triste!
AGA.—¿Pero hay valor para esto?
AMA.—¡Vaya una cara de tisis,
que da gozo!
AGA. ¡Voto a brios!
AMA.—¡Vaya un ente inverosímil!
AGA.—Señores, basta de broma.
MAR.—¿Eh? ¿Quiere usted que me ex-
de otro modo? [plique
AMA. Mejor es.
Dejémonos de perfiles.
Renuncie usted a la mano
de Marcela.
AGA. Es imposible.
MAR.—Deje usted de visitarla.
No es justo que nos fastidie...
AMA.—Que nos estorbe...
AGA. Esas cosas
de ningún modo se exigen,
y primero...
MAR. ¿Conque usted
gallea?
AMA. ¿Usted se resiste?
MAR.—(Tirándole de un brazo.)
Pues vengase usted conmigo.
AMA.—(Tirándole del otro.)
Pues veremos si usted riñe
como habla. Sígame usted.
AGA.—Señores, no me desquicien.
MAR.—Déjale. Vamos al campo.
AMA.—Es inútil que porfíes.
Antes lidiará conmigo.
AGA.—Pero entre Escila y Cariddis
¿qué hago yo?
MAR. Suéltale.
AMA. Aparta.
AGA.—¡Por piedad, no me asesinen
ustedes!
MAR. ¡Al campo!
AMA. ¡Al campo!
AGA.—¿Quién me socorre? ¡Ah caribes!
Don Amadeo, don Agapito, don Martin, don Timoteo Juliana. (Don Martin y don Amadeo sueltan a don Agapito, Juliana trae luces.)
TIM.—¿Qué es esto?
JUL. ¿Qué es esto?
AMA. Nada.
TIM.—Esos gritos...
MAR. Una broma.
AGA.—Pero broma muy pesada.
MAR.—¿Se pica usted, camarada?
Pues con su pan se lo coma.
TIM.—¿Picarse? ¡Qué disparate!
Pero al oir tal debate
yo pensaba, por mi abuelo.
que se trataba de un duelo,
o desafío, o combate.
MAR.--¡Qué! no, señor. Le hemos dicho
que deje de pretender

a Marcela.
TIM.—¡Buen capricho!
MAR.—Porque ella es mucha mujer
para semejante bicho.
AGA.—¿No ve usted cómo me insultan?
Yo lo sufro...
AMA. Por desidia.
AGA.—Mas si antes no me sepultan,
Marcela... En vano lo ocultan,
se están muriendo de envidia.
TIM.—¡Silencio! Amigos, ahora;
luego, más tarde, después...
JUL.—Fuego de amor los devora,
mas ya vendrá mi señora,
y escogerá entre los tres.—
Oiga usted, don Amadeo.
(Le lleva a un lado, y hablan aparte. Lo mimo hace don Timoteo con don Martín.)
Hablé por usted a mi ama.
De usted será. Así lo creo.
AMA.—¡Fausto amor! ¡dichosa llama!...
Mas, ¡ay! te engaña el deseo.
TIM.—Usted va a rendir el muro.
MAR.—¿Será mía?
TIM. Lo aseguro.
MAR.—¡Si vale usted un tesoro!
TIM.—Lo afirmo, y lo corroboro,
y lo sostengo, y lo juro.
AGA.—¡Cuánto tarda! Me impaciento.
¡Oh! con tisis, o sin tisis,
ya se verá... Pasos siento.
JUL.—Ya está aquí
TIM. Llegó el momento
decisivo; esto es, la crisis.

Don Timoteo. Don Agapito. Don Amadeo. Juliana. Marcela

TIM.—Bien venida.
AMA. (¡Oh, dulce vista!)
MARC.—Caballeros, buenas noches.
TIM.—Aquí tienes tres amantes,
o bien tres adoradores,
que solicitan, pretenden,
o cualidades, o dotes,
y es fuerza que alguno de ellos
tu preciosa mano logre.
¿A cuál de los tres eliges?
¿A cuál de los tres escoges?
MARC.—Declarados ya los tres,
el triste deber me imponen
mi amistad, mi honor, mi estado
de decir a estos señores
libremente mi sentir;
y pues el poder del hombre,
como ha dicho alguno de ellos,
no manda en los corazones,
yo espero que sin rencor
a mi fallo se conformen.
AGA.—Lo prometo.
MAR. Y yo también.
AMA. Y yo.
MARC. Tres declaraciones
he recibido esta tarde
que me colman de favores.
Ahora bien, responderé
a todos tres por su orden.—
Don Agapito...
AGA. ¡Ay Marcela!
(Solo a mí me corresponde.
Sus ojos lo están diciendo.)
MARC.—Aunque me sobran razones
para quejarme de usted,
pues no sé cuándo, ni dónde
le he dado yo fundamento
para que tanto blasone
de mi soñado cariño...
AGA.—Señora... yo...
MAR. Aquí se oye
y se calla.
MARC. La indulgencia
ha sido siempre mi norte,
y mal puedo yo evitar
que usted viva de ilusiones.
Le perdono su osadía.
Por lo que hace a sus amores,
los agradezco en el alma;
mas le ruego no se enoje
si digo que para usted
mi corazón es de bronce.
AGA.—¿Qué escucho?
MARC. No hay que afligirse
Siendo tantos los primores
de esos pies y de esas manos,
mujeres hay más de doce
a las cuales un marido
como usted vendrá de molde,
ya que yo no haga justicia
a un mérito tan enorme.
Pero le daré un consejo
siempre que a mal no lo tome.
Si usted pretende, hijo mío,
ser venturoso en amores,
déjese de caramelos,
robustezca sus pulmones,
emancipe su cintura
del corsé que se la come,
déjese de figurines,
déjese de rigodones;
que el hombre ante todas cosas
está obligado a ser hombre.
AGA.—¡Usted también! Vive Dios,
que ya no hay paciencia...
TIM. ¡Pobre
don Agapito! Si usted
consiente en que yo le adobe,
le cure, le restablezca,
desencanije y entone...
AGA.—Déjeme usted que estoy hecho
un tigre, un rinoceronte.

¡A mí tal desaire! ¡A mí!...
Estoy echando los bofes
de cólera y de.. ¿Qué digo?
Eso quieren, que me amosque,
y me desespere, y... No;
que hay hermosuras mayores
muertas por mí.—Sí. señora;
y porque usted me abochorne
no dejaré yo de ser
la delicia de la corte.

Marcela. Don Amadeo. Don Martín. Don Timoteo. Juliana

Jul.—(Ese ya va despachado.)
Tim.—¡Qué estólido es ese joven,
qué mentecato, qué necio,
y qué estólido, y qué torpe!
¡Oh! pues cómo no se enmiende,
o se corrija, o reforme,
le anuncio, le pronostico
le presagio mil sofiones;
¡si! y exequias prematuras,
anticipadas, precoces.
Mar.—¿Conque a quién le toca ahora?
Ama.—(Yo tiemblo como el azogue.)
Marc.—Al señor don Amadeo.—
Sentiré que le incomode
mi franqueza. Yo le estimo
como a un hermano. Son nobles
sus sentimientos, su trato
el más ameno, es muy dócil,
muy fino, muy consecuente,
y me faltan expresiones
para ensalzar su talento;
mas, por mucho que me honre
con su mano, nuestros gustos,
nuestros genios son discordes.
El es serio, reflexivo,
taciturno; y yo, señores,
viva, alegre, bulliciosa.
Además, aunque él me adore,
jamás podré conseguir
que a las musas abandone...
y tendré celos de Erato,
de Talía y de Caliope.
Mas ya que el hado no quiere
que esposo mío le nombre,
más tierna amiga que yo
no ha de hallar en todo el orbe.
Ama.—(Muy exaltado.)
¿Amiga? !qué profieres!
¿Merece mi ternura tal desvío?
¡Ah! rompa el labio mío,
rompa el silencio, pues mi muerte quie- (res.
¡Oh, tú, la más cruel de las mujeres!
¡oh, tú, cuyos hechizos
por mi destino aciago
adoro a mi despecho!
¿Solo me ofreces de mi amor en pago
yerta amistad? Arráncame del pecho
en donde está grabada,
arráncame primero, ingrata, impía,
tu imagen adorada.—
¡Ay! mal que pese á tu desdén infausto,
cuando al dolor sucumba,—
y pronto gozarás en mi holocausto,—
conmigo aquí a la tumba
descenderás ¡oh linda entre lindas,
y oh fiera entre las fieras la más fiera!
La amistad apacible
con que tú ahora, ¡pérfida! me brindas
tal vez se cambia en amorosa hoguera;
mas ¿dónde el insensible,
dónde está el corazon cobarde, helado,
que á la amistad desciende
cuando en llama voraz Amor le encien- [de?—
No, no. Sé mi enemiga,
pues no merece el mísero Amadeo
a par de tí, ceñirse en los altares
la plácida corona de Himeneo.
En tanto mis pesares
lejos de ti llorando, en la ribera
del lento Manzanares,
yo con voz lastimera
a los vientos daré tristes cantares.
Adios!
Marc. Pero oiga usted.....
Ama. No, ya es en vano.
Mar.—¡Primo!.....
Tim. ¡Raras manias!
Mire usted, considere, reflexione
que como no abandone.....
Ama.—¿Ya va usted á ensartar sus profe- [cías?
Cállese usted, y el diablo se le lleve.—
¡Adiós, mujer aleve!
¡adiós por siempre! ¡adiós! Nuevo Ma- [cias
victima moriré de tus rigores.
En tiernas elegias
cantad, hijos de Apolo, mis amores,
y en mi huesa llorad, llorad, pastores!

Marcela. D. Timoteo. D. Martin. Juliana.

Marc.—Don Martin, lloro ó me río?
porque á la verdad yo dudo
lo que debo hacer.
Mar. Reir
es lo mejor.
Tim. ¡Qué exabrupto,
qué descarga, qué andanada,
qué tempestad, qué diluvio
de quejas y de clamores,
de lágrimas y de insultos!
Marc.—Pero ¿habrá perdido el juicio?
Mar.—¿Cómo, si nunca lo tuvo?
Ya ve usted, poeta..... Pero
no hay cuidado; ese es un flujo
de palabras. El morirse
de amores ya no está en uso.
Tim.—Ea, vamos, ya está visto
que es tu novio, ó tu futuro,

don Martin.
JUL. (¡Pobre poeta!)
TIM.—Aplaudo, celebro mucho,
tan buena elección, tu acierto,
quiero decir, tu buen gusto.
MAR —Si merezco tanta gloria
no habrá, señora, en el mundo
quien no envidie.....
MARC. Usted perdone.
don Martin, si le interrumpo.
Confiese usted que no tiene
todavia muy duros
los cascos para marido.
Aun no está usted muy seguro
de quererme sólo á mi.
Aun están muy en tumulto
esas pasiones; y yo,
que no fui con mi difunto
muy dichosa, antes que humille
otra vez mi frente al yugo
lo miraré muy despacio.
Palabras que como el humo
se disipan, nada prueban,
y a quien cumplió cinco lustros,
don Martin, no se deslumbra
con amorosos arrullos.
Aunque un poco atolondrado,
usted, no lo dificulto,
seria muy buen marido;
mas dice un refrán del vulgo
que lo mejor de los dados
es no jugarlos.
MAR. ¡Me luzco
como hay Dios!
TIM. Pero. sobrina.....
MAR.—¿Conque tampoco hay indulto
para mí?
MARC. Perdone usted.
No es vanidad, no; lo juro,
la causa de este desvio
con que á tres novios renuncio;
pero amo mi libertad
y en ella mi dicha fundo.
No aborrezco yo á los hombres
aunque severa los juzgo.
Confieso que para amigos
son excelentes algunos;
para amantes, casi todos;
para esposos... ¡abrenuncio!
Mi sexo me inclina a ellos;
mi razón toma otro rumbo.
No sé al fin quién vencerá,
porque yo no soy de estuco.
Entre tanto, ni desprecio
a los hombres, ni los busco.
Buenas palabras a todos;
mi corazón... a ninguno.
MAR.—Esa franqueza me encanta;
y sería un necio, un bruto
si, ya que aspirar no puedo,
aunque de amor me consumo,
a una mano tan preciosa,
no cifrase yo mi orgullo
en elogiar a Marcela
y en llamarme esclavo suyo.
JUL.—¿Conque no se casa usted?
TIM.—¿He de bajar yo al sepulcro
sin el consuelo, el alivio,
el gusto, el placer?...
MARC. Presumo
que así será.
TIM. Mas, ¿por qué,
por qué, mujer? Yo me aburro.
MARC.—Boda quiere la soltera
por gozar de libertad,
y mayor cautividad
con un marido la espera.
En todo estado y esfera
la mujer es desgraciada;
sólo es menos desdichada
cuando es viuda independiente,
sin marido ni pariente
a quien viva sojuzgada.
Quiero, pues, mi juventud
libre y tranquila gozar,
pues me quiso el Cielo dar
plata, alegría y salud.
Si peligra mi virtud
venceré mi antipatía,
mas mientras llega ese día
¿yo marido? Ni pintado,
porque el gato escarmentado
huye hasta del agua fría.
Los humanos corazones
ya a mi costa conocí.
Pocos me querrán por mí;
cualquiera por mis doblones.
Celibatos camastrones,
buscad muchachas solteras,
que muchas hay casaderas.
Dejadme a mí con mi luto.
Paguen ellas su tributo;
yo ya lo pagué, y de veras.
No perturbéis mi reposo.
Hombres, yo os amo en extremo;
pero a la verdad, os temo
como la oveja al raposo.
Este es necio, aquél celoso;
avaro y altivo el uno,
otro infiel, otro importuno,
otro...
MAR.—¿Está usted dada al Diablo?
MARC.-No hay que ofenderse. Yo hablo
con todos y con ninguno.

FIN DE LA OBRA

La novela TEATRAL

Precio: 20 cts.

EL PELO DE LA DEHESA

COMEDIA EN CINCO ACTOS, ORIGINAL DE

D. Manuel Bretón de los Herreros

PERSONAJES

ELISA. - LA MARQUESA. - JUANA. -- DON FRUTOS. -- DON REMIGIO. -- DON MIGUEL

La escena en Madrid, en casa de la marquesa.

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala bien amueblada. Puerta en el foro, que por la derecha del actor conduce a la escalera y a otras habitaciones principales, y por la izquierda a las piezas interiores. Otras dos puertas laterales: la de la derecha es la que corresponde a la habitación destinada a don Frutos; la de la izquierda guía también al interior de la casa.

Elisa y Juana.

Jua.—¿Y se ha de casar usted
con un rústico labriego?
Eli.—Sí; ya he dado mi palabra.
Jua.—¿Lo sabe aquel caballero?
Eli. ¿Quién?
Jua.—¿Quién ha de ser? Aquel
que hace dos años y medio
que la adora a usted y bebe
por esa cara los vientos.
Eli. ¡Ah!... Don Miguel.
Jua.—¡Y al nombrarle
me pone usted ese gesto!
¿Con que ya no hay esperanza
para él?
Eli. Ya ves; acepto
la mano de otro...
Jua. Es decir,
que cual humo se ha deshecho
el antiguo amor...
Eli. ¡Amor!
Aquello fué un pasatiempo.
Me agradaba su figura,
su uniforme, su despejo...
¿Qué se yo? Me complacía
en bailar con él y creo
que no me sonaban mal
en su boca los requiebros.
Quizá también de la mía
se delizó en un momento
de imprudencia alguna frase
que halagara sus deseos;
mas yo no perdí el color
ni el apetito ni el sueño,
síntomas averiguados

de un cariño verdadero;
y él por su parte, a pesar
de que hacía mil extremos,
nunca llegó seriamente
a hablarme de casamiento.
JUA.—Por pura delicadeza.
Va ve usted; un subalterno...
Pero yo sé que esperaba
de un día a otro el ascenso
a capitán
ELI. Aun así
fuera mucho atrevimiento,
siendo hija yo de un marqués,
que aspirara a ser mi dueño.
JUA.—Perdone usted. El es hijo
de barón...
ELI. No te lo niego;
mas no es segundón siquiera,
que cuatro hermanos nacieron
antes que él, y están casados,
y con prole todos ellos.
¡No es nada lo que tendrían
que atarearse los médicos
para que el llegara a ser
lo que su padre y su abuelo!
Y aun eso importara poco
como él tuviera otro genio;
pero es celoso, tronera,
suspicaz y pendenciero.
¡Casarme con él! ¡Jesús!
Mi casa fuera un infierno.
JUA —¡Ya! Como usted no le quiere,
exagera sus defectos,
sin echar de ver que nacen
del mismo amor...
ELI. ¡Qué! Yo apuesto
a que el día en que marchó
de aquí con su regimiento
se propuso relevarme,
y me relevó en efecto,
con la primer lugareña
a quien pidió alojamiento.
JUA.—¿Cómo es posible? Las cartas
que escribe cada correo...
ELI.—Tres hace ya que no he visto
su letra, de donde infiero
que ni se acuerda de mí;
y, como soy, que me alegro,
que así escuso revolver
la cabeza y el tintero
para imaginar disculpas
a la boda que proyecto.
JUA.—¿Quién sabe si al postillón
ha ocurrido algún tropiezo,
o si tendrá la desgracia
don Miguel de estar enfermo?
O tal vez está en camino
para Madrid, y de intento
no nos ha anunciado el viaje,
porque quiere sorprendernos.
ELI.—No creas tal; y si viene,
¡bien venido! Le daremos
los dulces.
JUA. Para él serían
acíbar, hiel y veneno.
ELI.—Vamos; decididamente
le proteges.
JUA. Le protejo
porque ama a usted, y presumo,
hablando con el respeto
debido que no merece...
ELI.—Yo no he contraído empeños
con don Miguel; mi mamá
le querría para yerno.
JUA.—¿Pero—¡por Dios, señorita!—
no se muere usted de miedo
de pensar en esa boda?
Es cosa que no comprendo
cómo se decide usted...
ELI.—Razones hay para ello.
Nuestra casa está arruinada.
De su esplendor solariego
apenas queda otra cosa
que pergaminos y pleitos,
y deudas. Don Baltasar
de Calamocha y Centeno,
padre que fué de don Frutos,
mi novio, y en cuyo pueblo
tenemos un caserón
ruinoso y cuatro barbechos,
hubo de prestar no sé
que cantidad de dinero
a mi padre, que Dios haya,
cuando pasó aquel invierno
en Zaragoza. Tres años
después de hacer el empréstito
reclamó don Baltasar
el capital y los réditos.
Pidióle plazos mi padre
sin esperar obtenerlos,
pero se quedó pasmado
cuando con rostro halagüeño
le dijo don Baltasar:
«Señor marqués, sin apremios
ni jueces, ni ejecuciones,
y, lo que es aun mejor que esto,
sin que suelte usted un cuarto
puedo quedar satisfecho.
Cuando usted me conoció
era yo muy rico, y luego,

como tomé por contrata
los víveres del ejército,
ya ve usted... Hablemos claro;
no es oro ya lo que anhelo,
que un terremoto no puede
levantar el que poseo,
sino títulos y honores;
no para mí, pobre viejo
que al primer aire colado
espero quedarme tieso,
sino para aquel buen mozo
que ha de heredar mis talegos.
Ahora bien; si usted no tiene
horror al nombre de suegro,
déme usted su única hija
para mi único heredero,
que si no es de ilustre sangre
tampoco nació plebeyo.
El será marqués por ella,
ella por él hará bueno
el marquesado; y, por último,
el gozo será completo
cuando nos llame a los dos
papá grande un mismo nieto.»
Despreocupado mi padre,
y mi madre... un poco menos,
pero aficionada al lujo
cual todas las de mi sexo,
aceptaron un partido
que por motivos diversos
a todos estaba bien;
volvióse ufano y contento
don Baltasar a Belchite,
pero al mes ya había muerto;
mi padre murió también,—
¡téngale Dios en el cielo!;—
como siguió tan de cerca
al tratado casamiento
el duelo de ambas familias,
no me habló de ese proyecto
mamá hasta cumplido el luto;
vencida yo de los ruegos
acepté; también parece
que está don Frutos resuelto
a cumplir la voluntad
de su padre; de un momento
a otro llegará a Madrid;
se firmarán los conciertos,
tú tendrás un buen regalo,
yo un buen marido, y... «laus deo».
JUA.—Todo eso, señora mía,
sería bueno y muy bueno
si no hubiera entre los novios
tantas lenguas de por medio.
Usted no ha visto jamás
al tal don Frutos. Si es feo...
ELI.—No, Juana: muy al contrario.
(Sacando y enseñando a Juana un retrato.)
Juzga por este bosquejo.
JUA.—¡Hola! ¿Retrato?
ELI. A lo príncipe.
Fué recíproco el obsequio.
JUA.—¿Hay en Belchite pintores?
ELI.—Zaragoza no está lejos.—
¿Qué tal?
JUA. Guapote y rollizo.
Tiene cara de tudesco,
mas quizá le han adulado...
y aquí no vemos el cuerpo...
ELI.—Sé que tiene buenas formas
y talla de granadero.
JUA.—Pero en el mismo retrato
muestra que es zafio y grotesco.
Mire usted bien. ¡Santo Dios,
qué levita y qué chaleco!
ELI.—En Madrid hay buenos sastres,
y ya se ha provisto a eso.
JUA.—Sí, como tengo entendido,
nunca salió de su pueblo,
vendrá tan rudo...
ELI. No importa:
nosotras le puliremos.
JUA.—Taladrará los oidos
con aquel maldito acento
aragonés...
ELI. Poco a poco
lo irá en la corte perdiendo.
¿Tan fácil es encontrar
un marido sin defectos?
Si no es fino y elegante,
será cariñoso, tierno,
sencillo, dócil...
JUA.—(Entre dientes.) O potro
cerril que plante al lucero
del alba una coz.
ELI. ¿Qué dices?
JUA.—Nada.
ELI. El timón del gobierno
me abandonará gozoso,
y eso es lo que yo pretendo.
JUA.—Dios lo quiera, mas casarse
sin amor...
ELI. Amor es ciego,
y aunque acierta alguna vez
es muy mal casamentero.

Elisa, Juana, la Marquesa.

MAR.—¿Aun no te has vestido, Elisa,
y esperas hoy a don Frutos?
ELI.—¡Eh! no corre tanta prisa.
Es cosa de ocho minutos.

MAR.—¿Ocho minutos? No tal;
que si has de lucir tu tren...
ELI.—Para un novio provincial
de cualquier modo estoy bien.
MAR.—Yo quiero que le deslumbres,
aunque afectes abandono,
y que desde hoy le acostumbres
a las leyes del buen tono.
Aunque tu triunfo es seguro
vístete como quien eres.
Bueno es prender al futuro
con veinticinco alfileres;
que si hoy le agradas modesta
y así... a la pata la llana,
ya verás lo que te cuesta
sacarle blondas mañana.
Yo le espero ya, hija mía,
porque tu dicha me alegra,
con humos de señoría,
y con infulas de suegra.
No le tengo por un Argos,
mas se admirará si ve
a mamá de tiros largos
y a la novia en «negligé».
ELI.—En mi cara, y no en los dijes,
confiar fuera mejor;
pero una vez que lo exiges...
vamos, Juana, al tocador.
(Vase con Juana por la puerta de la izquierda.)

La Marquesa.

¡Qué conflicto, Dios eterno!
¡Qué afrenta, Vírgen de Atocha!
Aceptar yo para yerno
a un don Frutos Calamocha!—
Mas si con él me confundo,
¿quién me hará ningún reproche?
Qué papel hace en el mundo
¿una marquesa sin coche?
Tal boda no me hace gracia
pero el siglo es tan mercante...
También es aristocracia
la del dinero contante.
Ese yerno, bien lo sé,
será un patán, será un oso,
pero yo siempre seré
marquesa de Valfungoso.
Mi ejemplo y un figurin
harán tal vez el prodigio
de desasnarle y, en fin...
¡Hola! aqui está don Remigio.

La Marquesa. Don Remigio.

REM.—Salud, marquesa. Un bagaje...
gallego por otro nombre,
ya ha traido el equipaje
provisional de aquel hombre.
Por la puerta del pasillo
ya en su cuarto se introdujo.
Ello costará carillo,
¡mas qué elegancia y qué lujo!,
obra maestra del sastre...
y mia en cierta manera;
que fuí temiendo un desastre,
el mentor de su tijera.
MAR.—Que venga al cuerpo del novio
es lo que falta en rigor.
Lo demás fuera un oprobio
para el sastre y el mentor.
REM.—Todo se hizo, y consta en actas,
con entera sujeción
a las medidas exactas
que vinieron de Aragón.
Venga usted a ver la ropa...
MAR.—Ya la veré más despacio.
REM.—Mejor no se hace en Europa
ni se gasta en un palacio.
Ahora, si usted lo permite,
voy al parador...
MAR. Sí, sí.
REM.—A esperar al de Belchite,
para conducirle aquí.
MAR.—Es mucha molestia...
REM. ¡Oh! No.
Yo sería muy bellaco,
si a dama de tanto pro...
Soy amable: este es mi flaco.

La Marquesa.

¡Qué trajín! El se halla en todo.
Merece que se le cobre
cariño. Nos come un codo,
pero bien lo suda el pobre
Hago de él cuanto yo quiero.
Ya le gruño, ya le embromo...
En la calle es mi escudero,
en casa mi mayordomo.
Y a todos con esa f e
sirve. Así tiene enjambre
de amigos. ¡Oh! Siempre fué
muy filántropica el hambre.
Mientras la novia se avía
voy a ver qué ropa es esa.
(Se dirige a la puerta de la derecha.)
Mucha lástima sería...
MIG.—(En la puerta del foro.)
A los pies de usted, marquesa.

La Marquesa. Don Miguel.

MAR.—Caballero, beso a usted...
¡Qué veo! ¡Usted por acá!
Mucho celebro...
MIG. He venido
con licencia temporal

por dos meses. ¿Usted buena?
MAR.—Talcualilla. Con el plan
que sigo ahora...
MIG. ¿Y la linda
Elisa?
MAR. Sin novedad.
Sentémonos.
(Se sienta en el sofá. Don Miguel va a tomar una silla.)
MIG. Con permiso...
MAR.—No. Venga usted al sofá.
MIG.—(Sentándose en el sofá.)
Celebro que no haya nadie...
MAR.—¿Por qué?...
MIG. Tenemos que hablar.
MAR.—¡Pues vaya: espliquese usted
y no tenga cortedad.
MIG.—No soy yo corto de genio,
señora mía, pero hay
casos y cosas que al hombre
más valiente hacen temblar.
MAR.—¿Y qué teme usted? ¿Soy yo
alguna fiera?...
MIG. No tal;
pero un desaire...
MAR. ¡Desaires
a un hombre de calidad,
a un amigo! Hágase usted
justicia.
MIG. En primer lugar
declaro a usted que yo estoy
enamorado.
MAR. ¡Ba! ¡Ba!
Si de otra culpa más grave
no se viene usté a acusar,
yo le absuelvo desde ahora.
¿Hay cosa más natural?
Y quién es la...
MIG. Yo creí
que usted lo sabría ya...
MAR.—¿Yo, de dónde?
MIG. Ciertas cosas
no se pueden ocultar.
MAR. Pues como usted no se esplique...
MIG.—No me he esplicado, es verdad,
hasta hoy, porque esperaba
el ascenso a capitán...
MAR.—¡Ah! ¡Dos charreteras! ¡Bien!
Ya no hay hombro desigual—
¡Que sea por muchos años!
MIG.—¡Cumplimiento singular!
¿No querrá usted que, siquiera,
aspire a un gradito más?
MAR.—Perdone usted. Sin pensarlo
he dicho una necedad.
Si por mí fuera, mañana
sería usted general.
MIG.—Si antes me hubiera casado
no tendría viudedad
Elisa...
MAR. ¡Acabará usted!
¿Con que es Elisa el imán
de ese tierno corazón?
MIG.—Sí; la amo con ceguedad,
la idolatro, la...
MAR. Ahora veo
que no sabe usted lo que hay.
MIG.—¿Pues qué hay?
MAR. Amigo del alma;
bien puede usted perdonar.
Elisa no es para usted.
MIG.—¿Seré demasiado audaz
en solicitarla? Acaso
porque es corto mi caudal...
MAR.—Todo hay que mirarlo, amigo;
mas la gran dificultad
no está en eso.
MIG. ¿Pues en qué?
MAR.—En que la voy a casar.
MIG.—¡Ay! ¿De veras?
MAR. Ya lo he dicho,
y yo no hablo en alemán.
MIG.—¿Cuándo?
MAR. Mañana.
MIG. ¿Con quién?
MAR.—¡Qué flujo de preguntar!
Con un hombre.
MIG. ¿Usted no mira
que está clavando un puñal
en mi pecho?
MAR. Amigo mío...
MIG.—Eso es una iniquidad.
MAR.—¡Cómo iniquidad!
MIG. ¡Horrible!
¡Y vengo yo de Alcaraz
para esto!
MAR. Con efecto
es mucha casualidad.
Los dos en el mismo día...
MIG.—(Estoy sudando alquitrán.)
MAR.—Ahora llegará don Frutos
a la puerta de Alcalá.
MIG.—¿Se llama don Frutos?
MAR. Sí.
MIG.—¡Nombre soez!
MAR. Natural
de Belchite, en Aragón.
MIG.—¡Santo Dios! Será un patán,
será... ¿Es rico?
MAR. Poderoso.

MIG.—¡Oh matrimonio fatal!
¡Desgraciada Elisa!
MAR. ¡Calle!
Tan fiera calamidad
es un novio millonario.
MIG.—Por San Cosme y San Damián,
no la sacrifique usted
a un marido montaraz;
no con un golpe de estado
quiera usted tiranizar...
MAR.—¡Dale! Aquí no hay tiranía.
¿Quién fuerza su voluntad?
El tirano será usted
que sin viña ni olivar,
y sin quererle la chica,
que es lo más original,
tiene empeño de llevarla
militarmente al altar.
MIG.—Yo no soy tan temerario.
Ella me ama, y si falaz
no es su labio...
MAR. Aquí se acerca.
Ella misma nos dirá...

La Marquesa, don Miguel, Elisa.

ELI.—(Muy elegante.)
¡Ah! ¡Don Miguel!
MIG. ¿Con que es cierto?
¿Con que ha sido usted capaz
de olvidarme?...
ELI. No señor.
Cuente usted con mi amistad...
MIG.—¿Amistad? Lindo despacho
cuando vengo hecho un volcán...
ELI.—¿No quiere usted ser amigo?
MIG.—Yo quiero ser algo más.
ELI.—¿Marido? No puede ser:
me he comprometido ya.
¿Cortejo? Líbreme Dios,
que eso es pecado mortal.
MIG.—Así corresponde usted
a mi esperanza, a mi afán...
ELI.—Yo no he prometido nada.
Lisonjas de sociedad,
favores de rigodón,
una carta insustancial
todo eso es galantería,
pasatiempo...
MIG. Voto a san...
¡Con qué frescura me pone
en la garganta un dogal!
ELI.—Yo creí que usted ya estaba
arreglado por allá.
MIG.—¡Yo!
ELI. Y como usted no escribía...
(¡Guapo está de capitán!)
Y como usted no me habló
nunca de fe conyugal...
y pasan días y días...
y una tiene que pensar
en una .. En fin, me remito
a lo que ha dicho mamá.
MAR.—¿Eh? ¿Qué dice usted ahora?
MIG.—Que estoy dado a Satanás;
que siete veces maldigo
mi necia credulidad;
que ya no hay fe en las mujeres,
que no quiero ya tratar
a ninguna, que me voy
para no volver jamás...

La Marquesa, Elisa, don Miguel y Juana.

JUA.—Ya viene.
MIG.—(Deteniéndose.) ¿Quién?
JUA. Don Remigio
con don Frutos.
MIG. ¡Mi rival!...
Pues me quedo.
MAR. ¿Con qué fin?
MIG.—Es mera curiosidad.
JUA.—Le he visto desde el balcón.
Ya habrá entrado en el zaguán.
MAR.—Mire usted que está en mi casa.
MIG.—Yo la sabré respetar.
MAR.—No demos aquí un escándalo...
MIG.—Ni aquí ni fuera. ¿Qué más
quiere usted? Yo me resigno...
mas quiero verle.
JUA. Aquí está.

Dichos, don Frutos y don Remigio.

(Don Frutos se presenta como señorito de lugar en día de fiesta y con notable atraso en la moda, aunque con buena ropa. La marquesa y Elisa se sientan en el sofá.)

REM.—(Presentando a don Frutos.)
Señoras...
MIG.—(A la Marquesa.) ¿Ese pazguato
es el novio?
FRU.—(A Juana.) Señorita...
(Queriendo abrazarla.)
Dulce novia...
(En voz baja a don Remigio.)
Más bonita
me pareció en el retrato.
REM.—(Apurado.)
¡Que no es esa!
JUA.—(Riéndose. También se ríe D. Miguel.)
No soy yo.
FRU. Pues creí. .
JUA.—Soy la doncella.
FRU.—¿Pues cuál es mi novia?
REM. Aquella.

MAR.—(De mal gesto.)
¡Me ha gustado el «quid pro quo»!
REM.—(Al primer tapón zurrapa.)
FRU.—Me equivoqué, vive Cristo;
y es que en Madrid, por lo visto,
todas las mozas son guapas.
ELI.—(En voz baja.) ¡Ay, mamá!
MIG. (¡Bien! Ya me vengo.)
FRU.—(Fijando la vista en Elisa.)
¡Oh, que está allí!... ¡Mentecato
de mí! (A don Remigio.)
Es el vivo retrato
del retrato que yo tengo. (Acercándose.)
Dios guarde a usted, doña Elisa.
ELI. Felices.
MAR.—(¡Volada estoy!)
(A Juana, que se está riendo.)
Vete de aquí.
JUA. Ya me voy.
(No puedo tener la risa.)
Dichos, menos Juana.
MIG.—(Voy a pasar un buen rato.)
ELI.—Esta señora es mamá.
FRU.—¡Ah!... Servidor... Como allá
no llegó más que un retrato...
MAR.—Y aun ese estaba de sobra.
¡Después de verla pintada,
llamar novia a la criada!
¡Qué horror!
FRU. La misma zozobra...
Y... la verdad, no esperé
que en tan feliz coyuntura
me esperase mi futura
sentada en el canapé.
Hallar pensaba a mi bella—,
no sé si esto es excederme,—
con tanta gana de verme
como yo de verla a ella.
Topo al colarme aquí dentro
una chica de buen porte,
y creo que es mi consorte
la que me sale al encuentro;
no reconozco el traslado,
mas digo para mi pecho,
¡eh! siempre va largo trecho
de lo vivo a lo pintado;
en esto viene a advertirme
el señor que me equivoco;
pero si se tarda un poco
¡zas! yo la abrazo, y de firme.
MIG.—(¡Me gusta el desembarazo!)
ELI.-(Pues no es tonto aunque grosero.)
MAR.—Esta es la novia.
FRU. ¡Ah! Sí..
MAR. Pero
suprima usted el abrazo.
FRU.—Bien. Mis fines eran buenos,
más me aguanto y no me pico.
No me hará pobre ni rico
un apretón más o menos.
Y abrazos del corazón,
hijos de pura alegría,
no se dan a sangre fría,
sino así... de sopetón.
REM.—(A la Marquesa.)
Cosas de así... como así;
mas cuando él recapacite
que no estamos en Belchite...
FRU.—Ya sé que estamos aquí.
(¡Vaya una familia tiesa!
Pues aunque fuera yo el coco...)
REM.—(En voz baja a la Marquesa.)
El soltará poco a poco
el pelo de la dehesa.
MAR.—¿No toma usted una silla?
FRU.—Sí haré, si no es contra fuero
que un honrado forastero
tome asiento en esta villa.
(Se sienta, y hacen lo mismo don Miguel y don Remigio.)
MAR.—Volviendo a lo del abrazo,
aquí no se mira bien
que los novios se le den
antes del solemne lazo.
FRU.—Si amor les hace cosquillas,
aquí y allí creo yo
que, si con testigos no,
se abrazarán a hurtadillas.
Lo primero es más honesto;
mas ni así ni de otro modo
en abrazar me incomodo
a quien me pone ese gesto.
MAR.—(Cedamos; que ya se amosca.)
No crea usted que ella sienta...
FRU.—(Con enfado.)
Pues si ha de ser mi parienta
que no me mire tan fosca.
MAR.—Su modestia no permite...
FRU.—Ya me carga su modestia.
¿Qué va a que tomo una bestia
y doy la vuelta a Belchite?—
¡Bien! Ya se ríe. Esto es algo.
ELI.—¿Qué tal el viaje?
FRU. Tal cual;
mas volqué en un pedregal
y a poco no me desnalgo.
MIG.—(Haciendo ascos.)
(¡Me desnalgo!)
FRU. En diligencia
no vuelvo a viajar.

REM. ¿Pues cómo?
¿En carro?
FRU. En mi macho romo,
que es animal de conciencia.
REM.—(Aparte a don Miguel.)
Se conoce que los dos
simpatizan.
FRU.—(Mirando a Elisa embebecido.)[1]
¡Oh que linda!
¡Qué boca! Es como una guinda.
¡Qué talle! ¡Válgame Dios!
ELI.—Mil gracias por la lisonja.
FRU. No. ¡Qué ojuelos! ¡Oh, qué fragua!
La boca se me hace un agua,
y el corazón una esponja.
MIG.—(¡Cómo la requiebra el ganso!)
MAR.—(Ya me tiene el alma en vilo
y si no le corto el hilo...)
(A don Frutos, levantándose y todos hacen lo mismo.)
Usted ha menester descanso...
FRU.—Yo no. Al lado de una bella...
MAR.—No obstante...
FRU. Obedezco pues.
(A Elisa.) Adiós, cordera.
(A la marquesa.) ¿Cuál es
mi habitación?
MAR.—(Mostrando la de la derecha.)
Es aquella.
(Al volverse de pronto don Frutos derriba un velador que habrá en medio de la sala con un juego de té.)
FRU.—Voy... ¡Voto al siete de bastos!..
ELI.—¡Jesús!
MAR. ¡Mi almuerzo de china!
FRU.—¡Otra! ¿Quién diablo imagina
poner en medio los trastos?
REM.—Ayude usted...
(Entre don Miguel y don Remigio levantan el velador y lo demás.)
MAR. Ayer mismo
un dineral me costó.
FRU.—¿No fuera peor que yo
me hubiera roto el bautismo?
En mi tierra...
MAR. ¡Hombre funesto!
FRU.—No sucede eso.
REM.—(A don Miguel.) Ya va
escampando.
FRU. Porque allá
cada cosa está en su puesto.—
Pero, en fin, por cuatro frascos
no hemos de gemir ahora.
Sosiéguese usted, señora,
que yo pagaré los cascos.
Con que... hasta luego.
(Vase por la puerta de la derecha.)
REM. (Aparte a la marquesa.) Es novicio...
MAR.—Maldecido sea, amén.
Sígale usted... Yo también;
no haga allí nuevo estropicio.
Elisa y don Miguel.
ELI.—(Ese novio es una fiera.)
MIG.—El novio es hombre de gusto.
Yo celebro como es justo...
ELI.—(Enfadada.) ¡Don Miguel!...
MIG.—(Remedando a don Frutos.)
Adiós, cordera.
ELI.—(Yerta como esa pared
me ha dejado.)
MIG. Ah, ah, qué risa...
El me vengará de Elisa.
ELI.—(Con despecho.)
El me gusta más que usted.
MIG.—Seréis felices los dos.
Ya envidio el grato solaz...
ELI.—¿Quiere usted dejarme en paz?
(Vase por la puerta de la izquierda.)
MIG.—(A la puerta y se retira luego por el foro.) ¡Justo castigo de Dios!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La Marquesa y Elisa.
MAR.—Vaya, esas son niñerías,
y aunque en parte las disculpo,
ya tu palabra empeñaste
y quebrantarla no es justo.
ELI.—Pero, mamá, si es un hombre
de tan mal tono, tan rudo...
MAR.—Alguna corteza tiene,
mas como de esos palurdos
en dos meses de Madrid
se vuelven finos y pulcros
y elegantes. ¿Por ventura,
es menester grande estudio
para imitar a esa cáfila

de galancetes insulsos,
que en tertulias y cafés
pasan por hombres de gusto?
En cuatro días se aprende
con un mediano discurso
la insustancial freseología
con que se lucen algunos.
Mientras tanto, ¿qué hace un hombre
para no soltar rebuznos?
Callar frunciendo las cejas
con estudiado repulgo,
y decir al que se admire
de verle tan taciturno:
«¡Soy romántico, soy genio!
¡Mi misión en este mundo
es... callar!»—Y si a esto añade
una contracción de músculos,
y se va sin saludar
retorciéndose los puños,
dirán: «¡Lástima de joven!
Su esplín le abrirá el sepulcro.
¡Qué buenas cosas se calla!
¡Qué talento tan profundo!»—
¿Para vestir «comm'il faut»,
qué ciencia, qué genio infuso
ha menester, donde hay sastres,
quien cuenta miles de duros?—
Para abonarse en la ópera
y, según viene el impulso,
chichear la cabatiná
o dar aplausos al dúo,
no es preciso conocer
las reglas del contrapunto;
ni otra cosa se requiere
que tener dinero y mucho
para jugar tres albures...
el que no truena al segundo.
Así se suelen formar
los petimetres al uso,
y más de cuatro tal vez
entre los de alto coturno
en eso de letras gordas
dan quince y falta a don Frutos.
ELI.—¡Oh! Tú dirás lo que quieras,
pero esos modales rústicos
no se olvidan fácilmente,
ni después de cinco lustros
muda de hábitos un hombre
que se halla bien con los suyos.
Tú viste cuál se anunció
desde su primer saludo.
Tú viste...
MAR. Dices muy bien;
necio y aturdido estuvo,
pero es achaque de novios.
¿Quién no paga ese tributo?
Yo me enfadé más que tú,
porque tengo malos humos,
más considerando luego
que, si es mazacote y brusco,
ni entendimiento le falta,
ni tiene el alma de estuco;
recordando la postrera
voluntad de mi difunto,
y mirando en fin la cosa
con madurez y con pulso,
veo que fuera bobada
renunciar por tus escrúpulos
al acaudalado yerno
que me sacará de apuros.
ELI.—¡No eres tú la amenazada
de sujetarte a su yugo,
mamá, que si fuera así
tomarían otro rumbo
tus reflexiones!
MAR. Acaso
no es buen mozo, blanco, rubio...
ELI.—Sí, su figura me agrada,
más dirán que es un absurdo...
MAR.—Simplecilla, no te cuides
de lo que murmure el vulgo.
Tú te casas para tí,
no para él; y, por último,
¿quién repara ya en maridos?
todos vienen a ser unos.
Las mujeres dan el tono
con sus gracias y su lujo.
¿Qué hacen ellos en un baile,
por ejemplo? Como buhos
se van todos agrupando
en el rincón más oscuro
de la sala. Allí reparten
los dominios del gran turco,
y en un dos por tres revuelven
el Tajo con el Danubio;
o en el tresillo engolfados
disputan como energúmenos
sobre si echaste la «mala»
debiendo rendir el «punto»...
y no sabe alguno de ellos
que, mientras cuenta los triunfos,
un galán le dá «codillo»
y su esposa hace «renuncio».
ELI.—Pero, mamá...
MAR. Calla, chica,
que ya sale tu futuro.

La Marquesa, Elisa y don Remigio.

MAR.—¿No viene el aragonés?
REM.—Tardará pocos instantes.
Se está calzando los guantes...

ELI.—¡Qué! ¿Se los pone en los pies?
REM.—He usado de una figura
retórica.
MAR. ¿Está buen mozo?
REM.—¡Oh! Sí, señora; da gozo;
solo que el pobre se apura...
MAR.—El vestía tan holgado...
REM.—Pues, y al que no está hecho a
las costuras le hacen llagas. (bragas
Pues todo le está pintado.
Un buen sastre y mucha plata...
Yo le he dado, por supuesto,
instrucciones y le he puesto
por mis manos la corbata.
Por poco que yo le exhorte
y por poco que él me imite,
ese roble de Belchite
se aclimatará en la corte.
Sí, le puliremos pronto,
que, aunque él tiene, y lo confiesa,
el pelo de la dehesa,
no tiene pelo de tonto.
Si le mira con desdén
Elisa, a fe que le ultraja.
ELI.—¿De veras?
REM. Es una alhaja.
Doy a usted mi parabién.
MAR.—¡Pero esos guantes, señor!...
REM.—Ya me van dando cuidado.
Voy a ver...
ELI. No le habrá dado
don Remigio el calzador.

La Marquesa, Elisa, don Remigio y don Frutos.

(Don Frutos se presenta vestido de rigurosa moda, muy tieso de cuello y de cintura, pero andando con dificultad como si le apretasen las botas. Trae puestos los dos guantes, y uno de ellos roto.)

FRU.—(Yo creia que en un mes
no me entraban...)
ELI.—(A su madre en voz baja.)
¡Ay, qué tieso!
FRU.—(Haciendo un gesto y dando con el pie en el suelo como para que acabe de entrar la bota.)
¡Por vida!...—Señoras, beso
a ustedes los cuatro pies.
MAR.—¡Cómo cuatro pies!
FRU. La cuenta
no marra. Dos y dos...
MAR. Ya.
FRU.—¡Pues ya! Los dos de mamá
y los dos de mi parienta.
REM.—(Ya se enmienda el Ganimedes.)
FRU.—Me ha dicho este caballero
que es saludo muy grosero
el decir: Dios guarde a ustedes,
y que en Madrid a estas horas,
como pueblo más cortés,
se estila besar los pies
«verbalmente» a las señoras.
Para hacerlo con más gala,
yo al besar los he contado,
y más hubiera besado
si más hubiera en la sala.—
¡Maldita sea la bota!
Estoy viendo las estrellas.
REM.—¡Si son tan suaves!... Con ellas
bailara yo la gavota.
FRU.—No las llevo yo ni un día.
¡Qué martirio tan cruel!
REM.—Ya dará de sí la piel.
FRU.—¡Sí; destrozando la mía!
REM.—En Madrid los elegantes
no calzan lo que su pie.
Un puntito menos...
FRU ¿Eh?
REM.—Es de rigor.
FRU. ¿Y los guantes?
Antes los veo deshechos
que puestos, y si aun a gusto
dan guerra a un hombre robusto,
¿qué será viniendo estrechos?
ELI.—Guante estrecho es muy señor.
FRU. (Mostrando el guante roto.)
¿Aunque se haga este rasguño?
ELI.—¡Si con él se cierra el puño,
mal guante!
REM. Sí; es de rigor.
FRU.—De oir a ustedes me chafo
y de ver que estos enredos
me engarabatan los dedos
como si estuviera gafo.
Y esta invención de travillas...
¿Y el corbatín? ¿Quién lo aguanta?
Ataruga la garganta
y en la oreja hace cosquillas.
¿Pues y el fraque? Esto es peor.
¿Quién se lo abrocha en un lance?
No hay forma de que me alcance...
REM.—No se abrocha. Es de rigor.
FRU.—¿Si creerán los oficiales
de sastre, que tengo gonces?
¡No se abrocha! Pues entonces,
¿de qué sirven los ojales?
Mas de tantas perfecciones
la que más me maravilla
es la especie de cotilla
que me oprime los riñones.

REM.—(A la marquesa.)
Es una faja de goma
elástica, para que entre
en razón su enorme vientre,
porque si no se le doma.
FRU.-¡Pero, hombre, por San Melchor!..
¿tener barriga es delito?
REM.—Aquí todo señorito
la suprime. Es de rigor.
FRU.—(Remedando a don Remigio.)
Es de rigor...
(Enfadado.) ¡Tío Calores!,
¿Sabe usted que ya me voy
enfurruñando y que doy
al diablo tantos rigores?
REM.—No lo tome usted a mal.
MAR.—Son lecciones de buen tono.
FRU.—Si quiere volverme mono,
se engaña, cuerpo de tal.
Hoy me pongo estos arreos
porque usted los mandó hacer...
MAR.—Sí.
FRU. Y a ninguna mujer...
MAR.—(¡Huy! ¡Mujer!...)
FRU. Hago yo feos;
más determinado estoy
con propósito muy firme
a calzarme y a vestirme
a medida de quien soy;
y si aquí no puedo hallar
sastre que entienda mi porte,
vendrá a vestirme en la corte
el sastre de mi lugar;
que yo gusto de estar horro,
y no dar tormento al bazo,
y mover el pie y el brazo
sin necesitar socorro.
ELI.—(¡Ah!)
MAR. Bien; si a usted le molesta...
FRU.—Levita y fraque, en buen hora.
También por allá, señora,
se usan el día de fiesta.
ELI.—(Con sobresalto.)
Y en los dias de trabajo,
¿qué usaba usted?
FRU. Aunque charra,
una peluda zamarra
cuando hace frío me encajo,
y en verano, amada Elisa,
chaquetilla de mahón,
mas si aprieta la estación
ando en mangas de camisa.
ELI.—(¡Ay de mí!)
FRU. Todo muy ancho,
que para andar por los cerros
con la escopeta y los perros,
y el tío Roña, y el tío Francho...
ELI.—¡Ay, qué nombres! ¡El tío Roña!..
FRU.—Allí todos tienen mote:
tío Pozuelo, tío Perote,
tía Lechuza, tía Ponzoña...
Yo vivo allí sin empacho
y mido por un rasero
al hidalgo y al pechero,
al leñador y al ricacho.
Otros con menos caudal
desdeñan a los Perotes,
que hay también allí Quijotes
como en esta capital;
mas solo mi grande abasto
se sabe allá por el brío
conque gasto lo que es mío...
y doy más de lo que gasto.
REM.—(Aparte con Elisa.)
¡Es filósofo!
ELI. Y buen hombre.
¡Eso sí!
FRU. Cuando me junto
con alguien, no le pregunto
su apellido ni su nombre;
que sea honrado me basta.
Quizá cuanto más antigua
con menos fe se atestigua
la pureza de una casta.
Quién será el santo varón
que diga con juramento:
¡veinticinco abuelos cuento
y ninguno fué ladrón!
No pongo en este capítulo
a ustedes, ni me desdeño
de llamar mi dulce dueño
a la heredera de un título.
En su última enfermedad
mi padre me lo mandó,
y, aun difunto, quiero yo
que se haga su voluntad;
y cuando tan linda es
la que me hace tanto honor,
bien puedo yo, pecador,
resignarme a ser marqués.
ELI.—(Aparte a la marquesa.)
¿Oyes, mamá? ¡Se resigna!
MAR.—(En voz baja.)
¡Eh! No lo tomes a ultraje.
No está ducho en el lenguaje...
Sé tolerante y benigna.
(A don Frutos.)
Sin perjuicio de lo humano
y lo afable, yo confío
que en la corte, yerno mío,

sabrá usted ser soberano.
FRU.—Veremos; haré un esfuerzo...
Quiero dar gusto a mi novia.—
Pero esta faja me agobia...
No digeriré el almuerzo.—
Aunque a Belchite no olvido,
daré honor al marquesado.
Lo propio para un fregado
soy yo que para un barrido,
porque... ¡El diantre de la bota!...
Muy primorosa, muy bella,
más para jugar con ella
un partido de pelota...
REM.—¡Hola! Usted será muy diestro...
FRU.—¡Oh, mucho! A largo y a pie;
de todas maneras sé;
y no he tenido maestro.
¡Pues correr!... Nadie me agarra.
¡Pues saltar!... En cada brinco
de cuatro varas a cinco.
¿Pues y tirar a la barra?
Tengo yo una fuerza atroz.
ELI.—(¡Ay, Virgen de la Almudena!)
FRU.—Cargué un dia en Cariñena
cuatro quintales de arroz.

Dichos y Juana.

JUA.—La baronesa del Césped.
MAR.—Que entre...
JUA. Ya está en el estrado.
MAR.—Voy corriendo...
JUA. Ha preguntado
si habia venido el huésped.
MAR.—(En voz baja.)
¿Qué has dicho?
JUA. Que irá al instante
MAR.—¡Todo lo haceis al revés!
(Pero si ha de ser después...)
Allá vamos.
JUA.—(Mirando a don Frutos.)
(¡Qué elegante!)

Dichos, menos Juana.

MAR.—(A don Frutos.)
Venga usted. Elisa, ven.
FRU.—¿Visita?
MAR. Sí.
REM. (Dios enfrene
su lengua.)
MAR. Mi prima viene
a darnos el parabién.
FRU.—¡Corriente! Vamos allá...
REM.—(En voz baja a don Frutos.)
¡Hombre... el brazo a la señora!
FRU.—¡Ah! sí, sí. Tómalo, aurora.
(Se lo ofrece a Elisa.)
ELI.—Déselo usted a mamá.

La Marquesa, don Frutos y don Remigio.

MAR.—(Tomando el brazo de don Frutos.)
Venga.
FRU. (He de ser su pariente,
y no me dejan ahora...)
REM.—Usted, por lo visto, ignora
la legislación vigente...
FRU.—Pero, señor, qué mas dá...
MAR.—Mientras otra ley no rija,
no se da el brazo a la hija
si hay de por medio mamá.
FRU.—Está muy bien, mamá mía.
Usted disponga de mi...
(Poniéndose la mano en el estómago.)
(¡Ya me se ha sentado aquí...
y no es suegra todavia!)

Don Remigio.

¡Vaya, que es original
el mocito aragonés!
Y no es nombre que se mama
el dedo, que sabe bien
donde le aprieta el zapato,
como el otro montañés.
¡Ya tiene alma!... Harto será
que hagamos carrera de él.
¿Y si ahora tasca el freno,
qué hará el amigo después?
Mucho temo que esa boda
haga recordar aquel
«tigribus agni...» Pero ellas
lo quieren; y siempre fué
mi sistema favorito
dejar el mundo correr,
no indisponerme con nadie
y decir a todo: amén.
Voy ahora a hacer la corte
a esas damas...

Don Remigio y don Miguel.

MIG. ¡Oiga usted!
Tenemos que hablar.
REM. Con mucho
gusto, señor don Miguel.
MIG.—¿Se casa por fin Elisa
con ese novio soez?
REM.—Creo que sí. Su fortuna
es hoy la misma que ayer:
colosal, y la marquesa
no querrá soltar el pez.
MIG.—¿Mas qué dice Elisa?
REM. Creo
que es del mismo parecer.
MIG.—¿Sí?
REM. No simpatiza mucho
con el rústico doncel,
pero andando el tiempo espera

domesticarle tal vez,
y en tanto con doce mil
duritos de renta... ¡Pues!
MIG.—¡Pues!
REM. Y, bien considerado,
la boda es igual.
MIG. ¿Por qué?
REM.—Ella, esposa de don Frutos,
puede vivir con el tren
correspondiente a su clase;
tomándola por mujer,
él, como dijo no ha mucho,
se resigna a ser marqués:
él lleva en arras el oro
y la novia el oropel.
MIG. —¿Con que aprueba usted la boda?
REM.—¡Vaya si la apruebo! Cien
y cien veces...
MIG. Pues yo digo
que es boda de Lucifer.
REM.—¡Cómo!... Usted...
MIG. Y el que la apruebe
debe andar en cuatro pies.
REM.- (Me hace temblar.) Con efecto...
puede haber razones...
MIG. ¿Eh?
REM.—No hay que enfadarse. Mi voto
no tiene fuerza de ley.
Convénzame usted. Soy hombre
que me dejo convencer.
MIG.—Voto a brios...
REM. Yo no creí
que usted tuviese interés
en probarme lo contrario.
MIG.—Voto a... ¿No lo he de tener,
si soy amante de Elisa?
REM.—¿De veras? ¡Oh!... Ya se ve,
como usted ha estado ausente,
yo ignoraba... ¡Vaya! ¿Quién
ha de aprobar que aquel bárbaro
sea preferido usted?
MIG.—¡Y la ingrata le prefiere!
REM.—(Enternecido.)
¡Calle usted! Eso es cruel.
MIG.—Mas la culpada no es ella.
REM.—Así lo creo también.
MIG.—Sino su madre...
REM. ¡Oh! ¡Las madres!...
MIG.—Y usted.
REM. ¿Yo?
MIG. Sí; ya lo sé.
REM.- Pero...
MIG. Usted es el «factotum»
de esta casa.
REM. ¿Qué he de ser?
¡Pobre de mí!...
MIG. Si esa falsa
me ha mirado con desdén,
si se casa con don Frutos,
a usted debo esa merced.
REM.—¡Hombre! Yo...
MIG. Usted aplaudía
la boda, no ha mucho.
REM. Bien,
no lo niego; pero yo
hablaba de buena fe...
MIG.—Yo exijo que desde ahora
proceda usted al revés.
REM.—Pues digo que es execrable.
MIG.—No me basta. Es menester
decírselo a la marquesa,
a su hija, al novio; a los tres.
REM.—Pero, ¡por Cristo!... Si ya
les he dado el parabién.
¿Cómo gobernarme ahora?....
¡Usted me quiere perder!
MIG.—De consejo muda el sabio.
REM.—¿Cómo hago yo ese entremés?...
MIG.—Un parásito es histrión
que hace cualquiera papel.
REM.—Veremos; pero...
MIG. No hay pero
que valga. Un buen alfiler
de brillantes si usted logra
que se deshaga el pastel,
mas si la boda ridícula
se efectúa...
REM. (¡Ay, San Ginés!...)
yo ..
MIG —Tenga usted entendido
que pagará con la piel.
REM.—¡Qué atrocidad! ¿Soy yo el cura?
¿Soy yo el novio somatén?
MIG.—Todo se andará. Primero
que me vea yo con él,
procuremos arreglar
la cosa de bien a bien.
REM.—(¡De bien a bien, y me quiere
matar!)
MIG.—Me vuelvo al café,
que si veo a esa traidora
no me podré contener.
Con que lo dicho, compadre,
A la tarde volveré...
REM —Bien: yo aguzaré el ingenio,
yo pondré pies en pared...
MIG.—O me caso con Elisa,
o nos batiremos.
REM. ¿Qué?
Yo no me bato con nadie.

Tengo reepeto... a la ley.
MIG.—Pues si usted no acepta el duelo
y Elisa me deja a pie,
le corto a usted las orejas
como dos y una son tres.

Don Remigio.

¡Jesús, qué demonio!... Estoy
por dar parte al coronel...
Vuelve Elisa Si pudiera
disuadirla... Probaré,

Elisa, don Remigio.

ELI.—¡Ay don Remigio de mi alma!
REM.—¿Qué tiene usted, criatura,
que viene tan afligida?
¿Ha hecho alguna de las suyas
el aragonés?
ELI. Ah, qué hombre.
¡Dios mío! No podré nunca
acostumbrame a su trato.
Yo me vengo aquí confusa,
avergonzada. Mamá
se fatiga en vano, suda
para atajar el torrente
de sandeces y tonturas
con que el bueno de don Frutos
cual Dios le crió se anuncia.
Mi tía, que es tan satírica
y de un entierro se burla,
le da cuerda y nos dispara
un dardo en cada pregunta.
REM. -Mas ¿qué hace el novio? ¿Que dice?...
ELI. ¡Ay Dios, qué caricatura!
Ni un momento está parado.
Ya se empina y gesticula
porque las botas le aprietan
o le duele la cintura,
ahora el corbatín se afloja
y el lazo queda en la nuca;
parecen devanaderas
las piernas, según las cruza;
braceando sin descanso
en la silla se columpia;
le dicen un cumplimiento,
y él endereza una pulla;
y, para colmo de gracias,
saca una bolsa de nutria,
la deslía, toma un puro,
enciende un fósforo, y fuma.
REM.—¡Horror!
ELI. Y no sabía hablar
más que del campo, y la lluvia,
y las crecidas del Ebro,
y la feria de la Almunia,
y los jornales que paga,
y los perros que le ahullan.
La baronesa le brinda
con su escogida tertulia,
y él habla de su bodega
con ciento y ochenta cubas;
observa que es verde obscuro
un lienzo de la pintura,
recuerda sus olivares,
y dice: se heló la fruta,
pero ogaño es asombrosa
la cosecha de aecituna;
toma por fin un periódico
y leyendo en sus columnas:
«la cámara de los pares...»
interrumpe la lectura
y exclama: ¿qué harán ahora
mis doce pares de mulas?
REM.—Vamos, nada hay que esperar
de aquella materia bruta.
Vuélvase por donde vino.
¿Qué importa su gran fortuna
si la ha de comprar usted
con lágrimas de amargura?
ELI.—Es posible... Pues no ha mucho
que aplaudía usted con suma
satisfacción nuestra boda.
REM.—Ahora me parece absurda.
Las torpezas que yo ví,
aunque a la verdad son muchas,
para un novio lugareño
eran pecata minuta,
mas lo que usted me ha contado
me horroriza, me espeluzna.
ELI.—Con todo, puede que el tiempo...
REM.—No hay que cansarse. Es muy dura
aquella testa. ¡Qué acémila!
Por milagro no rebuzna.
ELI.—¡Poco a pongo, don Remigio!
El no es lerdo. Usted le insulta.
REM.—Señora, yo...
ELI. Tiene prendas
muy laudables
REM. Sin disputa,
pero...
ELI. Puede ser mi esposo,
y quien le injuria, me injuria.
REM.—Como no lo es todavía,
y deseo la ventura
de usted... (Hoy en nada acierto.)
No sabe usted las angustias
que yo paso para... En fin,
yo juzgo lo que usted juzga,
quiero lo que quiere usted,
sufriré lo que usted sufra,
y cuando usted me consulte

porque tenga alguna duda,
consultaré con usted
la respuesta a la consulta.

Dichos, la Marquesa y don Frutos.

FRU.—(A Elisa.)
Ah, que estás aquí... Perdona,
mi vida, si te tuteo,
que mi cariño lo abona.
¡Qué gallarda y guapetona!
Me embobo cuando te veo.
¿Cuándo la boda será?
Solo de pensarlo, ya
todo el alma se me alegra,
y estoy... Marquesa mamá,
sea usted pronto mi suegra.
ELI.—(¡Ay cielo!)
FRU. Sin aparatos.
Cuanto menos embolismo
mejor. Haya buenos platos,
y luego...
MAR. Mañana mismo
se firmarán los contratos.
FRU.—¡Mañana!
REM. (¡Triste de mí!)
FRU.—Jamás igual regocijo
en mi corazón sentí.
La amaré a usted como un hijo,
y como un esclavo a tí.
ELI.—(¡Qué oigo!)
FRU. Serás mi regalo,
mi delicia.
REM. (Esto va malo.)
ELI.—(Aparte a don Remigio.)
¿Oye usted esos extremos?
REM.—Es que ahora le cogemos
en un lúcido intervalo.
FRU.—Tú vivirás satisfecha.
Mis ganados, mi cosecha,
mis haciendas, mi dinero;
todo es para tí, lucero,
desde la cruz a la fecha.
Es tosca mi educación
para aspirar a tal moza;
yo te hago esta confesión,
pero tengo un corazón
como de aquí a Zaragoza.
El encontrará camino
de agradar a mi mujer.
Para amar con desatino
no creo que es menester
que uno sea lechuguino.
En lo que yo no esté ducho
corrige tú mis maneras,
verás que dócil te escucho.
Tú harás de mí lo que quieras...
siempre que me quieras mucho.
Así con igual placer,
luego que al pie del altar
me digas: soy tu mujer,
tú me enseñarás a hablar;
yo te enseñaré a querer.
MAR.—¡Bien, don Frutos!
ELI. (¡Qué sorpresa!
De haberle ajado me pesa.)
MAR.—(Aparte a Elisa.)
Vaya; responde. ¿No puedes?
ELI.—(En alta voz.) Yo...

Dichos y Juana.

JUA.—Cuando gusten ustedes...
Ya está la sopa en la mesa.

Dichos, menos Juana.

FRU.—(Ofreciendo el brazo a la Marquesa.)
Haremos los dos un lazo...
MAR.—(Tomando el brazo de don Frutos.)
Gracias.
FRU. (¡Vaya una pandorga!...)
(A Elisa.)
¿Con que... me querrás muchazo?
MAR.—Ya ve usted; quien calla otorga.
ELI.—(Mirando a don Frutos con ternura.)
Deme usted el otro brazo.
(Vanse por la izquierda del foro.)

Don Remigio.

¡Oh miedo! ¿Qué me aconsejas?
Mientras la niña se humana
vendrá el otro a darme quejas...
¡Pobre Remigio! Mañana
amaneces sin orejas.
(Sigue a los novios y a la Marquesa.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Don Frutos y don Remigio.

(Está anocheciendo. Vienen don Frutos y don Remigio por la izquierda del foro.)

REM.—¡Soberbia comida!
FRU. Sí;
pero, sin tanto primor,
a mí me daba más gusto
mi cocina de Aragón.
REM.—Tiempo hace que no he bebido
mejor vino de «Bordeaux»...
(Mudando de tono como para hacerse comprender.) Burdeos.
FRU.—Me importa poco
el nombre de ese señor,
porque me sabe muy mal
en francés y en español.
REM.—¡Hombre, un Burdeos legítimo...
y de «Laffitte»! ¡Un licor
europeo!
FRU. ¿Y yo qué tengo
que ver con Europa? Soy
de Belchite.—Y contra el mismo
patriarca Noé, inventor
de la vendimia, sostengo
que es vino de munición
ese que usted me pondera;
que agri-áspero de sabor,
ni me calienta el estómago
ni me alegra el corazón,
y, en fin, que para vinagre
lo he vendido yo mejor.
REM.—No dudo...
FRU. Donde está el vino
de Belchite...
REM. Ya me doy
por vencido.
FRU. Y la garnacha
de Cariñena, Aguaron,
Longares, Cosuenda... ¡Aquello,
aquello es gracia de Dios!
REM.—No se estilan esos vinos
en las mesas «comm'il faut»;
pero siendo usted de casa,
ha cometido un error
la marquesa en no obsequiarle
con una botella o dos
de Cariñena.
FRU. ¡Es mi suegra!—
Y, por Cristo, que ya estoy
apestado de ella. ¡Vaya,
que es mucha persecución!
¡No permitir que me siente,
ni en la mesa, junto al sol
de mis ojos!... ¡Y qué empeño
de darme en todo lección!
Toda la comida ha estado
quemándome a media voz.—
Quítese usted del ojal
la servilleta. ¡Qué horror!—
¿Pues dónde la pongo?—Suelta;
encima del pantalón.—
¡Vaya!—¿Qué hace usted? La sopa
se come con tenedor.
REM.—(Entre dientes.) Eran rabioles.
FRU. Y mucho
que he rabiado.
REM. (¡Es hombre atroz!)
FRU.—Y después me hizo comer
con la cuchara el melón,
y servirme la ensalada...
con tijeras!—¡Voto a brios!...
REM.—Muy mal hecho. Ella ha debido
tratarle a usted «sans façon».
FRU.—¡Vaya, que en Madrid es obra
el ser uno hombre de pro!
REM.—Sí; ya raya en tiranía
moler con tanto sermón
a un hombre que tiene barbas
y no es ningún ababol.
FRU.—¿Sí? Pues aplíquese usted
ese testo desde hoy.
No pida peras al olmo,
y deje a cada varón
que haga de su capa un sayo.
¡No más figurines!
REM. ¡Oh!
Perdone usted. Yo creí
que una mano de charol,
digámoslo así, daría
más realce y esplendor
a esas formas elegantes
y a ese talento precoz...
FRU.—¡Eh! Menos lagoterías,
que yo no gusto...
REM. A eso voy.
Mas viendo que usted no tiene

decidida vocación
al frívolo formulario
del gran tono, dije yo:
¿No es un cargo de conciencia
violentar la inclinación
de ese apreciable mancebo?
Sí; que como dijo Humbold,
suele a fuerza de cultivo
perder su aroma la flor.
FRU.—Pues, corriente.
REM. Y... ¿quiere usted
que le diga, acá «inter nos»,
lo que siento?
FRU. Norabuena.
REM.—(¡Si él hiciese dimisión!...)
Pues a usted no le conviene
tal boda.
FRU. ¿Cómo que no?
REM.—Elisa es bella...
FRU. ¡Otra! ¡Miren
que pedrada!
REM. Mas no estoy,
si he de decir la verdad,
muy seguro de su amor.
FRU.—Yo sí, que ya con su boca
de almíbar me lo juró.
REM.—No obstante, la diferencia
de gustos, de educación...
FRU.—¡Eh! Ya nos gobernaremos.
¿Soy yo algun tigre feroz?
REM.—No es todo lo que reluce
oro a prueba de crisol.
FRU.—No puede mentir un ángel.
REM.—De una mala tentación
ni los ángeles se libran.
¡Dígalo aquél que cayó!
FRU.—¡Dale! Si yo...
REM. El interés,
la codicia...
FRU. (¡Qué moscón!)
REM.—¡Ay, don Frutos! ¿Y esa madre?
Ya empieza a meter la hoz
en mies agena...
FRU. ¿Qué importa?
Yo la haré entrar en razón.
REM.—Tan imperiosa, tan vana...
Ni la paciencia de Job...
FRU.—¡Oh!
REM. Créame ueted, don Frutos.
Sin esperar al convoy,
vuélvase usted a Belchite.
Aquí se ha armado un complot
entre hija y madre...
FRU. En la madre
cébese usted sin temor,
mas no hay que clavar el diente
en la hija, o vive Dios...
REM.—¡Oh! No se sofoque usted.
Yo lo decía... (¡Una coz!
Era de esperar.)
FRU. No aguanto...
REM.—Si era una suposición...
Como le he cobrado a usted
tanto cariño... (No doy
un cuarto por mis orejas.)
FRU.—Por vida de Juslivol...
REM.—Vamos, vamos; me arrepiento,
me desdigo, se acabó.

Dichos y Juana.

JUA.—(En una mano trae luces, que deja sobre una mesa, y en la otra un papel.)
Felices noches.
FRU. Bendito
y alabado...
REM. ¿Qué nos traes?
JUA.—Este papel que me han dado
para el señor.
FRU. ¿A ver?, dame.
(Toma el papel y lo lee para sí.)
JUA.—El mancebo portador
espera respuesta.
FRU. ¡Zape!
¡Esta es otra! Paño, hechura,
forro, etc., de un fraque,
setecientos.—Pantalón...
REM.—Ya, ya... La cuenta del sastre.
FRU.—¡La cuenta a mí! ¿Para qué?
REM.—Sí, para que usted la pague.
FRU.—¿Ahora salimos con eso?
Pues hombre, así Dios me salve,
yo pensé que era un regalo
de mi suegra este atalaje.
REM.—Ya ve usted que no. Presumo
que para más adelante
reserva...
FRU. Pues de ese modo
yo visto a cualquiera. ¡El diantre
de la mujer!... Yo sufría
con resignación la cárcel
en que ha metido mis miembros
mientras creí que era «gratis»;
pero dar dinero encima...
REM.—(En voz baja.)
Calle usted. Eso es infame.
FRU.—Pues señor, la pagaré,
que no quiero que me tachen
de cicatero.
(Leyendo.) Total,
cuatro mil doscientos reales.—
Pero una y no más. ¡Canario!

(A Juana.)
Díselo así de mi parte.
JUA.—Siempre ha sido una fineza
prevenir el equipaje...
FRU.—Yo no soy aficionado
a finezas semejantes.
Digo a usted que es corcho... Espera.
¡Por vida del rey don Jaime!...
(Entra en su cuarto.)

Don Remigio y Juana.

JUA.—Vaya, pues tiene buen modo
de agradecer que se afanen
por vestirle «marquesmente».
Querrá también...
REM. Es un cafre,
y si da la mano a Elisa,
la va a matar a pesares.
JUA.—Eso es lo que yo la digo.
REM.—Sí; es preciso que trabajes
para disuadirla... (El miedo
me fuerza a ser intrigante.)
JUA.—¡Ya se ve! No es una lástima...
REM.—Un horror.
JUA. Cuánto más vale
don Miguel...
REM. Oh, don Miguel...
(¡Maldito sea!) Es un ángel.
Si entre los dos conseguimos
que a Calamocha desbanque...

Dichos y don Frutos.

FRU.—(Dando a Juana monedas de oro.)
Toma. Aquí sobra un doblón.
JUA.—Volveré con lo sobrante...
FRU.—No. Para tí.
JUA. Gracias. (Ya
me parece más amable.)
FRU.—Novia te llamé... y no quiero
que lo hayas sido de balde.
JUA.—(Yéndose.)
(¡Pues señor viva Belchite!
y a don Miguel Dios le ampare.)

Dichos, menos Juana.

FRU.—Y a todo esto, ¿por dónde anda
mi novia y su linda madre?
REM.—Se fueron al tocador.
FRU.—Hombre, ¿a qué?
REM. A vertirse.
FRU. ¡Calle!
¿Pues no estaban ya vestidas?
REM.—¡Oh! Sí; ¿pero usted no sabe
que vamos luego a la «ópera»,
y a la tertulia más tarde?
Cada acto de estos requiere
su correspondiente traje.
FRU.—¡Otra! Pues no es mal tragin...
Y dónde hay caudal que baste...
REM.—Así lo exige la culta
sociedad.
FRU. ¡Vírgen del Carmen!
REM.—Aquí se pasa la vida
en vestirse y desnudarse.
FRU.—¡Muy bien! ¿Y qué viene a ser
eso de... ópera?
REM. (¡Ignorante!)
Drama lírico;—una fiesta
de teatro.
FRU. ¡Ah! Que me place.
¿Y qué comedia echan hoy?
REM.—No es comedia. «I Puritani
de Bellini».
FRU. ¡Que no echaran
el «mágico Bayalarde!...»
¡Es la única que yo he visto,
pero ¡cá! ¡cosa más grande!...
REM.—Todo es música esta noche.
FRU. ¿Música? Bien; como canten
la jota...
REM. (¡La jota!) Yo
sería de ese dictamen,
pero .. (Asoma la marquesa por el foro.)
FRU. Aquí está la marquesa.
(A media voz.)
La voy a decir verdades
como puños.
REM. ¿Sí? Me alegro.
FRU.—Yo no sufro ancas de nadie.

Dichos y La Marquesa.

FRU.—¡Escucheme usted con calma,
mi amada suegra y señora,
que voy a decirle ahora
cuatro cositas... al alma!
MAR.—Diga usted, querido yerno.
FRU.—A mí nadie me maneja,
nadie me moja la oreja;
sírvale a usted de gobierno.
MAR.—Pero...
FRU. Dicen en mi tierra...
MAR.—¿Qué?
FRU. Lo que no has de comer...
MAR.—Ya; sí.
FRU. Déjalo cocer.
REM.—(Los síntomas son de guerra.)
MAR.—Pero, a qué viene ..
FRU. Muy justo
sería, si algún alcalde
me vistiera a mí de balde,
que me vistiera a su gusto;
pero pagando mi ropa
y en cantidad tan enorme,
no me pongan uniforme

como si fuera de tropa.
MAR.—Porque usted se presentase
a la boda con más brillo ..
FRU.—Nadie manda en mi bolsillo,
cáseme yo o no me case.
MAR.—Nunca han sido mis intentos...
FRU.—Basta Agradezco el abrigo;
no piense usted que lo digo
por los cuatro mil docientos.
Vista como quiera Elisa,
vista usted como le cuadre
mas ni Elisa ni su madre
se metan en mi camisa.
Triunfen, gasten; no me espanto;
cuanto tengo es de las dos;
mas no se empeñen, por Dios,
en civilizarme tanto.
Dejen a un hombre sencillo,
que, al cabo, no es una fiera,
manejar a su manera
el tenedor y el cuchillo.
No me mire usté al soslayo.
Quiero que el amor me mande...
y no una suegra. Soy grande
y ya he despedido el ayo.
MAR.—¿Qué escucho? ¡usted me anticipa
el despotismo de yerno!
¡no lo es aún, Dios eterno,
y gallea, y se emancipa!
FRU.—Sepa usted...
REM.—(Aparte a la marquesa.)
¡Firmeza! ¡Así!
FRU.—Y ha de saber mi consorte
que aunque yo he entrado en la corte,
la corte no ha entrado en mí.
REM.—(Aparte a don Frutos.)
¡Bien dicho! No hay que ceder.
(Aparte a la marquesa.)
No quiere soltar, marquesa,
el pelo de la dehesa.
MAR.—(A don Frutos)
Pues, amigo, es menester...
FRU.—Sí, es menester que se tome
un partido. El más seguro
será...
REM.—(Aparte a don Frutos.)
¡Firme en ella!
(Aparte a la marquesa.) ¡Duro!
Si cede usted, se la come.
MAR. (Alzando la voz.)
¿Qué partido? ¿A ver?
FRU. No grite,
señora.
REM.—(Aparte a la marquesa.) Sí tal.
FRU. Casarme...
REM.—(Aparte a don Frutos.)
Hace usted mal.
FRU. Y largarme
con mi mujer a Belchite.
MAR.—¡Cómo!...
REM.—(Aparte a don Frutos.) ¡Bien! ¡Bien!
FRU.—No hay remedio.
MAR.—Es posible...
REM.—(Aparte a la marquesa.)
¡Infame acción!
(Aparte a don Frutos.)
¡Discreta resolución!
FRU.—(A don Remigio.)
Hombre, quite usted de en medio.
REM.—(Aparte a la marquesa.)
¡No me escucha! Es montaraz,
MAR.—Quítese usted de delante.
REM.—¿Guerra ha de ser? Adelante.
(Haciendo señas a derecha e izquierda.)
Yo quería poner paz...
(Se retira a un lado.)
MAR.—¿Con que a Belchite? ¡Ah! los yernos...
¿Nos quiere usted confinar
en un mísero lugar?
¡Usted tira a embrutecernos!
FRU.—¡Otra! ¿Quién les manda a ustedes
que se embrutezcan?
MAR. ¡Qué horror!
Me moriré de dolor...
allá entre cuatro paredes,
Solitaria como un hongo...
FRU.—Todo se remediará.
Quédese usted por acá.
Maldito si yo me opongo. •
REM.—(Esto marcha.)
MAR. Entiendo. ¡Sola
quiere llevársela!
FRU. Pues...
MAR.—¡Para tratarla después
como a una negra de Angola!
Mas sin hacerme pedazos...
FRU.—Señora...
REM. (¡Orejas, bien va!)
MAR.—Usted no conseguirá
arrancarla de mis brazos.
FRU.—Si mi mujer ha de ser,
irá donde fuere yo,
porque...
MAR. ¡No; a Belchite, no!
FRU.—Pues no será mi mujer.
REM.—(¡Albricias!)
MAR. ¡Oh! ¡Ya está visto!
¡Se desdice usted!
FRU. ¡Marquesa!

MAR.—Usted falta a su promesa.
FRU.—¡Por vida del que ató a Cristo!...
Quién ha pensado...
MAR. Intentar
antes del dulce consorcio
esa especie de divorcio...
¡la horca antes que el lugar!
FRU.—No señora; eso no es cierto;
¿pero hay ley que me prohiba,
¡suegra o diablo!, que yo viva
donde mis padres han muerto?
MAR.—Cielos, ¿qué dirá el notario?
¿Y qué dirán los testigos?
¿Y qué dirán mis amigos?
FRU.—¡Dale!
MAR. ¿Y qué dirá el vicario?
FRU.—¡Eh! Ya basta de litigio.
(Alzando la voz.)
¡Belchite, Belchite quiero;
Belchite!
MAR. ¡Jesús!... Yo muero...
Téngame usted, don Remigio.
(Se desmaya en brazos de don Remigio.)
REM.—Acuda usted, no peligre
su vida, que el parasismo...
FRU.—(Yéndose.) ¡Eh! ¡Qué se yo!... ¡Un (sinapismo!—
Yo no soy médico. (Entra en su cuarto.)
MAR.—(Oyendo el ruido de la puerta y volviendo rápidamente la cabeza.) ¡Tigre!

La Marquesa y don Remigio.

REM.—¿Qué tal? ¿siente usted alivio?
(No ha dado lumbre el soponcio.)
MAR.—¡Ay, qué hombre! ¡Me ve morir...
y me abandona!
REM. Es un monstruo.
MAR.—Bien dicen; siempre la cabra
tira al monte.
REM. Yo supongo
que no volverá a tratarse
de ese infausto matrimonio.
MAR.—Pues supone usted muy mal.
REM.—Será así. No es un asombro
el equivocarme yo.
MAR.—¿Tan de sobra están los novios?
¿Así se dan calabazas
a un hombre que nada en oro?
REM.—Es decir que nos iremos
a Belchite. Yo...
MAR. Tampoco.
REM.—Pues digo a usted, marquesita,
que no comprendo...
MAR. ¡Qué tonto
es usted!
REM. Convengo...
MAR. ¡Y qué
mentecato!
REM. No me opongo...
(Vuelvo a temblar por mis pobres
orejas!)
MAR. Yo hallaré modo
de evitar...
REM. Elisa viene.
(Y viene muy a propósito.)

Dichos y Elisa.

REM.—¡Elisa! Usted tan tranquila
por allá dentro, y nosotros...
ELI.—¿Qué ha habido?
MAR. (¿Qué irá a decir?)
REM.—¡Friolera! Que por poco
no se nos muere mamá.
MAR.—(Hace señas a don Remigio para que calle, y él se desentiende.) ¡Hum!.,.
ELI.· ¡Dios mío! ¿Pues qué?... ¿Cómo?...
REM.—Se ha sincopado. Es decir;
un accidente espasmódico...
ELI.—¡Jesús!
MAR.—¡Eh! No ha sido nada.
No hagas caso.
REM. Ello sí, pronto
se recobró...
MAR. Si te digo...
REM.—Yo la apreté el dedo gordo...
ELI —Mas que causa...
REM. Una alcaldada
horrible de ese hipopótomo
aragonés.
MAR. ¡Don Remigio!...
REM.—(Con mucha viveza.)
¿Pues no se empeña el bolonio,
quiera usted, o no, en llevársela,
a aquel maldito villorro?
ELI.—¡Virgen Santa! ¿Yo a Belchite?
REM.—Como cinco y tres son ocho.
Este ha sido su «ultimatum».
A Belchite o no hay consorcio.
MAR.—¡Está usted ya satisfecho,
seo necio, hablador de a folio!
REM.—¡Ah! Yo creí... ¿Con que usted?..
Voto a San... (Ya tiene el tósigo
en el cuerpo.)
ELI. ¡Ay, madre mía!
Ese hombre no tiene prójimo.
¡Llevarme a un lugar!... ¡Y yo
que le iba queriendo un poco!...
Ya le aborrezco de muerte.
MAR.—No irás a Belchite.
ELI. ¡Oh gozo!
¿Tú le habrás dicho que ya
no hay nada de desposorios?

¡Por una parte lo siento,
porque es honrado, y buen mozo,
y rico; pero sacarme
de Madrid... ¡Vaya al demonio!
MAR.—¡Calla! Tan simple eres tú
como el señor.
REM. Me conformo.
ELI.—Pero...
MAR. Corre de mi cuenta
arreglar ese negocio.
Por ahora es necesario...
ELI.—¿Qué?
MAR. Decirle amén a todo.
ELI.—¿Incluso el viaje a Belchite?
MAR.—¡Boba! Por supuesto.
ELI. ¡Qué oigo!
MAR.—Es preciso no escamarle.
(A don Remigio.) Apóyeme usted.
REM. Apoyo.
MAR.—Si ahora le dices que no.
¡A Dios boda! Y qué bochorno,
qué afrenta para nosotras!
Desairadas por un tosco
provincial...
ELI. ¿Pero qué haremos
si cuando sea mi esposo
se empeña en que he de seguirle?
MAR.—¿Han de faltar por de pronto
pretextos para alejar
la partida? ¿No habrá un cólico
que nos saque del conflicto?
¿No sabrán después tus ojos
cautivar su voluntad?
Hoy con mimos y piropos
y dengues; al otro día
con lágrimas y sollozos.
Harás de él cuanto quisieres.—
Y si viene a tu socorro
la santa naturaleza;
si hay inapetencia y vómitos...
ELI.—(Bajando los ojos.)
Eh, mamá...
MAR.—(A don Remigio.)
Apóyeme usted.
REM.—Sí; yo apruebo y corroboro...
MAR.—Otros novios más bravíos
se vuelven mansos palomos
sabiéndolos manejar.
Si no te bastan tus propios
recursos, yo estoy aquí...
REM.—(Entre dientes.) ¡Jesucristo!
MAR. ¿Eh?
REM. Nada... Apoyo.
MAR.—No hay cuidado. Entre las dos
hemos de volvele loco.
ELI.—No; yo no espero...
MAR. Ahora mismo
voy a decirle que otorgo...
ELI.—¡Por Dios, mamá! Yo no puedo...
MAR.—¿No has de poder? Yo respondo.
Verás: entro yo en su cuarto
primero; le desenojo;
al oir la campanilla
entrás tú...
(A don Remigio.) ¡Usted no!
REM. Si estorbo..
MAR.—Si señor.
REM. Bien; no riñamos.
Opino del mismo modo.
ELI.—Pero, mamá, reflexiona...
MAR.—¡Eh, basta, que me sofoco!
Harás lo que yo te digo,
o nos oirán los sordos.
(Entra en el cuarto de don Frutos.)
Elisa y don Remigio.
ELI.—¡Ay, Dios mío!
REM. ¡Es fuerte apuro!
ELI.—Si me caso...
REM. No hay envite;
ciudadana de Belchite:
cuéntelo usted por seguro.
ELI.—¿Qué haré?
REM. Calabazas.
ELI. ¡Oh!
Seré a mi palabra fiel...
¡aunque muera!
REM. Hagamos que él
sea quien diga que no.
ELI.—¿De qué modo?
REM. Una esperanza
a ese pobre capitán.
La ama a usted con tanto afán...
ELI.—Pero...
REM. Aunque sea de chanza.
ELI.—Poco ha, me han dado un billete
que su pesar atestigua...
REM.—Bien. Una respuesta ambigua...
Eso a nadie compromete.
Dígale usted por ejemplo:
«He dado ya mi palabra,
y aunque mi desdicha labra
la repetiré en el templo;
más si por otro o por él
se descompone la boda,
usted solo me acomoda
para esposo, don Miguel.»
ELI.—No, que eso es decirle mucho.
REM.—Pues un poco menos; ¡ea!
Aquí hay papel, tinta, oblea...

ELI.—(Caminando hacia la mesa como maquinalmente.)
Entre mil ideas lucho.
REM.—¡Vaya!
ELI.—(Sentándose.) ¿Y si luego amenaza
a don Frutos?
REM. No hará tal;
más bueno es que haya un rival
para que espante la caza.
ELI.—(Escribiendo.) Mi mamá...
REM. Ya estoy alerta...
(por la cuenta que me tiene.)
Avisaré si alguien viene.
No quito ojo de la puerta.
¡Y qué orejas! La pared
taladran y adentro asoman.
¡Oh! Mis orejas se toman
mucho interés por usted.
¿Está? ¡Al sobre! Demos fin...
ELI.—(Cerrando el billete.)
Es que no sé, a fe de Elisa
a cuál de los dos...
(Suena una campanilla.)
REM. ¡Aprisa
que suena el dilín, dilín!
ELI.—(Levantándose con precipitación y dándole el billete.)
Tome usted. Sin sobre va.
REM.—El sobre no importa un bledo.
Irá a sus manos... Yo quedo...
MAR.—(Dentro.) ¡Elisa!
ELI. Allá voy, mamá.
(Entra en el cuarto de don Frutos.)
Don Remigio.
¡Ah! Ya salí de mi ahogo.
El cielo vuelve por mí.
¡Ya tengo orejas! Creí
convertirme en perro dogo.
(Vase corriendo por la derecha del foro.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Don Frutos.

(Sale de su cuarto en chinelas, con pantalón holgado, sin corbatín, con zamarra de piel de oso y un pañuelo de seda atado a la cabeza a estilo de Aragón.)

Ahora si que muevo a gusto
mis remos. Nada me aprieta.
¡Esto es estar en la gloria!—
¡Pero qué silencio reina
en esta casa! Yo extraño...
Pues ya son las seis y media.—
Estarán por allá dentro
sin duda. ¿Y cómo no piensan
en que yo me desayune?
¡Oh! Pues ya no tiene espera
mi estómago. Llamaré.—
(Hace sonar la campanilla.)
Apenas probé la cena,
porque se comió tan tarde
y tenía yo tal priesa
de acostarme...—¡No responden!
Pues la campanilla suena,
que bien la oigo.—Otra vez.—
(Vuelve a llamar.)
¿Sirven así a las marquesas
en Madrid?—
(Tira sin cesar de la cinta de la campanilla hasta que acude Juana.)
¡Oh! Mas que rompa
la cinta... ¡Qué gente es esta,
santo Dios! ¿Si estarán todos
durmiendo? ¡Voto a mi abuela!...
Don Frutos y Juana.
JUA.—(Entra con algún desaliño como quien acaba de levantarse de la cama.)
¡Vaya un modo de llamar!
¡Y a estas horas!
FRU. ¡Linda flema!
JUA.—¡Ah! ¡Es usted!...
FRU. Sí; abre los ojos
y sacude la pereza.
JUA.—¡Pereza! ¿Pues qué hora es?
FRU.—¡Otra! Las seis y cuarenta.
JUA.—Toma toma... Yo pensaba
que era más tarde.
FRU. ¡Esa es buena!
¿Cuándo es tarde para ti?
JUA.—Pero señor, ¿quién creyera
que usted madrugara tanto?
¿Le duele a usted la cabeza?
Mucho sentiría...
FRU. Gracias.
Gozo de salud perfecta,

pero soy madrugador
por costumbre y por sistema.
Y antes hubiera saltado
de la cama, que en mi tierra
me levanto con el sol;
pero el viaje en la galera
y aquellas malditas botas
que me tuvieron en prensa...
Eso a cualquiera cristiano
le hace salir de la regla.
JUA —(Mirándole y sonriéndose.)
(Qué pañuelo y qué zamarra...
Cuando la novia le vea...)
Querido señor don Frutos,
a la hora que usted despierta
solo dejan de dormir
en Madrid a pierna suelta
horchateros en verano
y en invierno buñoleras.
FRU.—¡Así hay aquí tanta gente
encanijada y enteca!
¿Mas dónde están las señoras?
Me tomaré la licencia
de darles los buenos días...
JUA.—Es escusada molestía.
Todavía no han venido.
FRU.—Ya, sí .. Estarán en la iglesia...
Bien, lo primero es la misa,
y aunque hoy no es día de fiesta...
JUA.—¿Qué misa? ¡Si es que no han vuelto
del baile aún!
FRU. ¿Qué me cuentas?
(Estas ya son otras misas.)
Bien sé que pensaban ellas
irse después del teatro
a una función de... etiqueta,
como aquí dicen; mas nunca
se me pasó por la tela
del juicio que el bailoteo
durase una noche entera.
JUA.—Como usted se recogió
a la hora de la retreta
y se las dejó en el palco...
FRU.—Es que no entiendo esa jerga
italiana, y al arrullo
de las voces y la orquesta
me dormía... ¿Qué mortal
está libre de flaquezas?
¡Pero, Señor, qué gobierno
de casa! ¿Y van con frecuencia
a esas danzas perdurables?
O solo de uvas a brevas...
JUA.—¡Qué! No señor. ¡Si es el pan
de cada día!
FRU. ¿De veras?
(¡Malo! ¡Malo!)
JUA. Pocas noches
se retiran con estrellas.
FRU.—Con que aquí la noche es día
y el día...
JUA. Pues, «vice-versa».
FRU.—(¡Vírgen Santa del Pilar,
que desorden, qué vergüenza!)
JUA.—(Mejor le sienta ese traje
que el otro.)
FRU. Ahora bien, morena;
yo, que no enmiendo la plana
al que los astros gobierna,
tengo gana de almorzar.
Dí, pues, a la cocinera,
si no está también de baile...
JUA.—No señor. Ella se acuesta
más temprano, y ya andará
por el fogón...
FRU. Norabuena.
Pues que disponga mi almuerzo.
Despacha.
JUA. ¿Café y manteca?
FRU.—¡Valiente cosa!—Jamón
con huevos.
JUA. Lo que usted quiera.
FRU.—Y no más vino de estrangis.
JUA.—Lo traeré de Valdepeñas.
FRU.—Venga. Al fin es español...
aunque no es de Cariñena.
Don Frutos.
¡Dónde me he metido, cielos!
¡Qué costumbres tan diversas
de las mías! ¡Ah! Yo voy
a pasar la pena negra...
¿Quién sabe?... Allá en mi lugar,
ya que Elisa está dispuesta
a seguirme... ¿Y si me engaña?
¡No hay que fiar en promesas
de mujeres! ¡Y aunque en eso
a mi gusto condescienda,
irán con ella a Belchite
sus caprichos... y mi suegra!
¡Gallarda es la moza; sí,
y a poquito que pusiera
de su parte, lograría
barajarme la chaveta;
mas, según lo que voy viendo,
ni me quiere, ni lo sueña;
y eso es gaita!—¡Ah, padre mío!...
Dios te dé la gloria eterna,
mas no tuviste chirúmen
para escoger una nuera.
¡A no ser por mi respeto
a su voluntad expresa,

y a no haber soltado yo
la palabra que me empeña,
bravo chasco llevaría
mi señora la marquesa!
(Un criado atraviesa el foro de izquierda a derecha.)
¡Ojalá!... Pero oigo abrir
la puerta de la escalera.
Ellas serán... Ellas son.
(Mirando adentro.)
Oigo la voz de la vieja.

Don Frutos, la Marquesa y Elisa.

MAR.—(Al criado en la puerta.)
Que venga esa muchacha
a desnudarnos pronto.
(Vase el criado por donde vino y entran en la sala la marquesa y Elisa.)
¿Qué hace ese hombre
aquí?... ¡Calle! ¡Es don Frutos!
ELI. (¡Ay, qué facha!)
FRU.—Yo soy, señora mía; no se asom- (bre.
MAR.—La mudanza de traje... Buenos (días.
FRU.—Buenas noches.
ELI.—(Aparte con su madre.)
¡Qué diantre de zamarra!
MAR.—¡Por los clavos de Cristo, no te (rías!

La Marquesa, don Frutos, Elisa y Juana.

JUA.—Aquí estoy.
FRU.—(A Elisa.)
¿Te parece un poco charra
mi pellica, verdad? Lo siento mucho;
pero...
ELI. No; yo no digo...
FRU.—Chica, ande yo caliente,
y ríase la gente.
MAR.—Dice bien. Lo primero es el (abrigo,
y mientras le compramos en la tienda
una bata elegante con cordones...
FRU.—No hay para qué. Estoy bien con (esta prenda.
ELI.—(Parece que al mesón de la En- (comienda
ha venido a vender melocotones.)
MAR—¿Y qué tal se ha dormido?
FRU.—Grandemente. ¿Y qué tal hemos (bailado?
MAR.—La niña. Yo me he estado
jugando al «ecarté».
FRU. (¿También la suegra
tira la oreja a Jorge? Esa es más ne- (gra.)
MAR.—Es lástima que el sueño y el can- (sancio
le hayan privado a usted, señor don (Frutos,
de una «soirée» tan buena.
FRU. Yo, a lo rancio...
Nadie me saca a mí de mis casillas.
Es lindo mientras lucen las cabrillas
bailar con una dama,
pero es mejor, a mi entender, la cama.
MAR.—¡Eh!... Se duerme de día...
FRU.—Hágalo el madrileño.
¡Yo, como soy así... tan lugareño...
qué quiere usted!... madrugo,
¡y a las diez de la noche me entra un (sueño!
ELI.—(¡Santo Dios!)
MAR. ¡Eh! todo es la primer noche.
Luego...
ELI. ¡A las diez!
MAR. Cualquiera se acostumbra...
FRU.—¡Oh! yo no soy cualquiera.
ELI. (¡Qué verdugo!)
FRU.—¡Y juro por el sol que nos alum- (bra!...
ELI.—(¡Ay, Dios me libre de su horrible (yugo!)
FRU.—Así tengo de hacerlo hasta que (muera,
y espero que mi dulce compañera
imitará mi ejemplo...
MAR.—(Interrumpiéndole.) Se supone...
ELI.—(En voz baja.) ¡Ay, mamá!...
MAR.—(Lo mismo.) Transijamos ahora,
no sea que otra vez se desazone.
FRU.—(¡Qué mala cara ha puesto mi (señora!)
(Vuelve el criado con el almuerzo para don Frutos, lo pone en una mesa y se retira.)
FRU.—¡Hola! ¿Viene el almuerzo?
Me alegro. Con permiso...
Daremos al estómago un refuerzo.
Si ustedes gustan...
ELI. Gracias. Tan temprano...
MAR.—Nosotras, a dormir.
FRU.—(Sentándose a la mesa.)
¡Pues ya! ¡Preciso!
ELI.—(¡Y he de darle mi mano!)
MAR.—Dormiremos un rato. Hasta la (una...
ELI.—(¡Mal haya mi fortuna!)
MAR.—(A Juana.)
Ven tú; me quitarás cintas y broches.
(A don Frutos.) Con que, abur.
ELI.—Buenos días.
(Vanse por la puerta de la izquierda.)

FRU. Buenas noches.

Don Frutos, partiendo el jamón.

Santo Cristo de la Seo
que me estais probando así,
decid: ¿qué pecado gordo
vengo a purgar en Madrid?
Novia que quiere bailar
cuando yo quiero dormir,
¿de quién está enamorada?
¿De mis rentas, o de mí?
Suegra que en todo se mete,
hasta en lo que he de vestir;
y me trata cual si yo
fuera algún chigaravis,
y se desmaya, y trasnocha,
¡y juega! ¿no dará fin
de mi bolsa y mi paciencia
antes que amanezca Abril?
¡Y me he de casar!... Si hallara
algún medio, algún ardid...
Para aguzar el ingenio
probemos de este pernil.—
¡Hola! pues está sabroso.
No me engañó la nariz.
(Echándose vino.)
Ahora un trago del manchego...
(Bebe.)
¡Bravo! Bien haya la vid
que te crió. No se bebe
mejor vino en Alcañiz.
(Tomando otro bocado.)
Si fueran iguales todos
los tragos que espero aquí,
ningún cristiano me oyera
quejarme de este pais.

Don Frutos, Juana.

JUA.—(Ya a la vieja he despachado.
Y pues la novia gentil
entró en su cuarto diciendo:
no necesito de ti,
voy yo a aviarme...)
(A don Frutos, al pasar.)
¿Qué tal
el jamón?
FRU. Sabe a las mil
maravillas.
JUA. Lo celebro.
¿Hay buen apetito?
FRU. Sí.
¿Quieres probarlo?
JUA. Mil gracias.
(Ni es vanidoso, ni ruin.)
Hágale a usted buen provecho
y me tendré por feliz.
FRU.—Dios te lo pague, morena.
(Vase Juana.)
Confieso que son aquí
menos niñas que en Belchite
las doncellas de servir.

Don Frutos, Elisa.

ELI.—¡Señor don Frutos!.,.
FRU.—(Levantándose.) ¡Qué veo!
(Yo la hacía ya en camisa.)
¡No te has acostado, Elisa!
ELI.—Hablar con usted deseo.
FRU.—Pues me place, como hay Dios.
Ya es justo que sin empacho
tengamos, Elisa, un cacho
de parlamento los dos.
ELI.—¿Promete usted el secreto
sobre el paso que ahora doy
y no enfadarse, aunque voy
a hablar muy claro?
FRU. Prometo:—
mas también va a ser muy clara
mi lengua; y es menester
que me oigas en paz, mujer,
y no me arañes la cara.
ELI.—Es usted muy buen sujeto...
FRU.—Y tú muy buena vasalla.
ELI.—Otro mejor no se halla.
FRU.—No hay dibujo más completo.
Eres gala de Madrid.
ELI.—Y usted honra de Belchite,—
pero... si usted me permite...
FRU.—En los peros está el quid.
ELI.—Bueno es, antes que nos den
la bendición conyugal,
que temiendo hacer mal,
lo reflexionemos bien.
FRU.—Sí; ya lo dice el proverbio.
Vamos a reflexionar...
(Calabazas me va a dar
ella misma. ¡Esto es soberbio!)
Habla, no temas al bú.
ELI.—Sería muy venturosa
con usted cualquier esposa...
menos...
FRU. ¡Vaya! Menos tú.
ELI.—Mal he dicho. Es un dezliz...
Quiero decir, caro amigo...
que casado usted conmigo
no podría ser feliz.
FRU.—Ni yo soy, cual tú lo ves,
y eso lo conoce un nene,
el marido que conviene
a la hija de un marqués.
ELI.—¿Qué entiendo yo de bodegas,
y de abonar el terreno,

y si se mide el centeno
por varas o por fanegas?
FRU.—¿Qué entiendo yo de elegancia,
y de ese tono de aquí
ni qué me importan a mí
los figurines de Francia?
ELI.—De la barra y la pelota
yo el mérito no distingo.
FRU.—Ni yo de óperas en gringo
donde no cantan la jota.
ELI.—No se suba usté a la parra
si le digo, aunque con miedo,
que acotumbrarme no puedo
a un marido... con zamarra.
FRU.—Ni yo me acomodaría
a una linda caprichuda
que se viste y de desnuda
ocho o diez veces al día.
ELI.—Poco me inclina mi estrella
al que en su primer visita
no hace distinción maldita
entre el ama y la doncella.
FRU.—Y yo doy a belcebú
dama que habla a su marido
muy seria, muy de cumplido...
y a su madre tú por tú.
ELI.—Un marido... ¡Calamocha,
que madruga!... ¡Virgen Santa!
FRU.—Vea usted, y a mi me espanta
una mujer que trasnocha..
ELI.—¡Yo por valles y por cerros!
¡Yo marido cazador,
que repartirá su amor
entre la esposa y los perros!
FRU.—¡Yo mujer con tantos dengues,
que, faltando a la justicia,
me negará una caricia
por no ajar sus perendengues!
ELI.—Y aun viviendo aquí los dos
cediera al fin mi desvío;
pero ¿y Belchite? ¡Dios mío!
FRU.—¿Pero y la suegra? ¡Buen Dios!
ELI.—Y será bueno Belchite;
guapo lugar: lo concedo.
FRU.—¿Pues y Madrid? No haya miedo
que yo le desacredite.
ELI.—Y aquella vida campestre
será muy dulce, muy sana,
¿quién sabe?... De buena gana
pasaría allí un trimestre.
FRU.—Desear yo un pasaporte
que me vuelva a mi lugar
cuanto antes, no es condenar
las costumbres de la corte.
Son muy cucas; no hay falencia;
pero, al fin, no son las mías.
ELI.—Hay ciertas antipatías...
FRU.—Sí; cada uno a su querencia.
ELI.—Y pues no hay conformidad...
FRU.—¡Pues! ¿A qué ofender a Dios?
A qué...
ELI. Casarnos los dos...
FRU.—Es una barbaridad.
ELI.—Pues... ahora bien...
FRU. Ahora bien...
ELI.—Salgamos de este pantano.
FRU.—Pues niégueme usted su mano
y buenas noches, y amén.
ELI.—Yo no he de volverme atrás,
que en mi palabra confía
mamá, y ¡Jesús!... no podría
perdonármelo jamás.
FRU.—Yo también lo prometí,
y en mi probidad no cabe.
ELI.—Toda la corte lo sabe.
¿Qué se diría de mí?
FRU.—¡Otra!
ELI. A usted que es forastero,
y hombre, tendrá mas valor
que yo, le estará mejor...
FRU.—No, que yo soy caballero.
ELI.—Con todo...
FRU. No haría bien
en quitar a usted la fama,
pero en boca de una dama
a nadie ultraje un desdén.
ELI.—¿Cómo ahora tan discreto?
FRU.—Es que yo mismo me azuzo
y el entendimiento aguzo
para salir del aprieto.
ELI.—¿No hay muchos hombres infieles?
FRU.—Mujeres, más.
ELI. Porque ahora
diga usted...
FRU. No; no señora:
no troquemos los papeles.
ELI.—Con que ni el propio interés
mueve a usted...
FRU. Ni un terremoto.
¡Nunca mi palabra he roto,
nunca! Soy aragonés.
ELI.—¡Medrados estamos!
FRU. Sí;
como tres en un zapato.
ELI.—Será usted tan insensato...
FRU.—Seré lo que siempre fuí.
ELI.—Pues yo no he de ser veleta.
El «no»... no saldrá de mí.
FRU.—Pues yo he de decir que sí
aunque me lleve pateta.

ELI.—¡Bien está; nos casaremos!
FRU.—¡Bien: será usted mi mujer!
ELI.—Bien: usted tendrá el placer
de que los dos nos ahorquemos.
FRU.—¡Yo no!
ELI. (Es como una pared.)
¡No tiente usted al demonio!
Si es funesto el matrimonio,
la culpa será de usted.
Tanto a una mujer se apura...
FRU.—De bien a bien soy muy manso,
pero... es que no soy tan ganso
como usted se lo figura.
ELI.—¡Oh!, ya veremos después
quién sufre más de los dos
y quién... ¡Soy mujer!.. Adiós.
(Vase por la puerta de la izquierda.)
FRU.—¡Adiós!—Soy aragonés.

Don Frutos.

Con la futura una lid,
otra con la suegra chocha...
¡Ay Frutos! ¡Ay Calamocha!...
¡Quién te ha traido a Madrid!

Don Frutos y don Miguel.

MIG.—Estoy resuelto.
(A don Frutos que está de costado y en actitud de cavilar.) Buen hombre,
pase usted recado a don...
¡Es un nombre tan ramplón!...
Don Frutos.
FRU.—(Volviendo la cara.)
Ese es mi nombre.
MIG.—¡Ah, que es usted... caballero!
Me ha sorprendido el hallazgo.
¿Quién conoce a un mayorazgo
en traje tan charranguero?
FRU.—Este traje es de mi agrado.
MIG.—Eso lo conoce un topo.
FRU.—Y a ningún alma de chopo
se lo he pedido prestado.
MIG.—¿Es ese el traje de boda?
FRU. ¿Le importa a usted? Voto a quien..
¿Se ha encargado usted también
de sastrearme a la moda?
MIG.—No me tomo yo ese encargo
que excede al talento mío.
Traigo otro.
FRU. ¡Pues al avío!
Diga usted.
MIG. No seré largo.
Ya que nos vemos las caras,
cosa que yo no quisiera...
FRU.—Menos prosa. La madera
no está para hacer cucharas.
MIG.—¡Hola! ¡Me alza usted el gallo!
Me alegro, señor galán.
FRU.—Se lo alzaré al Preste Juan,
que ya de cólera estallo.
MIG.—Pues señor; vamos al grano.
Usted quiere que le den
a Elisa; más yo también
aspiro a su blanca mano.
FRU.—Bien; y a mí que se me da...
MIG.—Somos dos; una es la bella;
casarnos los dos con ella...
no puede ser.
FRU. Ya.
MIG. Pues ya.—
Mas la salida es muy obvia.
Si uno a otro es importuno...
FRU.—Pues ya de los dos el uno
se ha de quedar sin la novia.
MIG.—Si ella fuese de Cutanda
mereciera usted su afecto,
pero esa boda en proyecto
es una fusión nefanda,
y así, pues el buen sentido
en tales casos pronuncia,
haga usted formal renuncia,
y quedaré agradecido.
FRU.—Oiga usted, y no haya riña,
no me importara un ardite
volver soltero a Belchite,
porque es alhaja la niña.
Pero eso de que un compadre
con tal fuero me lo exija...
Primero... —Poco es la hija,—
me casara con la madre.
MIG.—Pues entonces, señor mío,
ya no queda otro recurso
que matarnos.
FRU. ¡Buen discurso,
como hay Dios! ¡Un desafío!
MIG.—¡Si señor, y pronto; al trote!
FRU.—A galope, si usted quiere.
MIG.—Diga usted qué arma prefiere...
Elija usted.
FRU. Un garrote.
MIG.—Esa es arma de mal tono.
FRU.—Esa es la que yo manejo.
MIG.—Y es digna de ese aparejo;
mas no la adopta mi encono.
Sentencie nuestro proceso
o la pistola, o la espada...
FRU.—No señor.
MIG. O el sable...
FRU. ¡Nada!
Garrotazo y tente tieso...
MIG.—Pero hemos de ser tan brutos...
FRU.—¡Leña! ¡Ya que usted se empeña

en que haya camorra, leña!
No hay más tu tía.
MIG. ¡Don Frutos!
FRU.– ¡Don... usted!
MIG. ¡Con ese alarde
de atroz salvajismo inculto
quiere usted huir el bulto
a mi venganza, cobarde!
FRU.– (Furioso y amenazándole con el puño.)
¡Yo cobarde! ¡Voto a brios!...
MIG.—(Poniendo mano a la espada y retirándola inmediatamente.)
No demos aquí un escándalo.
FRU.—¡Yo cobarde! Yo...
MIG. ¡Seo... vándalo!
ya nos veremos los dos.
Yo sabré...
FRU. Si no mirara...
MIG.—Lo que he de hacer con un ente
como usted. Todo viviente
le ha de escupir en la cara.

Don Frutos, a la puerta.

Tengo un puño en cada brazo
y si alguno me provoca,
antes que escupa su boca
le hundiré de un puñetazo.—
¡Se fué!—¿Señor, hay conciencia
para hostigar tanto y tanto
a un hombre de bien? Un santo
perdería la paciencia.
¡Oh! ya no reparo en nada.
¿Quieren que mi saña aborde?
Bien está. Yo haré en la corte
una que sea sonada. (Entra en su cuarto.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Don Remigio y Don Miguel.

MIG.—¿Con que, es verdad?
REM. Sí; a las dos
se van a tomar los dichos.
Para esa hora están citados
el notario y los testigos.
MIG.—¡Y es la una y media! ¿Qué ha-
(remos?
Discurra usted un arbitrio.
REM.—Qué se yo... Mal pleito es este.
No dió lumbre el desafío;
Elisa está resignada
al funesto sacrificio;
la vieja es inexorable...
Solo nos queda un camino.
MIG.—¿Cuál?
REM. Que como otro Escipión
se venza usted a sí mismo
y abandone...
MIG. ¿Qué se entiende
abandonar? ¡Por el siglo
de mi madre!...
REM. (Mis orejas
corren otra vez peligro).
MIG.—¡Ceder yo el campo! Primero
habrá en esta casa tirios
y troyanos.
REM. Norabuena;
¡mas por los clavos de Cristo!
¿qué consejo puede dar
en estos momentos críticos,
señor don Miguel, un hombre
tan amable y tan pacífico
como yo? ¡Si se tratase
de un inocente artificio,
de una intriguilla venial,
vaya con Dios!; siempre he sido
complaciente, y manejable,
amigo de mis amigos.
¿Pero cuando usted vacila
entre rapto y homicidio,
seré yo tan Barrabás
que le empuje al precipicio?
Mi consejo...
MIG. Es de un menguado.
REM.—Sí será. Yo no me pico...
MIG.—¡Bueno fuera, siendo yo
el amado, el preferido,
que se llevase la novia
un bárbaro campesino!
REM.—¡Es un horror!—¿Pero no hay
en Madrid jefe político?
Demanda al canto, depósito,
y es asunto concluído.
MIG.—Ya se lo he propuesto a Elisa,
pero es tan pobre de espíritu...
REM.—Por no chocar con su madre;
por no exponerse al ludibrio
de las gentes y al escándalo...
MIG.—¿Qué escándalo ni que niño

muerto? ¿Es escándalo usar
de su derecho legítimo?
Pero esas mujeres... ¡Oh!
cuando dan en un capricho...
Y... qué se yo... Juraria
que aun ha de estar indeciso
su corazón de coqueta
entre uno y otro individuo.
REM.—(Tal creo.)
MIG. Ya no hay que andarse
por las ramas. Es preciso,
forzoso, urgente, matar
al aragonés maldito.
REM.—Hombre, mire usted...
MIG. El sale.
Me alegro mucho.
REM. (¡Dios mío.)

Dichos y don Frutos.

FRU.—¡Hola, señor capitán!
Sea usted muy bien venido.
MIG.—¡Eh! Cumplimientos a un lado,
que estoy hecho un basilisco.
FRU.—¡Qué bobada... y qué «mal tono»!
MIG.—Cómo...
FRU Yo estoy muy tranquilo,
y aconsejo a usted que tome
mi ejemplo.
MIG. No; yo he venido...
FRU.—Ya sé, con la misma tema
de armar camorra conmigo;
pero cuando uno no quiere,..
no riñen dos: esto es fijo.
MIG.—¿No? Yo sabré...
FRU. Usted no sabe
lo que se pesca, amiguito.
Mejor sería, en lugar
de venirme a mí con libros
de caballería andante,
que pusiera usted su ahinco
en atraparme la novia.—
¿No digo bien, don Remigio?
MIG.—¡Así me habla usted!
FRU. Así.
Yo sé bien lo que me digo.
Los momentos son contados.
Dejémonos de litigios,
don Miguel, y procuremos
salir de este laberinto.
¡Le ha visto a usted la marquesa?
REM.—No; ni sabe que ha venido.
Se encerró en el tocador...
FRU.—Perfectamente. ¡Pues listo!
guárdese usted de sus ojos,
No faltará un escondrijo...
Y mientras solo con ella
la digo cuántas son cinco,
cuide usted de que la chica
no se muera de fastidio.
MIG.—Pero...
FRU. No hay pero que valga.
Ella sabe mis designios...
¡Ande usted!
MIG. (En voz baja a don Remigio.)
Ya capitula.
Me tiene miedo: está visto.
(A don Frutos.)
Supongo que aquí no hay maula...
FRU.—Yo siempre he jugado limpio.
MIG.—(Volviendo la cabeza después de dar algunos pasos.)
Es que...
FRU. ¡Ande usted!
(Vase don Miguel por la izquierda del foro.)
¡Aun se me hace
de pencas el señorito!

Don Frutos, don Remigio.

REM.—Yo celebraré en el alma,
caro amigo, que usted logre
desbaratar esa boda;
porque, si vale mi pobre
dictamen, cuando no son
homogéneos los consortes...—
¿está usted?,—un matrimonio
es el órgano de Móstoles.
FRU.—No; no es esa la mujer
que me conviene.
REM. ¡Y sin dote!
FRU.—Eso no importa un bledo;
pero tengo otras razones...
REM.—¡Oh! Sobradas. Y pensar
que ella renuncie a la corte
y a sus... Para usted sería
pirtiparada, de molde
una mujer... como yo.
FRU—¿Cómo usted? ¿No es usted hombre?
REM.—Quiero decir... de mi genio,
de mis circunstancias; dócil,
servicial...
FRU.—(Para sí.) Mientras él viva
no faltará quien le abone.—
(A don Remigio.)
Pues lo que es a servicial,
ni usted, ni nadie en el orbe
me gana a mí. Mire usted
que tiene cuatro «memoles»...
REM.—(¡Huy¡)
FRU. Trabajar un galán...
¿eh? para que otro le sople
la dama. ¿Eh?

REM. Yo convengo
en que es muy raro ese noble
proceder, famoso asunto
para mármoles y bronces.
FRU.—Mas no lo hago por virtud,
ni por miedo a los bigotes
del capitán pendenciero,
porque a mi nadie me tose;
lo hago por ver si me zafo
del apuro en que me ponen.
Líbreme yo de la novia
y de esa suegra o demontre,
y mas que cargue con ambas
Perico el de los palotes.
Mas si no cede la vieja
a mis justas reflexiones,
y se mantiene en sus trece...
¡pues! como yo en mis catorce,
y al fin tengo que casarme,
juro a Dios y a los apóstoles
que he de romper la cabeza
a ese interesante joven.
REM.—No permita Dios...—Supongo
que para mí no habrá golpes.
Yo soy amigo de usted.
Siempre hemos estado acordes...
FRU.—¡Eh! Con usted no va nada.
Pero los minutos corren
que vuelan y la marquesa
no viene. Aunque usted perdone,
don Remigio, quiere usted
llamarla...
REM. Con mil amores.
FRU.—Y luego...
REM. Entendido. Luego
querrá usted que me incorpore
con los otros y...
FRU. Cabal.
REM.—Pero me excusa un galope
mi señora la marquesa.
(Saludando a la marquesa que llega.)
Muy servidor...
(A don Frutos.) A la orden.

Don Frutos, la Marquesa.

MAR.—¿Cómo es eso? ¡Aun está usted
de zamarra!
FRU. ¡Eh! No me estorba.
MAR.—Y va a venir el notario,
y los testigos... ¡Qué sorna!
FRU.—Me alegro de ver a usted.
Tenemos que hablar a solas. .
MAR.—¡Jesús, y están convidadas
más de cuarenta personas!...
FRU.—No le hace...
MAR. ¿Qué dirán? Hecha
un ascua de oro la novia,
yo un brazo de mar, y el novio...
FRU.—Yo no gasto ceremonias.
Bien estoy así.
MAR. ¡En «toilette»
de calesero!
FRU. ¿Qué importa?
MAR.—Importa mucho. ¿Usted quiere
que se burlen de nosotras?
FRU.—Si usted toma mi consejo
podrá excusar esa mofa.
MAR.—¿Y qué consejo?... Sepamos...
FRU.—Que se deshaga la boda.
MAR.—¡Oh!... ¿Qué dice usted? ¿Salimos
con esa embajada ahora?...
(Entreabren por dentro la puerta de la izquierda.)
FRU.—Aquí no hay más embajada
que la razón y me sobra
por todas mis coyunturas...
MAR.—Don Frutos, basta de bromas.
FRU.—Hablo de veras. Usted
no tiene pelo de tonta,
y bien habrá conocido
que el tal casamiento es droga.
Yo soy demasiado tosco
para dama tan preciosa;
no se cambian las costumbres
como se cambian las modas,
y nunca harán buenas migas
perro y gato en una alforja.
MAR.—¡Eh ¡Como de esos milagros
hace el amor!
FRU. ¡Dale, bola!
No nos amamos nosotros:
¿lo entiende usted?; no señora.
Yo lo sé de buena tinta;
esto es, de su propia boca,
y ella de la mía: ¿estamos?
No soy mudo, ni ella sorda.
MAR.—Ella cumplirá no obstante
con los deberes de esposa...
FRU.—No diré yo lo contrario...
si la permiten que escoja;
porque ha de saber usted,
si por desgracia lo ignora,
que hay bigotes de por medio.
MAR.—¡Bobada! A usted se le antojan
los dedos huéspedes.
FRU. No.
MAR.—Vaya...
FRU. Hay moros en la costa.
MAR.—Cuando a mí nada me ha dicho
la niña...
FRU. Teme la cólera de usted.

MAR.—¿Por qué? Yo no fuerzo
su voluntad.
FRU. Se equivoca
mi señora la marquesa...
por no decir otra cosa.
MAR.—Hablemos claro, don Frutos,
y diga usted sin tramoya
que retira su palabra.
Hombre sin pudor, sin honra,
sin fe...
FRU. ¡Señora Marquesa!
No quiera usted que nos oigan
los sordos; tenga usted juicio,
y ahorremos esa camorra.
A todos nos salva un «no».
Veamos a quien le toca
pronunciarlo. Si yo diera
calabazas a la moza,
sobre faltar al respeto
del que está bajo la losa,
fueran ustedes silbadas
diez lenguas a la redonda,
ella no le soltará
si la llevan a la horca;
con que...
MAR. ¿Con que yo he de ser
quien cante la palinodia?
FRU.—Sí, señora; y yo consiento
que me ponga usted como hoja
de peregil, y me acuse
de haber roncado en la ópera...
¡Si tal!, y de haber comido
a cucharadas la sopa;
y más que salga también
a la colada la historia
del velador, y el abrazo,
y la zamarra, y las botas...
y más que sea preciso,
para que usted quede airosa,
compararme... ¿A quién diré?
Al bruto de Babilonia.
MAR.—No; ya es tarde. Yo no cedo.
FRU.—¿No?
MAR. Mil veces no.
FRU. ¡Señora!
¡Mire usted que eso es ponerme
en el pescuezo una soga!
Mire usted que si me obliga
a que mi palabra rompa;
¡yo!, ¡un aragonés!, ¡ah! juro
por mi padre que esté en gloria
que se ha de acordar usted
de don Frutos Calamocha.
MAR.—¡Bravatas! ¡Baladronadas!
FRU.—¡Pues ya que usted me provoca,
guerra, venganza!
(Sacando una cartera y de ella unos papeles.)
Aquí tengo
mi artillería. ¡Arda Troya!
MAR.—¡Cómo!...
FRU. Usted recordará
si no es flaca de memoria
que cuando el marqués difunto
residía en Zaragoza,
para sacarle de empeños
le abrió mi padre su bolsa.
MAR.—Es verdad. Le prestó algunas
cantidades...
FRU. Y no flojas.
(Mostrando a la Marquesa un papel.)
¡Vea usted; veinte mil pesos!
MAR.—(¡Dios mío!...)
FRU. Cuenta redonda.
MAR.—Pagaré...
FRU. De eso se trata.
El documento está en forma.
MAR.—(¡Este hombre me va a perder!)
Más adelante...
FRU. No; ahora.
Págueme usted al momento,
o la casa se alborota
y ante el notario y testigos
digo que es usted tramposa.
MAR.—¡Ah, don Frutos!
FRU. Y la pongo
por justicia.
MAR. ¡Qué congoja!
FRU.—Y la embargo cuanto tiene
en la sala y en la alcoba...
MAR.—¡Jesús, qué hombre!

Dichos y Juana.

JUA.—(Anunciando.) Los testigos,
el cura de la parroquia,
el notario...
MAR. ¡Justo Dios!
JUA.—El marqués de la alcachofa...
MAR.—Voy... Que esperen un momen-
(to...

Dichos, menos Juana.

MAR.—Tenga usted misericordia...
FRU.—¿La ha tenido usted de mí?
La venganza es muy sabrosa.
MAR.—¡Baje usted la voz!...
FRU. No puedo,
que el furor me desentona.
Todos sabrán...
(La Marquesa cierra la puerta del foro.)
¿Cierra usted?
Pues levantaré la solfa.
O pagarme, o despedirme,

o he de hacer...
MAR. ¡Virgen de Atocha!...
FRU.—Una de pópulo bárbaro,
y aunque me gaste mil onzas
he de tener el consuelo
de que pida usted limosna.
MAR.—¡Basta! ¡No más! Yo recojo
la palabra de la novia,
y la mía.
FRU. ¡Eso!
MAR. Y diré
que el novio no me acomoda.
FRU.—¡Así!
MAR. Y diré la verdad,
porque es usted un idiota.
FRU.—¡Divinamente Un abrazo
le daría a usted ahora.
MAR.—Mas que dirán los testigos...—
esto es lo que me sofoca;—
y el notario, y tanta gente
convidada...
FRU. Usted se ahoga
en poca agua. Ellos venían
a presenciar una boda...
MAR.—¡Y esa boda se ha frustrado!
FRU.—¿Pues hay más que darles otra?
MAR.—¡Cómo!... ¿Con quién?...
FRU.—(Acabando de abrir la puerta de la izquierda.) «Verbi-gratia».
(Salen Elisa, don Miguel y don Remigio, y se arrodillan a los pies de la Marquesa.)
MIG.—¡Señora!...
ELI. ¡Mamá!...
REM. ¡Señora!...
Dichos, Elisa, don Miguel y don Remigio.
MAR.—¡Qué veo! Aparta de aquí,
h ja traidora.
ELI. ¡Perdón!...
MAR.—¡Qué horrible conspiración!
FRU.—Todo se gobierna así.
MAR.—¡Ah! ¡Me han burlado!
REM. ¡Por Dios!...
MIG.—¡Ah, señora! Yo protesto...
MAR.—¿Pero qué viene a ser esto?
¿Te has de casar con los dos?
REM.—Cada cual en esta farsa
hace el papel que le dan.
Este es el primer galán;
yo soy un simple... comparsa.
MAR.—(Buscar un yerno es urgente
en este lance de honor,
y pues no hay otro mejor...
cubramos el expediente.)
MIG.—Rica no será conmigo,
pero mi amor...
ELI. Por piedad...
FRU.—Por la negra honrilla...
MAR. ¡Alzad!
Yo os abrazo y os bendigo.
FRU.—¡Viva! ¡Eso es ser madre! Ahora
que estamos todos contentos,
rompo yo mis documentos.
(Hace pedazos los papeles que sacó.)
Estamos en paz, señora.
MAR.—¡Tanta generosidad!
Me confunde usted, me abate...
FRU.—No tal. ¡Pago mi rescate
y viva la libertad!
REM.—¡Oh, pecho noble y sin hiel!
FRU.—Basta. Demos al olvido...
MIG.—¡Don Frutos!...
ELI. (¡Qué necia he sido
en no casarme con él!)
FRU.—Ahora... andemos a porrazos,
si usted quiere, capitán.
MIG.—No; ya no tengo ese afán.
FRU.—(En actitud de brindarle con un abrazo.) Pues...
MIG.—¡Venga usted a mis brazos!
(Se abrazan.)
REM.—(Enternecido.)
El llanto inunda mi cara,
y siento una conmoción...
una... ¡Bravo!... ¡Otra edición
del abrazo de Vergara!
MAR.—Vamos, vamos a la sala,
que nos están esperando...
FRU.—Vayan ustedes andando...
ustedes que están de gala.
Yo voy a buscar un coche
que me vuelva a mi lugar.
MAR.—¿Ya se quiere usted marchar?
FRU.—Sí. No duermo aquí esta noche.
También yo entiendo, marquesa,
algo de filosofía,
aunque tengo todavía
el pelo de la dehesa.
ELI.—Pero dejarnos así...
REM.—Sin disfrutar del convite...
FRU.— Nada! ¡A Belchite, a Belchite!
La corte no es para mí.

FIN DE LA COMEDIA

PRENSA POPULAR.—Calvo Asensio, 3 — Madrid.—Apartado 498

La novela TEATRAL

Precio: 20 cts.

EL ZAPATERO Y EL REY

(PRIMERA PARTE)

DRAMA EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL DE

DON JOSE ZORRILLA

PERSONAJES

TERESA. - DOÑA ALDONZA CORONEL. - DON PEDRO. - DON JUAN. - DIEGO PEREZ. - BLAS. - DON JUAN DE COLMENARES. - SAMUEL LEVI. - DON JUAN ROBLEDO. - DON ALBAR PEREZ DE GUZMAN.-DON DIEGO GARCIA DE PADILLA.-UN EMBAJADOR DEL REY DE GRANADA. - UN CONJURADO. - UN HOMBRE DEL PUEBLO
Ballesteros de la guardia del rey.

ACTO PRIMERO

Interior de la casa de Diego Pérez: ajuar del oficio, Es de noche:

Blas y Teresa.

TER.—Sí, sí, cierra la ventana,
que hace una noche...
BLAS. Muy buena
para empezar una ronda.
TER.—¡Vaya, y diluvia!
BLAS. Por fuerza
bebe los vientos por ti
si hoy es constante.
TER. ¡Qué pelma!
BLAS.—Vive Dios, que es un mancebo
que vale un mundo, Teresa;
ni valientes le intimidan,
ni temporales le arredran.
Con su espadón en el cinto
y su malla sempiterna,
no hay quien le tosa en Sevilla,
si como ronda pelea.
TER.—Siempre te me estás burlando.
BLAS.—¿Yo burlarme? No lo creas;
si la verdad no te digo
en la vida hablé de veras.
¿Crees tú que entrar le dejara
en casa, si no creyera
que es un soldado valiente?
TER.—¡Dios mío! *(Sobresaltada)*
BLAS. ¿Qué fué, Teresa?
TER.—Sería aprensión.
BLAS. Sería.
TER.—Creí que abrían la puerta.
BLAS.—Lo que tú tienes es miedo.
TER.—Ojalá no le tuviera;
aunque en tal caso, mi Blas,
gran ventaja no me llevas.
BLAS.—¿Cómo?
TER. Anteanoche temblabas.
BLAS.—¿Cuándo?
TER.— ¿Cuándo?... ¿No te acuerdas?
BLAS.—No a fe.
TER. Cuando aquella mano
que, asiéndola por las rejas,
cerró a golpe la ventana.
BLAS.—Algún hidalgo tronera
que a su casa volvería
con tres o cuatro botellas.
TER.—¿Y aquellas voces que oímos?
Di. ¿Y el son de las cadenas?
BLAS.—¡No lo mientes!
TER. ¡Virgen santa,
qué noche tan cruel fué aquella!
Rodaba todo el infierno
por el atrio de la iglesia.
BLAS.—¿Lo viste tú?
TER. ¿Yo? En la cama
me di mil veces por muerta,
y no me atreví de miedo,
ni a rebullirme siquiera.
Pero Juanito me dijo

que él asomó la cabeza
por la rejilla, mucho antes
que a cerrárnosla vinieran,
y vió...
BLAS.—¿Qué vió?
TER. Seis fantasmas;
cuatro blancas y dos negras.
BLAS.—Hablemos, si te parece,
con formalidad, Teresa.
TER.—Pero no dejes la obra
por hablar.
BLAS. Enhorabuena.
Sigo con ella y escucha:
Aunque yo, en verdad, no tenga
miedo a los muertos, sea dicho
con la debida cautela,
por no tenerlos vecinos
he echado a solas mis cuentas.
TER.—Y a fe que la vecindad
no es muy grata.
BLAS. Estame atenta.
Puesto que van ya tres noches
que esos muertos se revelan,
y con sus danzas nocturnas
dormir en paz no nos dejan,
pienso ir, si padre consiente,
a otro barrio con la tienda.
¿No te parece? Y mañana...
TER.—¿Mañana? ¡Soberbia idea!
BLAS.—Cuanto más pronto mejor.
TER.—Sí, sí, porque el miedo arrecia.
Yo, la verdad, ni una noche
duermo un minuto serena.
BLAS.—Pues yo sueño con los diablos
y los duendes todas ellas.
TER.—¡Hola! ¿Con que al cabo, Blas,
que tienes miedo confiesas?
BLAS.—Negar que los muertos me ha-
[cen
mucha pavura, Teresa,
fuera, a hablar como hombre honrado,
en mí la aprensión más necia.
Sabes que en toda mi vida
temí paliza, pendencia
ni motín, que en todo lance
presto anduve a la defensa
de mi padre o mis hermanos,
de un vecino... de cualquiera.
Sabes que estuve empeñado
no ha mucho en ir a la guerra,
y que, a dejarme mi padre,
ya estaría en la frontera.
Mas los muertos me intimidan,
¿a qué andarse por las yerbas?
Si veo venir de frente
una pica, una ballesta,
derecho me voy al bulto
por ir aunque más no sea;
pero en hablando de muertos
estoy con la pataleta.
Me columpio, que parece
que es de plomo la cabeza,
los pies y manos de corcho,
y el corazón de manteca.
TER.—Pues manos a la mudanza.
BLAS.—No, como a padre convenga,
a otra parte con la música.
TER.—Blas, que llaman a la puerta.
BLAS.—Abre tú.
TER. ¡Miren qué gracia!
Abre tú que estás más cerca.
BLAS.—¡Vaya! ¡Pues aun tendrá mie-
[do!
¿Quién?
DIE.—*(Dentro.)* Yo.
BLAS y TER. Buenas noches.
DIE. Buenas
os las dé Dios, hijos míos.
(A Blas que se asoma a la puerta con curiosidad.)
Vaya, Blas, que llueve, cierra.
Diego, Blas y Teresa.
TER.—¿Queréis lumbre?
DIE. Sí, por cierto;
que hace una noche tremenda.
BLAS.—Sentaos.
DIE. Toma el sombrero.
Llévate la capa y tiéndela.
BLAS.—Chorreando está.
(Vase Blas y vuelve.)
TER. ¿Qué tenéis,
padre? Traéis descompuesta,
desencajada la cara.
DIE.—Es el frío.
TER. No; por fuerza
os ha sucedido...
BLAS. ¿Cómo?
¿Qué es eso?
DIE. Vaya, que apenas
llego, siempre os empeñáis
en que azares me sucedan.
No tengo nada.
BLAS. Es que importa
que jamás os acontezca
daño, mientras tengáis hijos
que os venguen.
DIE. ¿Eh?
BLAS. Que os defiendan.
DIE.—La venganza es, hijo mío,
de maldición una piedra,
que tarde o temprano vuelve
contra el mismo que la suelta.

BLAS.—Ya lo sé, padre, que he oído
mil veces eso en la iglesia.
DIE.—Pues es preciso que siempre
en la memoria la tengas.
Pero vamos a otra cosa:
¿Vino?
BLAS. Nadie.
DIE. En hora buena.
¿Con que habéis estado solos?
BLAS.—Sí, señor.
TER. Si no se cuenta
el miedo de cada cual.
DIE.—¿Y de qué ese miedo era?
Ambos calláis.
TER. Dilo, Blas.
BLAS.—Padre, hablando con franque-
[za,
los muertos...
DIE. Bueno, dejadlo.
BLAS.—Es que estamos siempre...
DIE. ¡Vuelta!
BLAS.—Y hemos tratado los dos
de que mudemos la tienda.
DIE.—No hay que pensar más en ello;
los muertos son gente buena
y no se meten con nadie.
TER.—Pero...
DIE. Silencio, Teresa;
no son los muertos, a fe,
los que ahora a mí me amedrentan;
y de una vez para siempre
que comprendáis me interesa
que los muertos no hacen daño,
y que hablar de ellos molesta.
BLAS.—Pero, padre, ¿y esas voces
que de noche nos atruenan?
DIE.—Cerrad las ventanas bien,
y dormid a pierna suelta;
las voces sólo son ruido,
y el ruido no rompe piernas.
BLAS.—¿Y no era más fácil?...
DIE. No.
BLAS.—Vuestro mal humor os ciega:
padre, ¿qué tiene de extraño
que, por ser la calle estrecha,
porque se pierde o se gana,
o sea por lo que sea
mude un vecino algún día
a otro barrio casa o tienda?
DIE.—Blas, yo tengo mis razones,
y permanecer es fuerza
en esta casa, aunque mucho
de ello en el alma me pesa.
BLAS.—(¡Qué diablos! ¡Quiere y no
[quiere!
¿A que también da en la tema
de callar que tiene miedo?)
Pero...
DIE. Basta de querella:
no hay que alzar ya más pelillos
a conversación tan necia;
y el que de noche, curioso,
me abra a deshora una reja,
que se eche a él solo la culpa
del mal que a todos nos venga.
TER.—¿Llamaron?
BLAS. ¿Abro?
DIE. ¿Pues no?
Que entre en mi casa quien quiera.

Dichos, don Juan de Colmenares.

JUAN.—¡Dios sea loado!
DIE. ¡Don Juan!
¿Con una noche tan cruda
vos en mi casa?
JUAN. Sin duda,
siempre os quise con afán.
DIE—Cuatro años hace, señor,
que en ella no os hemos visto.
JUAN.—De venir es, ¡vive Cristo!
esa la razón mejor.
Cuanto más corren los años
más los amigos se prueban,
y amistades se renuevan
en males y desengaños.
DIE.—Habláis, don Juan, de amistades
con tono tan singular,
que nos haréis recelar
en la vuestra novedades.
JUAN.—¡Oh, no, Diego! Por mi vida
nunca os la tuve más fiel,
y de ello...
BLAS. (Reniego de él.)
JUAN.—Os da pruebas mi venida
(*Con aire de importancia.*)
¡Hola! ¡Qué altos los muchachos
están!... ¡Mozo más cabal!...
No le sentarían mal
la coraza y los mostachos.
No es este el que quiso ser...
BLAS.—Yo soy, y si aun me dejaran
por San Juan que se quedaran
los zapatos sin coser.
JUAN.—¿Con tanta afición te sientes?
BLAS.—Los ojos tengo rasados
sólo con ver los soldados
con el hierro hasta los dientes.
JUAN.—Y entonces, ¿por qué esa sen-
[da?...
BLAS.—Dice mi padre, señor,
que siempre he de estar mejor
que en el cuartel en la tienda.
JUAN.—Nada hay a eso que añadir;

mas Diego, si no hay objeto
que lo obste, tengo en secreto
dos palabras que decir.
DIE.—¿A mí, don Juan?
JUAN. A ti, Diego.
DIE.—Podéis empezar si os place.
JUAN.—No estás solo.
DIE. ¿Eso qué le hace?
JUAN.—Ireme pues.
DIE.—(*Con orgullo.*) Idos luego.
Bajo este techo, don Juan,
no hay quien no pueda, discreto,
guardar el mejor secreto.
JUAN.—Grandes para ti serán
los motivos de esa fe
en tus hijos, pues lo son;
pero fuera indiscreción
fiarme yo, y no lo haré.
DIE.—Pues tanto empeño mostráis,
idos vosotros.
BLAS. (Maldita
sea con él su visita.)
(Vanse Blas y Teresa.)
Don Juan y Diego.
DIE.—Solos estamos. ¿Habláis?
JUAN.—Diego: tú, audaz y orgulloso,
de tu virtud satisfecho,
caminas siempre derecho
por el camino espinoso
de la vida; mas preciso
será que te haga mirar
que hay mucho en qué tropezar.
DIE.—Os agradezco el aviso;
mas tengo ya setenta años,
y si es que torcido anduve,
los vicios que siempre tuve
tarde os parecen extraños.
JUAN.—Diego, tu altivez modera
y a la razón deja luz,
que es muy recta tu virtud,
pero es atrevida y fiera.
Consulta contigo mismo
lo que vas a responder,
que va tu respuesta a ser
tu salvación o tu abismo.
¿Quieres escribir tu nombre
donde los nuestros están?
DIE.—Ya os dije que no, don Juan.
JUAN.—(¡Qué tenacidad de hombre!)
Diego: ¿lo has pensado bien?
DIE.—Sí, don Juan.
JUAN. ¿Y no has pensado
que va a alcanzar tu pecado
a mi cabeza también?
DIE.—¡También a vos! No lo entiendo.
JUAN.—¿Quieres que en olvido eche
que ambos con la misma leche
nos nutrimos?
DIE. Os comprendo.
Tal vez creéis que me amáis
porque pensáis mucho en mí,
mas cuando pensáis así,
don Juan, os alucináis.
Mucho mi arrogancia os pesa,
pues culpo vuestras acciones,
y esas son las mil razones
porque Diego os interesa.
JUAN.—Mas hay otros que, inflexibles
por no malograr su afán,
a tu vida tenderán
todos los lazos posibles.
Te seguirán por doquiera,
y es infalible decreto,
que quien roba su secreto
ayuda les preste o muera.
DIE.—Concluyamos de una vez:
yo sé que hay un Juez supremo
y nada en el mundo temo
mientras me ampare ese Juez.
Os habéis puesto, insensatos,
con los nuestros a jugar,
y habéis logrado engañar
así a muchos mentecatos.
JUAN.—Cuánto importa mantener
de ese aislado monasterio
la oscuridad y el misterio,
en mi empeño puedes ver.
Es fuerza, Diego, que el vulgo
de comprenderlo no acabe:
si ha de morir quien lo sabe,
peligro, pues lo divulgo.
DIE.—Desprecio la oculta ley
que proscribe mi virtud,
y siendo en mi juventud
soldado, defiendo al rey.
JUAN.—Al rey que deja morir
de hambre a sus servidores,
que andan hoy como traidores
mendigando a quien servir.
El rey que deja, inhumano,
que, a merced de oficio infame...
DIE.—Quien tal al trabajo llame,
es, don Juan, sólo un villano:
jamás en lo que es me meto
mi rey, que soy su vasallo,
bueno o malo, sufro y callo,
y aunque le odio, le respeto.
Lo dije; ¡y mirad, por Dios,
que pierdo ya los estribos!
no temo muertos ni vivos;
conque meditadlo vos.
Y no lo toméis a espacio,

que no soy yo vuestro amigo;
y en amistad os lo digo,
mañana voy a palacio
JUAN.—Lloré, supliqué por ti,
mas la vida nos va en ello;
y cada cual por su cuello
mira con razón aquí.
Conque si ello tanto importa
piensa a la vez, y despacio,
que no llegará a palacio
ni tu palabra más corta;
pues no puedes en conciencia
en ser nuestro consentir,
custodiado has de partir,
y no temas la indigencia.
(Le ofrece un bolsillo que Diego rechaza.)
DIE.—Dadlo a los de vuesta grey,
don Juan, que yo mi pobreza
llevo con tanta fiereza
como su corona el rey.
Y aunque los den tan baratos
que cieguen por trabajar,
nunca pan me ha de faltar;
mis hijos harán zapatos.
JUAN.—Sabes, y Dios me es testigo,
de que hice por ti, a mi fe,
cuanto pude.
DIE. Ya lo sé;
mi padre os crió conmigo.
JUAN.—Y no sé cómo igualmente
la misma leche nos hizo
necio y descontentadizo
a ti, y a mí tan prudente.
DIE.—Tenéis razón, ¡vive Dios!
que hemos salido en pareja
un lobo con una oveja.
JUAN.—Tú el lobo.
DIE. Y la oveja vos:
eso dije.
JUAN. ¡Hombres ingratos
que desprecian tan traidores...!
DIE.—*(Interrumpiéndole.)*
No quiero vuestros favores,
don Juan, coseré zapatos.
¿Me tenéis más que decir?
JUAN.—Que te encomiendes al cielo.
DIE.—A ese tribunal apelo.
JUAN.—Adiós.
DIE. Con vos quiera ir.
(Vase don Juan.)
Diego, Blas y Teresa.
BLAS.—Padre, no oí lo que os dijo,
mas créolo un desacato;
y muerte afrentosa elijo
si, siendo yo vuestro hijo,
os ofende y no le mato.
DIE.—Blas, el cariño te ciega.
BLAS.—No sé qué juego se juega,
porque no oí más que el fin;
pero el negocio es muy ruin
cuando mi padre se niega.
DIE.—¿Nada comprendiste?
BLAS. No.
DIE.—Dios tal vez te ensordeció.
BLAS.—Vi que os ofreció dinero,
y que dijisteis: "No quiero."
Bien hecho, tampoco yo.
DIE.—Blas, la honra es un tesoro,
y aunque te ofrezcan más oro
que cabe en la catedral,
si la vendes harás mal.
BLAS.—Primero me mate un moro.
No le está bien a un mancebo
los secretos rastrear
de un viejo, sé que no debo;
mas ¿me queréis confiar
éste? A guardarle me atrevo.
DIE.—Es inútil; está bien
donde está, y no estará, no,
mucho tiempo.
BLAS. Yo también
tomaré lo que me den
los que saben más que yo. *(Pausa.)*
TER.—Padre, ese hombre os ha dejado
tan inquieto... ¿Qué tenéis?
DIE.—¿Vuelves ya a lo comenzado?
Con tan prolijo cuidado
acosado me tenéis.
Mas, ahora que hago memoria,
si ese soldado viniera
de otras noches, me pluguiera.
TER.—¿Os fuera útil?
DIE. Sí que fuera.
BLAS.—¡Es hombre de grande historia!
Me gusta por lo valiente,
y de honrado tiene facha.
¿No es así? *(A Teresa.)*
TER. Padre consiente
en que venga...
BLAS. Y es corriente;
que quiera padre no es tacha.
DIE.—No le agradezco infinito
sus visitas, en verdad;
mas hoy que le necesito...
BLAS.—¡Voto a San Diego bendito!...
DIE.—Blas, no jures.
BLAS. Perdonad;
pero mal lobo me coma
si no vuelvo como un galgo
con él. *(Llaman.)*
TER. ¿Llaman?

en nombrando al rey de Roma...
DIE.—Si fuera él...
BLAS. Apostara algo.

Dichos, don Pedro en traje de soldado.

BLAS.—Seor soldado, guárdeos Dios.
PED.—El le socorra, mancebo.
Alegre está. ¿Qué hay de nuevo?
BLAS.—Nada, pues llegasteis vos.
PED.—¿Me esperaban?
BLAS. Impacientes.
PED.—¿Qué es ello, pues, linda niña?
¿Se le ocurre alguna riña?
¿Qué me mandáis?
DIE. Que te sientes.
PED.—Buen viejo, disimulad;
no os saludé en derechura,
porque al ver tanta hermosura
me siento ciego.
DIE. En verdad
que sois un hombre bizarro
y siempre con buen humor.
(Don Pedro mete sin ceremonia ambos pies por medio de todos.)
PED.—Dejadme echar al calor
esta humedad y este barro.
BLAS.—(Si no viera en una pieza
su amor y su edad marcial,
Teresa, tomaba a mal
su desenfado y franqueza.)
PED.—¿Qué murmura el perillán?
BLAS.—Que traéis hoy una espada
con mucho primor dorada.
PED.—En el cuartel me la dan;
y como me sirva bien,
jamás las señas la tomo;
que al pulsarla por el pomo
se cura siempre a cercén.
Pero al caso, señor Diego:
dispuesto estoy a escucharos;
hablemos de prisa y claros,
que he de partirme muy luego.
DIE.—¿Entráis en palacio vos?
PED.—¿Por qué me lo preguntáis?
DIE.—Porque si hasta el rey llegáis
quiero hablarle.
PED. Sí, por Dios;
y si queréis que le diga...
DIE.—A solas le quiero hablar.
PED.—Para tan alto picar
muy grave causa os obliga.
DIE.—No a mí.
PED. ¿Pues a quién?
DIE. A él.
(Don Pedro, frunciendo el ceño, se tivez.)
PED.—Diga, pues, lo que se ofrece.
DIE.—Al rey su merced parece.
PED.—¿La cara tengo tan cruel
que con el rey me compara?
DIE.—Hable de él con más respeto,
que yo jamás me entrometo
a mirar al rey la cara.
Y en fin, ¿lo podéis hacer?
PED.—Cuando queráis.
DIE. Pues mañana.
PED.—¿A qué hora?
DIE. La más temprana.
PED.—Pues bueno, al amanecer.
DIE.—¿Os burláis?
PED. No, por mi vida,
porque mañana temprano
ha dispuesto el soberano
dar al monte una batida.
Conque si verle queréis
que madruguéis es preciso.
DIE.—No echaré al agua el aviso.
PED.—Mucho de él os prometéis.
DIE.—Eso ya es negocio mío,
seor soldado.
PED. Bien está;
a mí tanto se me da;
con que de ello no porfío.
DIE.—Pues a otra cosa; y decid:
¿Qué se habla por la ciudad?
PED.—Estoy de eso, a la verdad,
tan al cabo como el Cid.
DIE.—¿No os importan las noticias
de vuestra patria y del rey?
PED.—¿A mí?... Que haya buena ley
y se hagan muchas justicias.
Lo demás nada me importa;
y cuando columbro guerra,
(Señalando la espada.)
doy un repaso a esta sierra
y estoy listo en cuanto corta.
TER.—¡Ay!...
(Llaman a la puerta con brío.)
PED. Llaman.
DIE. Abre.

Dichos y un hombre del pueblo.

BLAS. ¿Qué quiere?
HOM.—¿Diego Pérez?
BLAS. Aquí es.
HOM.—Que vaya corriendo, pues,
que su pariente se muere.
DIE.—¿Mi pariente?... ¿Y qué pariente?
HOM.—Gil Pérez, el estatuario,
que está como un mercenario
muriendo devotamente.. .

DIE.—¡Gil Pérez!... ¡Oh! Perdonad,
señor soldado, que entiendo
que ese que se está muriendo
conmigo en su mocedad
siguió las armas reales.
PED.—Id, que soy muy vuestro amigo
y estáis cumplido conmigo;
id a remediar sus males.
Y si urgen, por mala estrella,
medicinas o dinero,
tengo una bolsa de cuero;
mandad por lo que hay en ella.
DIE.—Gracias, y adiós.
BLAS y TER. ¿Volveréis?
DIE.—En cuanto el mal lo permita.
(Sale Diego con el hombre. Blas y Teresa se asoman a la puerta.)
BLAS..—Corre que se precipita.
PED.—Mozos, buen padre tenéis.

Don Pedro, Teresa, Blas cosiendo zapatos

PED.— Decidme, esquiva hermosura:
¿Me queréis como yo a vos?
TER.—Brava pregunta, por Dios.
PED.—Brava os quiero, altiva y dura;
¿pero la frase le extraña?
Daréle satisfacción:
es que está mi corazón
por sus ojos en campaña.
Y soldado más valiente
que prudente capitán,
planto el sitio y allá van
mis ballestas de repente.
Si el enemigo responde
a él voy, y sin hacer alto
entro al lugar por asalto
sin mirar nunca por donde.
¿Se me entiende?
TER. Como está
tan oculta la emboscada,
no es fácil...
PED. Vuestra avanzada
dió con ella.
BLAS. ¡Voto va!
Paréceme que a barato
lo echáis, y se me barrunta...
PED.—¿Quién al rapaz le pregunta?
Calle y cosa su zapato.
BLAS.—(Siempre adelante me lleva;
por más que me tengo serio,
arranca con tal imperio
que el diablo que se le atreva.)
TER.—Bien, hablemos de otra cosa:
Dicen que el rey de Castilla...
PED.—¿Está ahora con la Padilla
en conferencia amorosa?
TER.—¿Qué me importa? Es de la [guerra
de Aragón por que pregunto.
PED.—Contadme allá por difunto.
TER.—¿Os partís para esa tierra?
PED.—El rey sus tercios envía
para allá, y según infiero
yo salgo con el primero;
con que al caso, prenda mía.
Si no me dais antes de ir
de vuestro amor una prueba,
dad por llegada la nueva
de que estoy para morir.
TER.—Mucho en el alma lo siento,
que al cabo os quería bien.
PED.—(Bello está en ella el desdén,
pero más el sentimiento.)
¿Conque me queréis, Teresa?
TER.—Ya lo dije; mas si os vais
pésame que lo sepáis.
PED.—¿Que os pesa decís?
TER. Me pesa,
porque es vuestra condición
olvidar lo que ha pasado
en lugar que habéis dejado;
conque ved si en Aragón
olvidaréis a Castilla.
PED.—*(Con brío.)*
¿Olvidar y haberla visto?
Y vale más, ¡voto a Cristo!
que la Aldonza y la Padilla.
TER.—¿Qué decís? ¿Qué... a quién [nombráis?
PED.—Padilla y la Coronel,
damas del rey.
TER. ¿Y con él
y aquéllas nos comparáis?
PED.—Sí, pues siendo ante la ley
él el primero y mejor,
la más hermosa el amor
debe cautivar del rey.
BLAS.-Ved que estáis aquí conmigo,
y ved que su hermano soy.
PED.—¡Qué lenguaraz estás hoy!
BLAS.—Es que soy...
PED. Calle, le digo.
BLAS.—(Los ojos me hace bajar
y se me traba la lengua.)
TER.—No le riñáis, que es gra men- [gua
hacerle esto tolerar;
y partid, que es ya muy tarde
y no está mi padre aquí.
PED.—¿Con vos no me dejó a mí?
¿Qué importa que yo le aguarde?
(Tocan a las ánimas, y al son de las

campanas Blas y Teresa hacen un movimiento de terror.)
PED.—¿Qué es eso?
TER. ¿No oís tocar?
BLAS.—Las nueve deben ser.
PED.—¿Y qué tiene eso que ver
para ponerse a temblar?
BLAS.—¿Qué? ¿No sabéis lo que [pasa?
Mas no me miréis así,
que ponéis un ceño...
PED. Di.
qué es lo que hay.
BLAS. En esta casa
es imposible vivir:
la mejor noche nos comea.
PED.—¿Quién?
BLAS. Temiendo estoy que asomen
que a esta hora suelen venir.
PED.—¡Qué tropel de desaciertos!
Locos a esta hora os volveréis.
BLAS.— ¿Los oís?
(Don Pedro da un paso hacia la ventana; Blas le detiene.)
No os asoméis.
PED.—¿Pero quién son?
BLAS.—Unos muertos.
PED.—¡Muertos!... ¡Bah, bah! Pues [ya estoy.
¿Conque todo eso era miedo?
¿Y se ven?
(Segundo paso de don Pedro y detención de Blas.)
BLAS. Estaos quedo
si morir no queréis hoy.
PED.—Y en efecto, se oye ruido
y se ve luz por la calle.
TER.—Siento que padre no se halle
ya esta noche recogido.
BLAS.—¡Cielos, yo tiemblo por él!
Todos los días parecen
hombres que a fuerza perecen,
de esa iglesia en el cancel.
PED.—¿Y la justicia lo sabe?
BLAS.—Sin duda saberlo debe.
PED.—¿Y entonces?
BLAS y TER. Nadie se atreve.
PED.—(Gran misterio en ello cabe;
prosigamos, y si encuentro
el hilo a este laberinto,
fuego pondré a su recinto
hasta dar con lo que hay dentro.)
¿Decid, y habéis visto alguno
de esos cuerpos que perecen
por la noche y aparecen
por la mañana?
BLAS. Ayer uno.
PED.—¿Tenía herida?
BLAS. En el pecho.
PED.—¿Y mostraba la señal
de ser de espada o puñal?
BLAS.—Que con ambos lo habín he- [cho
dijeron los cirujanos.
PED.—¿Luego eran contra uno dos?
¡Animas eran, por Dios,
de vivientes bien villanos!
BLAS.—¿Oís? *(Ruido dentro.)*
PED.—¡Mandrias, no tembléis
que quien lo remedie habrá!
BLAS.—¿Quién con los muertos podrá?
PED.—Los vivos.
TER. ¡Cómo!
PED. ¿No veis
que en un nicho los encierran?
BLAS y TER.—Claro está.
PED. Pues de contado
pueden más que el encerrado
los vivos que allí le entierran.
BLAS y TER.—Tiene razón.
DIE.—*(Dentro.)* ¡Muerto soy!
BLAS.—¡Santo Dios! ¿Habéis oído?
(Un momento de atención.)
DIE.—*(Dentro.)* ¡Blas! ¡Teresa!
TER.—¡Padre ha sido!
(Blas corre a la puerta, y al tiempo de abrir se ve a Diego tendido en tierra.)
DIE.—¡Ay de mí!
PED. ¿Soñando estoy?
Don Pedro, Diego, Blas y Teresa.
BLAS.— ¡Sangre! ¿Quién fué, padre [mío?
DIE.—Tente, Blas; no salgas, no,
que murieras como yo,
y en ti mi esperanza fío.
BLAS.—Voy a buscar...
DIE. ¡Escusado;
fué mi destino fatal!
Arrimadme ese sitial
y acercaos, buen soldado.
PED.—Decid si sabéis quién fué
que ha de acordarse de vos.
DIE.—Dejadme acabar, por Dios;
id a ver al rey...
PED. ¿Y qué?
DIE.—Y decidle que esos muertos...
PED.—Acabad.
DIE. No puedo más.
(Inclina la cabeza y muere. Pausa.)
PED.—¡Voto a Dios y a Barrabás!
Entre sus labios abiertos
él mismo el secreto ahogó.
BLAS.—Padre.

TER. Señor.
PED. Esto es hecho,
vamos a echarle en su lecho,
que ayudaros puedo yo.
(Llévanle y vuelve don Pedro.)
Don Pedro y Blas. Blas sale a la puerta y se detiene en el dintel, la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras del más profundo dolor.
BLAS.—¡Amigo!
PED. (Desventurado!)
¿Diego?
BLAS. No le nombres ya.
¡Silencio! Mi hermana está
rezando aun a su lado
PED.—Que llore es mucha razón.
BLAS.—Sí, que rece una mujer,
pero algo más ha de hacer
un hombre en esta ocasión.
PED.—¿Luego dijo?...
BLAS. Nada dijo,
pero yo lo sé muy bien,
que hay cosas que no las ven
sino los ojos de un hijo.
(Muy marcado.)
Un hombre esta noche estuvo
con mi padre hablando aquí,
y yo con mi padre vi
que muy descortés anduvo.
Ya de la puerta al dintel
dijo: "Encomiéndate al cielo."
A su tribunal apelo
si quien le mata no es él.
(Quedan ambos en silencio por un instante.)
PED..—Esta noche irás conmigo
y el rey te remediará.
BLAS.—¿El rey? No voy; me ahorcará,
que es del otro muy amigo.
PED.—¿Y no hay justicia en Sevilla?
BLAS.— Dicen que con este rey
no hay más razón ni más ley
que su capricho en Castilla.
PED.—Rapaz, la audacia perdono
porque lastimado estás;
pero no hables así más
de quien se sienta en un trono;
y escúchame un buen consejo,
que, ¡lléveme Belcebú!
si no sé yo más que tú
en la muerte de ese viejo.
¿Quieres con el hombre dar
que a tu padre asesinó?
BLAS.—El alma daría yo
a quien me lo haga encontrar.
PED.—Pues los secretos que encierran
las tumbas, los saben bien
a estas horas...
BLAS. Pronto, ¿quién?
PED.—Esos muertos que te aterran.
BLAS.—¡Santo Dios!
PED. Que no te atreves
a esperarlos, bien se ve;
mas yo en tu lugar lo haré,
y piensa cuánto me debes.
Yo hallaré el rastro a tu presa,
te daré a ese hombre, y si él es,
me has de ayudar tú después
a poner cabo a la empresa.
¿Dices que de esa ventana
se alcanza la iglesia a ver?
BLAS.—¡Cielos! ¿Qué intentáis hacer?
PED.—Una caridad cristiana:
vete, mancebo, a rezar
por el que duerme allí echado,
vete; yo soy un soldado
y voy también a velar.
BLAS.—Mirad bien, que aunque parecen
ilusiones del temor
esos fantasmas, señor,
mayor crédito merecen.
Mi padre me amenazó
que quien osara mirar
ni entender...
PED. Vete a rezar,
Blas, que te lo mando yo.
BLAS.—Valiente sois, buen soldado;
quédoos muy agradecido,
mas de hinojos os lo pido,
quede el postigo cerrado.
¡Oh! Aunque me digáis, tenaz,
que son visiones del miedo,
lo he visto y juraros puedo
que hay un muerto pertinaz
que en cerrárnosle se empeña.
PED.—Vete, que ha de estar abierto,
y como asome ese muerto
yo le daré santo y seña.
(Don Pedro obliga a Blas a entrar en el cuarto donde entró a su padre.)

Don Pedro.

Que lloren sus desventuras
los hijos de un zapatero
mientras busca un caballero
con valor sus aventuras.
(Entorna la ventana.)
Dejo entornado el postigo
y mato la luz; así
veo y no me ven a mí
de las sombras al abrigo.
(Toma un taburete y se sienta enfrente de la ventana.)

Quien son los muertos veré,
y si a toparlos acierto,
no me ha de quedar un muerto
que sepa tenerse en pie.

TELON

ACTO SEGUNDO

Plazuela cuyo fondo representa la fachada principal de una iglesia abandonada. En el fondo el atrio, cercado de verjas de hierro; a la derecha el exterior de la casa de Diego, con la ventanilla que abrió don Pedro en el acto anterior.

Don Juan de Colmenares y Samuel Leví.

JUAN.—Preciso matarle fué.
SAM.—¿Conque al cabo?...
JUAN. Sí, murió,
que un día más de su vida
fuera nuestra perdición.
Duéleme mucho su muerte;
pero a jugar, vive Dios,
las nuestras contra las suyas,
lo hecho tengo por mejor.
SAM.—Sí, por el santo Abraham.
¿Pero estáis seguro vos
de que nadie más que el viejo
cayó en la cuenta?
JUAN. Eso no;
hermanos fuimos de leche,
y era ese Diego un varón
justo, inflexible y severo,
que siempre pensó y obró
según su recta conciencia;
y aunque tuviera ocasión,
fuera del rey, a ninguno
parte de su intento dió.
SAM.—Mas hijos tiene.
JUAN. Samuel,
desechad todo temor.
Los hijos, como del vulgo,
canalla cobarde son;
ni abrirán una ventana
hasta muy entrado el sol,
ni cerrarán una puerta
sino antes de la oración.
Y a gente tal, en contándole
cualquier patraña o error,
la tenéis siete semanas
soñando con la visión.
SAM.—En verdad, buen Colmenares,
que os acude harto valor
para arriesgaros a tanto.
JUAN.—Nunca, Samuel, me faltó
ni la audacia ni el consejo
cuando, puestos en unión,
me tentaron el antojo,
las grandezas y el amor.
SAM.—Así corre vuestra fama
por Sevilla, y así sois
el escándalo en el templo
y en las calles el terror.
JUAN.—Vaya, que estáis esta noche
filósofo. Un hombre soy,
y, como tal, mis pecados
flaquezas humanas son.
Sólo hallo una diferencia
con los demás, y es que yo
aborrezco a los hipócritas
y obro con satisfacción,
sin embozar mis flaquezas
con disimulo traidor.
SAM.—Bien meditado, don Juan,
tal vez no os falta razón,
pero es el vulgo envidioso,
injusto y murmurador.
JUAN.—¿Qué diablos vais a decirme
con tan prolijo sermón?
Que me place la hermosura,
que a los regalos me doy,
que mis inmensos caudales
derramo con profusión,
que tengo amigos, que tengo
mucho en la corte favor.
¿Y eso qué tiene de extraño?
¿No hacéis otro tanto vos?
SAM.—¿Y os olvidáis ya, don Juan,
del bonete y del ropón?
JUAN.—¿Y os olvidáis que me dieron
la prebenda, como a vos
del rey la tesorería?
SAM.—¿Cómo?
JUAN. Vedlo en conclusión.
Yo era soldado; la guerra,
siendo rico, me cansó,
el rey me quería entonces,
el cabildo enredador
de Sevilla, harto indiscreto,
no sé en qué le desairó.

Don Pedro, para humillar
tan osada presunción,
sin mirar a más razones,
en el coro me sentó.
Conque soy un ave ambigua
que estoy en disposición
de volar y de correr
como me venga mejor.
No recibí orden alguna;
y a mi antojo, ved que voy
llevando con igual brío
las espuelas y el ropón.
Mas vamos a lo que importa:
¿El mensajero llegó?
SAM.—Mañana llega.
JUAN. ¿En secreto?
SAM.—No, con mucha ostentación,
que trae comitiva y viene
con nombre de embajador.
JUAN.—¿Y es hombre de quien se [fíe?
SAM.—A toda prueba.
JUAN. ¡Por Dios,
que el atrevimiento es mucho!
SAM.—No es, don Juan, mucho mayor
que señalar una iglesia
por punto de reunión.
JUAN.—De audaces es la fortuna.
Ya véis lo bien que salió,
para apartar los curiosos,
de los muertos la ficción.
SAM.—Aunque a bulto en poco estuvo
si con nosotros no dió
el justicia Benavides
allá en el otro rincón.
JUAN.—¡Oh, aquí seguros estamos,
gracias a lo que costó!
Dos veces hemos venido,
y mirad en derredor;
no hay una casa habitada,
y el zapatero murió.
¿Pero el enviado, decidme,
sabrá hacer?...
SAM. ¡Santa Sión!
Médico, adivino, astrólogo,
y mi huésped, ved, señor,
si tendrá bien su lugar;
de sus consejos en pos
enfermos, pobres y tontos
le irán a implorar favor.
Entrarán cuantos quisiéramos,
y tomarán de su voz
nuestras órdenes, a guisa
de remedio o predicción.
JUAN.—¡Soberbia idea, Samuel!
¿Y Aldonza?
SAM. En venir quedó,
y aguardará del alcázar
para salir la ocasión.
Pero, don Juan, vamos claros:
¿La amáis de veras?
JUAN. ¡Pues no!
Es noble, astuta y hermosa.
SAM.—¡Don Juan, que os asista Dios!
JUAN.—Y además, don Juan Lacerda,
su cuñado, el reino entró
por Córdoba.
SAM. Y su marido
viene a ayudarnos.
JUAN. Estoy
en que esta noche le esperan.
SAM.—Celoso del rey, traidor
se ha vuelto Albar de Guzmán.
JUAN.—Nuestro es el rey.
SAM. Vámonos,
que alguien llega. Desde el atrio
veremos, don Juan quién son.
JUAN.—Si nos acechan, ¡ay de ellos!
Arrojaos sin temor,
y adelante.
SAM. En ese caso
podéis arrojaros vos.
JUAN.—¿Qué teméis?
SAM. Nada en resumen;
mas soy viejo, odio el rencor,
y para matar cristianos,
don Juan, no conspiro yo.
JUAN.—Pues ahora os digo lo de an- [tes,
Samuel, que os asista Dios.

Don Juan y Samuel tras de las verjas del atrio. Robledo y doña Aldonza Coronel.

ALD.—Robledo, ¿llegamos ya?
ROB.—Este es el sitio, señora.
ALD.—Tan solo y tan a deshora,
miedo este sitio me da.
ROB.—Nada tenéis que temer,
que entre amigos os halláis.
ALD.—¿Que soy, Robledo, olvidáis
nada más que una mujer?
Y aunque sagaz y ofendida,
es natural mi temor.
ROB.—Cubriros fuera mejor
con el lienzo.
ALD. Me intimida
disfrazarme de ese modo,
y horror de mí misma tengo.
ROB.—En que repugna convengo;
mas esto lo salva todo.

(Pónense unos mantos blancos, y dirigiéndose hacia el fondo, quedan de espaldas al espectador, a manera de muertos con sus sudarios.)

ROB.—¡Oh!, es muy feliz la invención
de estos lienzos funerarios.
ALD.—Pues de andarnos con sudarios
no es la mejor ocasión.
ROB.—¿Tenéis tan poca esperanza?
ALD.—Demasiada tengo acaso;
mas Robledo, un solo paso
puede arastrar la balanza.
ROB.—Tal vez alguno nos mira.
ALD.—¿No véis alguien a la puerta?
ROB.—Nadie a venir aquí acierta
si como vos no conspira.
Seguidme.
ALD. Vamos allá,
que en vos confío, Robledo.
ROB.—Venid, señora, sin miedo,
que yo llamaré.
JUAN. ¿Quién va?
ROB.—Las ánimas.
SAM. Ellos son.
JUAN.—(Sepamos, antes de entrar,
lo que se puede esperar
de las gentes de Aragón.)
ALD.—¿Sois vos, don Juan?
JUAN. Sí, yo soy.
ALD.—Gran miedo por vos pasé.
JUAN.—¿Miedo decís? ¿Y por qué?
ALD.—¿No véis el traje en que estoy?
SAM.—Guárdeos el cielo, señora.
ALD.—¿También Samuel con nosotros?
SAM.—También Samuel.
JUAN. Y aun hay otros
que el conocerlos ahora
trabajo os ha de costar.
ALD.—¿Y os exponéis tan temprano?...
JUAN.—Es el vulgo muy villano
y no se atreve a acercar.
Si no por esta invención
de los muertos, yo apostara
que estábamos cara a cara
ha mucho con el león.
Mas hicimos tan extrañas
anécdotas referir,
que nadie ha osado venir
contra visiones tamañas.
SAM.—Pues determinar es fuerza
de concluir lo más presto,
que es fácil que den tras esto
y la fortuna se tuerza.
JUAN.—*(A doña Aldonza.)*
¿Qué es de don Albar Guzmán?
ALD.—Esta noche entra en Sevilla.
JUAN.—¿Y el otro?
ALD. Contra Castilla
dispuestos ambos están.
SAM.—¿Vuestro cuñado Lacerda
sigue venciendo?
ALD. Sí, a fe,
y en él precavida até
un cabo de nuestra cuerda;
al otro está mi marido,
que, con los suyos atento,
aguarda sólo el momento
del ataque convenido.
JUAN.—¿Trae gente?
ALD. Pocos, mas buenos,
que por diferentes puertas
entrarán.
JUAN. Que estén abiertas
se dispondrá.
ALD. Eso es lo de menos:
nuestros los alcaides son.
JUAN.—Robledo, ¿y la gente vuestra?
ROB.—Mucha tengo, osada y diestra,
dispuesta a la rebelión;
pero sin armas están.
JUAN.—Cuando hagan al caso iréis
donde las encontraréis.
ROB.—¿Instrucciones?
JUAN. Se os darán.
¿Y vos, Samuel?
SAM. Todo está
preparado a la ocasión.
Granada, con Aragón,
auxilio y favor nos da.
Mohamad, el rey Bermejo,
a pretexto de Embajada,
envía desde Granada
un moro de su consejo;
y pues no han de sospechar
de un embajador amigo,
él hará que al enemigo
puedan avisos llegar.
JUAN.—El legado del pontífice
parte con nosotros toma.
SAM.—De rebeliones en Roma
hay un muy práctico artífice.
ALD.—Mas el rey...
JUAN. Dejadme hacer.
Disoluto mozalbete,
le daremos un juguete
que le sepa entretener.
ALD.—Estemos muy sobre aviso,
que tiene más de león,
cuya sangrienta afición
saciar antes es preciso.
SAM.—Pues si al león por ventura
saciar antes interesa,
yo le arrojaré una presa
que satisfaga su hartura.
Y pues, aunque entrado en años,
de ser mozo no dejó,
al león dormiré yo,
y al mozo vuestros amaños.

ALD.—Tanto amor le he de fingir,
que milagros ha de hacer
si es capaz de preveer
que en mi amor ha de morir.
¿Don Enrique?
JUAN. Será rey.
ALD.—¿Contestó?
SAM. Contestó ya,
y en sus poderes nos da
por buenos ante la ley.
JUAN.—Nos deberá él la corona,
rey el pueblo castellano,
y el infierno otro tirano
que le espera aunque le abona.
ALD.—Vaya allá, ¡viven los cielos!
de huésped de Lucifer.
JUAN.—*(A doña Aldonza.)*
Y con él puede correr
Albar Pérez.
ALD.—*(A don Juan.)* ¿Tenéis celos?
JUAN.—¿No sois vos todo mi afán?
ALD.—Mas viniendo mi marido...
JUAN.—Todo está ya prevenido.
ALD.—¿Qué decís?
JUAN. Juntos irán.
ALD.—¿Vuestro amigo?
JUAN. ¿Y qué tememos?
¿No necesita una presa
el león? Darémosle esa.
ALD.—¡Don Juan!
JUAN.—*(Señalando al judío.)*
¿Otra le daremos?
ALD.—Me entendisteis.
JUAN Bien **está**:
despachemos esa gente,
que hace tiempo que, impaciente
también, nos espera ya.
(Entranse todos en la iglesia, y cuando vuelven las espaldas asoma y sale después don Pedro por la puerta que se supone de la casa de Diego Pérez.)

Don Pedro.

¡Por la Virgen de Belén!
¡León de sangre sediento,
se dará el rey por contento
con la presa que le den!
Y el cetro de un mozalbete
mientras venden a Aragón,
echarán carne al león
y al mancebo algún juguete.
(Pasea a largos pasos, y dice de repente:)
¡Por Dios, que si estando quedo
necios a acosarle van,
cuando ruja se echarán
entre la yerba de miedo!
¡Voto a Dios, bando insensato,
que hallarás al león, sí;
pero caerá sobre ti
silencioso como el gato!
(Vuelve a pasearse, meditabundo.)
¿Quién, necio, al primer embate,
mal jugador de ajedrez,
jugando la primera vez
tira al rey un jaque mate?
¿Con trampas y alteraciones
piensan el juego embrollar?
Empecemos a jugar
moviendo algunos peones.
¡Blas!

Don Pedro y Blas.

BLAS.—¿Qué quiere?
PED. Ven acá.
¡Paréceme que decías
que a tu padre vengarías!
BLAS.—¡Sí, por Dios!
PED. Empieza ya.
BLAS.—No juegue con mi dolor,
que por Cristo que lo juro,
que aunque plebeyo y obsuro
razón me sobra y valor.
PED.—La paciencia, sin embargo,
te hace falta: tenla, pues.
Yo sé el matador quién es.
BLAS.—¿Quién?
PED. La prudencia te encargo.
BLAS.—¡Prudencia! ¿Y visteis mori
a quien me mandáis vengar?
PED.—Ve la justicia a buscar
y hazla contigo venir.
BLAS.—¿De mí burlaros queréis?
PED.—¿De Colmenares te olvidas?
BLAS.—¿Ese fué?
PED. El mismo.
BLAS. Cien vida
que tuviera... lo veréis.
PED.—Pues yo le pondré en tus mano
si traes la justicia tú.
BLAS.—¡Justicia! Por Belcebú
que es auxilio de villanos.
¿Dónde está ese tigre cruel?
Dadme esa daga, por Dios,
y cierro delante a vos
a puñaladas con él.
PED.—¿Y si tal haces, menguado,
llegarás a tu enemigo
sin que tropiece contigo
la justicia de contado?
Si el golpe yerras por suerte...
BLAS.—No temáis, no le erraré.
PED.—Mejor es que se le dé
la justicia, que es más fuerte.
BLAS.—¿Ese consejo me dais
y sois soldado del rey?

¿Os remitís a la ley
y espada al cinto lleváis?
Guardaos enhorabuena
vuestros consejos, y ahora
dejadme aguardar mi hora
mal devorando mi pena;
porque os juro que un zapato
no he de volver a coser,
si es que yo le alcanzo a ver
y allí mismo no le mato.
PED.—Bien está, le matarás.
BLAS.—¿Cara a cara?
PED. La manera
ponla tú con tal que muera.
BLAS.—Vamos allá.
PED. Tente, Blas.
Que tú harás, lo repito,
mas con una condición.
BLAS.—¿Cuál es?
PED. En esta ocasión
la justicia necesito.
BLAS.—¿Para él?
PED. Sí; cuando le prueben
que el delito cometió,
haré que a tus manos yo
sentenciado te lo lleven.
¿Lo oyes?
BLAS. No lo entiendo bien;
mas no os puedo resistir.
Voy... y si vais a mentir
el cielo os maldiga.
PED. Amén.

Don Pedro.

Que le mates, eso quiero;
que quien con su rey se atreve
justo es que la muerte lleve
por manos de un zapatero.
Que le mates es de ley,
y así aprenderá de cierto
que no hay un vivo ni un muerto
de quien tenga miedo el rey.
Alguien llega; si es amigo
de esa gente, antes de entrar
se tendrá que confesar
a solas aquí conmigo.

Don Pedro y don Albar Pérez de Guzmán.

ALB.—(Esta la iglesia será
si cuando señas me dieron
a traición no me mintieron:
pecho al agua.)
PED. ¿Quién va allá?
ALB.—¡Las ánimas!
PED. Adelante.
ALB.—¿Estáis vos?
PED. Por don Enrique.
¿Y vos?
ALB. No hay porque me explique
sin que el misterio levante.
PED.—¿No os dieron aquí una cita?
ALB.—¿Y aquí os citaron a vos?
PED.—Sí.
ALB. Y a mí.
PED. Conque a los dos
aquí se nos neesita.
¿Sois Lacerda, Mohamad
o Roma?... Esperamos hoy
sus avisos.
ALB. Guzmán soy.
PED.—¿Albar Pérez? Perdonad,
que a conoceros al punto
no os hubiera detenido.
¿Venís, Guzmán, decidido?
ALB.—A vencer o ser difunto.
PED.—Eso sí: bien elegimos;
ni un cobarde hay con nosotros,
aunque en muchos más que a otros
por ofendido os tuvimos.
ALB.—¡Mucho sabéis!
PED. Soy el ojo
derecho de don Samuel,
y no me recata él
ni su más mínimo antojo.
¿Y os llegó su carta?
ALB. Sí
PED.—Ya visteis lo que decía.
ALB.—Y vos, pues todo os lo fía.
PED.—Como que yo la escribí.
(Fortuna fué que escribiera,
que a ciegas le pregunté.)
Pues si mal no me enteré,
ya sólo por vos espera.
ALB.—Voy, pues, a entrar.
PED. Aguardad,
que, pues la suerte es propicia,
daros quiero una noticia.
ALB.—Dádmela, pues, y abreviad.
PED.—*(Con intención.)*
Vuestra mujer os es fiel.
ALB.—¡Vive Dios!...
PED. Sé que irritado
con ella os habéis mostrado.
ALB.—*(Amostazado.)*
¿Y qué se le importa a él?
Si contra el rey conspiráis...
PED.—Del rey hablaros pensé.
ALB.—Pues id derecho, que a fe
que os juro que lo acertáis.
PED.—Preso en sus lazos le tiene
doña Aldonza.
ALB. ¡Ya volvéis!
PED.—Si de él vengaros queréis
hablar de ella vos conviene.
ALB.—Seguid.

PED. Por si torpe lengua
su limpieza calumnió,
sabed que hay quien defendió
vuestra causa... aunque sin mengua.
Ella tiene al rey cogido;
mas sólo es para ayudar,
con su amor, a conspirar
a su amigo y su marido.
ALB.—¿Su amigo?
PED. Y vuestro mayor;
pues a vuestra orden atento,
no se separa un momento
de ella, por cumplir mejor.
ALB.—¿Por quién me tomáis a mí?
PED.—Por don Albar de Guzmán,
y a fe que sin mucho afán,
que vos lo habéis dicho así.
ALB.—Pues estáis mal informado,
que yo no encargué a ninguno
mi mujer.
PED. Pues hay alguno
que a su cargo la ha tomado.
ALB.—¿Quién?
PED. Don Juan de Colmenares.
ALB.—Os digo que os engañáis.
PED.—Nada, don Albar, temáis,
de quien sirve en los altares.
Pero entrad, que os entretengo.
ALB.—(¡Aviso más singular!)
Decidme...
PED. ¿Queréis entrar,
que os esperan?
ALB. A eso vengo;
mas quiero una explicación
de eso que ahora habéis dicho.
PED.—¿Traéis en fingir capricho?
Mas en fin, tenéis razón;
que delicados asuntos
son los asuntos de honor.
ALB.—Quien no habla de ellos mejor
cerca está de los difuntos.
PED.—¿Me provocáis? No hay por [qué;
mas si os ofendéis por esto,
don Albar, estoy dispuesto
y el caso le explicaré.
ALB.—¿Cuándo?
PED. Mañana, que fuera
dar antes que sospechar.
ALB.—¿A qué hora y en qué lugar?
PED.—En mi casa y a cualquiera.
ALB.—¿Dónde moráis?
PED. De mi casa
haré que os avisen, y...
pero entrad, que pese a mí
que el tiempo hablando se pasa.

(Sube don Albar a las gradas del atrio diciendo.)
ALB.—(Por Cristo que me ha metido
ese hidalgo en confusión.)
PED.—*(Viéndole entrar.)*
Para una conspiración
no hay cosa como un marido.

Don Pedro.

El dardo en el pecho lleva,
y a fe que le ha de estorbar;
mas si le quiere tocar
la herida él mismo renueva.
(Se echa a reir.)
Poco hay en el otro mundo,
según se ve, de provecho,
cuando un soldado ha deshecho
su plan más sabio y profundo.
(Después de un momento de meditación, con ira, marcando el carácter inconsciente del rey don Pedro, dice:)
¡Torres de orgullo y grandezas,
necios, levantando están,
mas otros levantarán
su torre con sus cabezas.

Don Pedro y Blas.

PED.—¿Cumpliste?
BLAS. Sí.
PED. No lo veo.
BLAS.—Pronto los tendréis aquí,
que más me interesa a mí
mi venganza y la deseo.
PED.—Escucha, Blas.
BLAS. Ya os escucho.
PED.—¿Serás capaz de esperar
a los muertos?
BLAS.—*(Con temor.)* ¿Yo?
PED. A juzgar
por el yo, los temes mucho.
BIAS.—Mas la pregunta ¿a qué asunto?
PED.—Es que te encargo, en concien- [cia,
que tengas mucha prudencia
si aparece algún difunto.
BLAS.—(Cómo, no puedo entender,
hablar de muertos le gusta.
Nada a este hombre le asusta;
mas nada le veo hacer.)
(Uno de los conjurados aparece en el atrio, envuelto en el lienzo que le sirve de disfraz.)
¡Cielos!
PED. ¿Qué es eso?
BLAS.— *(Señalando al conjurado.)*
¡Mirad!
(Blas cae de rodillas con la expresión del pavor más concentrado. Don Pedro vuelve el rostro con serenidad.)

Blas, Don Pedro y un conjurado.

CON.—(Rumor oí, según creo;
no vendrá mal un paseo
contra una curiosidad.)
PED.—Quieto, Blas, o eres perdido.
BLAS.—(Tamaño valor me pasma.)
PED.—(Dejemos que la fantasma
nos diga a lo que ha venido.)
CON.—Desventurado mortal,
que, pecador descarriado,
a este lugar has llegado,
¿quién eres?
PED. Si no voy mal,
poco para muerto sabes,
pues no conoces en mí
un vivo que viene aquí
por negocios harto graves.
CON.—Eres pues...
PED. Del otro mundo,
donde ya aguardando están
a Samuel y al de Guzmán.
CON.—(Es nuestro, si bien me fundo.)
(Vase acercando a don Pedro y mirándole de arriba abajo. Extraña la capa echando de menos el disfraz.)
Que vengas de allá me alegro;
aunque es tu disfraz muy franco.
PED.—Es que tú eres muerto blanco
y yo soy un muerto negro.
CON.—¿Negro o blanco, a qué no [entrar
con nosotros?
PED. Es que yo
soy muerto que nunca entró
donde le puedan cerrar.
CON.—(¡Traidores hay, pesia a mí!)
Responda quién va o es muerto.
(Al acercarse a don Pedro, asiendo éste su daga con disimulo, le da de puñaladas y va a caer fuera de la escena.)
PED.—Quien los infiernos ha abierto
esta noche para ti.
CON.—¡Cielos!
BLAS. ¡Por San Blas! ¿Qué es esto?
Con los muertos arrogante
se los lleva por delante...
¿Qué hombre es este, a Dios opuesto?
(Vueve don Pedro limpiando la daga.)
PED.—Bien muerto está el temerario.
Por Cristo que lo acertó
cuando al conspirar tomó
para envolverse un sudario.

Blas y don Pedro.

PED.—¡Blas!
BLAS (Miedo este hombre me da.)
PED.—¿Qué tiemblas? ¿Esto te asom- [bra?
Ven, que un muerto es una sombra
y al ver esta cruz se va.
(Muestra la daga.)
BLAS.—(¡Temblando estoy de pavor!)
PED.—Vamos, ¿qué temes, muchacho?
¿No ves cómo los despacho?
Cálmate y cobra valor;
que aunque entre el vulgo mantienen
gran crédito los difuntos,
en viendo dos vivos juntos
nunca a amedrentarlos vienen.
BLAS.—Así será, pues que veo
que con ellos os cerráis
y a estocadas los echáis.
PED.—Que vengan mucho deseo,
y aprende a hacerlo de mí;
que muertos como el que has visto
no merecen, ¡voto a Cristo!,
sino lo que a ese le di.
Mas vienen.
BLAS. Es la justicia.
PED.—Blas, silencio y ten confianza;
no malogres tu venganza
por ceguedad o impericia.
Aquí tu venganza empieza,
y si sagaz me ayudares
lograrás de Colmenares
por lo menos la cabeza.
BLAS.—Mas...
PED. Silencio. Ya lo ves:
Tú de mi poder testigo
eres; conque sé mi amigo,
que te alegrarás después.
BLAS.—(Todo es misterio este hombre;
mas, pues me halaga y me ayuda,
tendré la lengua tan muda
como su brazo y su nombre.)

Don Pedro, Blas y Justicia.

PED.—Más vale nunca que tarde:
(Con autoridad.)
que la justicia y la unción
matan con la detención.
JUS.—¿Quién se atreve?
PED. Dios le guarde.
JUS.—¿Para eso llamáis la ronda?
PED.—Callad.
JUS. ¿Quién manda callar?
PED.—*(Le dice al oído.)*
Quien puede haceros ahorcar
aunque la faz vos esconda.
(Bajo a los de la ronda. Le oyen todos menos Blas.)
Esta noche han muerto aquí
a Pérez el zapatero:
aquí al agresor espero,

y el cadáver está allí
En su casa os esconded,
y cuando mi voz oigáis,
al que en la calle veáis
sin más respetos prended.
Y... para todos lo digo:
ni el reo ni el tribunal
han de saber, ¡voto a tal!
que habéis topado conmigo.
Imparcial que sea quiero
del agresor la sentencia,
que tan hombre es, en conciencia,
como el rey el zapatero.
Conque adentro.
(Al entrar les detiene.)
¡Eh! y escuchad:
Con el muerto está su hija;
nadie, importuno, la aflija
por gracia o curiosidad.
Y cuenta que, por torpeza
o por malicia, espiar
ose alguno este lugar,
porque pierde la cabeza.
(Entran, y don Pedro les cierra puerta y postigo.)

Don Pedro y Blas, que no debe haber comprendido la escena anterior, que pasa entre don Pedro y la ronda

BLAS.—¿Qué van a hacer en mi casa?
¿No veis que mi padre está...
PED.—Todo lo he previsto ya;
tú atiende a lo que aquí pasa.
Tal vez volverán los muertos;
entre ellos viene, sin duda,
Colmenares.
BLAS. ¡Dios me acuda!
PED.—Y tenga tus desaciertos.
Aunque le veas venir
estate quieto a mi lado.
BLAS.—Eso no, señor soldado;
si le veo, ha de morir.
PED.—Pues deja que pasen todos,
que con tantos atreverte
fuera correr a la muerte.
BLAS.—Lo haré así.
PED. De todos modos
llegó tu venganza, Blas;
más que en ninguna ocasión
divulgue tu irreflexión
lo que esta noche a ver vas.

Don Pedro y Blas se apartan a un lado. Samuel, don Juan, don Albar, Robledo, conjurados, etc.

JUAN.—Conque no olvidar, señores,
que nuestros días son tres,
el santo y la seña es
ánimas y embajadores:
entretanto, con el moro
que se aviste cada cual,
y no le irá a nadie mal
ni por armas, ni por oro.
(Vanse muchos.)

Don Pedro, Blas, Samuel, don Juan, don Albar, doña Aldonza, Robledo, etc.

JUAN.—Ahora bien, hecho lo hecho
este lugar se abandona;
Enrique tendrá corona
y nosotros gran provecho.
ALD.—Adiós, don Juan.
SAM. Dios os guarde.
ALB.—*(A Samuel.)*
El os ayude, Samuel.
ROB.—¿Os quedáis?
SAM. Tengo con él
que hablar.
JUAN. Pues decid, que es tarde.

Samuel y don Juan. Blas y don Pedro, ocultos.

SAM.—Don Juan, ¿la queréis aún?
JUAN.—¿Pues en qué mudanza ha habido?
SAM.—¿No es don Albar su marido?
JUAN.—¿Y el peligro, no es común?
SAM.—Pero...
JUAN. ¿No hay en este lance
averías de fortuna?
Pues no ha de faltar alguna
que si me estorba le alcance.
Mas lo que hablarme teníais...
SAM.—A eso voy: pues sois tan rico
como yo...
JUAN. ¿Qué?
SAM. ¿No me explico?
En repartir bien haríais
los gastos entre los dos.
JUAN.—Vuestra avaricia redobla,
Samuel, y por cada dobla
lloráis un cántaro vos.
SAM.—Ya veis... tantos adelantos
y tan exhausta la caja.
JUAN.—Ya se os hará una rebaja,
que, por ahora, no son tantos;
mas cuenta con que el dinero
mucho os duela. Tirad de él,
que en este caso, Samuel,
la cabeza es lo primero.
SAM.—Fío en vos.
JUAN. Y sabéis bien
que por tal parcialidad
os ofrece Mohamad
medio reino de Jaén.
SAM.—En el moro al fin tendré
quien me ayude en un azar
(y un escondido lugar

donde el tesoro pondré).
Buenas noches.
JUAN. Id con Dios.
Don Pedro, Blas, don Juan; después, la justicia.
JUAN.—Ambiciosos miserables,
cuyas manos insaciables
van siempre del oro en pos.
Vete en paz hoy y atesora,
que yo te haré levantar
con tres palos un altar
donde te llegue tu hora.
(Mira a la casa del zapatero y dice, marchándose:)
Su infortunio me hace duelo;
mas él se empeñó en morir;
y entre los dos a elegir
quiso lo mejor el cielo.
PED.—*(A Blas.)* Ahora tú.
(Blas se arroja sobre don Juan, y mientras éste se defiende y la justicia los separa, sin que don Juan vea de dónde salen, dice don Pedro.)
PED. ¡Favor al rey!
JUAN.—¡Viven los cielos, villano!
BLAS.—¿Y mi padre?
JUS. Echadle mano.
JUAN.—¿Qué es esto?
JUS. Ayuda a la ley.
BLAS.—Ese a mi padre mató.
JUAN.—¿Cómo? ¡Infame!
JUS. Basta ya,
que ese hombre acusado está.
JUAN.—¡Viles, asesino yo!
BLAS.—Y aun niega... Dejadme a mí:
ese hombre muerte merece;
dádmele, me pertenece;
yo soy el verdugo aquí.
(Blas, separado de don Juan, forcejea por llegar a él. Llevan a don Juan por el lado opuesto a la casa de Diego Pérez, y don Pedro coge a Blas por el brazo, cuando todos vuelven la espalda.)
JUS.—*(A Blas.)*
Ea, atrás tú... y venid vos.
(A don Juan.)
JUAN.—Inocente...
JUS. Sí, seréis;
pero allá se lo diréis
a los jueces.
JUAN Sí, por Dios.
PED.—*(A Blas.)*
Ven aquí y en mi fe fía.
Don Pedro y Blas.
BLAS.—Ved que me habéis prometido.
PED.—Que del crimen convencido
en tus manos le pondría.
Pues bien; pasado mañana
te avisarán de un lugar
donde has de ir a consultar
sobre la justicia humana.
BLAS.—¡Qué me importa...!
PED.—*(Dale un bolsillo.)* Calla y te
Con esto el entierro harás.
de tu padre y de ese, Blas;
(Señalando al sitio donde cayó el co jurado a quien mató don Pedro.)
y callando te irá bien.
BLAS.—(De sus ojos tengo miedo;
por más que al orgullo acudo
me apura, me opongo, dudo,
mas resistirle no puedo.)
(Entra en su casa empujado liger mente por don Pedro.)
Don Pedro.
Bien, nada don Juan sabrá;
nada los jueces tampoco,
y ese pensamiento loco,
adelante seguirá.
(Se echa a reir y dice, yéndose y fr tándose las manos con muestras de s tisfacción.)
Y es justo que en la horca acaben
y al vulgo den que reir
muertos que aun han de morir
y que la hora no saben.
TELON

ACTO TERCERO

Gabinete oriental en casa de Samuel Leví destinado al embajador del rey Bermejo. Puerta el fondo y secretas a los lados, mesa con tapete de grana, cojines, etc. Luz artificial.

Doña Aldonza Coronel y don Juan de Colmenares.
ALD.—Imposible, don Juan; dirán si quieren
que por capricho mujeril os quise,
mas no penséis que, mi decoro hollando,

así el blasón de los Guzmanes pise.
Mucho os amé y os amo todavía,
que negároslo aún fuera locura,
mas seguiros liviana, Colmenares,
tinta es su sangre...
JUAN. Basta; estad segura
que os comprendo muy bien: enhorabuena.
Trocar por un mal rey un buen marido
que merecía os pareció la pena;
mas quien señora en un palacio ha sido
vivir no debe en opulenta casa
que de hidalgo solar al fin no pasa.
ALD.—Me tentáis demasiado la paciencia,
señor don Juan; tened esos dicterios,
porque pican, pardiez, en insolencia.
Quien al rey escuchó fué mi venganza:
mató a mi padre y vive en mi memria.
JUAN.—¡Qué diablos! ¿Por tan poco una pendencia
queréis armar? No somos hoy tan niños
que no alcancemos hoy la tecnología
y el sistema de amores y cariños.
ALD.—Tenéis, don Juan, un alma depravada
incapaz de sentir, e indiferente
dispuesto estáis, con sátira insolente,
a reir de la cosa más sagrada.
JUAN.—¿Pues qué queréis? ¿Que a fuer de caballero
que errante corre a caza de aventuras
abra un palenque a voz de pregonero
y haga astillas por vos un par de lanzas,
ganoso de cosecha de esperanzas?
No s mi propuesta tan difícil cosa;
en cualquie asonada repentina
muere a manos de turba codiciosa
el patriota mejor tras de una esquina.
ALD.—Basta ya, por mi vida, Colmenares.
Si la mengua arrostré del populacho,
del rey don Pedro por vengarme ansiosa,
vengo a mi padre y moriré gozosa;
todo el mundo verá, por más que os pese,
que el corazón del rey no pretendía
quien, aguardando la ocasión, sedienta
bebió la sangre que en su pecho había.
JUAN.—*(Con sarcasmo.)*
Y embozando su amor con su venganza
supo, astuta, volver a su marido
celebrando su triunfo esclarecido;
y éste, de su conducta satisfecho,
cuando vos le digáis: *Vengué a mi padre,*
responderá tranquilo: *Bien has hecho.*
ALD.—Mucho os mofáis, don Juan, de su desgracia,
y a su enojo mostráis muy poco miedo
cuando sabéis que recordaros puedo
que no hablasteis con él con tanta audacia.
JUAN.—¿Y por tan bueno me tenéis, señora,
que me lanzara a provocarle, necio,
cuando al fin de la fiesta no sería
sino del vulgo fábula y desprecio?

Convengamos al fin en que, por suerte,
bien entrambos a dos nos conocemos,
y pues ambos a dos nos descubrimos,
nada, por fin, entrambos nos debemos.
Mas es tiempo de obrar: quede aquí todo,
y, pues ambos un fin nos poponemos,
justo es que cada cual llegue a su modo.

Dichos, Samuel y el Embajador, por el fondo.

SAM.—¡Gracias a Dios!
JUAN. El nos ayude, amigos.
EMB.—Grave susto nos disteis, Colmenares.
JUAN.—*(Frívolamente.)*
Los cielos, ¡vive Dios!, me son testigos
de que más de una vez me di por muerto
y de todos el fin tuve por cierto.
El oro derramé con manos llenas
por penetrar al laberinto oscuro
de las dudas que entonces me acosaban;
todos los cargos vi que se me hacían
y todos de asesino me culpaban,
mas nada, a fe, de conspirar decían.
SAM.—Mas los jueces...
JUAN. Asaz interesados,
fallaron mi sentencia
conforme a su interés, no a su conciencia.
SAM.—*(Con satisfacción.)*
La noticia indecisos esperamos,
mas cuando esta mañana la supimos
nos reímos, don Juan, y respiramos.
JUAN.—El caso es muy donoso, ciertamente;
no se ha visto sentencia más graciosa.
Mas pasemos, señores, a otra cosa;
no hay más que hablar: con vuestro plan seguimos.
SAM.—¿Y el rey?
JUAN. ¡Oh! Más que nunca confiado;
hoy mismo con su mesa me ha brindado;
Mas yo sé bien, o me alucino mucho,
que espléndido banquete le preparo
que ha de costarle, por quien soy, bien caro.
EMB.—Abreviemos, si os place, de razones.
SAM.—Sí; obremos de una vez, que no tenemos
a cientos ya a escoger las ocasiones.
JUAN.—Tenéis razón, amigos; empecemos.
¿Los de Aragón?... *(A doña Aldonza.)*
ALD. En la ciudad entraron;
Guzmán con ellos la señal espera,
y aquí vendrá si la ocasión le ayuda
favorecido por la sombra muda.
EMB.—Mañana nos dará pública audiencia
el rey en el alcázar.
JUAN.—*(Al Embajador.)*
Ese tiempo le da nuestra sentencia.
Ea pues, ya sabéis cuanto hace al caso;
empreded del oráculo la farsa;
que entre la turba de cristianos locos
que por mentiras os darán dineros,
entrarán de los nuestros unos pocos;

no me los confundáis con la comparsa.
(A doña Aldonza, con galantería.)
Dadme el brazo, señora,
si aun alcanzo a serviros de escudero.
ALD.—Pues no podéis ya ser mi caballero
la última vez tomadle por ahora.
Samuel y el Embajador.
SAM.—Dejemos a esos necios embriagados
en sus ciegas y torpes vanidades.
EMB.—Hablad de don Enrique.
SAM. Ya consiente
en dar a Mahomad esas ciudades
que le pide, tal vez muy exigente;
pero es justo, sin duda,
que pague cara su eficaz ayuda.
EMB.—¿Dará, pues, los poderes necesarios?
SAM.—No; pero pues tan varios
sucesos prestarán mil ocasiones,
de ellas se quitarán las guarniciones,
y con faz de sorpresa
tomaréis lo que os toque de la presa.
EMB.—Quedará, pues, Castilla
reducida a un pedazo de terreno...
SAM.—Sí, donde ondule el pabellón ajeno.
EMB.—Permitid que os replique,
Samuel, puesto que tanto os interesa,
según se ve, su causa,
¿por qué aquí no os quedáis con don Enrique?
SAM.—No más reyes que pobres y altaneros
nos adulan menguando su grandeza
y nos pagan después, crueles y fieros,
dando a su pueblo ruin nuestra cabeza.
Mi ciencia, mis consejos, mi tesoro
desde hoy ofrezco, si los quiere, al moro.
EMB.—Ya veis lo que os escribe
mi rey, y claro está que os los recibe.
SAM.—Llevad a cabo, pues, lo comenzado.
EMB.—¿Habéis ya a nuestras gentes avisado?
SAM.—Hoy avisados fueron;
mis amigos y fieles servidores
por el vulgo las nuevas esparcieron
de que el muy sabio embajador que cura
del ánima y del cuerpo los dolores,
a admitir se dispone sus visitas,
y ya el crédulo vulgo se apresura
a consultar al mago
en el silencio de la noche obscura.
EMB.—Está bien. A los jefes instruidles
del ridículo oráculo;
lo que importe decidles,
yo al vulgo engañaré.
SAM. Y poned cuidado.
Vendrá larga caterva de importunos
y de necias muchachas engañadas,
tras de esperanzas mentirosas unos,
tras de ventura y predicciones otros;
pero vendrán entre ellos

las ánimas, que esperan de nosotros,
no plegarias mentidas ni oraciones,
sino armas afiladas,
el oro y las secretas instrucciones
que les serán por vuestro labio dadas.
EMB.—Presto, pues, el oráculo empecemos.
A los nuestros daremos lo que importa,
y al vulgo sin razón le mentiremos.

Samuel y el Embajador salen por la derecha. Aparecen en seguida, por una puerta falsa de la izquierda, don Pedro con don Diego García de Padilla y dos ballesteros de su guardia.
PED.—¡Aquí, lebreles, y alerta!
A la primera señal
le echáis al cuello un dogal
y le ahorcáis en esa puerta.
PAD.—Ved que es ese hombre, señor,
embajador de Granada.
PED.—¿No acuso, pues, la embajada
si cuelgo al embajador?
(Padilla y los ballesteros se retiran. Don Pedro va a ocultarse tras de la puerta que abrió Samuel al salir, y cuya hoja cae sobre la pared.)
Yo cazo por afición
ya un insecto, ya una fiera;
pues hallo esta ratonera,
cacemos este ratón.
Don Pedro y el embajador. Vuelve el moro, y al cerrar la puerta se halla cara a cara con don Pedro, que echa mano a la llave, y quedan un momento en silencio mirándose uno a otro.
PED.—Buenas noches nos dé Dios.
EMB.—(¿Por dónde ha entrado este [hombre?)
PED.—Nada hay aquí que os asombre.
EMB.—¿Sois?...
PED. Un hombre como vos.
EMB.—¿De la casa?
PED. Justamente.
EMB.—¿Amigo de don Samuel?
PED.—Mucho.
EMB. ¿Y por mandato de él
venís a mí?
PED. Cabalmente.
EMB.—Pero en mi mente no cabe...
Sin tropezaros en mí,
¿cómo habéis entrado aquí?
PED.—Por el ojo de la llave.
EMB.—¿Qué es esto? ¿Venís de mofa?
PED.—¿Unos muertos no esperáis?
Que se aparezcan dudáis,
pues, las gentes de esa estofa...
EMB.—¿Cómo?
PED. ¿No oisteis decir
que un muerto espíritu es,
y no necesita pies
ni por dónde, para ir
ni venir?
EMB. ¡Mas no comprendo,
por Alá!
PED. Tened paciencia;
y os explicaré mi ciencia,
y ya lo iréis comprendiendo.
(Tiéndese don Pedro en un almohadón, y sigue diciendo, en tono burlón.)
Hay sabios tan pobrecitos,
que tras cualqüier embustero
se van hacia el matadero
dóciles como cabritos.
Hay muertos tan infelices,
que, a pocas apariciones,
a tumbos y tropezones
dan en tierra de narices.
Y hay astrólogos tan rudos,
tan menguados adivinos,
que en lo que hace a sus destinos
sus horóscopos son mudos.
(Hace el moro un movimiento de resistencia.)
No resistáis, voto a tal,
que vengo muy bien armado,
y cogiéndoos descuidado
el combate no es igual.
Que sois, he oído decir,
un mago más que mediano.
Tomad: aquí está mi mano;
(Tierde la mano armada con guantelete.)
decidme mi porvenir.
EMB.—(¡Dismulemos, pardiez,
quién es hasta descifrar!)
Aunque era justo negar
respuesta a tanta altvez,
porque no cede la ciencia
a la fuerza o la amenaza,
os disimulo la traza
de tan rápida exigencia.
PED.—Ved que también adivino
soy, y a mi vez os diré,
poco o mucho, lo que sé,
que os guarda vuestro destino.

EMB.—Entonces esta molestia
nos podemos excusar.
PED.—(Aun voy con él a cerrar
como quien caza una bestia.)
¿Conque, no sabéis decir,
ni mirando a lo pasado,
lo que ha sido de un soldado,
ni cuál es su porvenir?
EMB.—(Dudando estoy.)
PED. Bien está.
Pues reservado os guardáis,
fuerza es que de vos oigáis
lo que fué y lo que será.
Vos fuísteis Marcos Martín,
que en sus traidores afanes
servisteis a los Guzmanes,
y les vendisteis por fin.
La razón os la diré:
Cuando un bastardo ser quiso
rey de Castilla, preciso
buscar un veneno fué.
EMB.—¡Cielos!
PED. Lo aprontasteis vos.
Descubierto, con el oro
que hurtasteis, fuísteis al moro
y renegasteis de Dios.
Ayudando al rey Bermejo
en Granada a conspirar,
cuando rey se hizo llamar
os hizo de su consejo. *(Pausa.)*
Te he dicho Marcos Martín,
lo que ha sido tu pasado;
atiende ahora con cuidado,
que voy a hablar de tu fin.
O con la mía se acuerda
tu voluntad desde hoy,
o te juro, por quien soy,
que bailas en una cuerda.
EMB.—(Rendirse sin pelear
fuera locura extremada.)
PED.— ¿Qué dices? *(Con altivez.)*
EMB. No digo nada.
¿Eso es negar u otorgar?
(Arrancando con indignación.)
¿Por quién me tomáis a mí,
mortal miserable y necio,
que viene a poner a precio
mis pareceres aquí?
¡Necio de mí, si mi ciencia
quién sois no me revelara!
PED.—¿Y es perspicacia tan rara
de tu ciencia o tu conciencia?
EMB.—Vos, criado entre traidores,
traiciones doquier soñáis;
de las estrellas dudáis,
de sabios y de doctores.
(Con tono de inspiración. Don Pedro trémulo de ira.)
Yo vine de mi señor
con mi ciencia poderosa,
de vuestra nación leprosa
médico y embajador.
¿Y de una historia indecente
me hacéis el protagonista?
PED.—*(Levantándose y dando una patada en el suelo.)*
¡Nuestra Señora me asista;
y aun hablará el insolente!
Escucha, sabio doctor
y embajador compasivo:
voy a desollarte vivo
y a mandarte a tu señor.
¿Piensas que tengo tan flaca
la memoria, o tan menguado
el enojo, que, irritado,
mi cólera el tiempo aplaca?
¡Siervo, apóstata, asesino,
mal comparado, vil ladrón!,
¿piensas que es tu salvación
ese disfraz de adivino?
¡Despoja de esos trebejos!
(Arráncale de un tirón la capellina que le cubre todo.)
¡Padilla!
Padilla y dos ballesteros, que aparecen a la voz de don Pedro, mientras Marcos no acierta a volver de su asombro, le asen, le despojan del turbante y demás útiles, que han de servir para el disfraz de don Pedro, y le llevan.
PED. A ese embajador
srvirás de confesor.
Guárdale bien y no lejos.
Don Pedro.
¡Darán al mozo un juguete
y alguna presa al león!
Por Dios que de diversión
servirán al mozalbete.
(Hace lo que va diciendo.)
Cálome esta mantellina,
coloco la luz de modo
que en sombra quede yo todo,
mientras el resto ilumina.
Abro, me cubro, me siento,
y a adivinar me preparo.
A fe mía que muy caro
pagan mi entretenimiento.
Don Pedro y Blas.
BLAS.—Este es, sin duda, el doctor.
PED.—¿Qién va?
BLAS. Blas Pérez.
PED. (¡Por cristo
que está al reclamo bien listo!)

Diga, pues.
BLAS. (Dame pavor
tan melancólica estancia.)
Es el caso... yo... (No sé
cómo empezar.)
PED. (Siempre fué
tan cobarde la ignorancia.)
En fin, ¿qué quiere de mí,
Blas Pérez?
BLAS. Venganza quiero.
PED.—¿Y de quién?
BLAS. De vos la espero,
pues me encaminan aquí.
PED.—¿Y qué es ello?
BLAS. Ello es, señor,
que hace tres noches, en una
lluviosa y negra, oportuna
para el cobarde y traidor,
mi padre...
PED.—*(Interrumpiéndole.)*
Bien, le mataron.
BLAS.—Sí, murió a manos de un hom-
[bre...
PED.—Colmenares, sé su nombre...
BLAS.—¿El hecho, pues, os contaron?
PED.—¿Qué es mi saber en esencia
si lo pasado no acierto?
BLAS.—(¿Si le habrán dicho que ha
[muerto
los hombres y no su ciencia?)
PED.—Sea como quiera, adelante.
Un soldado te ayudó,
y por él la ronda dió
tras de ese hombre en el instante.
A él te arojaste audaz,
mas te detuvo un soldado;
que aún no era el tiempo llegado
para tal temeridad.
BLAS.—Todo lo sabéis, sin duda,
y puesto que a vos me envían,
está claro que sabían
que me podéis dar ayuda.
PED.—¿No te la dió el tribunal?
BLAS.—*(Con desprecio.)*
Si Dios otra vez naciera
y entre sus uñas cayera,
pasáralo, a fe, muy mal.
PED.—¿No hay, pues, justicia en Se-
[villa?
BLAS.—Fué mi padre zapatero.
PED.—¿Quién en la ley es primero?
BLAS.—Los más ricos en Castilla.
PED.—¡Mire el mozuelo insolente
lo que dice antes de hablar!
BLAS.—Ved si me habéis de vengar
o me vuelvo.
PED. Blas, detente.
¿Tan mal te trató la ley
que así decidido estás?
BLAS.—Y no me volviera atrás
aunque atropellase al rey.
¡Oh! mataré a Colmenares
donde quiera que halle espacio;
en la calle o en palacio,
aun al pie de los altares.
PED.—¡Impío!
BLAS. Seré imparcial;
obraré con mi enemigo
como el tribunal conmigo.
PED.—Pues ¿cómo obró el tribunal
BLAS.—Qué, ¿no lo sabéis, señor?
El tribunal, por su oro,
le priva un año del coro,
que en vez de pena es favor.
PED.—¿Eso más?
BLAS. Conque es decir
que al cabo, por buena cuenta,
cobra como antes su renta
al coro sin asistir.
Ved, pues, si tengo razón;
y si vuestra ciencia alcanza
a mi padre a dar venganza,
buscad presto la ocasión.
PED.—(Fuego de Dios es el mozo,
y qué derecho se va
a su asunto.) Bien está;
concédote sin rebozo
la razón, pues es tan clara;
y pues por venganza vienes,
¿a que te ponga te avienes
al matador cara a cara?
BLAS.—¿Que si me avengo? ¡Sí, a fe!
PED.—Mañana a palacio irás;
con eso paso te harás
(Dale una seña.)
hasta donde alguien esté
que te ponga en la ocasión.
BLAS.—¡Yo a palacio! Fuera yerro;
me echarán de él como a un perro
al saber mi condición.
PED.—Si a tu padre has de vengar
tal orden has de cumplir.
BLAS.—Con esto a palacio he de ir...
¿Y qué falta me hace entrar?
PED.—Obedece a tu destino
que así dispone que muera
porque si le matas fuera
te ahorcarán por asesino.
BLAS.—Vos queréis hacer el bú,
y puede ser... ¡vive el cielo!
PED.—Obedece, rapazuelo,
a quien sabe más que tú.
*(Don Pedro se levanta y le pregunta
con imperio.)*

¿Diste a Diego sepultura?
BLAS.—Se la di.
PED. ¿Y al otro?
BLAS.— *(Asombrado.)* ¡Cómo!
¡Sabéis también!...
PED. Pies de plomo
necesita esta aventura;
tenlos y no olvides, Blas,
que quien con muertos pelea
es muy posible que lea
tus pensamentos, y más.
¿Con la bolsa del soldado
los enterraste a los dos?
BLAS.—La misma noche. (Por Dios,
que esto no se lo han contado.)
PED.—¿Hablarán los que lo hicieron?
BLAS.—Su oficio es sólo enterrar.
PED.—La lengua, pues, se han de atar
o sepultura se abrieron.
Mañana a palacio.
BLAS. Iré.
PED.—¿Me tienes más que decir?
BLAS.—Nada más.
PED. Te puedes ir,
y hasta mañana.
BLAS. ¿Os veré?
PED.—¿No te prometió el soldado
darte a Colmenares?
BLAS. Sí.
PED.—Pues lo que él promete, a mí
cumplir me está encomendado.
(Al despedirle.)
Y cree, Blas, al adivno:
Quien los misterios no calla
de este cuarto, por él halla
del otro mundo el camino.
BLAS.—(Seguiré, a fe, su consejo
que todo este hombre lo sabe,
y el negocio es harto grave,
pues que se arriesga el pellejo.)
PED.—¿Qué aguardas?
BLAS. Yo más quisiera
preguntar... mas tengo miedo.
PED.—Vete, que en vengarte quedo.
BLAS.—Mas decid...
PED. ¡Váyase fuera! *(Vase Blas.)*

Don Pedro.

Mató a Pérez Colmenares,
el crimen pagando en oro
¡Prívanle un año del coro!...
¡Y matan a otros pelgares
por robar un alfiler!
...en...¿La justicia atropella
la justicia? Haré con ella
lo que ella acostumbra a hacer.
Alguien llega. ¿Quién va allá?

(Vuelve a colocarse, como al principio, a la sombra de la lámpara.)

Don Pedro y Robledo.

ROB.—Animas y embajadores.
PED.—(Aquí empiezan los traidores.)
¿Está todo?
ROB. Todo ya;
sólo falta repartir
el oro que ha de pagar
los brazos que han de lidiar
y armas con que han de reñir.
PED.—Tomad: en este bolsón
lo necesario tenéis;
las armas encontraréis
en San Benito.
ROB. ¿No son
los monjes el rey amigos?
PED.—Que eso crean es muy bueno,
que así estará el rey ajeno
de haberlos por enemigos.
ROB.—Eso sí; podéis fijar
seña y hora.
PED. Con prudencia
meted gentes en la audiencia
que mañana me han de dar.
ROB.—Luego, mañana...
PED. Así es:
al oir el esquilón
sable en mano y al salón.
ROB.—Allí muere a nuestros pies.
PED.—¿Quién parecer le ha pedido?
ROB.—¿A un mismo fin coligados
no estamos todos?
PED. ¿Pagados
no habéis vosotros venido?
ROB.—La canalla sí, yo no.
PED.—¿Qué prendas derecho os dan
a ser más? ¿En dónde están
las gentes que pagáis?
ROB. ¿Yo?
Soldado valiente soy,
que arriesgo en esta partida
si no mis doblas, mi vida.
PED.—Por canalla, pues, os doy,
que eso arriesga la canalla
cuando a los palacios osa
y es que no tiene otra cosa
que perder en la batalla.
ROB.—¡Vive Dios!
PED Calle y va bien,
que, pues, en esta querella
arriesga él tanto como ella,
canalla será también.
ROB.—Hombre soy...
PED. ¡Por Satanás,
he aquí lo que son soldados!
Beben y riñen osados

y no sirven para más.
Robledo, llévate ese oro;
las armas, en San Benito,
y mañana, al primer grito
en el salón junto al moro.
ROB.—¿Pensáis, pues, hereje vil
que, muchachos de una escuela,
nos llevái tan sin cautela
como ovejas al redil?
Iguales hemos de ser,
pues lidiamos por igual;
o vais a pasarlo mal,
por vida de Lucifer,
que no faltará quien, roto
algún cabo de la rueda,
romper el círculo pueda...
PED.—(Si habla mucho le acogoto.)
Dígoos que iréis a palacio
con vuestra gente pagada,
y a la primer campanada
fuego; y no andéis tan reacio,
porque paga vuestro cuello.
ROB.—Pues bien.
(Don Pedro, impaciente, se levanta, y abandonando la mesa, tras de la que ha estado oculto su cuerpo toda la escena, vase hacia Robledo, mostrando por debajo de la capellina morisca, que le está corta, las piernas, armadas de acicates y mallas, a usanza de los caballeros cristianos.)
PED.—Eh, largo de aquí.
ROB.—¡Santo Dios! ¿Calzan así
los moros?
PED. (Topó con ello.)
(Llévale don Pedro a la fuerza hasta la puerta y dícele con voz siniestra.)
Dicen que es por las pezuñas
fácil con el diablo dar.
(Muéstrale un pie.)
¡Ay si llegáis a contar
que le habéis visto las uñas!
(Le enseña una mano armada de guantelete, y cierra la puerta, dejándole fuera.)

Don Pedro.

Si le digo al fin, quién soy
a darle muerte me obligo;
mas si quién soy no le digo
todo lo descubre hoy.
¡Oh, harále prudente el miedo!
Padilla.

Don Pedro y Padilla.

PED. Si a San Benito
no va, por Cristo bendito
que me prendáis a Robledo.
PAD.—Han de recelar, señor,
los demás de esa medida.
PED.—Pues prométele la vida.
PAD.—Dineros fueran mejor,
que tal vez, desesperado,
si alcanza que ha de morir,
se negará a consentir
a su partido obligado.
PED.—Entonces poco me importa
si se niega le ahorcarás,
y tras él a los demás.
Así es la función más corta.
PAD.—Si permitís que os pregun[te]
sin desacato, señor,
¿no era eso mucho mejor?
PED.—Mil gracias por el apun[te].
PAD.—Si os ofendí, perdonad.
PED.—¿No sabéis que ellos decía[n]
que al león entretendrían?
¿No se entretiene en verdad?
Dúrale la diversión
mientras el hambre no le apura;
esto es, el juguete dura
mientras harto está el león.
PAD.—Pero advertidos de ciert[o]
tarde o temprano...
PED. Ya basta,
Padilla; mientras se gasta
mi juguete me divierto.
PAD.—Mas no perdáis la ocasión
por un infantil capricho.
PED.—Me divierto y está dicho;
darles quiero una lección.
Ya viste el vulgo que, necio,
se agolpaba en el umbral;
¿no merece, voto a tal,
mi burla con mi desprecio?
En pos viene del oráculo
de un decantado adivino,
y le usurpa ese asesino
de la ciencia el tabernáculo.
Contra su rey conjurados
porque igual premia y castiga,
en larga y secreta liga
su alcázar minan osados.
Al vulgo insensato admiran,
y a pretexto de arte mágico
a un fin más sangriento y trág[ico]
con sus misterios conspiran.
Ahora bien, pues cazadores
sin tiento, cuadrilla loca,
de su cueva hasta la boca
siguen al león vencedores,
de sus peñas al abrigo
saldrá el león de repente.
PAD.—Pues ese dicho insolente
os picó.
PED. Padilla amigo,

confiésolo, pues me obligas;
los tigres, los elefantes
provocan al león pujantes,
mas le insultan las hormigas.
¡Oh! ¡Pues astuto y mañero
todas por fin las junté;
mañana las pisaré
al cegar el hormiguero!
(Padilla se retira a una señal de don Pedro.)
Don Pedro vuelve a colocarse tras de la mesa, como antes, y sale Teresa con manto que le cubre el rostro.
TER.—¿Sois vos el sabio doctor
que duelos del alma cura?
PED.—No es mi ciencia tan segura
que alcance a tanto dolor.
¿Quién sois?
TER. Soy una mujer
pobre, triste y desvalida,
a este lugar impelida
por sus cuitas.
PED. Puede ser
que contenta no salgáis,
pues siendo tan desdichada
la verdad no será nada
propicia. ¿Cómo os llamáis?
TER.—Mi nombre ¿qué importa aquí?
Sé que obedece la ciencia
con lisonja a la opulencia,
mas yo del vulgo nací.
(Deja en la mesa una moneda.)
in embargo, esto es, señor,
uanto, pobre, os puedo dar;
ed si eso puede comprar
uestra ciencia.
ED. No es valor
ue se paga con dinero:
uardaos esto; decid
que queréis, y advertid
ue en todo ayudaros quiero.
ER.—Dos cosas que consultar
ngo.
ED.—Decid la primera.
ER.—Saber en dónde quisiera
un soldado podré hallar.
ED.—La segunda.
ER. El nombre oir
l traidor que hace tres días
ató a mi padre.
ED. ¿Tenías,
tes del padre morir,
specha de azar tan duro?
ER.— Si lo hubiera sospechado,
ñor, le hubiera salvado.
ED.—(¿Es ella? Aun no estoy se-
[guro.)
¿Murió tu padre en la calle?
TER.—Sí, señor.
PED. ¿A puñaladas?
TER.—Sí, señor.
PED. ¿Eran pasadas
las ánimas al matalle?
TER.—Sí, señor.
PED. ¿De ello testigo
fué ese soldado a quien vas
buscando?
TER. Así fué.
PED. ¿Quizás
le amaste?
TER. Mostróse amigo
de mi padre, y...
PED. Di a tu hermano
que aquel que mañana vea
que en la audiencia real pasea
departiendo mano a mano
con el rey, ese es el hombre...
Y en cuanto a ese otro soldado
a quien buscas, ha mudado
traje, condición y nombre.
TER.—¿Pero verle no podré?
PED.—Y si el que tú buscas no es ya,
¿de qué hallarle te valdrá?
TER.—Mis cuitas le contaré;
las fiaré a su cuidado,
y, amante o compadecido,
valiente sé que ha nacido
y obrará como un soldado.
PED.—Mucha fe tienes en él.
TER.—Le amo, y vengárame al cabo,
que le llaman Pedro el Bravo.
PED.—Y también Pedro el Cruel.
TER.—No será entre las mujeres
donde use nombre tan fiero.
PED.—¿Tanto le quieres?
TER.—Le quiero.
PED.—Pues, Teresa, no le esperes.
Pedro es un valiente, sí;
te vengará, porque es justo,
mas, aunque oirlo sea susto,
no es ya Pedro para ti.
TER.—Razón no alcanzo, señor.
PED.—Hay entre ambos largo trecho
y es un mal que ya está hecho.
TER.—Todo lo iguala el amor.
PED.—¡Imposible!
TER. Yo no digo
que si es rico, noble, avaro,
mi amor me pague tan caro
si con mi amor no le obligo.
Si, aunque pensarlo me pesa,
con otra casado está,
el daño mortal será
no para él, para Teresa.

No le humillará mi amor;
si venga a mi padre y lava
mi afrenta, seré su esclava,
porque él será mi señor.
Si a alguien con amarle ofendo,
nadie me podrá estorbar
que pueda en silencio amar
objeto que no pretendo.
PED.—(¡Pobre muchacha!) ¿Y si fuese
Pedro un falso y un traidor?
TER.—No conseguirá un error
que por él no me interese;
aun si miente le amaré.
PED.—¿Y si es un vil, cuyo oficio
te infama?
TER. Haré un sacrificio
y su infamia partiré.
PED.—¿Y si su conducta loca,
con depravada intención,
a tu orgullo, con razón,
y a tu honor, Teresa, toca,
le amarás?
TER. Siempre, aunque triste
lloraré mi desventura,
y no habrá fin mi amargura
si es verdad.
PED. Tú lo dijiste;
él sabía que hasta ti
no se podía bajar,
y te enamoró a pesar.
¿Quieres aún buscarle?
TER. Sí.
La última vez verle quiero,
y en nombre de aquel amor
voy a encomendar, señor,
mi venganza a un caballero.
PED.—¡Sí, por Dios! Y no te engaña
tu amor, que si te ha mentido,
te vengará arrepentido,
que es quien es. (¡Mujer extrña!
Veamos.) ¿Antes tuviste
que él otro amor?
TER. Le olvidé.
PED.—¿Quiérete aún?
TER. No lo sé.
PED.—¿Dice?...
TER. Que sí.
PED. Mal hiciste.
Toma ese anillo; al mostrarle
paso en palacio te harán
y hasta el rey te llevarán.
TER.—¡Al rey!
PED. A él debes llevarle;
Pedro Bravo estará allí,
háblale... y lleva contigo
al alcázar a ese amigo
que anda perdido por ti.

TER.—¿Y qué relación?...
PED. No dudes,
Teresa: ¿de qué en conciencia,
me serviría la ciencia,
a que confiada acudes,
si remedio no te hallara?
Ve a palacio, y de contado
verás a Diego vengado
y a Pedro Bravo la cara.
¿Quieres más?
TER. Si no temiera
que mi empeño...
PED. Di y concluye.
TER.—¿De mí Pedro Bravo huye
por desamor?
PED. ¡Necio fuera!
Te quiere cada vez más,
pero sigue mis consejos:
ama a Pedro desde lejos,
no se lo digas jamás.
TER.—¡Me aterráis!
PED. Tú eres muy be[lla;]
él es mozo, y, aunque bueno,
su amor es bruto, sin freno,
que cuanto alcanza atropella.
Harto dije; vete pues.
Don Pedro
¿Con su deshonra qué gano?
No quiero ser tan villano
con quien tan sincera es.
Casta y sencilla paloma
presa en las redes de amor,
que vayas libre es mejor
que cruel gavilán te coma.
Yo te vengaré de mí,
y al ver quién era yo y quién soy
en que has de estimar estoy,
por lo que soy, lo que fuí.
¿Quién va?
Don Pedro. Juan, con mandil y cu[chi-]
llas al cinto.
JUAN. Juan Cortacabezas
con todos sus menesteres.
PED.—¡Voto a San Gil! ¿Y qué qu[ieres?]
[r...]
JUAN.—Sabedor de mis proezas,
aquí me envió don Samuel
para que hablara con vos;
conque bien sabréis los dos
para qué me envia él.
PED.—(¿Quién es este zafio?) Ori[...]
[ta...]
de tus hazañas, y a ver
si me sirves.
JUAN. Que saber
no hay mucho.
PED. Despacha, cuéntame.

JUAN.—Llámome Juan, soy de oficio
carnicero o cortador,
si os place, y tanto amor
le profeso a mi ejercicio
que vendo al sol y peleo
por la noche, y de este modo,
aunque igual no valgo todo,
siempre es igual el empleo.
PED.—Entiendo; conque, ¿es decir
que eres de esos que en Sevilla
ponen precio a una cuchilla
sin ir al rey a servir?
JUAN.—Ya ve usarcé, nunca falta
quien refunfuñe de todo.
PED.—Pues ya se ve.
JUAN. De ese modo
siempre a un buen hombre le asalta...
pues... dan en decir algunos
que siempre mi calle a obscuras
está, y otras mil locuras
que a la fin...
PED. Toma. *(Dale un bolsillo.)*
JUAN. ¿Hay aquí
precio?...
PED. De un hombre no más.
JUAN.—Bien vale, por Barrabás.
PED.—¿Te dijo el nombre Leví?
JUAN.—No.
PED. Pues mañana temprano
e al alcázar, y qué hacer
e darán.
UAN. Ya empiezo a ver,
válgame Dios soberano!
o oí decir que hay quien piensa
ue el rey... ¡Oh, si fuera cierto!
*Don Pedro le echa una mirada de
esprecio, diciéndole, con tono de am-
igua interpretación.)*
UAN.—Si tienes buen acierto
oblarán la recompensa.
ete.
JAN. ¡Si supiera tal!

Don Pedro.

ortacabezas! ¡Buen nombre!
Mañana veré si a ese hombre
lo han dado bien o mal!
adilla!

on Pedro y Padilla. Después Marcos Martín entre dos guardias.

D. Tráeme a ese mago.
Marcos.)
rtín, pues tan mal empleas
tu ciencia, es fuerza que veas
los horóscopos que yo hago.
Ven acá: ese pergamino
has de escribir a Samuel,
y vas a fijar en él,
bueno o malo, tu destino.
Dile que oportuna ausencia
es del caso, que está todo
previsto y que haga de modo
que estén todos en la audiencia.
(Marcos escribe. Don Pedro le mira con escrupulosa atención.)
Y ve que si un garabato
te veo hacer que no entienda,
tu vida tengo por prenda...
Escribe limpio o te mato.
(Toma don Pedro el pergamino y lo examina detenidamente.)
Está bien, a una prisión
llevadle, y a la hora dada
mañana irá su embajada
a dar al rey al salón.
(Asen los ballesteros a Marcos, que ha quedado en pie junto a la mesa donde escribió, y al pasarle por delante de don Pedro le dice éste.)
Si obedeces vivirás;
de otro modo, tu torpeza
te costará la cabeza.
Padilla.
(Mientras vuelve Padilla, don Pedro cierra la puerta por donde han entrado los que se supone venir de la calle, y descorre el cerrojo de la del fondo, que se supone dar a las habitaciones interiores de Samuel. Hecho esto y puesto el pergamino en parte visible de la mesa, vase hacia don Diego García de Padilla. Salen, y Padilla vuelve a la voz de don Pedro.)

Don Pedro y Padilla.

PED. Con él irás;
que no hable ni al confesor,
y cumpliendo su embajada,
en una caja cerrada
la cabeza a su señor.
PAD.—¿No le dijisteis?
PED. Lo siento;
mas tener cuenta es preciso
del refrán con el aviso:
Quien hace un cesto hará ciento.

ACTO CUARTO

PARTE PRIMERA

Galería corta, con puerta en el fondo, en el Alcázar de Sevilla.

Don Pedo y doña Aldonza.

PED.—¡Eso dicen! Vive Dios,
Aldonza, que no lo entienden.
Si aún nos queremos los dos,
bien lo veis, hermosa, vos.
ALD.—Meter cizaña pretenden.
PED.—Eso sí, y por mejor prueba
os voy a decir la nueva
con que me han venido a mí:
que Albar Pérez está aquí.
ALD.—¡Cuento!
PED. El aire se lo lleva.
¡Oh! Pero ved la perfidia
con que lo cuentan: añaden
que Lacerda ya no lidia
por el rey.
ALD. Dichos de envidia.
PED.—Al menos me lo persuaden;
mas no es eso todo aún:
os hacen de mancomún
con vuestro pobre marido,
que anda de celos perdido
fraguando el daño común.
ALD.—¡Pero vos no lo creréis!
PED.—¿Yo? ¡Ni por pienso! Escu-
[chad:
aun hay quien dice que habéis
vos bajado a la ciudad
a verle.
ALD. Y vos...
PED. Ya lo veis:
siempre en vuestros ojos preso,
perdido siempre de amor,
desprecio al vulgo sin seso,
y aun casi me agrado de eso
por confundirlos mejor.
ALD.—Mas dejadme preguntaros
¿qué se hace vuestra Padilla?
PED.—Indicios me dais bien claros
de que ha podido enojaros;
mas ved que no está en Sevilla.
ALD.—¿No la volveréis a ver?
PED.—Tuviérala por muy fea
tras de veros.
ALD. Vaisme a hacer
la más dichosa mujer.
PED.—Eso mi amor os desea.
ALD.—¡Oh! Será, mientras aliente,
mi anhelo amaros, mi gusto
serviros, eternamente
ser vuestra... y murmure injusto
el populacho insolente.
Sois el sol con cuya lumbre,
con cuyos vivos reflejos
se goza la muchedumbre,
y envidia que el sol me alumbre
de cerca y a ella de lejos.
PED.—Decís, Aldonza, muy bien;
os envidian porque os ven
junto al sol, radiante estrella,
mas será fuerza que a ella
den culto a la par también.
¡Oh! Soy quien soy en Castilla
y acatarán mis antojos;
que de no, fuera mancilla
para mí, luz de mis ojos,
amor mío.
ALD. ¿Y la Padilla?
PED.—¿Celos tenéis?
ALD. ¡Qué sé yo!
Mas al cabo...
PED. Eso acabó.
ALD.—¡La Padilla es tan hermosa!
PED.—Sed con ella generosa,
yo la enamoré y me amó.
Perdonad, no os había visto
todavía; un error fué,
mas lo corregí bien listo.
La amaba, os vi, y la dejé.
(Bien lo hacemos, ¡voto a Cristo!)
ALD.—Mas entre el vulgo, señor,
corréis por algo inconstante.
PED.—¿Y no decíais, mi amor,
ha poco que es ignorante
el vulgo y murmurador?
ALD.—Quien bien quiere bien sospech[a].
PED.—¡Eh! ¿Quién hace caso algu[no]
de cuentos de su cosecha?
Sin ir más lejos, ved uno
con que estaréis satisfecha.
¿Sabéis lo que ha sucedido
con Colmenares?
ALD. Sí, a fe.
PED.—Dió la muerte a un atrevido
que le amagó.
ALD. ¡Descreído!

PED.—¿Y sabéis qué dicen?
ALD. ¿Qué?
PED.—Que lo mató porque, osado,
el bribón se había negado
a no sé qué devaneos
con su hija... Dichos tan feos
inventa el vulgo menguado.
ALD.—(¡Cielos, qué luz!)
PED. ¿Qué decís?
ALD.—Me horrorizo del supuesto.
PED.—Lo mismo que yo sentís.
ALD.—El, tan amable, tan modesto...
PED.—(Un buen par os reunís.)
Mas, ahora que hablamos de él,
¿sabéis que me hizo reir
la sentencia? ¡Está al nivel
de la ley de un rey tan cruel!
ALD.—(¡Qué querrá este hombre de-
[cir!)
PED.—El vulgo canalla es.
Sobre él pesa la justicia:
el rico, el noble, a sus pies
le tiene.
ALD. El vulgo codicia
no más que sus doblas.
PED. ¡Pues!
Mas ya le harán, vive Dios,
ir de la nobleza en pos.
(Con la cuchilla en la mano
degollando dos a dos
tanto insolente villano.)
ALD.—Sois justo, señor, en eso,
que os acata la nobleza
y os defiende.
PED. ¡Oh! Lo confieso:
por ella asaz me intereso.
(Como ella por mi cabeza.)
Mas veo allí a Colmenares;
voy a celebrarle un rato
sus aventuras y azares.
ALD.—Y a fe que son singulares.
PED.—*(Como para sí.)*
¿Amargarle?... ¡Mentecato!
Bien muerto está el que mató.
(Se echa a reir, observando la impresión que sus palabras hacen en doña Aldonza.)
Y luego... ¡brava quimera!
¿Quién amores le colgó
con aquella zapatera?
(Ríe.) ¡Oh! Voy a darle ahora yo
gran zumba con su Teresa.
ALD.—¿Se llama así?
PED. Dícenlo.
Mas a vos ¿qué os interesa?
ALD.—¿A mí? Nada.

PED **Creí.**
ALD. No;
tan sólo lo pregunté
por la zumba.
PED. Bien está.
Adiós, mi amor.
ALD. El os dé
compañía.
PED. (Me holgaré
si a ambos el diablo os la da.)
(Vase don Pedro, y al llegar al fin del teatro se vuelve a mirar a doña Aldonza.)
ALD.—(¡Necio! ¡Así vive tranquilo
y hoy agoniza tal vez!)
PED.—(Se traga el anzuelo el pez
sin ver que va atado el hilo.)

Aldonza.

Vete, que a la muerte vas.
¡Necios! De torpes placeres
con una ilusión no más
llevan a un hombre detras,
como un perro las mujeres.
¿Qué vale, sol de Castilla,
tu atrevimiento y valor,
si a pesar de tu Padilla
aquí a mis plantas te humilla
una sonrisa de amor?
Mas caí en curiosidad;
¿si acaso será verdad
y por otro amor me deja?
¡Oh, abriera la eternidad
a tan maldita pareja!
¡Y por quién! ¡Santa María!
¡Por una villana tal!
Grave el insulto sería,
y por Dios que merecía
castigo al delito igual.
¡Ay!... miseria, nada son
las cosas de nuestro ser!
¡Qué inconstante el corazón
donde hierve una pasión,
donde alienta una mujer!
Me dejó y le aborrecí;
que le olvidaba creí,
y hoy que de otro amor recelos
tengo por él, ¡pesiamí!
que de don Juan tengo celos.
(Guzmán sale por un lado recatándose.)
Mas ¿qué es esto? Un encubierto
me acecha mal escondido
tras el postigo entreabierto;
se acerca... quién es no acierto.
GUZ.—Ella es. *(Saliendo.)*
ALD. ¡Cielos, mi marido!

ALB.—Os hallo al fin, señora; ¿por qué, huraña,
os recatáis de mí? ¿Tenéisme miedo?
ALD—Miedo, ¿por qué?
ALB. Que preguntéis me extraña
lo que yo mismo preguntaros puedo.
Dime, Aldonza, ¿do estás, hace tres días,
que ni día ni noche doy contigo?
ALD.—¿Qué era, Guzmán, lo que de mí querías,
que así te afanas para dar conmigo?
ALB.—¿Qué quiero? ¿Qué el esposo con la esposa,
tras larga ausencia y pesadumbre quiere?
¿Y qué quiere la alegre mariposa
en torno de la luz en donde muere?
Aquella noche misteriosa y triste
que te hallé con los nuestros en la cita,
¿dónde, al salir con las tinieblas, fuiste?
Si me niegas tu amor, ¿quién me lo quita?
¿Qué haces en este alcázar?
ALD. ¿No lo sabes?
Soy la dama del rey.
ALB. Voto a los cielos.
¿Y lo dices así?
ALD. No era...
ALB. No acabes,
o por Dios...
ALD. ¡Voto va! ¿Teníais celos?
ALB.—Sí, celos, ¡vive Dios!, negros, horribles,
que me roen, Aldonza, las entrañas;
¡celos que están pidiendo, irresistibles,
sangre!
ALD. La habrá, Albar Pérez, no te engañas.
Habrá sangre, ¡pardiez! y no muy lejos;
ten al fijar los pies mucho cuidado,
Guzmán, porque, del sol a los reflejos,
has de andar con la sangre deslumbrado.
Las losas estarán resbaladizas
esta tarde en palacio.
ALB. No hablo de eso;
hablaba de mi honor.
ALD. De sus cenizas
hoy ha de alzarse por su propio peso.
ALB—¡Hoy se alzará y lo vendes!
ALD. Te engañaron,
Guzmán; tiempo ha que a réditos le puse.
Y hoy, que a crecida cantidad llegaron,
justo será que los emplee y use.
ALB.—Acabemos, Aldonza; me interesa
mi honor más que mi patria y que mi vida.
Reine quien reine sobre tu honra pesa
mancha indeleble e incurable herida.
ALD.—No lo entiendes.
ALB. El vulgo lo murmura.
ALD.—El vulgo es necio.
ALB. Mas su lengua infama.
ALD.—Lo que hoy tacha, mañana, por ventura,
lo aplaudirá, Guzmán.

ALB. Deja la llama,
donde prendió, su indeleznable huella,
y no vuelve la fama por la honra
que una vez marchitó.
ALD. No se atropella
tan fácil la virtud por la deshonra.
ALB.—¡Mientes, Aldonza, mientes! ¿Aquí mismo
no te he visto con él en amorosa
conversación?
ALD. Te ciega tu egoísmo,
Guzmán, y aun no conoces a tu esposa.
ALB.—¿Y en palacio no vives torpemente
con la infame Padilla comparada?
ALD.—Y en palacio viviera eternamente
hasta salir cadáver o vengada.
ALB.—Aun me querrás, por Dios, dorar tu afrenta.
ALD.—Mala memoria tienes. ¿No has oído
una historia contar, triste y sangrienta,
de un Coronel que pereció vendido
por mandato del rey, y en una torre
a una mujer le dieron su cabeza?
Su sangre, Pérez, por mis venas corre;
llámome Coronel: ve mi torpeza.
ALB.—¡Cómo! ¿Fraguaste tú...?
ALD. ¡Sí, por mi vida!
No hubo estorbos que el paso me tuvieran;
familia y honra atropellé ofendida,
y nada me importó lo que dijeran.
Le esperé, le acosé con mi hermosura;
le sitié con mis ojos, e insensato
cayó a mis pies, poniendo a su locura
precio que ha de pagar, y no barato.
Jáctase de mi amor; público lo hizo,
porque antes que le mude, antojadizo,
por orgullo no más... ¡Oh, dura poco,
pierde la vida por su orgullo loco!
ALB.—¡Y yo, Aldonza, contigo conspiraba
por instinto también!
ALD. Basta; dejemos
que el tiempo llegue, que de andar no acaba.
Fuerza es, Guzmán, que sospechar no demos.

Guzmán.

[J]uzgué mal, vive Dios. Bien ha pensado;
[e]lla a su padre vengará altanera,
[y] del amor del rey iré vengado
[c]uando a las manos de su dama muera.

[D]on Albar, don Pedro y Colmenares, cruzando por el fondo.

[P]ED.—¿Qué hombre es aquel, Colme-[nares?
[C]OL.—No le distingo, a fe mía.
[P]ED.—Voto a San Gil... juraría.
[C]OL.—(¡Guzmán!... ¡Todo son aza-[res!)
[P]ED.—El rostro recata; ve
[q]uién es. Que sea quien sea
no quiero que aquí me vea.
COL.—(Con eso le advertiré.)
PED.—(Así les podré acechar
sin que ellos de ver lo echen.)
COL.—Porque, astutos, no sospechen
le procuraré apartar.

Don Juan y don Albar.

ALB.—¡Oh, vive Dios! ¡Qué recuerdo!
¿Colmenares no es aquel?
¡De cierto a saberlo... ay de él!
JUAN.—(Halagarle será cuerdo.)
Guzmán, ¿en palacio así
tan descuidado os estáis?
ALB.—¡Donde vos, don Juan, entráis,
no me es dado entrar a mí?

JUAN.—De la corte estáis proscrito.
ALB.—¿Y encausado no estáis vos?
JUAN.—Es muy distinto, por Dios,
el vuestro de mi delito.
Si maté a quien me ofendía
fué mi causa la mejor.
ALB.—Si a mí me llaman traidor,
mañana será otro día.
JUAN.—¡Tanto fiáis de la suerte!
ALB.—De mí a lo menos espero
que moriré caballero,
sea cual fuere mi muerte.
JUAN.—Eso he oído decir
de continuo a vuestra esposa.
ALB.—Mujer es muy generosa.
JUAN.—¡Oh! Con vos hasta morir.
ALB.—¡Bien conocéis su intención!
JUAN.—A su virtud me remito.
ALB.—¿Sabéis si por tal la admito?
JUAN.—(Diablos de conversación.
qué giro tomando va.)
¿Pudierais vos dudar de ella?
Noble, generosa, bella
y bien casada.
ALB. Quizá.
JUAN.—(¿Habla este hombre, o adi-
[vina?)
Si no es más que una sospecha.
ALB.—(¡El mentecato! Imagina
que el disimulo aprovecha.)
Mas decidme, pues sabéis
tanto vos de su hermosura,
de su vida y virtud pura
más enterarme podréis.
JUAN.—¿Yo?
ALB. Vos, sí.
JUAN. ¡Qué extravagancia!
¿Su guarda, don Albar, soy?
ALB.—Que la guardo a probar voy,
don Juan, a vuestra arrogancia.
JUAN.—¿Sospecháis tal vez?...
ALB. De vos.
JUAN.—¿Por?
ALB. Un no sé qué me han dicho.
JUAN.—Pase si habláis de capricho.
ALB.—¡De veras hablo, por Dios!
Pero estamos en palacio
y tal vez no muy seguros;
venid abajo a los muros
y hablaremos más despacio.
JUAN.—No comprendo vuestro afán;
mas os veo algo irritado
contra mí, y tened cuidado
que nací noble, Guzmán.
ALB.—Vos lo decís, mas no basta.
JUAN.—¿De mi sangre dudaréis?
ALB.—Sé, don Juan, que descendéis
de ilustre y antigua casta;
pero palabras cortemos:
téngoos a solas que hablar.
JUAN.—Creo poder contestar.
ALB.—Venid, pues, y lo veremos.
JUAN.—Más fácil...
ALB. Os engañáis;
uno u otro ha de caer,
y en soledad ha de ser:
o morís o me matáis.
JUAN.—Será así, pero no ahora.
ALB.—¿Por qué no?
JUAN. Fuera locura
no dar cima a otra aventura,
y va llegando la hora.
ALB.—Pues...
JUAN. Esta noche.
ALB. Corriente.
JUAN.—Yo os buscaré.
ALB. Yo os espero.
JUAN.—Adiós.
ALB. Adiós.
JUAN. (¡Majadero,
de lo dicho se consiente!
¡Por una mujer ajena
y de quien cansado estoy!)
(Vase riendo.)
ALB.—(Curaré su ambición hoy
con una estocada buena.)
Don Juan, don Albar y Teresa.
salir don Juan da con Teresa, que
a entrar.
TER.—¡Cielos!
JUAN. ¡Teresa!
TER. ¡Ay de mí!
ALB.—¿Qué es eso?
TER.—*(A don Albar.)* Si sois hida
y el honor tenéis en algo,
sacadme, señor, de aquí.
JUAN.—(¡Qué diablos, cuánta aven
[r
TER.—Una hora ha que ando perd
por esta casa traída
a ella por mi desventura.
JUAN.—*(A don Albar.)* Está loca.
TER.—*(A don Juan.)* ¡Loca dijo;
sí, loca por ti, cruel!
(A don Albar.)
Guiadme vos lejos de él,
señor.
ALB. (Celos son, de fijo.)
¿Quién es? *(A don Juan.)*
JUAN. No sé.
TER. ¡No lo sabe!
Monstruo, ¿y mi padre?
ALB. (¿Qué es est
TER.—Hidalgo, sacadme presto,

antes que el furor me acabe.
ALB.—¿Pero qué buscas? ¿Quién eres?
TER.—Yo soy...
JUAN.—*(Interrumpiéndola.)*
Llevaosla, pues.
(Aparece doña Aldonza, y Teresa se ampara de ella.)
TER.—Oh, señora, a vuestros pies;
favor.
JUAN. (¡Ea, dos mujeres;
se acabó!)
Don Juan, don Albar, doña Aldonza y Teresa.
TER. Por compasión,
llevadme lejos de este hombre;
tiene de cordero el nombre,
con entrañas de león.
ALD.—¿Quién, muchacha?
TER. Ese asesino.
ALD.—¿Eso más?... Don Juan, muy [bien.
JUAN.—(Nos pierde.)
ALD. Conmigo ven,
niña. (¡Rostro peregrino!)
JUAN.—*(A doña Aldonza.)*
Ved que su lengua imprudente
os lleva al cadalso hoy.
TER.—Contenta al cadalso voy,
que llevaré mucha gente.
¿Era por esto el afán
de huir amante conmigo?
El mundo será testigo
de mi venganza, don Juan.
JUAN.—Ved...
ALD. Quita, vil impostor.
ALB.—*(Que les ha estado observando toda esta escena.)*
(Oh, sí, de cierto eso es.)
Señor don Juan, salid pues.
JUAN.—Yo sé una interpretación;
vamos.
ALB.—*(A doña Aldonza.)*
Y vos... tened cuenta
que he de lavar de mi afrenta
hasta el último borrón.
¿Me entendéis?
JUAN.—*(A don Albar.)* ¡Y os diré!...
ALB. Nada.
Colmenares, lo sé todo.
JUAN.—Don Albar, pues de ese modo...
ALB.—No hay más lengua que la es- [pada.
(Salen.)
Doña Aldonza y Teresa.
ALD.—Id con Dios; viven los cielos.
¿Qué me importa de esa afrenta
cuando no tengo más cuenta
que con mi rabia y mis celos?
¿Te llamas Teresa?
TER. Sí.
TER.—¿Quieres a ese hombre?
TER. Ya no.
ALD.—¿Le quisiste?
TER. Lo mandó
mi padre y obedecí.
ALD.—¡Tu padre!
TER. Fueron hermanos
de leche y era un deber,
mas nunca le pude ver.
ALD.—(¡Es ella y cayó en mis manos!)
(Robledo pasa pensativo por el fondo y se para viéndolas.)
¿Quién te ha dirigido aquí?
TER.—Señora...
ALD. Contesta. ¿Quién?
TER.—Un adivino.
ALD. Está bien;
adivinó para mí.
Robledo, venid acá;
a esta mujer detenedme
mientras...
TER. ¡Dios mío, acorredme!
ROB.—Y en palacio...
(Vase a volver doña Aldonza y se halla con don Pedro.)
PED. ¡Quién va allá!
ALD.—¡Cielos!
Dichos y don Pedro.
TER. El es, Pedro Bravo.
(Se echa a su cuello.)
PED.—¡Teresa!
TER. Oh, tenme contigo.
PED.—¿Qué dices?
TER. Sálvame digo.
ALD.— (De comprenderlo no acabo.)
PED.—Aldonza, ¿la conocéis?
ALD.—No me habíais dicho vos
que de don Juan...
PED. No, por Dios;
alucinado os habéis.
Dejadnos.
ALD. ¡Cómo! ¿Con ella?
PED.—¿No lo veis?
ALD. ¡Pérfido! Ahora...
PED.—Idos a rezar, señora,
y dejad a esta doncella.
ALD.—No, don Pedro, aquí no os dejo
sin que me expliquéis al cabo
qué es eso de Pedro Bravo.
PED.—Que os vayáis os aconsejo.
ALD.—Pues satisfecha no estoy;
¡no me he de mover de aquí,
que he de saber, pesiamí,
si al fin ofendida voy!

PED.—Idos y callad el pico,
que yo a vuestro gabinete
os enviaré un ramillete
de flores y un abanico.
ALD.—¿Os mofáis?
PED. Si no os contenta
os enviaré mi rosario
y en él pondrá el emisario
vuestra cabeza por cuenta.

Don Pedro y Teresa.

TER.—¡Pedro!... *(Tiernamente.)*
PED. No olvides, de hoy más,
de aquel sabio los consejos:
Ama a Pedro desde lejos,
no se lo digas jamás.
TER.—¡Aun me privaréis!...
PED. Silencio,
Teresa. Viniste aquí
venganza a pedir de mí;
ven a ver cómo sentencio.
Si te ultrajó Pedro Bravo
don Pedro te satisface;
por lo que a lo de antes hace,
aquí empiezo y aquí acabo.
TER.—Señor, quienquiera que seáis,
que aun comprenderos no puedo,
para quien en nada quedo,
pues do empezáis acabáis;
vuestra palabra os levanto,
pues que vais de mala gana,
que me creo asaz villana
para obligaros a tanto.
PED.—Ve recta por tu camino,
muchacha, y confía en Dios;
vas de la venganza en pos
y es vengarte tu destino.

Don Pedro toma de la mano a Teresa, que le sigue en silencio. Al salir por el fondo se hallan cara a cara con don Albar, que va a entrar; él y don Pedro se recatan uno de otro.

ALB.—Razón tiene, esperaré
a la noche; mas ¿quién va?
PED.—¿Quién es éste?
ALB. (¿Quién será?
No ha de verme.)
PED. (Le veré.)
¿Qué significa en palacio
un encubierto?
ALB. O voy mal,
o un embozado es igual.
PED.—¡Terco sois!
ALB. Y vos reacio.
PED.—¿Vais a entrar?
ALB.—¿Vais a salir?
PED.—Por sobre vos, según veo.
ALB.—Que entraré lo mismo creo.
PED.—(Conocíle, vive Dios.)
ALB.—Pues a uno y otro interesa
salir y entrar sin ser visto;
ved lo que hacen, ¡vive Cristo!,
dos cuervos con una presa.
PED.—Con retóricas andáis;
chistoso estáis, por mi vida.
Entrad, pues, mas la salida
mirad por dónde la halláis.
Y pues sabéis comparar
con las fieras a la gente,
andaréis, Guzmán, prudente
un consejo en escuchar.

(Le lleva aparte. Robledo está al fin de la galería mirando la escena.)

PED.—*(A don Albar.)*
El cuervo, cuanto más negro,
fortuna más negra augura.
(Se desemboza y se muestra vestido de malla.)
Que hay cuervo es cosa segura.
ALB.—*(Conociéndole.)*
¡Cielos!
PED.—¿Le visteis? Me alegro.
(Vuelve a embozarse con la mayor indiferencia y vase con Teresa. Robledo baja a la escena poco a poco.)

Don Albar y Robledo.

ALB.—La voz del de la otra tarde,
¡San Dionís!, y en los secretos
de nuestras gentes hablaba
como en sus negocios mesmos.
El es, no me queda duda;
todo lo adivino a un tiempo:
de la muchacha el galán,
de doña Aldonza el cortejo,
de Guzmán el enemigo
y de todos el infierno
¡Oh! Todo me sobra ahora:
valor, honra, vida y celos.
ROB.—Don Albar, dadme la mano.
ALB.—¿Despedida es?...
ROB. Para lejos.
ALB.—¿Dónde os vais?
ROB Do iremos todos;
en la plaza nos veremos.
ALB.—¿Despechado estáis?
ROB. Lo estamos.
ALB.—¿Tanto como yo, Robledo?
ROB.—He visto al diablo las uñas.
ALB.—¡Y yo las alas al cuervo!

Salón de embajadores en el alcázar de Sevilla; trono, dosel y aparato de magnificencia real. Puerta en el fondo, cerrada, y secretas a los lados.

Padilla, que está en la escena. Don Pedro y Teresa que entran.

PED.—¿Está?
PAD. Todo.
PED. ¿Y el muchacho?
PAD.—Ya espera.
PED. ¿Sabe el papel?
PAD.—¡Ojalá todos como él!
PED.—¿Cumplirá, pues?
PAD. Sin empacho,
que trae brío.
PED. Bien está;
guarda a esa muchacha bien
y que en el salón estén,
cuando vuelva, todos ya.
Teresa, sigue a ese hidalgo;
y pues invocas la ley,
él te llevará hasta el rey,
que te hará justicia en algo.
(Aparte a Padilla.)
Prendedme aquella mujer;
Guzmán, que por pies no tome,
y el que en palacio hoy asome
a salir no ha de volver. *(Vase.)*

Padilla introduce a Teresa por una puertecilla, por la que él se va después de abrir las puertas del fondo a su tiempo.

PAD.—Venid y esperad aquí.
TER.—¿Dónde me lleváis, señor?
PAD.—Vos os lo sabréis mejor;
callar me mandan a mí.

Padilla abre las puertas del fondo, que dan a una magnífica antesala llena de cortesanos que se reparten por la escena. Entre ellos vienen Samuel Leví, Robledo, Colmenares y los demás conjurados, prelados, militares y dignidades de todas categorías. En un grupo, Samuel y otros conjurados.

UNO.—¿Llegó la ocasión?
SAM. Llegó.
OTRO.—¿Y el moro?
SAM. Respondo de él
PRI.—¿Mas no decís?...
SAM. Será fiel.
SEG.—¿Razón hay?
SAM. Me la sé yo.
No ha una hora que recibí
un segundo pergamino;
todo irá por su camino.
OTRO.—¿Colmenares?
SAM.—*(Vuelven a mirarle.)* Vedle allí.
PRI.—¿Y entraron los de Guzmán?
SAM.—Es nuestra toda Sevilla.
No hay temor, tendrá Castilla
rey mejor.
SEG. Por tal le dan.
(En otro grupo, Colmenares y otros.)
JUAN.—¿Habéis esparcido bien
por el vulgo mi noticia?
UNO.—Todos dicen que es justicia.
JUAN.—¿Y habrá tumulto?
OTRO. También
OTRO.—¡Oh! es obra de religión
la del Papa.
PRI. Sí, en verdad;
pero el pueblo, en realidad,
no merece excomunión.
(Los maceros anuncian al rey, que sale por una puerta lateral embozado como siempre.)
MAC.—El rey.

Dichos, don Pedro, a cuya salida doblan todos la rodilla.

PED. Alzaos, vasallos.
CON.—(¡Qué orgullo.)
PED. Vengan a mí
Colmenares y Leví.
CON.—(Así pide los caballos.)
PED.—Samuel, en los labios veo
que las palabras te bullen;
y palabras que se engullen,
se indigestan, según creo.
JUAN.—Señor, vuestros nobles son
los que presentes están.
PED.—Hola, os entiendo, don Juan.
Es mi capa la ocasión
de la advertencia. ¿Es decir,
que esa ilustrísima grey
necesita ver si el rey
es curioso en el vestir?
Quitadme esa capa, pues,
(Lo hace don Juan, y aparece armado a cuya vista se alza en la escena murmullo de descontento.)
ALG.—(¡A la audiencia viene armado!)
PED.—Este es traje de soldado,
y el rey un soldado es.
(Oyese un ruido fuera, y gente que arma tumulto por el fondo.)
PED.—¿Qué es eso?
JUAN. Es que la canalla
se agolpa a veros aquí.
PED.—¿La canalla a verme a mí?
Que entre, pues.

JUAN. Mirad la valla,
señor, que de la nobleza
justamente la divide.
PED.—¿Para quien justicia pide
es estorbo la pobreza?
¿Creéis, don Juan, que me asombra
esa muchedumbre, acaso,
o tema a su tosco paso
que me estropee una alfombra?
Que entre mi pueblo en mi casa.
(Llénase la escena de gente de todas condiciones.)
Rey soy de toda Castilla,
y no ha de haber en Sevilla
para hablar con el rey tasa.
Que vea mi pueblo entero,
hoy que embajadas recibo,
quién es su rey. (¡Por Dios vivo,
que los vean, eso quiero!)
UN NOBLE.— (¡Con la turba nos [confunde
el insolente!)
OTRO. (¡Habrá mengua!)
OTRO.—*(A los dos.)*
(Hable el hierro por la lengua
y esa alta torre se hunde.)
PED.—Que entren los embajadores
que espero.
(Abrese una puerta lateral, y aparecen el legado del pontífice y el embajador del rey de Granada, disputándose la entrada, cercados de sus respectivos acompañamientos.)
Dichos, El Legado y el moro.
MORO. Antes he de ser.
LEG.—¡La Iglesia a un infiel ceder!
PED.—¡Voto a!... ¿Qué es esto, seño- [res?
Entrad los dos a la par;
que aunque a un tiempo habléis los dos,
palabras tengo, por Dios,
con que a los dos contestar.
UNO.—(¡Descreído!)
OTRO. (Así se hará
enemiga a toda Europa.)
SAM.—(Esto marcha.) *(A don Juan.)*
JUAN.—*(A Samuel.)* (Viento en popa.)
PED.—Vamos a ver: ¿habláis ya?
MORO.—Gran señor... *(A un tiempo.)*
LEG.—*(Idem.)* Rey de Castilla...
PED.—*(Al moro.)*
Que hablaras tú, fuera justo;
mas demos al papa gusto
que al cabo tiene su honrilla.
CON.—(Ved, todo sale adelante.)
SAM.—(Mirad por todo el salón
nuestras gentes en montón.)
CON.—(Y el moro, que fué constante.)
LEG.—Rey de Castilla: yo, en nombre
del pontífice romano,
y él en el del soberano
Dios, que espiró por el hombre,
te decimos: Que teniendo
tus pecados y delitos
en número de infinitos
y tu pertinacia viendo;
viendo las continuas guerras,
escándalo y mortandad
con que tiene tu impiedad
tiranizadas tus tierras;
te requerimos de hoy más,
que, retiradas tus gentes
de Aragón, allí no intentes
derecho alguno jamás.
Y si por tenaz capricho
no desistes de tu afán,
tus reinos por ello van
a sufrir un entredicho.
Rey don Pedro, tales son
mis encargos; si Castilla
hoy al papa no se humilla,
caerá en ti su excomunión.
COR. — (¡Qué escándalo! ¡Excomul- [gada
la nación sólo por él!)
OTRO.— (¡Contra ese monstruo cruel
toda la tierra indignada!)
PED.—¿Acabásteis? (Al *legado.)*
LEG. Acabé.
PED.—Pues ahora me toca a mí.
Lo que hoy os respondo aquí
diréis a Roma.
LEG. Eso haré.
PED.—Puesto que el rey de Aragón
conmigo lidió esta guerra,
y solamente a mi tierra
alcanza su excomunión,
o por ello su eminencia
nos excomulga a los dos,
o le cuelgo, ¡voto a Dios!
a la puerta de la audiencia.
Si Roma no sabe leyes,
yo meteré en esa villa
diez mil lanzas de Castilla,
y verá quién son sus reyes.
LEG.—¿Eso más?
PED. No me replique.
O parte para Aragón
a doblar la excomunión,
o, a mi enojo roto el dique,
envío en un saco a Roma
tu cabeza, y echo al río,
cardenal, el tronco frío
a que el agua se lo coma.

Salid.
LEG. En Roma diré...
PED.—Decid cuanto os dé la gana;
mas si aquí os hallo mañana
mala embajada os daré.
ALGUNOS.—(¿Qué es esto?)
Dichos, menos el Legado.
PED.—*(A la multitud.)*
Y murmullos fuera.
Si hay a quien escandalice
lo que con ese hombre hice,
vaya con él donde quiera.
Habla. *(Al moro.)*
MORO.—Gran señor: un rey
que allá en el Genil habita,
vuestra amistad solicita,
aunque en enemiga ley.
De joyas corto presente
(Muestra los regalos, telas, etc.)
os hace; admitid, señor,
esta ofrenda hecha al valor
por un enemigo ausente.
PED.— *(Sin hacer caso de Marcos Martín.)*
Colmenares, ven acá.
Departamos, que es mejor
que oir a este embajador,
que a fe que pesado está.
MORO.—¿Me oís, señor?
PED. Sí, decid;
os entiendo bien, amigo.
¿Sabéis, don Juan, lo que digo?
JUAN.—¿Qué, señor?
PED. Que es muy feliz
el fallo del tribunal
en tu causa.
JUAN. Sí, pardiez;
me insultó con altivez,
y allí le maté. ¿Hice mal?
PED.—Y si fué, te lo perdono.
Pero no falta quien quiera,
don Juan, que el que mata, muera.
JUAN.—Mi honor tengo yo en mi abo-
[no,
señor...
MORO.—*(Al rey.)*
Que os hablo en nombre
del rey mi señor.
PED. Ya escucho;
seguid, seguid.
COR. (Esto es mucho.)
PED.—*(A don Juan.)*
Cuenta, don Juan, que es muy hombre
quien lo intenta, aunque rapaz,
y que hay justicia... A esa puerta
llamaron; mirad quién es,
Colmenares.

SAM. (¡Tiento, pues!)
CON.—*(A otros.)*
(Amigos, estad alerta.)
Un momento de silencio. Cuando Colmenares llega a la puerta que don Pedro le señala, suena el esquilón de Palacio, y abriéndose la puerta de repente, don Juan se halla frente a Blas, que le da de puñaladas. Teresa, que sale trás él, queda horrorizada en medio de la escena. Los conjurados dan, en la confusión, el grito convenido, y se van hacia el rey, a cuyos lados estarán ya Padilla y los ballesteros reales, con las lanzas y arcos tendidos. Padilla echa en los hombros de don Pedro el manto real, y tomando éste de un doncel su capacete ceñido con la corona de oro, se planta en medio de la escena, apoyado en aquella partesana con puño de bastón, que dicen que usó en algún tiempo..
CON.—¡Castilla por don Enrique!
PED.-¡Castilla por don Pedro el Cruel!
(Retroceden.)
Eso de hoy más verá en él,
pues rompió Castilla el dique.
Pues resiste el blando yugo
de mi igual y justa ley,
dudará al ver a su rey
si es su rey o su verdugo.
(A Juan Cortacabezas, que ha estado entre la turba.)
Acá. Toma esa invención
con mi sello y mi cuchilla,
y a preguntar ve a Sevilla
si es mi hacha a mi bastón.
Verdugo real te nombro;
toda la ciudad pasea,
y que mi pueblo te vea
por doquier con eso al hombro.
PAD.—Señor ¿qué será mañana
de ese furor la memoria?
PED.—Padilla, dirá la historia
lo que le diere la gana;
mas si piensan sin rebozo
esos avaros monarcas
partir mi reino y mis arcas
porque me ven rey tan mozo,
yo haré que mi reino quede
con honra como español,
y haré ver que sólo el sol
tenerle debajo puede.
PAD.—Señor, que veais justo es
que las naciones enteras
tremolarán sus banderas
contra vos.

PED.-*(Con fiereza.)* ¡Que vengan, pues!
Yo haré tragar a Aragón,
a Roma, a Navarra y Francia,
a los unos su arrogancia,
y a la otra su excomunión.
Vasallos: el soberano
que oye, ve, juzga y sentencia,
abierta tiene su audiencia
para el noble y el villano.
Que si cruel tengo de ser,
preciso será primero
que me apreciéis justiciero
para saberme temer.
(Se sienta en el trono.)
Samuel, ¿conoces a ese hombre?
(Al verdugo.)
SAM.— Yo, señor... *(Temblando.)*
PED. ¿No le escogiste
para un muerto que aún existe
y de quien callaste el nombre?
SAM.—Señor...
PED.—*(Al verdugo.)*
Tu ración es esa;
llévatela y no hay perdón.
Samuel, hallaste al león,
y es fuerza darle una presa.
(Se lo llevan.).
Ballesteros, el camino
sabéis, y os los he marcado;
llevad los que os he contado
cada cual a su destino.
A una señal de don Pedro se apoderan sus soldados de todos los conjurados, y del embajador Marcos Martín, etc.
PED.—Rapaz, acércate aquí. *(A Blas.)*
¿Mataste a ese hombre?
BLAS. ¡Piedad,
señor, sabéis la verdad!
PED.—Díselo a todos, no a mí.
BLAS.—Mató a mi padre, señor,
y el tribunal, por su oro,
privóle un año del coro.
que en vez de pena es favor.
PED.—¿Lo oís? Así el tribunal
a un asesino juzgó
Sentencia, pues, daré yo
para el vengador igual.
¿Qué es tu oficio?
BLAS. Zapatero.
PED.—No han de decir, vive Dios,
que a ninguno de los dos
en mi justicia prefiero.
Pesando ambos desacatos,
si en un año cumplía él
con no rezar, cumples fiel
no haciendo en otro zapatos.
(A Teresa.)
Teresa: está ya demás
repetirte mis consejos:
ama a Pedro desde lejos,
no se lo digas jamás.
Puedes marido elegir,
que al cabo es mucho mejor
morir pobre y con honor
que dama del rey vivir.
TER.—A vuestras plantas postrada,
señor, de mi orgullo loco
pídoos perdón.
PED.—*(A Teresa.)* Mal es poco;
vete, que vas perdonada.
(A los que quedan en la escena.)
¡Vosotros, canalla vil,
turba cobarde e ingrata,
que conspiráis de reata
en muchedumbre servil,
id; por necios os perdono!
¡Id de mi reino, insensatos
que no quiero mentecatos
en derredor de mi trono!
¡Fuera!
Don Pedro y Padilla.
PED.—Traedme, Padilla,
de paso esos dos menguados,
que han de caminar atados
como perros en trahilla.
Don Pedro, Padilla, don Albar y doña Aldonza.
PED.—Ahí tenéis vuestra mujer;
si no os da mengua tenella
podéis aún vivir con ella·
si no, un convento escoger.
Mas tened cuenta, Guzmán,;
si en mis reinos os encuentro
dos horcas frontera adentro
desde hoy os aguardarán.
Que mientras pueda mi ley
sonar por ambas Castillas
la han de escuchar de rodillas
desde el zapatero al rey.

TELON

EL ZAPATERO Y EL REY

DRAMA EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL DE

Don José Zorrilla

PERSONAJES

INÉS.-JUANA.-EL REY DON PEDRO.-EL INFANTE DON ENRIQUE.-EL CAPITAN BLAS PEREZ.-JUAN PASCUAL.-UN ERMITAÑO.-EL ASTROLOGO BEN-HAGATIN. MEN RODRIGUEZ DE ZANABRIA.-EL ALCAIDE DEL CASTILLO DE MONTIEL. BELTRAN DE CLAQUIN.-OLIVER DE MANNI.-EL VIZCONDE DE RODABERTI.

Enmascarados, cazadores y monteros.

ACTO PRIMERO

Quinta de un solo piso, de Juan Pascual, colocada de manera que el espectador vea uno de los aposentos de frente. En este aposento, y a la derecha, una alcoba cerrada con cortinas; en el fondo una puerta que da al exterior, y a la izquierda una ventana que da al campo. Este figura un valle frondoso a la falda de un montecillo; terreno montañoso. Es de noche.

Juan, Pascual, Inés.

INE. ¿Vais a salir, padre?
PAS. Sí.
INE. ¿Y amenazando tormenta?
PAS. Tomada la tengo en cuenta,
mas no voy lejos de aquí.
Tardará mucho, a mi ver,
todavía en estallar,
y aún ha de darme lugar
para salir y volver.
INE. Si tenéis tal precisión
no me opongo a que salgáis,
mas con mi gusto no vais.
PAS. No alcanzo por qué razón.
Un hombre al campo avezado
y en sus fatigas curtido,
no ha de verse detenido
por un pequeño nublado.
INE. No es mi recelo mayor
ese nublado.
PAS. ¿Qué es, pues?
INE. Hace dos noches o tres
que corre cierto rumor,..
PAS. ¡Por mi vida! ¿Y tú también
das crédito a esas consejas
de muchachos y de viejas?
INE. Yo, padre...
PAS. Basta; mantén,
Inés, la puerta cerrada;
llama al punto a tu doncella,
y en tu aposento con ella
dormid, y no temáis nada.
¿Lo oyes?
INE. Sí, señor.
PAS. Pues ve.
y advierte que esto resuelvo,
Inés, porque pronto vuelvo
y no quiero hallarte en pie.
INE. Seréis, padre, obedecido.
PAS. Así es fuerza que lo hagáis;
y aunque en el bosque sintáis
o dentro de casa ruido,
ni os levanteis a escuchar,
ni a mirar os asoméis,
porque es fácil que lleguéis
a ensordecer y a cegar. (Vase.)

Inés, luego Juana.

INE. ¿Conmigo tanto desvío
mi padre, y tanto misterio?
¿Tan franco antes, y hoy tan
[serio?
No sé qué piense, Dios mío.
Mas obedézcole y callo.
Juana.
JUA. Señora.

INE. ...momento
vámonos a mi aposento.
JUA. Tan pronto.
INE. Es verdad que no hallo
de esto en padre la razón;
mas él, Juana, así lo quiso,
y obedecer es preciso.
JUA. ¡Si aún las ánimas no son!
¿Y a más de eso olvidáis que [hoy
es lunes, y el Capitán,
enamorado y galán,
vendrá?...
INE. Temiéndolo estoy,
que está mi padre en el bosque,
y si con él se tropieza...
JUA ¡Vaya! Con tanta tibieza
le vais a hacer que se amos- [que
El viene desde Sevilla
a escape, por sólo hablaros,
y vos hacéis mil reparos
para abrir una trampilla,
por la cual, como una monja,
juráisle amor y constancia...
que él convertirá en substan- [cia;
mas a hablaros sin lisonja,
no es empresa muy galana
correr posta entre dos luces
para pegarse de bruces
hora y media a una ventana.
INE. No sé qué más pueda hacer
si de mi padre a disgusto...
JUA. ¿Y qué tiene ese hombre adus- [to
con nuestras cosas que ver?
Cualquiera doncella honrada
es hija del padre Adán,
y no es cosa un Capitán
para ser desperdiciada.
Cualquier noble castellano
que a una mujer se dirija,
puede darla una sortija,
puede besarla una mano.
De día encontrarla puede,
si con tiento se le avisa,
en baile, en paseo, en misa,
sin que por liviana quede.
Y a un hombre de quien se ad- [miten
palabras de amor sinceras,
libertades tan ligeras
sin desdoro se permiten.
Vos nada le concedéis
a ese pobre capitán,
que viene muerto de afán
tan sólo porque le deis,
a través de esa ventana,
una esperanza perdida,
que alarga a su amor la vida
hasta que vuelve mañana.
INE. ¡Ay, Juana! Bien sabe Dios
que amo a ese hombre cuanto [puedo,
mas tengo a mi padre miedo.
JUA. ¿Se ha de casar él por vos?
Y en fin, ¿qué puede decir?
Es un bravo militar
que por vos puede mirar
y defendiéndoos morir.
Vuestro padre...
INE Calla, calla...
Con mi padre ha puesto el cie- [lo
entre mí y el mundo un velo,
y ante ese hombre una muralla.
Muchas veces ¡ay de mí!
me ha dicho:—«Inés, si la suer- [te
se inclina a favorecerte,
gran precio tienes en tí;
mas si, como ahora sospecho,
mantiene igual la balanza,
Inés, tu sola esperanza
viene a ser un claustro estre- [cho.»—
JUA. ¿Un claustro? ¡Vaya! Choche- [ces
de gente fría de seso.
Mi padre me a dicho a mí eso
lo menos sesenta veces.
Mas oid.
(Tocan las campanas a las ánimas.)
INE. ¿Tocan?
JUA. Sin duda.
Las ánimas dando están.
INE. ¡Dios quiera que el Capitán
hoy a la cita no acuda!
(Baja el Capitán por las peñas y se acerca a la ventana.)
JUA. Estar segura podéis
de que no tardará mucho.
(Llama.)
INE. Pero Dios mío, ¿qué escucho?
Su seña es esa.
JUA. ¿Lo veis?
INE. ¡No abras, por Dios!
JUA. ¿Y ha de estar
de la ventana por fuera?
INE. ¿Y si mi padre viniera?
JUA. Mas pronto le ha de encontrar
si le dais ese plantón. [te.
INE ¡Ah! Dile pues que se ausen-

JUA. El consejo es excelente.
Preguntará la razón,
y el tiempo que ha de pasar
en respuestas y preguntas,
sabiéndole atar las puntas
puede mucho aprovechar.
Salid a escucharle vos,
y yo desde otra ventana
accecharé.

INE. ¡Tente, Juana!

JUA. Reacia estáis, vive Dios.
¿Capitán?
(Se asoma y habla al Capitán.)

CAP. ¿Juana?

JUA. Yo soy.
Andad en pláticas breve,
que volver el padre debe
que salió.—A velaros voy.
(A Inés.)
Ahora vos; y por mi vida
no os andéis en miramientos,
y aprovechad los momentos,
que yo estaré prevenida.

Inés dentro de la ventana, el Capitán fuera.

INE. ¿Capitán?

CAP. ¿Inés?

INE. ¿Sois vos?

CAP. Sí, yo soy, luz de mis ojos.

INE. Veros aquí me da enojos.

CAP. ¿Tanto me odias?

INE. No, por Dios.
Capitán, yo os quiero bien,
más de lo que debo acaso;
mas me temo algún fracaso
si por desventura os ven.

CAP. Espada traigo conmigo,
y en mi amor pongo tal fe,
que si que estáis cerca sé
en cualquier trance, me obli- [go.

INE. Callad, por Dios, Capitán;
si mi padre llega a veros...

CAP. Fiad que no he de ofenderos
en las canas de don Juan.
Si llega a verme, mi nombre
sin empacho le diré,
que os amo con mucha fe.

INE. Quien quier que seáis sois
[hombre,
y ha de ofenderse al miraros.

CAP. ¿Pues qué puede hallar en mí
para que se ofenda así?

INE. ¡Plegue a Dios no llegue a ha-
[llaros!
y no más me preguntéis,
que aunque os quiero con ter-
[nura,
quereros en mí es locura.

CAP. Señora, me estremecéis.
¿Tal vez prometida a otro
estáis por él?

INE. No, en verdad;
mas no tengo voluntad
que ofreceros.

CAP. En un potro
vuestras palabras me ponen.
¿Casada estáis?

INE. No.

CAP. ¿De haciendas,
o de familia contiendas
a vuestro enlace se oponen?
Hablad, que en la corte tengo
con el rey tanto favor,
que lo que os plazca mejor
puedo hacer, si le prevengo.

INE. No, Capitán, que es tan rara
la fortuna que me espera,
que en él la nunca quisiera
que nadie se interesara.
Secretos ¡ay! que jamás
se aclaran un sólo instante,
me vedan mirar alante,
me ciegan si miro atrás.
Mi padre no siempre ha sido
lo que ser hoy aparenta,
y yo con él por mi cuenta
graves riesgos he corrido.
Ya moza de una posada,
y ya aldeana grosera,
viví de poblados fuera,
siempre oculta y olvidada.
Una vez de este misterio
le he demandado razón,
y aún tiembla mi corazón
al recordar el imperio
con que—«En la vida, me dijo,
por tu porvenir demandes,
que tus destinos son grandes,
mas varios según colijo.
Espera, y ruégale a Dios
que lleven igual camino
tu destino y mi destino,
a quien otro lleva en pos.»
Sí, Capitán; otro día
que puesta en una ventana
veía la gente aldeana
que en bailar se divertía,
con voz siniestra, y con ojo
torvo y escudriñador,
díjome:—«Huye del amor,
que es de zarzas un manojo.
Y el que más bello imaginas
en tu amante sencillez,
sólo ha de serte tal vez
una coyunda de espinas.»

Un hombre en una ocasión
que con mi padre trataba,
notó éste que me miraba
con demasiada atención,
y aunque empeñado en su [suerte
corría en su misma causa,
le dijo, haciendo una pausa:
«Amarla es ir a la muerte.»
De entonces todo su anhelo
fué a todo el mundo ocultarme,
y a nadie puedo mostrarme
sino debajo de un velo.
Esto baste, Capitán,
y sírvaos esto de aviso,
para que no andéis remiso
en cosas que a mí me van.

CAP. Absorto estoy de escucharos;
mas yo satisfecho quedo
si vos me decís que puedo
correspondido adoraros.

INE. Harta os he dado ocasión
para que bien lo sepáis;
mas, ¡por Dios que lo tengáis
guardado en el corazón!
No os pareis en mis desdenes,
que son hijos del temor;
yo os amo, mas de mi amor
no os deis grandes parabienes.

CAP. Nada me toca saber
de lo que guardáis secreto;
amaros sólo es mi objeto
y eso no más puedo hacer.
Ni los riesgos me amedrentan,
ni las desdichas me apuran,
no; mi amor os aseguran,
y mi constancia acrecientan.

INE. Lo mismo hallaréis en mí...
mas cada instante que pasa
temo que se vuelva a casa
mi padre, y os halle aquí.

CAP. Pártome, pues.

INE. Sí; idos presto.

CAP. Ahí os queda mi albedrío.

INE. También, ¡ay de mí! va el mío
del vuestro ocupando el pues- [to.

CAP. Adiós, mi vida.

INE. Id con Dios,
Capitán, y él os de suerte.

CAP. Para amarte hasta la muerte.

INE. Más allá os querré yo a vos.
(Al irse el Capitán, ve que se acercan por las montañas, bajando por el camino que trajo, varios enmascarados con luces.)

CAP. Mas, ¡qué veo. Dios divino!
¿Qué luces son las que avan- [zan
que por las peñas se alcanzan,
bajando por el camino?

INE. ¡Huid, huid! ¡Ay de mí!
No el pueblo murmura en vano.
La virgen, si sois cristiano,
os saque con bien de aquí.

CAP. ¿Qué habláis, señora?

INE. Esos ruidos
que oía yo en las montañas,
no eran del vulgo patrañas

CAP. ¡Cielos! ¡Son aparecidos!

JUA. ¡Señora, pronto, cerrad!
(Saliendo.)
¡Transida vengo de miedo!...
¡Cerrad, por Cristo!...

INE. No puedo,
que el Capitán...

JUA. (Al Capitán asomándose a la ventana.)
Por piedad,
salvaos, buen caballero.
Trepad, trepad a las peñas
y buscaos por las breñas,
a viva fuerza, sendero.

INE. No, no huyáis; esas visiones
tienen de lince los ojos.
Aplaquemos sus enojos,
Capitán, con oraciones.
(Se hinca.)

CAP. No puedo huir ni salvarme:
todo mi valor flaquea.

INE. Pues bien, sea lo que sea
entrad también.
(Le da la mano, y el capitán salta por la ventana.)

JUA. Ni un adarme
de serenidad me acude.

INE. Cerrad pronto esa ventana
Mata esa bujía, Juana.
Ahora, que Dios nos ayude.

Doña Inés, el Capitán y Juana, en el cuarto. Juan Pascual, el infante don Enrique, enmascarados, y seis caballeros, lo mismo, bajan por las peñas a la escena, alumbrados de linternas que llevarán cuatro de los embozados

PAS Llegar podemos sin miedo:
del pueblo la gente tosca
supone el bosque poblado
de apariciones medrosas.
Mi gente eché de mi casa
y fuera ocupada toda
sólo hay en ellas mujeres
que por dormidas no estorban.
Esconded, pues, las linternas,
por si una vieja curiosa

a saludar a las brujas
por las rendijas se asoma
y ve que en mi casa entramos.

D. ENR. Y a más, guarecerse importa
de techado, porque empiezan
a ser espesas las gotas.

UNO. Terrible nublado avanza.

D. ENR. Según lo airado que sopla
el vendaval que le impele,
su duración será corta.

PAS. Entrad si os place, señores,
y os cobijará esta choza.

CAP. (Dentro.) Sudando estoy de pa-
[vor.
Estoy escuchando sordas
debajo de esa ventana
voces de varias personas.

JUA. Meten la llave en la puerta.

INE. Mi padre es.

JUA. A buena hora
le ocurre llegar.

INE. Se acercan.

CAP. Estad serena, señora; [pada
si es que son hombres, mi es-
os protege.

JUA. ¿Y si son sombras?

INE. No, huyamos.

CAP. Pero guiadme
si no queréis...

INE. Una alcoba
tiene este aposento. En ella...
(Buscando la alcoba.)
(De miedo no la hallo ahora.)
Aquí está. Dadme la mano...
(Al Capitán.)
Entrad... Por aquí nosotras.
(A Juana.)

El Capitán, en la alcoba. Doña Inés y Juana, en su aposento. Por la puerta del fondo Juan Pascual y los enmascarados

PAS. Este es mi cuarto, señores.
Yo me sirvo de esta alcoba.
Si gustáis..

D. ENR. Basta que vos...

PAS. Cierro esta puerta; y esotra
(La de doña Inés.)
da a un pasadizo muy largo
que en otra ala desemboca
del edificio, y en donde
una hija mía reposa,
que aunque vele, es imposible
que nada comprenda ni oiga.

D. ENR. Está bien.

PAS. Pues empezemos.

D. ENR. Guardar la máscara importa,
y no hay para qué nombrarse
conociendo las personas.
Este anillo que el Infante
(Le muestra.)
me dió por su mano propia
atestigua mis poderes
y no hay quien no le conozca.
Lo que se selle con él,
él mismo lo corrobora.

PAS. Ea, pues, los pergaminos
y las plumas están prontas:
despachémoslo cuanto antes
Yo creo que nadie ignora
de los que me están oyendo
que tuve una hermana hermo-
[sa,
de quien el Rey de Castilla
tomó a cuenta la deshonra.

D. ENR. Sabemos que en una noche
dispuso unas falsas bodas;
reunió un falso concilio
de prelados, a quien Roma
castigó debidamente.
La dió nombre de su esposa,
y después de profanarla
torpemente, abandonóla.

PAS. Así es la verdad: mi hermano,
aunque al principio en su có-
[lera
se apartó de su amistad
y amenazó su corona,
hoy lidia por su bandera,
y reales privanzas goza.
Yo no: jamás he olvidado
aquella hazaña afrentosa
de don Pedro y la venganza
he retardado hasta ahora
sólo por falta de un día
de ocasión segura y próspera.
Ahora bien; tengo en secreto
minada a Sevilla toda,
donde una conjuración
fermenta a estallar muy próxi-
[ma.
Si don Enrique me jura
dueño hacerme sin demora
de las tierras y castillos
que por este escrito constan,
yo le daré muerta o viva
de don Pedro la persona.
(Don Enrique mira el pergamino que está sobre la mesa.)

D. ENR. Aunque pedís mucho, el prín-
[cipe
lo que pedís os otorga;
mas dadle una garantía.

PAS. Con mi misma ofensa sobra:
y en cuanto a mi buena fé,
harto por demás la abona

[illegible] tan seguros
a una distancia tan corta
de Sevilla y de don Pedro,
cuando una voz de mi boca
daros podría una muerte
tan cierta como alevosa.

D. ENR. Decís bien; vuestro interés
tiene raices tan hondas
como el nuestro en este asun-
[to.
Réstanos saber ahora
qué garantía exigís
de don Enrique.

PAS. Esa es cosa
que me procuré hace tiempo,
y que sólo puedo a solas
con el mismo don Enrique
tratarla yo.

D. ENR. Lo que oiga
vea, prometa o alcance
quien su real anillo logra,
haced cuenta que él la escucha
la presencia y la sanciona.

PAS. Pues apartaos un poco.

D. ENR. Hablad.

PAS. (Con misterio.) Yo sé de la histo-
[ria
del infante don Enrique
las escenas más recónditas.

D. ENR. ¡Vive Dios!

PAS. Oid con calma,
que a quien vengarse ambicio-
[na,
ni precauciones le bastan,
ni se contenta con pocas.

D. ENR. Adelante.

PAS. Hace diez años
que en una noche horrorosa
se dió un asalto a un castillo
frontero de la Rioja.
Vencieron los de don Pedro
y su furia asoladora
pegó fuego al edificio.

D. ENR. ¡Recuerdo horrible!

PAS. Espantosa
fué aquella noche. Las llamas
entraban hasta una alcoba
donde postrada en su lecho
con las postreras congojas,
estaba una noble dama
cuanto desdichada hermosa
Entre sus brazos gemia
una niña encantadora,
(Le mira.)
parecida a don Enrique
como una gota a otra gota.

D. ENR ¡Miserable!

PAS. Sí, que acabe.
la dama era...

D. ENR. (Interrumpiéndole) El nombre so-
[bra.

PAS. La niña por hija de ambos
hoy don Enrique la llora.

D. ENR. Murió.

PAS. No tal; hubo un hombre
que del incendio salvola.

D. ENR. ¿Y vive?.

PAS. Sí.

D. ENR. ¿Dónde, dónde?...
(Con ansia.)

PAS. Eso en mi secreto toca
y esa entre mí y don Enrique
es mi garantía sola.

D. ENR. Y don Enrique, por ella
diera cetro, vida y honra.

PAS. Lo sé, que tuvo a su madre
profunda, devoradora
una pasión, cuyas huellas
de su corazón no borran.
de desengaños y lágrimas,
los quince años que le ago-
[bian.
Por eso lo hice, don Pedro
fué causa de su deshonra,
y no quiero que mi hermano,
cuando ciña su corona
reniegue de su palabra,
cual renegó él de sus bodas
con mi hermana. Es precau-
[ción
que me atañe.

D. ENR. Ponzoñosa
serpiente, de cuya lengua
los vapores me sofocan,
¿quién en mitad del camino
de don Enrique te arroja?

PAS. La experiencia y la venganza;
si nuestro plan se malogra,
y yo en la demanda muero,
no receléis que traidora
pase el dintel de mi tumba
mi venganza. En una bolsa
de maya, asida a mi cuello,
de pergamino habrá una hoja
con la instrucc[illegible] cesaria
para encontrar esa joya
que asi don Enrique estima.
Si llega acaso mi hora
sin mi venganza, el guardarla
¿qué utilidad me reporta?
No faltará quien la encuentre
y en sus manos se la ponga.
Mas si doy cabo a mi empresa
y a don Enrique victoria

por si la fortuna loca
contra mí quiere volverse,
la conservaré; y no es otra
mi resolución postrera,
que nada tuerce ni dobla.
La cabeza de don Pedro
por esa hija, a quien adora;
prenda por prenda, es muy [justo,
que amores, señor, son obras.

D. ENR. Pues no hay remedio; está [bien
mas no olvidéis que blasona
don Enrique de Severo,
y si fe en vos halla poca,
con vuestro secreto y todo,
sin más reparo os ahorca.

PAS. En eso estoy.

D. ENR. Pues entonces
no lo echéis de la memoria.

PAS. Vos decid a esos señores
que satisfechas ahora
quedan en vos cuantas dudas
nuestros pactos ocasionan.

D. ENR. Así es la verdad, señores,

PAS. Sellad, y dadme; las cosas
(Sellan el pergamino.)
dispondré yo de manera
segura, acertada y pronta
y aviso os daré de todo
en tres dias y a estas horas.

D. ENR. Salgamos, pues, que ya es [tarde.
Que os guarde Dios.

PAS. El os oiga.
(Salen todos y Juan Pascual, que se queda a la puerta viéndolos partir. El capitán asoma entretanto por el aposento.)

El Capitán, escondido. Juan Pascual que vuelve a entrar

CAP. ¡Que esto pase, vive Dios!
Mas nunca peor se logre.
Bien haya quien a esta quinta
me ha encaminado esta noche!
Un cabo tengo del hilo
si por azar no se rompe,
yo llegaré al otro cabo,
y ¡ay de la madeja entonces!
Cordeles haré con ella
con que ellos mismos se aho- [guen.

PAS. (Entrando.) Todo está ya con- [cluído.
Mañana voy a la corte;
de este sayal me despojo;
dejo mi nombre del campo
por mi verdadero nombre,
y con firmeza y audacia
preparo el último golpe.
Mantente firme, cadena,
sobre cuyos eslabones
de ambas Castillas la suerte
consigo al fin que se apoye;
Mantente firme, cadena,
y si ninguno se rompe,
yo les desharé uno a uno,
¡y guay de don Pedro entonces!
Mas durmamos, que ya es hora,
y adunando precauciones
veamos si las mujeres...
Entra con la luz por el pasadizo que da al cuarto de doña Inés, y a este tiempo baja don Pedro embozado por los peñascos. Llueve.)

Don Pedro. Juan Pascual.

D. PED. Gracias a Dios que del monte
veo el fin, y hallo un techado
en que vivos se recogen.
Veo allá abajo una casa;
entraré en ella esta noche,
aunque sean sus paredes
madriguera de ladrones,
y aunque tenga que asaltarlas
a estocadas y mandobles
con una legión de diablos.

PAS. (Volviendo a la escena.)
Nada; duermen como postes:
cerradas están las puertas
con llaves y picaportes.
Durmamos, pues.
(Al ir a entrar en la alcoba, llama don Pedro a la puerta con recios golpes.)

D. PED. ¡Ha de casa!

PAS. ¿Quién va a estas horas?

D. PED. Un hombre.

PAS. ¿Qué quiere?

D. PED. Pues llamo, es claro
que quiero entrar.

PAS. Pues perdone
vuestra merced, y esa esquina
a su mano izquierda doble,
y en esa tercera calle
verá un mesón do le alojen.

D. PED. ¿Parécele, vive Dios,
que he andado ya todo el bos- [que,
con el barro a la cintura,
sin luz y echando los bofes,
para correr callejuelas
y acostarme en los mesones?

que aunque forrada esté en [bronce,
tales porrazos dé en ella
que os la arranque de los goz- [nes!

PAS. Brío traéis.

D. PED. Y coraje;
y abra pronto.

PAS. No se enoje,
que al cabo merecen algo
sus corteses expresiones.

D. PED. Corteses o no corteses,
para lo dicho soy hombre.

(Sale Juan Pascual con la luz a abrir, y mientras entran él y don Pedro, dice el Capitán.)

CAP. O sueño, por vida mía,
o esa es su voz. ¡Cielos! ¡Adón- [de
sus desventuras le traen!

PAS. Entrad aquí.

D. PED. Buenas noches.

PAS. Perdone el buen caballero
si con él anduve torpe.

D. PED. Perdone él mi mal humor,
que el lance no es para flores.
Heme extraviado cazando;
rompieron los nubarrones
en agua, y no topé senda
por donde salir del monte.

PAS. ¿Hidalgo sois?

D. PED. Caballero.

PAS. ¿De qué lugar?

D. PED. De la corte.

PAS. ¿De la corte? ¡Qué me place!
Sabremos qué nuevas corren.

D. PED. Pues no traigo yo el gaznate
para muchas relaciones.

PAS. ¿Tendréis habre?

D. PED. Como un lobo.

PAS. Aunque en la casa de un pobre
os encontráis, no faltaron
nunca en ella provisiones:

D. PED. Sacadlas, pues.

PAS. Voy al punto.

D. PED. Dios se lo pague, buen hom- [bre.

PAS. (Llamando.) ¡Juana! ¡Inés!

INE. Y JUA. Señor!

PAS. Traed luces.
Levantaos.

D. PED. No incomode
tanta gente para mí.

PAS Mis criados labradores
son, y no duermen en casa;
Mas dejadme dar mis órdenes,

Doña Inés, Juana. Dichos. [ella.

PAS. Juana, aquel par de pichones
que hay en el armario, saca:
tú, Inés, en los interiores
aposentos otra cama
para esta noche disponme,
que aquí dormirá en la mía
este hidalgo.

JUA. (¡San Onofre!
¿Y el Capitán?)

INE. (¡Cielos santos!)
¡Cuánto azar en una noche!)

(Vanse doña Inés y Juana. Esta vuelve con unos platos, botella, mantel, etc., que Juan Pascual toma; la despide y sirve a don Pedro.)

Juan Pascual, don Pedro.

PAS. (De la corte dice que es.
Veamos si puedo, astuto,
sacar del hidalgo fruto.)
Trae y vete con Inés. (A Juana.)
¡Ea! Comed, caballero;
(A don Pedro, escanciándole.)
bebed, y aliento tomad.

D. PED. Falta me hace a la verdad.
A vuestra salud. (Bebe.)

PAS. Espero
que a la vuestra contribuya.

D. PED. Bueno es, a fe, este licor.

PAS. Cosecha mía, señor.

D. PED. ¡Buena cosecha la suya!
¿Tiene muchas viñas?

PAS. Tengo
lo que llaman mucho aquí,
que me alcanza para mí
y la gente que mantengo;
y no lo pasamos mal.

D. PED. ¿Qué pueblo es este?

PAS. Una aldea,
mezquina, escondida y fea.

D. PED. ¿Tiene nombre?

PAS. Juan Pascual.
Cuatro casucas de tierra
que yo mismo labré aquí,
y a las que mi nombre dí
cuando volví de la guerra.

D. PED. ¿Servido habéis?

PAS. Con honor,
aunque no con gran provecho.

D. PED. ¡Cáspita! ¡Y os habéis hecho
de todo un pueblo señor.

PAS. Dineros de que un buen tío
me hizo heredero a su muerte
labraron mi buena suerte,
y así he logrado algo mío

¿no obtuvísteis recompensa?

PAS. El rey cree que en su defensa
verter la sangre es de ley.

D. PED. ¿Mas fuisteis a verle?

PAS. No;
nunca le ví cara a cara.
Temí que me desairara
y soy muy altivo yo.

D. PED. Mal le juzgáis a mi ver:
pues favor en él no cupo
si vuestro valor no supo.

PAS. Pues lo debiera saber.

D. PED. ¿Saber la historia debiera
él de todos sus vasallos?

PAS. Como él para gobernallos
buenos jueces eligiera,
alcanzara bien a todos;
mas gobierna con tal mengua...

D. PED. Tenga el villano la lengua
y hable de él con buenos modos.

PAS. Aunque con ruda franqueza,
la verdad hablé no más;
y no cejo un paso atrás
si me cortan la cabeza.
Todo el reino está revuelto
desde que don Pedro manda,
y el diablo parece que anda
con él por Castilla suelto.
Que esta es la verdad, señor,
negármelo no podéis,
y cada vez, ya lo veis,
vamos de mal en peor.

D. PED. Eso dicen sus contrarios,
y le han llamado cruel,
porque le achacan a él
la culpa que tienen varios.
¡Murmuran que a sangre y fue-
[go
tala sus propios lugares!
Mas ¿quién es en sus hogares
el que le turba el sosiego?
¿No han invadido sus tierras,
llamándose sus señores,
esos hermanos traidores
que le han movido las guerras?
¿No empezaron sus desmanes
despreciando los resguardos
que les daba, esos bastardos,
los hijos de los Guzmanes?
Y si ellos mismos atizan
el fuego de la venganza,
¿a qué invocar su templanza?
¿De qué, pués, se escandali-
[zan?

PAS. Argüis en mi favor.
Pues hombre es el rey también,
consejos en su furor.
Y ved lo que llevo dicho:
por oír consejos malos
emprende don Pedro a palos
con quien le viene a capricho.
El pone su confianza
en ministros que le venden
y a su conveniencia encienden
o contienen su venganza.
Que por muy distintos fueros
y muy diversos registros
hay justicieros ministros
y ministros justicieros.
Y el justiciar bien o mal
cosa es que pide gran seso.

D. PED. Mucho se os alcanza de eso
a lo que veo, Pascual.

PAS. No, señor, sino muy poco;
mas creo que lo que digo
se alcanza a cualquier mendi-
[go,
y a todo el que no esté loco.
Porque el mandar, ¿quién igno-
[ra
que es como un potro llevar
a quien hay que refrenar
y dar rienda a buena hora?
Porque si se le exaspera
conduciéndole sin tiento,
concluirá violento
por hacer él cuanto quiera.
Si el rey tuviera a su lado
un hombre como yo, creo
que quedaría a deseo
en poco tiempo su estado.

D. PED. Pues bien, la palabra os cojo.
A Sevilla os llevaré
y que os deje el rey haré
gobernar a vuestro antojo

PAS. ¿Yo ante el rey?

D. PED. Nada temáis,
Llévame siempre consigo
y soy su mejor amigo:

PAS. Ruégoos, señor, que advir-
[táis
que campesino insensato
hablé sin saber con quién.

D. PED. (Con autoridad.) Elige, y escucha
[bien
las condiciones del trato.
El su poder y grandeza
te ha de prestar en Castilla:
mas si en un flaco te pilla
Pascual, pierdes la cabeza.

PAS. Eso, señor, no es justicia.
La palabra me cogéis

mi rudeza y mi impericia.

D. PED. Que atrás no te volverías
dijiste.

PAS. Tenéis razón,
y hablé con el corazón
aunque dije tonterías.

D. PED. Esto ha de ser; retiraos,
y si no vais, ¡vive Dios!
que el rey enviará por vos!
Conque a venir preparaos.

PAS. Está bien. (¿Qué es esto, cie-
[los?
Mejor fortuna logré
de la que nunca esperé.
Venganza, tiende tus vuelos;
la ocasión es oportuna;
mucha audacia necesito;
más por el cielo bendito,
de audaces es la fortuna.)

Don Pedro

¿Qué es lo que pasa por mí?
¡Dudándolo estoy, pardiez!
¿Quién creerá que mi altivez
llegó a sujetar así
un labrador tan villano,
culpando mi condición
con tan osado tesón?
Túvome Dios de su mano.
Mas tan cerca de Sevilla
y en tan oculto lugar,
mucho me da que pensar,
y a fé qne me maravilla.
En tal materia tan ducho,
tiene ese hombre, o me equi-
[voco,
de campesino muy poco,
y de sedicioso mucho.
¡Oh, aciago sino es el mío
y en hora fatal nací!
Todo el mundo contra mí,
¿qué me vale tanto brío?
Aragón, Navarra, Francia,
Granada, Vizcaya y Roma
empresa contra mí toma,
pero me sobra arrogancia.
Audaz y nunca indeciso
a la refriega me lanzo:
mas por dó quiera que avan-
[zo
no sé la tierra que piso.
Siempre con planes inciertos,
siempre en medio de traido-
[res,
mis intentos los mejores
no son más que desaciertos.
¡Por Dios que me desespera
[...]
[do,
uno tras otro bastardo
retoña por donde quiera!
Y el pueblo, ¡mísero de él!
ve que en mi nombre se abusa
de la justicia, y me acusa
de avariento y de cruel.
¡Ira de Dios! Si algún dia
me llego frente él a ver,
su sangre me he de beber,
o él se ha de beber la mía.
No puede mi brío, no.
con imputación tan fea.
Palenque Castilla sea
do caigamos él o yo.
Más lejos, lejos de mí
esas memorias fatales;
de atajar tamaños males
no es propio lugar aquí.
(Abre la ventana.)
Ya la tormenta se amansa
y de nublados el viento
desemboza el firmamento:
todo al parecer descansa
de esta casa en los extremos...
mas ¿quién sabe lo que en ella
me aguarda mi mala estrella?
Velemos, Pedro, velemos.
Mas siento pasos... ahí...
(La puerta del pasadizo.)
Tan quedo, ¿quién puede ser?
Mas ¡qué veo! ¡una mujer!
(Mirando por el ojo de la llave.)
Viene con tiento hacia aquí.
A favor de la bujía
que trae la veo. ¡Oh, qué be-
[lla!
¿Qué intenta? Su luz deja ella;
apagaré yo la mía,
(Lo hace.)

Don Pedro. Doña Inés. El Capitán oculto

INE (Aparte.) (Todo está ya sose-
[gado:
tranquilo mi padre duerme,
y hasta saber que se ha ido
no hay medio que me sosie-
[gue.
No veo nada, nada oigo.
Si con él ha dado el huésped...,
Mas venía el buen hidalgo
muy cansado felizmente.
No oso nombrarle, ¡ay de mí!)

D. PED. (Aparte.) (Aquí acercándose vie-
[ne.
¿Qué buscará a tales horas?
Pero sea lo que fuere.

esta aventura aprovecho,
pues la ocasión me la ofrece.
Me adelanto.)

INÉS. (Ya él sin duda
me aguardaba, pues o miente
la vista, o hacia mí misma
que llega un bulto parece,
según la confusa luz
de dentro permite verle.)
¿Capitán?
(Buscándole.)

D. PED. ¿Quién va?

INÉS. ¡Sois vos!

D. PED. Yo soy.

INÉS. Pues sin miedo llegue.
No sabéis con cuánto afán
he estado este rato breve
hasta volver a buscaros.

D. PED. (¿Qué enredo del diablo es [este?
¡A mí dice que me busca!)

INÉS. Y ya que así os favorece,
pues duerme quieto mi padre,
para escaparos la suerte,
dadme la mano y seguidme.

D. PED. No será sin que la bese,
que si es del color del rostro,
es el ampo de la nieve.

INÉS. ¿Qué hacéis, capitán?

D. PED. Tomarla
del modo que ella merece.

INÉS. Ea, abreviad de palabras,
no nos aperciba el huésped,
y se despierte mi padre,
Vamos, que es fuerza que os [lleve
hasta la puerta yo misma
para que seguro os deje.

D. PED. Que venga, hermosa, tu pa- [dre,
y aunque a su lado la muerte
venga a la par, ¿qué me impor- [ta
como en tus brazos me encuen- [tre,
y yo te tienda los míos?

INÉS. ¡Dios mio, qué acento es este!
¿Quién sois?

D. PED. ¿Qué extrañas quien soy
cuando tú a buscarme vienes,
y yo te salgo a encontrar
por instinto solamente,
pues son profetas del alma
los corazones a veces?

INÉS. (¡Muerta estoy! ¡Me he equi- vocado!
Sin duda dí con el huésped;
mas retiraréme de él).

D. PED. En esquivarme no pienses
sin escucharme, que ya
que amor me ha dado esta [suerte,
no he de ser de los amantes
que de cobardes la pierden.

INÉS. Caballero, ese lenguaje
tanto a mi decoro ofende,
que sólo el silencio es frase
con que puedo responderle.

CAP. (Aparte.) (O me engañan mis [oídos,
o que oigo a Inés me parece.)

INÉS. Ya os he dicho que no osado
quebrantéis con tan aleve
intención descomedida
del hospedaje las leyes.

D. PED. Amor es Dios, y ninguna
puede haber que le sujete.

INÉS. La ley contra la razón
caber en un Dios no puede.

CAP. (¡Cielos, cierta es mi sospecha!
¿Qué hacer en trance tan fuer- [te?
Por otra puerta no puedo
salir, y aun cuando pudiese,
perder a Inés era fuerza,
o con don Pedro perderme.)

D. PED. Suspende, hermosa enojada,
el ceño esquivo; suspende
el justo enojo, sabiendo
que quien te habla de esta [suerte
es un caballero noble
cual pocos hay que le lleguen,
que en tus amores perdido
se arriesgó a tanto por verte,
y que riquezas y honores
con su corazón te ofrece.

INÉS. El favor os agradezco;
pero reparad prudente
que la hija de Juan Pascual
nunca a lo que a sí se debe
puede faltar, ni del mundo
por todos los intereses.

D. PED. Deja el melindre y repara
que a tus pies humildemente...

INÉS. Callad, y no hagáis que a vo- [ces
llame a mi padre y mis gentes.

D. PED. Y cuando vengan, ¿qué harán
si de mi antojo el más leve
soplo, ante mí de rodillas
hacer que se postren puede?

CAP. (Esto es ya mucho; yo llego,
y salga lo que saliere.)
Don Pedro, ved lo que hacéis.

D. PED. ¿Quién, vive Cristo, se atre- [ve?...
CAP. Quien huye de vuestros rayos porque su luz no le ciegue; mas quien os deja advertido que os es siniestro este alber- [gue.
D. PED. ¿Qué escucho?
INE. (Soltó; me libro por esta puerta...)
D. PED. (Al Capitán.) Detente quien seas, que por mí velas en la obscuridad. ¿Quién eres?
CAP. (Al cabo, con la ventana tropecé dichosamente. Callo, y me salgo por ella.) (Salta por la ventana.)
D. PED. Habla, no temas; acércate.
CAP. (Mas por la montaña vienen con luces.) ¡Gracias, fortuna! ¡Aquí, aquí!
D. PED. ¿Qué ruido es este?
CAP. ¡A mí, monteros, a mí; aquí, al Capitán Blas Pérez!
D. PED. Mis cazadores son estos que en mi seguimiento vuelven.

Don Pedro, Juan Pascual, el Capitán

PAS. Caballero, ¿qué alboroto?...
D. PED. Nada, buen hombre, recele, monteros son de mi casa.
PAS. ¡Válgame Dios, cuánta gente!
D. PED. Soy rico, y mantengo a mu- [chos. Abrid, y dejadles que entren.
PAS. Allá voy.
CAP. (A don Pedro.) Señor...
D. PED. (Al Capitán.) Silencio, que importa no conocerme.
CAP. Viendo que no parecíais, todo el monte diligentes recorrimos, y un villano nos dió el sendero que tiene fin en frente de esta casa.
D. PED. Justo es que se recompense a ese villano: dadle eso. (Un bolsillo.)
PAS. (Viendo que doña Inés y Juana han salido.) ¡Eh, a su cuarto las mujeres!
INE. Padre, al oir tal estruendo...
PAS. Curiosidad solamente.
D. PED. ¡Hola, hola! Juan Pascual, ¿hija tan bella tenéis y callado me lo habéis?
PAS. Vinisteis en hora tal que estaba ya recogida; [ñora, que aunque en mi casa es se- se levanta con la aurora, y de la hacienda me cuida.
D. PED. Es muy hermosa.
PAS. Favor y lisonja cortesana.
D. PED. Llevadla con vos mañana.
PAS. ¿Aún dáis en eso, señor?
D. PED. Hoy don Pedro ha de saber que en Castilla hay tan grande [hombre como vos; yo vuestro nombre le diré, y os querrá ver. Conque así, considerad, y yo os lo quiero advertir, que por fuerza habéis de ir si no vais de voluntad.
PAS. (Con altivez.) Pues tanto empe- [ño ponéis, decidle al rey que, aunque rudo labrador, como veis, soy tenaz y testarudo. Y si me pone consigo en el poder a la par, tiene mucho que arriesgar para habérselas conmigo.
D. PED. Pues eso os digo yo a vos: que el rey don Pedro es tan [hombre que no hay cosa que le asom- [bre siendo él la sombra de Dios. ¿Lo oís?
PAS. No lo he de olvidar.
D. PED. Adiós, y por vuestra vida que esa hija tan recogida no os descuidéis de llevar. Que fuera en el Rey mal visto daros pompa soberana, y quedarse ella villana.
PAS. Conmigo irá; no resisto.
D. PED. Ahora, señores, marchemos. (Vanse por las montañas alumbrando con los hachones a don Pedro. Cuando todos vuelven la espalda, el Capitán se encara con Juan Pascual, y le dice, tendiéndole la mano al último verso.)
CAP. ¿A Sevilla iréis, Pascual?
PAS. Iré, Capitán; si tal.
CAP. Pues mañana nos veremos.

Juan Pascual, fuera de la casa. Inés y Juana, a la entrada

PAS. (¿Qué querrá ese hombre decir con ese tono de pique? Mas será de don Enrique y me querrá seducir como me juzga labriego.)

(A doña Inés y Juana.)
Vosotras a vuestro cuarto,
que para vigilia hay harto
con tanto desasosiego.
(Cierran las ventanas y se retiran, dejando a Juan Pascual fuera de la casa. Los cazadores se alejan por las montañas, y cuando han desaparecido, Juan Pascual hace una seña con un silbato, y salen de entre las rocas los enmascarados de don Enrique.)

Juan Pascual, don Enrique, enmascarados

PAS. La suerte nos favorece
más que nunca imaginé:
mañana voy a Sevilla
segundo del Rey a ser.
D. ENR. ¿De don Pedro?
PAS. De don Pedro.
Conque mañana estaréis...
D. ENR. Nuestro puesto ya sabemos,
señor Juan Pascual, dónde es.
PAS. ¿Adónde?
D. ENR. Con don Enrique.
Ese pergamino ved.
PAS. (Lee.) El Rey de Francia envia a don Enrique doce mil hombres de guerra a las órdenes del famoso Capitán el caballero Bertrand Duguesclín, y le presta para su empresa ochocientos mil florines de oro. A la hora en que estas letras os lleguen, estarán rayando fronteras de Castilla.
D. ENR. ¿Estáis, Juan Pascual?
PAS. Estoy.
D. ENR. ¿Como leal cumpliréis?
PAS. Como cumpla don Enrique.
D. ENR. El lo hará como quien es.
PAS. Pues muerto o vivo en sus ma- [nos
juro a don Pedro poner.
D. ENR. Pues adelante.
PAS. Adelante.
D. ENR. ¿Hasta cuándo?
PAS. No lo sé.
D. ENR. ¿De aquel papel?...
PAS. Viva o muera,
sobre mí le encontraréis
D. ENR. Pues Dios os dé su favor.
PAS. Quiera protegeros él.
(Vanse don Enrique y los suyos.)
Ahora veremos, don Pedro,
quién es el que ultraja a quién.
¡Oh! Tú me esperas mañana;
por Dios que no faltaré.
(Entra en su casa y cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Camara real de don Pedro, con puerta en el fondo; un balcón a la derecha y una puerta a izquierda con otra que se abrirá a un tiempo.

Don Pedro, el capitán Blas Pérez.

D. PED. Esto es hecho, Capitán;
no queda un rincón de tierra
que no nos levante guerra
o nos cause algún desmán,
¿Da ese maldito francés
dineros y hombres a Enriqu
y quieren que ponga dique
yo a mi paciencia? ¡Eso es!
Yo, legítimo heredero
del reino que ansioso guardo,
debo decirle al bastardo:
«Ven, toma, tú eres primero.

toma ese cetro real,
envíame a un calabozo,
que yo expiaré de gozo
esperando tu puñal.»
No: todo empeño es en vano.
El me apellida el cruel,
y no ha de escudarle a él
el título de mi hermano.
Con amigo ni enemigo
no hay medio de que me expli- [que
sin que me nombren a Enrique
a la par siempre conmigo.
Por donde quiera que vaya
no oigo hablar más que de ese [hombre.
Ya me fatiga su nombre,
y no sé tenerme a raya.
En fin, Capitán, veamos
lo que dicen esas cartas.

CAP. Noticias de ese hombre hay [hartas.

D. PED. La vida necesitamos
para él ¡voto a Belcebú!

CAP. Pues aunque sienta enojaros,
otra tengo yo que daros
de ese mismo.

D. PED. ¡También tú!

CAP. La vida en ello nos va,
y a ser tan solo la mía,
la callara y moriría
sin enojaros.

D. PED. Está
bien. Dila que no me enojo.

CAP. Ese labrador taimado
que en su casa os ha hospeda- [do...

D. PED. ¿Vas a culparme el antojo
de hacerle gobernador
para ver cómo se explica?

CAP. Es que a más altura pica
ese labriego, señor.

D. PED. Es un pillo, ya lo sé.
¿Piensas que yo lo ignoraba?

CAP. Es que de ofrecer acaba
vuestra cabeza, y...

D. PED. (Con calma.) ¿Y qué?

CAP. ¿Y qué? No sé cómo arguya,
señor, si os va en un mal pa- [so...

D. PED. ¿La cabeza? Y dime: ¿acaso
vendrá ese hombre sin la suya?

CAP. No; mas repare su alteza...

D. PED. Vaya, Blas, no es grande azar;
ya sé que se va a jugar
cabeza contra cabeza.

CAP. Pues señor, ya que es preciso
sabed que yo vi y oí
anoche...

(Entrase un ermitaño en el salón, y don Pedro, al verle, se levanta, dirigiéndose a él con saña.)

D. PED. ¿Quién se entra aquí,
¡vive Dios! sin mi permiso?
¿A qué te llegas, traidor
hasta el cuarto de tu rey?

ERM. Vengo a intimarle una ley
de su natural Señor.

D. PED. ¿Yo siervo?.¡El rey de Castilla!

ERM. Sí, siervo del absoluto
Señor, que hizo en un minuto
del orbe la maravilla.

D. PED. (Moderándose y descubriéndose.)
¿Ministro sois del altar?
Perdonad; no os conocí.
Hablad. ¿Qué queréis de mí?

ERM. A solas hemos de estar.

D. PED. (Al Capitán.) Sal y espera.

Don Pedro, el Ermitaño.

D. PED. (Al Ermitaño.) Decid, pues.

ERM. Yo soy un monje ermitaño
que a todo comercio extraño
con el mundo en que te ves,
paso mi pobre existencia
a orillas de un precipicio,
ceñido con un cilicio
en áspera penitencia.
A Santo Domingo ayer,
a quien tengo por patrón,
con sincera devoción
oración me puse a hacer;
y en ella, con grande espanto,
cercado de resplandores
vivos y deslumbradores
aparecióseme el santo.

D. PED. (De fe, por demás sencilla,
que son patrañas colijo.)

ERM. Escucha, el santo me dijo:
«Ve y dile al rey de Castilla
que el alma se purifique
del mal que en la tierra ha he- [cho,
porque va a romperle el pecho
el puñal de don Enrique.»

D. PED. (Furioso.) ¡Traidor! ¿Con esas [me vienes?
¡Enrique me ha de matar!
No han de poderte librar
ni las órdenes que tienes.—
¡Hola, Capitán! Aquí.
Veremos si se abre el cielo
para salvarte.

ERM. A él apelo,
pues sus órdenes cumplí.

D. PED. ¡Ea! Sin más dilaciones
quitádmele de delante,
y degolladle al instante
debajo de mis balcones.
CAP. Señor, con muerte tan fea...
D. PED. Es un perro de mi hermano.
Sí, que muera ese villano
donde mi pueblo le vea.
CAP. Señor...
D. PED. Nadie me replique.
No, no hay perdón para ese
[hombre.
(Lo llevan.)

Don Pedro.

¿Conque es eco de mi nombre
el nombre de don Enrique?
¡En todas partes su sombra
conmigo a mi lado va;
en todas partes está
y en todas partes me asombra!
¿Conque ese hombre es mi des-
[tino,
y en la corte y en la plaza,
y en el templo y en la caza
le he de hallar en mi camino?
¡Oh, que venga de una vez,
que venga, y entre mis brazos
verá cómo hago pedazos!...
¡Pero es cobarde, pardiez!
No vendrá, no. De emboscadas
me cercará y de traición,
que no tiene él corazón
para vencerme a estocadas.

Don Pedro, Juan Pascual, doña Inés, el Capitán.

D. PED. ¿Qué es?
CAP. Ahí está el labrador
montañés.
D. PED. Llega en buen hora.
Que entre, y veremos ahora
si es un hombre de valor.
CAP. Entrad, que el Rey os espera.
PAS. Dadnos, gran señor, los pies...
Mas ¡cielos!... ¿Este el Rey es?
D. PED. El Rey vuestro huésped era.
PAS. (¡Y tuve ¡necio! en mi casa
anoche a don Pedro yo!)
D. PED. (Mucho al verme se turbó.)
PAS. (¡Yo no sé lo que me pasa!)
D. PED. Acérquese, Juan Pascual,
y de respetos se exima.
que el Rey tiene en mucha es-
[tima
a un hombre de ciencia tal.
PAS. Señor...
D. PED. Desde este momento
en Castilla mandaréis;
silla a mi mesa tendréis
y en mi palacio aposento.
Que hacia falta habéis dicho
un hombre cual vos al Rey.
La vara os doy de la ley:
mandad a vuestro capricho.
Nadie os ha de ir a la mano;
tendréis el anillo real;
mas sed justo, Juan Pascual,
con el noble y el villano,
(A sus guardias.)
Pregónese este mandato
y que se cumpla al momento.
¿Estáis, Juan Pascual, con-
[tento?
No os quejaréis de mi trato.
Andad, y el cielo os alumbre;
id a que Sevilla os vea,
y en vuestra justicia crea
la asustada muchedumbre.
Pero que os sirva de base
para el cargo que emprendéis,
que vos me respondéis
de cuanto en mi reino pase.
Desde la corte, os lo aviso,
hasta la aldea más tosca,
no ha de moverse una mosca,
sin que la otorguéis permiso.
Capitán, su secretario
seréis vos, que en su ejercicio
puede parecer novicio,
y le seréis necesario.
(¿Estás? Su sombra has de ser
y por si tuerce de intento,
apodérate al momento...)
CAP. (¿De quién?)
D. PED. (De aquella mujer.)
(Doña Inés.)

Juan Pascual, doña Inés, el Capitán

PAS. ¡Ah! no saber que el Rey era,
¡mentecato!
INE. ¡Ay, padre mío!
con un Rey de tanto brío
mala fortuna os espera.
PAS. ¿Y qué remedio me queda?
Ya cara a cara los dos,
con el auxilio de Dios
haremos lo que se pueda.
INE. ¡Ay de mí! Mucho me temo
que nos recibe muy mal.
CAP. No os aturda, Juan Pascual
ver en el Rey ese extremo.
Tras esa faz torva y fiera,
y esa voz que al pecho arranca,
esconde un ánima franca
con un corazón de cera.
Arrogante, pero llano,

asusta cuando reprende;
mas si percibe que ofende
da al ofendido la mano.
Yo puedo ser vuestro guía,
y vereis...

PAS. No veré nada,
Capitán, que esta jornada
no es vuestra, ¿oís? sino mía.

CAP. Mas soy vuestro secretario...

PAS. Pues yo no sé ni una letra,
y en mí la razón penetra
sin fórmulas de notario.
Haré lo que se me antoje
sin ver si os va o no en talan-
[te...
Con que de aquí en adelante
ni me tire ni me afloje.
(Toma el brazo a doña Inés, y va a salir con ella. El capitán la detiene por el otro.)

CAP. Perdonad; esta señora
tiene damas y aposento
preparadas al intento.

PAS. ¿No es mi hija?

CAP. Por ahora
está del Rey al amparo.

PAS. Amparada está conmigo.

CAP. El Rey manda lo que os digo.

PAS. (Soltándola.) Si él lo manda...

CAP. (Tomándola.) Pues es claro.
¡Hola! Esas damas llamad,
que a su señora acompañen,
y esos cautivos que tañen
instrumentos avisad.
(Salen las damas y los cautivos, que vuelven a entrar con doña Inés.)
El Rey mandó rodearos
(A doña Inés.)
de ostentación y placeres,
que es galán con las mujeres.
(Mirad que tengo que habla-
[ros.)

INE. (Velad, Capitán, por mí,
que sólo en vos me confío.)

CAP. (Segura estáis, amor mío,
mientras yo respire aquí.)
(Vánse doña Inés, damas y cautivos.)

Juan Pascual y el Capitán; este queda acechando a Juan Pascual, quien se manifiesta indeciso y pensativo

PAS. ¡No sé qué imagine de esto!
Mas no cedo, vive Dios.
Veremos quién de los dos
es al otro más funesto.
¡Hola! (A un criado.)

CRIADO. ¿Llamáis?

PAS. Unos hombres
que en la antesala quedaron,
que entren aquí.
(Entran y les dice.)
¿Contestaron?

UNO. Todos pusieron sus nombres
en vuestra carta, y esperan.

PAS. Pues de destreza es asunto.
Que todo el mundo esté a pun-
[to.
y al mediodía que hieran.

OTRO. Ya al son de vuestra venida
reunida está en la plaza
multitud que la embaraza,
para todo apercibida.

PAS. Pues pronto; corred, volad,
porque todo lo perdemos
si en rebelión no ponemos
al momento la ciudad.

OTRO HOMBRE. Ahi hay un hombre que
[en tanto
junto a un cadalso se halla.

PAS. Corred entre la canalla
la voz de que ese es un santo.
¡Oh! Dios con ese buen hom-
[bre
sin pensarlo nos ayuda.
Dejad que la gente acuda
y servíos de su nombre.
Así estallará más presto.
(Les manda salir, y quedan él y el Capitán.)

CAP. ¿Qué gente es esa?

PAS. Alguaciles.
Algunas órdenes diles
para que ocupen su puesto
Y voy a ocupar el mío,
Capitán. ¡Adiós quedad!

CAP. Mirad bien por la ciudad

PAS. Podéis fiar en mi brío.

El Capitán. Luego Juana

CAP. Viéndolo estoy y lo dudo.
Al cabo de tanto azar,
para colmo de desdichas
Inés en Palacio está.
Y aunque por fortuna suya
nombróme el Rey su guardián
es claro que él querrá verla
y de ella se prenderá.
Sabe que fué quien anoche
entró en su cuarto a buscar
un hombre a quien no conoce;
mas que amenazóle audaz
y le advirtió de un peligro,
y querrá saber de cuál.
¡Ah! Tiemblo por vida mía.

JUA. ¡Calla! ¿Sois vos, Capitán?
CAP. ¡Juana! ¿Qué es esto? ¿También?
JUA. También estoy por acá
(Asoma don Pedro por el fondo.)
Los guardias de esta antesala
no me dejaron pasar
con mis amos, hasta que ahora
a una orden de Juan Pascual...
CAP. Dios te ha conducido aquí
mi angustia para calmar.
Dí a Inés que tiene en su cuarto
una ventana que da
a un jardín, y que por ella
la tengo al punto que hablar
de cosas que mucho importan
a nuestra seguridad.
Ve, no tardes.
JUA. Voy al punto.
CAP. Vuela.
JUA. Bien; voy a volar.

Don Pedro, el Capitán

CAP. Corro al jardín al instante...
Mas ¡Dios mío!
D. PED. ¿Dónde vas?
CAP. Iba, señor...
D. PED. Sin mentir.
CAP. Señor, os iba a buscar.
D. PED. ¿Has olvidado, Blas Pérez,
que yo no duermo jamás,
que todo lo oigo y lo veo,
y que espío con afán
a los mismos a quien mando
a los otros espiar?
¿No sabes que la traici[ón]
tan diestro me tiene ya,
que hasta en la sombra que pinto
encuentro que sospechar?
Dime, pues: ¿a esa mujer
de qué la conoces, Blas?
CAP. ¿Esa doncella?
D. PED. Por su ama
pregunto.
CAP. Señor piedad.—
Alcanzaron mis ojos su hermosura
del monte entre los árboles un día,
y llevóme a sus plantas mi locura.
D. PED. ¿Tú la amas?
CAP. Sí, con ciega idolatría.
La amo, señor; mi pensamiento loco
indeleble su imagen me retrata,
y la vida sin ella tengo en poco.
D. PED. ¿Conque ella a tu pasión no ha sido ingrata?
CAP. Siento orgullo al decirlo todavía.
Era un secreto que en mi pecho estaba,
mas hoy del corazón salir debía,
y para revelároslo os buscaba.
Yo anoche, mientras vos en la aspereza
del monte andábais, de mi fe impelido.
a su padre escuché vuestra cabeza
prometer, en su cámara escondido.
D. PED. ¿Luego eres tú, gusano miserable,
por quien ella venía a mi aposento,
y quien con un aviso inexplicable
quiso esconderme su amoroso intento?
¡Tú fuiste, ya lo sé, quien fementido
tal artificio imaginando diestro,
de mi voz replicaste requerido
que era aquel sitio para mí siniestro
¡Creiste que tu amor, su honor acaso
de tu rey el aliento profanara,
y audaz pensaste que a tan necio paso
con tu señor un punto te igualara
La erraste, Capitán. Por un exceso
vives de mi bondad; tu vida entera
no es más que un vaso que aunque dura ileso,
polvo al impulso de mi aliento fuera.

Yo te dejé que con osada mano
vengaras a tu padre impunemente
pero no por tus méritos, villano,
porque a mí me vengabas igualmente.
¡Tú la amabas! ¿Y qué? ¡Si al fin oiste
que yo la hablé de amor, oiste el fallo
con que el tuyo rompí. ¿No lo entendiste?
¿Quién era allí el señor? ¿Quién el vasallo?

CAP. Mas ¿qué debí de hacer? ¿Cuál fué mi yerro?

D. PED. Ver, oir y callar; partir sin ruído
lejos del rey, pues no eres más que un perro
para echarte a mis plantas mantenido.
Donde los ojos del señor se posan
en el oido en que su voz resuena,
si ojos y oídos de vasallos osan,
de cegar y no oir tienen la pena.

CAP. Cegádmelos, señor, si os ofendieron:
paguen, si os place así, tanta osadía,
mas ved que sin querer vieron y oyeron...
lo que ha olvidado la memoria mía.

D. PED. Pues que lo olvide bien, y en tiempo alguno
pase por ella la escondida idea.

CAP. No temais, no, que vuelva inoportuno
ese recuerdo, aunque mi muerte sea.
A mi padre vengar me prometisteis;
miraros me dejásteis cara a cara,
nombre y hacienda y opinión me disteis.
y en una eternidad no lo olvidara.
Sí, nacido en el polvo, destinado
a obedecer tan solo, soy un perro
que al lecho siempre de su dueño atado
lame servil de su cadena el hierro.
Un perro, si; mas con leal empeño
muchos y largos años he vivido
velando en las campañas vuestro sueño,
pronto siempre a morir agradecido.
Mas hablad. ¿Qué queréis? De vuestro antojo
soy el eco no más: no hay más pasiones
en mi pecho que vos; vos sois mi arrojo,
mi existencia, mi fé, mis opiniones.
No hay nada para mi que vos primero,
ni ley, ni amor: para serviros vivo.
«Da, hiere»—me decís;—y doy y hiero.
y el pan aprecio que de vos recibo.
Yo la amo, la idolatro, es mi esperanza;
pero dócil, señor, a vuestro yugo,
decidme: «caiga en ella mi venganza»,
y yo mismo me torno su verdugo.
(Pausa.)

D. PED. Su protector serás: yo te la entrego.

CAP. Señor, a vuestros pies...

D. PED. Alza, vasallo.
Si a mi capricho con tu vida juego,
no oso a la fe que en tus creencias hallo.
Yo te la entrego, pues; sé tú su egida,
y si en esta inquietud con que batallo
pierde su padre, por traidor, la vida,

Sé inocente a sus ojos, y que nunca
un enemigo en tí vea ominoso
de nuestra suerte si la flor se trunca,
que no has de aventajarme en generoso.

CAP. ¿Conque?...

D. PED. Ya basta: como quieras obra:
de su padre es el freno, y tú la tienes
si Enrique vence al fin, todo me sobra;
sírvate con su padre de rehenes.

El Capitán. Luego Juan Pascual

CAP. Id descuidado, señor,
que si es verdad que la quiero,
siempre en mí será primero
la gratitud que el amor.
Sal, pues, sal del pecho mío,
necio amor sin esperanza;
sal y tórnate venganza
al brotar del corazón.
La vida vas a costarme,
más ¿qué vale mi existencia?
Sal, el deber te sentencia,
te asesina la razón.
Sí; si la traición esconde
Juan Pascual en su rudeza,
yo le diré: «su cabeza
de tu traición me responde.»
¡Hola! ¿Sois vos?

PAS. Yo soy, si.
¿Qué teméis de mí?

CAP. ¿Yo? Nada.

PAS. Ya os dije que esta jornada
era sólo para mí.

CAP. Paréceme que el poder
mucho os hincha, Juan Pascual.

PAS. No debe de irme tan mal,
pues que me hago obedecer.
Y no recaerá en mancilla
del Rey que el poder me da,
pues aplaudiéndolo está
todo el pueblo de Sevilla.

CAP. (Asomándose.) Con efecto, hay en la plaza
mucha gente.

PAS. (Con intención.)
Y mucha más
que vendrá.

CAP. Por Barrabás,
que algún tumulto amenaza.
Asistente de Sevilla,
lo que el Rey os encargó...

PAS. No fué que enmendara yo
lo que hizo el Rey de Castilla.
Mirad bien.

CAP. Llevan a un hombre
como traidor al cadalso.

PAS. Y el pueblo dice que es falso,
que es un santo.

CAP. Y ese nombre
que alucinado le aplica,
¿que ha de libertarle entiende?

PAS. Yo no sé si lo pretende;
mas sé que le santifica.

CAP. Y en fin...

PAS. En fin; eso el Rey
ordenó que se cumpliera
antes que el poder me diera;
conque ahi no alcanza mi ley.

CAP. ¡Pero si él cuentas os pide!...

PAS. Que las pida, no me arredro;
entonces verá don Pedro
con quien es con quien se mide.
El depositó en mi mano
todo el poder de la suya,
y no habrá ya quien destruya
este poder soberano.
¿Lo oís?

CAP. ¡Cómo! ¿Osáis poneros
de vuestro Rey al igual?
Tened cuenta, Juan Pascual.

PAS. Vosotros sois quien teneros
debeis delante de mí.

CAP. ¿Creéis que esa investidura...

PAS. Me dará la dictadura.

CAP. ¡Traidor!

PAS. ¡Basta!

CAP. Basta, sí.
Porque él se vengue primero
mi furia es fuerza que tenga.
Don Pedro vendrá, y...

PAS. Que venga.
Capitán, aquí le espero.

Juan Pascual. Luego don Pedro. Oyense murmullos en la plaza que van creciendo por momentos hasta parar en gritos descompasados, mueras, etc. Se asoma al balcón.

PAS. Venga, sí; tan improviso
el golpe habrá de sentir
que no ha de poderle huir...
mas todo ello fué preciso.
(Mirando por el balcón.)

,Hola! La guardia resiste;
el clérigo les exhorta;
pero la guardia es muy corta
y la multitud embiste.

VOCES. ¡Perdón, perdón!

OTRAS. ¡Muera, muera!

D. PED. ¿A qué viene este tumulto!

PAS. Será, por cualquier insulto,
un alboroto cualquiera.

D. PED. No, no; mis guardias se lanzan
contra la audaz muchedumbr

PAS. Eso será la costumbre:
pero mis gentes avanzan,
y ellas lo a rreglarán; desc
[dad es

(Toca la campana a rebato.)

D. PED. ¿Mas qué campana es esa? ¿
[a rebat
¡Me vendías, traidor!
(Va a salir.)

PAS. Tente, insensato.
Estás en mi poder, te tengo preso

D. PED. ¡Preso yo, vive Dios! ¿Con qué cadenas
mis manos atarás si a un soplo mío
tú mismo resistir podrás apenas?

PAS. Tened, don Pedro, vuestro inútil brío:
tened, y no salgáis, porque es en vano
Yo gané vuestras guardias con dinero,
y al populacho amotiné villano:
no hay en vuestro favor un solo acero.
Yo más que vos, maquinador y astuto,
por la mano os gane; más atrevido
logré primero de mi audacia el fruto.
Soberano león, ya estás rendido.

D. PED. (Con fiereza.)Rendido. El orbe todo se arruinara
sobre mí, Juan Pascual, y con fiereza
le viera yo caer, y le esperara
sin inclinar siquiera la cabeza.

PAS. Y yo que sobre vos lo he amontonado,
para echároslo encima de repente
lo veré desplomarse arrebatado
y estrellarse al caer en vuestra frente.
¿No alcanzáis la razón de lo que os digo?
Lo sé, mas escuchad. No soy tan solo
cual otros mil, común un enemigo
que en pro de otro partido hoy os inmolo.
No. Soy un hombre cuyo honor hollásteis,
tejiendo la mentira más villana,
cuyos limpios blasones empañasteis.
atropellando la honra de una hermana.
Yo estaba en tanto en Portugal; mas vine
de venganza con sed devoradora,
y a lograrla con calma me previne,
con estudiado afán: y esta es mi hora.
Sí, contampladme bien. No como un día
reptil oculto a vuestros pies me arrastro,
que hoy os vengo a decir con osadía:
Yo soy, don Pedro, don Guillén de Castro.

D. PED. ¡Tú un Castro!

PAS. Vengador de doña Juana,
que llora en un oculto monasterio
su desesperación. Ella es mi hermana,
y este es de Juan Pascual todo el misterio.
¿Que más queréis, don Pedro, que os explique?
¿Por qué con tal estrépito me vengo?
Pues sabed que he jurado a don Enrique

vuestra cabeza dar, y os lo prevengo.
. PED. Pues bien; ven a arrancarla de mis hombros
y aprenderás más fáciles promesas
a hacer si has de cumplirlas; nunca asombros
me dieron más difíciles empresas.
S. ¡Oh! Ya con vos vuestro poder no lidia,
y es ceder o morir vuestro destino.
. PED. (Con ironía.)
Del tuyo siento, buen Guillén, envidia,
y quiero que hacia allá me abras camino.
S. Don Pedro, os engañáis; me habéis herido
de vuestra ley y fuero con la espada,
y a vuestra misma ley he acudido.
Escuchad a la plebe amotinada.
(Gritos.)
¿La oís? Clama por vos: viene a buscaros.
Ya os he dicho, señor, que estábais preso,
y que al bastardo prometí entregaros.
. PED. Mucho te ha de costar, ¡vive Dios! eso.
(Con sarcasmo.)
Tú has prometido a Enrique mi cabeza
y le llamas, tal vez, a que la tome;
pues bien, la tuya encontrará su alteza,
yo se la arrojaré cuando se asome.
(Cierra las puertas y ase de una espada.)
Ahora, a tu vez, defiéndete, villano:
usa de tu valor y de tu acero,
porque vas a aprender de un rey tirano
lo que hay de un asesino a un caballero.
Ven; ya no lidia mi poder conmigo;
aquí mi majestad ya no me escuda,
sólo Dios es aquí nuestro testigo.
Ruégale, Castro, que te dé su ayuda.
Dichos. Conjurados que suben por el balcón
OCES. ¡Muera don Pedro!
OCES. ¡Muera!
N CON. (Que sube por el balcón.)
¡Aquí, valientes!
Aquí está el rey, subid.
TROS. (Que suben tras él y van contra don Pedro.
¡Muera el tirano!
. PED. Venid a mí, rebeldes insolentes,
y probaréis el peso de mi mano.
AS ¡Ea! Acabad con él.
Don Pedro se defiende de todos los que le acometen, cejando contra la pared; y en el punto que va a sucumbir al número, se abre a sus espaldas una puerta, en la cual aparece el Capitán, que muestra a doña Inés desmayada en sus brazos, y cuyo pecho amenaza con la daga desnuda. Todos retroceden.
AP. ¡Atrás, canalla!
Da un solo paso más, y la asesino.
(A Pascual.)
AS Teneos, Capitán.—Atrás vosotros.
(A los suyos.)
AP. (A don Pedro.)
Una barca, señor, puesta se halla

en la torre del Oro; este camino
seguro allá desde el palacio os lleva.
Huid.

D. PED. Traidores, volveré algún día,
¡y ay del que entonces a parecer se atreva!

CAP. (A don Pedro.)
Huid. Ahora, Juan Pascual, escucha.
Cabeza por cabeza, esta es la mía;
(Señalando a doña Inés.)
la contienda es ya igual, franca la lucha.

PAS. Por piedad, Capitán, por cuanto caro
en el mundo tenéis, el impío acero
de su pecho apartad: yo os doy amparo,
riqueza, libertad.

CAP. (Con firmeza.)
No: sólo quiero
que entiendas bien mi condición postrera:
escúchamela bien, hiena taimada.
La suerte de don Pedro a tu hija espera,
y a su suerte desde hoy encadenada,
ella responderá de su destino
siendo, como él, dichosa o desdichada.
Ahora sigue si puedes mi camino,
y mira de quién es esta jornada.
(Cierra la puerta secreta. Juan Pascual se arroja a ella desesperado, y cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa el terrado de la torre del Castillo de Montiel, el cual se figura flanque[ado] de cuatro torreones. En el fondo, por encima de las almenas, se alcanzarán a lo l[e]jos las hogueras y los pendones que coronan las tiendas de don Enrique. A la derecha en el fondo una puertecilla que conduce al torreón, y otra a la izquierda, al lado de [la] cual, por una ventana con reja, se verá un interior del torreón, donde estará el astról[o]go Ben-Hagatín; un pilar de piedra en que está enclavado en medio de la escena el pe[n]dón del Rey don Pedro. Es de noche.

El Rey don Pedro sobre un torreón mirando al campo de don Enrique. Doña Inés lo mism[o] por las almenas. El Capitán dando sus órdenes al Alcaide, que estará hablando con él. [El] Astrólogo en su torre consultando a la luz de una lámpara sus instrumentos cabalísticos, d[e] los que se sirve para hacer el horóscopo de don Pedro.

CAP. Que esté ese paso secreto
guardado por buena gente,
y que entre él solo.

ALCAI. Corriente.

CAP. Ya conocéis el sujeto.

ALCAI. Ya le conozco.

CAP. En los nichos
que hay en aquel subterráneo
puede ser triunfo instantáneo
con los hombres de armas d[i]-
[cho]s
En estando ese hombre dentr[o]
que se lance vuestra gente
allá abajo de repente
de los suyos al encuentro.
Todos prisioneros; y
en tanto, por esa puerta
que estén tres o cuatro alerta

cuando esté él conmigo aquí.
¿Lo oís? Que él entre no más.

ALCAI. Está bien. (Vase.)

CAP. (A doña Inés.) Y vos, señora,
retiraos, que ya es hora.

INE. (Con tristeza.)
No imaginé yo jamás,
Capitán, eso de vos.

CAP. ¡Ah! lloráis... Por caridad,
el llanto de mí ocultad;
no me hagais dudar de Dios.

INE. No le invoquéis, ¡fementido!
que a enojo le provocáis
cuando a sus plantas alzáis
corazón tan corrompido.
¡Hombre vil! ¿Esto es amor?
¡Engañar a una mujer
rehenes para tener
con su padre vencedor!
¿Esto es, Capitán, nobleza?
¡Decidle a un padre que elija
mostrándole de su hija
con el puñal la cabeza!

CAP. Callad, señora, callad,
que ignorais lo que me cuesta
con vuestro padre esa apuesta
de inaudita atrocidad.

INE. Decid mejor lo que os vale,
porque tenéis la esperanza
que mi peso la balanza
de vuestra fortuna iguale.
Porque ¿cómo ha de dejar
un padre a su hija morir
tan sólo por conseguir
a un enemigo vulgar?
Le diréis:—Vida por vida,
salvadme a mí y os la entrego,
que al fin es cosa de juego
una mujer seducida.

CAP. Retiraos, doña Inés,
o de mi fe no respondo.

INE. A tu pesar en el fondo
mi razón de tu alma ves.

CAP. Os engañáis, os lo juro:
vos veis el remordimiento
donde hay otro sentimiento
más noble, si más obscuro.
Vos no podéis comprender
que un hombre que a su Rey [ama,
le sacrifique su fama,
su amor, su razón, su ser.
Ni vos lo comprenderiais,
ni yo os lo osara explicar,
pues a poderlo alcanzar
yo sé que os asombraríais.
Sí; yo estoy viendo una estrella
de quien salvación espero,
y para apagarla infiero
que voy corriendo tras ella.

INE. (Con emoción.)
¡Ah! rendíos, Capitán.
Cuando veo el sentimiento
con que expresa vuestro acento
ese incomprensible afán,
aún que me amáis imagino
y que me decís lo cierto,
aunque la influencia advierto
de algún insondable sino.

CAP. Sino fatal que me impele
a abreviar mi propia vida
desgarrándome una herida
al punto en que más me duele.

INE. ¡Ah, me amáis! Dejaos vencer,

CAP. Sí; os adoro, ¿a qué mentir?

INE. Pues bien, dejadme salir.

CAP. Señora, no puede ser.

INE. ¿Es decir, mal caballero,
que debo estar desde aquí
en que seréis para mí
mi opresor, mi carcelero?

CAP. ¡Oh, por Dios! (Desesperado.)

INE. Atado al yugo
que vuestro dueño os impone,
vendréis, si el Rey lo dispone,
a parar en mi verdugo.
Bien: seré mártir; mas vos
que así me sacrificais,
mi airada sombra arrojais
entre vuestro paso y Dios.
Sí, Capitán; yo os perdono
mi bárbaro sacrificio,
pero os aguardo en su juicio
y os emplazo ante su trono.

Don Pedro, el Capitán.

CAP. Emplaza, emplázame, sí;
breve ha de ser este plazo,
pues tu muerte de rechazo
me dará la muerte a mí.
¡Oh, si asomarte pudieras
a mirar mi corazón,
moviérate a compasión
al ver cuál me lo laceras!
¡Mas, ¡ay! con cuanta verdad
me culpas mi villanía! (Pausa.)
Y atrás no me volvería
por toda una eternidad.

D. PED. (Que se ha vuelto a oir la última parte de la escena antes, y baja del torreón.)
Blas.

CAP. Señor.

D PED. Esa mujer
te cuesta mucho, lo veo

libertártela deseo:
siento verte padecer.

CAP. Señor, con esa quimera,
no andéis desasosegado;
ya me la habéis entregado
y haré de ella lo que quiera.

D. PED. En vano ¡infeliz! reclamas
tus derechos contra ella
porque es demasiado bella
y veo cuánto la amas.

CAP La adoro, señor, la adoro
con ceguedad. Sin embargo,
de atormentarla me encargo,
(Con resignación.)
aunque a escondidas lo lloro.
Por cada lágrima suya
daría la vida entera;
mas pide una razón fiera
que la vuestra sustituya

D. PED. Pérez, mi mente se pierde
concibiendo tal maldad,
y a decirte la verdad,
la conciencia me remuerde.

CAP. También a mí, mas la acallo
con razón más poderosa.

D. PED. ¿Y con cuál?

CAP. Con la imperiosa
lealtad de buen vasallo.

D .PED. ¡No, por Dios! ¿Qué lograrás
con tan triste sacrificio?

CAP. Pagaros un beneficio
que no olvidaré jamás.
Vos, generoso en exceso,
recordarle no queréis;
y mas, don Pedro, me hacéis
agradecido por eso.
Mirad en torno, señor. [da?
De vuestro reino, ¿qué os que-
Gracias que esta torre pueda
daros tumba con honor.

D. PED. (Con orgullo.)
Yo siempre moriré honrado;
que atestiguar harto puedo [do
que hasta encontrarla, sin mie-
con mi fortuna he lidiado.
Huí, es verdad, de Sevilla;
mas he revuelto la Europa
para encontrar oro y plata
con que volver a Castilla.
Entré valeroso en ella
con quien seguirme ha querido,
y si vencer no he podido
es porque tal fué mi estrella.
Maté, atropellé, deshice
a cuantos hallé enemigos,
y exageran mis castigos
los a quien yo satisfice.
Mil veces les perdoné
y otras mil se amotinaron,
y repartir me intimaron
lo que yo solo heredé.
¿Para esto había razón?
¿Qué derecho se la abona?
¿Por qué pedir mi corona
si les daba el corazón?
No. Encerrado como estoy,
venga la muerte, sí, venga.
Mientras un soldado tenga
el rey de Castilla soy.

CAP. Uno siempre os quedará, [te.
don Pedro, mientras yo alien-

D. PED. (Dándole la mano.)
Y en lo futuro quien cuente
tu lealtad, no faltará.

CAP. Mi padre fué zapatero,
vasallo, y de él nací yo,
y su alteza me nombró
Capitán y caballero.
Quiero pagaros leal
vuestro favor con usura,
cavando mi sepultura
de la vuestra por igual.

D. PED. No, por mi vida; eso no.
Si Dios no me restituye
mi reino, sálvate y huye;
mis tesoros te doy yo.

CAP. ¿Sin vos, para qué los quiero?
Si es que la fortuna ingrata
con el dolor no me mata,
volveré a ser zapatero.

D. PED. Mas oye: en esa escalera
siento pasos.

CAP. Es, sin duda,
Men Rodríguez; quien ayuda
darnos Dios.

D. PED. ¡Ojalá quiera!

Don Pedro, el Capitán, Men Rodríguez de Sanabria.

CAP. Men Rodríguez, ¿qué noticias?

D. PED. ¿Habéis visto a ese francés?

ROD. Sí, señor.

D. PED. ¿Admite, pues?

ROD. No oso daros las albricias.
Mas inclinado le he visto
a proteger vuestra fuga,
pues dice que le subyuga
vuestra situación.

D. PED. ¡Por Cristo!
El oro que yo le ofrezco
es quien le mueve hacia mí;
mas si me saca de aquí
al cabo se lo agradezco.

ROD. Oyóme con gran templanza:
prometí, insté, supliqué:

quién érais le recordé,
y al fin me dió una esperanza.
Díjome que allí venía
a sueldo de vuestro hermano,
y que tenderos la mano
sin venderle no podía. [zaña,
Yo entonces, por grande ha-
cel salvaros le pinté,
y en vuestra palabra y fe
le prometí media España.

D. Ped. Bien hiciste en prometer,
que darse la mitad puede,
pues como mal me la enrede
entera la he de perder.
Mas al fin, ¿qué dijo?

Rod. Al fin,
tras de andar algo reacio,
pidióme un pequeño espacio.

D. Ped. ¡Ese Beltrán de Claquín
me parece un gran traidor!
Porque si leal obrara,
que sí o que no contestara.

Rod. Ya contestará, señor.
Si consiente y nos socorre,
hará en señal que se encienda
un farol sobre su tienda,
que se ve desde esa torre.
Vedla, señor.

D. Ped. ¿Es aquella
que está junto a la corriente?

Rod. Sí, señor; la que está en frente
de la torre de la Estrella.

D. Ped. Bueno.

Rod. Si le veis brillar
podéis sin riesgo salir
y a su misma tienda ir, [perar.
que él mismo os saldrá a es-

D. Ped. Men Rodríguez, por si acaso
la luz a brillar acierta,
sobre el torreón alerta
estad, no erremos el paso.
(Sube Men Rodríguez al torreón.)
Retírate, Blas, también,
que quiero oir el consejo
de ese celebrado viejo;
mas cerca queda.

Cap. Está bien. (Vase.)

Don Pedro, el Astrólogo, Men Rodríguez, en el torreón, donde ni ve ni oye lo que pasa en la escena.

D. Ped. ¿Habéis concluído ya?

Astró. Vuestro horóscopo he formado
y mi ciencia he consultado.

D. Ped. ¿Y qué respuesta nos da?

Astró. Confusa es la explicación;
pero vos la entenderéis,
que los secretos sabéis
que hay en vuestro corazón.
Ved: en ese pergamino
de los astros está escrita
la razón. Se necesita
que el mismo que su destino
busca, su enigma resuelva.

D. Ped. (Lee.) Por alrededor de Castro
que he de morir, dice un astro,
y otro dice que en la selva.
¿No podéis darme más clara
explicación?

Astró. Sí podría;
pero mucho sentiría
que si lo hiciese os pesara.

D. Ped. ¡Pesarme! Pues que consulto
mi destino a las estrellas,
es para saberlo de ellas
distintamente, no a bulto.

Astró. Su respuesta es esa; y de ella
el sentido a escudriñar,
veo que en este lugar
os es fatal vuestra estrella.

D. Ped. Eso ya yo me lo sé.
(Con amargura.)
desde el punto en que nací;
y que mejorara aquí
nunca me esperaba a fé.
(Señalando al pergamino que tiene en la mano.)
Esto no vale de nada,
buen astrólogo.

Astró. Hay aún
consulta menos común
que hacer, pero es arriesgada.

D. Ped. ¿Con quién creéis que tratáis
para dudar del valor?

Astró. Yo os lo propongo, señor,
vos haréis lo que queráis.

D. Ped. ¿Sabré?...

Astró. Toda la futura
suerte a que el destino os lle-
[va.

D. Ped. ¿Cierta?

Astró. Cierta. Es una prueba
terrible, pero segura.

D. Ped. Hacedla, pues.

Astró. Necesito
prepararos de antemano.

D. Ped. ¿Hay en ella algo profano?

Astró. Sólo hay riesgo.

D. Ped. Pues lo admito.

Astró. Una lámpara os daré,
cuya luz será encendida
con sangre fresca, extraída
de vos mismo.

D. Ped. ¿Y lograré?...

Astró. Que a vuestros ojos palpable

aparezca el porvenir.
Si osáis, me podéis seguir;
mas es cosa formidable.

D. Fed. Vamos allá: quiero ver
mi destino, ¡vive Dios!
que el más tenaz de los dos
no quiero dejarle ser.
Harto tiempo me ha acosado
con infernal fatalismo:
quiero acosarle lo mismo,
y al menos le habré arrostrado.
Vamos, pues.

Doña Inés, saliendo del torreón de la derecha abajo

¡Válgame Dios!
¡Qué noche tan fatigosa!
¡Cuán fiero el pesar me acosa
de mis memorias en pos!
El aura que inquieta pasa
por entre estos torreones,
a mis negras reflexiones
parece que pone tasa.
Ese en que encerrada vivo
con su estrechez me sofoca.
(Se pasea cavilosa.)
Mas, ¡Dios mío, yo estoy loca!
Lo veo y no lo concibo.
Cuando ese hombre amor me [jura,
lo jura con tal pasión,
que obliga a mi corazón
a creer en su impostura.
Mil veces le he sorprendido
yo de mí misma detrás
llorando... ¡Oh, llora quizás
de mi infortunio dolido!
Mas si me ama... si le pesa
de mi mal, ¿por qué me guar-
[da?
¿Por qué así en librarme tarda
cuando a él mismo le interesa?
Mi padre, si así lo hiciera,
con usuras le pagara,
y acaso le cueste cara
su traición si le exaspera.
¡Oh Dios, que del firmamento
tras el azul pabellón
velas, calma mi aflicción,
consuela mi sufrimiento!

Doña Inés. El Alcaide, conduciendo a Juan Pascual, y entrando por el torreón de la derecha arriba

Alcai. Podéis entrar sin temor,
y esperarle aquí.
Pas. Yo fío
mi empresa en mi propio brío,
y en lo que a él le está mejor.
Alcai. Él os esperaba.
Pas. Ya
conté yo, alcaide, con eso,
que sabe que está bien preso
y que en mis manos está.
Tomad por vuestro servicio.
Alcai. Guardad, señor caballero,
para otros vuestro dinero,
que el Rey me paga mi ofici[o].
Pas. ¡Habrá semejante tonto!
Sea, en fin, como gustéis.
mas suplícoos que llaméis
a ese Capitán, y pronto,
que no hay tiempo que per-
[der..
¿Mas qué veo?
Ine. ¡Padre mío!
Pas. ¡Inés!
Ine. ¿Es un desvarío
que os vuelvo, por fin, a ver[?]
Cuánto tiempo os he esperad[o]
Pas. Y ya ves como he venido
en cuanto posible ha sido.
Ine. ¡Ay, padre, cuánto he llorad[o]
Pas. Esos tigres te habrán hecho
mil injurias a porfía.
Ine. Ni una sola todavía.
Sin el cuarto tan estrecho
que me dan, nadie creyera
según su porte cortés
que esta torre cárcel es,
y yo en ella prisionera.
Ese capitán, señor,
de mi custodia encargado...
Pas. Ya sé, Inés, que ese mengua[do]
se atreve a tenerte amor. [d...
Ine. Eso dice, y muchas veces
yo misma a creerlo llego...
Pas. ¡Pero, y tú, Inés!
Ine. No lo niego.
Pas. ¡Necia, la muerte mereces
por un amor tan villano! [r...
Ine. Me aterráis. Aunque eso fue[ra,]
señor, ¿morir mereciera?
Pas. Morir por mi propia mano.
Ine. ¡Ay de mí, padre y señor!
¿Para esto venís aquí?
¿Para amedrantarme así
en vez de darme favor?
Pas. ¡Ah! Perdona, pobre Inés.
Secretos que desconoces...
Ine. Mas que me dicen a voces
cuánta mi desdicha es.
Pas. Escucha, y tu llanto enjuga.
¿Conoces alguna puerta
que a fuerza o engaño abier[ta]
pueda amparar nuestra fuga?
Ine. No, señor.

gente leal y resuelta,
y si ganamos la vuelta
de esa escalera, al postigo
llegaremos por secreto
callejón, aunque no es este
el objeto que pretexte..

(Con afán.) Vuestro principal [objeto.
padre, el libertarme sea.

S. Inés, en eso medito.
Ese capitán maldito...
Fuerza será que nos vea.

S. Mas siento pasos.
¡El es! [le.

S. Yo mismo he enviado a llamar-

Dichos, el Capitán

P. Buenas noches.

S. Quiero hablarle
a solas. Aparta, Inés.

P. ¿Qué me queréis, Juan Pas- (cual?

S. Vengo un pacto a proponeros
que muy útil podrá seros
por grave razón.

P. ¿Por cuál?

S. Por la de que abre el camino
solo, que os puede salvar.

P. Cosa es que hemos de tratar
mejor solos imagino.

S. Sí; decís bien.

P. (A doña Inés.) Perdonad
que os retiréis os suplique,
para que a solas me explique
vuestro padre...

Por piedad,
Capitán, oid con calma
lo que tiene que deciros.

P. El negarme yo a serviros,
Inés, me destroza el alma.
Lo sabéis; mas mi destino
es para mí tan terrible,
que me parece imposible
que abra Juan Pascual camino.

¡Ay de mí!

(Entra, y el Capitán corre tras ella los cerrojos de la torre.)

S. (Con afán.) ¿Vas a cerrar?

P. Sí por cierto.

S. ¡Y a mis ojos!

P. ¿Qué queréis? Me dan antojos
imposibles de evitar.

El Capitán, Juan Pascual

P. Ea, pues: ya estamos solos;
hablad, que el tiempo se acorta,
y yo tengo que pagaros
vuestra propuesta con otra.

bastará a mi ver.

CAP. No importa.
No estará la mía acaso
tras de la vuestra de sobra.

PAS. Pues bien, Capitán: yo vengo
como quien amparo implora,
como quien suplica humilde,
arriesgando mi persona,
y exponiéndome a perder,
si me descubren, la honra
con la vida, a demandaros
lo que vuestra mano sola
puede volverme, la hija
que mi corazón adora.
Ya veis como las desdichas
sobre don Pedro se agolpan;
ya veis como de los suyos
ciento a ciento la abandonan.
No tenéis agua ni víveres;
y esta situación penosa,
cuanto más os desalienta,
Capitán, y os acongoja,
más a don Enrique augura
cercana y fácil victoria.
Pues bien: si me dais mi hija,
os juro que en pocas horas
saldréis del castillo libre,
sin condición deshonrosa,
y os daré a más el rescate
que vuestro capricho imponga.

CAP. ¿Habéis acabado?

PAS. Sí.

CAP. Pues oid, que a mí me toca.
Si el rey don Pedro conmigo
igual libertad no logra,
y su perdón don Eurique
ante sus plantas no postra
como rebelde, vuestra hija
quedará donde está ahora.

PAS. Os comprendo, miserable.
Ese amor que os emponzoña
el corazón, es quien dicta
propuesta tan injuriosa.

CAP. Sí, Juan Pascual. Yo la adoro,
y esta pasión me devora,
me martiriza y me acaba,
mas mi voluntad no dobla

PAS. Capitán, esa pasión
que fácilmente se ahoga
hoy que aún es tiempo, os ad- (vierto
que os lleva a una muerte pró- (xima.

CAP. Señor Juan Pascual, lo siento;
mas tiene raíces hondas,
y es imposible arrancarla.

es el único que resta;
y en cuanto a mi última hora
que juzgais cerca, mirad
que la vuestra es muy dudosa.

PAS. Acabemos, Capitán,
y en ideas ilusorias
no os gocéis adormecido:
yo tengo ocasión muy pronta
para entrar en esta torre
mucha gente valerosa,
que llevará a sangre y fuego
cuanto a su marcha se oponga.
Por sólo librar a Inés,
he retardado hasta ahora
la ejecución de mi plan;
mas os juro que es muy cortas
la tregua que puedo daros.

CAP. Vos sois quien en ilusoria
ideas adormecido
descuida lo que le importa.
Ya sé que en el subterráneo
para esa traza traidora
metido habéis vuestra gente;
mas es esperanza loca
la que sobre ella fundéis,
pues mi atención previsora
apostó gente más diestra,
que en las revueltas tortuosas
del subterráneo, a mi voz
la hará prisionera toda.

PAS. ¿Intentáis amedrentarme
con bravatas?

CAP. ¡Oh! No es cosa
para pasarse en la cuenta;
y escuchad bien, que la aurora
no está lejos, y es preciso
que abreviemos. Una bolsa
de malla, que asida al cuello
llevais, donde hay una hoja
de pergamino, que explica
lo que fácil proporciona
del Príncipe don Enrique
una venganza muy cómoda...

PAS. ¡Cielos! ¿Quién pudo deciros?

CAP. Yo lo oí de vuestra boca
una noche en vuestra casa
Conque ya veis que me guio
por vuestras lecciones propias,
y que no se me ha olvidado
que a quien vengarse ambiciona
ni precauciones le bastan,
ni se contenta con pocas.

PAS. ¡Vive Dios, villano astuto!
¿Quién a mi paso te arroja,
que en todas partes te encuen-
(tro
y me detienes en todas?

CAP. Concluyamos, Juan Pascual:
o le escribís sin demora
a don Enrique una carta
ofreciendo la persona
de vuestra hija y la vuestra...

PAS. No, no; primero se rompa
en mil pedazos el alma...

CAP. Porque tú lo quieres... ¡Hola!
¡A mí, soldados!

(Salen tres soldados que se apoderan a la fuerza de Juan Pascual, que se defiende.)

PAS. ¡Villanos!

CAP. Ponedle en la torre próxima
con una amarra en los brazos
y una mordaza en la boca.

(Un soldado queda con Juan Pascual dentro del torreón; los otros dos salen con el Capitán, el cual, al cerrar la puerta, dice a Juan Pascual a modo de despedida.)

Lo que mejor os conviene
pensad, Juan Pascual, a solas,
porque no tenéis más término
que hasta el rayar de la aurora

(Al soldado que queda dentro.)

No me le pierdas de vista.

(A los otros.)

Vamos a su gente ahora.

(Vase el Capitán. El teatro permanece unos instantes solo. Don Pedro aparece a poco, trayendo en la mano una lámpara apagada, que deja encima del pilar de piedra donde está clavada su bandera.)

Don Pedro.

Veamos este oráculo espantoso.
Quiero apurarle, y de la edad futura
embriagarme en el néctar delicioso,
ó el cáliz agotar de su amargura.
Por su oculto poder arderá sola
esta lámpara, dice... ¡Harto la temo!
Llena está de mi sangre hasta la gola,
y yo en mi sangre sin arder me quemo.

por no verla inflamarse! ¡Oh, tiemblo y lucho
(La toca.)
con mi superstición!... Aún está fría...
¡Si será un impostor!... ¡Oh, tarda mucho!
Perdóname tan torpe ceremonia,
¡oh cielo, para mí siempre enemigo!
No mires que al altar de Babilonia
me acerco impuro, sin contar contigo.
En tu bóveda azul, limpia y serena,
jamás pude leer de mi fortuna
ni una letra feliz; ni amiga y buena
brilló para don Pedao estrella alguna.
Siempre, sí, su escritura fué siniestra:
siempre se abrió su libro tenebroso
por párrafo fatal, dándome muestra
de un porvenir aciago y borrascoso.
Perdona, sí, perdona si te irrito
otro poder diabólico invocando,
porque un calmante pronto necesito,
y por doquier que lo voy buscando.
Si es mi sino fatal, iré sereno
a sepultarme en su tremendo abismo.
Quiero saberlo, sí, contrario o bueno,
para luchar con él con heroísmo. (Pausa.)
Ya hierve este licor emponzoñado:
ya de la mecha en derredor se apila:
ya trepa por sus hilos inflamado...
¡Ay, medroso mi espíritu vacila!
(Empieza a inflamarse la lámpara con un color rojizo y siniestro, con cuyo resplandor se colora todo el teatro.)
¡Acúdeme, valor!... Brotó la llama...
Ven mis pupilas a su luz apenas
los objetos... ¿Qué es esto?... ¿Quién derrama
el fuego de un volcán dentro mis venas?
Próximas a saltárseme las siento...
Me acosa el corazón abrasadora
de venganza la sed... y el pensamiento
me desgarra una idea asoladora.
(Don Pedro vuelve los ojos desesperado a todas partes. La sombra de don Enrique, materializando su idea recóndita, aparece en lo alto del torreón, bajando poco a poco hasta quedarse en frente de él.)
¡Enrique! Siempre Enrique... Siempre ese hombre
Dí: ¿Qué queréis de mí, bastardo infame?
¿Está escrito mi horóscopo en tu nombre?
¿Por qué me asaltas sin que yo te llame?
Ese puñal que abarcas con tu mano
¿lo guardas para mí?... ¡Cuán torvo, brilla!
¡Guárdale, por piedad, guárdale hermano!...
Mas no; mentí, bastardo de Castilla.
No le escondas: levántale; te aguardo.
Ven si te atreves a amagar mi seno,
y exprimiré en mis brazos ¡vil bastardo!
de tu ruin corazón todo el veneno.
¡Ven, ven! Yo soy don Pedro de Castilla,
y aunque infame y traidor venzas al cabo,

Yo nací tu señor y tú mi esclavo.
¿No lo oyes?... ¡De rodillas, miserable!
¿Te niegas?... Tu sardónica sonrisa (Sonríe.)
me mueve a compasión... y me precisa
a volverte esa risa abominable.
Mírame sonreir... Mírame y huye,
porque a la luz de mis ardientes ojos
tu ser se pulveriza y se destruye...
Ni rastro he de dejar de tus despojos.
Mas ¡ahí estás aún!... ¿Qué esperas, sombra,
sonriéndome siempre?... ¿Qué me quieres?
Tu sonrisa me irrita, no me asombra.
(Sonrisa convulsiva.)
Yo me río también de.., que me esperes.
Espera, sí, vasallo, espera, espera;
mas no, no; huye de mí, desaparece.
Tu sonrisa infernal me desespera;
tu mirada voraz me desvanece.
Huye: me das horror... huye al abismo.
No temo tu presencia; me fascina.
Te estoy viendo reir, y hago lo mismo;
pero esta risa cruel ¡ay! me asesina.
(Cae en la piedra sentado, y sigue con su risa convulsiva, hasta que, apagándose la lámpara, desaparece la sombra, y cae sin sentido.)

Don Pedro, El Capitán. Men Rodríguez en el torreón

CAP. Ya todos están rendidos.
¿Mas qué veo? Si un traidor
(Le toca.) (pira.
llegó hasta el rey?... No, res-
D. PED. ¿Quién eres? (Volviendo en sí.)
CAP. Señor, yo soy.
D. PED. ¿Se fué ya?
CAP. ¿Quién?
D. PED. Ese espectro;
ese ensueño aterrador.(tiendo?
CAP. ¿Quién, señor, que no os en-
D PED. ¡Ay de mí! Tampoco yo.
De esa lámpara maldita
me ha fascinado el fulgor,
y si no se apaga pronto
me asesina esa visión.
(Vuelve en sí del todo, y se levanta sobreponiéndose a su pavor.)
Mas ese francés, ¿qué dice?
CAP. Nada responde.
ROD. ¡El farol!
D. PED. Ea, Blas, ya luce al cabo
la estrella de salvación. (te
Salgamos de aquí cuanto an
CAP. Señor don Pedro, idos vos.
D. PED. ¡Qué! ¿Tú también me abando
(nas
CAP. ¡Yo abandonaros, señor!
Me quedo para vengaros.
D. PED. Capitán, tienes razón.
Si me venden...
CAP. Id tranquilo,
que de eso me encargo yo.
D. PED. Voy, pues, a apurar mi estre
(ll
sin fe, pero sin temor;
que lo que en suerte me falta
me sobra de corazón. (Vase.)
CAP. Ahora, o trono para él,
o tumba para los dos.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Campamento de don Enrique. En medio de las escena la tienda de Beltrán Duguesclín, sobre

Manni y otros caballeros franceses. Alrededor, y en lontananza, las otras tiendas del campamento. Amanece.

Vizconde, Beltrán de Claquín, Olivier de Manni

Miradlo, mosén Beltrán,
con detenimiento y calma,
que es feo acudir a engaños
con las manos en las armas.

Señor Vizconde, está hecho;
la noticia está ya dada
a don Enrique, y ofrece
doble de lo que él nos daba,
y son cuatrocientas mil
doblas de oro castellanas.

Eso bien vale, señores,
una traición diplomática,
que al cabo, si bien se mira,
está siendo necesaria.

Sí, por cierto; ese don Pedro,
¿qué puede esperar ya? Nada.
Cercado en ese castillo,
sin víveres y sin agua,
sus gentes a nuestro campo
pasándosele a bandadas,
olvidado de Inglaterra,
aborrecido de Francia
y odiado en su reino mismo.
no le queda otra esperanza
que entregarse; a esto ven-
(dría
a parar hoy o mañana.
Su hermano, mientras él viva,
el objeto de sus ansias
no ha de lograr, conque es cla-
(ro
que un día u otro le mata.
Y en tal caso...

Ciertamente
lo mismo es hoy que mañana.

Sí, pero el rey de Castilla
es sólo don Pedro.

¡Vaya!

¿Mas que le vale? ¡ya se ve!
ser legítimo en su raza,
ser heredero de nombre,
si el de la sangre bastarda,
más poderoso y más terco,
se le lleva la jornada? (tardo
Y en fin, no es malo un bas-
para lo que hoy es España,
que en tierra en que reinan
(moros
con un mal cristiano basta.
(Se ríen.)

Paréceme, caballeros,
que es esa risa insensata,
al menos intempestiva;
y por la cruz de mi espada
os juro que, más que a risa,
me mueve don Pedro a lástima.

OLIV. Paréceme, buen Vizconde,
que han sido vuestras palabras
sin tiempo en pro de don Pedro
muchísimo interesadas.

VIZ. Mis palabras son leales,
y aunque de opinión contraria
que las vuestras, no por eso
son menos libres ni francas.

BELT. Abreviemos de razones:
la cosa está adelantada
de tal modo, que ya fuera
imposible remediarla.
¿Qué nos importa a nosotros?
En esta guerra menguada
venimos por el partido
que nos compró nuestras lan-
(zas.
Como podemos servímosle,
y a traición o cara a cara (no;
siempre quien vence es el bue-
y con razón buena o mala,
si lo acabamos nosotros,
después de darnos las gracias,
con el dinero de entrambos
nos volveremos a Francia.

OLIV. Esa es la cuenta, señores.
Pero la noche se pasa,
y ese buen hombre no llega.

BELT. Ya empieza a rayar el alba.

OLIV. ¡Hola! Allá abajo distingo
dos sombras encapotadas.

BELT. El es.

OLIV. Sin duda; ¿a quién otro
dejaran paso las guardias?

VIZ. Pues yo me lavo las manos;
que os guarde Dios. (Vase.)

BELT. Con vos vaya.

OLIV. ¿Habéis visto?

BELT. Ya lo he visto,
pero eso a mí no me extraña;
pues aunque en Francia criado,
no hay un francés en su casta.

OLIV. Me lo figuré al oirle
que por Castilla abogaba.

El Rey don Pedro, embozado. Men Rodríguez de Sanabria. Beltrán de Claquín. Oliver de Manni

ROD. ¿Es don Beltrán?

BELT. Sí, yo soy.
¿Es don Pedro?

franceses, en vos solo espero,
y pronto a partir estoy.

BELT. Señor don Pedro, me pesa
por primera vez hablaros,
y haber de descontentaros.

D. PED. ¿Qué, negáis vuestra promesa?

BELT. No, señor; mas yo querría
a estas horas disponer
de más suerte y más poder
de lo que tengo en el día
para serviros mejor.

D. PED. Hablemos, señor francés,
claros: ¿vuestro intento es
ponerme a precio mayor?
Sea el que quiera, os prometo
que obtendréis cuanto pidáis
como a salvo me pongáis.

BELT. No es ese, señor, mi objeto,
que me estuviera muy mal
exigir un precio doble,
cuando anduvísteis tan noble,
tan franco y tan liberal.

D. PED. Entonces no hay para qué
pararse más en decir
si no vamos a partir,
que estoy impaciente a fé.

BELT. Señor, ¿es desconfianza
que tenéis en mí?

D. PED. Convengo,
caballero, en que no tengo
sino en Dios solo esperanza.
Mas de ello no os ofendáis,
porque es tan fatal mi estrella
que todo lo temo de ella.

BELT. Suplico que contengáis (to.
vuestra impaciencia un momen-

D. PED. ¡Vive Dios, señor francés,
que mi situación no es
para mucho sufrimiento!
Yo vine fiado en vos:
conque a dadme un guía fiel,
o yo me vuelvo a Montiel
a la voluntad de Dios.

BELT. Vuestra razón imagino:
mas aguardad un instante,
y el guía os pondré delante
que os enseñará el camino.

D. PED. Pues id, y que sea presto;
porque si mucho tardáis,
a encontrar os arriesgais
desocupado mi puesto.

Don Pedro, Men Rodriguez, guardias.

ROD Señor, vuestros intereses
mirad, y ved que en concien-
cia...

fiar en estos franceses.

ROD. Su mala opinión, señor,
no alcanza a Beltrán Claqu
que en todas partes al fin
ganó fama del mejor.
Le llaman el sin mancilla,
y goza grande importancia

D. PED. Todos son buenos en Fran
mas no los quiero en Casti
A tener otro remedio
no me fiara en ninguno;
mas place al hado importun
mi desamparo y mi tedio.
En cuanto puse la mano
el cielo me castigó;
destino el cielo me dió,
Men Rodriguez, ¡bien tiran
Sufrí todos sus reveses,
pero no puedo sufrir
que me obligue hoy a venir
a ampararme de franceses.
¡Oh! Nunca me imaginara
llegar otra vez a vellos
sino lidiando con ellos
sol a sol y cara a cara.
Mas nunca mi desventura
tan extremada creía
que a sus tiendas me traería
solo y en la noche obscura.
¡Ay! Cuando cuentas le pid
al tiempo que me ha tocado
en tiempo tan desdichado
quisiera no haber nacido.
Mas ya la aurora esclarece
mucho se detiene ese homb
y a pesar de su buen nombr
que nos vende me parece.
Si deja que el sol aclare...

ROD. No os dé cuidado por eso,
que de la selva en lo espes
metidos...

D. PED. ¡Dios nos ampare!
¿Cuál es la selva que dices?

ROD. Llaman selva vulgarmente
a esa espesura que enfrente
viendo estáis.

D. PED. ¡Ay, infelice
de nosotros!

ROD.. ¿Pues qué obje
halláis, señor, que os asomb
en esa selva?

D. PED. Su nombre
a mi horóscopo sujeto.
No esperemos a que vuelva.
Rodríguez: «cerca de Castro

(tro,
y otro dice que «en la selva.»
Mas, señor, ved que arriesga-
(mos...
ED. Todo ahora lo entiendo bien:
el Castro era don Guillén,
y esta la selva... ¡Ah, parta-
(mos!
(Van a salir y los guardias se lo impiden.)
¡Atrás!
ED. ¿Qué es esto, traidor?
De aquí no podéis salir.
¡Ah! Como buenos morir
en Montiel, era mejor.
ED. ¡Destino, no estás contento,
que aun el ultraje me espera
de morir como una fiera
acorralada entre ciento.
¡Morir decís!
FT Sí, morir.
Pues qué, ¿piensas, ¡vive Dios!
que he de ser yo de los dos
el que se halla de rendir?
No cabe en mí tal bajeza:
que aunque así Dios me aban-
no perderé la corona (dona,
sino al perder la cabeza.
¡Ira de Dios! ¿Esto a mí?
En una tienda encerrarme
para venir a matarme
como asesinos aquí?
¡Infames! ¿Tan ruin traición
con un Rey tan caballero?
Mas que vengan les espero
sin miedo en el corazón.
Que vengan esos villanos,
y vengan cuantos quisieren,
a presenciar cómo mueren
los leones castellanos.
(A los soldados.)
Señores, os lo rogamos (rra:
por cuanto hay santo en la tie-
dejadnos que en buena guerra
como quien somos muramos.
Dejadnos ir a Montiel,
y aunque sin fortuna, al me-
peleando como buenos (nos
acabaremos en él.
ED. (Con fiereza.)
Sanabria, aunque los reveses
de la suerte así me abaten,
dejadme vos que me maten
sin rogar a los franceses.
No quiero que piensen, no
que nunca los he temido·
y aún soy su enemigo yo,

Don Pedro, Men Rodríguez, Beltrán, don Enrique, etc.

D. ENR. ¿Adónde está ese judío
que llaman Rey?
D. PED. Aquí estoy.
(Dándose con la mano en el pecho.)
Yo soy don Pedro, yo soy
ese Rey con tanto brío.
¿Ni aun siquiera me conoces
cuando me haces tal ultraje?
Yo a tí sí; porque el coraje
me lo está diciendo a voces.
D. ENR. Jamás el rostro te he visto
porque me dabas horror.
D. PED. Porque te daba pavor
el mirarme ¡voto a Cristo!
D. ENR. Con mucha osadía vienes
donde a humillarte te obligan.
D. PED. Jamás lo haré a los que abri-
(gan
la sangre vil que tú tienes.
D. ENR. Ya diste al fin en mis manos,
excomulgado, perverso,
azote del universo,
verdugo de tus hermanos.
D. PED. Bastardo, ten esa lengua
que ni en palacio has nacido,
ni ser mi hermano ha podido
quien obra con tanta mengua.
D. ENR. La mengua es tuya y no mía,
pues por tus hechos atroces,
tu pueblo maldice a voces
tu execrable tiranía. (cía
D. PED. ¡Mi pueblo!... ¡Cuánta arrogan
tu infame traición te inspira!
¿Mi pueblo dices? ¡Mentira!
¡Tus mercenarios de Francia!
Sí, sí, vosotros, señores,
que al compararos conmigo
me teméis por enemigo
porque sois unos traidores.
Lo dicho, sí, no me arredro
¿por qué no osásteis ninguno
salir al campo uno a uno
a matar al rey don Pedro?
Porque lo sois ¡fementidos!
Si todas vuestras victorias
son como esta, vuestras glo-
son hazañas de bandidos. (rias
D. ENR. Tú eres el bandido, tú.
D. PED. Veamos quien de los dos...
(Yéndose para don Enrique.)
D. ENR. Tú, tú, maldito de Dios,
entregado a Belcebú.
(Se abrazan y luchan; los otros se

de la tienda—. Al caer, ciérrase la tienda y salen los caballeros.)

OLIV. ¿Cayeron entrambos?

BELT. Sí.

OLIV. Mas ¿por quién de ellos que- (dó?

BELT. Debajo Enrique cayó,
pero encima le volví.

ROD. ¿Y es esa, infame traidor,
de caballeros la ley?

BELT. Ni quito ni pongo rey,
pero ayudo a mi señor.

Sale don Enrique descompuesto y agitado con la daga en la mano

D. ENR. Al fin concluyó la guerra
concluyendo yo con él;
libré a Castilla en Montiel,
y eché un monstruo a la tierra.

BEL. Fatigado estais.

D. ENR. Sí a fe,
porque además de la lucha,
Beltrán, mi ansiedad fué mu-
cuando debajo me hallé. (cha

BEL. Lo ví...

D. ENR. Que os lo pague Dios;
(Le da la mano.)
que a tener daga en la mano
me da la muerte mi hermano.

BEL. En eso cumplí con vos.

D. ENR. No lo olvidaré jamás;
y para mejor probároslo
pródigo voy a pagároslo
de lo pactado además,
haciéndoos conde de Deza,
para que desde este instante
podáis cubriros delante
de mi trono y mi grandeza.

BEL. Hice sólo en ayudar
a mi señor, mi deber.

D. ENR. Mas lo pudisteis poner
en las manos del azar.
Y en fin, hoy es el gran día
de mi existencia, el primero
feliz, y el mejor que espero
en cuanto dure la mía.
Los que en favor de ese indigno
aún en Montiel estuvieren,
que salgan cuando quisieren;
seré con ellos benigno.
Ya no hay, Beltrán, para mi
rival que me ponga dique.
Mi pendón clavadlo aquí.
(Trae el pendón y lo clavan a la entrada de la tienda.)
¡Castilla por don Enrique!
(Se oyen los tambores y clarines

dose a lo lejos entre las voces petidas de
«¡Castilla por don Enrique!»

Dichos. El Capitán Blas Pérez, con una c... neta de caza colgada a la cintura.

CAP. ¿Quién es don Enrique?

D. ENR. Yo
¿Qué demanda? ¿Quién es...

CAP. El Capitán que en Montiel
el Rey don Pedro dejó.

D. ENR. Si viene a implorar perdón
o a rendirse a mi bandera,
libre es para ir donde quier...
con toda su guarnición.

CAP. El triunfo os ciega, señor.
No vengo a implorar perdon
sino a imponer condiciones
al soberbio vencedor.

D. ENR. ¡Vive Dios!

CAP. ¡Por vuestra vid...
No tan pronto os enojéis,
que es preciso que lloréis
el crimen de fratricida.

D. ENR. ¡Hola! Prendedle, llevadle.

CAP. Os tengo, Rey, bien sujeto
en las redes de un secreto,
y os importa adivinarle.

D. ENR. Vendrás a ofrecerme el oro
que habrá escondido mi h...
(ma...
mas todo el reino le gano
y es de su reino el tesoro.
¡Intentas comprarme, necio,
tu vida y lanza con él!
Sal sin temor de Montiel
que ambas a dos las despreci...

CAP. ¡Oh! No con tanta mancilla,
señor rey; guardad memoria
que de amargar vuestra glor...
hay quien pudiera en Castil...

D. ENR. La lengua torpe detén
y agradece mi paciencia,
porque es día de indulgenci...
Ea, vete.

CAP. (Acercándose a él.)
¿Y don Guillén?

D. ENR. ¿Guillén de Castro?

CAP. Ese,

D. ENR. ¿Dónde está, dónde?

CAP. Murió.

D. ENR. ¡Murió!

CAP. Sí; le maté yo.

D. ENR. ¿Y una bolsa?... (Con ansieda...

CAP. Está aquí.
Tomadla; ese pergamino
calmará vuestra impaciencia

D. Enr. (Lee.) «Don Enrique: vuestra hija, a quien yo mismo saqué de entre las llamas, y de cuya identidad existen documentos legales en el pueblo de la Rioja, donde fué hallada, es la que con el nombre de doña Inés ha vivido siempre conmigo.»
¡Oh, traedla a mi presencia!
Cap. Vuestra ansiedad adivino.
Pero ya os dije, señor, (nes,
que en vez de implorar perdo-
vine a imponer condiciones
al soberbio vencedor.
D. Enr. Pide, pues, lo que quisieres:
mi reino es tuyo: pedazos
hazle, mas tráela a mis brazos,
tráela y no me desesperes.
Dichoso día, por Dios,
es este que me da el cielo;
yo le pedía un consuelo
y el cielo me otorga dos.
Dos, señores: esa Inés
a quien busco, es hija mía,
hija por quien yo daría
cuanto hoy en mis manos es.
Fruto de un amor profundo,
ciego, idólatra, excesivo,
por cuyo recuerdo vivo,
por quien diera todo el mundo.
¡Oh! Figuraos, señores,
que entero le he recorrido
tras ese tallo escogido
del vergel de mis amores.
Figuraos que sin gloria,
proscripto, humillado, errante,
su idea ni un solo instante
se apartó de mi memoria.
El viento revuelto y vario
que agitó el mar de mi vida,
no osó con mano atrevida
a este fanal solitario.
Y en medio de mis azares,
sólo su luz casta y pura
alumbró mi desventura
y adormeció mis pesares.
Cap. También a mí me alumbró
con su antorcha ese fanal;
mas ¡cuán siniestro y fatal
ante mis ojos brilló!
Desatalentado y ciego,
con necio ardor le seguía,
seguro que a ser vendría
mariposa de su fuego.
D. Enr. ¡Oh, tú también la has amado!
Cap. Sí, con ciega idolatría,
y ella me correspondía
con amor bien desdichado.
A vos al menos, señor
os sirvió siempre de estrella,
mas yo he corrido tras ella
con inaudito furor.
D. Enr. ¿Qué dices, vil?
Cap. ¡Abre infierno
a mis pies un precipicio,
o admite mi sacrificio
en tu piedad, Dios eterno!
(Volviéndose a don Enrique de repente.)
¿Qué me darás por tu hija?
D. Enr. De todo cuanto poseo,
lo que cumpla a tu deseo,
lo que tu capricho elija.
Cap. Dame a don Pedro.
D. Enr. (Alzando las cortinas de la tienda.)
Ahí está.
Cap. ¿Muerto?
D. Enr. A mis pies.
Cap. Como a don Pedro me des
mi furor te la dará.
D. Enr. ¿Que estás ahí miserable,
diciendo, que me estremeces?
Cap. Te pago como mereces:
el fallo es irrevocable.
Don Enrique, ella por él;
él puso en mí su esperanza
y yo le juré venganza
cuando salió de Montiel.
D. Enr. ¿Quién eres, hombre infernal,
que en mi ventura mayor
te opones con tal furor
a mi carrera triunfal?
Cap. Una serpiente escondida
en mitad de tu camino;
soy la voz de tu destino
que te arrastra a fratricida.
Soy, don Enrique, un villano.
un infeliz jornalero,
que fuí noble y caballero
con su favor soberano;
y que, vasallo leal,
pago a mi Rey con usura,
cavando mi sepultura
de la suya por igual.
D. Enr. ¿Quién puso en tu corazón
ese pensamiento impío,
que aterra mi poderío
y amedrenta mi razón?
Esto es un sueño tenaz.
una horrible pesadilla.
Cap. No es sueño, Rey de Castilla,
es la horrible realidad.
Un pensamiento ocurrido
a mi intención vengadora.

represalia tan traidora
como su muerte lo ha sido.
Yo a Castro ese pergamino
arranqué con el objeto
de tener con tu secreto
en mis manos tu destino.
Don Enrique, ella por él;
no tenéis otra esperanza;
que así cumplo la venganza
que le he jurado en Montiel.

D. ENR. Quitadle de aquí al momento;
llevad a ese hombre, y que elija:
o que os entregue a mi hija,
o que expire en un tormento.

CAP. (Con ironía a los caballeros franceses que cercan a don Enrique.)
Sí, sí, llevadme, señores,
que al cabo es adelantar
por verdugos acabar
empezando por traidores.
¡Oh! No acariciéis la espada,
don Claquín, porque os lo llame,
que no lavaréis, infame,
el borrón de esta jornada.
Con vos hablo, don Beltrán,
que alcanzáis en vuestra tierra
gran renombre en paz y en guerra
de invencible Capitán.
Vos, sí, que vuestros trofeos
no habéis jamás empañado,
y en tal traición habéis dado
al pasar los Pirineos.
¡Oh! Tenderíais la vista
desde allí por la llanura,
diciendo al ver su hermosura:
«esta es tierra de conquista».
Diríais: «de todos modos,
nada aquí será mancilla,
que al fin es patria Castilla
de vándalos y de godos.
Aquí no lo han de tachar,
porque ese pueblo insensato
tomará sobre barato
lo que le queramos dar.
No hacen falta aquí decoros,
ni lealtad, ni nobleza;
cualquier traición es proeza
en esta tierra de moros.»
Mas olvidásteis, señores,
que en el pueblo castellano
nunca faltará un villano
para llamaros traidores.
Ahora llevadme al tormento:
allí el secreto que abrigo
morirá a un tiempo conmigo.

D. ENR. ¡Hombre fatal, un momento
aguarda! ¿Nada en la tierra
hay que por precioso o grande
ni te compre, ni te ablande
el corazón que le encierra?
El oro, la libertad...

CAP. Sólo el Rey don Pedro quería.

D. ENR. Diérate el alma primero.

CAP. Pues bien, entonces mirad.
¿Véis de aquel cerro en la loma
diez soldados?

D. ENR. Sí.

CAP. Pues son
diez hombres de mi facción.
¿Véis una mujer que asoma
entre ellos mal escondida
y en sus brazos desmayada?

D. ENR. Sí.

CAP. Pues esa desdichada
es esa Inés tan querida.

D. ENR. Id, caballeros, volad:
allí está... mi hija, señores;
libradla de esos traidores,
¡libradmela por piedad!

CAP. Sí, sí, volad, caballeros;
de allí no se moverán.
(A don Enrique.)
¿Mas qué creéis que hallarán
al llegar los más ligeros?

D. ENR. Tu calma feroz me aterra.
¿Qué hallarán hombre cruel?

CAP. Un crimen más en Montiel
y otro cadáver en tierra.
(Se aplica a los labios la corneta de caza y hace una señal, a cuyo sonido se vuelve a él don Enrique espantado: los soldados que tienen a doña Inés la matan.)

D. ENR. ¿Qué haces?

CAP. ¿Os ha estremecido
este sonido fatal?
Temblad, sí, que a esta señal
su cabeza habrá caído.
(Un momento de pausa: don Enrique se cubre el rostro con las manos. El capitán con desesperación.)
Reinad, don Enrique, sí;
pero sabed con horror
que yo asesiné a mi amor,
cuando con mi Rey cumplí.
Cuando a su sepulcro helado
baje a pedirle un asilo,
«dormid—le diré—tranquilo:
don Pedro, ya estáis vengado».
Vos, por tan fiera traición,
su corona os ceñiréis;
mas de espinas llevaréis
coronado el corazón.

FIN DEL DRAMA

La mejor razón, la espada

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

DON JOSÉ ZORRILLA

PERSONAJES

DON PEDRO DE PANTOJA, joven soldado.-DON DIEGO DE CAMBOA, mercader. - DON LOPE letrado, padre de DOÑA JUANA. - DOÑA ANGELA su prima. - GUIJARRO, gracioso, y criado de Pantoja.- LEONOR, criada de doña Juana. - UN ESCRIBANO. - UN AGUACIL. - ARJONA. - EL DUQUE DE ARCOS. La escena es en Sevilla.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de D. Lope. Puertas a izquierda y derecha. Reja en el fondo.

Leonor y Guijarro entrando.

GUI. ¿Estás sola?
LEO. Sí.
GUI. ¿No hay miedo?
LEO. No; mas despáchate aprisa
no vuelva el amo de misa
y nos coja en el enredo.
GUI. ¿Y tu ama?
LEO. En su cuarto esta,
llorando su desventura.
GUI. ¿Pues qué nuevo mal la apura?
LEO. Que ha dado a don Lope ya
el duque de Arcos licencia
para poder desde luego
desposarla con don Diego.
GUI. ¡Qué dices! Eso es demencia.
LEO. La purísima verdad
es lo que digo a fé mía.
GUI. Pásela por tal tu tía,

que para mi es necedad
¿Mas no la podremos ver?

LEO. Es imposible, que siento
que de uno en otro momento
debe su padre volver.
Y es fuerza que esta mañana
se lo advierta a tu señor.

GUI. Pues ten por cierto, Leonor,
que te echa por la ventana:
porque Pantoja, mi dueño,
como sabes, es un hombre
del demonio, y dánle el nombre
de Satanás el pequeño;
y no le dijera yo
eso que me dices tú
por la plata del Perú.

LEO. ¡Lindo mandria! ¿Y por qué no?
Yo tengo cierto papel
que le escribe doña Juana.

GUI. Hablaras para mañana;
si lo tienes, dígalo él.
(Le da un papel.)

LEO. Y a mí también me han trato,
Guijarro, otro casamiento.

GUI. Siempre estimaré tu aumento.
¿Es de don Diego el criado?

LEO. Ese mismo; pero yo
solo a mi Guijarro quiero,
y con él casarme espero.

GUI. Con la frente ¿por qué no?
¿Yo casarme? ¿Estás en tí?

LEO. ¿Pues no te vendrá muy ancho?

GUI. Pues por eso no me ensancho;
no es lo ancho para mí.

LEO. Pues dí, pícaro, bribón,
¿por qué casarte no quieres?

GUI. Porque todas las mujeres
tenéis mal de corazón.

LEO. No se entiende eso conmigo,
que soy doncella y honrada.

GUI. Si fueras como mi espada,
que no la ha entrado enemigo,
fuera gran merced de Dios.

LEO. Fuera de las once mil,
no hay doncella más gentil,

GUI. Eso veremos los dos,
cuando yo, si pierdo el juicio.
cometa el tremendo error
de admitirte, Leonor.

LEO. Parece que hablas de vicio,
mas por vida de mi madre...

GUI. (Interrumpiéndola.)
Fué ella una santa mujer.

LEO. Que te tengo de poner...

GUI. ¿Como ella puso a tu padre?

LEO. En la espina de la zarza

GUI. Si es parrilla, ya lo creo,

LEO. ¿Te remontas, don Poleo?

GUI. No remonto, doña Garza.

LEO. Quédate para quien eres.

GUI. Quédome para quien soy.

LEO. Yo me voy para quien voy,

GUI. Vete para quien quisieres.

LEO. En mi vida te he de hablar.

GUI. En mi vida te hablaré.

LEO. Con el tiempo te pondré...

GUI. De modo que pueda arar.

LEO. No, sino que digas tú...

GUI. Que soy manso por demás

LEO. Quédate con Barrabás.

GUI. Márchate con Belcebú.

Guijarro. Después D. Pedro Pantoja

GUI. Ya te volverás a mí,
que tus despiques entiendo
pero vámonos corriendo,
no me atrape el viejo aquí

PED. Guijarro, ¿con quién hablabas?
¿Quién contigo estaba, dí?

GUI. Ese responda por mí,
(Dale el papel
que como guardando estabas
mi espalda, dejar no quise
el negocio a lo mejor.

PED. ¿Te dió este papel Leonor?

GUI. Que doña Juana te avise
cosas de gusto quisiera.

PED. Novedad debe de haber;
voy el papel a leer.

GUI. ¿No será mejor afuera?

PED. ¡Eh! (Con desprecio y leyendo luego
(Lee.)
«Dueño mío: Mi padre quiere casarme con don Diego. Tengo, pues, por acertado, que me pidas por esposa para que yo pueda declararme: esto consiste en la brevedad, y de tu resolución me harás partícipe esta noche por la reja. Dios te guarde.»
Dí, infame, ¿no pudieras
llamarme cuando Leonor
te dió este papel?

GUI. Señor,
no hagamos las burlas veras.
Sin levantar testimonio
a esa pícara, lo hacía
con tal prisa, que tenía
una vuelta del demonio.

PED. Algo la dirías tú,
que te conozco, bribón.

GUI. En dándote un apretón,
lo dás todo a Belcebú.

Salgamos de aquí de prisa,
señor, toma mi consejo,
que nos va a atrapar el viejo.
PED. ¿Dónde esta don Lope?
GUI. En misa.
PED. No, sin ver a doña Juana
no me voy, viven los cielos,
que esa carta me dió celos.
GUI. Esta noche en la ventana,
podrás arreglarlo todo.
PED. ¡Con don Diego ha de casar!
No, que yo lo he de estorbar.
GUI. ¿Y cómo?
PED. De cualquier modo.
GUI. Yo no le encuentro, señor.
PED. Yo sí: aguardándole a entradas
de una calle, y a estocadas
matándole.
GUI. Es lo mejor.
Mas si quisieras consejo
tomar de un amigo...
PED. Di.
GUI. Yo me quedaría aquí
y se la pidiera al viejo:
que pues dice doña Juana
que la pidas por esposa,
será diligencia honrosa.
PED. Será diligencia vana,
pero lo haré, y si me niega
lo que promete a don Diego...
GUI. Le sacas de casa luego,
y pues que el amor os ciega,
vais a que os dé testimonio
un cura, de lo de Dios,
y al punto cerrais los dos
con el santo matrimonio.
PEH. Tu consejo he de tomar.
GUI. Valgo para consejero
un potosí de dinero.
¿Y en qué me lo has de pagar?
PED. En diez palos al contado,
librados en la alameda.
GUI. Guarda, señor, tu moneda,
que no estoy necesitado.

Dichos y Leonor.

LEO. Qué veo, ¿aún estás aqui?
¿y con tu amo? Idos por Dios
que os va a encontrar a los dos,
don Lope.
PED. Que sea así
deseo yo.
LEO. ¿Para qué?
PED. Para decirle aquí hoy
que a su hija en quitarle estoy
como él no me la dé.

LEO. Todo eso está bien, señor;
mas si os ve dentro su casa
va a dudar, por lo que pasa
de su hija en el honor.
Va a creer que os llamó ella mis-
que os habló y aconsejó, [ma.
y os va a contestar que no.
GUI. Y se va a armar aquí un cisma
que ni el del Calvo.
LEO. Mirad;
tomad ahora las escaleras
y andad a esperarle afuera,
y cuando él entre, llamad.
De este modo se consigue
que vos hagais la desecha,
y que don Lope sospecha
contra nosotros no abrigue.
PED. Dices bien.
GUI. Tiene razón:
es un lince esta mujer.
PED. Vamos, pues, para volver.
GUI. (A Leonor.) Sabes más que Salo-
[món.

Leonor. Después doña Juana.

LEO. Gracias a Dios los eché;
creí que no se rendían,
y ya en brasas me tenían,
que salen de la Mercé
(Mirando por la reja.)
los de la misa de doce.
JUA. Leonor, ¿quién estaba aquí?
LEO. Vuestro Pantoja.
JUA. ¿Era él?
LEO. Sí.
JUA. ¿No avisaste?
LEO. Se conoce
lo que os ciega vuestro amor;
aprisa le hice salir.
que sentía ya venir
por la calle a mi señor.
JUA. ¿Y el papel?
LEO. Se le entregué
para el amo a su criado.
JUA. ¡Ay, Leonor, cómo he quedado
después que mi padre fué
con don Diego mi enemigo!
pues mi enemigo ha de ser
quien me procura ofender.
LEO. De tu padre es tan amigo,
que en él se puede esperar
un marido a letra vista.
JUA. En vano el alma conquista
quien no la puede agradar.
Leonor, Pantoja ha de ser
solo mi esposo en el mundo.

Leo. ¿Tu amor será tan profundo?
Jua. Todo lo vence el querer.
Leo. Tenéis razón, doña Juana,
más vale, como Pantoja,
pobre que a mucho se arroja,
que rico de alma villana.
Todo es mascar matrimonios
a la vista de la damá
el don Diego, y de la fama,
despreciando testimonios
como le den los dineros
que tenéis, no piensa avaro
en que os comprara bien caro,
a ser ellos verdaderos.
Mas la prima Angela viene:
disimulemos, señora.

Doña, Juana, Angela, Leonor.

Jua. Hola, Angela, ¿se acabó
la misa ya?
Ang. Sí.
Jua. Fué corta.
Ang. No fué muy larga.
Jua. ¿Y mi padre?
Ang. Con don Diego por esotra
puerta del jardín entró
en el escritorio ahora.
Jua. (Ya vienen mis enemigos
a atormentar mi memoria.)
Jua. ¿Puedo darte el parabién?
Jua. ¿De qué, prima?
Ang. De que gozas
en vísperas de tratado
la certeza de ser novia.
Tu padre, según entiendo,
con don Diego de Gamboa,
ese noble caballero
que te pide por esposa,
quiere confirmar las paces,
con él casándote.
Jua. Cosas
son estas que todavía
aunque se dicen, se ignoran.
Ang. ¿Pues hay a la voluntad
de don Lope quien se oponga?
Jua. Quien se oponga, Angela, no,
que soy humilde de sobra
para oponerme a mi padre;
mas oirá de mi boca
las razones que me asisten,
y las causas que lo estorban.
Ang. Eso es hablar demasiado,
prima; y a fe que me asombra
el verte tan atrevida
en palabras tan impropias [do
de hija que tan honrada ha naci-
y que de humilde blasona.
Jua. Angela, ya basta de eso;
que esa plática enfadosa
que me diriges a fuer
de mi dueña o preceptora.
tu corazón me descubre,
y la esperanza recóndita
que dentro de él alimentas
aunque lo ocultas, traidora.
Ang. ¿Yo esperanza? Tú deliras,
prima Juana, tú estás loca.
Jua. ¡Loca! ¿Pues qué haces de noche
cuando en tu aposento a solas
ni cierras bien tu ventana,
ni apagas la mariposa?
Ang. Aderezo mis labores,
y oraciones piadosas,
rezo antes de darme al sueño
como cristiana devota.
Jua. ¿Y escapulario no tienes
ni imágenes en tu alcoba,
que el cielo ver necesitas
por las rejas? ¿o es que oras
ante la faz de la luna,
y a las estrellas te postras
como dicen que lo hacen
los sectarios de Mahoma?
Ang. ¿Prima, qué dices?
Jua. Escúchame,
prima Angela, que nosotras
las mujeres ya nacemos
entendiendo de estas cosas.
Tú acechas desde tu reja
todas las noches la hora
en que a hablarme por la mía
viene mi galán Pantoja.
Ang. Yo acechar... ¿y para qué?
Jua. Eso es lo que me acomoda
preguntarte: ¿es que lo haces
de atrevida o de envidiosa.
Ang. ¡Yo de envidia!
Jua. Ya te entiendo,
prima Angela; tú le adoras
en silencio, y nos escuchas
de sentida o de celosa.
Ang. Pues bien, es cierto; os escucho
desde mi ventana propia,
mas como muro a su audacia
y de tu honor defensora.
Jua. Guardad, prima, tu defensa
para otra ocasión más próspera,
que bien mi honor se defiende
de quien a mi honor no osa.
Ang. Don Pedro es un libertino.
Jua. En lenguas murmuradoras
Ang. Es un galán de costumbre
y galanteador de todas.

JUA. Porque no quiso a ninguna
de las que obsequió hasta ahora.
ANG. Porque todas le evitaron
por su audacia licenciosa.
JUA. Porque darían camino
para su licencia todas.
ANG. Tú sola eres pues la santa.
JUA. No, la honrada soy yo sola,
y en la que honor ven los hombres
no atentar nunca a su honra.
AMG. Contigo solo es cortés
quien fué osado con las otras.
JUA. Yo con decoro le escucho,
y él con decoro me adora.
Que nadie quiere perder
la buena opinión que goza,
y quien honor ve en su dama
con honor siempre se porta.
ANG. Muy filosófica estás.
JUA. Y tú en extremo celosa.
Y en fin, ya ves y ya sabes,
ya te he dicho y ya te consta
que adoro, que estimo y quiero
a don Pedro de Pantoja.
Ya ves que él me quiere a mí
con pasión íntima y honda:
y si mi padre se empeña
en que la mano de esposa
le dé a su amigo don Diego,
resuelta, aunque respetuosa
le dire: Padre, yo le amo;
o él o nadie.
ANG. Y sin demora
te contestará don Lope,
pues o de don Diego, o monja.
JUA. Y me encerraré en el claustro
con su amor y su memoria. (Vase.)

Doña Angela, Leonor.

ANG. ¡Cuán verdadero es su amor!
LEO. En verdad que lo es, señora,
como es de clara su lengua
y la razón que la abona.
ANG. ¿Tú también? Tú la haces capa
de su amor, encubridora.
Pero yo haré que don Lope
pronto en la calle te ponga.
LEO. ¿Vos haréis tal? ¡Vaya'en gracia!
¿A que el refrán corrobora
de que te echará de casa
quien vendrá de fuera?
ANG. ¡Hola!
deslenguada, ¡me replicas!
LEO. Señora primita, oiga.
Vos a don Pedro queréis,
y él a vuestra prima adora:
yo llevo y traigo sus citas
y sus cartas amorosas;
más pues vois sois forastera
y ella está en su casa propia.
ni quito ni pongo reina
cuando ayudo a mi señora.

Doña Angela.

Amar sin ser de amor correspondida.
y a quien amo mirar que a otra ena- (mora
pena es del corazón mal resistida,
pena que crece cuanto en él más mora.
Más mi esperanza aun no está perdida,
yo seguiré su luz consoladora
hasta su fin y arrostraré mi suerte,
que todo es vida hasta llegar la muerte.
Pero don Diego y mi tío
vienen aquí: de ambos huyo. (Vase).

Don Lope, Don Diego.

LOP. Mi honor desde hoy es suyo,
su honor desde hoy será mío.
DIE. Mi persona, hacienda y vida
hoy a vuestros pies ofrezco,
pues tanta dicha merezco.
LOP. Esta es cosa concluída;
vuestra sangre de hoy, don Die- (go,
será blasón de la mía,
pues reuno en este día
mi interés con mi sosiego
Leonor. (Llamando.)

Dichos. Leonor.

LOP. Di a doña Juana
que la llamo.
LEO. (Aparte.) ¡Oh letra vista:
quién te perdiera la pista
por la estafeta mañana. (Vase.)

Dichos. Don Diego.

LOP. Esta noche la hablaréis
para hacer las escrituras.
DIE. Serán mis dichas seguras
pues tal fineza me haceis.

Dichos. Leonor.

LEO. Un tal don Pedro Pantoja
si le concedéis licencia
me ha dicho que quiere hablaros
LOP. Mejor, habladora, hicieras

en negar que estaba en casa;
más dile que entre.

(Leonor va a buscar a D. Pedro y vuelve con él.)

Don Lope. Don Diego. Don Pedro Pantoja. Leonor.

PED. Sintiera
que mi vista os enojara.
DIE. Si es secreto, iréme fuera.
PED. Antes me habeis de servir.
por vuestra mucha nobleza
de padrino con don Lope.
DIE. En cuanto serviros pueda
podeis disponer de mí.
PED. Señor don Lope, la fuerza
o la obligación de honrado
es en mi segunda estrella.
Yo soy don Pedro Pantoja,
dejo aparte la nobleza
de mi sangre, pues la gozo
por mi antigua descendencia
como lo dice la fama.
No tengo ninguna renta,
pero tengo un alma noble,
que fué la mayor riqueza
que heredé de mis pasados.
Tomar estado quisiera
por domar la juventud
de mi espíritu, que llega
por su altivo natural
a ser de naturaleza
sino aliento de la luz
escándalo de la tierra.
Por esta causa, señor,
conociendo la nobleza
de vuestra casa, os suplico
sin retórica elocuencia
que me otorgueis por esposa
a la sin par en belleza
doña Júana, si es que puede
mi calidad merecerla.
LOP. Y a fé que no es de pedirla.
muy retórica manera.
PED. Perdonad mi atrevimiento,
que como dejé las letras
y me precio de soldado
os hablé de esta manera.
LOP. Señor don Pedro Pantoja,
holgárame muy de veras
que me hubiérais dado parte
antes de ahora.
LEO. (Al paño.) Aquí es ella.
LOP. El señor don Diego y yo
hablamos en la materia
diversas veces, y quiso
el que todo lo gobierna
que yo le diese mi hija
por mujer; y sólo resta
el hacer las escrituras
para que su esposa sea.
PED. Como vos, don Diego, es llano
que estais enseñado a ser
caballero mercader,
quereis ganar por la mano·
mas esta joya que espero
obtener yo, vive Dios
que no es joya para vos
aunque deis el mundo entero
Que como vuestros pasados
labraron piedras, errantes,
entendéis que estos diamantes
se ablandan con los ducados.
DIE. Eso es decirme ¡voto a!...
Judío.
PED. Como gustéis:
y pues así lo entendéis
lo dicho, dicho se está.
Las joyas para comprarlas
como cumple a vuestras prendas
allá en las públicas tiendas
os pertenece buscarlas:
Mujer de venta no os falte,
pues vuestro oficio lo apoya,
que no merece esta joya
que vuestra sangre la esmalte.
DIE. Que la poca cortesía
hable con tanto descoco,
no me espanto, porque un loco
es necio de fantasía.
No me podéis ofender
con oprobio ni deshonra,
porque siempre habla sin honr
quien no tiene que perder.
No agravia vuestro concepto
a mi nacimiento honrado,
porque un villano enojado
a nadie guardó respeto.
Y esta joya, de los dos
a la par apetecida,
aunque es joya muy lucida
la merezco más que vos.
PED. Menos palabra y más obra:
y pues tan nobles mujeres
no son para mercaderes,
cuanto se añada nos sobra.
Salgamos ambos afuera
si a ello el mercader se arroja,
y verá quién es Pantoja.
DIE. ¿Salir con vos? necio fuera,
cuando en salir me desdoro
con tan pobre caballero...
PED. Pues bien, tomad en acero

lo que me pedís en oro.
(Dale un cintarazo.)

DIE. ¡Vive Dios que he de lavar
con tu vida tal ultraje!

LOP. Caballeros, en mi casa...

DIE. Hombres como yo no nacen
con menos obligaciones.

PED. Pues defiéndete si sabes.

(Don Pedro mete a don Diego a cuchilladas. Don Lope quiere seguirlos, y doña Angela y Leonor, que salen, lo detienen. Ruido de armas dentro.)

Don Lope. Doña Angela. Leonor.

ANG. A tu edad no te conviene
seguirlos.

LOP. Terrible lance:
¡en mi casa tal deshonra!

ANG. Ellos están ya en la calle,
y el tumulto de la gente
los ha dividido.

LOP. Acabe
la vida con el dolor,
pues el cielo quiso darme
cuando más gusto tenía
este pesar a mi sangre,
a mis canas este oprobio
y esta mancha a mi linaje.

ANG. Mirad lo que hacéis, señor.

LEO. Señor, no salgáis.

LOP. Dejadme,
que siempre el vulgo se inclina
como bárbaro inconstante
a sentir infamemente
de los pechos más leales. (Vase.)

Doña Angela. Leonor. Doña Juana.

JUA. ¿Qué ruido es éste? ¿qué pasa?

LEO. Con lindo descuido sales.
Don Diego como un león
bajó rodando a la calle;
y Pantoja como un tigre
se lo llevó por delante
tirándole lo que llaman
estocadas de buen aire.

JUA. ¡Dios mío!

LEO. Pero no temas,
que ya les metieron paces,
y dividióles la gente
a cada cual por su parte.

ANG. Bien escusados tuvieras,
prima Juana, estos desastres,
que al vulgo dan que decir
y que sentir a tu padre, (Vase.)

Doña Juana. Leonor.

LEO. Esta prima lleva mosca.

JUA. Recelo que ha de causarme
más disgustos con sus celos,
que don Diego en empeñarse
en lograrme por esposa.

LEO. Por mucho que ambos se afanen,
a la luna de Valencia
tendrán los dos que quedarse.

JUA. Esa prima...

LEO. Nò es tercera,
más ella caerá en el lance
tapándola yo los ojos.

JUA. ¿Qué haremos?

CEO. Empandillarles
la vista al viejo y la prima,
y cuando el gallo cantare
media noche era por filo
y lo demás del romance.

JUA. Más ¿si no vive Pantoja?
¿Si mal de la riña sale?

LEO. No temas: para un soldado
un mercader poco vale.

JUA. Ay, no lo sé.

Dichas. Guijarro. A la reja.

GUI. Cé, señoras.

CEO. Ya está aquí quien nos lo trae.

JUA. ¿Quién es? ¿Leonor?

LEO. El criado
de Pantoja.

JUA. ¿Dó está? ¿qué hace
tu amo a estas horas? ¿salió
con fortuna de aquel lance?

GUI. Con ayuda de mis puños
siempre con fortuna sale:
los dos en tres manotadas
convertimos una calle
en estrecho cementerio
de cincuenta y dos cadábres.

LEO. ¡Jesús, con cincuenta y dos
concluistéis!

GUI. Y aun es fácil
que equivoque algún guarismo
por la prisa en rebanarles.
Zis, zás, zis, a este y al otro,
en poquísimos instantes
quedó el campo por Pantoja
en cuanto que salí a ayudarle.

LEO. Vamos al caso, Guijarro,
y déjate de dislates:
¿vendrá tu amo esta noche?

GUI. Eso vengo de su parte
a decirles, que le esperen.

JUA. Así será: más mi padre

vuelve. Entrémonos, Leonor.
Que no nos vea, y tú márchate.
LEO. Adios, Guijarro.
GUI. Adios, peña.
LEO. Ojalá el tiempo te ablande.
ya estoy yo de mantequilla
cómo te ablandas mirándote.
LEO. Pues pelillos a la mar.
GUI. Pues con todo al Santo Padre.
LEO. Adios.
GUI. Adios.
LEO. Hasta luego.
GUI. Dios con bien de tí me saque.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Patio de una casa grande que se supone formar ángulo a dos calles. En el fondo puerta que da a la una. A la derecha otra que da a la calle inmediata. A la izquierda la puerta interior de la casa y una reja de las habitaciones.—Es de noche.

Don Diego. Arjona, asomando a la puerta del fondo sin pasar el dintel.

ARJ. ¿Esta es la casa?
DIE Esta es,
y aquí ese hombre ha de venir.
ARJ. Aquí pues ha de morir.
DIE. Si se resiste, sea pues.
Mas tu obligación primera
es detenerle hasta el punto
que yo llegue.
ARJ. Yo barrunto
que es mejor de otra manera.
DIE. ¿Cómo?
ARJ. Esperándole yo
en esa calle cruzada,
y dándole una estocada
segura.
DIE. Arjona, eso no.
Por él me desprecia a mí
y es preciso que le tope
en la casa de don Lope
la justicia, y vea así
esa ingrata doña Juana
por lo que muere Pantoja,
y quién a darle se arroja
una muerte tan tirana.
ARJ. Como gustéis: menos cuesta
detenerle que matarle.
DIE. Yo con mi gente a atacarle
vendré por la calle opuesta.
Si ésta le impides tomar
(La del fondo.)
defendiéndola con brío,
no dudes que el garbo mío
te lo ha de recompensar.
ARJ. ¿Será pués?
DIE Doble la paga
si le detienes aquí
hasta que me toque a mí.
ARJ. Su merced se satisfaga;
señor don Diego, se hará
como a usarced se le antoja,
y aquí esta noche a Pantoja

detenido encontrará

DIE. Mira que es hombre pujante.

ARJ. A nadie en el mundo temo.

DIE. Me han ponderado el extremo
de tu valor arrogante,
y por eso te escogí
entre toda la cuadrilla.

ARJ. Don Diego, no hay en Sevilla
quien me ponga miedo a mí.
Ni hay bravo que se me iguale,
ni galán que se me huya,
ni lance que no concluya
a gusto de quien lo vale,
como yo en él me entrometa
y el precio vaya al contado.

DIE. ¿El precio te dá cuidado?

ARJ. No, basta que acé prometa.
Que los que cual vos por modos
varios, sin riesgo en su honor
acuden a mi valor,
pagan, y Cristo con todos.

DIE. Ea, pues, en tí me fío,
Arjona.

ARJ. Fiar podéis.

DIE. ¿Le hallaré aquí?

ARJ. Le hallaréis,
vivo o muerto, al lado mío.

DIE. Pues adios.

ARJ. Idos en paz.

Arjona.

¡Tanto afán para un solo hombre
¡aunque fuera, por mi nombre,
algún tigre montaraz!
Más el tal Pantoja dicen
que hombre es que por todo
[arranca,
y que dejó en Salamanca
memorias que le eternicen.
¡Ponderaciones serviles!
serán del vulgo villano!
zurraría a un aldeano
o una ronda de alguaciles,
y de ahí le vino la fama.
Mas alguien llega, me aparto.
(Se oculta.)

Arjona, oculto. Guijarro.

GUI. No tienen luz en su cuarto
la doncella ni la dama.
¡Qué diablos sucederá!
Las calles están desiertas
y aún tienen así las puertas...
Ay, Guijarro, malo va.
¡Y a mi amo que se le antoja
que avise yo su venida
para que esté prevenida!
¡Válgate Dios por Pantoja!
(Andando a tientas.)
¿Quién ve aquí sin ser mochuelo?
¡Qué oscuridad, San Cirilo!
Ay, tengo el alma en un hilo
y me ahorcarán con un pelo.
¿Y a quién daré yo el recado
de mi amo?... a nadie veo,
y me atrapan si voceo.

ARJ. (Aparte.) ¿Qué querrá aqui este
[embozado?

GUI. ¡Hola, allí abren una reja!

Guijarro. Leonor, en la reja. Arjona oculto.

LEO. Si doblaran por aquí
para avisarle... ¡ay de mí!
la claridad que refleja
de este cuarto la bujía
descubre un bulto allí lejos.

GUI. De la luz con los reflejos. .
(Mirándola.)
¡Es ella!

LEO. ¡Por vida mía!
es Guijarro.

GUI. ¡Bueno es eso!
¿En tal hora y tal lugar
¿quien aquí pudiera estar
sino un guijarro o un queso?

LEO. ¿Qué, tienes frío?

GUI. ¡No es cosa,
y está helando! pues me gusta.

LEO. Habla bajo.

GUI. ¿Qué te asusta

LEO. Que anda al robo la raposa,

GUI. ¿La primita?

LEO. Y el golilla.

GUI. ¡Guarda, Pablo!

LEO. Porque hablarnos
no pudiérais ni encontrarnos
una cosa muy sencilla
discurrió.

GUI. ¿Cual?

LEO. El mandar.
que en este cuarto durmiéramos,
y que la calle no viéramos.
por do pudiérais rondar.

GUI. Pues discurrió como un pavo
si el patio abierto dejó.

LEO. Mandé al jardinero yo
que le abriera.

GUI. Eso es más bravo.

LEO. ¿Y tu amo?

GUI. Que os avisara
de que iba a venir me dijo.

LEO. Pues que no se ande proijo,
porque tal vez le pesara.
GUI. ¿Por qué?
LEO. Porque anda don Lope
empeñando a doña Juana
en que se case mañana,
y ojalá tu amo no tope
al novio que anda muy ancho
buscando trazas sutiles
con matones y alguaciles,
y más bravo que don Sancho.
Con que a perder la ocasión
de esta noche, yo presiento
que va la niña a un convento.
(Asoma Arjona)
Más oye, junto al portón
veo un bulto.
GUI. Dios me valga.
LEO. (Cierra la ventana).
Corre a avisar a don Pedro.

Guijarro. Arjona.

GUI. Pues de lance en lance medro
si se antoja en que no salga.
Tomo por estotra calle,
y si allí me llego a ver
no paro yo de correr
hasta que en salvo me halle.
ARJ. (Saliendo).
Hola, Hidalgo, ¿donde va?
GUI. A buscar una comadre,
que está mi mujer de parto.
ARJ. ¿Tan apretado es el lance?
que a Leonor acudía?
GUI. (Vamos, todo este lo sabe.)
La verdad, ya que he tenido
el honor que me escuchase
vuesa merced...
ARJ. Bah, silencio,
y aquí hacia mi lado apártese
hasta que llegue don Pedro.
GUI. ¿Para que mejor me agarre
cuando a su lado me tenga?
ARJ. Vive Dios que si no lo hace
le voy a moler a palos.
GUI. Eso si yo me dejare
ARJ. ¿Qué haréis vos?
GUI. Ya lo veríamos.
ARJ. Ea pues, la espada saque.
GUI. No, que es doncella, y por mi
jamás ha de entrarla nadie.
ARJ. Ea, desnúdela y venga,
GUI. La puede hacer daño el aire.
AR. Venga, o por Dios que de un [taio
GUI. (Ah jah. ya de la otra calle.
di con la puerta). Dios quede
con él, y mire compadre,
que aunque ahora voy muy de- [prisa.
mañana sin me que falte
le emplazo y le desafío
para reñir en el valle.
ARJ. ¿Qué valle?
GUI. El de Josafá,
a las cinco de la tarde. (Vase)

Arjona.

¡Pardiez! burlóme el truán;
más fuerza es que le alcance
o sepa si a su amo avisa:
(Llegando a la puerta.)
y echó a la puerta el escape.
Voto a... mas ya lo encontré.
¡Ay de él como le atrape! (Vase.)

Don Pedro. Guijarro, por la otra puerta.

GUI. Señor, no entres, que aquí están.
PED. ¿Quién?
GUI. De don Diego criados.
PED. Tus pensamientos menguados
pavura do quier te dan.
GUI. Señor, que echaron tras mí
por ese recodo estrecho.
PED. ¿Si yo te hallé a poco trecho,
cómo ha de ser ello así?
GUI. Porque al revolver la esquina
te topé.
PED. Pues ya lo ves,
no hay nadie.
GUI. Pues eran tres.
PED. Tú sí que eres un gallina.
GUI. Sí, y armé aquí una pendencia
como tú nunca la viste.
PED. Y tú reñiste o huiste?
GUI. Juro sobre mi conciencia,
que es conciencia de Guijarro,
que a un criado de don Diego
que sobre mí de ira ciego
se venía el muy zamarro,
con gran calma le esperé
y le dí tal cuchillada,
seguida de una estocada
y un tajo que le tiré,
que a no poner con malicia
larga distancia por medio,
le rebano sin remedio
como a un nabo de Galicia.
Mas desafiado va,
como lo dirá esa calle,
para el celebrado valle,

PED. ¿Qué valle?
GUI. El de Josafá
PED. Ea, acabemos por Dios:
¿en dónde nos encontramos?
GUI. En el patio nos hallamos
de doña Juana los dos.
PED. Oscura noche, Guijarro.
GUI. Y entre sus negros tapices
voy a perder las narices
de trompicón o catarro.
PED. Ten buen ánimo, que luego
volvemos a la posada.
GUI. Esa decisión me agrada,
mas si viene antes don Diego
con veinte o treinta criados,
qué haremos por esa dama?
PED. Ganar de valiente fama
muriendo aquí como honrados.
GUI. Hablas como buen soldado;
mas esa fama y honor
es buena para el señor.
pero no para el criado.
PED. Hombre como tú no tarda
en la guarda del valor.
GUI. La mejor guarda, señor,
es el Angel de la Guarda.
Encomiéndate a su brazo,
que el mío, como lo has visto,
es flaco.
PED. ¡Por Jesucristo!
Llegó de tu muerte el plazo
si andando en mi compañía
te acreditas de cobarde.
GUI. Mi espada llega muy tarde
de noche, mas no de día;
déjalo para mañana
y verás si tengo brío,
que de noche me da frío
como al león la cuartana.
Basta, señor, la pendencia
que en esta calle tuvistes.
PED. Que este es un patio dijistes,
y esta es la hora; prudencia,
pues será a la reja ir.
GUI. De no ir, mi consejo toma,
porque a ella no han de salir.
PED. ¿Por qué?
GUI. Porque hoy el golilla
las guardó en otro aposento
para quitarte de intento
la ronda de la chiquilla.
PED. Mas veo luz y sospecho...
GUI. (Que a palos me han de matar.)
PED. Que en esa reja han de estar.
GUI. ¡Eh, el galán se va derecho!
PED. Llega con voz disfrazada
como sueles llegar tú.
GUI. La voz tengo de esa ú.
PED. Gallina, todo te enfada,
¡y voto al... que si me enojo...
GUI. Quedo, señor, ya consiento
PED. Cien palos en tus espaldas,
que fuera lo mejor hecho.
GUI. De partida los tomara
mejor que mirarme en esto.
PED. Mas calla, y tente, Guijarro,
que ruido en la reja siento;
guarda esa calle, y avísame
si vienen.
GUI. Renuncio el puesto,
porque como son dos calles
y dos caminos diversos
no puedo atender a dos.
PED. Pues ponte en la esquina, necio,
y está atento a las dos calles
si no quieres que los huesos
te rompa esta noche yo
para curarte del miedo.
GUI. Gracias por la medicina
PED. Pues ojo alerta, y callemos.
GUI. Callemos, si llevas gusto.
Habla mientras yo calleo
la calle que está callando
la vecindad de don Diego.
No doy por mi vida un cuarto.
(Vase.)

Don Pedro, doña Juana, Leonor, a la reja.

JUA. ¿Es Pantoja?
PED. Dulce dueño,
yo soy aquel que idolatra
la deidad de vuestro cielo
divino, al ver que es el sol
y esfera de los luceros.
JUA. Y yo, aquella que desprecia
cuanto encierra el universo
por vuestra fe y lozanía
a impulso de un amor tierno.
Mas el disgusto que hubísteis
con mi padre y con don Diego,
me tiene fuera de mí.
PED. Fué lance forzoso, y siento
haberos dado pesar.
JUA. ¿Y qué medio intentaremos
para estorbar a mi padre
ese loco casamiento?
PED. Uno solo he discurrido,
y uno solamente encuentro.
JUA. ¿Cuál?
PED. Que os vengais conmigo
una noche; es el remedio
más fácil y más seguro.
JUA. ¿Irme con vos?

PED. ¿Qué hay en ello
que os espante? soy quien soy,
bien nacido y caballero,
y os amo, y en un apuro
nunca intentara poneros.
Pero una vez en mi casa.
sólo el casarnos es medio
de callar la boca al vulgo
y de burlar a don Diego,
pues no ha de querer tomar
de todo el mundo a despecho
mujer que, tan a las claras,
muestra a su enemigo afecto.
JUA. ¿No hay más remedio?
PED. Yo no le hallo;
y tiene que ser muy presto,
porque tiene decidido
o casaros con don Diego.
o encerraros en un claustro.

Los mismos, Guijarro.

GUI. Señor, señor.
PED. ¿Qué tenemos?
GUI. Cerca de cien embozados
la calle bajan corriendo.
PED. ¡Estás en tí! ciento dices.
GUI. Cincuenta son por lo menos.
JUA. Retiraos ya, Pantoja,
que gente en la calle siento.
GUI. Y dentro del patio ya,
miraros.

Dichos. Don Diego, Arjona y gente.

ARJ. Sí, aqui, don Diego,
el criado de Pantoja
estuvo tratando en eso
con la criada Leonor.
DIE. No cumplo con lo que debo
a ley de noble si vive
este enemigo soberbio
de quien me siento agraviado.
ARJ. Si está reducido a empeño,
y os importa que no viva,
bien podéis darle por muerto,
porque al pie de aquella reja
entre la sombra estoy viendo
dos hombres que están parados.
GUI. Uno, diez, noventa, ciento,
no vi más gente en mi vida;
señor, señor, no es el miedo;
¿ves los bultos, ves las armas?
PED. ¿Ves los diablos del infierno?
JUA. Retírate, dueño mío,
y salve tu vida el cielo.
PED. No será sino mi espada
si ayuda Dios a los buenos.
quitaos vos de la reja;
que aquí con mi brío quedo.
GUI. Bien dice, queda con brío
doble, pues yo no te tengo.
ARJ. En la reja están hablando.
DIE. Sepamos quién es primero.
GUI. Señor, a nosotros vienen.
PED. Déjales, que ya los veo.
ARJ. Quién va digo.
GUI. Yo no voy,
que estoy parado (de miedo).
PED. ¿Quién ha de ir? Adelante,
señores.
ARJ. El es, don Diego.
DIE. ¡Muera Pantoja!
ARJ. Y DEMÁS. ¡A él, muera!
PED. Primero por este acero
han de pasar vuestras vidas.
(Riñen.)
GUI. Conserve Dios la que tengo,
que yo no quito las vidas
de donde Dios las ha puesto.
ARJ. Qué mengua, que un hombre solo
lleve a tantos...
PED. Ea, perros,
fuera, que nada le importan
seis pillos a un caballero.
(Les echa de la escena a cuchilladas. Arjona, que es el único que se defiende, cae.)
ARJ. Muerto soy.
UNO. Esto no es hombre,
es un diablo del infierno.
(Huyen todos, y don Pedro les sigue acuchillándolos.)

Guijarro. Arjona en tierra.

GUI. Oye, señor, no me dejes
aquí a oscuras con un muerto.
(Mirando afuera por la puerta del fondo.)
Válame Dios, ¿linternillas
a estas horas? esto es hecho.
La justicia dió conmigo,
y tras de apaleado, preso,
pero la industria me valga;
con el difunto me tiendo,
que según estoy, sin duda
pasaré plaza de serlo.
(Se tiende boca abajo junto a Arjona.)

Guijarro, Arjona, y entrando por la derecha un Alguacil, escribano y Ronda.

ALG. Caballeros son sin duda;
seguirlos. Pero ¡qué veo!
Dos han quedado aquí en tierra.

Esc. Este está pasado el pecho.
Alg. No se detenga ninguno.
Adelante, presto, presto;
cojamos los agresores,
que al instante volveremos
a recoger los difuntos.
(Vanse por el fondo.)

Guijarro. Arjona.

Gui. ¿Fuéronse? sí, ya se fueron.
Resucitemos, Guijarro,
y aunque sea contra el miedo,
limpiemos a este difunto
de cuanto tiene en el cuerpo.
(Le quita a Arjona sombrero y espada, cambia su capa con la suya, y le mira las faldriqueras.)
Seco está de faldriqueras;
capa y espada llevemos,
pues han de ser los corchetes
sus forzosos herederos.
(Vase por la derecha.)

Don Pedro, por el fondo. Arjona, en tierra.

Ped. Escapáronse por pies.
¿Y Guijarro? ¡Lindo cuero!
iríase a la posada.
Mas al que maté busquemos,
que no es justo que aquí le hallen
y de la casa los dueños
paguen lo que es culpa mía,
y a don Lope carguen de ello.
Y a más, pues riñó cual bravo,
será bien que al monasterio
inmediato, sepultura
pida yo para su cuerpo.
Aquí está. Dios me perdone
el haber sido más diestro
con esta piedad te pago
el agravio que te he hecho.
(Carga con Arjona, que habrá quedado cerca de la puerta, y vase.)

Guijarro, por la derecha. Después don Pedro.

Gui. No llego esta noche a casa:
en esas calles pusieron
centinelas y corchetes.
¡Mas válame Dios! ¿y el muerto?
No está, no. Santa Teresa...
mas se acercan, pasos siento.
¿Quién es?
Ped. (Entrando.) ¿Guijarro?
Gui. ¿Qué es eso?
Ped. Que nos sigue la justicia.
Gui. ¿Sois vos, señor?
Ped. Yo soy, necio;
¿no me ves?
Gui. Me hacen los ojos
candelillas.
Ped. Con el miedo.
Gui. Te lo advertí cuando vine
contigo de la posada.
Ped. ¿Tu no sacaste la espada?
Gui. ¿Pues quieres tú que adivine
de noche a dar estocadas,
no viendo un palmo de tierra?
Pero dejando esta guerra,
y dejando las espadas,
¿qué es lo que haremos?
Ped. ¡Por Dios!
¿Qué hemos de hacer? Defendernos.
Gui. ¿Los dos hemos de volvernos?
Ped. ¿Pues no vendrán tras los dos?
Gui. ¿Pues hay algún texto acaso
que diga: «degollarás
al amo, y ahorcarás
al criado en campo raso?»
Ped. ¿Pues qué no tendrás valor
para sufrir un tormento?
Pui. De aquí me voy a un convento.
¿Yo tormento? No señor.
¡Lindo lazo! ¡lindo yugo!
más quiero por lo mostrenco
una vuelta de podenco
que no media de verdugo.
Ped. Pues dí, infame, mal nacido,
sin honra, dí, ¿qué serás?
Gui. Dijo Dios: «no matarás.»
si lo cumplo, noble he sido.
De modo que dice Dios
que no mate y tendré honra,
y tú dices que deshonra.
¿Somos cristianos los dos,
o no lo somos? Yo quiero
guardar lo que Dios me dice,
aunque el diablo me autorice
de mundano caballero.
Ped. Más oye, abren la ventana
otra ves.
Gui. Ella es.

Dichos. Leonor, a la reja.

Leo. ¿Guijarro?
Gui. Aquí estoy.
Leo. ¿Qué ha sucedido?
¿Está ya don Pedro en salvo?
Ped. Aquí está: ¿y mi doña Juana?
Leo. Retirada está en su cuarto
disputando con el viejo,

con objeto de estorbarlo
que salga si es que oye ruido.

PED. Callad.

GUI. ¿Qué hay?

PED. Siento pasos;
mira la calle.

GUI. (Mirando afuera.) ¿Alguaciles
otra vez? Malo y remalo.

PED. ¿Es la justicia?

GUI. La misma.

PED. ¿Cuántos son?

GUI. Yo conté cuatro,
y cosa de seis corchetes.

PED. Pues saber morir honrados,
o morir en una horca.

GUI. ¿En la horca? Guarda, Pablo;
defiéndete tú, que yo
soy un monte de guijarros.

PED. ¿Tú tienes armas contigo?

GUI. Sí, sí: no te dé cuidado,
que he de ser Martín Peláez,
si tú el buen Cid castellano.

Don Pedro. Guijarro. Leonor. a la reja.
Escribano, dos alguaciles.

ESC. ¿Sois vos don Pedro Pantoja?

PED. Yo soy.

ESC. ¿Y vos su criado?

GUI. *Ego sum.*

ESC. Vos en latín.
y vos en romance, vamos
a la carcel.

PED. Vos y vos
es lenguaje cortesano.
Suplico a vuesas mercedes
reparen que soy soldado,
y que no pueden prenderme.

GUI. Ni a mí, porque soy guijarro,
y de todo mi linaje
sargento mayor y cabo.

ALG. Eso alegaréis después,
que la orden que yo traigo
es poneros en la carcel.

PED. Sois ministro muy honrado;
yo a la justicia venero
como a brazo soberano;
pero no podéis prenderme
por ser noble y soldado.

ESC. (A los suyos.)
Las espadas les quitad

PED. ¿Tercera vez?

ESC. Tres y cuatro.

PED. Os suplico que dejéis
de seguir lo comenzado,
porque me he de defender

GUI. Y yo con ser un guijarro.

ESC. Matadlos si se defienden.

PED. Escriba, seor secretario,
con los rasgos de esta pluma,
que son muy gentiles rasgos.

(Riñen y don Pedro y Guijarro los echan
a cuchilladas.)

ESC. (Huyendo.) ¡Espérate, Belcebú!
No son hombres que son rayos.

(Los acuchillan, y vuelven a la escena
don Pedro y Guijaro.)

Don Pedro. Guijarro. Leonor, tras la reja.

PED. Has andado como un César.

GUI. Dos en la calle rodaron:
déjame salir, que voy
a matar esos borrachos.

PED. Bravo estás.

GUI. Yo empiezo tarde.
más si en ello doy me paso.

PED. Cerrado nos han la puerta.

VOC (Dentro.) Cerrad la casa.

GUI. Esto es malo,
¿Qué haremos, señor?

PED. Morir.

GUI. Esperad, señor, que acaso
(Volviéndose a Leonor.)
si abriera Leonor la puerta,
pudiéramos escaparnos
por casa de algún vecino.

LEO. Es imposible, Guijarro;
tiene las llaves don Lope,
y rejas todos los cuartos.

PED. Salgamos, pues, y riñendo
veremos si nos libramos.

GUI. Vamos pues, (Dios sea conmigo)

LEO. Detente; si no me engaño
aquí ha de abrirse una cava
que a casa de un veinte y cuatro
da.

GUI. ¿Dónde está?

LEO. Por el suelo;
busca una losa a este lado
que tiene en medio una argolla

PED. Vela aquí. (La descubre.)

GUI. ¡Jesús! ¡qué salto!

PED. Ten buen ánimo.

GUI. Señor.
¿quieres morir encuevado?

PED. Mejor es morir así
que de la justicia a manos.
Dios vaya conmigo. (Se arroja.)

GUI. y LEO. ¡Echóse!

GUI. (Asomándose.)
¡Há señor! ¡Há de allá abajo!

PED (Desde abajo.)
¿Guijarro?

GUI. ¡Señor!
PED. Arrójate.
que por aquí estamos salvos.
GUI. Arrójese Satanás.
(Ruido y voces dentro.)
pero ya llegan los diablos
de los corchetes, ministros
del infierno y del agarro;
y si me cogen, sin duda
echaré con los zapatos
la bendición en el aire
a todo el pueblo cristiano.
Mejor es morir aquí;
vaya conmigo San Pablo,
San Lesmes y San Pacomio,
que son santos ermitaños.
Cierra la reja, Leonor,
no caigas por mí en el lazo,
y adiós, que por tí perezco.
LEO. Adiós, y vé sin cuidado.
GUI. (Al público.) Señores, por caridad,
un padrenuestro a Guijarro.
(Se arroja, y al entrar la ronda, etc. etcétera, cae el telón.)

FIN DEL ATCO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.

Doña Angela. Doña Juana.

JUA Angela, quien tiene amor,
y es como yo tan constante,
juzga que tiene su amante
fineza, gala y valor.
Si don Diego es tan señor,
tan rico y tan principal,
no es Pantoja desigual
en la sangre, ni le cede.
pues sino es tan rico, puede
con el tiempo ser su igual.
Casarme contra mi gusto
ni es cordura ni es prudencia,
que semejante violencia
siempre ha parado en disgusto.
Obedecer es muy justo
a mi padre, pero no
cuando la elección erró,
que un casamiento to[illegible]do
lleva el honor arriesgado,
y soy muy honrada yo.
ANG. Tu bien fundada esperanza
bien la sé, que no la ignoro;
pero tu noble decoro
no le pongas en balanza.
Don Diego es noble y alcanza
de renta tres mil ducados;
tiene deudos muy honrados,
y es muy tuyo y te es muy fiel.
JUA. Pues cásate tú con él
y quedaremos pagados.
ANG. Yo no trato de casarme
con quien no me tiene amor.
JUA. Pues si sabes mi dolor,
no trates de aconsejarme.
ANG. Bien pudieras escucharme
pues con tu sangre nací.

JUA. Yo no escucho contra mí.
ANG. Las palabras son espejos
donde lucen los consejos.
JUA. Pues tómalos para tí.
ANG. Si tú tuvieras cordura,
(y excusa mi justa queja),
no estuvieras en la reja
mirando una desventura.
Pantoja ¡ciega locura!
anoche a un hombre mató.
JUA. Que don Diego de él huyó
tenlo tú por cosa cierta.
ANG. Señal que estabas despierta
cuando el caso sucedió.
JUA. No estragues la cortesía,
que no es justo entre las dos:
¿más llamaron?
ANG. Me parece.
JUA. Mira quién llega, Leonor.

Doña Angela. Doña Juana. Guijarro. Leonor.
Guijarro, en traje de buhonero francés

LEO. Entra, gabacho.
JUA. ¿Quien es?
GUI. Juan francés, siniora, só.
¿Cómprame puntas, encaxos
hilo, puntoes ó culor,
alfileres, estopilias,
o cintilios de valor?
JUA. (Ap. ¿Leonor, no es este Gui-
(jarro?)
LEO. (Ap. El es; el mismo, por Dios.)
JUA. Yo he menester unas puntas,
Juan francés.
GUI. Tráigolas yo.
¿Han de ser de frandra?
JUA. Sí.
ANG. ¿No fuera mucho mejor
que fuéramos a una tienda?
JUA. Este francés gasta humor,
y yo gusto de comprarle.
ANG. Buena venta le dé Dios;
vóime, que estás enojada,
y no has tenido razón.

Doña Juana. Leonor. Guijarro.

JUA. Guijarro, ¿qué enigma es este?
GUI. Ponte a la puerta, Leonor.
JUA. ¿Qué hay de nuevo?
GUI. Mucho mal.
JUA. ¿Pantoja?
GUI. Un hombre mató.
JUA. ¿Le prendieron?
GUI. Lo procuran.
JUA. ¿Dónde queda?
GUI. En San Antón.
JUA. ¿Está herido?
GUI. No está herido.
JUA. ¿Se ausentó?
GUI. No se ausentó.
JUA. ¿Escríbeme?
GUI. No te escribe.
JUA. ¿Olvidóme?
GUI. ¿Qué sé yo?
JUA. Pues no me mates, acaba;
dime lo que sucedió.
GUI. Dígote lo sucedido
con decir que a mi señor
y a mí nos vino a prender
de corchetes un millón,
de alguaciles mil y uno,
de escribanos mil y dos.
Hubo doble resistencia,
peleé como un león,
y mi amo como un tigre;
en fin, por mí se salvó,
quedando de la justicia
libres contra la razón.
Salimos por una cueva
que Leonor nos mostró,
a casa de un veinte y cuatro,
y desde allí a un bodegón,
y desde allí a una calleja,
y desde allí vengo yo
a decirte que esta noche
sin ninguna dilación
nos salimos de Sevilla
los tres; que ha dicho un docto
grande amigo de mi amo,
que un alguacil y un soplón
me andan de noche buscando
con intento de que yo
confiese culpas ajenas,
para vender a pregón
mis espaldas al verdugo
por suela de *La mayor*.
JUA. ¿Mas cómo ha de ser?
GUI. Escucha
lo que en gran conversación
hincados ante dos vasos
discurrimos mi amo y yo.
JUA. Dí.
GUI. Escucha, y ten paciencia
para poner atención.
El habla y yo le respondo,
entiende pues por los dos.
El me dice: doña Juana
ha de venirse conmigo
esta noche. Yo *le digo*:
su voluntad está llana.
Y él: no la puedo sacar
de la presencia del viejo
sin tu ayuda y tu despejo.
Yo: no te quiero ayudar.

Guíate por tu capricho,
que el consejo más venial
se me vuelve a mí mortal.
El: ¿cómo qué?... *Yo:* lo dicho.
El: vístete de estudiante,
véle de un pleito a informar,
y así me darás lugar
de sacarla. *Yo:* adelante.
El: tan bueno es el remedio
que no puede ser mejor.
Yo: más fácil es, señor,
que me abra de medio a medio
la cabeza. *El:* ¡voto va!
¿Qué riesgo puedes correr
si mi espada has de tener
contigo? *Yo:* bien está:
más si al tiempo de informarle
del pleito, latín o griego,
entrare el señor don Diego...
él: pues si él entra, matarle.
insisto yo, y él porfía;
y no hay razón que le concluya
y se sale con la suya,
y aquí estoy yo con la mía.
¿Entendiste?

JUA. Entendí.

GUI. Pues dentro de un breve instante
estará aquí el estudiante.

LEO. ¿Con paje?

GUI. Mucho que sí.
Todo lo cual de contado
vendrá a parar, doña Juana,
en que yo vendré por lana
para volver trasquilado.

JUA. Yo te haré tal recompensa

GUI. A buen hora, ¡voto al sol!
que oigo al viejo en la escalera.

JUA. Válgate el ingenio.

GUI. ¡No
que no! pues mis costillas
lo verán, mediante Dios.
¡Quia comprar puntas y encaxos!

Dichos. Don Lope.

LOP. Hola, buen hombre, ¿quién sois?

GUI. Juan Franchut; ¿no conoserme?

LOP. ¿Qué vendéis?

GUI. Vander culor,
hilo, pontillas, rosarios,
peines de corno, jibón,
estoraque, yesca, menjos,
pontas de flandras, olor,
azabache.

LOP. Basta ya.
¿Vendísteis?

GUI. Nada por Dios
ser todos en casa vuestra
tan ruines como un piñón.
¿Quia comprar pontas y encaxos?
(Al marcharse se da con don Diego, que entra.)

Dichos. Don Diego.

DIE. Hola, buen hombre, ¿quién sóis?

GUI. (Esta es otra.) Yo, sinior,
Juan Franchut.

DIE. ¿De qué nación?

GUI. Sinior, ser de Picardía,
que es de Francia la mecor.

DIE. ¿Con que francés, eh? (Mirándole.)

GUI. Franchut,
oui monsiur. (Perdido soy.)

DIE. Como que he visto yo a este hom-
(bre.

GUI. ¿Querer vosté, mi sinior,
alcunos peinas de corno?

DIE. Vos sois francés como yo.

GUI. Oui, ser franchut qui monsiur.
(Conocióme el picarón.)
¿Qué diablos mirar a moá
coquen, sinior español?
Juan Franchut ser: ¿qué que-
(rerme?
¿Ser yo acaso algún latrón?
viva Cristus que le mate.
¿Quiá comprar pontas hulor,
hilos, pontillas, encaxos...
(Vase gritando.)

LEO. (A doña Juana.)
Lindamente se escapó.

DIE. Perdonad, yo vengo luego,
que me lleva la pasión
de mis celos a saber
si Pantoja se ausentó. (Vase.)

LOP. Leonor, salte allá fuera.

LEO. Sermón tenemos. (Vase.)

Don Lope. Doña Juana.

LOP. El dolor quisiera
no esprimir: esperar viva mi
[honra
y muera mi deshonra,
que la acción más lucida
es por tener honor perder la
[vida.
(Llevémoslo por bien, que la pru-
[dencia
es hija del valor y la paciencia.)
Hija, diversas veces he tratado
de que tomes estado
conforme a tu nobleza: cuerda
[eres
y las nobles mujeres
que quieren más su gusto que su
[honra

halagan su deshonra.
Dícenme que Pantoja dió la [muerte
anoche ¡oh triste suerte!
a un hidalgo vecino de don Diego,
y que vasalla tú de su amor ciego
el estrago mirastes;
y aseguran que hablastes
a Pantoja: yo dudo esta bajeza
conociendo tu honor y tu nobleza
Don Diego es hombre rico y es [honrado,
el vulgo está del caso alborotado
mi honor padece mucho detri- [mento,
tu fama poco aumento;
y así te notifico desde luego
que ha de ser tu marido

JUA. ¿Quién?

LOP. Don Diego.

JUA. Después de muerta puedes des- [posarme.
que viva no es posible condenar- [me
a vivir con un hombre que abo- [rrezco,
y tan grande castigo no merez- [co.

LOP. Brevemente ¡por Dios! has res- [pondido,
pero pues dices que Don Diego [ha sido
en tu amor desdichado
declárese conmigo tu cuidado
¿Quieres que hable a Pantoja, a [un hombre loco,
soldado, fanfarrón, tenido en [poco;
hombre que sin respeto, ley ni [tasa
se portó como bárbaro en mi [casa?
Pobre, libre, alentado,
por una y otra muerte desterrado,
vuelve en tí, no te ciegue tu de- [seo.

JUA. Que es tan pobre Pantoja ya lo [veo,
pero en sangre, en valor y en cor- [tesía
es comparar la noche con el día.

LOP. ¿Quiéresle como esposo? hábla- [me claro.

JUA. Señor, tú eres mi amparo.
Yo le tengo afición.

LOP. Pues yo no gusto,
y tengo de evitar este disgusto.
Y pues te has declarado,
dentro de una hora has de eligir [estado.

JUA. Con don Diego jamás, antes la [muerte.

LOP. Pues lo que hace repara,
porque una de dos será tu suerte,
O de don Diego o monja de San- [ta Clara.

JUA. Acepto lo segundo.

LOP. Allí renunciarás amor y mundo.
Piénsalo bien, que dentro de una [hora
veré tu decisión.

JUA. Pues desde ahora
la llevas ya sabida.

LOP. ¡Esta mujer me quitará la vida!

Doña Juana. Después Leonor.

JUA. ¡Ay de mí! me martirizan
porque quiero a un hombre bien,
cual si pudiera regir
a mi corazón por él.

LEO. (Saliendo.)
Parece que va tu padre
y tú lo quedas también
con disgusto: ¿qué hay de nuevo?

JUA. Ay Leonor, ¿qué ha de haber
sino penar y morir
porque quiero a hombre bien'

LEO. ¿Quiere casarte tu padre
con don Diego? Hubo desdén,
hubo aquello de yo gusto
y mira cómo ha de ser,
hay plazo, término o día
para que lo mires, ¿eh?
hubo su poco de acaba
o mataréme, cruel,
y aquello de tú me quieres
deshonrar en la vejez.
dime, ¿qué dijo tu padre?

JUA. Dijo, Leonor, que me den
de muerte mis pensamientos,
pues todas fueron ayer
torres de fé y esperanza,
y hoy humo y polvo se ven.
Dijo que don Diego fuese
de mi garganta cordel,
de mis gustos enemigo,
de mis intenciones juez,
parca de mi tierna vida.
Devanada de una vez
en el ovillo tirano
de su voluntad cruel.
Dijo, en fin, que me reduzca,
Leonor, a ser su mujer,
que es lo mismo que ahorcarme

con esa lazada infiel
que ahoga los matrimonios
cuando forzada se ve.
Dijo que fuese Pantoja
desalojado también
del corazón; mas no supo
que está tan constante en él,
que primero su volante
dará el último vaivén
que salir de esa morada
por mi espontáneo querer.
Pero por qué me detengo
en referirte qué fué
lo que me dijo mi padre
cual mudo cometa, que
pronostica en el futuro
que no ha de parar en bien
el honor que le apadrina.
relámpago que al prender
pequeña chispa, despide
todo el rayo de una vez
Mas llueva el cielo desdichas,
que yo la misma he de ser
en adorar a mi amante
aunque de su alto dosel
rayos me arrojen las luces
y sus centellas me den
en renglones de diamantes
desventuras al nacer.
Pues cuando llega una dama
a querer bien una vez,
gala hace de la desdicha,
de la muerte parabién,
pendón de su infausta suerte
y su alcázar de su fe.
o Bien dices, muy bien, señora,
mas pronto va a oscurecer,
y tu padre va a volver:
vamos a otra cosa ahora.
Si París te ha de robar,
sea, señora, esta noche
y sea a pie, que no en coche,
porque esto de trasplantar
a una Elena en un troyano
edificio atronador,
es ir llevando el honor
rodando de mano en mano.
A. Pantoja ha de dar la traza.
o. Dificultosa ha de ser,
que este ángel de Lucifer,
tu prima, nos embaraza.
Si esta prima se quebrara
por medio, fuera gran cosa
A. Es pobre necia, enfadosa.
o. ¿Necia? En tu dicho repara:
necedad llamas a ir
tras de tí de guarda eterna,
pues tu padre se gobierna
por ella.
JUA. Tú has de seguir
como sombra a esa mujer.
LEO. No la perderé de vista
hasta acabar la conquista
de este troyano poder.
Mas digo: ¿he de ser robada
también yo del paladión
guijarrista, ese trotón
caballo?...
JUA. Leonor amada,
pues ¿puédote yo dejar?
LEO. Alto, pues, robe este día
el París de Picardía
a esta Elena de fregar

Doña Juana. Leonor. Don Lope. Doña Angela.

LOPE. Vendrá a las siete don Diego
a firmar las escrituras.
LEO. (Si no se quedan a oscuras.)
ANG. Pues consiste tu sosiego
en dar estado a mi prima,
decreto de amor tan justo
no irá, no, contra tu gusto,
pues como a padre te estima.
JUA. Pues me toca obedecer,
hable el silencio por mí.
LOPE. Siempre esperé yo de tí
tan honrado parecer.
LEO. (Como mi amo es letrado
se muere por pareceres.)
LOPE. Cuando las nobles mujeres
alcanzan marido honrado,
noble, rico y principal...
LEO. (Tal le dé Dios la salud.)
LOPE. Es premio de su virtud.
LEO. A un marido ciudad real
dos mil esposas le prenden.
Bartolo lo dice así,
digo Bártulo.
JUA. ¡Ay de mí,
que hasta las sombras me ofen-
[den!
(Ap.) (Vete a la puerta, Leonor,
que va anocheciendo ya.)
LEO. (Ap.) Dices bien, París vendrá
con el caballo traidor.
Voy a robar este pez,
pues me roban de contado;
pero quien tanto ha robado
deje robarse una vez. (Vase.)
LOPE. ¿Ningún pleiteante vino
a buscarme?
ANG. Vino Octavio
por su pleito, y vino Fabio.
LOPE. Es sujeto peregrino.

ANG. Don Octavio se fué luego.
LOPE. Si otro me viene a buscar
será bien dejarle entrar
hasta que venga don Diego

Dichos. Leonor.

LEO. Don Antolín Garapiña,
hombre, al parecer, muy docto,
si para serlo se mira
a la gravedad del rostro,
quiere informarse de un pleito
si le dais licencia.
LOPE. Solos
dejadnos. Que entre, Leonor.

Don Lope. Guijarro, de estudiante. Don Pedro, de criado suyo.

GUI. Cosme, Cosmillo, hola, mozo,
aguárdame en el zaguán.
Señor, único piloto. (A don Lope.)
que el barco de la justicia
guía en el mar borrascoso
y en la noche de las leyes
(donde se ahogan tantos tontos),
sacerdote del derecho,
oráculo misterioso
del laberinto de Baldo
y del gran Bártulo asombro,
deme mil veces los pies.
LOPE. Por suyo me reconozco;
tome usarced una silla,
y escusando los piropos
dígame de qué le sirvo.
(Se sientan.)

(Durante esta escena, don Pedro atraviesa el teatro con mucho tiento por detrás de don Lope y Guijarro y entra en las habitaciones interiores de la casa. Volviendo a salir a su tiempo con doña Juana y Leonor, que es cuando Guijarro se levanta para estorbar a don Lope que vea a don Pedro que se lleva a su hija.)

GUI. Yo, señor, soy de Torozos.
lugar que linda tres pasos
con la gran ciudad de Toro.
Don Antolín Garapiña
es mi nombre, nombre propio;
pues vengo por línea recta
de los Antolines gordos,
grandísimos garapiños
de los solares de Colcos.
Vengo a informarle de un pleito;
suplícole abra los ojos,
porque es de mucha importancia.
LOP. Con mucha atención os oigo.
GUI. Pues señor, yo me casé
con doña Aldonza Zorongo,
de trece años, y hube en ella
a doña Anica Repollo.
hermosísima doncella
según dijeron los novios.
Esta, señor licenciado,
sin decir oste ni osto,
se enamoró de don Lucas
Valantín, hombre tan loco
que me la sacó de casa
después del postigo roto.
LOP. En eso paran las hijas
que tienen al padre en poco.
GUI. En eso paran, señor;
mas que paran para otro.
hay en aquesta ciudad
un don Atanasio Folio
que tiene un hijo nombrado
don Quiterio Marco Antonio.
Este a voces dice que
probó primero el repollo
que don Lucas, pero luego
un don Jilardo Galopo,
hombre de capa y espada.
se puso con él al robo,
diciendo que entró.
LOP. Despacio.
GUI. Iréme muy poco a poco.
LOP. Usted dice que don Lucas,
don Quiterio y el Galopo
son los tres opositores
de este robado repollo
¿no es así?
GUI. Es, y no es;
iréme muy poco a poco.
Yo, señor, quiero casarla
con un Alberto Redondo,
hijo del mesmo Quiterio
y primo hermano del otro.
LOP. ¿Cómo la puede casar,
si el padre se opone y todo
GUI. Ese es el punto.
LOP. Despacio.
GUI. Iréme muy poco a poco.
LOP. ¿El primero se desiste?
GUI. ¿Desistir? de ningún modo.
LOP. ¿El segundo la pretende?
GUI. Pretendida está de todos.
LOP. ¿El tercero qué declara?
GUI. Que la debe su negocio
LOP. Y ella ¿qué dice?
GUI. Que miente.
LOP. ¿A quién se inclina?
GUI. Al Redondo.
LOP. ¿Cómo si se opone al padre?
GUI. No es él, el padre es el otro
LOP. ¿Quién es el otro?
GUI Es aquel

que la sacó por el robo.
LOP. No lo entiendo.
GUI. En eso estriba;
iréme muy poco a poco.
LOP. ¿Quién gozó esta dama?
GUI. Lucas.
LOP. ¿Casóse?
GUI. De ningún modo.
LOP. ¿Pídele ella la palabra?
GUI. Quien la pide es el Galopo.
LOP. ¿Y su hija gusta de ello?
GUI. Ya gustó del matrimonio.
LOP. ¿De esta suerte fué casada?
GUI. Fué casada por divorcio.
LOP. ¿Pues con quién quiere casarse?
GUI. Con el hijo de Redondo.
LOP. ¿Cómo, si la quiere el padre?
GUI. Que no es el padre, es el otro.
LOP. ¿Quién es el otro? ¿Qué es esto?
GUI. Iréme muy poco a poco.
LOP. ¡Válgame el diablo por pleito!
Sepamos. ¿Quién es el novio?
GUI. El novio es Lucas.
LOP. Si es Lucas,
ya le echa fuera el divorcio.
GUI. Decís bien, llevóle el diablo.
LOP. No lo nombre.
GUI. No lo nombro.
Vamos ahora al Quiterio.
LOP. Ese gustó del repollo;
pues bien se puede casar.
GUI. Casará con los demonios,
porque el Redondo lo impide.
LOP. ¡Es un incesto notorio
habiendo llegado al padre!
GUI. Que no es el padre, es el otro.
LOP. ¿Quién es el otro? ¿es el diablo?
GUI. Iremos muy poco a poco.

(Levántase don Lope muy amostazado, y Guijarro, levantándose, se le pone por delante para que no vea a don Pedro, que cruza la escena con doña Juana y Leonor.)

Mire uced, señor letrado,
un ciego verá este robo.
De esta suerte me robaron
mi hija.
LOP. Muy bien, lo oigo.
GUI. Esté atento por su vida,
que ahora es tiempo. Este mozo
es hijo de don Quiterio,
don Quiterio es el Galopo,
el Galopo es Latanasio,
Latanasio me hizo el robo:
de forma, que aquél y éste,
mi hija, el uno y el otro..,
LOP. Quedo, quedo, ¡que me aturde!
GUI. Iréme muy poco a poco.

(Al llegar a la puerta de la derecha doña Juana, don Pedro y Leonor, sale por ella don Diego, su criado y otros.)

Don Lope. Guijarro. Doña Juana. Leonor. Don Pedro. Don Diego. Criados y otros.

DIE. ¿Quién es? (Don Pedro se recata.)
LEO. Señora, don Diego.
GUI. (Perdimos el pleito todo. (Aparte)
DIE ¿Quién va digo?
LOP. (Volviéndose.) ¿Qué es aquesto?
GUI. Debe de ser otro robo.
LOP. ¿Esta deshonra en mi casa?
¡Fabio!
LOP. Retírense todos.
o voto a Dios de matarlos.
JUA. ¡Valedme, cielos piadosos!
PED. No temas, que de esta suerte
podemos poner en cobro
tu honor, tu vida y la mía.

(Sacan las espadas, don Pedro mata la vel y riñen a oscuras.)

LOP. ¡Octavio! ¡Alberto! ¡Socorro!
PED. Aunque llamaras al mundo
entero, sería poco
para mi brazo.
GUI. Señor,
no me dejes aquí solo.
PED. Ven, mi bien. (A doña Juana.)
JUA. Vamos, Leonor.

(Encuentra don Pedro la puerta, que ha buscado a tientas, y vase por ella con doña Juana, a quien tiene de la mano, y Leonor que va asida de su vestido. Guijarro se queda tentando las paredes, y sale doña Angela con luz y criados.)

Don Lope. Doña Angela. Don Diego. Guijarro. Criados.

ANG. ¿Señor, qué es esto?
LOP. Un oprobio
en tu sangre y en la mía.
DIE. Ganaron las puertas todos,
y así, señor, se escaparon;
pero ¡qué miran mis ojos!
¿quién es aqueste estudiante?

(Llegan los criados y descubren a Guijarro.)

GUI. Soy Antolín Garapiña.
DIE. Este lo ha enredado todo,
que es criado de Pantoja.
Matadle a palos.
GUI. Yo tomo
de partido cuatrocientos.
(Danle de palos los criados.)
¡Quedo! con treinta demonios.
que yo diré la verdad.
LOP. Dejadle, que yo le otorgo

la vida si nos lo dice,
y veinte escudos de oro.

GUI. En palos llevo quinientos,
véngase conmigo todos.

DIE. La vida te ya, Guijarro.

GUI De burlas es el negocio;
vamos aprisa, que importa,
señor don Diego, y no poco,
porque si nos detenemos
en aquestos circunloquios,
habrán cerrado los dos
con el santo matrimonio.

(Vanse por la puerta de la derecha que da a la calle, y salen por la que da a las habitaciones y jardín, don Pedro, doña Juana y Leonor.)

Don Pedro Pantoja, Doña Juana. Leonor.

PED. Parece que no llegamos
mi bien, a puerto seguro,
y en vano el valor fué muro.

LEO. En mala borrasca estamos.

JUA. ¿Mas no hay nadie aquí?

LEO. (Asomada á la ventana.) ¡Qué veo!
por la calle abajo van
corriendo con mucho afán
todos.

PED. Buscándonos creo,
tu casa, pues, doña Juana,
seguro nos ha de ser,
aquí te he de defender
de toda la raza humana.
Cierra esas puertas, Leonor,
y la del jardín también,
por ella dentro no den
los del buen gobernador.

(Leonor va cerrando las puertas, y sale y vuelve a poco.)

JUA. ¿Con que era el duque?

PED. Sí, él era:
y era suerte más propicia,
que entregarte a la justicia
que a tu casa te volviera;
tu casa encontrado habemos
sin gente, y por decontado,
sea por fuerza o de grado,
que capitule le haremos.

LEO. (Que sale.) Todo está cerrado ya.

JUA. ¿Y cuando vuelvan?

PED Primero
concederán lo que quiero,
o la casa se arderá.
Mas por Guijarro en cuidado
estoy: quedó sin mi ayuda.

LEO. Guijarro estará sin duda
en Palermo aposentado.

PED. Los pareceres ajenos
no le podrán defender.

LEO El fué a tomar parecer
de si eran los palos buenos.

PED. Con acuerdo de letrado
tendrá sentencia en favor

LEO. Yo sé que saldrá, señor,
en las costas condenado.

PED. Son sus cascos indigestos
y algo obtusos sin sentidos.

LEO. Pues ahora traerá metidos
en la cabeza los textos.

Dichos, Guijarro.

GUI. (Por la reja.)
Hola, ábranme.

LEO. Ya nos llueven
guijarros.

(Leonor abre a Guijarro, que entra arrojando el vestido de estudiante.,

PED. ¿Qué hay, buen amigo?

GUI. ¡Cuerpo de Cristo conmigo!
¿Qué hay? Los diablos que me [lleven.

PED. ¿Por qué dentro te quedastes
pudiéndome seguir? Di.

GUI. Porque yo te sirvo a ti,
y porque tú me dejaste.

PED. ¿Vienes herido?

GUI. Que no.

PED. ¿Qué traes? dime lo que fué.

GUI. Traigo lo que yo me sé,
y lo que el diablo ordenó,

PED. ¿Cómo entraste, que te vi
como grulla en centinela?

GUI. Entré, señor, a la vela,
y a puro remo salí.

LEO. ¡Cómo vienes! (Mofándole.)

GUI. (Amostazado.) Ya lo ves.

LEO. Parece que estás enfermo.

GUI. Vengo duque de Palermo
de la cabeza a los pies.

LEO. Grandeza traes excesiva;
y fué a prueba de pleito ¿eh?

GUI. A prueba no, porque fué
paliza definitiva.

LEO. Y cómo escapaste, di,
a uña de potro...

GUI. Dejallo;
no fué a uña de caballo,
mas a uña de palo si.

LEO. ¿Y hubo encomio de lomos?
¿Y hubo por qué me maltratan?
¿Y hubo aquel de «que me ma- [tan?»
¡Y hubo espadas, y hubo pomos,
y hubo riesgos hacia el padre
que te pescó sin anzuelo!

GUI. Hubo el ladrón de tu abuelo,
y la perra de tu madre.
PED. Dejémonos de locuras,
y acaba: ¿qué sucedió?
GUI. Qué he de decir, ¡voto a cribas!
En Turquía no se usó
lo que tú usastes conmigo.
PED. ¡Yo pude hacer más por Dios!
GUI. Bien pudieras escusar
la siniestra información
del pleito de Garapiña,
cuyo parecer, señor.
lo han pagado mis costillas:
y fué el milagro mayor
el zafarme de las manos
de tanto infame sayón.
PED. ¿Y cómo hicestes?
GUI. Diciéndoles
que se vinieran en pos,
y te pondría en sus manos;
y a puñada y mojicón
al revolver San Francisco
desaparecime veloz:
pasé por ante esa reja,
os vi, os llamé, y aquí estoy.
pero el cuidado que traigo
es que un pícaro soplón,
que se vende por tu amigo,
allí entre ellos se quedó
diciendo que con la novia
te vió en la calle, señor.
JUA. ¡Ay, Pedro! perdidos somos.
PED. Ya lo remediaré yo.
GUI. Ya suben las escaleras.
JUA. Perdidas somos, Leonor.
PED. Guijarro, en el aposento
que tiene ese corredor,
guarda a estas damas al punto.
GUI. Ved que ese aposento estoy
en que da a casa del duque.
PED. No te detengas, que yo
los detendré, como a quien
va en ello vida y honor.
GUI. Pues en dejándolas, vuelvo
armado como un león
para morír a tu lado.
PED. Aquí aguardándote estoy

Don Pedro.

Cierro esta reja, y espero
con valiente corazón
a ceder para obligarles,
o a perecer por mi amor.
VOCES (Dentro.) ¡Aquí están!
OTROS Aquí les vimos.
LOP. (Dentro.) Dejadme, que tengo yo
picaporte de esa puerta.
PED. Ya llegó el trance, valor.
(Abrese la puerta, y entra don Lope, a quien detiene don Pedro poniéndole la espada al pecho.)

Don Pedro. Don Lope. Un momento después Don Diego. Escribano. Alguaciles. Gente.

PED. Alto, buen viejo: primero
que entréis en este salón
quiero advetir que de él
sólo pienso salir yo
o esposo de doña Juana,
o muerto a vuestro furor.
LOP. ¿Su esposo tras esta afrenta?
nunca será ¡vive Dios!
PED. Pues de ese modo, adelante
(Entra don Diego y los demás.)
DIE. Este es Pantoja.
LOP. Mi honor estriba ya, caballeros,
en que muera este traidor.
DIE. Muera Pantoja.
PED. ¡Tú mientes!
y hombres de mi corazón
sólo mueren de esta forma.
(Ciérranse a cuchidas y riñen. Don Pedro va cejando defendiéndose. Guijarro sale, y va a ponerse a su lado.)
TODOS. ¡Muera!
LOP. Acabadle.
GUI. Aquí estoy,
como un Bernardo, a tu lado.
(Sale el duque de Arcos armado, con banda y bastón, y gente con él.)

Dichos. El duque de Arcos.

DUQ. Ténganse al rey.
GUI. ¡Santo Dios!
El duque de Arcos es este.
(Tiénense todos y se descubren.)
LOP. }
DIE. } Cielos, el gobernador.
DUQ. Tantos contra un hombre solo:
merecía tal traición
que a todos os empalara
por tan cobarde rigor.
¿Quién sois? (A don Podro.)
PED. Un criado vuestro,
que al rayo de vuestro sol
recibe luz.
DUQ. Levantaos;
que quien tan bien peleó
no es digno de estar de hinojos
ante mí: decid quién sois,
y cual fué vuestra querella.
PED. Don Pedro Pantoja soy,
cuya juventud briosa
centella de Marte ha sido

con ayuda de esta hoja.
Estudié letras humanas,
más con afición tan poca,
que al cabo cambié mis libros
con espadas y pistolas:
y obró en mí tan fuertemente
esta inclinación heróica.
que he tenido más pendencias
que tienen mis días horas.
Por no cansarte, señor,
callo hazañas portentosas
que me han dado honor y fama
en provincias muy remotas:
pues sobre tirar la esgrima
parias me rinden con honra
el diestro Gil Campuzano
y el valiente Juan de Lorca.
Quise a doña Juana, hija
de don Lope de Mendoza,
que está presente, pedísela
para mujer, y negómela
por dársela por más rico
al comerciante Gamboa.
Quísela sacar de casa
siendo ella misma gustosa,
cuando con deudos y amigos
Gamboa llegó a deshora
traidoramente entre muchos
a darme muerte afrentosa.
Me defendí como vistes,
donde concluyó mi historia
poniendo a tus pies mi vida.
rogándote que dispongas
de esta espada y de este brazo
siendo de tanta discordia
el iris de la grandeza,
el anal de esta memoria,
el sol de aquestas tinieblas,
y el amparo de mi honra.

DUQ. Señor don Lope, no hay vida
que valga el honor: Pantoja
es honrado, y yo le doy
para casarse mil doblas,
que pues vuestra hija le quiere,
mucho a vuestro honor importa.

LOP. Señor, que es un libertino.

DUQ. ¡Basta, por Dios! que cuando [otra
razón no hubiera, casárale
vuestra conducta alevosa
para castigar severo:
y entended bien desde ahora
que para quien sois vosotros
es don Pedro muy de sobra.

Dichos, y sale Guijarro, que trae de la mano a doña Juana y a Leonor.

GUI. Y pues todo se compuso,
aquí tenéis a la novia.

PED. ¡Mi Juana! (Se abrazan.)

JUA. ¡Pantoja mío!

GUI. (Al público.)
Y ahora, si a mal no lo toman
vuestras mercedes, señores
por dos palmaditas flojas
les enviaré papeletas
para asistir a la boda.

FIN DE LA COMEDIA

EL PUÑAL DEL GODO

DRAMA EN UN ACTO, ORIGINAL DE

DON JOSÉ ZORRILLA

PERSONAJES

DON RODRIGO.-EL CONDE DON JUAN.-THEUDIA, noble godo.-ROMANO, monje eremita

La escena pasa en la soledad de Pederneira, monte de San Miguel, cerca de la ciudad de Viseo en Portugal, la noche del día 9 de Septiembre de 719.

ACTO UNICO

Interior de la cabaña o ermita del monje Romano, sostenida en su centro por un pilar de madera o tronco de árbol, a cuyo pie hay dos asientos. A la derecha una pequeña hoguera, colocada bajo un respiradero que da salida al humo. Asientos groseros por la escena. Puerta a la izquierda, que da a otra habitación que se supone en la cabaña. Puerta en el fondo, abierta la cual se verá el monte al resplandor de los relámpagos. Al levantarse el telón se ve su claridad por las junturas, y se oye tronar a lo lejos. La hoguera y una tea alumbran la escena.

ESCENA PRIMERA

El monje Romano. (A la lumbre.)

ERM. ¡Qué tormenta nos amaga!
¡Qué noche válgame el cielo!
Y esta lumbre se me apaga...
¡Si está lloviznando hielo!
Cuán grande a Dios se concibe
en aquesta soledad.
¿De quién sinó de *El* recibe
su aliento la tempestad?
¿Cuyo es el terrible acento
y el fulgor que centellea
cuando zumba airado el viento
y el cénit relampaguea?
¿Quién peñas y árboles hiende
con la centella veloz,
como segador que tiende
las espigas con su hoz?

¿Quién sino Dios, que se asien-
[ta
sobre las nubes sereno
cuando en las nubes revienta
el fragor del ronco trueno?
Señor, que de las alturas
de tu omnipotencia ves
a las pobres criaturas
que se arrastran a tus pies,
detén, Dios bueno, tus iras,
detén tu justo furor,
si justa saña respiras
contra la obra de tu amor.
Pudiste en un punto hacerla
y tu inmensa potestad
puede en otro deshacerla
si tal es tu voluntad;
mas considera, Dios mío,
que vas a igualar así
al que se te aparta impío
y al que se postra ante tí.
(Un momento de pausa.)
Mas tanto tardar me extraña,
y estoy temiendo por él...
¿Por qué deja la cabaña
en una tarde tan cruel?
¡Válgame la Virgen Santa!
Si a espesar la lluvia empieza
¿cómo con segura planta
podrá subir la aspereza
de esa desigual garganta
por do la senda endereza?
¡Infeliz! ¡Cuánto en el mundo
lleva sin duda sufrido;
cuánto es su dolor profundo,
y cuánto está arrepentido!
Mas siento pasos... parece
(Abre y dice afuera.)
que llega ya... entrad ligero,
que la tempestad acrece.

ESCENA II

El monje y Theudia embozado

THE. Gracias.
ERM. Mas ¿quién se guarece
de esta choza?
THE. Un caballero.
(Entra Theudia y se desemboza. Quedan mirándose un momento.)
Sorprendido os hais quedado.
¿Qué es lo que tenéis buen
[hombre?
ERM. ¿Y no queréis que me asom-
[bre
de que hayáis aquí llegado?
THE. En verdad que es aprensión
tener, como una cigüeña,
en la punta de esta peña
un hombre su habitación.
ERM. Mis votos me retrajeron
a esta triste soledad.
THE. ¡Monje sois! Oh, perdonad
mis palabras si os pudieron
ofender.
ERM. No, en modo alguno.
Acogime a esta montaña
sin creer que gente extraña
me hallara en tiempo ninguno.
THE. Si os estorbo...
ERM. (Interrumpiéndole.)
Aparte Dios
tal pensamiento de mí.
Contento os tendré yo aquí,
como estéis contento vos.
THE. Yo estaré siempre contento,
que mil noches he pasado
peor acondicionado
en mitad del campamento
ERM. ¿Soldado sois?
THE. Helo sido,
porque salí de mi tierra.
ERM. ¿Os cansaba ya la guerra?
THE. No; pero nos han vencido,
merced a infames traidores
y evito la suerte, huyendo
de vivir, esclavo siendo
de mis fieros vencedores.
ERM. Mas huir...
THE. Téngase, anciano;
contra ellos se alzó bandera,
y yo voy a donde quiera
que la defienda un cristiano.
Pero fatigado estoy:
¿tenéis algo qué cenar?
ERM. Fruta seca os puedo dar;
no os regalo.
THE. Sobrio soy.
(El ermitaño le pone delante algunas frutas y una vasija con agua; Theudia come y bebe.)

ERM. Ea, pues, tomad, sentaos.
Dadme la capa os la cuelgo.
THE. Que así me tratéis me huelgo;
mas yo...
ERM. No; vos calentaos,
que bien lo necesitáis.
THE. Buen viejo, por Dios que sí.
(El ermitaño mira a la parte de afuera teniendo abierta la puerta.)
Pero, ¿qué hacéis ¡pese a mí!
que esa puerta no cerráis?
¿No veis que empieza a llover
y el aire no hay quien resista?
ERM. Eso es lo que me contrista.
THE. ¿Pues qué nos da que temer?
ERM. Nada; por un compañero
siento en verdad pesadumbre.
THE. ¿Fuera está?
ERM. Sí.
THE. Ya costumbre
tendrá en ese ruin sendero.
ERM. ¡Ay infeliz! No lo sé.
Dios en sus pies ponga tino.
THE. ¿Pues no conoce el camino?
ERM. No siempre.
THE. Torpe es a fe.
ERM. Hablad de él con más respeto,
que aunque es hoy bien desdi-
[chado
hombre es que no fué criado
de invectivas para objeto.
THE. Perdonad.
ERM. De ello no hablemos;
sabedlo, que no es demás.
THE. Si es que me juzgáis quizás
útil, descender podemos
a ayudarle.
ERM. No es preciso,
que todo el auxilio humano
le fuera ofrecido en vano;
mas estemos sobre aviso.
(Va a la puerta otra vez.)
THE. (Aparte.)
¡Si equivocado me habré
y a caer habré venido
en la cueva de un bandido!
(Veamos.) ¿Buen viejo?
ERM. (Volviendo a la escena.) ¿Qué?
THE. Yo, como soldado, soy
algo hablador y curioso.
Decidme, pues, si enojoso
con mis preguntas no estoy:
puesto que es un compañero
ese hombre a quien aguardáis
¿por qué recelando estáis
que no dé con el sendero?
ERM. Porque es capaz por sí mismo,
si su demencia le apura
de abrirse la sepultura
en el fondo de ese abismo.
THE. ¡Jesús! ¿La mente le falta?
ERM. De lo pasado, el recuerdo
le pone tan sin acuerdo,
que algunas veces le asalta
una fiebre tan cruel,
un delirio tan insano,
que no hallo remedio humano
que pueda acabar con él.
Y aunque, o engañado estoy,
o ningún acceso extraño
le ha acometido hace un año,
me temo que le dé hoy.
THE. ¿Y sabe de él la razón?
ERM. Guarda un silencio profundo
de lo que le hizo en el mundo
tan íntima sensación.
THE. Picáis mi curiosidad;
de historia debe ser hombre.
ERM. Me ha callado hasta su nom-
[bre.
THE. Padre, ¿os burlais?
ERM. No en verdad,
cinco años hace que vino
a demandarme asistencia
en una grave dolencia,
y estuvo a morir vecino.
Mas sanó al fin, y tornar
no quiso al mundo otra vez,
viviendo en esta estrechez
con una vida ejemplar.
¡Oh! Si él su perdón no alcanza
con vida tan penitente,
no sé quién sea el viviente
que de ello tenga esperanza.
THE. ¿Mas no decís que está loco?
ERM. Dejóle su enfermedad
extrema debilidad
que hirió su cerebro un poco.
Y cuando en algún acceso
el desdichado no entra,
es un hombre en quien se en-
[cuentra
mucho valor, mucho seso;
mas cuando el mal le acomete,
¡oh! entonces es extremado.
THE. ¿Pero nunca os ha contado?
ERM. Jamás; y si se le mete
conversación de su historia,
segúr que tiembla y se espan-
[ta,

parece que se levanta
un espectro en su memoria.

THE. ¡Es bravo caso, a fe mía.
y que atención me merece!
¿Y en qué da cuando enloque
[ce?

ERM. En una horrible manía.
Tiene consigo una daga
que jamás del cinto quita,
y dice que está maldita
y que a su existencia amaga.
Y en su demencia al entrar
exclama con gra pavor;
«Con ese puñal traidor,
con ese me ha de matar.»

THE. ¡Raro es por Dios! ¿Y convie-
[ne
con periodo o día alguno
fijo su mal?

ERM. Hoy es uno;
el más terrible que tiene.

THE. ¡Hoy!

ERM. Por eso es mi recelo
mayor.

THE. ¿Sabéis si ese hombre es
de esta tierra?

ERM. ¿Portugués?
Creo que no.

THE. ¡Por el cielo,
que a ser español podría
su demencia comprender!

ERM. ¿Pero qué tiene que ver
ese mal con este día?

THE. ¡Hoy es un día de hiel,
de luto, baldón y saña
para la infeliz España!
¡Y ay de quien fué causa de él!
Mas hablemos de otra cosa.
¿Vos sois portugués?

ERM. Sí soy,
mas hace once años que estoy
morando aquí.

THE. ¿Y no os acosa
el deseo de saber
lo que por el mundo pasa?

ERM. Dióme el dolor tan sin tasa
y con tal tasa el placer
ese mundo que mentáis,
que los días de mis años
conté en él por desengaños,
y huyo de él.

THE. Y lo acertáis

ERM. Mas callad... oigo rumor
en la maleza. ¿Quién va?

ROD. (Dentro.) Yo. hermano

THE. ¿Es él?

ERM. Aquí está.

ESCENA III

El Ermitaño, Theudia y don Rodrigo, envuelto en una especie de clámide larga y entrando distraído, como meditando.

ERM. Me habiais puesto en temor.
(A don Rodrigo.)

ROD. Gracias.

ERM. ¿Os perdísteis

ROD. No

ERM. ¿Vísteis el nublado?

ROD. Sí.

ERM. ¿Y dónde íbais?

ROD. ¡Qué sé yo,

ERM. Traeréis frío.

ROD. Así, así.

ERM. Calentaos, pues.

ROD. Sí haré.
(Al acercarse al fuego ve a Theudia, que escucha vuelto de espaldas a ellos.)
(Aparte al ermitaño.)
¿Pero quién con vos está?

ERM. Un viajero que poco ha
llegó aquí.

ROD. ¿Quién es?

ERM. No sé.

ROD. No os fies de ningún hombre;
la doblez y la traición
abriga en el corazón
el de más prez y más nombre.

ERM. Mas ved...

ROD. Yo sé lo que digo;
preguntadle el suyo a ese,
y veré, mal que le pese,
si es amigo o enemigo.

ERM. De nosotros, ¿y por qué?
¿A quién jamás ofendimos?

ROD. Todos, padre, delinquimos;
ved de hablarle.

ERM. Sí que haré.

THE. (Aparte.)
(No me gusta ese misterio

con que platican los dos.
Estaré alerta, por Dios,
que puede ser lance serio.)
(Don Rodrigo va hacia el fuego, y aparta a Theudia para poner su banquillo.)

ROD. (A Theudia.)
Haceos, buen hombre, allá.

THE. (Pues gasta gran cortesía.)

ERM. (Aparte a Theudia.)
(Quiere ese sitio, es manía.)

THE. Bien hace, en su casa está.
(Aparte.)
(Mas ahora que bien le miro,
no es esta la vez primera
que he visto esa faz severa...
¡Gran Dios! ¡Qué idea!... Eh, [deliro.)
(Un espacio de silencio.)

ERM. (A Theudia.)
Callado estais.

THE. ¡Qué queréis!
¿De qué os tengo yo de ha- [blar?

ERM. ¿Una historia no sabéis
que podernos relatar?

THE. Sé tantas, que duraría
mi relato un año entero;
mas hoy mentarlas no quiero,
que es para mí aciago día.

ROD. (Con viveza y aire sombrío.)
También para mí lo es.

THE. (Idem.) Y para todo español
lo será mientras el sol
alumbre.

ROD. (Agitado.)
Decidme, pues.
¿Conque hoy es un día aciago
para España?

THE. Sí por Dios.
Qué, ¿no ha llegado hasta vos
la noticia de ese estrago?

ERM. (Queriendo interrumpirle.)
En este desierto hundidos...

ROD. (Interrumpiéndole.)
Dejadle, ¡pese a mi estrella!
(Al ermitaño.)
Dejadle que me hable de ella
aunque hiera mis oídos.
¿Habéis en España estado?
(A Theudia.)

THE. Bajo su cielo he nacido.

ROD. ¡Ay! Nacer os ha cabido
en país bien desdichado.
¿Qué pasa hoy en el?

THE. ¿Qué pasa?
Presa es de gente salvaje
a quien rinde vasallaje,
y que la asuela y la arrasa.
Por dar entrada en su pecho
a una venganza de amor,
ha abierto un conde traidor
a los moros el Estrecho.

ROD. Obró bien villanamente,
sí; ¡tómele Dios en cuenta
a su rey tan torpe afrenta,
tan gran traición a su gente!

THE. Dicen que audaz le ultrajó
en su hija el rey don Rodrigo.

ROD. Mas si era el rey su enemigo,
no lo era su reino, no.

THE. Con moros hizo su flete,
y hoy hace años que en Jerez
se ahogó España de una vez
en el turbio Guadalete.

ROD. Sí, allí lo perdimos todo;
debajo de su corriente
yace vergonzosamente
la gloria del reino godo.
¡Maldito quien fué concordia
con los árabes a hacer,
y maldita la mujer
ocasión de la discordia!

THE. ¡Sabéis esa historia!

ROD. Sí;
y me prensa el corazón.

THE. También a mí.
(Creciendo el interés en ambos.)

ROD. Y con razón.

THE. Sí, que su víctima fuí.

ROD. Yo también.

THE. ¿Sois vos de España?

ROD. (Reservándose de repente y con sequedad.)
No lo sé.

THE. (Afanoso.) Vos...

ROD. Basta ya.

THE. No, que atenazando está
mi memoria idea extraña...
Yo en Guadalete me hallé.

ROD. Conmigo.

THE. Con vos. ¡Dios mío!
Hundirse le vi en el río,
y a ayudarle me arrojé;
pero ya no le ví más.

ROD. ¡Theudia!

THE. Señor.
(Queriendo arrodillarse.)

ROD. Alza, ¡necio!
del mundo soy ya desprecio.

THE. Pero de Theudia, jamás.
ROD. Padre, un escaso momento
dejadnos solos.
ERM. (A Theudia.) Por Dios,
no le excitéis mucho vos.
THE. Descuidad; de su contento
no son excesos extraños
que somos amigos viejos,
y de nuestra patria lejos
nos vemos tras largos años.
(El Ermitaño entra en el interior de la cabaña por la izquierda.)

ESCENA IV

Don Rodrigo y Theudia. (Llueve.)

ROD Háblame de mi España, Theudia amigo;
háblame de ella tú, que fuiste el solo
en quien traición tan fea no halló abrigo
en quien tu pobre rey no encontró dolo.
Dime, ¿conserva aún el pueblo hispano
recuerdo alguno de la antigua gloria?
¿Qué piensa del vencido soberano?
Theudia, ¿qué sitio ocupa en su memoria?
THE. No me lo pregunteis.
ROD. ¡Ah! Te comprendo;
me culpa sólo a mí.
THE. Sois el vencido.
ROD. Desengaño es a un rey, duro y tremendo.
¿Conque sólo me dan?...
THE. Mengua u olvido.
Mas basta ya, que vuestro afán entiendo.
¿Y cómo os hallo aquí?
ROD. Triste es mi historia
Theudia.
THE. Y la mía.
ROD. Y yo, ¿cómo te hallo?
THE. Huyendo de los moros.
ROD. ¿La victoria
llevan?
THE. Ya es nuestro pueblo su vasallo.
ROD. ¡Tierra infeliz!
THE. Sí, a fe. Toda la ocupan
esos infieles ya.
ROD. ¿Ya nada resta?
THE. Un rincón en Asturias, do se agrupan
los que escaparon de la lid funesta.
ROD. ¿Pero podrán allí?...
THE. No pueden nada,
por más que de ira y de venganza rayo,
levantó su pendón con alma osada

vuestro valiente primo don Pelayo.

ROD. ¿Y mis nobles con él?

THE. No, no hay ninguno.

ROD. ¡Ninguno dices!

THE. Perecieron todos
a manos de los moros uno a uno.

ROD. ¿Qué resta, pues, de los ilustres godos?

THE. Vos y yo nada más; porque no cuento
al que con vil traición nos ha vendido.

ROD. ¿Aún vive don Julián?

THE. Para escarmient-
de los que a sus contrarios han servido.

ROD. ¡Vive! ¿Y qué es ora de él?

THE. En una tórre
estuvo largo tiempo, mas con maña
huyó de allí... Su estrella le socorre.

ROD Sí, sí; mi estrella, tan fatal a España.
¡Ay, bien mi corazón me lo decía:
su estrella marcha con la estrella mía!

THE. ¿Qué es lo que habláis, señor?

ROD Es mi secreto.
(No para ti, de mi amistad objeto.)
Es agüero fatal que a fin terrible
de mi existencia el término ha sujetó.

THE. ¡Y en agüeros creéis! Es imposible.

ROD. Theudia, son los destinos celestiales
inmutables, y es justo su castigo
para los que han causado tantos males
en la tierra, cual yo.

THE. Soñáis os digo.
El noble osado que su frente afronta,
hace cejar a su enemiga suerte,
o halla tranquilidad segura y pronta
en el reposo de gloriosa muerte.
Eso es superstición.

ROD. Yo ya sabía
que el insensato mundo
miedo o superstición lo llamaría.
¡Mas ¡ay! que es la verdad!

THE. Y a ese villano...

ROD. El cielo, de los godos enemigo,
para que acabe al fin, guarda su mano
con todos de una vez dando conmigo.

THE. ¡Ay si yo doy con él! En la frontera
le perdí.

ROD. ¿Le seguíais?

THE. Desde el día
que vi frente a las nuestras su bandera,
vengar de ello juré a la patria mía.
Y de soldado suyo disfrazado,
de aventurero ya, ya de mendigo,
fuí su sombra doquier, doquier he estado
de él en acecho, y la traición conmigo.
Mas un poder oculto le defiende;
jamás en ocasión hallarme pude.

ROD. En vano, sí, tu lealtad pretende
que el cielo en ello vengador te ayude.

THE. ¡Ay si me vuelvo a ver sobre su huella!
¡Ay si algún día mi furor le alcanza!
No ha de valerle contra mi su estrella.
Será como él, traidora mí venganza.

ROD. No, Theudia, es imposible... inútil brío.
Oye, y esta conserva en tu memoria
página triste, de mi triste historia
Al salir de las aguas de aquel río
do me vistes caer sin la victoria,
y en cuya agua se hundió cuanto fué mío,
abandoné el caballo y la armadura,
cambié con un pastor mi vestidura,
y con todo el pesar del vencimiento,
despechado me entré por la espesura,
cual de esperanzas ya, falto de aliento.
¡Cuánto, Theudia, sufrí! Triste, perdido,
de mi reino crucé por las llanuras
en hambre y soledad, como un bandido
que huyendo de la ley camina a oscuras,
Era la hora en que la luz se hundía
tras las montañas, y la niebla densa
por todo el ancho de la selva umbría
iba tendiendo su cortina inmensa.
Con el cansancio y el temor y el duelo
fiebre traidora me abrasaba ardiente,
sin ver donde acudir y en aquel suelo
en que nunca tal vez habitó gente.
Cuando con más esfuerzos avanzaba
viendo si al llano por doquier salía
más la selva a mis pasos se cerraba,
más en la negra oscuridad me hundía
Un vértigo infernal apoderóse
de mi alma... y sin luz y sin camino,
a mi exaltada mente presentóse
toda la realidad de mi destino.
Rey sin vasallos, sin amigos hombre,
en mi raza extinguido el reino godo,
sin esperanzas, sin honor, sin nombre,
perdido, Theudia, para siempre todo.
Cuán odioso me ví. Despavorido
a pedir empecé con grandes voces
auxilio en el desierto; mas perdido
fué mi acento en las ráfagas veloces
a expirar en los senos del espacio...
y a impulso entonces del furor interno,
maldiciendo mi estirpe y mi palacio
con sacrilega voz llamé al infierno.

THE. ¡Cielos!

ROD. Y él me acudió, sulfúrea lumbre
rauda encendió relámpago brillante,
y en mi pecho siniestra incertidumbre.
Sentí algo junto a mí, miré un instante
y a la sulfúrea luz, monje sombrío,

a mi lado pasó: y a su presencia
tembló mi corazón, cedió mi brío.
Pedile amparo, mas fatal sentencia
me fulminó diciendo: «¡Vaya, impío,
que él a quien deshonró tu incontinencia,
vendrá de crimen y vergüenza lleno,
con tu mismo puñal a hendir tu seno!»
Dijo, y por entre la niebla arrebatado
huyó el fantasma y me dejó aterrado.

TEH. Sueño vuestro, fantasma peregrino
fué de la calentura abrasadora.

ROD. No, Theudia; voz de mi fatal destino.
Mientras ese hombre esté sobre la tierra,
Theudia, no hay para mí paz ni reposo,
doquiera el paso sin piedad me cierra
ese espectro a mi raza peligroso.
¿Ves el puñal que cuelga en mi cintura?
con él me ha de matar, es mi destino;
Theudia, no hay tierra para mí segura,
ese hombre ha de bajar por mi camino.

TH ¡Y eso creéis!... Calládselo a la gente
y toleradme en paz esta franqueza.
Mas vuestra vida austera y penitente
amenguó de vuestra alma la grandeza
y amenguó la razón de vuestra mente.

ROD Tiene en mi corazón sacro prestigio,
Theudia, te lo confieso y me amedrenta
aquella predicción y aquel prodigio.

THE. ¡Prodigio lo llamais! ¿Y no os afrenta
tan vil superstición?

ROD Sea en buen hora,
mas creo en ella; a ser fascinadora
de la mente aprensión, despareciera
con el tiempo; el ayuno y el cilicio
arrancado a la mente se la hubiera.

THE. La arrancara mejor trompa guerrera
y de la id revuelta el ejercicio.
Eso cumple mejor a vuestra raza;
en vez de esta cabaña y ese sayo,
la blanca tienda y la aferrada maza,
y el bruto cordobés, hijo del rayo.
Sí; mientras viva Theudia y por amigo
querais tenerle, con bizarro alarde
os dirá, de la paz siempre enemigo,
que el noble que no lidia es un cobarde.

ROD ¡Traidor!

THE ¡Hola! Vuestra alma se despierta
a la voz del honor; así os quería:
veo que aún vuestra sangre no está muerta
y alienta el corazón con hidalguía.
Escuchadme, señor, y ved despacio
el peso y a la razón de lo que os digo,
que es mengua, sí, que quien nació en palacio
aguarda con pavor a su enemigo.
Perdido estais, sin esperanza alguna;

no hay para vos n. fuerza ni derecho
no hay para vos ni gente ni fortuna;
el moro vuestro ejército ha deshecho
y atropelló a la cruz la media luna;
mas hay un corazón en vuestro pecho
que a vuestro antiguo honor cuentas demande,
y un corazón de rey debe ser grande.
Si a las manos morir es vuestro sino.
de ese conde traidor que nos vendiera,
la mitad evitadle del camino
tras él saliendo con audacia fiera.
Provocad con valor vuestro destino;
con él trabaos en la lid postrera,
y arrostrad ese sino que os espanta
vuestro puñal hundiendo en su garganta.
Ya no tenéis ni ejército ni enseñas,
mas os resta un amigo y un vasallo,
y las lunas del mundo no son dueñas,
ni es de la suerte irrevocable el fallo
Dejad, pues, el misterio de estas breñas;
asíos de una lanza y un caballo,
y con caballo y lanza, y yo escudero
si no podeis ser rey, sed caballero.

Rod. Basta, Theudia; ese bélico lenguaje
cumple a los corazones bien nacidos,
y en el mío despiertan el coraje
de tus fieras palabras los sonidos.
Sangre me pide mi sangriento ultraje,
sangre mis tercios en Jerez vencidos.
Theudia, tienes razón; de cualquier modo,
morir me cumple cual monarca godo.
Sí: ya a mi olfato y mis oídos siento
que trae el aura que las riendas mece
el militar olor del campamento
y el clamor de la lid que se embravece,
y del clarín agudo el limpio acento
que a los nobles caballos extremece,
y esa guerrera y bárbara armonía
la prez me torna de la estirpe mia.
Indigna es de un monarca y de un guerrero
esta debilidad que me avergüenza;
de mi superstición reirme quiero;
no quiero, Theudia, que el pavor me venza.

The. Dos sendas hay, y por cualquiera os sigo:
buscar al conde y perecer vengado,
o guareceros del pendón amigo
y acabar con honor como soldado.

Rod. Cumple eso más al corazón que abrigo;
Theudia, olvidémonos de lo pasado,
y en la desgracia de rencor ajenos,
bajemos a la tumba de los buenos.
Esta arma vil que a mi existencia amarga,
quédese aquí después de mi partida,
(Clava el puñal en el poste que sostiene la choza.)
y quede en este tronco, con mi daga

enclavado el misterio de mi vida.
¿Dices que ha levantado en la montaña
pendón un noble, de venganza rayo?
Pues bien, ¿qué hacemos en la tierra extraña?
¡Lejos de mí mi penitente sayo!
Vamos, Theudia a lidiar por nuestra España,
y a triunfar o a caer con don Pelayo:
no diga nunca el mundo venidero
que ni supe ser rey, ni caballero.

THE. ¡Ahora os conozco, vive Dios!

ROD. Mañana
partiremos a Austurias.

THE. Franco paso
nos dará el Portugal que nos dió asilo.

ROD. Hasta mañana, pues; duerme tranquilo.
Duerme, Theudia.

THE. ¡Señor, velando acaso
vais a quedar mi sueño!

ROD. Desde ahora
no hay de los dos segundo ni primero.

THE. Señor...

ROD. Déjame solo hasta la aurora;
pues no soy más que un pobre aventurero,
seré, en vez de tu rey, tu compañero.

(Vase Theudia al aposento contiguo de la izquierda.)

ESCENA V

Don Rodrigo.

ROD. Bien dice ese leal. Más vale al cabo
caer en una lid por causa extraña,
que de servil superstición esclavo,
llorar imbécil la perdida España.
Saldré otra vez al agitado mundo
con mi contraria suerte por herencia
velando en el misterio más profundo
el secreto fatal de mi existencia.
Nada soy, nada tengo, nada espero;
encerrado desde hoy en mi armadura,
seré en mi propia causa aventurero,
sin esperar jamás prez ni ventura.
Mas al caer lidiando en la campaña,
al pueblo diga mi sangrienta huella:
«Ved; si no supo defender a España,
supo a lo menos sucumbir por ella.»

Mas ¡ay, triste de mí! Mi pueblo mismo,
que me tiene en horror, con frío encono
me verá descender hacia el abismo
como me ha visto descender del trono.
Si; aplaudiendo tal vez mi sino adverso...
y todo es obra tuya, conde infame,
por ti desprecio soy del universo.
Fuerza es que sangre nuestra se derrame.
(Viendo el puñal.)
Mas, Dios Santo, ¡ahí estás! Húyeme, aparta,
sueño fascinador, que esquivo en vano;
nunca de sangre de los godos harta,
esta daga fatal busca una mano.
La de uno de ambos... tigre vengativo,
ser exterminador de mi familia;
uno solo de entrambos quede vivo.
Veamos el infierno a quién auxilia.
Mi razón, mi creencia lo repele;
mas nunca echar de mí puedo esta idea;
ese día fatal ¡oh infierno! impele;
tráenosle de una vez, y pronto sea.
Vértigo horrible el corazón me acosa,
sed de su sangre el corazón me irrita...
¡O huye por siempre, pesadilla odiosa,
o ante mis ojos ven, sombra precita!
(Abrese la puerta con ímpetu, y al par que ilumina el fondo un relámpago, entra en la escena el conde don Julián.)

ESCENA VI

Don Rodrigo y el conde

CON. Gracias al diablo que llegué a la cumbre.
ROD. ¿Quién es? ¿Do va? ¿Qué busca? ¿Quién le [trae?
CON. Rápido preguntar. Mas si es costumbre
oid. Un hombre, a Portugal y lumbre
para secarme del turbión que cae.
¿Hay más que preguntar?
ROD. Mal humor gasta.
CON. Lo mismo que pregunta le respondo.
¿Tiene algo que cenar?
ROD. Nada.

CON. Pues basta.
la cuestión por mi parte ha dado fondo.
(Se sienta con calma a la lumbre.)
ROD. Desatento venís donde os alojan.
CON. Pues sin brindarme vos yo me aparezco
y esos nublados hasta aquí me arrojan
ni vos me lo ofrecéis ni os la agradezco.
ROD. Me obliga, por mi fé, la cortesía,
más no soy hombre que a sufrir me avenga
razones de tamaña altanería.
CON. Tampoco yo, que despechado vengo,
y harto estoy de la vida.
ROD. Y yo lo mismo
CON. Yo tras la muerte con deseo insano
debo partir mañana muy temprano.
ROD. Y yo también.
CON. ¿Y adónde?
ROD. A España.
CON. De ella
vengo.
ROD. ¿Sois de ella?
CON. Por desdicha mía.
ROD. Cúpome a mí también tan mala estrella.
CON. Que la mía peor nunca sería.
ROD. Puede que sí.
CON. Lo dudo.
ROD. Allí he perdido
cuanto amé.
CON. Yo también.
ROD. Padres, hermanos..
CON. Yo también.
ROD. Mis amigos me han vendido
CON. También a mi.
ROD. Fuí mofa a los villanos.
CON. También yo.
ROD. Y el honor de mis blasones
ultrajó un hombre vil.
CON. Y otro los míos.
ROD. Yo he tenido que huir.
CON. Como ladrones
nos desbandamos sin poder ni bríos,
mis soldados y yo. Todos ingratos
me han sido a mí.
ROD. Y a mí todos traidores.
CON. Nada esperó.
ROD. Ni yo. Más pienso a ratos
en venganzas horribles.
CON. No mayóres
que las mías serán.
ROD. ¡Oh! Sí. Son tale
que vértigos terribles me producen.
CON. Los míos a la rabia son iguales.
ROD. Y los míos a España me conducen.
nada más que a morir.
CON. Y a mí lo mismo;

vengo a buscar a un hombre a quien detesto,
y ante uno de los dos se abre el abismo.

ROD. Yo busco a otro hombre para mí funesto,
y guardo ese puñal de mi familia
que del uno es el fin de todos modos.
(El conde lo mira y lo reconoce. Esto depende de los actores.)

CON. ¿Es tuyo ese puñal?

ROD. Sí.

CON. ¡Dios me auxilia.
Ese hierro es la muerte de los godos.

ROD. Godo soy.

CON. Yo también, mas su enemigo.

ROD. ¿Quién hará de ello ante mi vista alarde?

CON. ¡Tú eres el torpe rey!...

ROD. ¡Tú el vil cobarde!...

CON. Yo el conde don Julián.

ROD. Yo don Rodrigo
(Quedan un momento contemplándose.)

CON. Nos hallamos al fin.

ROD. Sí, nos hallamos.
Y ambos a dos execración del mundo,
la última vez mirándonos estamos.

CON. Eso apetece mi rencor profundo.
Mírame bién; sobre esta faz, Rodrigo,
echaron un baldón tus liviandades,
y el universo de él será testigo,
y tu torpeza horror de las edades.

ROD. Culpa fué de mi amor la culpa mía;
de Florinda me abona la hermosura;
mas, ¿quién te abonará tu villanía?

CON. De mi misma traición la desventura.
Deshonrado por ti, perdílo todo;
mas no saciaba mi venganza fiera
tu afrenta nada más, menester era
toda la afrenta del imperio godo.

ROD, ¡De un traidor como tú, fué digna hazaña!
Cumplieras con tus viles intenciones
yendo a matarme con silencio y maña.
o contra mí sacaras tus pendones
y bebieras mi sangre en la campaña,
mi corazón echando a tus legiones;
mas no lograras con tan necio encono
vender a España por hollar mi trono.

CON. Todo lo ansiaba mi tremenda saña;
no hartaba mis sangrientas intenciones
beber tu sangre con silencio y maña,
o en contra tuya levantar pendones;
dar quise tu lugar a estirpe extraña
y tu raza borrar de las naciones;
eso quería mi sangriento encono,
vender tu reino y derribar tu trono.

ROD. ¡Y lo lograste!

CON Sí; logré que al cabo
el mundo a ambos a dos nos aborrezca,
a ti de torpes vicios por esclavo.

y a mí por mi traición, nos escarnezca.

ROD. ¡Tanta maldad de comprender no acabo!

CON. Hice más.

ROD. Imposible es ya que crezca
tu infamia.

CON. Escucha, pues, ¡oh rey Rodrigo!
a cuanto llega mi rencor contigo,
Yo solo quedo de mi raza; presa
los demás de los moros, a pedradas
fué muerta ante mis ojos la condesa,
y a la mar arrojados a lanzadas
mis hijos de Tarifa en la sorpresa;
mas te traigo una nueva, que pagadas
me deja todas las desdichas mías;
supe tiempo ha que en Portugal vivías

ROD. ¡Dios!

CON. Por un monje que te halló en la selva.

ROD. ¡Un monje! (Con temor.)

CON. Sí; mi hermano, cuyos votos
le impiden hoy que contra ti se vuelva,
mas cuya astucia para siempre rotos
los anillos dejó de mis cadenas
para seguir tus pasos noche y día,
y para que la sangre de tus venas
la mancha lave de la afrenta mía.

ROD. ¿Y es cierto? ¿Y ese monje era tu hermano?
¿Era un hombre no más? ,No era un fantasma!
¿Nada había en su ser de sobrehumano?

CON. ¡Que tal preguntes en verdad me pasma·
El me salvó, y me dijo: «Ve a buscarle;
mas antes de matarle,
dile que su castísima Egilona
con su amor ha comprado otra corona.»

ROD. ¡Mi esposa!

CON. Sí; Abdalasis te la quita,
o por mejor decir, vendiósela ella.
Y bien la raza en que nació acredita,
y de su esposo bien sigue la huella.
(Con mofa.) Una reina cristiana, favorita
de un árabe... ¡oh, nació con brava estrella
No penes, pues, por tan leal matrona,
que esposo no la falta, ni corona.

ROD. Basta, basta, traidor; la estirpe goda
deshonrada por tí, por tí vendida,
clama sedienta por tu sangre toda.

(Don Rodrigo va a coger el puñal que esté clavado enel poste, pero el conde don Julián se adelanta y lo toma. Don Rodrigo retrocede dos pasos con supersticioso temor.)

CON. Con la tuya a la par sea vertida.
El mismo cieno nuestro timbre enloda,
la misma tumba nos dará cabida.

(El conde se arroja sobre don Rodrigo, mas Theudia se presenta de repente entre los dos con la hacha de armas empuñada.)

ESCENA VII

Don Rodrigo, el conde don Julián, Theudia y el ermitaño

THE. ¡Mientes! Aun queda quien su honor repare
y del traidor al infeliz separe.
(Da al conde un golpe mortal y cae.)

ROD ¡Theudia!

THE. Señor, cumplí conmigo mismo,
que al vengaros a vos vengué a la España.

ROD ¡Gracias, Theudia! Hoy me arranca tu heroismo
mi ruín superstición, a un noble extraña
Sí; mi pavor con él baje al abismo;
partamos con Pelayo a la montaña,
y logremos, ¡oh Theudia! por lo menos,
morir en nuestra patria como buenos.
(Al Ermitaño.)
¡Padre, dad a ese tronco sepultura
donde repose en paz; mi justo encono
no pasa, no, de su mansión obscura,
aunque el honor de España esté en mi abono!
Yo vuelvo al campo, a la pelea dura,
y aunque muera sin huestes y sin trono,
siempre ha de ser, para quien muere honrado,
tumba de rey la fosa del soldado.
(Vase con Theudia y cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

SANCHO GARCIA

COMPOSICION TRÁGICA, EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

DON JOSÉ ZORRILLA

PERSONAJES

SANCHO GARCIA, conde de Castilla.—LA CONDESA VIUDA, su madre.—HISSEN-ALAMAR.—ESTRELLA.—SANCHO MONTERO.—SIMUEL BENJAMIN.—ELIAS.—UN CABALLERO.

Caballeros, pajes y villanos—La escena es en Burgos por los años primeros del siglo XI.

ACTO PRIMERO

Parque del palacio o castillo de los condes de Castilla en Burgos, cuyo edificio ocupa la derecha del escenario y parte del fondo, formando un ángulo entrante. En la parte del edificio que ocupa la derecha una puerta que da a las habitaciones del conde. En la del fondo otra que da a las de la condesa. El edificio tiene algunas ventanas abiertas en ambas fachadas. En medio del escenario un cenador o kioski, donde pueda ocultarse una persona. Desde el ángulo en que concluye la parte del palacio que ocupa el fondo, se extiende un muro con un postigo que da al campo. Arboles y es de noche.

La condesa y Estrella

EST, Señora, retirémonos, la noche
es cada vez más lóbrega y obscura
y os daña la humedad.

CON. Estrella mía,
tanto este sitio mi dolor endulza,
que siempre me apesara y me contrista
abandonar su soledad inculta:
porque siempre que dichas imagino
tan solo aquí mi corazón las busca.
¿Ves los millares de hojas que en los árboles
al paso de los céfiros susurran?
Pues un recuerdo delicioso, Estrella,

germina en mi memoria cada una.
Si de aura mansa al perfumado soplo
en apagados són lentas murmuran,
adormecen mis penas y me tornan
un gozo melancólico mi angustia.
Si ráfaga veloz, con roncas alas
cruza sus ramas y en sus ramas zumba
responden a su són dentro mi pecho
secretos mil que mi conciencia anublan
¡Oh! y tengo tantos cual menudas hojas
esta enramada soledad fecunda,
tan expuestos al viento como ellas
y como ellas también tranquilos nunca.

EST. Si humilde lealtad puede esas penas
calmar, en mí depositad algunas,
señora, y si al consuelo se resisten
al menos de hoy las lloraremos juntas.

CON. ¡Llorar! consuelo de serviles almas
a quien su suerte miserable abruma,
más ponzoña de nobles corazones
que fieramente con su suerte luchan.

EST. ¿Tanto os acosa vuestro mal; señora?
¿No va don Sancho la morisca chusma
do quier venciendo, y la vertida sangre
lava de vuestro esposo con la suya?

CON. Que no suene ese nombre en mis oidos.

EST. Perdonad, ya lo sé: sé que a una viuda
que llora un noble esposo por quien casta,
a la mundana vanidad renuncia,
por quien la hermosa faz y esbelto talle
en toscos paños codiciosa enluta.
no deben con inútiles recuerdos
del esposo aumentar su pena justa.
Mas cuando queda un hijo, que apilando
cabezas de enemigos en su tumba
las glorias de su padre...

CON. Calla, Estrella,
que tu ignorante lealtad te ofusca.
¿No ves que ese hijo tan bizarro y fiero
al derribar las berberiscas lunas
el cetro de Castilla de las manos
de su madre arrebata, se le usurpa?

EST. Señora.

CON. ¿Y que aunque venza mil batallas,
al cabo vendrá a ser vencido en una?
¿No ves que solo en pelear pensando
de sus pueblos el bien descuida en suma
la paz, que es solo su fortuna cierta.
Y si sus campos él de sangre inunda,
¿qué pan, Estrella, comerán mañana
los que sus campos a talar le ayudan?
Paz el moro le ofrece: ¿por qué ahora
él la desecha con fiereza estúpida?

EST. ¿La aceptaríais vos?

CON. Y de eso trato.

EST. (Con prontitud.)
¿Y son tal vez por eso esas nocturnas

visitas que admitís de ese africano.

CON. Ese secreto para siempre oculta
dentro del corazón, Estrella, o teme
que te abra ante los pies la sepultura.

EST. Perdonadme, señora, mas hoy que oigo
de vuestros labios la verdad desnuda,
de mi fiel corazón, hoy permitidme
que los ruines temores os descubra.

CON. (¡Qué es lo que va a decir!) Dí.

EST. Creí a un tiempo
que un amor encerraba esta aventura.

CON. ¡Necia!

EST. Mi inexperiencia me disculpe:
mas hoy que cesa tan villana duda
y hallo la causa del secreto trato,
gozo leal el corazón me inunda.

CON. ¡Ea, ya basta! ¿De García Hernández
la viuda altiva, por la llama inmunda
se abrasará de un moro? Tal vileza
cabe no más en la simpleza tuya.
Mas oye; todo en el silencio quede,
y eterna sombra mi secreto cubra,
y aqui quiero advertirte, Estrella incauta,
que los hondos proyectos que se anudan
dentro de los palacios en secreto,
son ¡vive Dios! mortífera cicuta
para aquellos que necios o traidores
dentro del corazón no los sepultan.
Conque si has de vivir de hoy más, Estrella,
este guarda en el tuyo, y no descubras
ni aun a tu mismo confesor, que es tu ama
a quien el moro por la noche busca.
¿Qué ruido es ese?
(Ruido a lo lejos.)

EST. Que se acerca el conde
y el pueblo al retirarse le saluda:
Todo Burgos le adora.

CON. Sí, ahora vence;
mas ¡ay del conde si los moros triunfan!

VOZ. (Dentro.)
¡Viva el conde don Sancho!

PUE. (Idem.) ¡Viva!

VOZ. (Idem.) ¡Viva
el vencedor del moro!

PUE. (Idem.) Viva.

VOZ. (Idem.) ¡Viva
nuestro angel tutelar!

PUE. (Idem.) Viva.

(Entra el conde por la puerta del parque que figura dar al campo, precedido de dos pajes con hachones, y seguido de Sancho Montero y varios caballeros y villanos que le aplauden.,

COND. (A los villanos.)
Apartaos,
basta de aplausos ya, bravos pecheros
gracias y retiraos.
Y vosotros, mis fieles caballeros,

idos también con ellos y aprestaos
a descansar, que acaso en breves horas
os llamarán las trompas y atabales
para salir contra las huestes moras

UN CAB. Todos, señor, saldremos
y con vos venceremos.
o moriremos junto a vos leales.

COND. Gracias, así lo espero; idos ahora
que en vos segura mi esperanza estriba

UNO. ¡Viva el conde don Sancho!

OTROS. ¡Viva!

TODOS. (Saliendo de escena.)
¡Viva!

El Conde al volverse, cuando los suyos se alejan, ve a la Condesa

COND. Dios vele sobre vos, madre y señora.

CON. Contigo venga, victorioso conde.

COND. ¿Tan tarde y en el parque todavía?

CON. Aun no lo es tanto.

COND. (Aparte.) (¿Qué misterio esconde
su inquietud, y su gran melancolía?)
(A Sancho.)
Sancho, lejos mis órdenes espera.
(A Estrella.)
Y aparta tú también, que a solas quiero
con mi madre quedar.

CON. (Con desden.) La vez primera
en muchos días es.
(Vanse Montero y Estrella: él por la puerta de la derecha, que se supone dar a las habitaciones del conde. Ella por la del fondo, que da a las de la condesa.)

La condesa. El conde

COND. ¿Puede un guerrero
disponer de los suyos a su antojo?
¿Puédolos yo emplear en la ternura
cuando del moro el temerario arrojo
provoca mi arrogancia y mi bravura?
Madre, ya lo sabéis; la tierra tinta ¡
aún con la sangre de mi padre humea.

CON. Tal verdad en tu rostro el duelo pinta;
¿mas quién causó la desigual pelea?

COND. No, madre, no me hagáis tamaña injuria;
si errores juveniles me arrastraron
de mi buen padre a provocar la furia,
con mi llanto y mi sangre se lavaron.
Fui rebelde un momento; ¡ah! lo confieso
con dolor; mas también desde aquel punto
fué mi vida ejemplar; y fué por eso
al honor de mi padre mi honor junto.
Mi pueblo olvidó ya las inquietudes
que un tiempo le causé; yo le dí gloria.
y hoy aplaude su prez y sus virtudes
porque vive en su hijo su memoria.
Todo es hoy para mí dicha, esperanza,
y todos hoy mis triunfos victorean.
¡Sólo a mi madre mi placer no alcanza,

y mi gloria sus lágrimas afean!
Decidme, ¿qué anheláis? ¿Qué hay en la vida
que el enarcado ceño os desarrugue?
¿Qué hay en la tierra, qué hay, madre querida,
que vuestro llanto interminable enjugue?

CON. La paz.

COND. ¿La paz? Pues bien, por ella lidio
por esa paz consoladora y bella,
que para vos, para mi pueblo envidio.

CON. Pues bien, el moro te brindó con ella,

COND. ¡Con una paz vendida a peso de oro!
¡Con vergonzosa paz, ruín y traidora!
¡Con esa paz que me propone el moro
porque él, no yo, la necesita ahora!
No, madre, no: yo no venzo; cada día
ensancho más y más nuestras fronteras,
su tierra tiembla en la presencia mía:
y huye espantada su canalla impía
a la sombra no más de mis banderas.
Por eso paz y treguas me proponen;
temen que mi valor los acorrale,
y en la paz se aperciben y disponen
a que otra vez la suerte nos iguale.
No, madre; no haya paz, no haya cuarteles
aquí ni allí; cuando vencidos sean,
cuando haga yo con sus tostadas pieles,
con sus lenguas que injurian y bravean
los frenos adobar a mis corceles,
esa paz les daremos, que desean.
En tanto, madre, seamos los mejores:
o todo o nada; o siervos o señores.

CON. Siervos, nada tal vez: ¿ellos acaso
no tienen armas, gente, capitanes?
¿Si el terrible Almanzor te gana un paso
qué valdrán tu valor y tus afanes?
«Todo o nada», a su vez te dirán ellos;
«todo o nada», y metiendo sus caballos
por medio de tus míseros vasallos
sus cimitarras segarán sus cuellos.

COND. Mi padre fué por vos a tierra extraña,
y es natural que ajena aquí en Castilla
(Con frialdad.)
sintais temor por nuestra noble España
mas no la conoceis: no es maravilla.

CON. Pero conozco el mundo y la fortuna,
que lo trastorna todo, y será un día
en que triunfe tal vez la media luna.

COND ¡Tened por Dios la lengua, madre mía,
si ha de ser de enemigos abogada!
¿Qué esperáis de esa paz? ¿Qué de los moros?
¿Os seducen tal vez de su embajada
los soberbios presentes y tesoros?
Esperad unos días, y tras ellos
veréis cuál para vos mi gente alcanza
presentes de más prez, muchos más bellos,
ganados a los botes de su lanza.
Esas serán de vos dignas preseas;

no las de que ellos alabarse pueden
de que a fuer de limosnas nos la ceden
por ser de su tesoro las más feas.
En la viuda de un conde de Castilla
tan mezquina ambición siempre es mancilla.

CON. Deber es de una noble castellana
del sumiso enemigo oir el ruego.
Perdonar, es virtud muy soberana;
más grande el vencedor se ostenta luego.

COND. Madre, no sé qué arcano misterioso
esa tenaz intercesión encierra;
no comprendo ese empeño vergonzoso
de interrumpir las glorias de esta guerra.
No lo comprendo, madre mía; y juro
que la paz del espíritu me quita
el ver que cada triunfo que aseguro
os entristece más, más os irrita.
Mas os juro también que es ruego vano;
si, mientras reine yo, para esos perros
labrará solo el pueblo castellano
lanzas agudas y pesados hierros.

CON. ¿Mientras que reines tú? ¡Mancebo loco!
¿Y a qué llamas reinar? ¡A andar talando
tus propias tierras; a tener en poco
los ruegos de tu madre, que llorando
los días y las noches tus deslices
pasa, viendo sus pueblos infelices!

COND. Madre, bien veo que el frecuente trato
que os permito con moros y extranjeros
el corazón os mina; sin recato
andan por Burgos ya con hartos fueros
de mal hijo tachándome y de ingrato,
deslumbrando a mis fieles caballeros;
y ¡por Dios! que de tanta villanía
la culpa tiene la indulgencia mía.

CON. Eso es, ensalza, ensalza tu indulgencia,
tu generosidad, cuando me tienes
en triste y vergonzosa dependencia
cual cautiva tomada por rehenes.

COND. ¡Señora!

CON. Sí, cerrada en tu palacio.

COND. ¿No recibís en él, y en mengua mía,
con toda libertad, con todo espacio,
cuantos quereis de su caterva impía?

CON. A cualquier desterrado se permiten
amigos de aflicción.

COND. ¿Quién son los vuestros,
madre?
¿Quién son los que ante vos se admiten?

CON. De ciencias y artes, hábiles maestros.

COND. Y acaso en ellas demasiado diestros.

CON. Los que mi pobre espíritu iluminan,
los que endulzan un poco mis pesares.

COND. Sí, y los que vuestro espíritu alucinan.
y os llevan del error a los altares,
los que os dan ambición, los que os dominan.

CON. Sí, porque saben más que el vulgo necio.

porque ahondan los misterios más sombríos
su alta ciencia.

COND. (Con desdén.) ¡Derviches y judíos!
Callad, madre, callad; yo los desprecio.

CON. Y yo no, los atiendo, los escucho,
y aprendo de ellos.

COND. Y con frutos grandes!
mas de Burgos saldrán antes de mucho.

CON. No bastará tal vez que tú lo mandes.

COND. ¡Madre!

CON. Basta; será lo que te digo.
Ya me harto de sufrir tu dependencia,
tu madre soy y reinaré contigo.

COND. Reinad si lo queréis; reinad si os place;
de todo disponéis; en nada coto
os he puesto jamás, todo se hace
cual queréis en mi casa, vuestro voto
para todos es ley, madre y señora.
Vuestro es mi reino; gobernad mi tierra;
cual lo habéis hecho siempre, hacedlo ahora,
mas hombre soy; dejadme a mi la guerra.
Yo tierra os ganaré, prez y tesoros,
vos derrochadlos; mas en tiempo alguno
me roguéis por judíos ni por moros,
porque jamas amar podré a ninguno.

CON. ¿Conque ese embajador?...

COND. Se irá mañana.

CON. ¿Y se irá sin respuesta?

COND. Sin ninguna.

CON. Pues yo conde, también soy soberana
y voy a darle por mi parte alguna.
Quiero ser a lo menos cortesana
con quien a mi somete la fortuna.

COND. ¿Los vais a recibir?

CON. Sí, ya lo he dicho.

COND. Madre, Dios os perdone tal capricho.

El conde

¡Oh, me traspasa el corazón desvío
tan injusto y tenaz! ¿cuándo con ella
fuí rebelde ni ingrato? el reino mio,
mi decoro, mis leyes atropella.
¿Y se queja de mí? ¡Destino impío,
de tu mano implacable la honda huella
conozco en su altivez! Mi madre ahora
es de mi antiguo error la vengadora.
Tal vez para mi madre fui mal hijo,
y es mala madre para mí; ¡ya veo
tu justicia, gran Dios! y más me aflijo
cuanto más recta tu justicia creo.
¡Ay, yo me empeño con afán prolijo
en prevenir su gusto, su deseo,
le preparo aun a costa de mi afrenta
y ella me contraria y me atormenta.
¡Oh, y ese afán en pró de la morisma,
ese favor con que al judío acorre
en una sima de pesar me abisma!

sangre extranjera por sus venas corre...
Esta idea fatal... ¡siempre la misma!
¡de la mente no sé cómo la borre!
y aunque el nombre de madre me la espanta,
siempre tras de mi madre se levanta!
¡Oh, triste vida! ¡miserable vida
la vida en los palacios condenada
a pasar en recelos consumida
y por ruines sospechas desgarrada!
Ruin destino a los príncipes acuida,
polvo es su orgullo, su grandeza nada;
¡colgado del dosel de su grandeza,
hay un puñal que amaga su cabeza.
En fin, alerta vivamos
los que a gobernar nacimos,
los que a ser señores y amos
de otros condenados fuímos,
velemos, no los perdamos.
¡Montero!

El conde, Sancho Montero

SAN. Señor.
COND. Ya es tarde:
vámonos a recoger,
y mañana muy temprano,
Sancho, a despertarme ven.
SAN. ¿A qué hora?
Al rayar el alba;
un asunto de interés
quiero encargarte y es fuerza
que te enteres antes de él.
SAN. Señor, nací vuestro súbdito·
de cuanto soy disponed.
COND. Mañana, Sancho; descansa
de aquí hasta el amanecer.
SAN. Descuidad, rayando el alba
a vuestra puerta estaré.
COND. Y no ha de pesarte de ello
si me sirves franco y fiel.
SAN. Los del Valle de Espinosa
jamás rompieron su fé.
COND. Por tu lealtad, Montero,
te escogí yo, vamos pues
(Entran.)

Estrella, por la puerta del fondo

Gracias a Dios que se fueron,
Temiendo estaba, pardiez,
que el otro viniera, y ellos
la seña oyeran también:
y entonces, ¡Dios nos ampare!
¿Qué iba de todos a ser?
¿Cómo tolerara el caso
de don Sancho la altivez
Tiemblo con solo pararme
en pensamiento tan cruel.
Y yo, necia, que creía
con tan sándia candidez
que ese moro era un galán!
¿Quién tal pudiera creer?
¿La condesa de Castilla
matrona de tanta prez,
en una afición tan ruin
desatentada caer?
Pobre de mi que en el Valle
de Espinosa, mi niñez
pasé en sencillez inculta,
¿qué de los palacios sé?
¡Oh, perdónenme los cielos
tan injurioso creer!
Perdóneme mi señora,
pues de sencilla pequé.
¡Ea! El desliz enmendemos
con más severa estrechez
obedeciendo sus órdenes:
vasalla suya nacer
fué mi suerte,
y ser me cumple
para mis señores fiel,
En atalaya me pongo
a su señal a atender.
(Se sienta.)

Estrella, Sancho Montero, con recato, por la puerta de la derecha

SAN. No la he visto en todo el día,
y los ojos no sabré
pegar en toda la noche
si no la veo una vez.
¡Oh, la quiero con el alma!
¡Cuán bella y cándida es!
no tengo otro pensamiento
Esta es su ventana; haré
la seña con tiento... ¡Estrella!
(Llamando.)

EST. ¿Quién me llama? ¡Cielo, es [él!
SAN Estrella, ¿qué haces aquí?
¿porqué de tu cuarto dentro
a estas horas no te encuentro?
EST. (Temblando estoy, ay de mí.)
SAN. Responde, Estrella, responde.
¿Por qué en tu cuarto no es- [tás?
EST. ¿Y tú, Sancho; adónde vas?
SAN. ¿Dónde voy Estrella? ¿dónde
iré cuando en todo el día
no he logrado un solo instan- [te
ver el sol de tu semblante?
EST. ¡Es cierto, Sancho!
SAN. ¡Alma mía!
sin verte no sé vivir,
que fuera vivir sin ver;
tú, Estrella mia, has de ser
la estrella que he de seguir.
Sin tí no tengo valor,
ni me siento con paciencia
para sufrir la existencia
que no ha de dorar tu amor.
EST. Sancho mío, yo tampoco
vivir un día pudiera
sin la esperanza hechicera
de tu amor.
SAN. Yo tengo en poco
sin tí todo el mundo, Estrella:
la más santa obligación,
si lucha en mi corazón
con tu fé, sucumbe a ella.
Si fuera posible en mí
luchar lealtad y amor,
entre tu fé y mi señor
quedará el campo por tí.
EST. ¡Sancho!
SAN. ¡Oh! esto es suponer:
porque oposición no hallo
entre el galán y el vasallo,
entre el amor y el deber.
Amo al conde como debo,
te amo a tí con cuanto soy;
con él a la muerte voy
y a tí en el alma te llevo.
¿Mas qué zozobra te asalta?
¿Estás inquieta? ¡ah! sospecho
que en venir a verte he hecho
sin duda, Estrella una falta.
EST. No, no, Sancho; mi mayor
placer es verte, es hablarte;
entristecerte, enojarte
mi más íntimo dolor.
SAN. Pero tu mano en las mías
tiembla, sí, vagan tus ojos
sin cesar... ¡Estrella!
EST. Enojos
aparta, Sancho, y manías.
¿No me conoces? ¿No sabes
que con el alma te quiero?
¿No sabes que te prefiero
a los negocios más graves?
No hay cosa que tú me indiques
en que yo no te complazca;
manda, haré cuanto te plazca.
SAN. Mando que te justifiques.
EST. ¿De qué?
SAN. ¿A qué sales aquí
a hora tan extraña, Estrella?
EST. Ay Sancho, los labios sella
si me han de injuriar así.
Casi a un tiempo hemos naci- [do
juntos nos hemos criado,
niños nos hemos amado,
hermanos siempre hemos sido.
¿Y puedes dudar de mí?
SAN. ¡Ay, Estrella, qué se yo!
EST. ¿Quieres injuriarme?
SAN. ¡Oh, no!
EST. ¿Mas estás celoso?
SAN. ¡Oh, sí!
EST. ¿Celoso, Sancho? ¡En verdad
que no lo estás con razón!
SAN. Estrella, hace el corazón
de las sombras realidad.
Y este parque solitario,
esta hora tan avanzada,
esta noche tan cerrada...
¡ay! si un juicio temerario
me impelieron a formar,
confiesa que hallé razón.
EST. Pues bien, los celos depon,
Yo te juro...
SAN. ¿A qué jurar,
falsa lo que en este instante
está todo desmintiendo?
¡Ay Estrella, ya lo entiendo,
eres mujer, e inconstante!
Las costumbres de palacio
tus costumbres corrompieron
acaso te sedujeron...
EST. Sancho, habla con más espa- [cio,
que estás hablando de mí:
y aunque no nací condesa,
conservaré siempre ilesa
la honra con que nací.
Si ahora en este parque estoy,
bástete, Sancho, saber,
que ni falto a mi deber,
ni me olvido de quien soy

SAN. Pues, bien, entonces, Estrella,
¿qué secreto es el que guardas
que así en mostrármelo tardas,
si tus juramentos sella?
¿Temes, amándote yo,
fiar tu secreto en mí?
¿no fías de Sancho?

EST. ¡Oh, sí!

SAN. Pues bien, descúbrele.

EST. ¡Oh, no!

SAN. Estrella, ¿y qué suponer
de ese silencio?

EST. Que callo
porque cabe en el vasallo
el amor con el deber.
Espera, Montero, un día
y todo lo entenderás.

SAN. ¿Todo me lo explicarás?

EST. Sí, todo, ¡por vida mía!

SAN. Entonces, Estrella, fío
en tí, aunque llevo recelos...

EST. No volvamos a los celos.

SAN. ¡Ah! no está eso en poder mío.

EST. Vete pues, Sancho, que es tar-
[de.

SAN. Vóime, Estrella, hasta mañana,
porque en hora muy temprana
fuerza es que el conde me
[aguarde.
Adios.

EST. (Suenan dos palmadas.)
Adios.

SAN. Mas, ¿qué es eso?
Estrella, eso es un aviso.
Es una seña, preciso.

EST. Seña es, Sancho, lo confieso.

SAN. Pues bien, si a satisfacer
mis celos dispuesta estás,
déjame abrir.

EST. Sancho, atrás.

SAN. ¡Estrella!

EST. No puede ser.
Pues que Dios lo quiere así
todo el secreto sabrás,
mas a ese hombre no verás.

SAN. ¡Ah! ¿con que es un hombre?

EST. Sí.
mas no soy yo quien le espera,
ni a quien él busca soy yo.

SAN. Falsa mujer, ¿cómo no,
si estás de tu cuarto fuera?

EST. ¿Y no hay nadie en el palacio
que pueda mandarlo así?

SAN. ¡La condesa!

EST. Sancho, sí.

SAN. No sé cómo tengo espacio
para escuchar de tu lengua
tal falsedad, tal mancilla.
¿La condesa de Castilla
puede obrar con tanta men-
[gua?
No: y eso es crimen mayor
que tu antigua falsedad.
¿Ella tanta liviandad?
¿Ella tan infando amor?

EST. No, Sancho, este es el secre
[to;
la condesa admite a un hom-
[bre
mas de esa acción no te asom-
[bre,
no es el amor el objeto.

SAN. En un laberinto, Estrella,
me metes de confusión;
sino es una vil pasión,
¿qué quiere ese hombre con
[ella?

EST. ¿En los palacios, Montero,
no hay más secretos, más ci-
[tas
que de amor?

SAN. Dar necesitas
satisfacción por entero.
El secreto que tú guardes
también yo guardar podré,
pero al par acecharé
las trazas de los cobardes.
Estrella, yo veré a ese hom-
[bre;

EST. ¡Sancho!

SAN. Es mi resolución;
oiré su conversación,
y sus señas y su nombre
tomaré, y si es nimiedad
mujeril será un secreto;
mas si hay en ello otro objeto
primero es mi letaltad.

EST. ¡Ah Sancho mio! ¡Por Dios
retírate! ve lo que haces.

SAN. Sólo así me satisfaces;
oyéndolos yo a los dos

EST. ¡Imposible!

SAN. Elije pues;
o los oigo de este modo
o abro arrostrando por todo
y nos perdemos los tres.

EST. No puedo con tal rigor;
sea, Sancho, como quieres

porque al cabo en las mujeres
lo primero es el amor.
Ocúltate.
(Vuelve a sonar la seña.)
A abrirle voy.
(Estrella va a abrir la puerta falsa.)

SAN. Tal vez mi deber traspaso,
mas yo sabré en todo caso
portarme como quien soy.
(Se esconde Sancho en el cenador.)

Estrella, Hissem, Sancho, oculto

HIS. Esclava, tarda has andado;
¿dormías?
EST. No, infiel.
HIS ¿Qué hacías
pues, que a abrirme no venías?
¿No ves que si hubieran dado
que en esa puerta a esta hora
a que abrieran acechaba...
EST. Perdonad.
HIS. Despacha, esclava,
condúceme a tu señora.
EST. Voy a avisarla.
SAN. (Aparte.)
¡Dios mío!
¡Por cuanto valgo que ignoro
si estoy soñando! ¡Es un moro!

La condesa, Hissem, Estrella, Sancho oculto

HIS. ¡Sultana mía!
CON. ¡Hissem mio!
SAN. (¡Cielos! ¿es esto ilusión?
Escuchemos.)
CON. (A Estrella.) La escalera
cuida, Estrella, desde fuera,
y encaja bien el portón.
(Vase Estrella.)

La condesa, Hissem, Estrella, Sancho, oculto

CON. Hissem, ya estamos solos. Harto oscura
la noche está, y seguros nos hallamos
a favor de esa lóbrega espesura.
HIS. Dime, Sultana, pues: ¿en qué quedamos?
¿Cede el conde?
CON. No cede.
HIS. ¿El ruego, el oro
nada podrán con él?
CON Nada; es en vano
ofrecer y rogar; no puede el moro
mas que guerra esperar del castellano
HIS. ¡Guerra!
CON. Implacable, sin cuartel, sangrienta.
HIS. ¿No oye pues, mi embajada?
CON. No; mañana
te arrojará de Burgos.
HIS. ¡Tal afrenta!
¿Y tú también sucumbirás, Sultana,
a su ciego furor? ¿Tantas vigilias
de atán han de perderse en un momento?
Por siempre nos aparta, ¿y no me auxilias?
¡y no te opones con osado aliento
y le dices: ¡atrás! llegó mi hora.
yo soy aqui tu madre y tu señora.
CON. ¿Con qué poder, Hissem?
HIS. Con tu arrogancia.
¿No hay consejo, no hay pueblo a quien quejarte
a quien decir en Burgos, que en tu estancia
te guarda sin cesar y ni asomarte
te permiten sin su orden a tus rejas,
que de hijo tuyo en vez es tu tirano?
CON. Y eso es mentira. Hissem.
HIS. Vulgo villano

siempre habrá pronto para oir tus quejas
CON. O no le habrá; ese vulgo en quien confías
le adora, Hissem, le aplaude con mil bocas;
celebra su valor todos los días
con doble afán, que en esperanzas locas
de triunfos le adurmió; y botín, tesoros
espera de esa lid contra los moros.

HIS. Y espera con razón, pese a Mahoma!
Lanzados más allá de sus fronteras
les parece que el mundo se desploma
sobre ellos, divisando sus banderas.
¡Cobardes en España envilecidos!
¡de su raza o valor degenerados!
Ya lo ves cuán humildes, cuán rendidos
le envían sus tesoros más preciados
para pedir la paz... y si ahora mete
ese conde sus huestes vencedoras
por nuestra tierra audaz y la acomete,
¡ay desdichadas de las lanzas moras!
¡ay desdichado nuestro afán, Sultana!
¡Yo tan amante y tú tan altanera;
tu quedarás en Burgos prisionera,
y a mí de Burgos me echarán mañana.

CON. ¡Y tres años, Hissem, tres largos años
de cautiverio por mi amor sufridos!
¿tres años, sí, de cábalas y amaños
de zozobras y crímenes?

HIS. Perdidos.
Jamás, jamás a vernos volveremos!
Yo sin tí, tú sin mi, sin esperanza,
uno de otro enemigos moriremos.

CON. Nunca; a tal sacrificio, no, no alcanza
mi vil resignación. Aun tengo amigos
Hissem, sajones, árabes, franceses,
que temen de don Sancho los castigos
y apoyan mi facción, mis intereses.
Sí, tu embajada, ¡pese a su arrogancia!
en mi cámara propia, a medio dia
yo mañana oiré; nadie en mi estancia
a tí ha de osar a la presencia mía.

HIS. (Con desdén.)
Y él al mismo dintel de tu aposento
cautivos nos hará.

CON. Y saliera caro
al conde tan osado atrevimiento
al recibiros yo bajo mi amparo.

HIS. Inútil razonar, la fuerza es suya,
tú lo has dicho: hay un medio solamente
que su poder y su furor destruya.

CON. ¿Cual es?

HIS. Que yo me aleje prontamente.
y a mis reyes de Córdoba y Sevilla
a tí como mi esposa te presente,
y tributaría de ellos a Castilla.

CON. ¡Hissem!

HIS. Entonces con doblado brío
nos enviarán cohorte numerosa:

tuyo será el condado; y tuyo y mío,
reina serás, y libre y poderosa.

Con. ¿Yo mi fé he de adjurar? no.

His. ¡Ruin reparo!
Se cede al sevillano un pie de tierra,
y otro pie al cordobés; con nuestro amparo
en nuestros pueblos cesará la guerra;
y mirando de entrambos al decoro,
cristiana vivirás, viviré moro.

Con. Jamás, Hissem, jamás.

His. ¡Tarde, traidora,
te llego a conocer!

Con. Moro, ¿qué dices?

His. ¿Qué fué tanta promesa seductora?
¿Tantos augurios de tu amor felices?
¡Y que me amabas sin cesar decías!
Que apreciabas los riesgos, los azares
que por tí arrostré intrépido: ¡mentías!

Con. Nunca, Hissem, osaré hasta mis altares

His. ¿Qué entiendes tú de amor? ¡Necia cristiana
de corazón cobarde! ¿Qué comprendes
de esa pasión que por tan firme vendes.
solo capaz de una ánima africana?
Tres años te serví como cautivo,
mi valor y mi origen olvidando;
tres años que por tí sin honra vivo,
tres años ¡necio! que te estoy amando·
y mi fé y mi pasión no te pondero
cual tú la tuya; y tantos sacrificios,
tal firmeza en tan bravo caballero,
¿cómo me pagas tú? ¡ah, que vas infiero
a reprocharme aun mil beneficios!

Con. Sella, bárbaro Hissem, sella la boca·
tus palabras son fuego, maleficios
para mi corazón, me vuelven loca.
Atropellé mi honor, engañé al conde
mi hijo, al pueblo engañé: sutil, astuta,
cuanto emprendí y fragüé no te se esconde·
¿y me llamas cobarde? Pues bien, moro,
habla: ¿qué quieres de mi amor? responde·
cuanto quieras haré, porque te adoro

His. Abre un sepulcro.

Con. ¿A quién?

His. ¿No lo adivinas

Con. ¡Me horrorizas, Hissem!

His. De otra manera...

Con. ¿Otro crimen aún?

His. Tú no imaginas
cuánto te importa que primero muera

Con. Jamás.

His. Piénsalo bien.

Con. Basta con uno.

His. ¡Miserable de tí! cavas tú tumba.

Con. Medios hay...

His. No, sultana, no hay ninguno;
todos tu pertinacia los derrumba.

Con. Nunca.

HIS. Piénsalo bien, que es tu destino,
que lo dice tu horóscopo.

CON. ¡Qué dices!

HIS. No; los dos no cabéis por un camino,
y os lo han dicho los sabios: ¡infelices!
hundiros uno a otro es vuestro sino.

CON. ¡Sueñas, Hissem!

HIS. ¡Oh torpe rebeldía!
¿No hay conjuros, cristiana, no hay encantos
que vierten luz sobre el futuro día,
y ciertos ¡ay! aunque nos dan espantos?

CON. No los hay en mi fé.

HIS. Mas sí en la mía.
y los he consultado.

CON. (Con espanto.) ¿Y eso dicen?

HIS. Eso; y de nó los astros nòs maldicen.

CON. ¿Y es cierto? ¡Horror!

HIS. Tú misma verlo puedes.

CON. ¿Cómo?

HIS. ¿Crees en la ciencia?

CON. Sí.

HIS. El conjuro
ante tí a hacerse volverá.

CON. ¿Seguro?

HIS. Cierto, infalible.

CON. Quiero verlo.

HIS. ¿Y cedes
convencida una vez?

CON. Sí, te lo juro.

HIS. Mañana pues al despuntar del alba
baja a la gruta en que Simuel habita:
mi esclavo estará aquí, llegarás salva;
y el fatal porvenir que nadie evita
a tus ojos pondrá el israelita.

CON. Iré.

HIS. ¿Tendrás valor?

CON. Si

HIS. Pues mañana
tu destino sabrás, y a elección tuya
muerta en Burgos serás o soberana.

CON. Hable el destino y la elección es suya.

HIS. Piénsalo.

CON. Iré: vé en paz.

HIS. A Dios, Sultana.

La condesa. Sancho, oculto

CON. Iré, sí. Mas ¡ay Dios! que se estremece
medroso el corazón... Ese judío
ante quien claro el porvenir parece,
¿de quién recibe su poder? ¡impío!
Mas sus negros conjuros obedece
el destino en verdad: ¡oh! ábrase el mío;
y aunque el misterio horrendo me horripila
penetrarle sabré fiera y tranquila.

La condesa. Estrella

EST. ¡Señora!

CON. ¿Qué?

EST. De aquí partamos: ruido
de pasos percibí por la escalera
del conde, y distinguir me ha parecido
su sombra atravesar tras su vidriera.

CON. Gente acaso en el parque habrá sentido,
v desvelado está.

EST. Si aquí nos viera.

CON. En tan lóbrega noche no es creible
que vió desde el balcón.

EST. Todo es posible,
señora.

CON. Vamos pues.

EST. (¡Ay! ya respiro,
pues libre a Sancho de sus ojos miro.)

Sancho Montero. Luego el conde

SAN. Mis ojos lo miraron, mis oidos
lo oyeron, y lo dudo todavía.
No, no es fascinación de mis sentidos,
no es ilusión de loca fantasía,
(Asoma el conde y se le acerca.)
es la increíble realidad. Vendidos
a los moros están... ¡Por vida mía
que el ser madre y condesa no la salva
de que lo sepa el conde antes del alba.
A despertarle voy; ahora, sí, al punto
a decirle: «don Sancho, levantaos,
el mundo está contra nosotros junto:
del sitio en que pisais aseguraos,
del aire que aspireis, o sois difunto:
fermenta la traición como en un caos
en vuestra propia casa... ¡Oh, yo estoy loco!
Voy... todo el tiempo me parece poco.
(El conde, que ha venido a colocarse tras él saliendo de palacio, le detiene diciéndole:)

COND. Gracias, Sancho.

SAN. (De rodillas.) ¡Señor!

COND. ¡Silenció! todo
lo escuché desde allí, todo lo he visto.
¡Pluguiera a Dios que no!

SAN. (Con afán.) ¡Ah! de ese modo...

COND. (Interrumpiéndole.)
Tu lealtad conozco.

SAN. (Id.) Mas por Cristo,
señor, que comprendáis...

COND. (Id.) ¡Sancho, silencio!
De la idea que oculta aquí reside
sólo a Dios que la alcanza damos cuenta,
tan solo el confesor cuenta nos pide;
de palabras que al hombre dan afrenta
justo es que el afrentado nos las pida,
y la afrenta se lava con la vida.

SAN. Señor, para arrancármelas del pecho
si es vuestra voluntad, en él ¡lo juro!
cien lanzas abrirán camino estrecho.

COND. Solo así, Sancho, vivirás seguro.

SAN. Será.

COND. No te lo digas ni a tí mismo;

a esa idea de escándalo y de mengua
dentro del corazón abre un abismo;
que no suba jamás hasta tu lengua.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ntecamara de la habitación de don Sancho. Decoración de una sola casa. Puerta en el for y a un lado

Sancho Montero

Tiempo es ya de despertarle,
que está vecina la aurora
y quiero de sus encargos
darle una respuesta pronta.
¡Ay! ¡desdichados mil veces
los que en alcázares moran
arrastrando una existencia
que tantos duelos acosan!
¡Pero qué es eso! alguien sube
por el caracol... zozobras
el ruido menor me causa
desde que sé...
(Llaman con precaución.)
pero tocan
en esa puerta. ¿Quién?
ST. (Dentro.) ¿Sancho?

Sancho, Estrella

SAN. ¡Qué oigo! (Abre.) ¡Estrella, tú [a estas horas!...
¿Qué quieres?
EST. ¡Ay Sancho mio
qué noche tan espantosa
SAN. Qué es lo que dices, Estrella.
EST. ¡Sancho, por nuestra Señora
que me digas lo que anoche
vistes!
SAN. ¡Por Dios, que curiosa
por demás eres, Estrella!
¿A tí de eso qué te importa?
EST. No imagines, Sancho mio,
que curiosidad es sola
mi pregunta, ni por eso
a la antecámara propia
de don Sancho me llegara:
no, no; mi razón es otra.
En agitación horrenda,
en pesadilla angustiosa
toda la noche ha pasado
la condesa mi señora.
SAN. ¿Y eso qué tiene de estraño?
El insomnio en ella es cosa
muy frecuente.
EST. Sancho, no;
nunca la ví como ahora:
hubo un momento en que miedo
la cobré... ¡la creí loca!
SAN. Tu poco espíritu, Estrella;
tu superstición medrosa
tal vez de un sonambulismo
tamañas quimeras forja.
EST. No, no; se arrojó del lecho
desesperada y furiosa.

desencajada, convulsa,
diciendo con voces roncas:
«Dame, Hissem, dame tu alfan-
[je,
tenle, y que su sangre corra.»
Luego se hincó de rodillas
a una aparición incógnita,
suplicando... ¡ay Sancho! en-
[tonces
yo estaba temblando toda.
Se le erizaba el cabello,
se pintaba su recóndita
pavura sobre el semblante,
y los ojos de las órbitas
saltándosela, en su frente
brotaba en hirvientes gotas
mortal sudor... si la hubieras
visto... ¡ay, estaba espantosa!

SAN. (Infeliz.) Estrella, cálmate:
sin duda esa aterradora
escena que estás contándome
soñaste en la noche próxima,
y con tan vivo carácter
tu imaginación pintóla
que realidad la creiste.

EST. ¡Ojalá, Sancho! mas óyela
del todo, y juzga conmigo
la realidad de esa historia

SAN. Dí.

EST. Serenóse un momento:
calmóse aquella diabólica
agitación de su espíritu,
y descansó casi una hora.
Mas al cabo de ella, Sancho,
volvió a arrojarse furiosa
del lecho, y a la ventana
abalanzándose, abrióla.
Tendió los brazos por fuera,
y en voz angustiada y cóncava
gritó: «¡Hissem, acude, sálva-
[me!
¡aquí de tus lanzas moras!
¡acúdeme y todo es tuyo,
mi fé, mi ser, mi corona!»

SAN Silencio, Estrella, silencio,
que don Sancho no te lo oiga.

EST. Ay, todavía me dura
el temblor.

SAN Vete, reposa,
Estrella, y no temas nada:
te lo aseguro, tan poca
importancia hubo en su plática
con el moro, y tan remota
relación tiene con eso...

EST. Sancho, esto sin duda toca
a un secreto que guardas
de mí; ¡ay! yo consoladora
una palabra a lo menos
esperaba de tu boca.

SAN. Estrella, yo te lo juro,
aunque en mi última hora
estuviera, no podría
asegurarte otra cosa.
Vé a tu aposento y descansa;
esa aprensión melancólica
con el reposo disipa
y aguarda a que tu señora
despierte, y de tí y sus damas
para tocarse disponga.

EST. Tarde será.

SAN. ¿Por qué, Estrella?

EST. Porque a mí como a las otras
nos despidió de su cámara
con faz enarcada y torba
diciéndonos: «para nada
os necesito: de sobra
estáis aquí, ea, dejadme
las antecámaras solas,
y que nadie en ellas entre
sin excepción de persona.»

SAN. ¡Pues bien, Estrella, obedé-
[cela!
vete y espera con todas
las otras damas, no salga
y te llame antes de la hora
a otro capricho cediendo.
Mas ¿oyes? del sueño torna
don Sancho, sus pasos siento.
Sal, Estrella, vete pronta
no te halle aqui.

EST. ¡Dios me asista!
¡Adios, Sancho!

SAN. El nos socorra,
que solo puede tal vez
su asistencia poderosa.!
(Va a entrar en el aposento de don
Sancho, y al mismo tiempo apare-
ce éste.)

El conde, Sancho, Montero

COND. Sancho, ¿quién estaba aqui
contigo?

SAN. Estrella, señor.

COND. Exigente es vuestro amor
si os trae de continuo así.

SAN. No fué su pasión ahora
quien la trajo.

COND. ¿Pues quién fué?

SAN. Señor, su cándida fé
y el amor a su señora.

COND. ¿A la condesa?

SAN. Sin duda,
que en Espinosa nacida

la es leal con honra y vida
y solicita en su ayuda.

COND. ¿Qué pasa a mi madre, pues?

SAN. Ha poco a mí vino Estrella
temiendo, señor, por ella,
con afanoso interés;
la pobre me preguntó
lo que anoche ví y oí.

COND ¿En el parque, Sancho?

SAN. Sí.

COND. ¿Y se lo dijiste?

SAN. No.
Antes que ceder con mengua
a amor, a ambición ni miedo,
juraros, don Sancho, puedo
que me arrancaré la lengua,

COND. Gracias, Sancho; más perdo-[na
si esto me trae tan inquieto.

SAN. Descuidad, vuestro secreto
morirá con mi persona.
Mas vuestra madre ha pasado
la noche en insomnio horrible
y en agitación terrible
que a mi Estrella ha amedran-[tado;
y buscando la razón
en esa nocturna cita
me hizo temprana visita
en cuanto vió la ocasión.

COND. ¡Ay, Sancho! que esos traido-[res
el seso la han trastornado,
y acaso la han fascinado
con filtros encantadores.
Descuidos son, Sancho, míos;
su gusto al deber prefiero,
y que trate la tolero
con moros y con judios.
Ella piensa que la inician
en arcanos de la ciencia,
¡vive Dios! y su conciencia
con sus ciencias malefician.
¡Ciencia! ¿A perros tan villa-[nos
abrirá Dios sus tesoros?
¿Dará a judíos y a moros
lo que niega a los cristianos?
No, imposible; en la traición
son sabios, Sancho, no más,
la ciencia de Satanás
abriga su corazón.
¡Horóscopos y conjuros!...
por vida mía que voy
a deshacérseles hoy
con encantos mas seguros,
¿Los hombres que te encargué

SAN. Ya esperan.

COND. ¿Y el renegado?

SAN. ¿Qué no hará quien ha dejado
las banderas de su fé?

COND. ¿Consiente pues?

SAN. Sí, señor;
¡si hallára quien la quisiera
hasta su alma vendiera!

COND. Calla, que me causa horror.

SAN. Es el hombre más infame
que el suelo del mundo huella
dadle una dobla, y por ella
venderá lo que más ame.
Es una serpiente astuta
que todo lo ve y penetra
quien sus crímenes perpetra
y sus planes ejecuta
y sus intenciones sabe.

COND. ¿Del judio?

SAN. De los dos;
mas venderos quiere a vos
de todos ellos la llave.
¿Queréis verle?

COND. Sancho, no;
con él entiéndete tú,
que para ese Belcebú
no tendré paciencia yo.

SAN. Pues vamos, que ya esclarec
y él os lo hará presenciar.

COND. ¿Está lejos el lugar?

SAN. Junto al muro me parece;
llegamos en un minuto.

COND. Y vé con tiento y con paz,
porque de todo es capaz
un malvado tan astuto.

SAN. Id descuidado, señor;
lo que no haga el interés
lo ha de poder el temor;
fiad en mí.

COND. Vamos pues.

(Subterráneo que sirve de habit
ción y laboratorio al rabino Simu
Benjamin. En medio un altarcillo
pira destinada a sacrificios y cer
monias paganas. Un velador tria
gular con paño negro, sobre
cual hay pergaminos e instrume
tos de matemáticas y astronomí
Momias egipcias, cuadrúpedos
volátiles disecados. Un esquele
humano. Vasos sepulcrales an
guos. Un reloj de arena. Entra
en el fondo. Secreta a la derec
idem a la izquierda. Elías, ap
rece.)

Elías

Ya no hay remedio, está di-
[cho.
Esta jugada está hecha,
y ya no pueden los dados
recogerse de la mesa.
¡Qué otro camino quedaba!
¡Ay! de pavura me tiembla
el corazón todavía
cuando al Montero recuerda.
Aquella seguridad
con que hasta la boca mesma
del subterráneo llegó
a la media noche; aquella
confianza en el poder
de su arriesgada propuesta,
aquel ademán resuelto
con que la entrada secreta
volvió a tomar, sin volverse
para escuchar mi respuesta.
y desde el umbral diciéndome
con voz poderosa y hueca:
Renegado, hasta mañana
lo que te conviene piensa.
Todo esto como de un sueño
triste pesadilla horrenda
el corazón me atribula
y el pensamiento me prensa.
¡Oh! miserable de mí,
mas no nacer me valiera
que dar al fin en las manos
de ese don Sancho. Aquí cesan
mis esperanzas efímeras
de ambición y de riqueza.
Aquí mi futura dicha.
aquí mi ambición se estrella:
¡ay! inútiles deseos
que alimentó el alma necia,
ilusiones, sois perdidas,
que el viento rápido lleva.
Peró probemos siguiendo
del vencedor la bandera;
todos los vientos ayudan
a quien sin rumbo navega.
Coloquemos por si acaso
estos muebles de manera
que estén a servir dispuestos.
(Hace lo que dice.)
Esta pira aquí, más cerca
del velador; estas luces
más opacas, más inciertas.
¡Oh, el aparato es magnífico!
Cualquiera crédulo que entra
en esta mansión, se humilla
ante el altar de la ciencia;
Siento rumor:.. pasos son;
si antes que él los otros llegan
todo se pierde.
(Llaman. Abre en un pilar una trampa giratoria, y aparece Sancho Montero.)
¡Ah, respiro!
El es, estemos alerta.

Elías, Sancho Montero

SAN. Guárdete Dios.
ELI. Montero, bien venido.
SAN. Aparta, Elías, ceremonias necias,
y a lo que importa vamos. ¿Qué has resuelto?
ELI. ¡Sancho, me mandas que a mi dueño venda!
SAN. ¿No has vendido, traidor, en otros días
patria, amigos, amor, hijos, creencias?
ELI. Montero...
SAN. Concluyamos, en el parque
anoche el conde oyó la conferencia
de su madre y el árabe.
ELI. ¡Dios Santo!
SAN. Todo lo sabe.
ELI. ¿Pues de mí qué espera?
SAN. Que descubras a tiempo los secretos
que aquesta gruta misteriosa encierra.
ELI. ¡Sancho!
SAN. Concluye, y por tu bien elije.
Tu secreto me das o tu cabeza.
ELI. ¿No hay otro medio, Sancho?
SAN. No hay ninguno,
nada te ha de salvar sino tu lengua.

ELI. Sea, Sancho, y empieza por quitarte
de esa piedra en que estás.

SAN. Esta caverna
labrada está en las rocas.

ELI. Eso dicen
mas, minada la tierra por do quiera,
y hay en su cavidad tantos secretos
como junturas hay entre sus peñas.
Un hombre dentro de ella burla a muchos
si sus resortes mil diestro maneja.
Y un secreto camino va a palacio,
por donde el sabio en el palacio entra
y espía sin ser visto. En fín, Montero
invención infernal es esta cueva.
Viene aquí el rico avaro, el pobre crédulo,
a implorar el auxilio de la ciencia,
y la ciencia a los pobres y a los ricos
con trampantojos y ficción contesta.
Aquí con mil prodigios engañosos
un porvenir mentido les revela,
y espíritus impuros aparecen
en visiones ya horribles, ya risueñas.
A veces hablan gentes a quien guarda
há muchos años ya la madre tierra,
y a veces esas urnas y esas aves
se sirven de sus manos y su lengua
En fin, todo es aquí misterio y arte
con que al crédulo vulgo se amedrenta,
y él juzga la verdad con sus sentidos
y su oro al sabio que le engaña deja.

SAN El ignorante vulgo solamente
pasará por patrañas tan groseras.

ELI ¡Ay, Montero, las hay tan formidables,
que al más valiente corazón aterran!
que es así la materia del de el hombre
y en conocerle bien está la ciencia.
Esto es todo, y no hay más; todo lo sabes:
ahora ¡ay de mí! por cuanto caro tengas
en este mundo, Sancho, que me ampares
y del furor del conde me protejas.
Y si el oro...

SAN. ¿Por Dios, me crees acaso
tan vil como eres tú? Si no te viera
temblar ante mis pies como un cobarde
contestara mi daga a tu insolencia.

ELI. Mas ese conde...

SAN. De quedar con vida
su palabra real por mí te empeña.

ELI. Sancho, son las palabras solo ruido
y el aire más ligero se lo lleva.

SAN. ¡Renegado! ¿Tu fé, si alguna tienes
a la palabra de don Sancho niegas?

ELI. Si de su misma boca la escuchara
crédito y fe sin vacilar la diera.
Que es noble y cree en la virtud don Sancho,
y hasta los mismos moros lo confiesan.
Pero...

SAN. Cumple mis órdenes, y fia.
ELI. Dí.
SAN. Escucha, muy en breve la condesa
va a esta gruta a bajar.
ELI. ¡Cielos, quién duao!.
SAN. Cita secreta es, y váse en ella
a desplegar, para turbar su mente,
todo el poder de la mentida ciencia:
el conde ha de asistir.
ELI. Es imposible.
Sancho, que le descubran será fuerza.
SAN. ¿No se esconde aquí tantos secretos
como junturas hay entre las piedras?
¿No hay aquí mil incógnitos resortes
que escondrijos le abran y escaleras?
Todo por todo, Elías.
ELI. Sea, Sancho;
mas del conde, pues tú le representas,
júrame en nombre que será impasible,
oiga lo que oiga y vea lo que vea.
SAN. Sí.
ELI. Que tenga valor y sufrimiento
para ver cuánto pase en su presencia.
SAN. Hombre es don Sancho, Elías, a quien nunca
dieron pavor ni sombras ni quimeras.
ELI. Polvo es no más, como los otros hombres·
mas a buscarle vé, porque ya llegan.

Simuel Benjamín

La prueba última es. O cede ahora
esa necia mujer y se fascina,
y merced a mi magia protectora
en Castilla desde hoy Judá domina,
o la ocasión se pierde de tal modo
que todo se hunde y se malogra todo.
Alégrate, Judá. Si hoy a mi ciencia
la mujeril superstición dá vuelo,
tierra tendrás y templos y opulencia
con que olvidar al fin tu largo duelo:
no irás desde hoy sin término vagando
patria insegura en que posar buscando.
Aqui se tenderán los blancos linos
de las tiendas de Aarón; en torno de ellas
resonarán los cánticos divinos
de la Sion bendita, y las doncellas
de Judá danzarán nuestros misterios
celebrando al compás de los salterios.
¡Plegue al Dios de Jacob pronta victoria
dar a su pueblo, y amparar mi empresa,
y estos augurios de grandeza y gloria
no se deshagan cual fugaz pavesa.
¡Ay! dominar queremos los destinos
y somos siempre errantes peregrinos.
Mas veamos si todo está dispuesto
para el postrer ensayo. ¡Elías!
(Llamándole.)

Simuel, Elías

Sim. ¿Presto
lo tienes todo ya?
Eli. Todo, rabino:
y a vuestra voz responderá el destino.
Sim. ¡Luce el día?
Eli. Ya el sol por el oriente
va elevando su disco refulgente.
Sim. ¿No ha parecido el moro todavía?
Eli. Por la empinada loma ya subía
cuando oi vuestra voz.
Sim. Que entre al momento,
y tú a tu obligación estate atento.
Eli. Asi lo haré, señor.
Sim. Préstame ahora.
Dios de Judá, tu ciencia previsora.

Simuel, Hissem

Sim. Bien venido seas, moro.
His. Judío, guárdete Alá;
mas sin ceremonias vamos
a lo que interesa más.
¿Está preparado todo?
Sim. Todo preparado está.
¿Y la condesa?
His. Ya llega
con mi esclavo Ben-Jaguar
¡Cuánto me costó vencer
su conciencia pertinaz!
Sim. ¿Mas consintió?
His. Si veia
por sus ojos el fatal
poder a que está sujeto
su destino.
Sim. Lo verá.
Su ciega superstición
a sus ojos va a cambiar
la mentida ceremonia
en exacta realidad.
His. Ve con tiento, Benjamín;
su mente hay necesidad
de exaltar con tus pronósticos;
mas como arriesgado azar
es sin duda el demostrarla
prodigios que no querrá
creer acaso, primero
su amor es fuerza irritar
y su ambición y sus celos.
Y esto a fallarnos quizás
entonces todo a tu ciencia
lo tendremos que arriesgar
No escaseés sortilegios
ni inverciones; tal vez ya
en este último día
que nos resta aprovechar.
Sim. ¡Cómo!
His. Sí; mañana el conde
de Burgos nos lanzará,
o acaso tumba nos abra.
Sim. Hissem, de todo es capaz.
His. Pues bien, Simuel, no lo olvides,
fuerza es caer o acabar
de una vez con ese rayo
a nuestra grey tan fatal.
Sim. De lo que puede mi ciencia
tú mismo te has de asombrar.
Elías sabe mis órdenes
y ante sus ojos pondrá
prodigios aterradores
que su alma han de atribular
His. Vete con tiento, Simuel.
Sim. Bravo Hissem, tres años van
de lección, y yo respondo
del efecto que la hará.
Tres años que estoy hipócrita,
taimado, astuto y sagaz,
enseñándole una ciencia
que jamás aprenderá,
mas que ha puesto su cabeza
en un estado capaz
de abandonarse en mis brazos
en completa ceguedad.
His. Mi amor a un tiempo, Simuel,
a tu ciencia ayudará.
Si así lo haces tu servicio
recompensado verás,
dando en Castilla a tu tribu
tierra y templos que habitar.
¿No es ese tu gran deseo?
Sim. Sí; ¿mas tú lo cumplirás?
His. Mira el pliego de Almanzor
Castilla en reino me da
si yo al poder del cristiano
se la consigo arrancar.
Ocultos en esa sierra

cuatro mil moros están
prontos a meterse en Burgos
a la primera señal.
¿Los castellanos sin jefe,
muerto don Sancho, qué ha- [rán?
El palacio de su dueño
y su cadáver cercar.
Llorar, Simuel, y apenarse,
y volverse cuando más
contra la escondida mano
que apagó su luz vital.

SIM. ¿Mas y esa mano escondida?...

HIS. Pronto encontrada será
y entregada al populacho
su furor para saciar.

SIM. ¿Pero ella misma?

HIS. Escalón
de nuestro poder será;
los dos a una misma tumba
y en un día bajarán.

SIM Y será Burgos...

HIS. Mi reino
donde los tuyos tendrán
templos y tierra segura
y comercio y libertad.
(Sabedor de mi secreto
muy pronto te enterrarán.)

SIM. (Con mi ciencia poco a poco
del trono bajando irás.)

HIS. Ea, pues, siento que llega
prepara, sabio, tu altar.

SIM. Cumple tú lo que te toca,
y ayuda al sabio el galán.

Elías introduce a la condesa, que viene cubierta con un largo velo, y se vuelve

La condesa, Hissem, Simuel Benjamín

SIM. Salud, condesa.

CON. Sabio israelita,
salud. (¡Hissem aquí!)

HIS. Aquí, señora,
que vuestra dicha y salvación medita
Hissem, que espera en vos, y en vos adora.

CON Hissem, que por do quier al par me sigue
de mi conciencia ¡ay Dios! sombra evocada

HIS. ¡Sombra feliz si vuestro bien consigue
siempre en cuidado vuestro desvelada!

CON Hissem, ¡qué noche tan fatal me has dado!
¡Qué ensueños más horribles he tenido!

SIM. ¿Un calmante queréis?

CON. No; ha disipado
el día mi temor.

SIM. ¿Razón ha habido?

HIS. Simuel, ese hijo vil que la esclaviza
hoy nos aparta de ella como gente
indigna de tratarse, allegadiza,
y yo por convencerla solamente
del intento traidor que a ello le atiza
la revelé su horóscopo.

SIM. ¡Imprudente!
¿crees tú que una mujer tenga harto brío
para sondar el porvenir sombrío?

CON. Simuel, no me dió el ser vulgo villano
y un corazón tan animoso tengo
que no le da pavor su negro arcano,
y de tu voz para escucharle vengo.
Dí, pues, ¿será tu ciencia desmentida
en lo que atañe a mi futura vida?
¿Es cierto, dime, que podrá por ella
a tus conjuros responder mi estrella?

SIM. Al necio humano que en mi ciencia duda
su mágico poder jamás ayuda.

CON. Responde, a esta caverna a esto he bajado.
SIM. ¡Oh! ¡Mil veces perdón, noble condesa!
Lo confieso, seis noches he pasado
velando, y vuestro horóscopo he trazado.
CON. ¿Y qué? (Con afán.)
SIM. ¡Ay de mí! ¡que lo sepais me pesa!
Pésame, sí, de que la ciencia mía
fiara de un amante este secreto;
que nadie es sabio si en amor se fía.
HIS. Perdonadme, Simuel, mi solo objéto
fué apartar de su frente el golpe rudo.
Yo la idolatro, sí; ¿cómo pudiera
su destino esperar sereno y mudo?
Imposible, Simuel, antes muriera.
CON. ¡Hissem! (Con amor.)
HIS. Perdón, Sultana: el alma fria
de ese judío con la edad helada
el fallo de su ciencia callaría;
pero jamás un alma enamorada.
Tú, sólo tú en el mundo me interesa,
y en amarte no más mi ánima absorta
toda su voluntad te guarda ilesa,
y cuanto tú no seas ¿qué la importa?
CON. ¡Hissem! (Con entusiasmo.)
HIS. (Con amargura.)
¡Mas ay! por nuestra estrella impía
hoy partiré de aquí, Sultana mía,
y ahogará, si su curso no torcemos,
tres años de esperanzas este día.
CON. Eso jamás, Hissem: le torceremos.
Renunciar a tu amor es imposible;
dentro del fiero corazón le halago
mucho tiempo hace ya y es invencible;
nada detiene su tremendo estrago.
A esta fatal pasión ceda primero
cuanto fuí, cuanto soy y cuanto espero.
Abreme ¡oh sabio! el infernal volúmen
del hondo porvenir, y aunque al saberles
sus secretos fatídicos me abrumen
quiero una vez para mi mal leerles;
quiero saber que a mi destino cedo
por ruin fatalidad, mas no por miedo.
SIM. Vedlo bien, y os advierto que aún es hora
de la vida mortal ir el camino
siguiendo a ciegas vale más, señora.
que penetrar el fallo del destino,
que es siempre más feliz quien más lo ignora.
CON. Tú me lo has dicho; cada ser que nace
trae una estrella que su vida rige,
y por el solo rumbo que ella trace
se abre la senda que a su fin dirige;
pues bien, yo quiero ver mi oculta senda:
si a caer mi sentencia ha de arrastrarme
antes de hundirme por la sima horrenda
a su boca fatal quiero asomarme.
SIM. Pues mirad que esa senda es escabrosa,
que está escrita con sangre esa sentencia.

¡Oh! respetad la nube misteriosa
que envuelve vuestra mísera existencia.
Sucumbid sin luchar, e id animosa
sin peso tan fatal en la conciencia.

CON. ¿Sucumbir sin luchar? eso es cobarde,
y aunque fuera razón fuera muy tarde.
Si he de ceder a mi contraria suerte
no será sin luchar, frente he de hacerla,
y si es mi estrella el astro de mi muerte,
si no puedo apagarla ni torcerla
sabré que atada a su siniestro rumbo
ella me arrastra, pero no sucumbo.

SIM. (Mostrándola un pergamino.)
Pues bien, ved vuestro horóscopo.

CON. ¿Y qué es esto?

SIM. Los astros en aqueste planetario
el porvenir os ponen manifiesto.

CON. ¿Y a qué este laberinto es necesario
de rayas quirománticas?

SIM. Señora,
ahí está para el sabio la evidencia
de vuestro porvenir; leed ahora
(Le vuelve el pergamino del otro lado.)
reducida a palabras su sentencia.

CON. (Lee.)
«Quien consulta este horóscopo va en breve
tras de duelos y afanes bien prólijos
víctima a ser de sus ingratos hijos.»
(Representando.) ¡Cielos! ¿Y esto es?...

SIM. (Interrumpiéndola.) Lo que cumplirse debe.

CON. ¿Y es verdad, justo Dios, y esto del conde
de don Sancho mi horóscopo responde?

SIM. Mas hijo no tenéis. Luego a él se ajusta
esa revelación con que os lo avisa
generoso el destino aunque os asusta

CON. Fatal sentencia es.

SIM. Pero precisa

CON. No turbes mi razón con torpe labio,
fascinando mi fé, viejo rabino.
¿No acontece tal vez que yerra el sabio?

SIM. El hombre acaso, pero no el destino.

CON. Facil es engañar a una matrona
que tu ciencia celeste no penetra,
cuando puede detrás de cada letra
su horóscopo esconder una corona.

SIM. Pues el medio elegid que más os cuadre·
el azar en que hayais más confianza
discurrid, y del hijo y de la madre
pesaremos la suerte en su balanza.
Los muertos evocad y os dirán eso;
apelad a los sueños y eso mismo
dirán también; y donde quiera expreso
el agüero veréis y el fatalismo.
Ya sea que a la suerte se encomiende,
ya a espíritus terribles se consulte,
trastórnese el pronóstico o se enmiende,
eso será no más lo que resulte.

Las vidas de los dos por un sendero
no pueden juntas ir; las dos no caben;
y una de entrambos cederá primero;
mas ¿cuál? los cielos nada más lo saben.

CON. Vea yo, pues, su voluntad expresa,
póngalo ante mis ojos un vestigio
de ese poder incógnito, un prodigio
hable, y con él mi incertidumbre cesa.

SIM. O matar o morir es vuestro sino;
tal es mi ciencia y tal vuestro destino.

CON. Pónme, Simuel, patente su mandato,
y cedo ¡vive Dios! y muero o mato.

SIM. Pues bien, a verlo vais.

HIS. Harlo hizo el sabio;
judío, aun queda del amante al labio
el último resorte: y si a esta nueva
invención se resiste
apelaremos a tu ciencia insana.
Vete.

La condesa, Hissem

HIS.

Antes que te arriesgues a esa prueba
solo un momento escúchame, Sultana.
Quiérete el moro o muerta, o soberana;
armas, oro, un ejército te ofrece,
¿qué más claro el destino te parece
cuando en tu mano pone esta mañana,
y a tu antojo abandona
un lecho funeral o una corona?
Por cuanto caro en tu existencia tengas
que a esa prueba infernal nunca te avengas.

CON. (Con espanto.)
¿Con que es verdad, Hissem? Puede su ciencia
cumplir lo que promete?

HIS. Veces ciento
patentizó a mis ojos lo experiencia
que responde a su voz el firmamento.
Mil veces en furtiva conferencia
al soldado, al mendigo, al opulento
les marcó de su muerte la hora oculta
y la hora fué de la fatal consulta.

CON ¡Cielos!

HIS. ¿Ves esos muebles que su estancia
cercan en derredor? A su voz todos
alma recibirán de varios modos,
aterrando la tuya—. Sí, Sultana,
todo es misterio aquí; y esas redomas
que hacen creer a nuestra vista humana
que contienen espíritus y gomas,
el elixir encierran de las vidas
cuyas horas de aliento están medidas.

CON. ¿Es tanto su poder?

HIS Oh, no te asombre,
todo lo puede con la ciencia el hombre;
y hombre soy yo también, y tiemblo ahora
ante esa ceremonia aterradora.

CON. No lo acierto a creer.
HIS. Le vi mil veces
los muertos evocar de sus conjuros
al secreto poder, y de sus preces
con las palabras mágicas; seguros
sus pronósticos son, y ese que miras
respecto al porvenir que a tí te espera
es la expresión de las celestes iras.
CON. ¿Y preciso ha de ser que mate o muera?
HIS. Sí, lo mismo que yo.
CON. ¡Cielos! ¿Qué dices?
HIS. Salga al fin de una vez del pecho mío
este fatal secreto; el hado impío,
ató nuestros destinos infelices.
CON No te entiendo.
HIS. Oye; a mi importuno ruego
el mío consultó con las estrellas
el sabio israelita.
CON. (Con afán.)
¿Y supo de ellas?...
HIS. Cuanto anuncióme, realizóse luego.
Escucha pues, nuestro enlazado sino.
Tú dependes del conde; a un soplo suyo
cambiará para siempre tu destino;
mas yo pendo de tí, mío es el tuyo
y si no hago que Sancho a tí sucumba,
nuestro destino es él, él nuestra tumba.
O él, o nosotros dos.
CON. ¡Es imposible!
HIS. O él o nosotros dos, no hay esperanza
CON. Tú no lo crees, Hissem; ¡eso es horrible!
HIS. Aun yace el fiel de la fatal balanza
en la mitad del peso equilibrado;
mas solo un día, una mañana queda
para que pierda el equilibrio y ceda.
Resuélvete.
CON. Jamás.
HIS. ¿Lo has meditado?
CON. Sí, y no osarán mis manos a su vida.
A no verlo yo misma decretado
claramente en el cielo.
HIS ¡Fementida!
así mi amor, mi ayuda, una corona
renuncias, pese a mí, cobardemente
y el lazo que a tu vida me eslabona
rompes tan sin pesar villanamente?
¡Tu destino desprecias temeraria!
¿No crees en él?—Yo sí, y para evitarle
separarte de tí mi suerte varia.
CON. ¡Moro!
HIS. Está bien: atienda desde ahora
solo a sí mismo cada cual, traidora.
CON. De esa manera Hissem...
HIS. (Interrumpiéndole.)
De esa manera
de mi propia cerviz sabré apartarle.
¿Conoces este pliego? (Muéstrale.)

CON. ¡Ah! ¡qué imaginas!
HIS. Todo por todo.
CON. ¡Corazón de fiera!
¿Qué es lo que vas a hacer?
HIS. ¿No lo adivinas?
CON. ¡Ese pliego!...
HIS. Es tu carta; en ella le haces
un encargo a este Hissem que te habla ahora.
Lee, lee: «mi esposo sale con sus haces,
adle que caiga en emboscada mora.»
CON. ¡Cielos!
HIS. Cayó; su cuerpo fué comprado
a fuerza de dinero, y fué Hissem mismo
quien lo trajo a lanzadas traspasado.
Tu mano y tu corona has empeñado
por tal servicio; cumple, o un abismo
te abro, esta carta al conde remitiendo,
tus esperanzas para siempre hundiendo.
CON. ¡Bárbaro Hissem! ¡y lo pondrás por obra!
HIS. ¡Sí, juro a Alá! pues matas mi esperanza.
en tu reino, y tu amor, todo me sobra.
¡Ah! más te daré venganza por venganza
¡Ay, tuve orgullo en ti mientras me amabas!
más hoy, traidora, que mi orgullo ofendes
no rindiendo a mi amor cuanto esperabas
cual yo, te venderé cual tú me vendes.
CON. ¿Yo? ¿Yo venderte Hissem? Sella esa boca,
¿no venderte, que te amo más que al mundo?
Calla, o por Dios que volverásme loca.
HIS. Bien, ese amor demuestras tan profundo,
Sultana, contra mí cuando atropellas
hasta la misma ley de las estrellas.
¿Que me amas dices?—Mientes.
CON. Pues bien, moro
Habla: ¿qué exiges de mi amor? responde
HIS. Abre un sepulcro.
CON. Bien, morirá el conde
Mas ese pliego horrible...
HIS. Con tus manos
mil pedazos le harás, y este secreto
jamás penetrarán ojos humanos.
CON. Cúmplase, sí, el recóndito decreto
de mi suerte fatal; mas pronto sea,
antes que calme mi pasión precita,
y este vértigo horrendo que me agita
contra mí misma convertido vea.
HIS. Hoy mismo.
CON. Sí.
HIS. En la mesa.
CON. Sí.
HIS. (Llamando.) ¡Judío!

La condesa, Hissem, Simuel

HIS. Pronto: ¿posées un elixir que acabe
una vida en un punto?
SIM. Sí.
HIS. ¿Que oculte
su presencia en el cuerpo?

SIM. Sí, que lav
la mano que le ofrezca y que sepulte
en sombra el atentado grave.
HIS. Tráelo pues.
SIM. ¿Para quién?
HIS. ¿No es su destino
o matar o morir?
SIM. Sí.
HIS. Pues lo acepta.
SIM. ¿Y el conjuro sin ver?
HIS. Ese es su sino,
y de ello siente convicción perfecta
SIM. Venid y os lo daré.
CON. Y a mi palacio
partamos en seguida,
y aprovechemos el primer espacio:
que es fuerza que hoy se arriesgue v se decida
poder contra poder, vida por vida.
HIS Y amor, y trono, y libertad, Sultana,
esta tarde tendrás.
CON (Volviéndose desde la puerta.)
Moro, descuida·
muerta tengo de ser, o soberana.
HIS. Y SIM. Vamos.
(Vanse por la salida del fondo.)

El teatro queda un momento solo. El conde aparece abriendo una trampa giratoria practicada en un pilar, y Sancho Montero tras él calmándole

SAN. Señor, calmaos.
COND. No, Montero
déjame respirar; deja que exhale
su enojo y su pesar un caballero
que ultrajar mira así lo que más vale,
mi honor, Sancho: ¿y por quién? Por quien más [quiero·
por mi madre.
SAN. Señor...
COND Aparta, Sancho,
y espacio deja a mis lamentos ancho.
Deja que sufra en paz, y que me queje
a solas de mi mal, ya que es preciso
que aquí en mi corazón le esconda y deje,
porque el juicio de Dios así lo quiso.
Porque es su ley que mi justicia ceje
ante mayor razón, y un paraíso
lleve en el rostro, mientras roe interno
mi pobre corazón todo un infierno.
Dí, Sancho: ¿y tú lo crees? ¿Y esa es mi madre?
¡Por un bárbaro infiel ciega y prendada!
¡Ella dando por él muerte a mi padre!
(Con agitación.)
¡A mi vida por él osando airada!
¿Y qué halla en él que a su nobleza cuadre?
¿Qué ama en él su pasión desventurada?
¡Pliegues del corazón que solo sabe

Dios, que del corazón guarda la llave:

SAN. Serenáos, señor.

COND. (Calmándose de repente.)
Ya estoy sereno.

SAN. Y no olvidéis que su traidora ciencia
a vuestros días aplazó un veneno.

COND. No será la que corte mi existencia;
no temas por la mía ¡oh, Sancho bueno!
Yo haré caer sobre ellos su sentencia,
y tal será mi fallo furibundo
que asombro cause al venidero mundo.

Dichos, Elías

ELI. Señor... (Echándose a los pies del conde.)

COND. ¿Quién es ese hombre?

ELI. Un miserable
señor, que a vuestras plantas humillado
viene a pedir su vida detestable.

COND. Sancho, ¿quién es?

SAN. Señor, el renegado.

COND. ¿Cómplice de las tramas infernales
de esos traidores es?

SAN. Sin duda alguna,
y su siervo más fiel.

COND. Por cuanto vales
responde, y dí a tu lengua que reuna
cuanta sinceridad en ella quepa
para decir al punto cuanto sepa.

ELI. ¡Señor!

COND. Lo cierto te valdrá la vida;
dime: ¿cuál es ese conjuro horrendo
que aprestaba su ciencia maldecida,
y que a mi pobre madre fascinando
la arrastraba al delito más infando?

ELI. Señor, un filtro de poder tremendo
que al espíritu crédulo estremece:
un licor que el cerebro enardeciendo
le fascina, le turba, le enloquece:
y el ánimo a esta farsa disponiendo
le hace en falso juzgar de cuanto ofrece
el pretendido sabio a sus sentidos,
en visiones y encantos prevenidos.

COND. ¡Infames!

ELI. Y la fiebre que produce
es un vértigo horrible, es un ensueño
que a cuanto el sabio necesita induce;
le hace del alma del paciente dueño,
y a cuanto la visión falsa le incita
el crédulo mortal se precipita.

COND. ¡Basta! ¡Basta, por Cristo! impía ciencia
digna no más de moros y judíos;
artes por mi fatal condescendencia
hay practicadas en los reinos míos.
Mas hoy concluirán. Sancho, a ese hombre
que ha asistido a tan torpes sortilegios
dale muerte.

SAN. Señor, aunque os asombre
le concedí la vida en vuestro nombre.

COND. Válganle, Sancho, pues los privilegios
de mi palabra real; pero su lengua
renegó de su Dios y fuera mengua
sin castigo dejar sus sacrilegios.
Sancho, en un calabozo eternamente
yazga; y privado de la lengua y manos
que no pueda jamás aunque lo intente
revelar lo que sabe a los humanos.
¡Silencio! Esto ha de ser: un solo acento
en la garganta os cortará el aliento.
(Sancho le lleva y vuelve.)

El conde

Todos a precio tal su vida estimen
los que delito tan odioso entiendan.
Sí, mueran antes que a mi madre vendan:
caiga la eternidad sobre su crimen.
¡Señor, que el corazón de los mortales
desde tu regia excelsitud penetras,
y a través de apariencias terrenales
lées su verdad en invisibles letras;
tú, que con tus miradas paternales
mi gran resolución en mí perpetras,
tú, que conoces de mi afán lo extenso,
benigno acepta el sacrificio inmenso.

El conde, Sancho

COND. ¿Eres tú?
SAN. Sí, señor.
COND. ¿Está seguro?
SAN. Sí.
COND. ¿Con nadie hablará?
SAN. Con alma humana:
guárdale solo el callejón del muro,
y allí estará al partir.
COND De buena gana
le perdonara, Sancho, mas no puedo,
que aún de mi misma lengua tengo miedo.
SAN. ¡Pero lloráis, señor!
COND. Fuego derramo,
sangre que quema mis hinchados ojos.
SAN. ¡Ah! moderad, señor, tantos enojos.
COND Sancho, voy a inmolar lo que más amo.
¿No tengo de llorar? Sí, Sancho, lloro
porque voy a perder en un momento
la madre criminal en quien adoro,
y el honor, que aprecié más que el aliento.
¿Lo oíste? Hijo vil que la esclaviza
apellidarme osó delante de ella
esa canalla ruin que me la hechiza
con las necias patrañas de su estrella.
Y calló... ¡Ah! todos hoy serán ceniza,
todos caerán bajo mi airada huella.
SAN. ¡Todos!
(Con asombro.)

COND. Sí.
SAN. ¿También ella? (Más.)
COND. Sancho, tente,
no temas nunca que a mi madre atente,
Siempre de entre los dos será primero;
de mi madre o mi honor, mi honor sucumba;
al suyo ceda el universo entero,
y ábrase al hijo envilecida tumba.
Sobre mí su baldón que caiga quiero,
y pues mi honor por ella se derrumba,
que a mí tan solo su baldón me siga,
y el universo entero me maldiga.
SAN. ¿Qué es lo que habláis, señor, que no os entiendo?
COND. No lo entiendas jamás si vivir quieres
Este secreto formidable, horrendo,
si lo aciertas tal vez, cállalo o mueres.
SAN. ¡Ah!... el sacrificio colosal comprendo
y me espanta, señor.
COND Si leal eres,
Sea tu corazón su eterno abismo.
SAN. Callando imitaré vuestro heroismo.
COND. No sabes ¡ay de mí! cuánto me cuesta
tamaña abnegación; que al fin, Montero,
para mí nada más será funesta.
Mas a mi fama mi deber prefiero;
su hijo nací; mi obligación es esta,
y obraré como debe un caballero.
Sabré, aunque el mundo me acrimine un dia,
que obró mi corazón como debía.
SAN. Culpe, señor, vuestra fatal estrella.
COND. No; la vírtud a medias no practico.
Sancho, no quede de mi hazana huella;
ignore el mundo lo que no le explico.
Entre mi madre y yo, primero es ella:
venza pues, cuanto soy la sacrifico.
Quede por siempre limpia su memoria.
y eche en mí solo su borrón la historia.
Mas el judío...
(Al entrar Simuel, el conde se emboza y Sancho se aparta—. El judío se asombra de hallarlos allí.)

El conde, Simuel Benjamín, Sancho

SIM (Al ver al conde.)
¡Dios!
COND (Yéndose a él.)
¿Qué hay que te asombre?
Todo lo oi, y del conde la mancilla
tú mismo has de lavar.
SIM. Fantasma u hombre,
¿quién te trajo hasta aquí? ¿cuál es tu nombre?
COND Dobla para escucharle la rodilla.
SIM. ¿Yo? ¿y a quién?
COND. (Descubriéndose.)

A don Sancho de Castilla.
(Queda don Sancho, desembozándose en una actitud que revele toda la dignidad de su caracter, y cae a sus pies el judío. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Decoración cerrada, que representan un comedor ochavado, y del cual se manifiestan al espectador cinco lados. En el primero de la derecha una puerta que da a las habitaciones de la condesa. En el primero de la izquierda otra que conduce al exterior del edificios En el segundo lado de la derecha otra que da a un camarin. En el opuesto otra ídem. En el fondo otra, con vidrieras de colores que da al interior del edifidio, cruzando una pequeña estancia que contiene el aparador y vajilla del conde.—Mesa y dos sillones

El conde, Simuel entrando por la puerta del fondo

COND. ¿Y a mi palacio así, por vida mía!
en el silencio de la noche obscura
este oculto camino te traía!
SIM. ¡Señor!
COND. (Con desprecio.)
Y estás temblando de pavura
con solo preguntártelo, ¡cobarde!
¿y eres tú quien penetra los destino
de mi familia? ¡de ello harás alarde
tan solo entre mujeres y asesinos!
¡Vive Dios! si quien eres no mirara
y no viera quien soy, torpe gusano,
en polvo entre mis manos te tornara;
más te honrara matándote mi mano.
¡Eh! no temas imbécil, de la mía,
que victoria tan ruin me humillaría.
En fin, si has de salvarte, solamente
hay un medio y lo sabes; sé prudente
y dime al cabo y por la vez postrera
si riesgo alguno el individuo corre.

SIM. Probadlo en mí, señor, si eso os altei
y mi existencia vuestra duda borre.
COND De traidores cual tú todo lo temo:
fueras capaz por conseguir venganza
de llevar la traición hasta ese extremo.
SIM. Señor tan singular desconfianza
es indigna de vos. Arrepentido,
sólo ese medio espero de obligaros,
si no al perdón, al menos al olvido.
¡Y ni aun con mi existencia osáis fiaros?
COND. Al miedo creo de que estás transido
más que a todos tus lógicos reparos:
pero solo, Simuel, solo a este precio
cederá mi venganza a mi desprecio.
Piénsalo bien, y solo de este modo
todo lo aparto y te lo olvido todo.
SIM. Y a vuestros pies, señor...
COND. Alza, rabino
y ojalá que hoy mi liberal clemencia
de conocer te ponga en el camino
del solo Dios la verdadera ciencia.
SIM. ¡Ah, y mientras viva rogaré al destino...,
COND Ten esa lengua vil, y en mi asistencia
no invoques más poder ni más ayuda
que la de Dios en quien tu ciencia duda.
Sígueme.
(Abre el camerín de la izquierda y le dice mostrándosele:)
En esta estancia, retirado
y en silencio estarás: aquí tu suerte
esperarás, y el término fijado;
y el éxito será de tu bebida
el fallo de tu muerte o de tu vida.
Entra, y míralo bien.
(Le cierra y guarda la llave.)

El conde

Tiemblo y me espanto
cuanto medito más la horrible idea.
¡Que mi madre ¡ay de mí! me obligue a tanto!
¡Que ella la criminal, mi madre, sea
causa de mi baldón y de mi llanto!
¡Ella echar sobre mí mancha tan fea
sin que pueda decirse en pró del bueno·
«¡Lleva la mancha del delito ajeno!»
Arráncame, buen Dios, del pensamiento
esta idea cruel, desgarradora:
sopla en mi corazón virtud y aliento
que resista su fuerza tentadora:
pon en mis manos y en mi lengua tiento
para obrar y decir desde esta hora
lo que cumpla no más al sacrificio
que comprende no más tu excelso juicio.
(Llaman a la puerta que da al exterior.)
¿Quién va? (El conde abre y sale Sancho)

COND. Sancho, ¿qué has hecho?
SAN. Puntualmente
vuestro encargo, señor, dejo cumplido
COND ¿Le traes?
SAN. Se resistió bizarramente,
pero por fin al número ha cedido.
COND. ¡Muerto!
SAN. No: me mandásteis solamente
que le apresara, y preso os lo he traído.
COND Está bien. ¿Y la carta?
SAN. Iba a romperla,
mas no le dí lugar.
COND. Trae, Sancho, a verla.
(Sancho le da el pergamino que Híssem mostró a la condesa en la escena X del acto II. El conde le toma, le mira, y le guarda. Después se vuelve diciéndole con mirada penetrante:)
¿La leiste?
SAN. Mis ojos jamás osan
adonde mi señor pone los suyos.
COND. Mis planes, Sancho, en tu amistad reposan·
para velarme, pues, guarda los tuyos.
SAN Lince seré, señor, que vigilante
no los quite de vos solo un instante.
COND. Tú eres mas ¡oh, Sancho! mi consuelo:
hoy a mi madre cuanto tengo inmolo.
y si tu lealtad me roba el cielo,
en la tierra desde hoy quedaré solo
SAN. Señor, antes la luz al medio día
ha de faltar al sol: antes al viento
ha de faltar impulso y armonía,
y a las corrientes aguas movimiento,
y al suelo sombra en la enramada umbría.
y al águila el espacio y ardimiento,
y al mar arenas, y al coral esmalte,
que a vos mi aliento y corazón os falte
COND. Gracias, Sancho leal; bien necesito
un corazón que con el mío llore
cuando la mancha de su vil delito
a los ojos del mundo me desdore.
Tú solo entonces me darás consueló
de mi secreto cruel depositario,
y en tanto, por mi bien, pídele al cielo
que el valor no me niegue necesario.
SAN. Si ha de mi vida menester la vuestra
hablad, señor, la inmolaré tranquilo.
COND. No, Sancho: ante otra muerte mas siniestra
que la del cuerpo material vacilo.
Ante otra precisión tiembla mi diestra,
no acostumbrada a tan traidor estilo,
y recelos recónditos me oprimen;
que aunque es una virtud parece un crimen.
Mas no es posible que tu mente mida
la intensidad de mi pesar. Montero,
a ese hombre guarda hasta que yo le pid

que no hable a nadie; y de que bien vigilen
mis castellanos por los muros cuida.
Mas que muchos a un punto no se apilen
no astuto el moro de las sierras vea
que vamos a salir a pelea.

SAN. ¿Cuándo será, señor?

COND. Al medio día.
Mas antes de partir, frugal y corta
comida haremos, a costumbre mía.
Tú solo en ella que nos sirva importa.

SAN. Señor...

COND. Siempre afanoso, Sancho, se halla
el corazón más noble y más valiente
a punto de arriesgar una batalla:
y es bueno que este afán vele a su gente,
no vacile o murmure la canalla:
dispón pues que nos sirvan de repente
vianda que se ajuste a nuestra prisa
Cubre la mesa y a mi madre avisa
(Vase Sancho.)

El conde

Llegó la hora fatal y estoy resuelto.
Quiero salir cuanto antes de este horribl
vapor de crimen en que vivo envuelto,
que esta duda infernal me es insufrible.
Queden cumplidos de una vez mis votos.
y sus intentos para siempre rotos.
Oigo pasos... es ella... me retiro,
Siento que suerte tan fatal la aguarde.
De aquí la acecho y sus acciones miro
no quiero que mi vista la acobarde
(Entra en el camerín de la derecha.)

La condesa, saliendo de su aposento

¡Ay! Parece que tengo en el cerebró
una hoguera voraz: y a par que él arde,
dentro del pecho con aliento escaso
siento que helado el corazón me late.
Trémulos van mis pies por mis salones
sin cierto rumbo y voluntad llevándome.
y siento retumbar dentro del pecho
el lento son de cada paso que hacen.
Cada murmullo que en el aire suena,
cada cortina que estremece el aire,
que anuncian un espectro me parece
que con callado pie tras de mi sale.
Si al reposo me entrego algún momento
y al sueño cede mi cansancio grave,
de espantosos delirios asaltada,
presa despierto de pavor más grande.
No puedo más con tan odiosa vida,
quiero ahogar de una vez tantos afanes.
Sí, que se cumpla mi destino quiero;
ya que ha de ser al fin inevitable.

La condesa. Sancho Montero, con frutas en canastillos, etc.

CON. ¿Quién es? Sancho. (¡Ay de mí! Temblé al sentirle.)
SAN. Yo soy, señora. ¿Qué ordenáis?
CON. ¿Qué traes?
SAN. De mi señor las órdenes cumpliendo,
viandas son.
CON. ¡Tan pronto!
SAN. A la lid parte,
y con permiso vuestro de hoy dispon
que la primer comida se adelante.
CON. ¿Vos le acompañaréis?
SAN. Sí.
Despedirse
querrá de vos por si malogra el trance.
CON. Es justo, Sancho: sus mandatos cumple
y al cielo ruega que le ayude y guarde.
SAN. Sí rogaré, mas como buen vasallo
iré luego con él para ayudarle.
CON. (Todos fieles le son.) Bien dicho, Sancho;
hidalgo en eso lo que debes haces.
(Me da este hombre rubor.)
SAN. Ya está la mesa.
Al conde avisaré cuando gustáreis
CON. No, Sancho, no; le avisaré yo misma.
SAN. Como os plazca mejor.
CO. Así me place.
Sal.

La condesa

Ya estoy sola y la ocasión es esta.
¡Ay! mi razón se turba en tal instante,
y en cuanto me rodea veo atónita
la mano del destino formidable.
Esta mesa, esta estancia solitaria...
Parece que a propósito lo hacen!
Cielo, de mi virtud siempre enemigo,
¿a qué ponerme la ocasión tan fácil?
¿No bastaba ¡ay de mí! que consintiese
débil mi corazón en despeñarme
sin que a la boca de la sima horrenda
me trajeras tú mismo que lo sabes?
Ea, vamos, ayúdame, ¡oh infierno!
(Saca del pecho un pomo.)
Ya la copa fatal tengo delante,
y mi estrella y amor así lo quieren...
¡Ay! pero tiembla el corazón cobarde
Tiembla mi mano la letal ponzoña
sintiendo entre los dedos ¡miserable
de mí! ¿Cómo he de verle a impulso suyo
palidecer, temblar y desplomarse?
Yo no amaba a su padre: en una carta
fácil era decir: «Vá al campo, mátale.»
¡Pero a él yo misma, con mi propia mano,
tranquilo el corazón, serio el semblante,

dársela... no; le tuve en mis entrañas
tiene mi mismo ser, mi misma sangre;
no, no; que viva, y cámbiese el destino.
¡Hijo mío! ¡Infeliz! me acuerdo tarde.
Si vive, hoy mismo le echará de Burgos,
pues hoy de Burgos contra moros parte,
y mañana ese Hissem ¡que nunca viera!
pondrá en sus manos mi secreto infame
Esa carta fatal que mi deshonra
al universo entero hará palpable,
y a seis años de hipócritas virtudes
el velo criminal fuerza es que arranque.
Y el insolente vulgo castellano,
y el vulgo vengativo de los árabes,
ponderando mi crimen a porfía,
insultarán mi nombre y mi cadáver.
¡Maldita fué de mi nacer la hora!
¡Maldito el sino que a la tierra traje,
tigre sedienta de la sangre mía
sin que jamás con la vertida me harte!
¡Y no hay más esperanza, no! Si el pliego
llega a sus manos y su escrito sabe
que conoce ya el vulgo, él mismo airado,
él mismo por su honor vendrá a matarme;
si, que no torcerá de su justicia
la recta ley ni por su propia madre.
El morirá tras mí de pesadumbre,
de deshonra y de horror si a tanto osare.
mas osara, que es su ídolo la gloria,
y es de justicia testimonio grande.
Muera; retroceder es ya imposible;
ante el destino la conciencia calle,
muera, sí; pues mi horóscopo lo ordena,
no yo, sino el infierno es quien lo hace
(Vierte el licor del pomo en la copa de oro.)
¡Cayó! Veo a la muerte descarnada
por detrás de los bordes asomarse
de la ancha copa, y con la seca mano
y sonrisa diabólica llamarme!
No, no hay remedio ya. Mas ¿si no bebe?
¿Si hace un descuido que de copa cambie?
Ambas a dos las dejare servidas
y él tomará la que le esté delante.
(Llena de vino las dos copas y pone la de oro en que está el veneno, en el sitio del conde.)
Cúmplase, pues, nuestro fatal destino
que tumba al uno de nosotros abre!
Para uno de los dos guarda esa copa
de la callada eternidad la llave.
(Cae en el sillón desfallecida.)

La condesa, el conde después de contemplarla un momento

COND. Madre mía.
CON. (Espantada.) ¿Quién es? ¡él!
COND ¿Qué os espante
de ese modo, señora, en mi semblante!

CON. (Se me hiela la voz en la garganta.)
Sancho, no extrañes si de mí delante
viéndote me turbé, que me quebranta
saber que a lidiar vas. (Terrible instante.)
COND Tal es mi obligación, guardar mi tierra
antes que en mala paz en buena guerra.
CON. Siempre es la guerra tu primer deseo·
tu primer pensamiento las batallas
tu más galán y acomodado arreo
el casco duro y las tupidas mallas.
Siempre dispuesto a pelear te veo;
siempre a la paz inconvenientes hallas,
y entre tanto tus pueblos desdichados
quedan con lo mejor; pero asolados.
COND, Madre, os vende la voz vuestro deseo
y habláis como mujer de las batallas
siempre enemiga y militar arreo.
Si en vez de yelmos y tupidas mallas
la seda usando a que inclinada os veo
puesto a su torpe paz no hubiera vallas.
los árabes mis pueblos desdichados
me dejaran con paz, pero asolados.
CON. Un enemigo que la paz implora
leal será, pues serlo necesita.
CÓND Madre, eso no habla con la gente mora,
raza salvaje que el desierto habita:
se humilla al vencedor, pero traidora
en oportuna rebelión medita.
CON. Es, Sancho, esa opinión harto extremada.
COND Leed la historia de la edad pasada.
Siempre fueron lo mismo; los detesto
y más reñir con ellos me acomoda
que haberlos de sufrir.
CON Y a pesar de esto,
Sancho, a pesar de tu arrogancia toda
lejos ahora están de tus fronteras.
COND. No tan lejos, señora; esos peñascos
guarecen a su sombra sus banderas,
corvos alfanjes y redondos cascos.
CON. Esas noticias son...
COND. Harto seguras;
desde el balcón del camarín vecino
se alcanza por las hondas quebraduras
de sus turbantes el revuelto lino.
CON, Moros, Sancho, enemigos tus antojos
te pintan por doquier.
COND. Madre, vos misma
verlos podeis por vuestros propios ojos.
CON. (El en su misma perdición se abisma:
todo su mala estrella lo previno,
y es inútil luchar con el destino.
COND. Ved el balcón, llegad.
(El conde le invita a que entre en el camarín; la condesa no llega más que al dintel de su puerta, volviendo la espalda a don Sancho.)
CON. (No tengo audacia
para mirarle al rostro.)

COND. (Aun tengo miedo
de este infernal brebaje a la eficacia.)
(Saca un pomito.)
¿Lo veis?

CON. No.

COND. Mirad bien. (¿Qué aguardo? Ea,
de su misma traición víctima sea.)
(El conde vierte el licor que contiene el pomo en la copa de plata que la condesa ha colocado en su sitio, mientras ésta mira por el balcón. Al punto de verter el líquido el conde, aparece Sancho, que le dice aterrado.)

El conde, la condesa, Sancho Montero

SAN. ¡Señor! (Aparte al conde.)

COND. (Aparte a Sancho.)
Silencio—. En fin al cuerpo demos
el nutrimento necesario y justo
los que muy pronto pelear debemos.
Sancho, sírvenos ya lo que tenemos,
si es de mi madre voluntad y gusto.
(Sancho, que hasta ahora ha ido colocando al rededor de la mesa frutas en canastillos, etc., etc., y en el aparador platos de plata, ánforas para los vinos etc., sale otra vez a buscar la vianda pedida por el conde.)
(Don Sancho, apoyado en el espaldar de su sillón, contempla a su madre, que afectando mirar por el balcón que se supone en el aposento inmediato, mostrará su incertidumbre y su angustia. Esto depende de la ctriz.

El conde. La condesa

CON. (¡Siento los pies clavados a la alfombra,
y siento que en latido atropellado
hielo es mi corazón, mis ojos sombra!
Dame, infierno, el valor desesperado
que esta ocasión tremenda necesita.)

COND. (Aparte.) Su crimen ¡infeliz! ¡cuánto la asombr

CON. (Aparte.) Cúmplase todo; pero pronto sea,
antes que calme mi pasión precita,
y este vértigo horrible que me agita
contra mí misma convertirse vea.
(Sale Sancho con un gran plato, que pone en la mesa.)

El conde. La condesa. Sancho Montero

COND. Madre.

CON. Héme aquí. (Con resolución.)

COND. Cuando gustéis.

CON. Ahora.
(Se sientan.)

CON. Haz, Sancho, tu deber, y que tu daga
de ese magro tasajo lonjas haga.
(A la condesa.)
Y vos tan triste no os mostreis, señora:

comed y despejad el rostro adusto
Con la causa leal que defendemos
Dios nos querrá ayudar y venceremos

CON. (No puedo apenas respirar de susto.)

SAN. (De zozobra y de espanto no respiro
mientras las copas preparadas miro.)

COND. (A la condesa.)
¿Mas no comeis? Efímeros temores
desechad, madre mía.
Siempre fuimos nosotros los mejores,
y espero en Dios que nos dará un buen di

CON. (¡Su voz me aterra!)

COND. (¡Acabe esta agonía!
Ea, madre, por si es la postrimera
que juntos ambos apurar debemos,
asid la copa y apuradla entera;
pues si dejarla en la mitad os vemos,
que temblais por la suerte que me espera
o en mi valor dudáis, recelaremos.

CON. ¡Yo, Sancho!

COND. Ea, brindad a mi fortuna
y hollará mi corcel la media luna.

CON (Asiendo su copa con un movimiento convulsivo y desesperado.)
Sea.

COND.
CON. } Bebamos.

(Elconde acerca la copa a sus labios y mira beber a la condesa. Esta apura la suya, y al apartarla de la boca dice:)

CON. Todo está cumplido.
(Al dejar la condesa su copa vacía sobre la mesa deja el conde llena la suya, la condesa lo mira y exclama aterrada:)
Mas ¿qué miro, ¡gran Dios! tú no has bebido?

COND Ni beberé jamás, que es sino nuestro.
(Se levantan)

CON. ¡El sino atroz de nuestra estrella sabes!

COND. Pues os hice beber, que sé demuestro
que el uno de los dos...

CON. (Interrumpiéndole.) Sancho, no acabes.
¡Te comprendo muy bien, y el fin siniestro
veo que das a mis delitos graves!
Ambos a dos tenemos en las venas
sangre de maldición, sangre de hienas

COND. ¡Dadme fuerzas, Señor!

CON. (Con desprecio.) ¡Y al cielo invocas
Necio, no van allí nuestras plegarias.
Solo al infierno apadrinarnos toca
nuestras culpas que alienta hereditarias.

COND. ¡Madre!

CON. ¡Ay de mí! que en la desierta boca
se apagan los sonidos... Solitarias
van mis ideas por la mente loca
girando... Sancho... mi secreto encierra...
¡no dejes tal baldón sobre la tierra!
(La condesa, que hablando así habrá ido acercándose

hacia la puerta de su habitación, entra en ella figurando caer desvanecida. El conde cierra las puertas.)

SAN. (Horrorizado.)
¡Qué habéis hecho, señor! ¡Muerta!

COND. (Con fiereza.) ¡Villano!
Si osas de Sancho murmurar tal mengua
voy a arrancarte con mi propia mano
de la garganta vil la torpe lengua.

SAN. ¡Señor!...

COND. En casos por mi honor medidos
cree primero a mi honor que a tus sentidos.
Vamos.
(Sancho queda a un lado humillado y sin moverse. El conde contemplándole dice:)
(Aparte.) Su miedo la ignorancia abulta.
¡Dichoso de él, que comprender no sabe
que en nobles quepa lo que en él no cabe!
(A Sancho.)
Sancho, el moro.

El conde

Y a pesar de todo
en esa horrenda pócima no fío,
¡ay de mí! y a creer no me acomodo
en las protestas del traidor judío.
¡Perdona si te trato de ese modo,
madre, no culpes el intento mio,
y al contemplar tu suerte venidera
piensa en la suerte que por ti me espera.

El conde. Hissem, a quien conduce Sancho, que se marcha a una señal del conde

(El conde y el árabe quedan un momento contemplándose con altivez.)

COND. Contemplándote estoy y a vueltas ando
¡vive Dios! con la saña que me inspiras
y el desprecio que siento por tu bando.

HIS. No temo tu desprecio ni tus iras.
Al árabe el horror nació contigo
como el horror a tu nación, cristiano,
el día en que nací nació conmigo.

COND. ¡Aún te atreves a hablar, traidor pagano!
¿Olvidas que me ha dicho esta mañana
en la gruta del viejo israelita
tu lengua misma tu traición villana?
¿que tu presencia mi furor escita,
y que el recuerdo de tu ruín ultraje
tu sangre está pidiendo a mi coraje?

HIS. No receles que el miedo entre en mi pecho:
contrario tuyo hasta el postrer suspiro
cuanto osé contra tí doy por bien hecho.
ni me arrepiento ni a perdón aspiro.
¡Tú me desprecias! Yo también.

COND. Me espanta
el ver que en solo un hombre caber puede
con tan grande traición audacia tanta.

HIS. Conde, a la tuya mi altivez no cede.
Nunca esperé de ti más que ira y guerra,
no esperes mas de mí que guerra e ira:
si ira a mi grey tu corazón encierra,
ira a tu grey mi corazón respira.

COND. Ira noble ¡pardiez! guerra tan solo
digna de infieles cual vosotros: lucha
cobarde y baja, de traición y dolo.

HIS Propia contigo de mi raza... escucha.
No de esa ira vulgar que al fin se acalla
sangre enemiga sin piedad virtiendo
en el ciego furor de una batalla,
no; mas ansiaba mi furor tremendo.
Mi padre, mis hermanos, mis amigos
cayeron al furor de tu cuchilla
en buena lid, cual nobles enemigos,
de cara a los pendones de Castilla.
Cuanto adoré me la arrancó tu guerra,
padre, amor, amistad... y otra esperanza
no quedándome ya sobre la tierra
abrasóme la sed de la venganza.
Velé, inquirí, maquinador y astuto
a los reyes de Córdoba y Sevilla
de mi venganza interesé en el fruto
y vengarles juré... con tu mancilla.

COND. ¡Traidor!

HIS. ¡Tú me desprecias! oye ahora
cuánto ha podido mi venganza mora.
En tu tierra y palacio introducido
mirándote leal, franco y valiente,
que ha de ser a tu orgullo, he deducido
mayor venganza, la que más te afrente
Vi que te era el honor más que el sol caro
y al de tu madre osé; vi que dejaste
en Burgos a tu padre sin amparo
cuando a su autoridad te rebelaste
y a tu padre apresté sorda emboscada
y en tí cayó la culpa de su muerte.
Tu gloria y tu virtud dejo manchada,
castellano feroz; escarnecerte
puede el vulgo en tu madre deshonrada
y de tu padre en la sangrienta suerte.
Todo esto es obra mía. Sacia ahora
tu sed de sangre con mi sangre mora.

COND. Sí haré; mas antes enseñarte quiero,
pues tu furor encomias africano,
su limpio honor para guardar entero
lo que puede el furor de un castellano.
¿Te jactas de dejar en mi linaje
un inmundo borrón y en mi corona
para robar el amor de una matrona
de mi estirpe real? ¿Tamaño ultraje
piensas que quede por su parte impune
porque títulos mil en su persona
contra mi ley justísima reune?
Mientes, infiel; la gente venidera
cuando ose recordar que fué liviana

se espantará de la venganza fiera
con que lavé mi estirpe soberana.
No; ni un testigo dejaré siquiera
que deshonre a la noble castellana,
y quedará en la sombra más profunda
bajo otro crimen su pasión inmunda.
Mira.
(Abre el camarin y le muestra a la condesa.)

H.s. (Espantado.) ¡Tu madre!

Cond. Sí; contempla ahora
con qué sed beberé tu sangre mora.
Solo con sangre ese baldón se lava;
mas no basta la tuya solamente,
africano traidor; en tí se acaba
mi indulgencia y piedad para tu gente.
Para nadie la habrá; no: esos dos reyes
que para tí me dieron credenciales
al abrigo poniendo de mis leyes
de sus embajadores los puñales,
hoy me conocerán. Perros traidores,
que el campo abandonáis de las batallas
y pagáis asesinos vengadores
d etrás de vuestras torres y murallas;
veo que a vuestros nobles vencedores
vuestro pavor servil no hallando vallas
apresta una venganza mas segura
envuelta en noche de traición oscura.
No he de olvidarlo; vuestra raza entera
la mancha blanqueará de esta mancilla
Grajos viles, que espanta mi bandera,
son los reyes de Córdoba y Sevilla;
y yo haré con sus reinos una hoguera
a cuya luz, delante de Castilla
irán como espantados jabalíes
al salvaje compás de sus «lelíes»
Infiel tengo que ser con los infieles,
vil he de ser con quien por vil me toma.
sangre habrá; vuestros blancos alquiceles
rojos serán; y pues la guerra os doma
pesebres han de ser de mis corceles
los profanos altares de Mahoma,
y las ricas doncellas africanas
esclavas de mis pobres castellanas.
Moro, en prenda de guerra inextinguible
voy a mandar tu tronco y tu cabeza
a esos reyes que dieron por posible
que ahogaras tú mi vida y mi grandeza
Yo he reservado ese licor terrible
para tí; bebe pues, y con fiereza
el cuello dobla de la muerte al yugo.
En Castilla no le hay, sé tu verdugo.

His. No es necesario que a morir me ayude
con ira o con piedad ningún cristiano.
(Toma la copa.)
Mientes si piensas que al asirla dude
medroso el corazón, débil la mano;
no; que aun valor al corazón me acude

para decir muriendo a un castellano,
Ni quiero tu perdón, ni lo merezco:
tu enemigo nací y aun te aborrezco.
(Bebe.)

COND. Digna de mejor causa es tu osadía.
Dios te la tome en cuenta. ¡Sancho!

El conde, Hissem, Sancho Montero

COND. (A Sancho.) Espera,
que los ojos ese hombre cierre al día
y aguárdale allí dentro hasta que muera.

HIS. No he de tardar. A mi sepulcro guía:
me avergonzara que caer me viera,
no imaginara que en aquel momento
le imploraba perdón, falto de aliento.

El conde

Mi deber con el mundo está ya lleno;
mas ¡ay! réstame aun mi sacrificio;
beber el cáliz de dolor ajeno,
levantarme yo mismo mi suplicio.
Esta tribulacion pesa, ¡oh Dios bueno!
en la balanza de tu eterno juicio:
y espie mi desmán contra mi padre
la ofrenda colosal que hago a mi madre.
(Montero se presenta a la puerta del camarín donde metió a Hissém; el conde al verle dice espantado:)
¡Sancho, tan pronto!

SAN. De espirar acaba.

COND. Me horrorizó mirando si lo bebo
el desastrado fin que me esperaba.
Bien hice; en calma la conciencia llevo.
Separados están; su fé lo estaba,
y un porvenir igual darles no debo;
no, obre cristiano; sin piedad le inmolo;
baje a la eternidad, mas baje solo.
Mas concluyamos de una vez; no quiero
dejar a la mitad tan grande hazaña
que fuera necio; ayúdame, Montero.
(El conde y Montero sacan a la condesa desvanecida en un sillón. La colocan en la escena, y el conde abre el camarin en que encerró al judío.)

El conde, la condesa, Simuel Benjamín, Sancho

COND. (Al judío.)
Vamos, judío, de tu ciencia extraña
el poder misterioso manifiesta.

SIM. Paso me haced, mi mano está dispuesta.
(El judío se acerca a la condesa y sacando de una bolsita de piel una pequeña redoma, se la aplica al olfato. El conde y Sancho lo contemplan con ansiedad.)
Dejadla reponer muy poco a poco,

la excitación de su cerebro loco
de violenta impresión será funesta.

COND. ¡Oh, vuelve!

SIM. Sí; respira; en grato sueño
reposaba, y si el tiempo que la espera
no ha de ser más tranquilo y halagüeño...

CON. ¡Ay!

COND. Silencio, rabino; todos fuera.

(Sancho Montero y el judío salen por la puerta del fondo. El conde se aparta a un lado de la escena, y la condesa empieza a volver en sí.)

El conde. La condesa.

CON. ¿Dónde estoy? ¿Quién me turba mi reposo?
En deliciosa paz soñando estaba,
y ¡ay de mí! con qué sueño tan hermoso
mi apesarado espíritu gozaba.
Sueño de luz, de calma y de ventura
con encantada música arrullado,
de cielo azul a la influencia pura
por perfumadas auras oreado.
¡Cuán odioso es volver tras este sueño
a la verdad de la azarosa vida!
Mas... ¡qué recuerdo!... ¡Sí, con torvo ceño
le sombreó visión descolorida!
La ví a lo lejos, sí, los resplandores
cruzar de horizonte luminoso
fijando en mí sus ojos vengadores;
los ojos ¡ay! del hijo y del esposo.
Mas ya desapareció.
(Se va a volver, y ve la mesa con las copas, etc.)
¡Cielos! Qué miro!
Esa mesa... esa copa... (La mira.) ¡Está vacía!
le habrá costado hasta el postrer suspiro.
Infeliz: ¡hijo mío!
(Al volverse del otro lado, encuentra a don Sancho, que la tiende los brazos.)

COND. ¡Madre mía!

CON. ¡Sancho!

COND. Madre, perdón; si a tanto he osado
en el libro de Dios estaba escrito.

CON. Pero esa copa... (Con afán.)

COND. La apuró el culpado;
la tumba guarda ya vuestro delito.
Mirad.
(La muestra el cuarto en que se supone que yace Hissem.)

COND. ¡Gran Dios!

COND. El es: él, que os vendía
de torpe amor bajo el impuro velo
y a vuestra perdición os conducía.

CON. ¡Ah! ¡No lo mientes ya!

COND. No, madre mía.
Yo juzgo su traición, su amor el cielo.

CON. Gracias, Sancho: aunque lágrimas me cuesta,
no volverle a encontrar quiero en el mundo

que me arrastraba su pasión funesta.
COND. Guardadlo en el silencio más profundo,
madre, y romped ese padrón infame
(La da el pliego que Sancho quitó a Hissem.)
de vuestro deshonor; ya no hay ahora
quien esa prueba contra vos reclame.
CON. ¡Hijo mío!
COND. Y oid, madre y señora,
que pronto es fuerza que el clarín me llame
para salir contra la hueste mora.
y antes de mi cariño daros quiero
la última prueba, y el adios postrero.
Si habéis manchado vuestro honor liviana
fea fragilidad en vos ha sido,
mas carga fué de nuestra raza humana
y frágiles al mundo hemos venido.
Mas decir que una noble castellana
quiso al hijo matar de ella nacido
no ha de poder el mundo, madre mía
mientras ayude Dios a don García
Expuesto al vulgo su cadáver frío
a mis puertas será: tumba mentida
tendréis vos, y ese crimen será mio.
Sí, de Oña en los peñascos escondida
monasterio fundad triste y sombrío
do el funeral os rezarán en vida;
mas circunde ese santo monasterio
siniestro y espesísimo misterio.
Créale todo el mundo alucinado
como eterna señal espiatoria
sobre el sepulcro vuestro levantado
de un parricida vil torpe memoria.
Mas antes que el sepulcro el templo alzado
penitente vivid: mienta la historia,
y antes que vuestro honor por mí sucumba,
ábrase al mío deshonrada tumba.
CON. ¡Tú! ¿Tú arrostrar de mi pasión funesta
la deshonra? Jamás. Morir prefiero,
COND. Madre, no recordéis lo que me cuesta
tamaña abnegación; mas yo lo quiero.
Vuestro hijo soy, mi obligación es ésta,
y obraré como cumple a un caballero:
sabré, aunque el mundo me acrimine un día,
que hijo fué para vos Sancho García.
Ni una palabra más, madre, ni una.
Partid: gloria y honor os sacrifico,
y puede una palabra inoportuna
hacerme vacilar; que es don muy rico
el que la gloria y el honor aduna.
Montero irá con vos, os lo suplico;
y en la próxima noche idos segura
con gente fiel y con la niebla obscura.
CON. Sí, Sancho, partiré desde esta hora
a socavar mi funerario lecho
donde yacer en paz; mas que tu pecho
no me guarde rencor.
COND. Nunca, señora.

[illegible] Yo de mi celda en el recinto estrecho
del Dios que escucha a quien con fé le implora
atraeré sobre tí y sobre tu gente
la excelsa bendición omnipotente.
¡Adios! (Se abrazan.)

Cond (Llevándola y deteniéndola en el dintel de la puerta.)
Id, y si os llevan algún día
mi cadáver envuelto en mi bandera,
sobre el sangriento tronco ¡madre mía!
derramad una lágrima siquiera.
Y al grabar en mi losa «Aquí García»,
decid sobre ella por la vez postrera,
«Caballero murió, murió inocente.
Yo vivo aún, y el universo miente.»

El conde

Como quien soy cumplí: ya estoy tranquilo.
En buen hora los siglos engañados
mi historia cuenten con airado estilo:
mi nombre y mi valor sean mirados
con horror en buen hora: no vacilo.
No es mío el crimen con que van manchados
y ese borrón que empaña mi memoria
en mi tumba será «Sol» de mi gloria.
A ella osarán con lenguas fementidas
las almas ruines al valor extrañas,
mas saldrán a dejarlas desmentidas
las legiones que dejan mis campañas
en Osma y en Sepúlveda tendidas.
Sí, yo cuento mis días por hazañas,
y descender a mi sepulcro puedo
a desleal posteridad sin miedo.
(Llamando.)
¡Sancho!

El conde. Sancho Montero

San. Señor.

Cond. ¡Mi lanza y mi caballo!
Mi fortuna a arrostrar con alma entera
y a morir con honor pronto me hallo.
Sea paño a mi tumba mi bandera,
y al echar sobre mí su injusto fallo,
diga por fin la gente venidera:
«Con tan gran corazón ser no podía
un malvado tan vil Sancho García.»
(Sale el conde: Montero le sigue.—Cae el telón.)

FIN DE LA COMPOSICIÓN

LA TIZONA

DRAMA ROMÁNTICO EN CUARRO JORNADAS, ESCRITO EN VERSO POR

Ramón de Godoy y Enrique López Alarcón

PERSONAJES

DOÑA SOL DE CASTILLA
DOÑA JUANA (Dueña.)
DON LOPE DE QUIRÓS
MAYA (India.)
BERNAL DIAZ (Capitán.)
PEDRO SECO (Capitán.)
DON GONZALO DE SILVA (Alférez del Virrey.)
OTRO ALFÉREZ DE LA TROPA DEL VIRREY.
OFICIALES 1.º, 2.º, 3.º y 4.º
DON LEANDRO DE BELBÍS
AGUADILLO (Ventero.)
TAJUÑA (Arriero 1.º)
ARRIERO 2.º
UN PAJE DE DOÑA SOL
UN MOZO DE LA VENTA
SOLDADOS DE DON LOPE

Arrieros, pajes, mozos, soldados del virrey, centinelas, indios, guerreros, abanderados, banda de atambores y trompetas, marineros, remeros y demás tripulantes y dotación de la galera.
La acción comienza al día siguiente del asesinato de Escobedo en Madrid, reinando D. Felipe II

PRIMERA JORNADA

La escena en una venta en el camino de Madrid a Andalucía. — Al fondo, gran puerta de dos hojas, que da al exterior, y que estará cerrada al levantarse el telón. Por ella se verá, cuando se abra, el campo de Castilla. A un lado y otro de la puerta, y a todo lo largo del muro ancho poyo de piedra cubierto con poyales de paño listado. Colgados de la pared, albardas y aparejos de las caballerías. A la derecha y formando rinconada con la pared del fondo, hogar bajo de ancha campana. Colgando del centro de la campana, un candil de garabato y sobre ella, platos, jarros y tazas de loza. A un lado y otro espeteras con asadores y marmitas. En el centro de la chimenea una gran caldera pendiente de larga cadena. También a la derecha y en primer término, una mesa de roble con dos escabeles. Delante de ella un banco largo. A la izquierda, en segundo término, una escalera practicable, con barandal de madera, que comunica con el piso superior. En primer término, una puerta que comunica con el interior. Algunas mesas y escabeles de roble, convenientemente distribuidos. — Al levantarse el telón la escena estará sola y sonarán dos golpes dados a la puerta. — Alborea.

ESCENA PRIMERA

El Mozo de la Venta y arrieros 1.º y 2.º
(A poco de oirse los golpes aparece el Mozo de la Venta, que desciende por la escalera, restregándose los ojos, como adormilado.)

EL MOZO

Muy de mañana escomienza
el trajín... ¡Válame Judas!
Si es ya el amo, lo que es hoy
vuelve más presto que nunca...
pues, apenas cerré un ojo
des que se fué...
(Suenan otros golpes a la puerta.)
¡Con la nuca,
renegao!...
(Llégase a la puerta y la abre, después de descorrer barras y cerrojos y dar vuelta a la llave.)
¡Entre la gracia
de Dios!...
los que tienen que guardar!
(Entran los dos Arrieros, que hablan mientras se van desembarazando de las alforjas y paquetes que traen.)

ARRIERO 1.º

¡Más que tú, gandul!...

ARRIERO 2.º

¿Con chuflas
nos vas a dar la mañana?
Pues no está el tiempo de zumbas
que anda el cónclave revuelto

MOZO

¿Pues qué hay?

ARRIERO 1.º

¡Casi nada!... ¡Una
zarabanda de los diablos,
que nada bueno barrunta!

MOZO

¿De veras?

MOZO
¡Pues diga ya y no concluya
el hombre!
ARRIERO 1.°
¡Como no diga
más que yo!
ARRIERO 2.°
¡Basta de puyas
y basta de cotorreo,
porque aún estoy en ayunas
y se me seca el gaznate!
MOZO
¡Aquí de Dios! Por fortuna,
aún nos queda en casa un frasco
de ambrosía.
ARRIERO 1.°
Si es de uva,
trae dos vasos, pan y queso...
ARRIERO 2.°
Y añade unas aceitunas...
(Mientras el Mozo saca lo pedido, se acomodan los arrieros cerca del hogar.)
ARRIERO 1.°
(Sentándose en el suelo.)
¡Ajajá!...
ARRIERO 2.°
(Sentándose en un escabel y poniendo otro delante de sí.)
¡Qué bueno es
el descanso!. .
MOZO
(Que viene trayendo lo pedido en una bandeja que coloca sobre el taburete que tiene ante sí el arriero. Al arriero 2.°)
¡Seor Tajuña!...
¿Qué vos traeis hoy de encargo?
¿Relicarios, confituras
de monja, mantos, manteos...?
ARRIERO 2.°
Pocas cosas y nenguna
para tí.
MOZO
¡Válgame Dios!
¡Venís hoy de malas pulgas!
ARRIERO 2.°
Puede ser...
(Los arrieros pónense a comer.)
MOZO (Encarándose con el Arriero 1.°)
¡Diantre!... ¡Y agora
que lo reparo!... Sin duda,
os tornasteis de la villa,
tan de ligero y a uña
de caballo, a causa de
los sucesos!...
ARRIERO 2.°
¿Por ventura,
te va o te viene a tí cosa
en el asunto?
viene su mercé!
ARRIERO 2.°
¡Anda, anda
amaña unas herraduras
y da una vuelta al ganado!..
ARRIERO 1.°
¡Y quítale la jamuga
a la yegua, que la trae
de vacío...
ARRIERO 2.°
Y a la mula
pardilla échale un buen pienso...
MOZO
¡Voy por el aire!...
(Vase, haciendo cabriolas, por el fondo.)
ARRIERO 1.°
(Alzando la voz para que le oiga el Mozo.)
¡Y procura
que no se esparrame el grano
hacia la alcancía!...
ARRIERO 2.°
¡Trucha
como él, no se vido!... Pero,
echa un trago, y continúa
tu relación, que no es cosa
de que me dejes a escuras.
¿Qué ocurre en la Villa y Corte:
¡Vamos, hombre, desembucha!
ARRIERO 1.°
Pues, nada, lo que te dije...
Que, cuando anoche a la una
fuí a la posada, me hallé
alborotada la chusma.
«Han dado muerte a Escobedo»
de público se asegura.
Que fué en duelo dice éste;
aquél dice que en disputa;
esotro, que por robarle,
y aqueste jura y perjura
que fuera alevosa mano
quien le abrió la sepultura...
Y, mientras tanto, la ronda
registra y anda a la husma
de los fugitivos..., yo
advierto tanta balumba
de corchetes y de alcaldes,
de esbirros y de lechuzas
de la justicia, que, como
no fué de mi gusto nunca
el trato de tales gentes,
volví a aparejar mi mula
y me torné para acá,
que esta es playa más segura!
MOZO
(Que vuelve.)
Ya está todo trajinado.
Y aquí están las herraduras

(Tomándolas de mal aire y amenazándole con ellas.)

¡Las de tu padre, truhán!... ¡Engendro de bruja!...

ARRIERO 1.°

¡No mientes a la familia,
no nos vaya a hacer alguna
gatada!...

MOZO

(Desde la puerta de fondo mira al campo.)

¡Chits!... ¡Alguien llega!...
¡Y que es de hábito y capucha!

ESCENA II

Dichos, Don Lope y Bernal Díaz, por el fondo. Aparece primero Bernal Díaz, que se asoma a la puerta y mira disimuladamente a un lado y otro, como reconociendo el terreno. Luego entra con decisión.

BERNAL

(Haciendo señas a su acompañante.)

Entrad, padre, sin temor,
que aquí reposar podremos...

MOZO

(Que sale a recibirlos haciendo muchas cortesías.)

¡Guarde Dios a vuesarcedes!
Pasen y tomen asiento,
mis señores...

DON LOPE

(En hábitos de fraile y con la capucha calada.)

¡Deo gracias!...

(Don Lope y Bernal se dirigen a la mesa de la derecha y se sientan junto a ella, el primero por la parte de dentro, al lado de la pared y el segundo por la parte de afuera.)

MOZO

A Dios dadas... ¿En qué puedo
servirles?

BERNAL

Viendo si hay algo
que echar a perder, pues tengo
el estómago sin lastre,
navegando a palo seco.

MOZO

Perdonen sus señorías...
mas, por agora, no puedo
ofrecerlos otra cosa
que aceitunas, pan y queso.
Es todo lo que hay...

BERNAL

No es mucho,
a fe mía.

MOZO

Pero presto
llegará el amo y traerá
algo de más alimento.

BERNAL

¿Habrá vino?

¿Vino dijo?
¡Dios nos asista! Tenemos
la bodega tan henchida
que revientan los pellejos!

BERNAL

Trae de lo que haya, y añade
media azumbre de lo añejo.

MOZO

Al instante.

(Vase para volver.)

BERNAL

¡Mala peste
en la venta y el ventero!
Hay que poner en conserva
el hambre, y buscar el viento
de bolina.

DON LOPE

Calma ten,
Bernal...

BERNAL

(Recalcando la frase.)

Ya, padre, la tengo
que des que os vide con hábitos
me parece que yo mesmo
soy ya santo.

MOZO

(Sirviéndoles lo pedido.)

Aquí está todo

BERNAL

(Sirviéndole a don Lope y disponiéndose a comer.)

¡Pues comience el bombardeo!

(Poniéndole a don Lope delante el jarro, después de servirse él.)

¡Duro al palo de mesana!
¡Largad todo el aparejo!

DON LOPE

(Devolviéndole con mesura el jarro, después de servirse un vaso.)

Más prudencia, Bernal Díaz,
ved que se os va la sin hueso...

BERNAL

(De pronto, como recordando algo.)

¡Vive Cristo!...

DON LOPE

(Con algún sobresalto.)

¿Qué sucede?

BERNAL

Nada... que agora recuerdo...
¿No os olvidásteis la espada?

DON LOPE

¡Olvidalla!... ¡Aquí la llevo!

(Saca con gran precaución una espada desnuda que trae bajo el hábito, y, a hurtadillas de los otros, la coloca sobre el banco que está en primer término.)

¡Primero me olvidaría
de mi nombre, que este acero

momento y luego continua dirigiéndose a ella con exaltación casi mística.)

¡Santa y gloriosa espada,
cuya virtud a mi valor abona!...
¡Hoja limpia y sagrada
de la fiera tizona,
para un Gonzalo Córdova forjada!
¡Acero digno de inmortal leyenda
y por manos heroicas troquelado,
que don Juan de Astria me ciñó al costado,
de su amistad y mi adhesión en prenda!
Cuando en mi mano brillas, el Oriente
se abre ante mí, y no hay peto ni coraza
que resista a mi brazo omnipotente,
pues hincha el corazón, como un torrente,
el poderoso aliento de mi raza!...

BERNAL

¡Ya está el león con calentura!
¡Deliráis, padre!... ¡Cuidado,
que no va lo recitado
bien con esa vestidura!
Y perdonad que os predique
a mi vez, por confiado,
no atraigamos un ñublado,
que nos pueda echar a pique!

DON LOPE

(Volviendo sobre sí.)

¡Tienes razón, Bernal!... Sí...
mas conmigo tan ligada
está, que al ver esa espada,
no sé qué pasa por mí;
pero surge en mi memoria
lo presente y lo pasado...
mi porvenir malogrado,
mi noble ambición de gloria,
el ansia de poseer,
el deseo de medrar,
la voluntad de ganar
y el mal sino de perder! (Pausa.)
Tres veces, Bernal, tres veces
vi a mi lado la fortuna...
Tres veces, ¡ay!, y ninguna
domeñé sus esquiveces.
Dándome de hidalgo el don,
al nacer la hube de ver...
Mas, ¿qué es lo que logra ser
en Castilla un segundón,
si trae, noble y sin dinero,
su destino aparejado?
O ser fraile o ser soldado...
Yo desdeñé lo primero.
Y así, dispuesto a luchar
contra mi aciago destino,
por ser más ancho camino,
busqué la suerte en el mar.
¡El mar!... ¡Qué terrible encanto
a quien arrulla su canto!
Por él diez años crucé
con suerte bien desigual,
capeando el temporal,
y a las Indias arribé.
Allí, a fuerza de valor,
pues tercié en toda contienda,
me dieron una Encomienda,
y, ¡hasta fuí gobernador!
Y, cuando al fin allegué
caudales e hice un buen peto,
con el arcón bien repleto
para España me torné.
Pero, la suerte contraria
hizo cruzar por mi norte
dos bajeles de gran porte
de una escuadrilla corsaria,
que, al vernos en tal paraje
sin artillería gruesa,
juzgándonos fácil presa,
viniéronse al abordaje...
Yo, que perdido me ví,
¡qué hice!... les dejé llegar,
y entonces mandé incendiar
la santabárbara... ¡y
ardieron todos a una,
y, con cristianos e infieles,
se hundieron los tres bajeles...
y con ellos mi fortuna!
(Pausa.)
La tercera vez, ha sido
en la flota de don Juan
de Austria... ¡Mejor capitán
que él, Bernal, jamás lo ha habido!..
A sus órdenes luché
en Lepanto...

BERNAL

¡Brava empresa!

DON LOPE

Y ¡por Dios que hice gran presa
en ella...

BERNAL

¡Yo os ayudé!...

DON LOPE

Con tal príncipe, brilló
de nuevo la estrella mía...
Mas ¡ay! que en un mismo día
con la suya se nubló...
Bernal, la fortuna enreda
mi ambición en tanto azar,
que al fin de tanto ganar
¡sólo esta espada me queda!
Y así, a pesar de mi sino,
y de uno y otro revés,
cuanto más la miro, es
su brillo más peregrino!

BERNAL

(En tono entre afectuoso y zumbón.)

que cualquiera pensaría
que ese sayal encubría
no a un santo sino a un soldado!

DON LOPE

Tanto fué mi mal, Bernal,
que por muy seguro ten
que me voy hallando bien
bajo este oscuro sayal!...

ESCENA TERCERA

Dichos y el ventero que llega por el fondo

MOZO

(Viéndole llegar.)
¡Ya está aquí el amo de vuelta!

ARRIERO 1.°

¿De vuelta ya? ¡Qué me alegro!
(Entra el ventero por el fondo con unas alforjas al hombro.)

ARRIERO 2.°

¡Guárdeos Dios, seor Aguadillo!

ARRIERO 1.°

¡Buenos días, seor Ventero!

EL VENTERO

Buenos sean por acá.
que allá corren malos vientos.

ARRIERO 1.°

¿Traéis noticias?

VENTERO

Las traigo

ARRIERO 1.°

¿Pero ciertas?

VENTERO

¡Ya lo creo!

ARRIERO 1.°

¿Qué hay en Madrid?

VENTERO

¡El demonio!

ARRIERO 1.°

¿El demonio?

VENTERO

¡Que anda suelto!
Pero dejadme cumplir
con mi obligación, que tengo
más que hacer que darle al tábano.
(Dirigiéndose a don Lope y Bernal.)
¡Guarde Dios al Reverendo
y a su noble acompañante!

BERNAL

Ahorrad vanos cumplimientos
y decidnos si traeis
algo de mejor sustento
que pan y aceitunas.

VENTERO

Crea, señor hidalgo ¡y el cielo
me es testigo!, que tenía
apalabrado un buen cesto
de gallos y pavipollos,
además de medio ciento

pero llegué en ocasión
del desdichado suceso
que trae revuelta la Villa
y no atopé al mandadero.
Porque es tal el rebullicio,
que no hay en nada concierto,
y, en fin, con los comentarios,
las noticias y los cuentos,
no me dejaron llegar
hasta el mercado...

ARRIERO 1.°

(Riendo.)
¡Creémoslo,
sin que lo hayais de jurar!

ARRIERO 2.°

(Riendo.)
¡Siempre os ocurre lo mesmo,
porque se os van las memorias
en dándole a la sin hueso!

VENTERO

Pues a fuer de porfiado
y echar votos y reniegos,
solo he podido traer
este pernil de cordero.
(Saca un pernil de las alforjas.) (A Bernal.)
Si gustáis de él...

BERNAL

¿Que si gusto?
¡Quién lo duda!

VENTERO

¡Pues a ello!...
(Al Mozo.)
Toma y vete aderezándolo
como Dios manda, que, aluego,
ya dí encargo a mi trainel
de traer más bastimentos.
(El mozo coge el pernil y se va a pr[illegible]ario al hogar.)

ARRIERO 1.°

Vaya, seor Aguadillo.
¡por las barbas de mi abuelo!
hable ya, porque aquí estamos
esperando, boquiabiertos,
a que diga su merced
qué es lo que ocurre.

VENTERO

(Con misterio.)
¡Sucesos
graves!... Dicen que esta noche,
han dado muerte a Escobedo...

MOZO

¿Al enviado de don Juan
de Austria?

VENTERO

¡Ni más, ni menos!

ARRIERO 2.°

¿Asesinado dijísteis?

VENTERO

MOZO
¿Acaso, para robarle?
VENTERO
Quizá algunos documentos
importantes le robaran...
quizá no dieran con ellos...
mas no iban los matadores
en busca de su dinero.
Estorbaba... y les echaron
para quitarle de en medio.
MOZO
¡Válame Dios! Qué desgracia.
VENTERO
Sin duda, asuntos muy serios
de política...
ARRIERO 1.°
Y familia ..
VENTERO
De familia y de gobierno.
Ello es cosa de muy alto
y que viene ya de lejos...
BERNAL (A don Lope, bajo.)
¡Háse visto lenguaraces
semejantes!...
DON LOPE
(Bajo, conteniéndole con el gesto.)
Escuchemos...
VENTERO
Diz que si hubo o no hubo
rivalidades y celos
entre algunos capitanes
de la flota, descontentos,
y don Juan de Rustria... que si éste,
que es mozo y de mucho arresto,
disgustado, envióle al Rey
no sé qué cartas o pliegos
exponiéndole sus quejas...
aunque con tono algo seco...
(Bernal se revuelve en su asiento, impaciente. Don Lope le hace señas de que se contenga.)
Que si el Rey, ya por enojo,
quizá por malos consejos,
quitó el mando de la flota
al ya agraviado mancebo...
Porque también se susurra.
que si éste estaba dispuesto
a alzarse en Italia y Túnez...
y formar un nuevo reino...
(Ahora es don Lope el que se agita impaciente en su asiento.)
BERNAL (Bajo a don Lope.)
¿No oís? ¡Vive Dios! ¿Se puede
sufrir tanto atrevimiento?
(Dando un furioso puñetazo en la mesa.)
¡Esto ya es en demasía!
Voto a Dios!...
DON LOPE (Bajo y rápido a Bernal.)
¡Que nos perdemos

VENTERO
(Acude, todo alarmado, a Bernal.)
¿Qué ocurre?
¿Qué os sucede, caballero?
¿Acaso el vino...?
BERNAL
(Que ha vuelto sobre sí por la indicación de don Lope.)
¡Qué vino!...
¡Idos al diablo! ¿No puedo
yo golpear esta mesa
y echar venablos si quiero?
VENTERO
(Asombrado.)
Sí que podéis...
BERNAL
¡Pues entonces,
idos ya con viento fresco
y dejadme vocear
hasta que me oiga el infierno!
VENTERO
(Tomándolo a broma.)
Pues gritad cuanto vos plazca
que no he de cobrar por ello...
(Vuélvese al lado de los otros.)
BERNAL
(Bajo a don Lope.)
Sólo por ser vos quien sois
y porque he de obedeceros,
he contenido mi enojo...
ARRIERO 1.°
(Al Ventero.)
Continúe el buen Ventero.
¿Decíais?
VENTERO
Pues, que el de Austria
dió poderes a Escobedo
para tratar con el rey.
porque tuvo el miramiento
de no venir en persona,
para hurtar mejor el cuerpo...
BERNAL
¡Otra vez! ¡Rayo de Dios!...
DON LOPE
(Bajo.)
Deja que hablen..
BERNAL
Ya los dejo...
VENTERO
Llegó Escobedo a la Corte
y trató de este concierto
con los ministros del rey,
mas dicen que no hubo acuerdo.
ARRIERO 1.°
Pero, a la postre, ¿se sabe
quién le hirió?
VENTERO
Nada de cierto
se ha podido averiguar.

ni rastro...
(Bajando la voz con misterio.)
Aunque yo sospecho
que si buscara bien...
Que, aunque se dice que el muerto
iba sólo...
(Don Lope y Bernal ponen más atención.)

ARRIERO 1.°
¿No iba solo?

ARRIERO 2.°
¿Vos sabéis?...

BERNAL
(Bajo a don Lope.)
¿Sabrá este necio
más de lo que es menester?...

ARRIERO 2.°
(Al Ventero.)
¡Contad!

ARRIERO 2.° Y MOZO
¡Contad!...

VENTERO
(Haciendo gran misterio y mirando receloso en rededor.)
Nueve fueron
los rufianes que, a traición,
le dieron muerte... Uno de ellos,
¡lo sé de muy buena cepa!
quedó tendido en el suelo...

ARRIERO 1.°
¿Pero sin vida?

VENTERO
Y sin alma...

ARRIERO 2.°
Mas, ¿quedó en tierra?...

VENTERO
Más tieso
que un garrote...

BERNAL
(Bajo a don Lope.)
Este truhán,
¿por dónde sabrá?

DON LOPE
Escuchemos...

ARRIERO 1.°
Pues, ¿cómo es que la justicia
no le vido?...

VENTERO
Amigo, eso
ya es otro cantar... Quizá
le interesara no verlo...
Quizá fuese brujería
o cosa de encantamiento...
Ello es que uno entregó el alma
a Judas y seis salieron
heridos y mal parados,
con la piel hecha un arnero.

ARRIERO 1.°
Luego mi hombre defendióse

No hubo tiempo
de desenvainar la espada..,

ARRIERO 2.°
¿Y cómo pudo ser eso?

VENTERO
Porque venia tras él
un mozo de pelo en pecho,
guardándole las espaldas,
y metió mano tan recio
que a no terciarse la ronda
diera buena cuenta de ellos...

MOZO
¡Válgame Dios!... ¿Y quién es
ese bravo?

VENTERO
Un buen sujeto.
Un hidalgo muy cabal
y capitán de los buenos.

ARRIERO 1.°
¿Y sabéis como se llama?

VENTERO
¡Don Lope de Quirós!...

DON LOPE (Aparte.)
¡Truenos
y rayos! ¡Ha pronunciado
mi nombre... mi nombre mesmo!
(Deja caer la capucha descubriendo el rostro.)
Pues ¡ay de él! si me conoce
más que de nombre... Observemos.

BERNAL (A don Lope, bajo.)
¿No oísteis? ¡Ese villano
lo sabe todo!...

DON LOPE
(En igual tono.) ¡Silencio!...
(Desde algunos momentos antes de atacar el Ventero su último párrafo, se habrá comenzado a oir un ligero rumor como el de rodar de un carruaje por la carretera, acompañado de alegre cascabeleo y restallar de látigos que, poco a poco, se habrá ido haciendo más perceptible, hasta oirse claramente al terminar don Lope su última frase. En tanto que esto ocurre, el Mozo habrá terminado de preparar y aderezar el pernil y, cuando ya viene dispuesto a servírselo a los dos viajeros, se detiene de pronto a escuchar y queda un momento en medio de la escena, como pendiente del rumor de fuera.)

VENTERO
(Yendo hacia él.)
¿Qué es lo que ocurre, qué pasa,
que asín te quedaste hecho
un pasmarote?...

MOZO
(Sin contestarle y haciendo señas con la cabeza para que no le distraiga.)

(Quitándole el servicio de la mano.)
¡Trae acá... camandulero!

MOZO

¡Demóncanos!...
(Vase dando saltos muy regocijado hasta la puerta y se queda observando.)

VENTERO

(Sirviendo la comida a don Lope y Bernal.)
Aquí tienen,
sus señorías, aquesto
para quitarse el mal gusto...
¡Y a fe que debe estar bueno!
¡Echa un tufillo que es gloria!

BERNAL

Venga ya, ¡voto al infierno!,
que se le harán los honores
como es razón...
(Pónense a comer don Lope y Bernal.)

MOZO

(Con grandes muestras de regocijo.)
Esto es hecho.
¡Vengá, seor Aguadillo!
¡Venga su merced corriendo!
¡Mire lo que se nos viene
como llovido del cielo!

VENTERO

(Después de llegar corriendo hasta donde está el Mozo y observar el camino.)
¡Dios de Dios!... ¡Una carroza!...

MOZO

¿Qué tal?

VENTERO

¡Lucido cortejo!
¡Trae cuatro potros de tiro
que ni pintados!

MOZO

¡Soberbios!

VENTERO

¡Y ocho jinetes de escolta!

MOZO

¡Y lacayos!... ¡Y correo!

VENTERO

¡Voto a tal!...

MOZO

¿Será algún Príncipe?

VENTERO

¡Salgámosles al encuentro!...
(Vanse ambos hacia fuera.)

DON LOPE

¿Quiénes podrán ser?

BERNAL

(Con regocijo, frotándose las manos.)
¡Caballos!
¡Vive Dios!... ¡Al fin tendremos
caballos!... ¡Dios nos los trujo!...

DON LOPE

Prudencia, Bernal...
(Don Lope vuelve a cubrirse el rostro con la

BERNAL

¡Son nuestros!...

ESCENA IV

Dichos, el ventero y el Mozo, que vuelven con un Paje de Doña Sol.
Luego, varios criados cargados con almohadones cojines y canastas con servicio de mesa.

EL PAJE

(Entrando seguido de Ventero y Mozo.)
Véngase el ventero acá
y el criado del ventero,
que he de hablarles yo primero
y no me hacen falta allá.
Pues, menester es que agora
pongamos mano en todo esto,
para que esté bien dispuesto
cuando llegue mi señora;
que si entra en este mesón,
por circunstancia casual
tales sitios cuadran mal
con su noble condición.
(El Paje, mientras habla, examina la habitación y comienza a concertar bien los muebles ayudado del Ventero y Mozo.)

VENTERO

¿Es muy noble?...

PAJE

Más que el rey.
Que es doña Sol de Castilla,
e igual que su nombre brilla
por su casa. En buena ley,
ni el rey la puede igualar
en ascendiente ni en gloria
que arranca su ejecutoria
de los Díaz de Vivar.

VENTERO

¿Y hacia dónde se encamina,
si es que no soy indiscreto
en preguntar?...

PAJE

No hay secreto.
A Sevilla por Medina.
Pero, ved que el tiempo pasa...
¡Apañad este montón
de trastos!... ¿No habrá un sillón
de brazos, en vuestra casa?

MOZO

¡Sí, hay uno!

PAJE

(Al Mozo.)
Pues id por él...
(Vase el mozo y vuelve trayendo un sillón.)

BERNAL

(Aparte a don Lope.)
¡Grandes señores tenemos
en campaña!... ¡Ya veremos!...

MOZO

(Que vuelve con el sillón.)

(Al Paje.)

Vea el doncel
si acomoda...

PAJE

(Examinando el sillón.)

¡Buen agrado!
Mucho debe haber servido,
pues tiene un brazo tullido
y renquea el condenado.

(Entran dos criados que traen cojines y almohadones que entregan al Paje. Este y el Ventero los colocan convenientemente. Los criados vanse.)

En fin, lo aderezaremos
con afeites y pomadas,
como hacen las mal dotadas
por Dios... ¡Está bien!... Pondremos
acá esta mesa...

(Mientras hablan, han colocado el sillón junto a una mesa, a la izquierda en primer término y varios escabeles en torno.)

VENTERO

¡A fe mía,
que os dais traza para todo!

PAJE

¡De no hacerlo de este modo
mi dueña se enojaría!...

VENTERO

¿Y es bella vuestra señora?

PAJE

¡Válgame el cielo, si es bella!...

VENTERO

¿Y casada?

PAJE

No; doncella.
Mas va a desposarse agora.

VENTERO

¿En Sevilla, por lo visto?...

PAJE

Más lejos piensa arribar...

VENTERO

¿Más lejos?...

PAJE

¡Allende el mar!...
¡A las Indias!...

VENTERO

¡Voto a Cristo!...
¡Pues, a fe, que es peligroso
y largo viaje!...

PAJE

Es verdad...
Mas va en gran seguridad.

VENTERO

¿Sí?...

PAJE

La espera un poderoso
galeón, bien pertrechado,
que el rey mandó preparar

Es el bajel más velero
y seguro de la Armada.
Mándalo don Luis de Rada,
que es un lobo de mar fiero,
al par que noble y prudente.
Poco o nada hay que temer,
que es nave de tal poder
que a otras diez hiciera frente!

VENTERO

Y a tan lejano país,
¿ninguno más la acompaña?

PAJE

Sí; don Leandro de Belbis
la escolta hasta Nueva España.

(Entran otros criados que traen canastas con todo lo necesario para poner una mesa. Luego que lo entregan, vanse. El Paje arregla y adorna la mesa ayudado del Ventero y el Mozo.)

Un pariente... un caballero,
mozo, rico y pretencioso..
más vano que generoso...
y alocado... y pendenciero...
Mas como le dan asiento
su rango, nobleza y porte
cerca del Rey, en la Corte
goza gran predicamento...
¡Y, punto en boca... que están
aquí ya!... Y vos, atención.
y poca conversación...
que las bolsas hablarán...

ESCENA QUINTA

Dichos, doña Sol, don Leandro, doña Juana y cuatro o cinco criados

(Entra don Leandro trayendo de la mano a doña Sol, a la que conduce galantemente hasta su asiento. Detrás de ellos vienen la dueña y los criados.)

DOÑA SOL

(A don Leandro.)

De hoy más, seré de buen grado
portavoz de vuestra fama,
que, en servicio de una dama.
sois, don Leandro, extremado.
Mucho os he de agradecer
que en esta venta al entrar,
os hayais de doblegar
a un capricho de mujer
curiosa, que por primera
vez respira libremente
el puro y sereno ambiente
de la dulce primavera...

(Al concluir esta frase, doña Sol, que habrá llegado ya hasta el sillón, se sienta. Doña Juana se sienta también al otro extremo de la mesa. Los criados permanecen de

(Después de hacerle una reverencia.)
Vuestro capricho es mi ley,
por deber y por agrado,
pues me puso a vuestro lado
para serviros, el Rey;
y asi, en agradaros, fío
que está mi gloria mayor,
pues conseguir tal honor
es galardón para el mio...

DOÑA SOL

Y hacéis bien en confiaros,
porque tenéis bien ganada
mi voluntad... ¡Asombrada
estoy de no hallar reparos,
dudas ni prohibiciones
que coarten mi albedrío!

DOÑA JUANA

(Refunfuñando y haciéndose cruces.)
¡Señora!... ¡Jesús!... ¡Dios mio!...
¡qué conceptos!... ¡qué expresiones!...
¡Quién lo hubiera presumido!...

DON LEANDRO

(A doña Juana con tono burlón.)
¡No os asustéis, doña Juana!...

DOÑA JUANA

(En tono de reconvención a don Leandro.)
¡Vuestra influencia malsana!
¡Como sois un corrompido!...

DON LEANDRO

¡Pues por mí estáis bien segura.
aun siendo yo un Lucifer!...

DOÑA JUANA

(Regañona.)
¡Mas le valiera aprender
a usar de mayor mesura!...

DON LEANDRO

¡Aprended vos a callar,
doña Siglos, digo yo;
que en cien años que vivió,
no dejó un punto de hablar!

DOÑA SOL

(A don Leandro.)
¡Bah!... ¡Que hable cuanto quisiera
que no aprovecha el sermón!
Mas, ya que dais ocasión
dejadme que me apodere
de la dicha, sorprendida
cual impensada aventura
en aquesta venta oscura,
porque esto es ¡ay! en mi vida
un paréntesis abierto,
como un oásis frondoso,
entre un porvenir dudoso
y un pasado triste y yerto.
Quiero agora disfrutar
de este momento en sazón,
pues está mi corazón
codicioso de albergar

¡Flor de luz del claro día,
risa de la primavera,
encanto, gala y dulzor
que sazona cuanto toca,
pues diz que nació en la boca
de fresa del niño Amor...!

DON LEANDRO

¡Bienhaya al cielo que os diera
ingenio tan peregrino!
Decís bien, en el camino,
la dicha emboscada espera...
Mas, ¡por Dios! que me hais prendado
con vuestra charla donosa...
(Galante.)
¡A fe que sois peligrosa,
doña Sol... me háis deslumbrado!

DOÑA SOL

¡Tan presto os he reducido!...

DON LEANDRO

Y acabaré por rendirme...
que hoy tendréis que permitirme
que envidie a vuestro marido!...

DOÑA SOL

Como es día de indulgencia,
hoy os lo permito todo...

DON LEANDRO

(Malicioso.)
¿Todo?...

DOÑA SOL

¡Sí, todo!...

DON LEANDRO

De modo,
que me otorgáis licencia
para cortejaros?...

DOÑA SOL

¡Sí!...
¡Cortejadme si queréis!...

DON LEANDRO

¿De veras?... ¿Y no teméis...?

DOÑA SOL

¿Yo?... ¡Nada temo por mí!...

DON LEANDRO

(Algo picado.)
¡Hola!... ¡Hola!... Me lanzáis
un reto?...

DOÑA SOL

¡No hube intención!...

DON LEANDRO

Mirad que mi corazón
duerme..., y si le despertáis,
como es celoso y osado,
doña Sol, ¿quién asegura
que no haga alguna locura?...
Ved que a mí os ha confiado
el Rey y su confianza
me otorga real poder...
Ya veis que puedo tener
en mi mano la venganza,

si me da la tentación...
bien os puedo arrebatar...;
que Amor es niño y travieso
y usa de un filtro embrujado
cuyo gusto regalado
le hiciera perder el seso
al más cuerdo... ¡Oh, sí!... y catad
que embriaga el licor divino...!

DOÑA SOL

¡Ay, don Leandro, más que el vino
embriaga la libertad!...
(Transicion.)
Mas dejemos tan sutil
polémica y no olvidéis
que prometido me habéis
un banquete venteril.

DON LEANDRO

(Llamando.)
¡Al punto!... ¡Hola, seor ventero!...
(Encarándose con el ventero, que se habrá aproximado, haciendo cortesías.)
Prepárenos su mercé
algo de gusto con qué
le demos treguas al fiero
lebrel del hambre... Salmón...,
unas truchas... un pastel
de liebre... tortas de miel...
un guisote a la serrana,
o algun suculento asado
de cordero, aderezado
a la usanza castellana!...

VENTERO

(Poniendo cara de circunstancias, y haciendo mil extremos.
Me tendrán que perdonar
por hoy Vuestras Excelencias,
pues, por varias diligencias,
no me pudo avituallar
mi trainel... y el mandadero
aun no llegó...

DON LEANDRO

(Muy contrariado.)
De manera...

VENTERO

Que aunque serviros quisiera,
por agora... Aunque yo espero
que, a la postre, ha de venir...
Y... si esperaros podéis,
complacidos quedaréis
de cómo os he de servir!...

DON LEANDRO

Pues y ese olor regalado
que hame dado en la nariz...
¿no es de pollo... o de perdiz...?

VENTERO

Es, señor, cordero asado...
Un pernil que casualmente
me trujera un trajinante
se lo serví a aquella gente.

DON LEANDRO

(A doña Sol.)
Pues a fé que es afrentoso
que aquí ayunemos, en tanto
que allí...
(Indicando también el grupo.)

DOÑA SOL

(En tono de irónica lamentación.)
¡Fiero desencanto!
¡Y el olorcillo es goloso!...

DON LEANDRO

(Con repentina y alegre resolución.)
¡Pues lo habremos de probar!
¡Ya veréis qué linda broma!...

DOÑA SOL

¿Y si alguno a mal lo toma?...

DON LEANDRO

¿Cuál de ellos se ha de enojar?...
¿El fraile?... ¡Fuera de ver!
Pues si es ese fantasmón
con trazas de bravucón...
¡poco me da que temer!
(Riendo y comentando la figura que hacen.)
¡Já... já!... ¡De que buena traza
acometen al guisado!...
¡no sospechan el nublado
que a entrambos les amenaza!...
(Doña Sol le hace señas de que los deje en paz y él se ríe dándole a entender que no hay nada que temer de ellos, mientras se dirige a donde están sentados don Lope y Bernal. Cuando llega junto a ellos, se dirige a Bernal y, para llamarle la atención, da un fuerte golpe sobre la mesa con el látigo que trae en la mano.)

DON LEANDRO

(A Bernal, con tono zumbón.)
Cese un punto de tragar
y atienda el seor bravucón
un instante, ¡si ha lugar!
no se le vaya a cortar
aluego la digestión.
Que aunque con tal maestría
lo hagáis, y aquesto os dé fama,
parece descortesía
comer... con tal bizarría,
mientras ayuna una dama.
Dejad, pues, quedo ese plato,
que tal modo de engullir
¡por Dios! que es un desacato;
y agora, os vengo a exigir
que me lo déis de barato.
Pues, como para arbitrar
alojamiento y ración
traigo fuero militar,
habéis de disimular
que os ponga contribución.

do éste termina su peroración, ya se ha engullido todo lo que tenía en el plato.)

BERNAL

(Con sorna.)
Tarde llegáis, caballero,
que el tiempo que habéis gastado
en hablar, yo lo he empleado
en comer, y ya he dejado,
cual véis, limpio el comedero.
(Le muestra el plato vacío.)
Y a menos que no traigáis
gato o perro, al que podáis
darle mi plato a lamer...
por más fueros que tengáis,
os quedaréis sin comer.

DON LEANDRO

¿Y esa fuente que aún humea?...
¿Es del padre, por ventura?

BERNAL

Sí; la carne está algo dura...
y a su merced le flaquea,
más que a mí, la dentadura...

DON LEANDRO

(Dirigiéndose en tono burlón a don Lope.)
Pues, perdone la licencia,
padre, ¡y bendígaos el cielo!...
pero hoy, vuesa reverencia,
tendrá que hacer penitencia...
(Al decir esto, don Leandro hace ademán de coger la fuente que está sobre la mesa, con intención de llevársela, pero don Lope le para las manos con ademán enérgico y decidido.)

DON LOPE

(Deteniéndole.)
¡Oh!... no extreméis vuestro celo!..
(Zumbón.)
Que mozo tan bien portado,
no es razón que venga a hacer
menesteres de criado...

DON LEANDRO

(Picado.)
¡Hola!... ¿No queréis ceder,
seor fraile?...

DON LOPE

De buen grado...
Si esa dama honrar quisiere
mi modesta refacción,
eso y cuanto yo tuviere
lo pongo a su devoción.
Mas, por si usarced creyere
que a otra exigencia cedía,
sepa que, por cortesía,
puedo cederle a una dama
la parte que me reclama,
mas no a vuesa señoría.
(Don Leandro, que ante el ademán de don Lope quedó algo desconcertado, a medida no puede reprimir.)

DON LEANDRO

(Colérico.)
¡Por Dios, que sois insolente,
y a verme en otro lugar,
seor fraile... impertinente,
os hiciera apalear,
como a un perro, por mi gente!

DON LOPE

(Con sorna.)
Hacedlo...

DON LEANDRO

(Cada vez más indignado.)
¡Burlas conmigo!
¡Y quién eres tú, mendigo,
para osar tal!...

DON LOPE

¡Vive Dios!
Pues eso es lo que yo digo:
¡Eh, mendigo!, ¿quién sois vos?

DON LEANDRO

(Fuera de sí.)
¡Rayo de Dios!... ¡Tal oí
y aún no castigó mi mano
tamaña afrenta!... ¿Y fué a mí?...
¿A mí te atreves?... ¡Villano!...
(Furioso, al pronunciar la última frase, le cruza la cara con el látigo. Don Lope, al sentir la injuria, se levanta y, con un movimiento rápido, saca un pistolete de debajo de los hábitos y hace fuego sobre don Leandro.

DON LOPE

(Disparando el pistolete sobre don Leandro.)
¡Rayos del infierno!... ¡Sí!...

DON LEANDRO

¡Cielos!... ¡Acorredme!...
(Cae muerto.)
(Al caer muerto don Leandro se produce una espantosa confusión. Doña Sol se desmaya y doña Juana corre a socorrer a su señora. Bernal, apenas le ve caer, de dos saltos atraviesa la escena, llega a la puerta del fondo y la cierra, poniéndose ante ella, espada en mano, para evitar que nadie salga, como si obedeciera a un plan preconcebido. Los criados de doña Sol echan mano a las espadas, dispuestos a caer sobre don Lope, pero éste, arrojando los hábitos y esgrimiendo su tizona, se lanza sobre ellos y, ayudado luego de Bernal, a cintarazos los acorralan y empujan hasta hacerlos huir a todos (criados, Ventero, Mozo y Arrieros), por la puerta de la izquierda, que luego cierra don Lope. Don Lope, al despojarse del disfraz, queda en traje de capitán de Galeras.)

DOÑA SOL

LOS CRIADOS

(Unos). ¡A él!...
(Otros). ¡Matémosle!...
(Otros). ¡Muera!...

DOÑA JUANA

¡Mi señora!... ¡Aquí!... ¡Favor!...

LOS CRIADOS

¡Al asesino!... ¡Al traidor!...

(Todos avanzan contra don Lópe, pero éste y Bernal los rechazan a cintarazos y ellos huyen atropelladamente.)

¡Quita!... ¡Aparta!... ¡Fuera!... ¡Fuera!

(Los criados de doña Sol, el Ventero y el Mozo, todos huyen por la puerta de la izquierda; don Lope cierra la puerta por donde han huído todos. Bernal retrocede hasta donde yace tendido don Leandro, se arrodilla al lado del muerto y le registra hasta dar con las órdenes y papeles que lleva, los cuales examina rápidamente guardándolos con cuidado. Luego va hasta la puerta, la abre, examina lo que pasa en el exterior de la venta y vuelve al lado de don Lope.)

BERNAL

(Bajo y rápido a don Lope.)

Huyamos, que el enemigo
puede volver, capitán!...

DON LOPE

¿Traía el muerto consigo
las órdenes?...

BERNAL

(Mostrando los documentos con aire de triunfo.)

¡Aquí están!

(Con entusiasmo.)

¡Nuestro es el barco!...

DON LOPE

¡Sí!... Agora
la dama...

(Se dirige a donde está doña Sol y la toma delicadamente en sus brazos.)

DOÑA JUANA

(Tratando de impedir los propósitos de don Lope.)

¡Qué pretendéis!...
¡Apartad!... ¡no!... ¡mi señora!...
¡De ella no me alejaréis
aunque me arranquéis la vida!

BERNAL

(Apartando a la dueña a viva fuerza y con tono amenazador.)

¡Pues seguidnos, vieja loca,
y tenedla por perdida
apenas abráis la boca!...

DON LOPE

¡Presto!...

(Bernal deja a la dueña, que se queda en actitud suplicante contemplando a don Lope que tiene ya en brazos a doña Sol desmayada, va rápidamente a reconocer el camino y vuelve hacia don Lope.)

¿Hay novedad?...

BERNAL

¡Ninguna!...

DON LOPE

¡Buena jugada, pardiez!
¡Bernal, es la cuarta vez
que atopo con la fortuna!

(Don Lope, con doña Sol en brazos y la espada en la mano, se dirige hacia la puerta resueltamente; Bernal y doña Juana le siguen.)

TELON RAPIDO

SEGUNDA JORNADA

A bordo del galeón real donde navegan don Lope y doña Sol.—Es un fuerte galeón bien armado y muy marinero. En la escena debe haber trebejos de gente de mar y armas de soldados y de artilleros; balas, barriles de pólvora, velas, cordeles y cuanto pueda dar carácter al lugar de la acción. El escenario puede figurar cualquiera de los lugares del buque que están cercanos a la cámara del capitán y al aposento de doña Sol, ambos tendrán alguna comunicación directa con la escena. A pesar de esta discreta libertad que se deja al que disponga la decoración, se advierte qne es preferible la escena a cielo abierto que deje ver el mar y que haga más visible y sencillo el crepúsculo vespertino con que termina el acto. Al levantarse el telón es medio día y en la última escena va atardeciendo. No se olvide que las tripulacioens y guarniciones de las galeras de entonces llevaban uniformes que se pueden copiar fácilmente. Las acotaciones del diálogo están hechas como si la escena fuese en el castillo de popa.

ESCENA PRIMERA

Bernal Díaz, un Soldado, un Marinero y un Remero.

un tambor e irán cambiándose las fichas y el dinero según lo marque el diálogo.

MARINERO

(A Bernal.)

Que anda reacia la gente
de a bordo y harto insolente,
demanda una explicación
del cómo y porqué es la leva
y objeto y rumbo que lleva
la nave y la expedición.
Pues, a la postre, barrunta
la verdad y se pregunta
¿que es lo que ha pasado aquí?
¿Por qué razón no embarcaron
sus jefes y se quedaron
en Sevilla, cuando así
fué de antemano dispuesto?.
¿Cómo es que no está en su puesto
don Luis de Rada, en cuestión?
¿Con qué derecho ha venido
don Lope, un desconocido,
a adueñarse del galeón?...
Y algo más grave murmuran...

BERNAL

¿Qué dicen?

PEDRO SECO

Pues aseguran
que esa dama principal,
al de Rada encomendada,
vino a bordo... secuestrada
por don Lope... y por Bernal...
que al llegar el de Quirós,
con la dama y más con vos,
y presentarse a don Luis,
mostró la cédula real
y el mandamiento especial
de don Leandro de Belbís...
Que engañando a todo el mundo,
al de Rada y su segundo
obligásteis a beber.
y que hubieron de aceptar..
y que los vieron marchar
y no los vieron volver...
Que la gente fué vendida
malamente, y sorprendida
a traición su buena fe...
y que torna al arsenal
don Lope o lo pasa mal
como razones no de...
Que por Rada está empeñada;
que Rada es su jefe, y Rada
nadie más, debe ostentar
el mando de esta galera...
¡Y que el que así no lo quiera
irá de cabeza al mar!...

(Don Lope, que habrá entrado momentos antes por el foro, llega hasta ellos sin ser notado y dice interrumpiendo al cómitre.)

DON LOPE

Desde el alto grimpolete
que ondea sobre el trinquete
con el blasón de Quirós
hasta el quillar de madera
que don Lope... ¡Vive Dios!
Y en cuanto a ceder su puesto...
hombre es que ni el paso cede...
Solo a Dios cediera en esto,
porque con El nadie puede...
Ya lo reza el mote mío:
«Después de Dios va Quirós».
¡Así, que después de Dios,
dentro y fuera del navío,
nadie aventaja a Quirós!
¡Más, si alguno piensa aquí
que hay otro de más valer,
salga, que le quiero ver,
cómo gallea ante mí!...

PEDRO SECO

(Sumiso a don Lope.)
Perdonad si fuí imprudente...
Yo vine a ha hablar como amigo..
y lo que dijeron digo
sin añadidos... lealmente...
De mi noble proceder
fé puede dar...

DON LOPE

(Interrumpiéndole.)
¡Bien está;
seor Cómitre: idos allá
a lo que haya menester!

(Pedro Seco vase por el fondo después d hacerle a don Lope una profunda reverencia en aire de gran sumisión.)

ESCENA III

(Bernal al ver a don Lope habrá vuelto con gran ahinco a la tarea de bruñir las armas, mostrando la mayor indiferencia por lo que pasa en la escena. Don Lope después que se va el cómitre dá algunos paseos por la escena, sin dejar de consultar el horizonte, como buen marino, y luego, volviendo sobre sus pasos se aproxima a Bernal.)

DON LOPE

(Confidencialmente a Bernal.)
¿Qué decía ese bergante?

BERNAL

(Indiferente.)
Casi nada... Que la gente
anda sobrado impaciente
y piensa armar un levante.

DON LOPE

(Encogiéndose de hombros.)
Poco importa...

BERNAL

¡Bah!...

DON LOPE

A esos locos
los habré de escarmentar...
¿Qué hombres podemos contar

BERNAL

¡Pch!... Muy pocos...
Los que jugando a los dados
conquisté: seis marineros...
el cómitre y sus remeros...
y cuatro o cinco soldados.

DON LOPE

Son bastantes.

BERNAL

(Mostrándole a Lope la espada con cierto orgullo.)

¡Más pulida
no la lleva el mismo Rey!

DON LOPE

(Cogiendo su espada de manos de Bernal.)
¡Dame acá, que esta es de ley!
¡Bien templada!...

BERNAL

(Aludiendo a su trabajo.)
¡Y bien bruñida!
(Don Lope se aleja algunos pasos hacia la izquierda contemplando con orgullo su espada y blandiéndola.)

DON LOPE

(Dirigiéndose a su espada.)
Caudal el más querido
de todo caballero bien portado,
que se mira servido
y se siente esforzado
si lleva su tizona en el costado...
Del Tajo en la ribera,
por un rayo de sol fuiste forjada:
garra de un alma fiera
en mil muertes cebadas
y de otros mil aceros cortejada!
Aliento de Castilla,
siempre, en la tierra y en el mar, triun-
[fante,
por tí de nuevo brilla
mi estrella rutilante,
norte, guía y amor de navegante!
En medio de mis penas
fuiste mi único amor. Hechas pedazos
saltaron mis cadenas
siempre por ti, y mis brazos,
limpiáronte de orín a cintarazos!...
Recia espada sangrienta
por el aliento de mi fe bruñida,
que hoy me miras sedienta
de la sangre vertida,
rojo manjar que es fuente de la vida.
Esposa del guerrero,
fuerte y pura; jamás torpe mancilla
manchó tu límpio acero,
en cuyo espejo brilla
el alma inmaculada de Castilla.
Cuando pierda mi brazo
las fuerzas de titán con que me alien-
[tas,
oleadas sangrientas
dará mi corazón sobre tu lazo
y las dos almas en estrecho abrazo
hacia otras luchas volarán sedientas!
(Al terminar su discurso don Lope se queda unos instantes abstraído contemplando su acero.)

ESCENA IV

Dichos y doña Juana.

Doña Juana, que habrá salido del pabellón de doña Sol, a tiempo de oir las últimas palabras de don Lope y se habrá detenido algo asombrada a contemplarle, se llega luego de puntillas a donde está Bernal.)

DOÑA JUANA

(A Bernal en voz baja y en son de broma.)
¡Guardeos Dios, seor trapacero!...

BERNAL

¡Hola!... ¿Qué trae doña dueña?...
¿Y tu señora?... ¿Se empeña
en seguir en su agujero
como un topo?

DOÑA JUANA

No; al contrario,
que albricias puedoos pedir.

BERNAL

Que, ¿se dispone a salir
de su encierro voluntario?

DOÑA JUANA

¡Si eso no la compromete!...
Traigo a don Lope un recado
de su parte...

BERNAL

(Señalando a don Lope.)
Allí plantado
le tenéis, como un trinquete

DOÑA JUANA

(Con sorna por don Lope.)
¿Ya está el león con calentura
como vos decís?

BERNAL (Desdeñoso.)

¿León?....
Desde que pisó el galeón
doña Sol, se me figura
que a este don Lope tan fiero,
algún hechizo le han dado
pues, de tal suerte ha cambiado
que más que león es cordero.

DOÑA JUANA

Y sin duda hechizo habría...

BERNAL

¿Vos creéis?

DOÑA JUANA

A fe que sí...
Pues qué, lo que ocurre aquí,
¿no es cosa de brujería?
Porque también mi señora,
trocó de don Lope al par

BERNAL

¡Culpas de amar!

DOÑA JUANA

Y ella, que fuera hasta agora
de tan blando corazón
como una mansa cordera,
más bien parece una fiera
desde aquello del mesón.

DON LOPE

(Dándose cuenta de la presencia de la dueña.)

¿Ahí estábais, doña Juana?
¿Qué deseáis? ¿Por ventura
su inexplicable clausura
va a romper esa tirana
que se llama doña Sol,
a quien por sol Dios tomara
y al astro rey olvidara
contemplando su arrebol?...
¡Diez días ha que navego,
y aún no he visto a tu señora,
que es como no ver la aurora,
y sin su luz estoy ciego!
¿En qué la llegué a ofender
que así de mí se recata?
¿Soy un bárbaro pirata
al que se deba temer?...
¿No la hubisteis de anunciar
que ella es nuestra capitana
y reina cual soberana
en la tierra y en el mar?...
¿No le hais dicho que mi tropa,
mi brazo y mi corazón,
esclavos tan suyos son
como el airón de su toca?...
¿Que, por lo bella, es la estrella
a la que todos seguimos?
¿Que por ella combatimos
y muriéramos por ella?
Si de ello no os enojáis,
decidle, por vida mía,
que... (Transición.) ¡Mas, no!... ¡Vana porfía!
Que agora observo que estáis,
doña Juana, muy callada,
sin decirme a qué venís...

DOÑA JUANA

¡Si vos todo lo decís,
cómo he de decir yo nada.

DON LOPE

¡Pues decidme sin demora!

DOÑA JUANA

Mi señora...

DON LOPE

(Impaciente.

Sí...

DOÑA JUANA

Anunciaros...

DON LOPE

(Gozoso.)

¡Dios bendiga a tu señora!

DOÑA JUANA

Al fin perdió su temor,
pues supo vuestra hidalguía
y en el hidalgo confía
como guarda de su honor.

DON LOPE

Bien hace en fiar del mío
su honor que es prenda sagrada
y está aquí mejor guardada
que en su propio señorío.
Y basta; no retardéis
el llevarme a su presencia.
Id a demandarle audiencia
en mi nombre... Y le diréis
que a sus órdenes estoy...
que por esclavo me tiene...
¡Id!... ¡anunciadme!...

DOÑA JUANA

(Viendo salir a doña Sol.)

Ella viene...

DON LOPE

(Volviéndose rápidamente hacia Bernal y haciéndole una seña de inteligencia como recomendándole vigilancia.)

¡Bernal!...

BERNAL

(Comprendiendo.)

Ya entiendo... ¡Allá voy!

(Mutis por el fondo.)

ESCENA V

Don Lope, doña Sol y doña Juana.

Doña Juana, al ver entrar a doña Sol, le cede el paso y se retira a discreta distancia. Don Lope se dirige a doña Sol, la toma de la mano y la conduce hasta el sitial que hay junto a la mesa.

DON LOPE

(Galante.)

¿Cómo ha podido el sol
no salir en diez días
y dejar en umbrías
noches, sin su arrebol,
la altiva frente del audaz guerrero
que ante el sol, que sois vos, rinde su acero?

DOÑA SOL

(Con enojo.)

¿Cómo pudo el villano
latir de corazón de bandolero,
henchir el pecho ufano
de un noble caballero,
y la traidora mano
hecha a esgrimir cuchillo de pechero,
tremolar el acero toledano
que pende del tahalí de un caballero!

de un blasón de alta rama
alzar su garra, aleve y traicionera.
y hurtar, faltando al rey, una galera,
y torcer el destino de una dama!

DON LOPE

Pudo, como la nube sonrosada
se ennegrece en la noche del invierno,
y en rayos y centellas desatada,
da suelta a los furores del averno...
Pudo, como la mar embravecida
con el empuje rudo de un gigante
trastorna la partida
y se traga el bajel del navegante...
Y ni a la nube ni a la mar, señora,
se la puede infamar como traidora.
(Transición.)
No me pidáis justicia al modo humano,
al uso leguleyo y cortesano,
porque diréis palabras que no entiendo
y un lenguaje hablaréis que no compren- [do
aunque habléis en sonoro castellano.

DOÑA SOL

(Pausa.)
Mas, ¿y mi libertad?... ¿Y mi destino?
¿En nombre de qué ley
desacatáis las órdenes del rey
torciendo mi afición y mi camino?

DON LOPE

No le tuerzo, le afirmo, y le defiende
mi brazo de titán,
que si a los aires mi tizona tiende,
es capaz de vencer al huracán.
Lo que me motejáis, fueron del viaje
azares, porque es largo y peligroso.
Si yo en la venta vos privé de un paje
que os conduzca al altar con vuestro es- [poso...
os doy un paladín. Por castellana
os tomé a mi cuidado
y sois del galeón la soberana;
lo que el rey os cedió, yo os he guarda- [do.
El tesoro real de vuestra dote
cerrado está en mis arcas, defendido
por el raudo remar del galeote
y por el recio ardor de mi apellido.
Y si os defiendo amor, honor y dote,
¿qué más queréis que hiciera?
¡Dejad al infelice galeote,
que arrebate en el mar esta galera
que arrulla a su vaivén como en la cuna,
la cuarta vez que engendra su fortuna!

DOÑA SOL

¿Nada osáis contra mí?

DON LOPE

Nada, señora.
No se ensañó jamás mi garra fiera
en carnes de mujer. Alma guerrera
mi ardor aventurero,
celoso de la gloria del guerrero,
no teje un madrigal a tu hermosura
ni siente la ambición de tu dinero.
Cuando saltéis a tierra
y tranquila viváis, pedid al cielo
que al caballero andante de la guerra,
que homenaje os rindió, le otorgue el [suelo
firme mano en la rienda y el cuchillo,
tino en el bombardeo,
una rica ciudad para el saqueo,
y muros de metal a su castillo.

DOÑA SOL

¿Sois de otro mundo que soy yo?

DON LOPE

Lo soy..-
Vos tenéis una ley y yo otra ley;
vos veneráis al rey, yo sirvo al rey;
vos vais hacia el amor, y yo no voy.

DOÑA SOL

¡Nunca oí hablar así!...

DON LOPE

¡Qué habréis oído
en vuestra tierna juventud, perdida
en una corte necia y pervertida
que de puro poder se ha corrompido
Castilla fué un león; áurea melena
le diera tanta empresa coronada
de gloria, y su mirada
llena de ardor y fé, se alzó serena.
Garras de fuerte acero
clavó en la tierra y en el mar, y el mundo
se entregó a su talante prisionero...
Mas, se trocó el león en vagabundo,
pícaro alcabalero,
y corrió de la selva a las montañas
para arrancar el oro a las entrañas
de la tierra y al fondo de los mares,
y ponerlo en las manos
de los almibarados cortesanos,
que fabrican la ley
porque gobiernan cuando duerme el rey.
De este fiero león enflaquecido
sólo queda el espanto del rugido
y el embate sangriento de la garra
que el haz del mundo sin piedad desga- [rra
Yo nací de la zarpa prepotente;
vos nacísteis del pecho o la cabeza;
yo soy de hierro hiriente;
vos sois de oro, pues tenéis riqueza,
yo soy oscuro, vos resplandeciente;
vos tenéis vanidad, yo fortaleza;
no me habréis de entender aunque hable [en llano,
el más limpio y sonoro castellano.
(Se oye dentro un gran ruido y tropel de gen-
tes que corren. Voces y gritos. La rebe-

VARIAS VOCES DENTRO

¡Muerte!...

(Otras voces.) ¡Por Rada!...

(Unas.) ¡La galera es nuestra!

¡Muerte para don Lope!

(Otras.) ¡Que arda el puente!

BERNAL

(Entrando precipitadamente con la espada desnuda y una pistola en la mano.)

¡Don Lope!...

DON LOPE

¡Al fin!... La rebelión siniestra
desencadena el odio de mi gente.

DOÑA SOL

(Temerosa.)

¡Don Lope!...

(Don Lope se dirige a la mesa donde están sus armas y coge la espada.)

DON LOPE

(A Sol.)

¡Perdonad!... Es mi destino.
Soy una garra del león. Mi vida
siempre fué así: a mis plantas hay ten-
[dida
una alfombra de sangre en el camino.

(Hace una reverencia a doña Sol y vase seguido de Bernal. Al salir ellos, se oyen algunos disparos dentro.

ESCENA VI

Doña Sol y doña Juana.

(Doña Sol, al ver alejarse a don Lope, queda un momento indecisa y, después, por un movimiento inconsciente, da algunos pasos en la misma dirección como para seguirle.)

DOÑA SOL

¡Ah, yo voy!...

DOÑA JUANA

(Deteniéndola.)

¿Dónde vais, noble señora?

DOÑA SOL

(Deteniéndose.)

¡No sé!... ¡No sé!...

DOÑA JUANA

Trabóse la batalla...

DOÑA SOL

¡Oh, fiera rebelión, cuán a deshora
tu grito ronco y sanguinario estalla!

DOÑA JUANA

Venid, por Dios, que arrecia la pelea
y puede atropellarnos esa gente!

DOÑA SOL

Y él está solo..., solo y frente a frente
de esa turba brutal que le rodea.

DOÑA JUANA

¡Van a llegar!... ¡Invadirán el puente!

DOÑA SOL

Deja que lleguen, Juana, que hace rato
un deseo insensato...
¡Sí!... Dejarlos llegar, ya que el recato
me vedaba salirles al encuentro.
¡Oh, qué desdicha ser mujer, Dios mío!
Mientras él lucha con aliento y brío
yo estoy aquí, sin combatir, vencida,
presa en las mallas de mi honor y esta-
[do,
y espero en la inacción el resultado
de una batalla en que me va la vida!
¡Mujer... debilidad... funesto azote!
¡Quién pudiera estas galas femeniles
trocar por los harapos varoniles
del más vil e ignorado galeote!

(Se oyen algunos disparos y el tumulto de la lucha que parece aproximarse.)

DOÑA JUANA

¡Asús!... ¡Dejaisme sin aliento!...

DOÑA SOL

(Como poniendo su atención en lo que pasa fuera.)

¡Escucha!...

DOÑA JUANA

Parece que la lucha
se aleja de nosotras...

DOÑA SOL

¡Cesó el fuego!...

DOÑA JUANA

Y los gritos también...

DOÑA SOL

(Siempre inquieta.)

¡Qué habrá ocurrido!

DOÑA JUANA

Se oye un murmullo sordo y contenido,
mas no aquellos feroces
alaridos de enantes...

DOÑA SOL

(Escuchando con afán y gran emoción.)

¡Virgen santa!

(Con gozo.)

¡Esa es su voz!... Su voz que se levanta
sobre el agrio tumulto de las voces!...

DOÑA JUANA

(Mirándola de hito en hito y haciéndose cruces.)

¡Virgen de la Almudena!...

(Con intención.)

¿No es la voz de don Lope la que suena
allá lejos?..

DOÑA SOL

¡Triunfante!

DOÑA JUANA

¡Quién pensara
que un hombre de su facha y catadura
así os interesara!...

DOÑA SOL

¡Oh dulce y venturosa desventura!

DOÑA JUANA

¡Sin duda que anda el mundo trastorna-

DOÑA SOL

¡Sí!...

DOÑA JUANA

¡Vivir para ver!... Pero, ¡es posible!

DOÑA SOL

Sí, lo es, Juana; tan cierto como horri-
[ble...

DOÑA JUANA

Pero, vos, doña Sol... ¿os hais pren-
[dado
de un hombre semejante?...

DOÑA SOL

Sí, ¿qué quieres?
Cuando el Amor sus dardos nos arroja
no repara en la sangre azul o roja
ni encuentra valladar entre los seres...

DOÑA JUANA

¡Que tal digáis!... ¡Asús, que inconve-
[niencia!
Vos no sabéis que fuera un gran peca-
[do,
si os saliérais del Rey y su obediencia
¡Dios os castigaría!... Y, de contado,
el mesmo Rey su enojo os demostrara
y, aun siendo vos quien sois, no os per-
[donara.

DOÑA SOL

¡Qué castigo mayor a mi torpeza,
que la garza real de mi pureza
venga a abatir el orgulloso vuelo
en la hoguera infernal de unos amores
que me deshonran y me harán, traido-
[res,
negar mi estirpe y ofender al cielo!
¡Y soy yo, doña Sol!... ¿Qué bebedizo
me dieron a probar, que con su hechizo
el curso de mi vida se ha cambiado?
¡Sí, yo soy, sí; yo, el águila orgullosa
que su vuelo ensayaba victoriosa
viendo al destino ante sus pies postra-
[do;
Y me aparta también, ¡ay! mi flaqueza...
Esta pasión que hiere mi altiveza
y el limpio espejo de mi honor mancilla;
este embrujado hechizo y loco anhelo,
contra el cual lucho en vano y me re-
[belo
porque mi fiera independencia humilla.
Mas puedo, triste, resistir apenas,
porque hincha el fuego del amor mis ve-
[nas
y alza en mi pecho sus instintos bra-
[vos...
Y siento que su influjo me arrebata...
y me arroja a las plantas del pirata
como el más torpe y vil de sus escla-
[vos!

(Al terminar este parlamento, doña Sol, que dominada por la emoción y vacilante habrá venido a buscar apoyo en el sillón que hay junto a la mesa, se deja caer en él desfallecida y, como presa de una gran desesperación, oculta la cara entre las manos, sollozando.)

ESCENA VII

Dichos: don Lope, Bernal y luego Pedro Seco, oficiales, soldados, marineros y galeotes.

(Don Lope y Bernal vuelven por donde salieron, seguidos de algunos soldados que desfilan por el fondo.)

DON LOPE

(Saliendo, a Bernal que viene tras él.)
En la infame asechanza
no fué el deber quien los juntó, juntó-
[los
la vil traición... Pues bien, si esa es la
[usanza,
¡yo colgaré un racimo en cada tope!

BERNAL

No os atuféis, don Lope...
¡por Cristo! reparad que estamos so-
[los
y que aún no se cumplió nuestra espe-
[ranza

DON LOPE

(Interrumpiéndole.)
Aquél que sólo me creyó, está ciego,
que va el diablo conmigo de lacayo
y arde en las venas de mi sangre el fue-
[go
y en el tahalí de mi tizona el rayo.
Navío que cobija mi bandera,
cumple las leyes de la sangre mía:
quien tramó la traición por traidor mue-
[ra,
que no sufre traiciones mi hidalguía.
(Vuelve al medio mutis.)
¡Cómitre; castigar a esos villanos
ni un solo punto por piedad retardes,
o habré de atarles por mis propias ma-
[nos
las cien mordazas a los cien cobardes!
(Avanzando pausadamente hacia doña Sol y cambiando de entonación. Bernal se queda un momento contemplando a don Lope como dudando si replicarle o no. Luego se encoge de hombros, da media vuelta y se va pausadamente por donde vino.)

DON LOPE

(A doña Sol.)
Perdonad si parte he sido
en vuestro susto y cuidado,
pero ya pasó el ñublado
y albricias os puedo dar,
que al fin quedó sometido
ese levantisco bando...
(Reparando en el llanto de doña Sol.)
mas... ¡por Dios!... ¡si está llorando!...

se algunos pasos con ella.)
¿Qué pudo desagradar,
doña Juana, a tu señora?
¡Di!. ¿qué tiene? ¿porqué llora?
¿Quien osado la ofendió?
¿Fué por miedo a esa imprudente
chusma que monta el navío?
¿No es por eso?...

DOÑA JUANA
(Con malicia.)
¡Frío!... ¡Frio!...

DON LOPE
¿No acerté?...

DOÑA JUANA
¡No lo acertáis!

DON LOPE
Entonces, si no es su llanto
de temor ni abatimiento,
lo causará un sentimiento,
una pasión...

DOÑA JUANA
¡Que os quemáis!

DON LOPE
¡Ah, si, por desdicha mía,
llora, al verse prisionera,
porque un esposo le espera
que...

DOÑA JUANA
(Como burlándose de la torpeza de don Lope.)
¡Jesús!...

DOÑ LOPE
¡No digáis más!

DOÑA JUANA
¡Frío!... ¡Frío!...

DON LOPE
(Celoso.)
No lo niegues...
¡Sí, sí, por ese hombre llora!

DOÑA JUANA
¡Nunca más frío que agora!

DON LOPE
Pues por mí...

DOÑA JUANA (Maliciosa.)
¿Por vos? .. ¡Quizás!

DON LOPE
¡Por mí!... ¿Y en qué la he ofendido
yo que por ella daría
la vida y arriesgaría
el alma y su salvación?

DONA JUANA
(Tomándole de una mano y llevándole aparte.)
¿Os dais por vencido?

DON LOPE
Hablad...

DOÑA JUANA
Pues si llora la cuitada
es... porque está enamorada...

DON LOPE
¡Enamorada!...
¡Por Dios!
¿Os inmutáis?...

DON LOPE
¡No!... ¿Decíais..
que...?

DOÑA JUANA
Sí, sí; entendedlo bien:
enamorada...
(Recalcando la palabra.)

DON LOPE (Ansioso.)
¿De quién?...

DOÑA JUANA
De un don Lope de Quirós...

DON LOPE
¡Te burlas!...

DOÑA JUANA
¡Dios me castigue
si no es verdad!

DON LOPE
¡Si es verdad...
bien vale tal novedad
de los Incas el tesoro!
Si no mientes, doña Juana,
¡juro por mi salvación,
que te he de dar el galeón
abarrotado de oro!
(Volviéndose hacia doña Sol y contemplándola arrobado.)
Por fin, en las borroscas de mi vida
luce una vez el sol... Una mañana
de rosicler y púrpura teñida,
bruñe la nieve en mi cabeza cana.
¡Ya no es dolor mi juventud perdida!
¡Ya no es mi empresa de aventura vana!
¡Mi corazón. su sangre de leyenda
lleva al altar de amor como una ofren-
[da!
(A doña Sol.)
¡Perdonad, doña Sol... Sol de mi auro-
[ra...
perdonadme si agora
vengo ante vos feliz y al par corrido
como el vil ladronzuelo, sorprendido
al hurtarle a una imagen su amuleto...
y, con la frente de rubor teñida,
confieso que indiscreto,
de vuestra vida sorprendí el secreto
que es para mí el secreto de la vida!
Perdonad, doña Sol; no hay en los sones
de mi rudo cantar de aventurero
el pulido rimar de las canciones
del bardo trovador y cancionero,
que va a plañir al pie de los balcones
del castillo roquero,
donde su amada, sin dormir, le espia
mirando desde la alta celosía..
Yo nunca tuve amor, fruto divino
seco en el eriazo de mi historia,
jamás llegué a toparle en mi camino

para hartarle el laurel de una victoria...
Fué la guerra la luz de mi destino
y el solo anhelo de mi fe, la gloria;
y así, si canto del amor las pompas,
habló el recio lenguaje de las trompas!
Perdonad, doña Sol; mis toscas manos
no estaban hechas a cuidar rosales,
hechas estaban a azotar villanos,
correr bridones y esgrimir puñales...
(Pausa.)
Mas, dadme un hora; en pechos caste-
[llanos
brota en una hora un haz de madrigales:
¡Si eres tú sol y vives en el cielo,
yo bordaré de estrellas tu mantelo!

(Oyense dentro el clamoreo y los gritos de los condenados que sufrèn el tormento.)

VOCES DENTRO

¡Perdón!... ¡Por amor de Dios!

OTROS

¡Gracia!... ¡Compasión!... ¡Piedad!...

UNOS

¡Verdugos, por caridad!

OTROS

¡Venganza contra Quirós!

(Doña Sol que al terminar don Lope su parlamento se habrá levantado para contestarle, procurando ocultar sus sentimientos trae una rígida dignidad, al escuchar los gritos de los que sufren, se siente atraída hacia ellos y, conmovida, va cambiando de actitud hasta expresar su gran piedad.)

DOÑA SOL

(A don Lope, con acento de angustioso reproche.)
¡Y habláis de amor!... ¡Escuchad!
Esos dolientes gemidos
que llegan a mis oídos,
os acusan de crueldad...
Mal se concierta en verdad,
con el regalado acento
de tan dulce sentimiento,
el grito desesperado
a la víctima arrancado
por las ansias del tormento!...

BERNAL

(Que vuelve.)
¡Vítor, don Lope!... Hoy, sin duda
tenéis el santo propicio.
La Fortuna mudó el juicio
de esa gente testaruda
y, después de la lección
que les dió vuesa excelencia,
juraros quiere obediencia
toda la tripulación!
Que al medir por lo que hacéis
la empresa a que os arrojáis,
y, con lo mucho que osáis,
lo mucho que prometéis,
aquestos por avisados
y esotros por convencidos,
gracia os piden los vencidos...
y perdón los condenados!...

DON LOPE

Que vengan tódos aquí
y se suspenda el castigo,
Bernal...

BERNAL

¿Todos?...

DON LOPE

¡Todos, dig...

BERNAL

¿También los galeotes?

DON LOPE

(Después de una pausa.)
¡Sí!...

(Vase Bernal y vuelve a poco seguido de toda la tripulación. Al fondo forman los soldados con sus oficiales. Los galeotes y lòs sublevados avanzan entre filas de marineros armados. Mientras vuelve Bernal don Lope se pasea agitado de un lado a otro.)

DON LOPE

(Encarándose con ellos.)
¡Hola!... Oficiales valientes,
soldados y marineros,
galeotes y remeros
y cuantos estén presentes;
sabed: que por peregrino
acuerdo de Dios y el rey,
por el fuero de la ley
y por la ley del destino,
doña Sol, aquí presente,
gobierna este galeón
y manda esta expedición;
y yo, su lugarteniente,
pues me lo manda y ordena,
cumpliendo su voluntad,
vengo en dar la libertad
a cuantos sufren condena.
Ni remos ni calebrotes
serán de hoy más manejados
por miserables forzados...
¡Ya sois libres, galeotes!
Y, ahora, es preciso saber,
los que me quieran seguir.

(Voces de entusiasmo de los tripulantes.)

UNOS

¡Todos!...

OTROS

¡Sí!... ¡Sí!...

UNOS

¡Hasta morir!

OTROS

¡Hasta morir o vencer!...

DON LOPE

¡A fe que yo no esperaba
menos de vuestro valor!...

Empeñado está el honor
de todos en esta brava
expedición, que ha de ser,
por lo arriesgada y gigante,
pasmo del mundo... ¡Adelante!
Disponeos a acometer
la más alta y noble empresa
que jamás se haya soñado;
¡la conquista de Eldorado.
que es, por Dios, soberbia presa!
Allí os esperan honores
y tierras que conquistar,
y oro bastante a comprar
imperios y emperadores.

VOCES

¡Viva!... ¡Viva el almirante
don Lope de Quirós!

(Más voces.)

¡Viva!...
¡Sús!... ¡Sús!... ¡A Eldorado!

(Otras.)

¡Arriba!
¡Sús!... ¡A Eldorado!... ¡Adelante!

DON LOPE

También nos espera la gloria... La glo-
[ria
que fué patrimonio, que fué ejecutoria
de nuestros mayores, del viejo solar
en donde naciera la raza guerrera
más brava y altiva, más noble y más fie-
]ra,
de cuantas dominan la tierra y el mar!...
Que un tiempo Castilla, plantel de in-
[fanzones,
luchaba en sus campos; los rojos guio-
[nes
volaban al viento con vuelo de azor,
y el rey, justiciero, valiente y cristiano,
cruzaba la vida llevando en la mano
los dobles laureles de gloria y de amor.
¡Qué grande es Castilla! Dios puso una
[raya
ciñendo su suelo, y enhiesta en la playa
lanzó con los ojos sus retos al mar:
—Sujeta a mis plantas se postr a la tie-
[rra.
Se embota en el ocio mi espada de gue-
[rra
y aun quiero laureles, y aún quiero lu-
[char!—
Y un mundo de imperios repletos de
[oro,
la voz de Castilla contestan a coro
con ecos guerreros que lleva Aquilón...
Y armó sus galeras la noble Castilla,
corsarias de guerra, y en cada flotilla
se embarca una cría del viejo león.
Cachorros que tornan dominio del rey
la tierra que pisan, e imponen la ley
pidiendo a la espada sus rayos de luz;
tizonas que alientan valor y justicia
y tornan al puño su ruda caricia
abriendo los brazos igual que una cruz...

(Se oyen las campanas de a bordo que tocan las oraciones.)

¡A mí los leones del rey castellano!..,
Siguiendo mi recio blasón soberano,
el triunfo os promete la fe de Quirós!

(Resuenan dentro tambores y clarines y cajas.)

Y agora, surquemos las olas inquietas,
y lancen al cielo las agrias trompetas
la fe de unos hombres que esperan en
[Dios!

(Don Lope se descubre y todos le imitan, quedando en actitud de orar, mientras suena el ángelus en las campanas de a bordo y baten marcha los tambores y clarines.)

TELÓN RÁPIDO

TERCERA JORNADA

El campamento de don Lope de Quirós y sus soldados en una de las montañas sobre el camino de Eldoraldo. — Don Lope con las gentes del galeón ha conquistado el territorio, con todas sus ciudades y riquezas. El desdeñado novio de doña Sol, ahijado del virey del Perú, vino con un ejército y los batió y los ha cercado, para poner preso a don Lope, y arrebatarle la dama y el botín de la conquista. En la escena se ha de ver al fondo un parapeto con trinchera guarnecido y artillado y con centinelas. A la derecha y a la izquierda las tiendas de don Lope y de doña Sol. Y otra donde se aloja Pedro Seco que es, a la sazón, capitán de los soldados de don Lope. Al comeinzo del acto se celebra consejo de guerra; habrá en escena una mesa y sillas para doña Sol y don Lope y escaños para los oficiales. Además de esto debe cuidarse de presentar cañones, mosquetes, picas y cuanto dé la sensación del lugar que requiere lo que se describe en el diálogo. Procuren que en el centro del escenario haya espacio bastante para que desfilen y formen las guardias al recibir al emisario del enemigo. Oculta en el foro habrá una subida por escotillón por donde saldrán los asaltantes al final del acto, simulando que sorprenden y conquistan el campamento. A mediados del acto, cuando lo indica el diálogo, anochece.

ESCENA PRIMERA

co, oficiales 1.° y 2.° y varios centinelas

PEDRO SECO

(Con aire conciliador y como continuando una conversación.)

Escuchadme, Bernal Díaz...

BERNAL

(Como haciendo alarde de paciencia.)

Ya os escucho, Pedro Seco..

PEDRO SECO

Pero, escuchadme con calma.

BERNAL

(Interrumpiéndole impaciente.)

¡Y vuelta sobre lo mesmo!...
¡No habléis de negociaciones,
vive Cristo!...
¡Que antes pierdo
esta banda y la cabeza!
Decidme, ¡voto al infierno!
¿Para buscar Eldorado?
¿Y para qué tal empeño
si cuando está en nuestras garras,
cuando al cabo somos dueños
de él y del rico botín
de sus palacios y templos
lo hemos de ceder a un
virrey cualquiera? ¿Para esto,
capitán?... ¿Tantos trabajos
para venir a perderlo
todo a la fin y a la postre?

PEDRO SECO

Precisamente por eso;
para no perderlo todo
imagino que debemos
ceder una parte...
¡Voto al infierno!,
acaso en esta ocasión
erráis por sobra de celo...

BERNAL

¿Vos creéis?...

PEDRO SECO

¡Voy a probároslo!
¡Dejadme hablar!

BERNAL

Pues, ya os dejo.

PEDRO SECO

Hace cerca de dos meses
que sufrimos el asedio
de las tropas del virrey,
quien trae consigo un ejército
muy numeroso, aguerrido
y bien pertrechado. El nuestro
es diez veces inferior
en número...

BERNAL

(Interrumpiéndole.)

Con denuedo
suple esa falta.

PEDRO SECO

¡Si, a fé!
Pero carece de medios...
en estos desfiladeros...

BERNAL

(Interrumpiéndole.)

¡Es inexpugnable!

PEDRO SECO

Puede
que lo fuera si tuviésemos
municiones...

BERNAL

¡Qué!... ¿Nos faltan
municiones?...

PEDRO SECO

Al extremo
de que, si da el enemigo
sobre nosotros, tendremos
que luchar al arma blanca
porque los arcabuceros
derrocharon mucha pólvora
en los últimos encuentros.

BERNAL

No importa...

OFICIAL 1.º

¡Voto al demonio!
¿De modo que, según eso,
no habrá pólvora?

OFICIAL 2.º

¿Ni balas?...

PEDRO SECO

Tan sólo un barril tenemos
y habrá que cargar con piedras
todas las bocas de fuego.

BERNAL

No importa.

PEDRO SECO

(Encarándose con Bernal.)

¡Por Cristo vivo!
¿Y cómo nos sostendremos
en situación tan difícil,
si asaltan el campamento?

BERNAL

¿Cómo?... ¿Cómo?... ¡Peleando!

PEDRO SECO

Pelear, sí, pelearemos
en proporción de uno a veinte.

BERNAL

¡No importa!

PEDRO SECO

(Impaciente.)

¡Y sucumbiremos!

BERNAL

¡Pues no importa!...

PEDRO SECO

(Irritado ya.)

¡Ira de Dios!
¿que no importa? ¡Por lo terco
parecéis aragonés!

BERNAL

Pues ahí veréis, soy manchego.
Mas nada al cabo me importa

PEDRO SECO

¿Y cuál empeño nos trujo
hasta aquí, sino el deseo
de mejorar de fortuna?
Y pues que ya lo tenemos
conseguido, pues logramos
a la vez honra y provecho,
debemos de ser prudentes.

BERNAL

¡Tened la lengua!

PEDRO SECO

(Con misterio, viendo aparecer a Maya.)

¡Hablad quedo!

(Maya aparece por la izquierda, atraviesa el escenario y vase por la derecha hacia el fondo.)

BERNAL

¿Qué sucede?

PEDRO SECO

¡La hechicera!

OFICIAL 1.°

¡La india!... ¡Maya!

BERNAL

(Encogiéndose de hombros.)

Ya la veo...

OFICIAL 1.°

Como ella es la confidente
de don Lope...

BERNAL

¿Y qué tenemos
con que sea o que no sea?...

OFICIAL 2.°

Que no es prudente...

OFICIAL 1.°

Yo tengo
para mí que esa mujer
no nos traerá nada bueno.

BERNAL

Ese ya es otro cantar.
Al fin estamos de acuerdo
en algo.

OFICIAL 2.°

¿Mentáis mujeres?
¡Pues mienta el demonio enredos!

PEDRO SECO

Y sin embargo, señores,
a fuer de hidalgo, confieso
que esa mujer hasta agora
ha sido fiel como un perro
al general...

OFICIAL 1.°

Y ha guiado
con tal arte a nuestro ejército
que, acaso más que a las armas,
la victoria le debemos.

OFICIAL 2.°

Y ha ganado a los caciques
más poderosos, abriéndonos

BERNAL

Eso es verdad.

PEDRO SECO

Sí, por cierto.

BERNAL

Mas... hay no sé qué de extraño
en su conducta...

OFICIAL 1.°

Eso mesmo
creo yo...

BERNAL

Con sus artes
allegó diez mil guerreros
indios mayas, aguerridos,
bien armados y dispuestos
que nos prestaron su ayuda
poderosa en todo riesgo.
Pues yo pregunto: ¿y agora,
porqué no ocurre lo mesmo?
¿Qué hace, mano sobre mano,
sin remediar el aprieto
en que estamos?

PEDEO SECO.

Sí, es extraña
tal conducta...
(Reparando en don Lope que llega por la izquierda.)

pero observo
que viene hacia acá don Lope
con doña Sol... Retirémosnos...

(Pedro Seco, Bernal y los dos oficiales se retiran hacia el fondo.)

ESCENA II

Dichos, doña Sol, don Lope, oficiales 3.° y 4.° y otros varios oficiales y soldados de don Lope.

(Doña Sol y don Lope aparecen, conversando, por la izquierda y al par de ellos oficiales y soldados llegan de todos los lados de la escena, formando animados grupos mientras ellos hablan.)

DON LOPE

(Volviendo al primer termino con doña Sol.)

Cuadran a vuestra gracia seductora
los marciales arreos de tal suerte
que pasmado me habéis, noble señora,
al veros ante mí, gallarda y fuerte
y aun más bella que Diana cazadora.

DOÑA SOL

(Riendo complacida y en tono de cordial ironía.)

¡Cuánto, don Lope, el tiempo os ha mudado!...
¡No me llevéis a mal que así me ría,
yo que en la paz os conocí guerrero,
de continente altivo, rudo y fiero,
si ahora, en la guerra, os hallo tan letrado

DON LOPE

(De buen humor y exaltándose a medida que habla.)

¡Reid!... ¡reid!... ¡que en vuestra risa [creo
escuchar el alegre tintineo
de campanillas de oro,
forjadas con tan raros privilegios
que parecen vibrar en sus arpegios
todas las arpas del celeste coro!
Y en cuanto a la mudanza... bien se ex- [plica
son bromas del Amor... como él... ex- [trañas...
Usa el bigardo tales artimañas
que, ya veis, a las fieras domestica.
Y no os asombre que el milagro hicié- [rais
vos, uya gracia envidian los querubes,
¡y por llamaros Sol surcar debiérais
el cielo azul sobre un pavés de nubes!

DOÑA SOL

(Con maliciosa coquetería.)

¡Oh... ¡por favor! ¡No me pongáis tan [alto
y dejadme en humana criatura,
si me queréis lograr... que es mucho [salto
el que hay que dar para tan grande al- [tura!

(Después de una pausa en que don Lope se queda como pasmado mirándola y ella contemplándole con amable socarronería.)

¿Qué decís?...

DON LOPE

(Amoroso y galante.)

¡Me declaro en retirada'

DOÑA SOL

¿Me otorgáis la victoria?

DON LOPE

¡Sí, completa!

DOÑA SOL

Os ofrezco el desquite...

DON LOPE

La estocada
fué de maestro y tarda la parada
¡que hasta burla burlando sois discreta!
Mas, ya que me vencísteis, ¡sed piado- [sa...
No dejéis de este mísero soldado
cautiva a tal extremo vuestra suerte;
¡no desoigais la súplica ardorosa
de un corazón por vos acongojado
que por primera vez teme a la muerte!

DOÑA SOL

Grato me es inspiraros tal cuidado,
porque es Amor, Don Lope, quien lo [inspira
ni la sangrienta ira
me podrán apartar de vuestro lado.
Quiso Dios al juntar nuestro destino
que una mi vida con la vuestra fuese...
¡El nos mostró a los dos igual camino

(Con dulce ironía.)

y os habré de seguir mal que vos pe- [se!..

DON LOPE

Pues su fallo acabemos... y adelante!
¡que, a pesar de la suerte, harto incons- [tante,
con la ayuda de Dios y esta tizona,
un reino os he de dar, bella amazona!
¡Mas, venid, presidamos el Consejo,
que ya esperan mis bravos capitanes.

(Le ofrece a doña Sol la mano galantemente y la conduce hasta la mesa junto a la que ella toma asiento. Los oficiales al verlos aproximarse se descubren, colocándose en semicírculo frente a la mesa. Los soldados detrás de ellos.)

DON LOPE

(Antes de sentarse a presidir. A los oficiales.)

Cubríos, señores y tomad asiento...

(Después de una pausa.)

La situación se agrava hasta tal punto
que antes de decidirme a lo que intento,
consultar he querido
vuestra franca opinión en el asunto...
porque el peligro arrecia... y yo ba- [rrunto
un lance divertido...
Por la gloria de Dios y de Castilla
ganamos esta tierra de Eldorado,
¡de este imperio, de tantos codiciado,
cuya riqueza es rara maravilla!...
Para tan grande empresa
nadie nos prestó ayuda, ni nosotros
la pedimos a nadie, pero luego,
el virrey del Perú, sediento de oro,
cuando vió en nuestras manos el tesoro
se negó a declararlo buena presa.
Y envidiando mi triunfo y mi proeza
mandó echar un pregón por nueva Es- [paña
poniendo a bajo precio mi cabeza...
juntó sus tropas y salió a campaña.
Mas hubo de sufrir rudo escarmiento
y retirar sus huestes destrozadas
una vez y otra vez... y en consecuen- [cia
pactó una tregua, viéndose forzado
a esperar la sentencia
del Rey, en este pleito desdichado...
¡Mas temo que no cumpla lo pactado!
y si esto ocurre ¡vive Dios! que es gra- [ve

que es tal nuestra escasez de municio- [nes,
que al cuarto de hora de romperse el [fuego,
en nuestras posiciones
quedarán convertidos en juguetes
bombardas y cañones
y en escobas de caña los mosquetes...
En el trance en que estamos
dos caminos tenemos
a escoger. ¿Qué escogemos?
¿Rendirnos o morir?... ¡Hablad!... ¿Qué [hacemos?

(Se hace un largo y embarazoso silencio. Los oficiales se miran unos a otros sin atreverse a contestar.)

PEDRO SECO

(Decidiéndose a hablar.)

Yo opino, general... si vuecelencia
me otorga su licencia,
y buscar con cautela algún pretexto
que nos procure el modo
de ceder parte y no perderlo todo.

(Al escuchar la palabra de Pedro Seco se levantan grandes murmullos entre los oficiales.)

BERNAL

(Levantándose airado.)

¡Yo opino lo contrario, voto a!...

(Avergonzado al reparar qne está en presencia de doña Sol, corta el voto y prosigue, queriendo demostrar gran mesura y corrección que provoca a risa.)

Digo...
que si después de echarla de valientes
y enseñarle los dientes
nos vamos al virrey con la embajada...
obraremos cual necios imprudentes...
pues verá confirmada
nuestra ruina y quebranto
y, en lugar de la parte concertada,
hallará más sencillo
pasarnos a cuchillo...
¡y quedarse con todo, como un santo!

(Don Lope, risueño, asiente con la cabeza y los oficiales y soldados aprueban, entre aplausos y risas, lo dicho por Bernal.)

OFICIAL 1.º

¡Tiene razón!...

OFICIAL 2.º

¡Si a fe!...

OFICIAL 3.º

¡La cosa es clara!

OFICIAL 4.º

¡Estamos, pues, perdidos sin remedio!

BERNAL

¡Perdidos o ganados, quién repara!
¿Es que hay alguno aquí que retroceda?

PEDRO SECO

¿No quedará un recurso?...

DON LOPE

¡Uno nos queda!
No quiero verter sangre inútilmente...
pero si el caso llega
podremos inundar toda la vega
con desviar el curso del torrente...

(Esta declaración de don Lope da lugar al entusiasmo de todos, que aplauden.)

VARIAS VOCES

¡Gran idea!...
¡Soberbia!...
¡Vitor!...
¡Bravo!...

(Suena dentro un clarín y al oirle se restablece el silencio.)

DON LOPE

¡Hola!... ¡Sonó el clarín!... Id, Bernal [Díaz
y ved qué ocurre...

BERNAL

¡Al punto!

(Vase por el fondo para volver a poco.)

DON LOPE

(A los oficiales.)

Caballeros,
oídas vuestras varias opiniones
demos por terminado este consejo.
Yo obraré en consecuencia y como cum- [ple
a vuestro general. Estad dispuestos
que es fuerza resistir al enemigo
sin cederle ni un palmo de terreno.

VOCES DE LOS SOLDADOS

¡Viva don Lope!... ¡¡Viva!!...

DON LOPE

(A Bernal que vuelve.)

¿Qué sucede?

BERNAL

(Que vuelve.)

El enemigo envía un parlamento.

DON LOPE

(A Bernal.)

Pues hacedle llegar a mi presencia.
¡Al instante!

(Vase de nuevo Bernal por donde entró. Don Lope a los oficiales.)

¡Atención!... Recibiremos
con toda ceremonia la embajada.
Formad la tropa, desplegad al viento
las banderas y haced que los clarines
y atambores resuenen. ¡A su puesto
cada cual!

(A doña Sol.)

Doña Sol, ya vuestro sitio está a la
diestra mano de mi asiento.

(Los oficiales se dispersan por todos lados. Forma la tropa en torno de la escena con las banderas desplegadas, mientras algu-

Dicnos. Bernal, Maya, don Gonzalo y un Alferez del virrey; luego doña Sol y don Lope con sus oficiales y soldados.

Aparecen por el fondo, conducidos por Bernal y Maya y escoltados por algunos soldados, don Gonzalo de Silva y el alférez del virrey con los ojos vendados y trayendo el segundo una bandera blanca atada en la punta de una pica. Los clarines y atambores baten marcha. Al quedar unos y otros frente a frente, Bernal, obedeciendo a una señal de don Lope, arranca las vendas que cubrían los ojos de los emisarios del virrey. Estos y don Lope se saludan ceremoniosamente. Cesan de tocar los tambores y clarines.

DON LOPE

(Dirigiéndose a los emisarios.)

Bien venidos seáis a honrar mi campo,
mis ilustres señores; quiera el cielo
que con vuestra embajada
llegue la paz, de todos deseada,
y cesen sobresaltos y recelo...

DON GONZALO

De vos depende, general....

DON LOPE

Me holgara
que fuera así... Decidme, sin rodeos,
lo que quiere el virrey.

DON GONZALO

(Altanero.)

Quiere y orden...

DON LOPE

(Con ironía.)

¡Pardiez!

DON GONZALO

(Enérgico.)

¡Sí, y os intima
que depongáis las armas
sin condición alguna y bajo pena
de declararos reos
de alta traición!... ¡Don Lope, yo os arresto
en nombre del virrey!...

DON LOPE

(Con irónica calma.)

¿Y para esto
vinísteis hasta aquí?... ¡Linda embajada!

DON GONZALO

(Adelantándose con resolución hacia don Lope.)

¡General, entregadme vuestra espada!

DON LOPE

(Con asombro e indignación.)

¡Mi espada osáis decir!... ¿Que yo os la entregue?..!

(Conteniéndose.)

Preciso es que la cólera le ciegue
o que sea el virrey muy poco ducho

(Subrayando las palabras.)

en esto de las armas... pues tenerla
no es lo mismo ¡por Dios! que mantenerla
y esta tizona, alférez, ¡pesa mucho!...

(Desenvainando la espada con calma y mostrándola por la punta.)

Miradla, ¡vive Dios!, su limpio acero
tiene el temple del alma castellana,
¡que hasta del mismo sol el rayo fiero
quiebra al chocar con su hoja toledana!
Su aguda punta, triángulo sagrado,
señala, como el dedo del destino,
el ideal camino
por nuestra ardiente aspiración soñado...
La cruz que hay en su recia empuñadura
dice la fe, y el cáliz de su taza
¡copa insaciable abierta hacia la altura!
la condición ferviente, terca y dura
de la fecunda entraña de la raza.
Herencia de Rodrigos y Guzmanes,
joya sin par de ilustres capitanes,
este acero triunfal, mil veces santo
y mil veces temido,
premio fué por mi audacia merecido
que don Juan de Austria me ciñó en Lepanto.
Tan alta recompensa, considero
que otorga a mis acciones
tanta o mayor autoridad y fuero
que a un virrey su despacho y su estampilla...
pues doquiera que planto mis pendones,
¡tierra que piso es tierra de Castilla!
Y así tened en cuenta,
si acaso a vuestro ingenio se le escapa,
que en lucha está conmigo quien me afrenta
¡sea Virrey, Emperador o Papa!
Decidlo así al virrey en nombre mío,
y añadid que esta espada venerable
precisa un corazón de alientó y brío
y como ella indomable;
que quien quiera a esta mano arrebatarla
¡por el filo y la punta ha de tomarla!...
Y siendo él, por lo visto, harto pequeño
para tan grande empeño,
porque su limpio acero no mancille
¡jamás la he de rendir, en tanto brille
firme en mi diestra su desnuda hoja!
Y si un día mi mano, inerte y floja,
la dejara caer... ¡es tan pesada,
que yaciera por siempre abandonada
si no nace un titán que la recoja!

¿Tenéis más que decir?

DON GONZALO

(Indignado.)

Sí, se os reclama
una muy noble y desdichada dama
que, sorprendida por villana intriga,
retenéis prisionera
contra su voluntad, honor y fama!

DON LOPE

(Indignado.)

¡Miente el virrey y miente quien tal diga!
(Conteniéndose y después de una pausa.)
Mas he aquí que la dama está presente...
interrogadla vos si lo consiente,
que su palabra mi lealtad abona.
Y si sale una frase de sus labios
que me pueda culpar, ¡una tan sólo,
que demuestre desdén, odio o tibieza,
juro romper yo mismo esta tizona
y entregarle al verdugo mi cabeza!
(A sus oficiales.)
Bueno es, señores, que nos retiremos...
No es justo que su plática estorbemos...
(Don Lope y los oficiales hacen ademán de retirarse.)

DOÑA SOL

(Deteniéndolos.)

¡No, no; escuchadme todos sin reparo!
Yo aquí solemnemente lo declaro:
libre me halló don Lope y libre sigo...
En la conducta que observó conmigo
jamás hallé que reprocharle nada...
Si tras él voy doquiera es como esposa,
que a su vida azarosa
¡sólo el amor me tiene encadenada!

DON LOPE

(A don Gonzalo, con aire de triunfo.)

¡Ya lo oísteis!...

DON GONZALO

¡Sí, a fé!... ¡Pero es dudoso
y habré de protestar!...

DON LOPE

(Interrumpiéndole con altanera autoridad.)

¡Basta!...
(Dirigiéndose a Pedro Seco.)
Al momento,
capitán, ved de dar alojamiento
a estos señores, pues, la noche cierra
y los senderos son tan intrincados
que pudieran quedarse extraviados
entre las asperezas de la sierra.
Id. Que reposen cuanto tengan gana;
y si les place, al toque de diana
los escoltáis de nuevo al campamento.

PEDRO SECO

Así lo haré.
(Saluda a don Lope y vase por la derecha seguido de don Gonzalo y el oficial del virrey.)

¡Soldados!
¡Cada cual a su puesto!
(Todos los soldados y oficiales desfilan y vanse. A doña Sol.)
Os doy gracias, señora,
por vuestro noble proceder conmigo...

DOÑA SOL

¡Yo las doy al Señor, que me hizo amarte!...

DON LOPE

¡Callad, por Dios, sirena encantadora!...
Pero venid y reposad agora
mientras que yo vigilo al enemigo...
(La conduce hasta su tienda y vuelve luego dirigiéndose hacia el fondo.)

MAYA

(Saliéndole al encuentro y deteniéndole.
¡Escucha, hijo del Sol!... ¡Tengo que hablarte!

ESCENA IV

Don Lope y Maya.

DON LOPE

(Deteniéndose.)

¿Qué tienes que decirme?

MAYA

Deseaba avisarte...

DON LOPE

¿De qué?

MAYA

De un gran peligro.

DON LOPE

¿Cuál? ¿A quién amenaza?

MAYA

¡A tí... y a mí... y a toda tu raza y a mi raza!
Hoy se fija tu suerte. La clave del arcano
que rodea tu vida está en tu propia mano.
No lo dudes, don Lope y sígueme. ¡Abandona
a esa mujer! Yo, en cambio, te ofrezco una corona.

DON LOPE

¡Qué dices!...

MAYA

Lo que dicen los astros de tu vida.

DON LOPE

¿A qué mujer aludes?

MAYA

A la que tú prefieres...

DON LOPE

Luego ¿hay otra?...

MAYA

Sí, hay otra de ti desconocida.
Tu estrella está indecisa entre esas dos mujeres.
A la una el Mal Espíritu te tiene encadenado;

La otra es la casta esposa para ti destinada,
que ha de abrirte las puertas de una dicha ignorada.

DON LOPE

(Como concibiendo cierta sospecha.)
Y esa mujer extraña. ¿dónde está?...

MAYA

Su existencia
de nadie es sospechada ni su nombre sabido.
Sólo Maya podría guiarte á su presencia.
Por eso aquí, don Lope, a buscarte ha venido.

DON LOPE

Y ¿para qué? ¿Qué diablos pretendes?

MAYA

Conducirte
lejos de los peligros que te cercan. Guiarte
hasta el lugar seguro donde has de apercibirte
a saber los misterios en que debo iniciarte.
El instante es propicio. Si la sombra aprovechas
podrás salir del campo sin despertar sospechas.

DON LOPE

Deliras.

MAYA

No deliro.

DON LOPE

¡Aparta!

MAYA

¡No te vayas....
Atiende mis consejos si no quieres perderte,
pues si resuena el grito de guerra de los mayas,
caerá sobre tu campo como un rayo la muerte.
¡Ay de tí y de los tuyos si tu audacia provoca
la cólera del cielo!

DON LOPE (Apartándola desdeñosamente.)

¡Aparta, bruja loca!
¡El miedo de la muerte no llega al corazón.
yo no tengo temores, tengo solo ambición.

MAYA

Si te ofrezco riquezas, amor y poderío...
cuanto tu amor procura, ¿por qué no te haces mío?

DON LOPE

¡Tengo un rosal de amores en mi pecho!...

Abandona
a esa mujer; yo en cambio te ofrezco una corona,
oro para un imperio de cien emperadores,
millares de guerreros que esclavizan la guerra
el amor de la virgen más bella de la tierra
que te dará el secreto de sus nuevos amores.

DON LOPE

Aparta de mi oido tan tenaz pesadilla.

MAYA

Piensa en la tierra parda de la yerma Castilla
y mira que te ofrezco oro, regalo, flores,
mando, tropas, belleza, descanso, sol y amor!...

DON LOPE

(Vacilante.)
Aparta de mis ojos tu necia pesadilla.
Mi amor es doña Sol, mi tesoro Castilla
y riqueza, y belleza y grandeza me abona
que pudieran ganarlos mi brazo y mi tizona.

(Don Lope dice estas últimas frases como pesaroso de rechazar las ofertas de la india. Maya se arrodilla y toma una mano de don Lope en actitud de súplica. (Pausa.)

ESCENA V

Dichos y doña Sol

DOÑA SOL

¡Tan presto se huyó el amor
de vuestra alma, que sufris
las quimeras
de veneno encantador
y sus palabras oís
hechiceras?
¿Qué se hizo de aquel amor
que todo el pecho encendía
sin sosiego?
¿Como muda mi señor
y apaga en un solo día
tanto fuego?...
La ambición mata el amor
porque el ansia de mandar
lo combate...
¡Solo pido a mi señor
que si me ha de abandonar
que me mate!...
(Se arrodilla ante don Lope.)

DON LOPE

Alzad del suelo, mi señora,
mi reina amada: el sol que dora
la tierra fria.

nunca se abate bravía la tierra
a medio dia!
(Le alza y le toma la mano amorosamente.)

MAYA

(A doña Sol.)
Liviana y placentera, confundes y en-
[trelazas
el amor de los seres y el dolor de las
[razas
dentro de un mismo corazón...
En tus brazos sensuales como un torbe-
[llino
perderá el derrotero de su rumbo el ma-
[rino
¡y no habrá tregua ni perdón!...

DOÑA SOL

¿Qué habrá perdido en mis brazos?...
Mi fé la tengo rendida,
hasta la muerte.
Por él desaté los lazos
que me ataban con la vida
y con la suerte.
Amor que todo lo ciega
brotó en mi pecho, al conjuro
de su voz...
¡Máteme si me reniega,
sea yo trigo maduro
y él la hoz!...

DON LOPE

(Bruscamente.)
¡Si tuviera en mi mano oro, regalo, flo-
[res,
mando, tropa, belleza, descanso, sol,
[amores.
cetro y corona, como Rey...
todo lo perdería por no causar enojos
a los dulces antojos, que me muestran
[sus ojos
¡fieros tiranos de mi ley!...
(Toma a doña Sol de la mano amorosamente y la conduce hasta uno de los asientos que hay cerca de la mesa.)

DOÑA SOL

Gracias don Lope, nunca pensé que se
[escucharan
tan finos madrigales que a mí me cauti-
[varan
bajo los grillos de tu amor...

DON LOPE

En vos amo señora, a todas las muje-
[res
y del recio poema de mis agrios deberes
vos sois la estrofa y el lector.

MAYA

Guerreros castellanos; ¡como el amor
[vos pierde
cuando el orgullo encubre la pasión que
[vos muerde
las fuentes vivas de piedad!...
[arrogantes
a esclavizar los pueblos de los bosques
[gigantes
de los montes ingentes y las noches
[brillantes
suma de toda inmensidad.
¡No podréis, no podréis! Hijos domina-
[dores
no engendraréis. Alzarse verán los
[opresores
las aguas de los ríos y del mar,
las fieras de los campos, mis feroces ar-
[queros
y embotará la punta y el filo a tus ace-
[ros
mi odio ardiente y secular.

DON LOPE

Podremos, venceremos, torpe raza de
[esclavos
¿qué opondréis a la marcha triunfal de
[nuestros bravos?

MAYA

¡Oro que pudre el corazón!

DON LOPE

¡Oro! Está en nuestras manos todo el
[oro del mundo.
que el león de Castilla, guerrero y va-
[gabundo
le ha puesto al sol contribucion.

MAYA

¡Alzaremos millares de guerreros!...

DON LOPE

Escucha:
El alma de Castilla, es altar de la lucha
y extiende un brazo en cada mar,
quiere prender el mundo, y el logro de
[sus planes
ha fundido una estirpe de férreos capi-
[tanes
que no aprendieron a cejar.
Al que alentó en Castilla madre tran-
[quila y clara,
en los campos, al miedo, no le ha visto
[la cara,
limpio está siempre de pavor,
y así vamos forjando a golpe de tizona,
cual mágicos orfebres, la esplendente
[corona
que ciñe el rey nuestro señor.

MAYA

Bajará el gran Espíritu para moveros
[guerra,
y el que elige los reyes, clamará por su
[tierra
materna, próvida y feraz
de los gigantes árboles que amenazan
[al cielo,
de las flores divinas, y cavará en su
[suelo

DON LOPE

Qué me importa el espíritu de tus dio-
[ses, si tengo,
mi camino trazado por el destino, y vengo
del mar, y traigo gracia y luz!
En el pecho los ímpetus de amor aven-
[turero
la coraza ceñida, en la mano el acero
y en mis blasones una cruz.

MAYA

Cuando claven tus manos en esta tierra
[mía
los sangrientos emblemas de vuestra
[teologia,
los leños de la cruz retoñarán;
cuando la savia nueva de la tierra las-
[civa
trueque las viejas cruces en nuevas
[plantas vivas
en las que todos se amarán...

DON LOPE

Sella el labio blasfemo; por nuestros
[crucifijos
mandarán en tu tierra los hijos de mis
[hijos
mientras alumbre el claro sol.
Si florecen las cruces, como necia pre-
[gonas,
le daremos a Cristo la cruz de las tizo-
[nas;
¡es cristo férreo español!
¡Parte, ve con los tuyos, alza toda tu
[tierra,
mueve contra mi esfuerzo los rayos de
[la guerra!
¡ya estoy ansioso de beber!
la sangre de los tuyos!... «¡Hola a mí
[centinela,
ten cuenta de los pasos de esta mujer,
[y cela
cuanto hiciera en el campo y a tu vista!»

MAYA

(Al mutis y seguida del centinela.)

Abandona
a doña Sol, yo en cambio te ofrezco una
[coraza.
¿No escuchas mis consejos? Ya quieres
[perderme
caerá sobre tu campo como un rayo la
[muerte,
(Mutis.)

ESCENA VI

Don Lope, doña Sol; luego Bernal Díaz, Pedro Seco y todos los oficiales y soldados de don Lope.

DON LOPE

Ven a mí, doña Sol; el encanto de amar
que ganó mi sufrir. me inflamó el cora-
[zón
[alumbrar
y me dió el resistir la fatal ambición.

DOÑA SOL

Fué saber, fué pasión, fué el encanto
[de amar,
el dolor de sufrir y el placer de triun-
[far.

DON LOPE

De mi ardor y mi fe fuiste reina gentil,
y a mi pecho glacial, con tus brazos pren-
[dió
su azucena el querer, sus claveles Abril,
sus olivas la paz, su rosal Jericó,
junto a tí dí un adiós a mi vida falaz.

DOÑA SOL

¡Ay rosal, ay clavel, ay olivas de paz!...

DON LOPE

Yo no tuve jamás más que pena y dolor.
Conocí la ansiedad, conocí la inquietud,
tús has logrado encender mis hogueras
[de amor
y a mi pecho tornar la feliz juventud.

DOÑA SOL

¡Mocedad, inquietud, el dolor de espe-
[rar!

DON LOPE

Por amor combatir y el placer de triun-
[far
te arrullaba al compás del remar del ba-
[jel
en la noche feliz que tu pecho en hervor
y tus ojos sin luz, y el calor de tu piel
me supieron decir lo que vale el amor.
¡Ay amor, ay bajel, ay la noche de Abril!
¡Ay blasón de Quirós con su reina gen-
[til!

VOCES DENTRO

¡Tración!... ¡Traición!...

BERNAL

¡Rodea el campamento
el enemigo!

DON LOPE (Gritando.)

¡Alarma, capitanes!

VOCES DENTRO

¡Alarma!... ¡Alarma!...

OFICIAL 2.°

(Por la izquierda.)

¡Ceneral!...

DON LOPE

¿Qué es ello?

OFICIAL 2.°

¡Los indios!...

BERNAL

¡Vive Dios!...

OFICIAL 2.°

¡Han sorprendido
el reducto exterior del campamento!

(Don Lope y Bernal suben a observar desde encima del parapeto.)

(Observando.)
Nos atacan de frente...

DON LOPE

¡Y por los flancos!

BERNAL

(Descendiendo.)
¡Pronto, porque amenazan envolvernos!

DON LOPE

(Descendiendo a su vez.)
¡Aquí todos los míos!...
(A su voz acude toda su gente y se congrega en torno de él.)
¡Capitanes
y soldados! ¡Valor!... Llegó el momento
de mostrar quienes somos.
(Don Lope cogiendo la bandera que le da un oficial.)
¡Mi bandera!

OFICIAL 1.°

¡El enemigo llega!

VOCES

¡Presto!... ¡Presto!...

DON LOPE

(Mostrando en alto la bandera.)
¡Vedla: es la vieja enseña de Castilla!
¡de la madre Castilla!

DOÑA SOL

(Tremolando la bandera que le entrega don Lope.)
¡Compañeros!
¡quien quiera que la siga!...
(Suena un tiro cerca y cae don Lope redondo al suelo.)
¡Ay mi amor!
Don Lope, ¿estais herido?

BERNAL

¡Quizá muerto!
(Mutis.)

[DON LOPE]

(Alzándose del suelo.)
Otra vez en la negra pesadilla
el dios de Maya lucha con mi Dios
al que ampara al intento de Castilla.
¡Después de Dios, don Lope de Quirós!

VOCES DE LOS SOLDADOS

¡Cierra!... ¡Cierra!...

UNA VOZ DENTRO

¡Al asalto!... ¡Al asalto los piqueros!

DON LOPE

(Buscando en torno a doña Sol.)
¡Doña Sol!...

DOÑA SOL

(Poniéndose a su lado.)
¡Aquí estoy; a vuestro lado!

DON LOPE

¡Sí, conmigo!

VOCES DENTRO

¡Al asalto!... ¡Fuego!... ¡fuego!...
(Suena dentro una descarga.)

DON LOPE

¡Adelante, soldados!

LOS SOLDADOS

¡Adelante!

BERNAL

¡Castilla por don Lope!

TODOS

¡Sus!... ¡A ellos!...
(Doña Sol, Bernal y todos los oficiales y soldados se lanzan, llenos de entusiasmo, detrás de don Lope en el momento en que aparecen los primeros enemigos sobre el parapeto.)

DOÑA SOL

¡Ay amor, ay bajel, ay la noche de Abril!

DON LOPE

¡Ay blasón de Quirós con su reina gen-
[til!

TELÓN

CUARTA JORNADA

Un lugar abrupto y desierto sobre un monte aislado en medio de la pampa. A la derecha se ven las ruinas de un viejo templo maya. A la izquierda, la escena estará cortada por un profundo precipicio en cuyo fondo se supone un gran lago. También a la izquierda, y en primer término, se verá una fuente que brota entre unas peñas. Al fondo, la empinada garganta o desfiladero que da acceso a la cumbre bordeando el precipicio y más, allá, a lo lejos, la pampa interminable dorada por el sol poniente.

ESCENA PRIMERA

Don Lope y Maya, al final, doña Sol, Bernal, don Gonzalo y algunos soldados.

(Al levantarse el telón aparecen don Lope y Maya subiendo trabajosamente por la empinada cuesta del fondo. Don Lope viene herido y maltrecho. Ha perdido el sombrero en la refriega y en su lugar una ancha venda le cubre la frente. Debilitado por la sangre que ha perdido, extenuado por la sed, rendido por la fatiga vacila al andar, pero rechaza obstinadamente el auxilio que Maya solícita le ofrece, apoyándose sólo en su propia espada que lleva envainada, en la mano, sirviéndole de báculo.)

MAYA (Solícita a don Lope, viéndole vacilar.) Déjame que te ayude...
DON LOPE (Rechazándola.) No he menester ayuda.
MAYA [illegible]

DON LOPE ¿Mi esclava? ¿Y no has oído, ¡vive Dios!, que no quiero
otro apoyo que el mío?...
MAYA (Viéndolo vacilar.) ¡Qué obstinación!... ¡Vacilas!...
La ansiedad y la fiebre que arden en tus pupilas
darán contigo en tierra.
DON LOPE ¡Oh, pues si así no fuera!
¿crees tú que la lucha mi voluntad rindiera?
A no ser por la fiebre que la energía agota,
la sangre de la herida que mana gota a gota,
y los nervios que ceden, y la sed extenuante
que trueca en un sér débil al más fiero gigante,
tal y como me viste pelear ha tres días,
luchando eternamente, sin cejar, me verías.
MAYA Resistir sus designios fuera retar al cielo.
Reposa, pues, y en calma este instante aprovecha,
que hasta el condor abate su poderoso vuelo
cuando hiere sus alas la punta de una flecha.
DON LOPE Descansaré ¡qué diablo! puesto que ello es forzoso
si he de seguir marchando. Mas juro por mi nombre,
lo hiciere quien lo hiciere, que fué poco ingenioso
encerrar de un espíritu el ardor codicioso,
en materia tan flaca como el cuerpo de un hombre.
MAYA (Sacando de una especie de zurrón que llevará consigo algunos vendajes y un pomo de barro.) Descansa y con mi bálsamo sanaré tus heridas...
(Conduciéndole hacia unas piedras de las que habrá esparcidas por el suelo.)
Ven... Aqui... En estas piedras...
DON LOPE Sentándose donde Maya le indica.) Que no están muy mullidas
por cierto, mi dotora...
MAYA (Mientras atiende y cura a don Lope.) ¡Tu orgullo no se abate!
Hasta los mismos dioses se asombrarán de verte
aún de pie tras el rudo y sangriento combate
en que por siete heridas te hizo presa la muerte.
Tres días y tres noches llevamos caminando,
la fiebre te consume y tú sigues andando...
DON LOPE Y sigo y sigo andando, ¡por Cristo!, y anduviera
hasta la fin del mundo si allí se me dijera
que había de encontrarla, pues no hay mayor fatiga
que ignorar donde se halla ni sed más espantosa
que éste que, lejos de ella, como un lobo me acosa.
(Exaltado, tratando de incorporarse.)
¡Condenación!
MAYA (Conteniendole con dulzura.) ¡Detente!
DON LOPE (Más calmado.) Dime, noble doncella,
dime ya, ¡por los cielos qué es lo que ha sido de ella.
(Hay una ligera pausa mientras Maya, que habrá terminado de hacerle la cura, guarda de nuevo en su zurrón los vendajes, etc.)
¿Te callas? ¡Oh, recuerda lo que me has prometido!
Dime, ¡voto al infierno!, para qué me has traído
a este lugar...
MAYA (Tratando de eludir la respuesta llamándole la atención sobre otras ideas.)
¡Espera!... ¿No ves allí una fuente?
(Se dirige a la fuente, de la cual llena un vaso de metal que saca del zurrón, y después de verter en el líquido unas gotas de un elixir viene a ofrecérselo a don Lope.
DON LOPE No, mi sed no se apaga ni con todo un torrente. (Bebe.)
Beber, sí; reposar
ya no, porque no puede reposar el deseo...
¡Escucha!... ¡Tú me engañas!... Lo presiento, lo veo
en tu actitud cobarde... ¡Por tu vida, responde!
¿Donde está doña Sol, vil hechicera?

no desató más furias y espantos, ni el infierno
abortó más horrores que aquéllos que sentí
cuando al tornar mis ojos la busqué... ¡y no la ví!...
«Sígueme si deseas hallar lo que has perdido.»
Y te seguí... sumiso, como manso cordero,
hora es ya de que cumplas lo que me has prometido
¡Basta ya, vive el cielo! Dime lo que pretendes,
ocultando a mi afán lo que mi afán procura.
¿Dónde está doña Sol?, ¿lo sabes por ventura?
Medita tu respuesta ¡y ay de tí si me vendes!

MAYA Maya no te ha vendido. Si perdiste su huella
no culpes a tu esclava, culpa sólo a tu estrella
La mujer que persigues, ¡oye bien lo que digo!
cautiva está en el campo del virrey, tu enemigo.

DON LOPE (Con súbito arrebato, tirando de la espada como para matar a la india.)
¡Ah, maldita!
Conteniéndose.) ¡Huye!... ¡vete, condenada! ¡No quiero
manchar mi noble espada con tu sangre de arpía!...
¡Matarte fuera poco... y me deshonraría!
(Conteniéndose a duras penas.)
¡Huye de mi presencia, perra bruja!...

MAYA ¡Primero
me has de matar! ¡Escúchame, orgulloso extranjero:
¡Perdido estás, y sólo puede ya protegerte
el que es dueño de todo, de la vida y la muerte!
y escúchame, pues quiero conmover tu memoria
con el maravilloso relato de tu historia.

DON LOPE ¡Eh, basta ya!...

MAYA (Con arranque, poniéndose ante él con ademán enérgico.)
No; espera. ¿Te negarás a oirme?

DON LOPE (Con acento sombrío en el que vibra la amenaza.)
¡Sea por la vez última! ¿Que tienes que decirme?

MAYA (Como recogiéndose en sí misma y después de una pausa.)
Hace ya mucho tiempo... Cuando esta tierra mía,
aun virgen, se extendía más allá de los mares,
cuando la raza maya aun quizá no existía
y una tribu gigante poblaba estos lugares...
entonces, descendiendo de su trono celeste,
pisó la tierra el hombre divino, el gran Arjuna,
¡el señor poderoso de la espléndida hueste!
hijo del Sol brillante y de la virgen Luna.
¡Pues oye bien!... Su nieto Axacumán, guerrero
de incontrastable brazo y gigantesca talla,
cuyo augusto linaje será imperecedero,
¡ese fué el primer Inca que tuvo el pueblo Maya.
y tanto creció el pueblo que su mano regía,
que, rebosando el cauce de la gran monarquía,
vino a hallar en sus límites estrecho cautiverio,
entonces soñó el Inca engarzar a su imperio
las tierras misteriosas en donde nace el día...
Y ordenó a sus caciques construir cien piraguas
grandes como las vuestras, para surcar las aguas
en busca del imperio de la aurora naciente.
Y embarcando consigo a la hueste guerrera,
mandó enfilar las proras a la tierra extranjera
y con los ojos fijos en el astro fulgente,
partió con sus guerreros hacia el sol, ¡hacia Oriente!...
¡Y ha de volver!... pues antes de lanzarse a su empresa
hizo ante el Gran Espíritu la solemne promesa

y retornar un día de las lejanas playas
encarnando su espíritu en la augusta persona
del postrer descendiente del trono de los mayas.
¡Y ha vuelto!... ¡ha vuelto el hijo del Inca poderoso
a pisar nuestras playas!... ¡Está aquí!... ¡Lo se yo!
Porque ese descendiente de Axacumán glorioso.
el único, el postrero... ¡eres tú, hijo del Sol!...

DON LOPE ¡Deliras!

MAYA ¡No deliro!

DON LOPE Tus locas tradiciones
son cuentos infantiles.

MAYA ¡No!

DON LOPE Vana fantasía.

MAYA ¡Escúchame!... Yo tengo poderosas razones
que tu no alcanzas...

DON LOPE ¡Calla! Tu mente se extravía.

MAYA ¿Dudas? Pues dime entonces ¿porqué eres invencible?
¿a qué poder oculto se deben tus hazañas?

DON LOPE No lo sé...

MAYA ¡No lo sabes!... Al poder invisible
(Indicando la espada de don Lope.)
que contiene ese acero.

DON LOPE Convencido.)
¡En eso no te engañas!

MAYA Aún no lo sabes todo, pero ya lo presientes.
Esa espada contiene un talismán sagrado...
Su virtud desconoces, más sin duda la sientes
cuando obra en tí ¿no es cierto? Dime ¿no has reparado
nunca en ese soberbio záfiro que perdura,
al través de los siglos, sobre su empuñadura?...
¡Esa es la piedra mágica, la joya prodigiosa
que uno de los Señores de la Faz Tenebrosa
arrancó a la corona del Inca Axacumán!
¡No vaciles y sígueme! ¡deja a los extranjeros!...
¡Ven, tu palabra esperan millares de guerreros
que de nuevo la Tierra por tí conquistarán!
(Insinuante y misteriosa.)
Una esposa te aguarda... en el Valle Escondido...
y posee la clave del tesoro perdido...

DON LOPE ¡Bah!... ¡déjame, por Cristo, embaucadora bruja!
que no es la sed de oro lo único que me empuja.
¿A mí qué se me importa de tí ni de tu casta?
¡Para morir con gloria con ser quien soy me basta!

MAYA ¡Guerrero, álzate y tiembla porque la hora ha sonado!
¡Si un instante vacilas te habrás de arrepentir!...

DON LOPE (Luchando en vano con la fatiga y el sueño que le rinden.)
¡No puedo más!... ¡apártate!... ¡me siento fatigado!...
Mis ideas se pierden... ¡Bah, déjame dormir!...
(Con la mayor indiferencia hacia Maya se reclina en la piedra donde estaba sentado y se queda dormido después de colocar la espada desnuda al alcance de su mano.

MAYA (Vacila un momento. Luego se acerca a él sigilosamente y se apodera de su espada.) ¡Mía es al fin!...
(Contemplándola con cierto temor supersticioso.)
¡Prodigio!... ¡su acero centellea!
¡Fulge como una estrella, misterioso, el záfiro!
¡Y al alzarla mi mano, como encendida tea,
me parece que alumbra el desierto retiro!...
¡Agua limpia y sagrada, abre tu seno

y acoge en el fin ofrenda....

(En el momento en que Maya va a arrojar la espada al precipicio, doña Sol, que habrá aparecido en el fondo oportunamente, corre hacia ella y la detiene.)

DOÑA SOL (Deteniendo a Maya con una mano y tratando de quitarle con la otra la espada.)
¡Miserable!
¿Qué ibas a hacer?

MAYA (Sorprendida.) ¡Ah!... ¡Tú!...

DOÑA SOL (Arrancándole la espada.) ¡Suelta ese acero!...

MAYA (Desconcertada y con acento de odio.)
¡Siempre tú entre él y yo!... ¡Maldita seas!
(Huye desesperada por la izquierda.)

ESCENA II

Don Lope, doña Sol, Bernal, don Gonzalo y algunos soldados del virrey.)
(Detrás de doña Sol habrán aparecido Bernal, don Gonzalo y los soldados.)

DOÑA SOL (A los soldados.) ¡Prended a esa mujer!
(Varios soldados se destacan del pelotón y corren en persecución de la india.)

DON LOPE (Que despierta al ruido, pero que aún permanece bajo el influjo del delirio y el sueño.) ¡Delirios, sueños,
atrás!
(Buscando en torno a sí.)
¿Dónde?... ¡mi espada! ¡Me la roban!
¡Maya!... ¿tú?... ¡Ira de Dios!... ¡Rayos y truenos!
(Encarándose con el grupo que forman los personajes.)
¡Por muchos que seais he de arrancárosla
y la vida con ella!...
(Reconociendo a doña Sol.)
Más... ¡qué veo!...
¡Doña Sol!... ¡Vos!...
(Viendo su espada en manos de doña Sol.)
¡Mi espada!...

DOÑA SOL (Dándole la espada.) Os la robaron;
mas yo, por dicha mía, os la devuelvo.

DON LOPE ¡Ah, bendita esta mano!
(Besando la mano que doña Sol le tiende con la espada.
De rodillas
la quiero recibir... Mas ¿cómo es esto?
¿Cómo dísteis conmigo?

DOÑA SOL Vuestras huellas
seguimos sin cesar.

BERNAL (Adelantándose.) ¡A este sabueso
no se le pierde un rastro!

DON LOPE (Viendo a Bernal.) ¡Bernal Díaz'

BERNAL Yo soy, mi general, ¡voto al infierno!
(Mostrando un brazo que trae en cabestrillo.)
Aunque me halléis un tanto estropeado...

DON LOPE (Reparando en don Gonzalo y los soldados.)
Pero explicaos mejor; porque ahora observo
que no vinísteis solos...

DOÑA SOL (Mostrando a don Gonzalo.) Don Gonzalo
que es un noble y cumplido caballero,
nos vino dando escolta y a su arrojo
y pericia, don Lope, les debemos
el haberos hallado.

DON GONZ. Mejor fuera
dejar a nuestros potros todo el mérito
de esta jornada, ya que muestra han dado
de tener buena sangre...

DON LOPE (Como pidiendo una explicación.)
No comprendo...

DOÑA SOL Vos ya recordaréis que en la batalla
nos separamos...

DON LOPE Sí, bien lo recuerdo.

DOÑA SOL Pues cuando, ya diezmado y en desorden,
luchaba aún nuestro valiente ejército,
Maya me dió un caballo, asegurándome
que me esperabais vos, libre de riesgos,
en un lugar que me indicó. Aturdida
monté y partí como una flecha, pero
desorientada o engañada acaso,
fuí a dar del enemigo al campamento.
El virrey, sabedor de mi llegada,
solícito y cortés salió a mi encuentro,
me acogió como un padre y por él supe
que a su campo llegará al mismo tiempo
un correo con pliegos de Castilla.

DON LOPE (Con marcado interés.)
¿Pliegos del rey?

DOÑA SOL Del rey.

DON LOPE ¡Me valga el cielo!
¿Qué dicen?

DOÑA SOL (Con dulce ironía.)
El Monarca nos perdona...

DON LOPE (Con cierto asombro al notar el acento de doña Sol.)
¿Nos perdona?

BERNAL (Sin poder contenerse.)
Mas no sin imponeros
un injusto castigo. ¡Por mi vida
que esto enciende la sangre!

DON LOPE (Siempre sereno.)
Y bien, ¿qué es ello?

DON GONZ. Yo os lo diré, pues traigo en este punto
órdenes que cumplir. El virrey me manda haceros
presente. En su poder están las órdenes
que el rey, nuestro señor, que guarde el cielo,
le ha ordenado cumplir; en ellas manda
que se os trate con todo miramiento
a doña Sol y a vos, y que a Castilla
retornéis dignamente y lo más presto
porque allí os enlacéis solemnemente
cual cumple a vuestra honra; y para esto
el rey, como a rebeldes, os condena
a perder vuestro rango y vuestro fuero,
todos los territorios conquistados
con todas sus franquicias y derechos
a vos. Y a doña Sol todos sus títulos,
propiedades, grandeza y privilegios...
Sólo, y por gran merced, viene a otorgaros
de un rincón de Castilla, triste y yermo,
el preclaro solar en donde yacen
de Díaz de Vivar los nobles restos.
Bien triste honor, don Lope, me ha cabido
en traeros la nueva: mas prefiero
ser yo quien os la dé, pues tal despojo
pesa en mi corazón como en el vuestro.

BERNAL (Con dulce ironía.)
¡Ah, don Lope!

DON LOPE (En el mismo tono aunque con mayor ironía.)
¡Bernal!

nos deja a entrambos otra vez burlados,
por contera y remate y más pelados
que la bruñida calva de la Muerte!
¡Mil bombas... y una más! Si esto es justicia
si la gloria se alcanza a tanto precio
¡reniego yo del mundo y su milicia
que hace a tanta virtud tal menosprecio!

DON LOPE (Con amarga ironía.)
¡Nada vale el ejemplo que hemos dado!
¡Nada vale, sin duda, por Castilla
batir el mar de la una a la otra orilla,
cruzar el mundo de uno al otro lado;
de los llanos de Flandes
a las nevadas cumbres de los Andes
sembrar la ruta de épicas hazañas
y arrancarle a la tierra
el botín de los pueblos con la guerra
con el pico, el que guarda en sus entrañas.
Y de todo este inmenso poderío
como debe el monarca a vuestro brío,
cuando estáis harto de batir el cobre
¿qué os vienen a dejar?

BERNAL ¡Vuestra persona
como la de un mendigo!...

DON LOPE (Con viril arranque.)
No tan pobre
Bernal, porque aún me queda mi tizona.
Y si con ella no pudo mi osadía
conquistar el imperio de Eldorado.
mientras penda este acero a mi costado
tiempo será de recobrarlo un día.
(A doña Sol.)
Castiga el rey nuestros supuestos yerros
y a un rincón de Castilla nos destierra...
El es, señora, el único que yerra,
que, aunque la tierra es pobre, en nuestra tierra
a falta de oro encontraremos hierro.
Cuando la fe con la ambición se enlaza
labrando en las entrañas de una raza,
no hay poder que a su empuje se resista.
Y si el amor le sirve de acicate,
para forjar las armas del combate
hierro es preciso. ¡El oro se conquista!

TELÓN

LA CENA DE LAS BURLAS

POEMA DRAMÁTICO EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL DE

SEM BENELLI

Y TRADUCIDO POR

Ricardo J. Catarineu

PERSONAJES

GIANNETTO MALESPINI. - NERI CHIARAMONTESI. - FAZIO. - TORNAQUINCI. - EL DOCTOR. - GABRIEL CHIARAMONTESI. - CALANDRA. - NENZIO. - LAPO. - ESTAFERO. - GINEVRA. - LISABETTA. - CINTIA. - LALDOMINA. - FIAMETTA Criados, y guardianes.

ACTO PRIMERO

Comedor en casa de uno de los Tornaquinci, caballero Espuela de Oro, en Florencia. Armas en las paredes. Banderas en un ángulo de la habitación. A la derecha chimenea esculpida. A la izquierda se divisa por la ventana abierta, los huertos, las casas, las torres y el monte de San Miniato. Por la derecha, puertas a la cocina. Por la izquierda, al interior de la casa. Adornos sencillos y elegantes. Pinturas al fresco en las paredes. Ha avanzado el crepúsculo. El rosado ambiente del anochecer se extiende sobre las colinas y sobre la ciudad. Los servidores aperciben luces. Al final del acto, noche de luna. En Mayo. Los criados preparan la mesa y acercan las sillas bajo la inspección de Calandra, el mayordomo. Nenzio, áspero y glotón, ríe socarronamente. Entra Tornaquinci. Trae un libro entreabierto como interrumpida la lectura. Se sienta en un sillón, esquivando el bullicio

TORNAQUINCI

Ningún detalle se os olvide. Quiero
que nunca se recuerde más lujosa
cena en Florencia. Son mis invitados
hombres que saben disfrutar la vida.

CALANDRA

Sé quienes son. ¡Eternos convidados!
Quedará satisfecho su apetito.
Les he comprado un ánade exquisito.
que será la delicia de esta noche.
Un tesoro, señor.

TORNAQUINCI

¿Y ese tesoro
dónde lo descubriste?

CALANDRA

Lo he adquirido
de manos de una niña encantadora,
toda ojos negros y cabellos de oro.
¡Ya me hubiérais, señor, agradecido
que trajera también la vendedora!

TORNAQUINCI

¿Quién piensa ahora en mujeres?

CALANDRA

¡Evidente!

TORNAQUINCI

No hacen falta. Su cháchara maldita
yo no la aguardo...

CALANDRA

Colectivamente...
Pero siendo una sola ¡y tan bonita!
(Pausa; a Nenzio.) [nujas.
¡Eh! Tú, Nenzio. Custodia a esos gra-
Tan cerca de los pollos me dan miedo.

NENZIO

¿Miedo? ¿De qué?

CALANDRA

Yo les conozco a fondo
y sé lo que me digo.

NENZIO ¡No sería
un delito tan grave!

CALANDRA ¡Han de quedaros
golosinas y víveres de sobra!...
¡Cuidado especialmente con el vino!

NENZIO

¿Habrá que tener seca la garganta?

CALANDRA

No me parece que la tengas seca.
Al contrario, sospecho que bebiste
en demasía... ¡Y a guardar silencio,
o yo te haré callar a cintarazos!

TORNAQUINCI

¿Qué sucede? (Suspendiendo la lectura.)

CALANDRA

Señor. Es la canalla,
que nunca se conduce como debe.
¡Pronto! ¡Ya estás en marcha.
(Mutis, Nenzio.) TORNAQUINCI
No te exaltes,
Calandra: has de tener filosofía.

CALANDRA

Como consejo, bien está el consejo,

Pero después si hay falta es culpa mía.

TORNAQUINCI

No, yo sé tu lealtad, mi pobre viejo.

CALANDRA

Vienen, señor.

TORNAQUINCI

Daos prisa y salid pronto.

CALANDRA

Es el señor Gianentto Malespini.

TORNAQUINCI

Que entre.

Dichos. Giannetto con Fazio. Se cubre con una capa roja y trae puesto el capuchón

GIANNETTO

Os saludo y, como veis, aun vivo.

TORNAQUINCI

En verdad, caballero, que os recibo
con placer singular, pues ya temía
que a veros otra vez no volvería,
cuando me dió el Magnífico la buena
nueva de que en mi casa debería
en honor vuestro disponer la cena.

GIANNETTO

¿En honor mío?

TORNAQUINCI

Y de otros camaradas.

GIANNETTO

Y para festejar las puñaladas... [sado;
Es cierto. Aun tengo el cuerpo atrave-
y no os digo en qué parte, por ver-
[güenza.
¡Dieron en blando, y menos mal! ¡Qué
[importa!
¡Burlas son burlas y la vida es corta!
No contengáis la risa, yo os lo ruego.
¡Aún ha de ser mayor la risa luego!

TORNAQUINCI

Los que vengan serán vuestros amigos.
Como a tales la cena he preparado.

GIANNETTO (Se despoja del manto y entrégalo a un criado que lo pone sobre el arca.)

Una cena de amigos, bien pensado;
aunque entre ellos estén los enemigos.

TORNAQUINCI

¿Quiénes?

GIANNETTO

Los mismos que la burla hicieron.

TORNAQUINCI

¿Neri y Gabriel, no es cierto, los her-
Chiaramontesi? [manos

GIANNETTO

Mis verdugos fueron.
Mas lo manda el Magnífico, y es justo
obedecer: yo estrecharé sus manos.

TORNAQUINCI

¿Y haréis las paces?

GIANNETTO

De Lorenzo es gusto.
Yo sé que tiene Médicis motivos
para agradarle el desollarlos vivos;
mas, ya que lo ordenó de otra manera,
¿como a su voluntad me resistiera?
Yo sé de todo lo que son capaces...

TORNAQUINCI

¿Y haréis las paces?

GIANNETTO

Sí. Y haré las paces.

TORNAQUINCI

¿Después que os sumergieron en el río
encerrado en un saco?

GIANNETTO

Justamente.
¡Todavía del Arno siento el frío,
y me veo ridículo y doliente!

TORNAQUINCI

¿Y aun os dieron después de puñaladas?

GIANNETTO

Todavía no están cicatrizadas.

(Tornaquinci muéstrase asombrado del raro carácter de Giannetto. Agitado, se dirige a los servidores, que se han puesto a escuchar. Uno de los criados lleva una linterna.)

TORNAQUINCI

¿Quedó ya todo listo?

(Los criados, atentos, se inclinan y se van.)

GIANNETTO

¿Qué teméis? (Tornaquinci mira receloso a Fazio. Presentándole.)

Es Fazio, el más leal a mi persona.
Podéis hablar cual si mi hermano fuera.

TORNAQUINCI

Yo creo que el Magnífico Lorenzo
de Médicis, un hombre tan completo
y maestro de vida y de elegancia...

GIANNETTO

(Quitándole la palabra de la boca.)

...es esta vez un hombre completísimo,
de vida y de elegancia maestrísimo.

TORNAQUINCI

¿No bastó que os calaran en el Arno,
ni que un puñal el cuerpo os desgarrara
para enseñaros a tomar la vida
alguna vez en serio? ¿Qué hombre sois?

(Variando de tono.) GIANNETTO

Cúmplase vuestro antojo, caballero.
Hablemos seriamente y con reposo:
mas que será la última vez espero.
Me tomáis por alegre y soy brumoso,
Me suponeis, liviano, bullicioso,
y acaso soy feroz...

TORNAQUINCI

No. De haber sido
feroz...

GIANNETTO

Seguid... ¿No hubiera consentido

ser remojado y luego acuchillado?
¡Sí, soy cobarde!... Pero el alma mía
del ajeno valor se ha contagiado,
inundándose en bárbara alegría.
Neri y Gabriel, los dos hermanos viles,
en otro tiempo, cuando Dios quería,
compartieron mis juegos infantiles.
Su alegre fuerza de leones era
mi asombro, y estos ojos les miraban
con respetuosa admiración sincera,
que su crueldad jamás agradecía.
Cuando sus zarpas en mi piel clavaban,
yo, retorcido de dolor gemía.
—Sé valiente--otros niños me gritaban.
--¡Hazte hombre! ¡Sé enérgico, sé fiero!
¡Y ellos mismos a serlo me incitaban!
Pero apenas erguíame altanero, [ban.
de nuevo en tierra con desdén me echa-
¡Ah, qué infame tormento,' caballero!
¡De mis propios temores, temeroso,
sin valor, sin amor! Naturaleza
quiso hacerme pacífico y la vida
me dió dolor, y con dolor, fiereza.
Mas para mi defensa sólo tengo
un arma, que es mi astucia, apercibida,
y ahora con ella a defenderme vengo.
Mi mente ha sido en el dolor templada
y ha de brillar como fulgor de espada.
Por esto juego y burlo y me chanceo
y amo al peligro, y cuando en él me veo,
sufro y gozo a la vez, porque mi mente
su ingenio aguza poderosamente.
¡Ah! Yo quisiera que esos dos hermanos
aún fueran más feroces, más bravíos,
más duros, más crueles, más tiranos,
para vencerles con mayores bríos.
De Neri conocéis la impertinencia:
sus fieras burlas y su brazo aleve,
nada respeta y nadie se le atreve,
son el terror constante de Florencia:
Sólo su hermano en él tiene influencia.
Juntos los dos, en mí se encarnizaron,
y a sus golpes y burlas intentaron
esclavizar mi voluntad sumisa.
¡Ah! ¡Pero hay algo que jamás lograron
a su capricho someter: mi risa!
Es en vano su fuerza y poderío;
yo de su fuerza y su poder me río...
¡Reir, siempre reir! El alma mía
antes un fondo de bondad tenía,
y era el amor. ¡También me lo arranca-
Descubrió Neri mi secreto un dia [ron!
y alli mis esperanzas naufragaron.
Se apoderó de la que yo quería,
y su violencia e impudor rindieron
lo que mi ensueño sobre el sol ponía.
La mujer a quien nunca se atrevieron
mis pobres labios a rezar su encanto,
objeto de placer mis ojos vieron
bajo el poder del que aborrezco tanto.
Con engaño llamáronme a la casa
de la mujer que amé--¡triste amor mío!--
y allí gozaron mi dolor sin tasa;
de allí me echaron en el Arno frío [pasa
y me hirieron después... ¡Bah! ¡Todo
¡Hoy de su fuerza y su poder me río!

TORNAQUINCI

¿Reís?

GIANNETTO

Sí. ¡Ha muerto la mujer aquella
para mí, y en su altar he levantado
otra amante más lúcida, más bella,
mi único ensueño, toda mi esperanza!
¿Queréis saber su nombre? La vengan-
Yo sabré darle vida, tan hermosa [za.
como mi amor la disfrutó soñando,
con dulces labios de color de rosa,
con ojos vivos, con acento blando,
con su carne de nieve perfumada.
Y así dirá mi alegre enamorada:
—En mi placer hay todos los placeres,
en mi amor aman todas las mujeres.
¡Ríe si quieres que de tí me fíe!
¡Ríe si aspiras a gozar mi encanto!
¡Ríe, mi risa no conoce el llanto!
¡Ríe si quieres conseguirme, ríe!—

TORNAQUINCI

Yo os suponía resignado y veo
que es la venganza vuestro gran deseo.
¡Cuántos caminos a los hombres llevan
a la crueldad! ¿No elegiréis mi casa
para matarles?

GIANNETTO

No. Quiere el Magnífico
que haya paz, y la habrá. De esta paz
[misma
mi venganza saldrá. Sea hoy la cena
de Carnaval: yo el Carnaval adoro,
que es un eterno Carnaval mi vida.
Hoy habrá paz. Después--Fazio lo sabe--
la libertad me confirió el Magnífico
de que proceda como más me plazca
Por esta noche reine el disimulo.
Más adelante— Fazio, no lo olvides—
has jurado ayudarme.

FAZIO

El juramento
renuevo. A vuestro padre debió el mío
tales mercedes que, si el diablo fuerais,
yo vuestra santidad proclamaría.

CALANDRA (Llegándose a la puerta.)

Señor, más invitados.

TORNAQUINCI

Que entren.

(Por la derecha aparecen otros servidores. Fazio entra rápidamente por la izquierda.)

GIANNETTO

(¡Tiemblo!)

TORNAQUINCI

¿Pero por qué no me decís?...

GIANNETTO

Dejadme
con mi secreto.

FAZIO (Entrando a Gianneto.)

Traen a la señora
Ginevra.

GIANNETTO

Lo celebro.

TORNAQUINCI

Entrad, señores.

Dichos. Entra Neri cubierto con una capa verde, que entrega a un criado, el cual la deja con la de Giannetto. Es de ruda belleza. Síguele Gabriel, conduciendo a Ginevra. Fuerte también, es más fino de modales y de aspecto que Neri. Viene sin capa. Ginevra es hermosa, suave, lánguida. Llega con ellos un criado, Lapo, que asistirá inmóvil a la cena.

NERI (Estrechando la mano a Tornaquinci.)
Caballero: os saludo y agradezco
vuestra cortés invitación.
(Tornaquinci saluda a Neri.) Hermano,
mira quien está aqui. Nuestro despojo.
¡Aún vive! Para darlas de hombre sano,
¡cómo se ha acicalado y se ha pulido!
Dios te guarde, muchacho. Bien venido.
(Viendo a Giannetto junto a Fazio.)

GABRIEL

¿Pulido, dices? ¡Aún está en remojo!
¡No le ves que chorrea! ¡Si aún tirita!

NERI

Es que tiembla de miedo. Te he traído,
para alegrarte, una mujer bonita.
¿No es esa la que habías elegido?
Acércate, no temas; dale un beso
en la mano, y confórmate con eso.
(Gianneto se acerca lentamente a Ginevra.)

GINEVRA

¡Qué ridículo está! (Riendo.)

NERI

¿Cómo? ¡Al contrario!
¡Tan galán y lo encuentra estrafalario!
¡Con qué maravillosa gentileza [za!
ha hecho un gesto en honor de la belle-
(Las palabras de Neri acompañan a Giannetto en el acto de besarle la mano a Ginevra.)

GIANNETTO

Su escarnio fuí porque anhelé, señora,
dejar mi vida a vuestros pies rendida.
Cuando a la vida resucito ahora,
vuelvo a poner a vuestros piés mi vida.

NERI (Riendo fuerte.)

Habla entre dientes, pero está muy fino.

TORNANQUINCI

Vamos, señores. A sellar las paces.

NERI (A Giannetto con altanería.) [inclino.
¡Ah! ¿Quieres paz? Pues a la paz me
¡Venga la paz, si así te satisfaces!
Y cuando guerra quieras, habrá guerra;
que yo no temo a nadie de la tierra
y soy audaz entre los más audaces,
y aun al propio Magnífico osaría... (A Tornaquinci que ha hecho un gesto de enojo)
Con permiso de vuestra señoría.
Burlándome de siervos y tiranos,
pongo sátira en todas mis acciones;
si no basta la sátira, las manos;
si no llegan las manos, los bastones.

GIANNETTO

Y yo, como no puedo devorarte,
pido paz.

GINEVRA

¡Neri, paz!

NERI

(A Ginevra.) No has de quejarte.
¡Un abrazo! (A Gianneto.)

GIANNETTO

Mi mano. (Tendiéndole la mano.)

NERI

Esta es la mía.

GABRIEL

Y a mi abrázame.

GIANNETTO

A ti te abrazaría.

GABRIEL

¿Por qué a mí si?

GIANNETTO

Porque, aunque sé que tú eres
duro como él, y atormentarme quieres,
y sois dos mónstruos de crueldades lle- [nos,
y yo, en verdad, no te aborrezco me- [nos,
sé que en el fondo tú eres desgraciado,
sufres y lloras como sufro y lloro...

GABRIEL

(Que estrechaba la mano de Ginevra, con quien había ya hablado en voz baja.)
¿Por qué?

GIANNETTO (Señalando a Ginevra.)
¡Porque sus ojos te han mirado!
¡Porque la adoras como yo la adoro!

GINEVRA

¡Caballero, mentís!

GABRIEL

(Trémulo de ira.) ¡Cómo! ¡Has osado!

GIANNETTO

(Temblando pero atreviéndose.)
¡Sí, como yo. [llado!
(Señalando a Neri.) ¡Por miedo lo has ca-

NERI (Feroz y como para sus adentros.)
¿No merece más palos que un jumento?
(Directamente a Gianneto.)
¿Qué te importa a ti de él?

TORNAQUINCI

Vamos, señores.
Dad tregua a las rencillas un momento.
Pronto, servid. (A los servidores.)

NERI (Sobreponiéndose. A Gabriel.)

Despréciale. Ya sabes
que es medio idiota... Pero, en fin,
¿Por qué estás pensativo? [¿qué tienes?

GABRIEL

Es que no puedo
seguir aquí... Ya en casa te lo dije.
(Giannetto, aparte, oprime con fuerza el brazo de Fazzio.)

NERI

¿Pero por qué?

GABRIEL

No ignoras qúe esta noche
debo marchar a Pisa; que el Magnífico
me lo ha ordenado...

NERI

¿Y vas a obedecerle?
Nos infaman de Médicis las órdenes.
¡Somos pisanos!

GABRIEL

Sin embargo, quiero
obedecer.

NERI

Gabriel, te ruego olvides
las palabras de este hombre; y que si
fué verdad y si tú la deseaste, [acaso
vuelvas curado. Ella es toda mi vida;
si no, me apresúrara a abandonártela.
(Ginevra sentada en un sillón ríe.)
¿De qué te ríes? Piensa en tus asuntos,
en sedas y en tocados y en alhajas,
que para eso naciste solamente,
para sedas y joyas y tocados.

GINEVRA (Casi cantando.)

Nací para tener encadenados
a mis pies dos leones, mientras sabe
gentil mancebo mi cabello suave
(Mirando a Gianneto.)
acariciar con dedos perfumados.

NERI

No desmientes tu estirpe; mas te juro
que yo habré de enseñarte a ser juiciosa.

GABRIEL

¿Qué más vas a pedirle? ¿No es hermo- [sa?

NERI

Hermano. Sí, en verdad, te lo aseguro,
es mejor que te vayas.

GABRIEL

Te lo dije.

GINEVRA (Canturreando.)

Nací para tener encadenados
a mis pies dos leones...

GABRIEL

(A Tornaquinci.) Caballero,
mi hermano y yo quedamos obligados
a vuestra invitación amable... pero...
me es forzoso partir... Debo ir a Pisa.
Lo ha ordenado el Magnífico.

TORNAQUINCI

Ese nombre
es a mis ojos la razón suprema...
Pues es preciso, me resigno y hago
votos por vuestra dicha. (Se saludan.)

NERI

(Gabriel, oye.
Leo en tus ojos el rencor, y sufro...
Ven, quédate; yo siempre te he querido
sobre todas las cosas de la tierra.)

GABRIEL

(No, Neri, no; mejor es que me ausente
y cuando torne volveré curado.)
(Se abrazan. Gabriel mira a Giannetto, pero no le saluda; le hace un gesto de desprecio. Al pasar delante de Ginevra, ésta le da una flor. El la coge en silencio y sale.)

TORNAQUINCI

Y ahora, si me dais venia, caballero,
a recordaros volveré la causa
que os trajo a honrar mi mesa. Si a un [anciano
le permitís que os aconseje...

NERI

Cierto.
(Volviendo el pensamiento a su hermaao y mirando a Ginevra.)
¡Ven acá tú, perversa! ¡Eres tú misma
quien le incita y le busca lisonjera!

GINEVRA

¿Yo? ¡Nunca! ¡Yo, ni le miré siquiera!

GIANNETTO

¡Oh, la mujer! Misterio eterno. Cuando
parece que no mira está mirando;
y al no vernos sus ojos frente a frente
nos está viendo más profundamente..

NERI (Recobrando su aspecto de alegría.)

Tiene razón este animal. Ha dicho
lo que diría un ser inteligente.
Vuelve a la risa y triunfe tu capricho,
y amor de su poder te dió el secreto...
Eres hermosa, inmensamente hermosa,
¿Giannetto, ves? Toda ella es nieve y [rosa
(La besa en la frente.)
y es oro y luz. ¡Por el amor, Giannetto!

TORNAQUINCI

¡Acabaréis! (A Calandra.)

CALANDRA

La mesa está dispuesta.

NERI
No puede darse más feliz respuesta.
TORNAQUINCI
¡Sea cena de paz y de alegría!
GIANNETTO
¡Por mí, sí!
NERI
¡Esta es mi mano!
GIANNETTO
¡Esta es la mía!
(Se estrechan las manos. El Tornaquinci les indica los puestos respectivos. Neri en la cabecera derecha. Giannetto en la izquierda. El Tornaquinci, junto con Giannetto y frente al público. Ginevra, entre el anfitrión y Neri. Fazio, de espalda a los espectadores.)
NERI
¡Oh, qué admirables trufas! ¡Qué divino
manjar! Yo soy gastrónomo excelente;
y, si se trata de regar con vino [pita.
las trufas, no hay conmigo quien com-
Vuestra cena preséntase exquisita,
y es vuestro vino incomparablemente
delicioso...
TORNAQUINCI
Esperaba haber tenido
más comensales, pero somos pocos...
NERI
No os preocupéis de los que faltan; juro
que he de comer y he de beber por
(A Neri.) [ellos.
GINEVRA
Si al Bardinello hubieras invitado,
que tan bellas historias de amor sabe,
con ellas nos habría regalado.
NERI
¡Quimeras que te hubieran trastornado
el juicio! Para historias complicadas
baste la tuya.
GIANNETTO
¡Oh, Neri! ¡Qué engañosa
ilusión, si aspiraste a poner freno
en lo que sueña una mujer hermosa!
¿Quién se atreve a medir su fantasía?
NERI
Es que yo no la mido; la encadeno.
GIANNETTO
¡Ilusión! ¡Como si alguien pretendiera
encadenar las nubes! Sí. Es el alma
de la mujer como rosada nube
primaveral que ciérnese ligera
sobre los campos y en el aire sube
meciéndose y girando en blanda calma,
y gozosa, de ver a todas horas
que en la altura otras nubes voladoras
se miran, se sonríen, se embelesan,
se rondan y se cruzan y se besan,
mezclan sus tonos, cambian sus colores
y al cielo elevan su canción de amores.
El cielo es el marido o el amante: [te,
y, como él frunza el ceño un solo instan-
la red de nubes, que tu vista alegra,
risa de nácar, de oro y de amaranto,
verás hincharse tormentosa y negra,
y sobre el mundo desatar su llanto.
GINEVRA
Verdad, verdad. (Soñadora.)
GIANNETTO
Y es que aman las hermosas
viendo el amor; para robar las flores
de sus amores, hacen falta amores;
rosas robadas, siguen siendo rosas.
GINEVRA (Con calor.)
¡Verdad!
GIANNETTO
Y así, cuando os juzgaba mía,
otro os robó con dulce engaño un día.
NERI
Pero hoy, en cambio, quien me roba es
GINEVRA [ella.
¿Yo?
NERI
Tus caprichos. Es igual.
GINEVRA
Pues déjame.
NERI
¡Oh! ¡Si pudiera! ¡Pero no es posible!
Te quiero demasiado: bien lo sabes.
¡Más vino! Tengo seca la garganta.
GINEVRA
¿Y me juzgábais vuestra? ¿Por qué?
NERI
Explícanos
cómo soñar pudiste que lo fuera.
TORNAQUINCI
Hablad: será una historia deliciosa.
GINEVRA
¿Por qué? ¡Decidlo!
GIANNETTO
¿Conque sois curiosa?
GINEVRA
¿Curiosa? No. Pero saber quisiera...
NERI
(A Gianneto, acariciando a Ginevra.)
¿Está hermosa, verdad?
GIANNETTO
¡Siempre es hermosa
una mujer que un madrigal espera!
NERI
¿Sabes lo que te digo? Me pareces
uno de esos moscones zumbadores
que andan girando en torno de las flores
sin posarse a gustar sus embriagueces
porque allí está la abeja y no los deja.
La miel es mía porque soy la abeja.

GINEVRA

¡Pero si tú le ofendes!...

NERI

Yo me entiendo;
No se ofende por nada; está tranquila.

GIANNETTO

Neri tiene razón; nunca me ofendo.

GINEVRA

Decid entonces. Me juzgábais vuestra. [ahora

GIANNETTO

Yo no me ofendo... Y, sin embargo,
hablar no puedo... Perdonad, señora...
(Al Tornaquinci.)
Con vuestra venia, me retiro.

NERI

¿Cómo?
¿Es un agravio que inferirme quieres?
Has de quedarte, porque yo lo ordeno.
Siéntate y te repito lo que dije:
Esos arranques de desdén son malos
caminos para mí.. Conque ahora elige:
o divertirnos o molerte a palos.

TORNAQUINCI

Mas yo no puedo consentir...

NERI

No hablaba
ahora con vos

GIANNETTO

Me habló de esa manera
porque es más fuerte y sabe que no
luchar con él. [puedo

NERI

¡Lo haría con cualquiera!
De nada ni de nadie tengo miedo,
y bien lo sabes tú que me conoces;
pues, si en vez de ser tú, Médicis fuera,
lo mismo hiciera. ¡Y lo proclamo a vo-
(Exaltándose.) [ces!

TORNAQUINCI

¡A nadie en mi presencia, caballero,
hablar asi de Médicis telero!

NERI

A vos debo respeto solamente
en vuestra casa...

GIANNETTO

(Burlón.) A mí también, espero...
pues te lo pido... respetuosamente.

NERI

¡Vino, muchachos!
(Bebe.) Por mi nombre os juro [acudan
que un día, en cualquier fiesta donde
jóvenes florentinos, de improviso
y en son de guerra me presento! ¡En- [tonces
veréis quién soy y cómo tiemblan todos!

GIANNETTO

¿No oís? (Cómicamente.)

GINEVRA

¿Qué ha sido?

GIANNETTO

No... nada... es el techo
que al oir tal baladronada, cruje.

NERI

¿Baladronada?... ¡Demasiado sabes
que soy temido!

GIANNETTO

A mí también me temen;
y convendrá que no lo olvides..Tengo
un arma, que es la astucia...

NERI

¡Bah!... la astucia...
Yo me sostengo sobre pies de bronce
y tú eres blando como pluma suave.
¡Quisiera verte en la ocasión!...

GIANNETTO

¡Lo mismo
digo de tí!

NERI

¡Quisiera verte ahora
en casa de la hermosa Peregrina,
entre sus valentones y cortejos,
vestido como estás, mas con el rostro
de negro embadurnado!... ¡Dos florines
me juego a que no intentas la proeza!

GIANNETTO

Sin duda. Mis costillas son prudentes.
¡Yo, igualmente, quisiera tu fiereza
ver en tal trance!

NERI

Ello es empresa propia
de gente débil como tú; por esto
te la propuse...

GIANNETTO

Y a mi vez yo apuesto
dos florines también a que, no obstante
esos alardes de valor gigante,
no eres capaz de entrar en la taberna
del Ceccherino, donde están reunidos
los jóvenes que dices que te temen,
los más valientes de Florencia, todos.
¡Y no hará falta que a luchar les brin-
Sólo con que te vistas la armadura [des!
ha de bastar que te presentes para
que te deslomen.

NERI

Todos morirían
de miedo, como yo me presentara,
incluso el propio Médicis, si entre ellos
estuviera...

TORNAQUINCI

(A quien Giannetto ha hecho un guiño.)
¡Quisiera verlo!

GIANNETTO

¡Nadie.

osara tal!

NERI

(Enardecido.) Van dos florines de oro

GIANNETTO (Entregándolos a Tornaquinci.)

Aquí están. Vos seréis depositario.

NERI

¿Tenéis una armadura?

TORNAQUINCI

Muchas tengo.

NERI (A Ginevra.)

Pues tú espérame en casa.
(A Lapo.) Y tú, acompáñala.

GINEVRA

¡Qué triste interrupción de un bello [diálogo!

NERI

Es hora ya que esos bigardos sepan
quien soy... ¡Tú, a casa! Pronto!

TORNAQUINCI

Pero
¿tan bruscamente haréis que se despida?

GINEVRA

No haber venido prefiriera...

NERI

¡A casa!
Te traje a que él te viera, y ya te ha [visto.
En marcha pues.

GINEVRA

Ya voy.

NERI

Pronto.

GINEVRA

¡Ay, Los hombres
no escogen nunca la ocasión propicia.
¡Fuera tan dulce, al terminar la cena,
un platicar sabroso y lentamente
volver al nido del amor, cantando
a la luz de la luna!..

NERI

Pronto. A casa.

GINEVRA (A Lapo.)

Vamos, pues. Siempre el vino fué ene- [migo
del amor. (Salen Ginevra y Lapo.)

GIANNETTO

(Bajo a Fazio.) Fazio, está dispuesto.

NERI

¡Venga
la armadura!

TORNAQUINCI

(A los criados.) Traedle la armadura
que el Magnífico usó la última noche
que estuvo aquí.

NERI

Pues la vistió el Magnífico,
he de sentirme doblemente a gusto.
¡Tendré la sensación de haber entrado
en la piel de los Médicis!
(El Tornaquinci hace ademán de lanzarse sobre él, pero Giannetto le contiene.)

GIANNETTO

(Los criados traen la armadura.) ¡Prudencia

NERI (Examinando la armadura.)

¡Bella en verdad! Y digna de este caso

GIANNETTO

¿Te estará estrecha?

NERI

Un poco estrecha acaso.
Soy más fuerte que el amo de Floren- [cia.
(Empieza a armarse.)

TORNAQUINCI

Por el contrario, parecéis iguales.

NERI

No lo dudéis. Más fuerte que el Mag- [nífico,

TORNAQUINCI

Tal vez más fuerte, pero menos sabio.

NERI (A Giannetto.)

Ni aspiro a serlo; con la fuerza basta.
Pensaste bien: tus dos florines de oro
no cambiaría por ningún tesoro.

GIANNETTO (Excitándole.)

¡Al fin no irás! ¡Y es natural el miedo!
Nadie puede atreverse a tal...

NERI

Yo puedo.

GIANNETTO

Fazio: acércale el yelmo.

NERI

Venga vino. (Los criados sirven de beber.)

GIANNETTO

¿No te arrepentirás en el camino?
Esta vez ni tu hermano te acompaña.

NERI

Siento su ausencia: mas sabrá mi ha- [zaña.
Bebo por el tirano que gobierna (Ebrio.)
esta ciudad de afeminados viles,
de comerciante en robar sutiles,
de santos solamente en la agonía...

GIANNETTO

Que Dios te dé, si vas a la taberna.

NERI

¡Bebo porque Florencia no soporte
más tiempo las audacias y desmanes
de Lorenzo el Magnífico y su corte
de borrachos, ladrones y rufianes!
Brinda conmigo.

GIANNETTO

¡Brindo!

NERI

Trae la espada.
Son vuestras armas de una gran belle- [za.
Esta espada parece preparada
para segar de un golpe la cabeza
de todo un pueblo que al morir se in- [clina.

TORNAQUINCI

¡Como triunféis, os la regalo en pago!

NERI

¡Abrid! ¡Abrid! La lucha se avecina.
(Neri hace mutis dando voces, en completo estado de embriaguez.)
¡Paso a la muerte! ¡Paso a la ruina!
¡Paso a la destrucción! Paso al estrago.

GIANNETTO (A Tornaquinci.)
Ahora, alejad a los criados. ¡Pronto!
TORNAQUINCI (A los criados.)
Dejadnos solos. (Salen los criados. Quedan Tornaquinci, Calandra, Fazio y Giannetto)
GIANNETTO Y tú, Fazio, toma
su capa verde y llévala al instante
a mi casa, y después, rápidamente,
entra en la sala de armas de Grecheto
y la noticia en la ciudad divulga
de que Neri, está loco, y matar quiso
a sus padres, y luego echó los muebles
por la ventana, y a esta casa vino,
prorrumpiendo en denuestros y blasfe-
[mias
y saliendo a dar muerte a Ceccherino
y a cuantos florentinos halle al paso.
Yo voy también a la taberna, y antes
que él llegue todos le tendrán por loco.
(Sale Fazio. Al Tornaquinci.)
Y vos, señor, a Médicis decidle
que sólo en holocausto a su nobleza
sufrí tantos agravios y dolores;
más hora es ya que sientan sus rigores
aquellos que ultrajaron su grandeza.
¿No quieren burlas? ¡¡Las habrá!!...
Señores,
¡abrid la risa que la burla empieza!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Antecámara de Ginevra. En la sala de la mujer se refleja el señorío del hombre. En el ambiente se respira voluptuosidad. Los muebles son graves, blandamente amplios, las sillas cómodas; en las paredes, armas y objetos preciosos. En el foro, una ventanilla elegante bastante alta, ornada de un fresco que representa un jardín de amor y se desenvuelve por los muros laterales. A la derecha, una salida que conduce a la puerta principal. A la izquierda, primero, la entrada de la alcoba y después una puertecilla secreta. Empieza a amanecer. Cintia y Lapo. Entra Cintia por la derecha, seguido de Lapo, que permanece en pie cerca del foro, mientras ella llama a la puerta del aposento de Ginevra.

CINTIA
¡Abrid, señora! ¡Pronto! ¡Abrid, señora!
¡Mirad que os traigo una noticia grave!
(Breve pausa. A Lapo.)
Ya se levanta... ¿Pero estás seguro?
LAPO
Florencia entera la noticia sabe.
Cuando entró en la taberna por asalto.
y con la espada levantada en alto,
tajos soltaba en todas direcciones,
sembró el terror: más luego con preste-
la fiereza oponiendo a la fiereza, [za,
al león resistieron los leones.
¡Loco, sí! ¡Loco, Cintia!... Al fin logra-
apoderarse de él, le maniataron, [ron
en la cueva le hicieron prisionero,
y sigue allí. Su estado es lastimero.
CINTIA
¡Dios nos proteja!
Dichos y Ginevra
GINEVRA
(Asomándose a la puerta, bella y desceñida.
¿Qué sucede? ¡Ese hombre!
(Se esconde ruborosa.)
CINTIA
Márchate. Mi señora es pudorosa.
(Sale Lapo y al punto reaparece Ginevra.)
¡Señora, una desgracia pavorosa!
El amo perdió el juicio. Ha penetrado
del Ceccherino en la taberna, armado,
amenazando a todos con la muerte,
rugiendo y blasfemando de tal suerte,
que fué preciso atarle, y en la cueva
le tienen encerrado...
GINEVRA
¿Quién te dijo?...
CINTIA
En Florencia no se habla de otra cosa.
GINEVRA
No desatines.
CINTIA
Lo que digo es cierto
GINEVRA
¡Imposible!
CINTIA
¿Por qué?
GINEVRA
Porque ahí le tienes.
(Señalando a la habitación,)
CINTIA
¡Habéis estado con un loco!
GINEVRA
(Maliciosamente.) ¿Loco?
(Dirigiéndose a la habitación.)
En prueba de que no, vuelvo a su lado.
(Cuando ya está en el umbral de la puerta, retrocede maravillada. Aparece Giannetto sin acabar de vestir, en mangas de camisa.)
Cintia, Ginevra y Giannetto
GIANNETTO
¡Señora!
GINEVRA
¿Cómo habéis entrado?
GIANNETTO
¡He entrado

GINEVRA
¡Pero erais vos!... ¡No puede ser! ¡No [quiero!
GIANNETTO
Basta olvidarlo y ya no ha sucedido.
¿Dónde hallaréis castigo más severo
a mi culpa de amor que vuestro olvido?
GINEVRA
¡Salid. Salid!
GIANNETTO
Que me escuchéis espero.
Sólo un instante de atención os pido.
Por tanto, haced que esta mujer se au- [sente
o volvamos adentro nuevamente.
GINEVRA
¡No. Eso no! (Transición.)
Cintia: cerca aguarda.
(Cintia sale corriendo.)
GIANNETTO
Ahora
os debo explicación, si no he logrado
que mi amor comprendierais...
GINEVNA
¡Demasiado
lo he comprendido!
GIANNETTO
Siendo así, señora,
sobra insistir y todo está explicado.
¿Que más queréis saber?
GINEVRA
De qué manera
entrar en esta casa habéis podido.
Os expusisteis a que Neri os viera.
No se os oculta su furor extremo.
¡Neri es temible!
GIANNETTO
¡No. Ya no le temo!
GINEVRA
¿No le teméis?
GIANNETTO
La luz se ha obscurecido
en su razón...
GINEVRA
¡Probádmelo!
GIANNETTO
A fe mía.
de no estar loco o muerto, aquí estaría.
Es la mañana, la risueña hora
de despertar los pájaros traviesos.
Es la mañana, la hora seductora
de recoger las frutas y los besos...
GINEVRA
Ved que no es ocasión de madrigales.
GIANNETTO
(Aludiendo a la ligereza del traje.)
Mi dicha ocultan ya leves cendales...
¡Quiero esperar!
GINEVRA
Esperaréis en vano.
GIANNETTO
¡Yo de este inútil esperar me ufano.
Vuestras pupilas enojadas veo,
y así el recuerdo en vuestros ojos leo
de mi detito ¡para mi bendito [lito!
que en mí pensais, pensando en mi de-
GINEVRA
Habláis con tanta audacia cual si fuera
yo vuestra amante.
GIANNETTO
¡En Neri se ha extinguido
la inteligencia, ya os lo he dicho!
GINEVRA
¡Era
verdad!
GIANNETTO
¿Os alegráis?
GINEVRA
¿No habréis creido
que no le amé?
GIANNETTO
Perdón si me equivoco.
Aún vive. ¡Amadle pues!
GINEVRA
¡Amar a un loco!...
Mas ¿cómo ha sucedido?...
GIANNETTO
Ha sucedido...
¿Anoche no observásteis en la cena
su exaltación?
GINEVRA
Bebía con exceso.
GIANNETTO
No, ya no estaba su razón serena,
aquel furor era el primer acceso.
Cuando le ví ponerse la armadura
y que salió de aquella catadura,
tan borrascòsa y tumultuariamente,
para mí fué indudable su locura.
GINEVRA
Y en la taberna ¿estábais vos presente?
GIANNETTO
Sí, yo lo vi. Cuando llegó furioso,
armado de los pies a la cabeza,
interrumpió la fiesta y la alegría.
Era a la vez ridículo y grandioso:
a un titán y a un bufón se parecía.
Airado, en alto su espadón blandía,
y gritaba con voz atronadora:
—¡Traidores! ¡Todos moriréis ahora!—
GINEVRA
Era la burla convenida.
GIANNETTO
Era
la locura, decid. ¡Horrible instante
de espanto, de desorden, de sorpresa!
Quien se escondió debajo de una mesa,
quien se parapetó detrás de un banco,
quien dió a correr, dejando el paso [franco;
uno gritaba; el otro maldecía;

confundíase en medio del tumulto
el golpe y el gemido y el insulto.
¡Y Neri amenazaba todavía! [naba.
—¡Loco! ¡Está loco!—por doquier so-
¡Y él con su risa el dicho confirmaba!
—¡Locos vosotros, viles servidores
de Médicis, jauría de traidores!—
Y apelaba a la astucia para herirles.
¡Empeño vano! ¡Son esgrimidores
formidables! ¡No es facil reducirles!
Se apoderaron de él, le sujetaron...
Saltaba, y se estiraba, y se encogía,
y semejaba un puerco-espín hirsuto.
Al fin las manos y los pies le ataron,
hasta que dijo un médico: «A este bru-
[to,
tal vez la obscuridad le convendría.»
Y entonces a la cueva le bajaron.
Y cómo aullaba. Y cómo maldecía.
¡Pobre Neri!

GINEVRA

¿Y qué harán con él ahora?

GIANNETTO (Irónico)

Tengamos esperanza en el Magnífico,
que es siempre generoso.

GINEVRA

Y... ¿cómo hicisteis?...

GIANNETTO

¿Para llegar aquí?... La cosa es clara:
De ver al pobre Neri tan caído
en verdad me sentí compadecido
y quise que su dicha prolongara
transformándome en él. Del Tornaquinci
volví a la casa y recogí el vestido
que Neri abandonado allí dejara;
con su vestido recogí su llave,
salí embozado con su capa verde,
vine, abrí, entré... Con qué emoción tan
[grave
llegué hasta aquí, ¡mi corazón lo sabe!
Quiera el amor que siempre la recuerde
Crucé esta estancia, la encontré vacía,
pisé el umbral del camarín soñado,
la débil luz en un rincón ardía,
dulce penumbra en torno se extendía,
di un paso... otro... y me acerqué a tu
[lado.
No mis pies, el amor me conducía.
¡Cómo temblaba... y cómo te quería!

GINEVRA

Os vi; me parecisteis Neri.

GIANNETTO

Era
su capa verde...

GINEVRA

Sí, su capa... Y luego
volví a dormirme...

GIANNETTO

Para estar más ciego
de amor, velé la luz discretamente.
De tus desnudos brazos transcendía
suave perfume. En la penumbra austera
sentí el amor purificar mi frente.
¡Y era un ladrón, que tímido saltaba
por la muralla que protege el huerto,
y con ojos atónitos miraba
la ansiada fruta, y a la vez temblaba
del perro enorme, rondador despierto!
Tu dulce aliento en sueños me invitaba
con placidez de playa que esperaba
la ola rugiente que a romper venía...
Y entonces el amor te idealizaba.
La hermosa fruta junto a mí veía,
la iba a robar... Y nunca me atrevía...
Sólo un beso furtivo.

GINEVRA

Fué bastante.

GIANNETTO

Bastante, sí; fué un siglo en un instan-
[te.

GINEVRA

Un beso, que si hubiera yo sabido
ser de un ladrón...

GIANNETTO

¿Lo hubiérais preferido? (Pausa.)

GINEVRA

¿Y Neri? (Con miedo.)

GIANNETTO

(Feroz.) Lo merece.

GINEVRA

Si volviera.

GIANNETTO

No volverá, pues lo dejé encerrado.
Además, Fazio en el portal espera.

GINEVRA

¡Ladrón de amor!

GIANNETTO

De amor. Ven a mi lado.
(Se acerca y la abraza, pero de improviso se oyen lejanos rumores.)

GINEVRA

¿Has oido?

GIANNETTO

Sí.

GINEVRA

¿Quién?

GIANNETTO

(Balbuciente.) No sé.

GINEVRA

Has temblado.

GIANNETTO

No.

GINEVRA

Alguien viene.
(Giannetto se separa de ella. Entra Fazio.)

Dichos y Fazio.

FAZIO

Señor.

GIANNETTO

¿Qué ha sido?

FAZIO

Neri,
mientras los servidores del Magnífico
trataban de sacarle de la cueva
para llevarle a un calabozo, supo
romper sus ligaduras, echó a tierra
a cuantos sujetarle pretendían,
y ha huído...

GIANNETTO

¡Ha huído!...

GINEVRA

Virgen santa.

Y viene...
Y con un hacha enarbolada, jura
matar a quien le obstruya el paso...

GINEVRA

¡Corre!

FAZIO

Por aquí, no.

GIANNETTO

¿Le siguen los de Médicis?

FAZIO

Peró entretanto, ¡libre está!

GINEVRA

Salid.
por aqui. (Señalando la puertecilla.)
Pronto encontraréis la calle.

FAZIO

Venid.)

GINEVRA (Aterrorizada.)

Y yo me encerraré allá dentro
(Entra en su habitación y se encierra.)

FAZIO

Seguidme, pues.(Señalando la puertecilla.)

GIANNETTO

Vamos a dar aviso
a los nuestros; cazarle es lo que impor-
(Hacen mutis.) [ta.

CINTIA

(Dentro a gritos.) ¡Señora! ¡Auxilio!

NERI

(Dentro tambien. Las voces se aproximan.)
¡Calla o te estrangulo!
Calla, perversa. ¿Tú también me tienes
por loco?

CINTIA

(Entra aterrorizada, como después de haberse desasido de él.) ¡Auxilio! ¡Auxilio!

Neri y Cintia. Neri entra furioso, siempre armado de hierro. Ha perdido pedazos de su armadura) Esgrime el hacha en la mano. Lanza en dirección de Cintia el arma que cae con estrépito infernal, y persigue a la criada por la habitación.

NERI

¡Mujerzuela!
¡No des voces! ¡Harás que te degüelle!

CINTIA

¡Al loco! !Al loco!

¿Guardarás silencio?
No estoy loco, ¿lo entiendes? No estoy
¡Ven aquí! ¡Pronto! [loco.

CINTIA

¡Virgen santa, sálvame!
(No pudiendo ya huirle trata de apaciguarle, como se hace con los locos.) [no.
Como queráis, como queráis. Sed bue-
Sed bueno. ¡Pobrecito! Y yo haré cuan-
me mandéis... Sí; tenéis razón. [to

NERI

¿Qué vanas
necedades murmuras, insolente?
(Aferrándose a ella que casi ha caído de rodillas.) ¡Basta ya!

CINTIA

(Intentando alzarse para huir.)
¡Como querais!... ¡Pobrecillo!

NERI

(Empujándola violentamense a la habitación de la izquierda.)
¡Ahí dentro, sapo venenoso!... ¡Calla!
(Cintia hace mutis.)

Neri solo. Despues la voz de Ginevra y voces 1.ª y 2.ª

Pero ¿por qué sospecha que estoy loco?
No hablo con nadie... Nadie le habrá
la escena. ¿Su ridículo capricho [dicho
a qué obedece? ¡La razón invoco
sin dar con ella! ¿Es que parezco acaso
loco en efecto? ¿Es que por tal ya paso
en todas partes? ¿Fue sencillamente
que le dió miedo ver esta armadura?
Mi aspecto justifica, ciertamente,
su espanto... Será prueba de cordura
que me la quite. ¡Es lástima! ¡Era her-
[mosa
y ya está toda rota y descompuesta!
(Sonriendo. Empieza a despojarse de la armadura.)
¡Cada destrozo es cicatriz gloriosa!
Caro costó, pero gané la apuesta ..
No me he visto jamás en tal aprieto.
¡Tenías la emboscada bien dispuesta!
¡Mas ya estoy libre y no hay perdón
[Giannetto!
Pero ¿y Ginevra? ¿Duerme?... ¿Cómo
[pudo
no despertar con tal rumor?... ¿Que du-
[do

(Se ha libertado ya de la armadura. Se acerca a la puerta y ve que está cerrada por dentro.)
¡Cerrada!... ¡Abre, tesoro! ¡Estoy rendido
y necesito descansar. No duerme!
La oigo andar. (Golpea la puerta.)

GINEVRA

(Dentro.) Pobrecillo. Sé juicioso.
Que Dios te salve.

NERI

¡Tú también, villana!
Abre, te digo, o romperé la puerta.
Ya verás si estoy loco.

GINEVRA

(Con voz dulce.) No. Sé bueno.

NERI

Abre, te digo, o te deslomo a palos.

GINEVRA

No, pobre Neri, no.

NERI

¡Que abrieras dije!
(Sacude la puerta con violencia.)
Me hormiguean las manos... ¿No has oído?
Se encerró bien... ¿No cederá la puerta?
(Rodobla la violencia en las sacudidas.)
(Dentro gritando.)
¡Favor! ¡Socorro!

NERI

Habrá que derribarla.
(Con este objeto se dirige a coger el hacha. Pero de improviso se detiene al oir voces extrañas hacia la izquierda.)
¿Qué es esto? ¿Me siguieron? ¿Me persiguen?
¿En proclamar insisten mi locura?
(Se lanza hacia la puerta izquierda.)

VOZ 1.ª

(Dentro.) Cerrad la puerta.
(Antes que Neri gane la salida le cierran la puerta violentamente.)

NERI

Ahora veréis, traidores.
Estamos prontos.
(Se abre de golpe la puerta de la izquierda y aparecen en ella, cerrando el paso a Neri, soldados y familiares de Médicis.)

VOZ 1.ª

(A la derecha.) Y también nosotros.
(Neri, acorralado y asido por todos, aun se defiende y forcejea.)

VOZ 2.ª

(Entre el tumulto.)
¡Sujetadle con fuerza!

VOZ 1.ª

Es un gigante.

NERI

¡Médicis viles!
Dichos, Giannetto y Fazio, que aparecen en la puertecilla

GIANNETTO

Le ataréis de suerte
que no pueda librarse de su encierro.
Es orden del Magnífico.

NERI

(Viendo a Giannetto.) ¡Bergante!

GIANNETTO

Dejadle hablar y sujetadle fuerte.

NERI

¡Ah, bestia inmunda! ¡Ah, miserable perro!

GIANNETTO

(Sarcástico.)
¡Neri, mi pobre Neri! ¡Si supieras
cómo en mi corazón siento tu herida!

NERI

Temo que voy a enloquecer de veras.

GIANNETTO

Pensemos en la amante despedida.
Deja a su hermosa enamorada; es justo
permitirle que de ella se despida.
(Se dirige a la puerta de la alcoba.)
Dichos y Ginevra, apareciendo en el umbral

GIANNETTO

¡Da compasión!
(Neri hace un gesto de furor.)

GIANNETTO

(A Ginevra.) Aunque le veis adusto,
él siempre os ama...

NERI

(A Ginevra.) ¡Hipócrita! ¡Vendida!

GIANNETTO (A Ginevra.)

¡Perdón! ¡Le falta el juicio!
(A Neri, fingiendo dulzura.)
No te exaltes.
(Pasando la mano por la cintura de Ginevra que apoya la cabeza en su hombro.)
Yo la consolaré mientras tú faltes.

NERI

¡Traidores!

GIANNETTO

(A los que le sujetan.)
Conducidle con cuidado.
(Los de Médicis tiran de Neri, que forcejea furiosamente.)

NERI

(Sujeto y encadenado. Fuera de sí a Giannetto.)
Me la has robado, sí, me la has robado.
Yo volveré, yo nunca me someto.
Y para ti no habrá perdón, Giannetto.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Calabozo subterráneo del palacio de los Médicis. Es un antro de bellas líneas, pero obscuro y triste. De una columna ágil y sólida arrancan los arcos que componen la estancia. Las paredes de cal y piedra sin otros ornamentos. Enfrente hacia la derecha, una puerta conduce al piso superior, por el cual se ve también la escalera. En la parte izquierda, otra puerta mayor. No hay muebles; sólo algunas cajas y objetos inútiles usados. Es por la tarde. La luz exterior llega debilísima. Dos antorchas alumbran el aposento.

Giannetto y cuatro estaferos (estaffieri), que entran por la izquierda

ESTAFERO

Vedlo, señor; este es el aposento.

GIANNETTO

Propio del caso.

ESTAFERO

Falta solamente
traer al loco.

GIANNETTO

Mas andad con tiento.
Si se desliga es hombre peligroso.

ESTAFERO

No hay que temer. Desde que está en- [cerrado,
y a obscuras, cual el médico dispuso,
se halla rendido; no discute; si alguien
le toca no se mueve.

Dichos. Entra el Doctor vestido a la usanza cómica del tiempo.

GIANNETTO

Por si acaso,
ligadle bien. ¿Verdad, doctor?

DOCTOR

Tal creo.
Amarrarle a un sillón será prudente.
Con los locos es práctica corriente,
cuando se intenta, como yo deseo,
procurar que el enfermo o hechizado
se someta a la prueba del careo.

GIANNETTO

(Irónico.) ¿Un careo, decís?

DOCTOR

Es lo indicado.
Bien se me alcanza que la prueba es du- [ra,
mas la ciencia lo tiene demostrado;
sólo el asombro o el terror les cura.
Si dieron muerte a un deudo del pa- [ciente
haréis que el matador se le presente.
Si fué que a la mujer le sedujeron,
debéis ponerle el seductor enfrente.
Como les reconozca, está curado.
Siempre estos choques de contrastes [dieron
el más satisfactorio resultado.
Un golpe brusco, una impresión odiosa
Es mi doctrina.

GIANNETTO

¡Y es maravillosa!

DOCTOR

¡Ha hecho milagros! Una vez, recuerdo
de dos endemoniados espantables,
a quienes daban ya por incurables
todos los sabios, de común acuerdo.
—Puede—pensé—que mi sistema ejerza
más firme acción que estos discursos va- [nos.—
Y dejándoles libres pies y manos,
a ambos uní y encadené con fuerza.
Así, dos días les guardé en su encierro.
Y entonces sus demonios respectivos,
rebelándose a estar juntos y vivos,
se debatían contra el duro hierro
y se embistieron tan furiosamente
que al rebotar sus golpes alcanzaban
a los dos poseídos y dejaban
señales en su pecho y en su frente.
Entramos y les vimos desligados
de la cadena, en tierra ensangrentados,
Dios en sus labios y el demonio ausente.
Dóciles permitieron ser llevados
al lecho... y espiraron dulcemente.
(En tono de sentencia.)
¡En cuanto el loco siente el sufrimiento
está salvado!

GIANNETTO

¡A, *dómine magister!*
Qué prodigioso y admirable invento.
(Transición.)
¿Y, según vos, el pobre Neri ha sido
también por el demonio poseído?

DOCTOR

No está tan claro.

GIANNETTO

Esa opinión tenía
el Magnífico...

DOCTOR

Entonces es la mía.

GIANNETTO

No es esa mi impresión, os lo declaro.

DOCTOR

Con la confrontación se pondrá en claro
Aquí mismo ha de ser. Si su locura
no es peligrosa, le dejamos libre;
no han de faltar parientes que se encar- [guen
de su custodia. Por la calle vemos
a tantos locos sueltos en Florencia,
sin que en la realidad causen más daño

que el de soliviantar a los chiquillos.
¿De alguien sabéis que pueda atormentarle
con su presencia?

GIANNETTO

Sé de tres portentos
de belleza por él alucinadas
y después de rendidas olvidadas.
Las tres vendrán; son tres remordimientos.

DOCTOR

Si así no le curamos, será fuerza
buscar a un hechicero que le saque
los demonios del cuerpo con plegarias
y con hierros candentes.

GIANNETTO

¡Pobre Neri!

DOCTOR

Que vayan por el loco.

GIANNETTO

Andad. Yo aguardo.

(Sale el doctor con los guardias, por el foro.)
Gianneto y Fazio. Este entra súbitamente, ansioso

FAZIO

¡Señor! Gabriel está en Florencia. Sabe
la desgracia de Neri y os persigue

GIANNETTO

¿Le has visto?

FAZIO

Cintia me lo dijo. Estuvo
en casa de Ginevra...

GIANNETTO

¿Pudo hablarle?

FAZIO

No. La señora conoció al momento
su voz, y recelando que quisiera
a su hermano vengar, negóse a abrirle.

GIANNETTO

¡Ah!

FAZIO

Y él rogaba apasionadamente,
diciendo que la amaba demasiado
para causarle daño alguno.

GIANNETTO

Sigue.

FAZIO

Que, si entrar le dejara, solo al verla
tan hermosa el furor se aplacaría,
aunque la odiara más que odia a Giannetto
y caería a sus pies manso y rendido
como un cordero. Y la llamaba a voces
dándole dulces nombres amorosos,
reina y señora, amparo a sus tristezas,
albergue de su paz y su ventura.

GIANNETTO

¿Y Ginevra?

FAZIO

Negóse fieramente
a abrir, temiendo que mintiera; sabe
de qué ferocidad los dos hermanos
son capaces.

GIANNETTO

(Lo son.) Di, Fazio!..

FAZIO

Entonces
cambió de tono y la cubrió de injurias,
Y jurando mil veces que os daría
horrible muerte, prosiguió el camino
a vuestra casa, donde está en acecho.
Allí le he visto, pálido de ira,
y fuera de las órbitas los ojos,
con sed de amores y con sed de sangre,

GIANNETTO

¿Frente a mi casa?

FAZIO

Gira en torno de ella,
siempre exaltado y vigilante...

GIANNETTO

(Obsesionado por una idea.) Dime...
¿Piensas que si Ginevra hubiese abierto
el... se arriesgara a traicionar a Neri?

FAZIO

(Animándose por momentos.)
¡Oh! Ante el amor a una mujer sucumbe
todo amor, el más santo, el más glorioso
Tiene el amor a una mujer la fuerza
y el aroma de un vino irresistible,
es venenosa flor que seca todas
las demás flores del jardín de nuestro
corazón; es la llaga dolorosa
que tanto duele que el dolor aplaca
de todas las heridas; es ceguera
que en la mano del padre el puñal mueve
para matar al hijo...

GIANNENTO

(Cortándole el discurso.) Tu que sabes!

FAZIO (Modestamente.)

Es la única ciencia que es posible
a un ignorante conocer a fondo.

GIANNETTO

¿De suerte, según tu, que el insensato
soplo de amor que corre por las venas
de Gabriel, apagar puede el cariño
fraternal?

FAZIO

Más sospecho; que en sus ojos,
sobre el anhelo de mataros, brilla
la llama del amor que le devora,
y besaría vuestros pies si fuérais
el guía que a Ginevra le llevara.

GIANNETTO

Deliras.

FAZIO

Tanto más, cuanto imagina
que la locura de su hermano es cierta.

GIANNETTO

Ello le incita más para vengarse.

FAZIO

Os maravilla porque no sentísteis
nunca el amor; sois como las serpientes;
el manjar es delicia en vuestros labios,
no en vuestro gusto. ¿Mas Gabriel es [otro.
El sabe amar... él ama... con angustia.
Crueldad, vergüenza, humillaciones, [nada
será bastante a refrenarle.

GIANNETTO

Dices
palabras que se infiltran en mi espíritu
profundamente. Por la vez primera
yo soy más fuerte que esos dos herma- [nos;
con dulzura infinita saboreo
esta embriaguez... Objeto de ludibrio,
aun siento en mí clavados sus puñales.
La ilusión más hermosa de mi vida
era vengarme, y, comenzada apenas
la venganza, ya estoy en el peligro
de verme envuelto entre mis propias re- [des.
Mas no, mil veces no: yo dejaría
de ser quien soy si no triunfara.

FAZIO.

Rugen
contra vos dos leones...

GIANNETTO

Tú no has visto
lo que yo veo...

FAZIO

¡Huyamos de Florencia!

GIANNETTO

¡Y volver no podríamos ya nunca!

FAZIO

Pero, ¿qué plan es vuestro plan? ¡De- [cidlo!

GIANNETTO

Seguir el juego.

FAZIO.

El juego. Con la muerte
no se juega.

GIANNETTO

¿La vida es otra cosa
que un juego con la muerte? ¡Cuanto [tiemblo
más, tanto más el juego me divierte!
Ver a Neri a mis pies quiero vencido
implorando piedad; que me sonría
como a un igual, para gozarme en ello.
Este es mi ensueño y lo he de ver lo- [grado
¡o el nudo de terror que yo he forjado
caerá sobre él y apretará su cuello!

FAZIO

Así juegan, señor, las mariposas
en torno de la luz. Tiemblan. Parece
que van a huir y vuelven anhelosas.
La llama las atrae, que resplandece,
y el fuego las asusta. Aun tiempo mism[o]
aman el sol y rondan el abismo.
Gozosas cerca del peligro pasan
y por el gozo de temer se abrasan.

GIANNETTO

Es su destino.

FAZIO

Nunca vi el milagro
de que apague una luz la mariposa.

GIANNETTO

La mariposa no; pero el murciélago.

(Por la abierta puerta del foro se ve com[o] bajan por la escalerilla los carceleros, qu[e] traen a Neri amarrado a un sillón. El doct[or] les sigue. Como la escalera está a obscura[s] se alumbran con antorchas.)

FAZIO

Ya traen al loco.

GIANNETTO

¡Adelante!

(Les hace señas para que avancen, y, efect[i]vamente, avanzan hasta detenerse más ac[á] de la columna. De espaldas a esta dejan [a] Neri atado al sillón.)

Dichos. Carceleros conduciendo a Neri. [El] doctor. Al final, Laldomina, Fiammetta y L[i]sabetta

NERI

Hasta cuándo
has de gozarte en burlarme, Giannetto
bárbaro engendro de torpe ramera!

GIANNETTO

¿Me respondéis de que está bien sujeto

DOCTOR

Ni Hércules mismo soltarse pudiera.

NERI

Vé, y al señor de Florencia, nefando
al que en la sombra tu crimen proteje
dile que falta ponerme mordaza,
único medio de hacer que yo deje
de repetir la viril amenaza.

GIANNETO

Fingidamente.)
Tu exaltación conmoverme ha logrado
Todo lo haré para verte curado.
(Al doctor.)
Arriba están prevenidas las bellas.
Pronto vendrán. Vuelve, Fazio, co[n] [ellas]
(Sale Fazio.)

NERI

¡Vil! ¡Bestia horrenda!

(Después de forcejar vanamente; en un ac[ce]so de ira cae en un estado de abatimient[o] aullando como un perro castrado, murmura[ndo]

¡Otra vez! ¡Siempre a oscuras!
[Si]empre vencido por mis ligaduras!...
[¡A]h! ¡Lo merezco! ¡A él le toca vengar-
[se!...
[S]i no me matan, habrán de acordarse!
[¡Ga]briel! ¡Hermano! ¡Si tú lo supieras.
[pa]ra venganza a este escarnio pusieras

GIANNETTO

(A Neri, siempre burlón.)
¡Es por tu bien! Ten paciencia un ins-
(Neri le mira con rabia.) [tante.
[T]ambién en mí despertaba la ira
[cu]ando lanzaste mi cuerpo en el río,
[cu]ando el puñal en mi carne clavabas.
¡Y era por burla!... ¡Yo soy generoso,
es por tu bien! Ya están aqui. ¡Mi-
[radle!
(Reaparece Fazio trayendo a las tres mucha-
[ch]as: Laldomina, Fiammetta y Lisabetta.)
¡Pobre amador! ¡Da lástima de verle!
¡Vuestra hermosura le dará consuelo!
¿Vamos, señores? (A los demás.)
(A las mujeres.) Endulzad su duelo!
(Queda Neri a solas con las tres mujeres.)
Neri, Laldomina, Fiammeta y Lisabetta

LALDOMINA

(Después de una breve pausa de asombro.)
¿Y es verdad que está loco ¡Neri! ¡Neri!
¡Ah, el traidor!

LALDOMINA

¡No responde!

FIAMETTA

¡Ya era hora
[d]e que también sufriera!

LALDOMINA

¡Calla, calla!
Yo fuí igualmente abandonada, y sólo
[si]ento piedad.
(Neri sigue inmóvil, con expresión de dolor,
con los ojos fijos en un punto del espacio.)

FIAMETTA

¡Yo sólo siento ira!
Más ya no puedes engañar, infame!

LALDOMINA

Calla, que tienes corazón de hierro!

FIAMETTA

Soy mujer: sólo sé dos caminos;
[e]l odio y el amor... ¡Le odio! ¡Le odio!

LALDOMINA

Lisabetta, ven tú!
(Lisabetta, que seguía en el foro, se aproxi-
[m]a.) ¡Mírale, acércate!
Tú, más dichosa que nosotras, nunca
[e]n sus garras caíste, y ahora puedes
[m]irarle con amor y sin oprobio!
Le amabas en secreto. Nunca puso
[e]n tí los ojos al pasar; llorabas
celosa y envidiabas nuestra dicha.
La dicha que nos trajo el abandono,
cuando tu frente se conserva pura.

FIAMETTA

Yo le aborrezco. ¡Soy mujer honesta,
que pide cuentas de su honor robado!

LALDOMINA

¡Ah, cuán feroz honestidad la tuya!

FIAMETTA

Tienes razón; mejor es que me ausente.

LISABETTA

Con él dejadme a solas, Laldomina,
nada más que un momento.

LALDOMINA

Sé prudente,
y piensa que es furiosa su locura.

LISABETTA

Son fuertes sus cadenas: no hay pe-

LALDOMINA [ligro.

¡Pobre Neri! De lejos te aborrezco.
de cerca no sé odiar: te compadezco.
(Entra Gianneto que se detiene con Fiamme-
ta y Laldomina.)

Dichos y Giannetto

GIANNETTO

¿Qué tal?

LALDOMINA

Ni una palabra fué posible
conseguir de él... Nosotras le dejamos.

GIANNETTO

Andad, andad.
(Salen Fiammeta y Laldomina. A Lisabetta.)
¿También tú fuíste víctima
de este bergante? ¿Te robó la honra?

LISABETTA

No... no... (Cogiéndole.) Sí.

GIANNETTO

Pues, ¿qué esperas? ¡Ahí le tienes!
Puedes vengarte a tu placer; es tuyo.
No tengas compasión de su locura.
(Mira a Neri irónicamente y sale.)

Neri y Lisabetta.

LISABETTA (Con ardiente ingenuidad.)
Más me enamora al ver su desventura.
¡Ay! ¡Si los besos que soñé le diera,
tan perturbado como está, estuviera...
que el amor es también una locura!
¡Yo lo sé, yo lo sé; como lo sabe
mi vieja abuela, confidente grave
de este dolor que en el silencio avanza,
Pasabas a mi lado indiferente,
cual cruza por los campos el torrente
sin detenerse a percibir la queja
de la flor que en sus aguas se refleja.
Sólo mi vieja compañera, en tanto,
como un sol de esperanza entre mi
[llanto,

decía:—¡Eres hermosa... eres ¡hermosa
tú vencerás y tú serás dichosa!—
Y yo todas las noches me dormía
soñando con la dulce profecía...
¡Pluguiera a Dios que fuera la luz clara
de mi alcoba, que el sueño me alum-
[brara!
Mas no: eres luz que junto a mí pasó
sin verme y al pasar me deslumbró.

NERI

Sí que te he visto. Te he visto. Eres be-
[lla.

LISABETTA

Parece que discurre con sentido.
Dijeron que es furiosa su locura
y ha hablado tan galán y tan pulido...
¡Mírame fijo!... ¡mírame! ¡Te quiero!
¡Nunca el amor dió más tributo a un
[hombre!
(Neri sigue inmóvil, petrificado, ciego de ira.)
Me llamo Lisabetta... Lisabetta...
¿Porqué no pruebas a decir mi nombre?
¡Dilo! Yo el tuyo pronuncié más veces
que gotas de agua corren por el Arno.
Lo sé decir en infinitos tonos,
llorando, deseando: Neri... Neri.

NERI

(Exasperado.)
¡Ah, qué tortura! ¡Venganza! ¡Vengan-
[za!
Tú eres mi solo fulgor de esperanza.
Más cerca, escucha: a creer te conjuro
que no estoy loco...

LISABETTA

(Sobrecogida.) Danlo por seguro.
¡Oh! ¡Si no lo estuviera! ¡Qué vergüen-
[za!

NERI

¿Cómo lograr que mi voz te convenza?
Por tu candor y tu amor te lo juro!
¿Qué pruebas quieres?

LISABETTA

Te creeré al instante
si se borra el furor de tu semblante
y me miran tus ojos con cariño.

NERI

Suave es tu voz como halago de niño...
Llégate, ven. ¿No ves cuánto te adoro?
(Ella se acerca.)
Tú sola en mí confianza pusiste.
Tu corazón con sus rayos de oro
venga a alumbrar esta noche tan triste.
Pues en mi amor refugiarte deseas,
oye mi amor y yo haré que me creas.
Si mi razón no tuviera albedrío,
tu corazón no sería tan mío,
ni tu divino perfume de rosas
despertaría este anhelo inocente
de dar un beso en tu frente querida.
Hay poder sobre hombres y cosas
que al cocodrilo gustar no consiente
la dulce fruta en la rama florida.
Ven a mí, flor de primavera.

LISABETTA

(Enlazándose a él.) ¡Tiemblo!

NERI

Quiero mis labios posar en tu frente.
(Se besan con avidez.)

LISABETTA

¿Por qué si no estás loco te encadenan?
¿Por qué te encierran y por qué te opri-
[men?

NERI

(Furioso, en voz baja.)
¡Es la traición, es la burla, es el crimen!

LISABETTA

(Con terror.)
¡Vuelve a tus ojos la siniestra llama!

NERI

Sí, es una llama sangrienta que en-
[ciende
todo mi ser y venganza proclama!
De su poder ni el amor me defiende.

LISABETTA

Si pudiera ayudarte... ¡Si pudiera!

NERI

¡Oh, si pudieras lograrme que viera
solo un instante a mi hermano, sería
para tí eterno mi amor. Te amaría
con la constancia que el musgo la peña,
como las olas la playa risueña,
como la mente los sueños que sueña.

LISABETTA

¿Quién a este triste estado te redujo?

NERI

Giannetto fué quien, traidor, me con-
[dujo.
Médicis quien en la sombra le incita.
Siervos de Médicis. ¡Raza maldita!

LISABETTA

Pero ¿cómo salvarte? Yo imagino
que ser astuto es el mejor camino...
Finge que es verdadera tu locura,
que esta burla feroz te ha trastornado.

NERI

No. Cuanto más mi dolor consideren
más gozarán en su bárbaro triunfo.

LISABETTA

Pero se librarán de tu persona,
y tal vez a tu hermano te confíen.

NERI

No, porque así temerán su venganza.

LISABETTA

Simula una locura inofensiva
y yo les pediré que te encomienden
a mi custodia...

NERI

Pero antes Giannetto
se pondrá en salvo y huirá de Florencia

sin que yo pueda vengarme.

LISABETTA

Perdónale.

NERI

No, no hay perdón. Lisabetta: te quiero.
Todas las dichas de ti las espero.
¡Mas necesito vengarme primero!

LISABETTA

Pues si quieres vengarte, finge, finge;
mas no finjas locura peligrosa,
sino suave y pacífica. La astucia
será tu libertad. ¡Yo te lo imploro!

NERI

Tienes razón... ¡Lisabetta! ¡Te adoro!

Dichos y Giannetto

GIANNETTO

(Entrando.)
¿Le hablaste? ¿Qué te dijo?

LISABETTA

Mejor fuera
que no le hablara nunca.

GIANNETTO

(Irónico.) ¿Fué galante?

LISABETTA

Habló, mas con tan grande incoheren-
[cia.

GIANNETTO

¿Incoherencia? (Receloso)

LISABETTA

Pero no irascible,
sino débil... Probad a interrogarle
vos mismo.

GIANNETTO

(Indagador.) ¡Neri!

NERI

(Fingiendo extravío.)
¿Quién se me aproxima?
¿Un elefante con la torre encima?
¡Qué enorme! ¡Da terror! Yo soy un
[moro...
Quiero mirarme... ¿No teneis espejo?

LISABETTA

¡Pobrecillo!

GIANNETTO

(¿Qué nueva farsa es esta?)

Dichos. Aparecen el Doctor y Fazio. Despues
les siguen los guardianes

GIANNETTO

Entrad sin miedo, *dómine magister.*

DOCTOR

¿Dió resultado la experiencia?

GIANNETTO

Ha dado
el más maravilloso resultado.

DOCTOR

No me sorprende... Se le ve en el ros-
[tro...
tiene menos tirantes las mejillas...
su mirada es más tímida, más dulce.
Huyeron los demonios de la carne.

GIANNETTO

¿Así opináis?

NERI

(A Lisabetta.) Soy moro y tú cristiana...
Si nos casamos nacerá un doctor
color de camomila...

DOCTOR

Aun desvaría.

NERI

¿Quién quiere hacerme daño? Seré bue-
[no.
Tú serás mi maestro y mi pedante.

DOCTOR

¡Da compasión! (Lisabetta llora.)

FAZIO

(A Gianneto con temor.)
¡Ha enloquecido!

GIANNETTO

¡Calla!

NERI

(Que tiene a su lado al doctor.)
¿Eres arcipreste? ¡Qué elegante! [pre
¡Gabriel! ¡Hermano! Te prometo siem-
ser bueno: dí que no me den castigo...
seré bueno... más bueno que Gianneto.

LISABETTA

¿No os da piedad? (A Giannetto.)

FAZIO

(A Gianneto.)
¡Señor, señor! ¿Qué hicísteis?

GIANNETTO

(Con intención.)
Cierto que infunde lástima.

DOCTOR

Yo juzgo
que cuando un loco llega a tal estado
que no hay peligro de que ofenda a na-
[die,
lo indicado es llamar a los parientes
para que ellos le cuiden.

LISABETTA

¡Ay, el triste
no tiene otro pariente que su hermano,
y está en Pisa.

GIANNETTO

(Con intención.) Que en Pisa nos espere.

LISABETTA

Si consentís le llevaré conmigo:
mi abuela y yo le cuidaremos... Tales
lazos con él me unieron, que no es mu-
[cho
cuidar yo de él mientras su hermano
[llega.
Es dócil como un niño.

GIANNETTO

(Con astucia y temor.) ¿Cómo un niño?

LISABETTA

Sí.

GIANNETTO

No. Que siga en esta casa. Nadie
en casa de los Médicis peligra.

NERI

¡Ah! ¡Vil! (En un súbito arranque.)

GIANNETTO

Aun tiene arranques de fiereza.
Fuera temeridad imperdonable
abandonarle en manos femeniles.
(Por Lisabetta y Neri.)
Mejor será que yo les hable a solas.
(Al doctor y a los guardianes.)
Salid vosotros: al instante os llamo.
(Sale Fazzio, los guardianes y el doctor. A Lisabetta)

Gianneto, Neri y Lisabetta

Escucha: tú bien sabes que ahora finge
para hacernos creer que ha enloquecido
por culpa nuestra y ver si le soltamos.
Dime, pues, la verdad, y nada temas.

NERI

¿Por qué me hacéis llorar? ¿No véis que [tengo
un nudo en la garganta?

LISABETTA

Preguntadle
vos mismo. Es que está loco. Es que es- [tá loco.
Se calmó su furor con mi presencia.
Podéis soltarle sin peligro.

GIANNETTO

Escucha.
Yo te prometo que si está curado
y jura no volver a atormentarme
en libertad le dejaré ahora mismo.
(A Neri.)
Te brindo paz. Fué burla contra burla.
Hagamos punto en la contienda. ¡Neri!
Ten compasión de mí. Tú te ensañabas
en mi martirio, y demostrarte quise
que un débil puede defenderse... Ahora
la paz está en tu mano. Yo la quiero
y te prometo respetarla. Cese
tu hostilidad, y no tendrás amigo
mejor que yo... Sé generoso, Neri.
(A Lisabetta.)
Aconséjale tú. ¡Basta de lucha! [fuego
Sopla el gato el hornillo, enciende el
cierra el portillo y queda entre las [llamas.

LISABETTA

¡Señor! Mirad a qué terrible estado
le ha reducido vuestra burla.

GIANNETTO

Mientes. (A Neri.)
¡Por última vez, Neri! ¡Paz te pido!
La voz no escuches de tus celos: piensa
que es peligroso el juego sobre el agua
en un río tan hondo...

NERI

¡El río!..! Mira
los peces rojos, que parecen llamas.

LISABETTA

¿No veis, señor, cómo divaga?

GIANNETTO

Tengo
miedo de tí... y de mí... ¡Paz, Neri! [¿Aceptas?

NERI

Los peces rojos que parecen llamas,
llamas de sangre. El agua no las borra.
Para borrar la sangre es necesario
el fuego... ¿Amas el fuego?

GIANNETTO

(Desesperadamente.) ¡Neri! ¡Neri!

NERI

¿Amas las nubes?

GIANNETTO

¿Lo quisiste? ¡Sea! [triunfe.
¿El odio quieres? Pues que el odio
Mas hora es ya de que te suelte. Acaso
cuando estés libre, con razón discurras.
¡Y si ni así quieres la paz tampoco,
debo pensar que es cierto que estás loco

NERI

¡Alcánzame una estrella de los cielos!
(Giannetto se dirige, trémulo a la puerta y dice a los que están tras ella escondidos.)

GIANNETTO

¡Soltadle! ¡Y que los hados determinen
nuestro destino!

Dichos. Entran Fazio, el doctor y cuatro guardianes

GIANNETTO

Cuatro de vosotros
son pocos para él: que vengan otros
(Sale uno de los guardianes y vuelve con otros cuatro.) [rrunto.
Conozco al hombre y su intención ba-

NERI

(A los guardianes que se le acercan.)
¡Cuántos guerreros! ¡Qué marcial con- [junto!
¡Yo seguiré vuestro triunfal camino!
Dadme un cayado. Soy un peregrino...
(Le sueltan.)

GIANNETTO

¡Fazio, le sueltan! (A Fazio, temblando)

FAZIO

(Apretando el puñal en la mano.)
No temáis. Le acecha
mi puñal. Si os ataca, le asesino.
Y está loco, además.

GIANNETTO

¡Vana sospecha!

(Neri está ya casi libre. Apenas le sueltan los brazos se muerde las muñecas.)

NERI

¡Tengo hambre! (Groseramente.)

LISABETTA

(Acercándose a Neri.) ¡Pobrecillo!

NERI

¿Qué me quieres?
¿Eres Gabriel, mi hermano?... ¿No? [¿Quién eres?

LISABETTA

(Le abraza, fingiendo emoción.)
¡Oh, qué dolor! Ya no tendré consuelo
(Neri se levanta y da uno o dos pasos torpemente.)
Dame la mano y sigue mi camino.
(Le da la mano y le sirve de guía efectivamente.)

NERI

Yo seré bueno... Soy un peregrino...

GIANNETTO

(Se acerca temblando a Neri. Fazio le sigue.)
Sé, Neri, que es ficción; que si pudieras
lanzarte sobre mí, muerte me dieras:
que, si ahora salvo tu furor, lo debo
al miedo a verte sujetar de nuevo...
(Neri sigue fingiendo dulzura.)
Está bien... (Transición,)
¡Pobre Neri! Tu dulzura
me ha conmovido, ¿es cierta tu locura?
¡Pobre Neri! ¡Tu voz no me responde!
Oyeme, pues: con el amor más ciego
que ardió jamás en amoroso fuego
adoro a la que fué tu compañera:
sé que su amor al mío corresponde:
Esta noche iré a verla: ella me espera.
Si me [illegible] matar, ya sabes dónde.
(Neri s[illegible] a la salida, siempre de la mano de Lisabetta y precedido por los guardianes Fazio queda con Giannetto.)

NERI

Un peregrino... Un peregrino errante... [(Sale.)

GIANNETTO

Corre, sí .Precipítate al abismo.
Su rojo fondo llevas en tí mismo.

FAZIO

¿Por qué esa lucha bárbara, por qué?

GIANNETTO

Tiemblo y amo el peligro: me divierte
jugar con el amor y con la muerte....
¿Noche de amor? ¿Noche de muerte?. [¡Iré!

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto segundo. Es de noche.

Ginevra y Cintia. Después de una pausa, Ginevra sale de su habitación y dirígese a la puerta de la izquierda. Está vestida con voluptuoso traje íntimo, ligerísimo, amarillo, que hace relampaguear su cuerpo bellamente formado. Su abundante cabellera cae suelta por la espalda. Lleva en la mano un espejo de plata.

GINEVRA

¡Cintia! ¿Qué ha sido?

CINTIA (Entrando por la puerta izquierda.)

No es nada, señora.
Me pareció que sonaba la puerta,
bajé al zaguán y nadie en él había.

GINEVRA

¡Ay, Cintia! Vivo en continuo terror,
siempre temblando que vuelva Gabriel
(Siéntase lánguidamente sobre el arca, cerca de la puerta.)
Estoy rendida esta noche y sin sueño.
Siento que Mayo por mis venas corre.
Bella es la noche: con placer saldría...

CINTIA

Mas el señor Giannetto vendrá pronto

GINEVRA

Péiname, Cintia.
(Cintia le coge los cabellos, los arregla y forma con ellos un gran cerco de trenzas, como [illegible]rienta flor, sobre la gentil cabeza.)

CINTIA

¿Y si Gabriel volviera?...

GINEVRA

No digas eso ni en burla. ¡Qué espanto!

CINTIA

Aunque más duro que su hermano fuera
pronto le vencería vuestro encanto.

GINEVRA

No creas tal.

CINTIA

Si a la mujer le presta
fuerza el amor, al hombre se la resta.
Los más feroces vuelven subyugados.
Para nosotras sólo hay un momento
de vencer: cuando están enamorados.
Por esto las mujeres de talento
no se enamoran,..

GINEVRA

Brava teoría.

CINTIA

Y vos misma, señora, todavía
conserváis lucidez de pensamiento.
Lo peligroso es murmurar:—Te amo.—
sin rubor de mentir...

GINEVRA

Eres despierta.

CINTIA

¡Oh, si yo fuera cual vos lo proclamo
siempre mis ojos, con dulce reclamo,
de enamorados llenaran la puerta.
Como una reina del amor sería;
con el imperio de mi gracia, sobre
miles de cortesanos reinaría:
y, como todos los demás, el pobre
Gabriel viniera a darme pleitesía.
Y aun, para verle a mi poder sujeto,
a cambio de sus paces con Giannetto,
en premio un poco de mi amor tendrá..
Quiero decir del vuestro... ¿Me equi-
[voco?

GINEVRA

Fiero es Gabriel. Más temible que el
[loco.

CINTIA

Débil arma, señora, es su fiereza
para luchar con vuestra gentileza.
Bastará que mostréis tímidamente,
no el seno luminoso y transparente,
sino siquiera vuestro pie pequeño
de nieve y rosa, breve como un sueño.

GINEVRA

Hablas en poesía.

CINTIA

Son, señora,
las palabras de un joven que os adora.
Me las repite con harta frecuencia,
siempre rogando que yo le encomiende
a los impulsos de vuestra clemencia.
Es un cantor que de rimas entiende
y por las calles cantando camina
a los acordes de su mandolina.

GINEVRA

¿Merece ser amado?

CINTIA

Lo merece
por el encanto que su ingenio ofrece.
Pero de vos sepárale un abismo...
Yo os digo lo que él dice y es lo mismo.
(Cintia ha terminado el tocado de Ginevra.)
Ahora vendrán: irán cantando el mayo.

GINEVRA

Abre, pues, la ventana, entren la luna
y el canto; amo la luna y las canciones.
(Cintia se encamina al foro. Abre la ventana. Entra un rayo de luna. Tras breve pausa.)
¿Oyes? ¡Son pasos!

CINTIA

¿Quién es?
(Se abre de improviso la puerta secreta y entra Neri con su capa verde.)

Dichos y Neri.

NERI

Soy yo. ¡El loco!

CINTIA

¡Virgen del cielo!

NERI

Si respiras, mujeres.
Entra en tu cuarto hasta que yo te avise.
(Cintia se dispone a obedecer.)
Espera... Dime... ¿Hay alguien en la
[casa?
Piensa que una mentira es tu sentencia
de muerte... Dime... ¿Hay alguien?

CINTIA

¡Señor! Nadie
más que nosotras dos, pobres mujeres.
¿No veis temblando a mi señora?

NERI

(A Cintia, viendo a Ginevra y con reconcentrada voz.) Déjanos.

Neri y Ginevra

NERI

(A Ginevra.)
¡Ah! ¿Conque tiemblas, cortesana?
(Cogiendola por el brazo.) [¿Tiemblas?
¿Por qué si estoy de la razón privado?
Los locos somos buenos. Son los cuer-
[dos
los malos, los feroces... Mi cordura
te he de probar siendo cruel contigo.

GINEVRA

Soy inocente, Neri; fuí engañada...

NERI

Lo sé; pero estos brazos estrecharon
a mi enemigo. Los manchó, y yo quiero
lavar la mancha. Es necesario. Es justo
No por amor, que ya no puedo amarte,
sino por ansia de vengar la afrenta.
porque te amé, porque estos blancos
[hombros
y esta garganta y este pecho fueron
el altar de mi amor, y los altares
purifican la sangre de las víctimas.

GINEVRA

No, no. (Aterrorizada.)

NERI

(Frío y cruel.) Pues caiga derribado en-
[tonces
el altar. No hay perdón. ¿Oyes? Elige.
O que Giannetto entre tus brazos muera
-le espero aquí, se todos sus designios-
o moriréis los dos, uno tras otro.

GINEVRA

No. Ten piedad de una mujer. Bien sa-
que te dí amor. [bes

NERI

¡Amor!... Te lo he pagado
con usura... tu casa... tus vestidos...
son de mi amor... Saliste de la nada,
te recogí del fango de la calle,
¡y me hiciste traición!

GINEVRA

¡Neri!

NERI

¡Silencio!
Para mi, tus lamentos son en vano...
Dime. Cuando Giannetto vuelve, ¿dón-
[de
e esperas? ¿En tu cámara, cual antes
me esperabas, o aquí? ¡Pronto! ¡Res-
Allí? [ponde!

GINEVRA

Sí, allí.

NERI

¿Y está toda la noche
a obscuras? ¿No hay más luz que esta
[linterna?
Yo la dejaba en ese mismo sitio!...
Señalando el arca.)
No mientes?

GINEVRA

No.

NERI

Pues corre al lecho, corre.
Espérale radiante y perfumada,
pronta a tenderle con amor los brazos,
hermosa y digna de que muera en ellos
Casi le envidio su gloriosa muerte!

GINEVRA

No iré! ¡No iré! ¡No harás esa perfidia!

NERI

Yo te conozco y sé que no le amas.
Sabiendo que su muerte es el camino
para salvarte, dejarás que muera.

GINEVRA

No quiero, no!

NERI

¡Mala mujer! Si sale
una protesta de tu boca, juro
que he de tenderte yerta sobre el lecho.
Y allí, cuando Giannetto te acaricie,
te hallará fría, ¡intensamente fría!

GINEVRA

¡No!
(Da algunos pasos estremecida de terror.)

NERI

Cuida; pues, de no decir palabra.
Según sus amenazas, imagino [so
que ha de venir con gente armada, aca-
para matarme. Acecharé en tu alcoba.
Cuando Gianneto no me encuentre y
[crea
estar solo a tu lado, el miserable
buscará de tu cuerpo el dulce arrimo.
¡Yo saldré entonces!
(Ginevra hace un gesto desesperado como intentando hablar. Neri le impone silencio con la mirada.) ¡Pronto! ¡Adentro!
(Ginevra entra en la alcoba.)
¡Cintia!

Neri y Cintia que entra al instante por la izquierda

NERI

¿Nos ha òido?

CINNIA

Nada.

NERI

¡Mientes! ¡Todo!
Prefiero que así sea. Y ahora, atiende
si se te escapa una palabra, un gesto,
encomiéndate a Dios. Al lecho torna
y no salgas, escuches lo que escuches.
(Cintia sale temblando. A Ginevra que está en su alcoba.)
Y tú, primero de acostarte, deja
en su sitio la luz.
(Reaparece Ginevra y pone la linterna sobre el arca, junto a la entrada de la alcoba. Luego desaparece nuevamente.)
Así me place.
(Después de una pausa, Neri se acerca a un armario a la izquierda. Lo abre y saca un puñal. Luego de escuchar un instante entra tambien en la alcoba. Se oye acercarse en la calle una ronda de cantores. Despues una voz canta, bajo la ventana.)

VOZ

(Cantando.)

CANCIÓN DE MAYO

Ha vuelto mayo
el mes de los amores.
(Acordes de violin.)
Vistió la primavera
su túnica de flores;
la vida placentera
se inunda de colores;
nos brinda sus fulgores
un amoroso rayo. (Acorde.)
Los campos, ¡qué risueños!
la noche, ¡qué serena!
Nos mecen los ensueños,
amor nos encadena;
de estrellas está llena
la noche. Ha vuelto mayo.

(Acorde final. Terminada la estrofa, el cantor calla en pausa larga. En la puerta izquierda, iluminada por la luna, aparece Fazio. La habitación está apenas alumbrada por la linterna. Fazio adelanta, sigiloso y se detiene a escuchar. Cuando ya está en medio de la estancia le llama Cintia con voz anhelante.)

Fazio y Cintia. Despues la voz de Neri dentro

CINTIA

¡Ahí! ¡Ahí está! ¡Que no venga Gian-
[neto!

FAZIO

¿Quién?

CINTIA

Neri: el amo... Vé a dar el aviso.
No me descubras por Dios. !Huye! ¡Hu-
[ye!

FAZIO

(Dirigiendose a ella, despues de haber requerido el puñal.)
¿Dónde se oculta?

CINTIA

En la alcoba, esperando
asesinarle cuando entre... Si sabe
que os advertí del peligro, soy muerta.
(Sale Fazio, después de breve vacilacón vuelve a desaparecer por la puertecilla de la derecha. Empieza de nuevo el acorde y se oye la canción nuevamente.)

VOZ

(Cantando.) Risueña abrió su puerta
la bella desdeñosa;
el día nos despierta
en brazos de una hermosa;
el alma se reposa
en lánguido desmayo.
(Aparece en la puerta izquierda, y luego avanza, un hombre oculto bajo una capa roja. Cruza la habitación, dejando la luz donde está y entra en la alcoba.)

VOZ

(Cantando.) ¡Sé siempre bien venido
viajero de ilusiones,
que traes a nuestro nido
aromas y canciones!
Abrid los corazones!
¡¡Amad! ¡Ha vuelto mayo!
(El cantor calla. Oyese un último acorde que se aleja. Breve pausa. Fazio reaparece y escucha. Pasan pocos instantes. Se oye un doble grito de hombre y mujer; Fazio desaparece rápidamente.)

Neri, Giannetto y Fazio

NERI

(Dentro de la alcoba.)
Siempre, Giannetto, cumplo mis pro-
[mesas.
(En el umbral de la puerta.)
Si aun no estás muerto o si los muertos
[sienten,
¡acuárdate de mí, de Neri el loco!
(Tras una carcajada feroz, dirígese a la puerta izquierda para huir, con el puñal ensangrentado en la mano. Cuando está ya ce[rca] de la puerta, iluminada por la luna, apar[ece] en aquella la rígida figura del pálido Gi[an]netto. Hace Neri un gesto de estupor y [re]trocede, se le cae de la mano el puñal, bal[bu]cea, coge la luz, acercase a Giannetto, [que] ha avanzado en la sombra.) ¡Tú! ¡Tú

GIANNETTO

(Temblando en su venganza con un esfue[rzo] supremo, sepulcral.)
¡Yo! Mi presencia no te espante.
Que apresuraste tu venganza advie[rte]
¡nunca tuvo Ginevra un solo amant[e]
Tu capa verde fué mi introductora;
mi roja capa le presté yo ahora.
Tú, con tu amor, el mío defendiste
¡y muerte en brazos del amor le dis[te]

NERI

¡Dí. Di!... ¿Quién era?

GIANNETTO

(Feroz.) ¡Era Gabriel! ¡Tu herman[o]

NERI

¡No! (Con desesperación.)

GIANNETTO

(Con intención sugestiva.)
¡Si a tus ojos crédito concedes,
entra y verás el crimen de tu mano!
(Neri, embrutecido, con la linterna en la ma[no], con el rostro descompuesto, con los ojos en[or]memente abiertos, presa de terrible cur[io]sidad, entra en la alcoba.)
¡Y ahora conserva la razón si puede[s]

FAZIO

Huyamos, aun es tiempo... ¿Qué hab[éis]
[hech[o]

GIANNETTO

¿Huir? ¡Jamás! Yo siento que mi pec[ho]
ama el terror... Ya vuelve. Si me [al-]
[canza

NERI

(Dentro) Lisabetta, mi vida, mi esperan[za]

GIANNETTO

Si fué mi voluntad, ¿de qué me espant[o?]

NERI

(Saliendo. Siempre idiota.)
¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

GIANNETTO

¡Oh! ¡Si pudiera!
llorar!... ¿No tendré lágrimas siquier[a?]
¡Naturaleza, dame al menos llanto!

FIN DE LA OBRA

Castro y Bellvis, Guillém de
Las mocedades del Cid